



Juan Esteban Peláez

El Imperio de los Dos Soles

**Recopilación de las historias
del Nallhard**



Juan Esteban Peláez

NOTAS DEL AUTOR

Amigo lector, es curioso escribir mientras las lámparas desfallecen y un acre esqueleto alado me toca el hombro y me susurra al oído lo aquí escrito. De esta forma brindo, de entre extraños despojos y negras imágenes, una historia fascinante. Sea bienvenido a un nuevo mundo de gloria ganada a partir del espanto, de ojos abrasadores y venenosos, y de noches oscuras y mágicas.

Esta historia es narrada alrededor de la vida de un solo Hombre: Dárlaran de Háreneth, que tuvo que vivir las inclemencias del nacimiento del gran Imperio de los Dos Soles, el imperio Humano más poderoso formado en la quinta era del Nallhard.

Aquí se narran las dichas y desdichas que Dárlaran tuvo que pasar mientras se anidaba el feto del Mal en el mundo de los Hombres. Esta oscura semilla, ardiente como brasas, fue implantada en un poder oculto, en una carne tierna pero corrompida, causante de miles de muertes por codicia y ambición. El Imperio de los Dos Soles es formado por una sola mente brillante que pertenece y permanece en las tinieblas.

Mas la vida de Dárlaran no circula alrededor de la creación del imperio. En cambio, la vida de Dárlaran gira en torno a su gran viaje, a una leyenda y a un ideal, que de vez en cuando le pone arduas y fatigantes pruebas.

Este libro no sólo consiste en Humanos, sino que da vida a seres mágicos y dota de carne y hueso a los llamados Guardianes. Venales seres que esparcen y vierten sus coloridos hechizos en este libro, mientras al mismo tiempo, los seres macabros lanzan maldiciones camufladas a tierras hermosas, y logran hollar reinos enteros, causando cráteres como tumbas y montañas de escombros. Y sólo hasta el final habrá un campeón en este extraño duelo.

Por eso espero, amigo lector, que disfrute el enigmático y extraño Nallhard, gobernado por dos Soles y saliente de los más profundos laberintos.



Contenido

NOTAS DEL AUTOR.....	4
EL GRAN IMPERIO ARIÁNICO Y EL FIN DE LA ERA DE LAS LUCES	8
PARTE I	8
1	8
2	8
3	9
4	14
5	17
6	20
7	23
8	28
9	31
10	34
11	37
12	39
13	42
14	46
15	49
16	52
17	57
18	59
19	62
20	65
21	70
22	74
23	76
24	79
25	84
26	86
27	91
28	94
29	98
PARTE II	99
30	99
31	101
32	103
33	106
34	108
35	109
36	111
37	115
38	118
39	120
40	124



41.....	127
42.....	129
43.....	133
44.....	137
45.....	140
46.....	141
47.....	142
48.....	144
49.....	146
50.....	150
51.....	152
52.....	156
53.....	159
54.....	163
55.....	164
56.....	170
57.....	172
58.....	173
59.....	174
60.....	178
61.....	182
62.....	185
63.....	188
64.....	190
65.....	192
66.....	195
67.....	198
68.....	200
69.....	202
70.....	206
71.....	207
72.....	210
73.....	212
74.....	214
75.....	216
76.....	218
77.....	219
78.....	222
79.....	226
80.....	229
81.....	233
82.....	235
83.....	239
84.....	241
85.....	244
86.....	247
87.....	250



Juan Esteban Peláez

88.....	253
89.....	254
90.....	255
91.....	258
92.....	259
93.....	260
94.....	260
95.....	262
96.....	264
97.....	266
98.....	266
99.....	270
100.....	272
101.....	274
102.....	275
103.....	277
104.....	278
105.....	280
106.....	284
LEYENDAS DEL NACIMIENTO DE LOS REINOS DE PACÁN (BREVE RESUMEN) ..	285
CRONOLOGÍA	288



EL GRAN IMPERIO ARIÁNICO Y EL FIN DE LA ERA DE LAS LUCES

PARTE I

1

Érase una vez, un Hombre llamado Dárlaran. Dárlaran provenía del linaje de los Háreneth, una familia muy importante en el reino de Hil-Dendel; quienes eran en su mayoría ingenieros militares que tenía fuertes negocios con los reinos del continente. Sin embargo, antes de continuar describiendo la vida de Dárlaran, es importante explicar algunos temas sobre el mundo del Nallhard.

El Nallhard es un mundo que se encuentra en «Eta Andromedae», una constelación hermosa en forma de espiral al norte del universo conocido. En el libro «Nallhard» se describe con detalle cómo nació este mundo. Sin embargo, cabe mencionar en este libro que el Nallhard está iluminado por dos Soles, llamados Arián y Heren. Esto hacía que el mundo tuviera días largos y pocos meses de lluvias. No había veranos terribles ni inviernos incliementes (sólo al norte del mundo nevaba), por lo cual la guerra no se regía por las estaciones.

Ahora bien, el mundo ya había sufrido varios cambios para cuando Dárlaran nació. Esta historia se enfoca en la quinta era del Nallhard. Esta era fue llamada La Era de las Luces, y aunque hubo varios acontecimientos importantes, en este libro sólo se describirá el nacimiento del Imperio de los Dos Soles.

Había dos continentes enormes en el mundo: El Antiguo Continente al occidente, y el Continente de los Bosques al oriente, por donde los Soles salían al amanecer (de allí el nombre del imperio). Casi todo el mundo estaba conquistado por los Hombres; pero había algunos reinos habitados por otras especies, como Nomos, por ejemplo. Y son estos Nomos uno de los mayores motivos por los cuales el imperio surgió y se apoderó de casi todo el mundo conocido.

2

Dárlaran vivió sus primeros años en las plantaciones de plátanos de su familia, a las afueras de la ciudad de Mirllán. Después de cumplir los trece años se mudó a la Mansión de Háreneth, una de las Tres Mansiones. Las Tres Mansiones se ubicaban al sur del río Puro, y pertenecían a tres importantes estirpes: Los Sáreneth, los Háreneth y los Tíndereth. Los Sáreneth eran de por sí políticos y ayudaban a los Cánereeth (los reyes de Hil-Dendel) a conllevar el dominio del reino por un buen camino. Por otra parte, los Tíndereth eran militares, de por sí capitanes de los ejércitos del reino.

Ya en la Mansión, Dárlaran se enfocó en el negocio familiar, y se inició en la creación de armas militares. Su increíble ingenio era tan grande, que rápidamente transformó prototipos en verdaderas armas. Por lo mismo, las puertas del mundo de los negocios le



fueron abiertas rápidamente, y aumentaron los ingresos de los Háreneth. Además, la riqueza de los Háreneth también se concentraba en las minas; pues el acero era abundante en el Hil-Dendel, lo que permitía una materia prima abundante.

Pero a los treinta años, Dárlaran perdió a lo máspreciado: Sus padres sufrieron un accidente en el carruaje mientras andaban por los senderos boscosos que llevaban de Hil-Darath a la ciudad de Mirllán. Ambos murieron cuando el carruaje se volcó. Tal pérdida fue increíblemente profunda para Dárlaran, que se retiró de los negocios por casi un año entero. Sin embargo, reanudó su trabajo, se repuso de su pérdida y se convirtió en el duque más joven de Hil-Dendel: El duque de Háreneth.

Por otra parte, Dárlaran había escuchado y leído innumerables leyendas de otrora. Una de las más conocidas (su favorita) era la del «Descenso de Míroloth». Míroloth era una Angelina (Ángel femenino) que había sido emperatriz de uno de los Reinos Angelicales más poderosos del Nallhard: Los Bosques de Mirlin. Pero, en la guerra contra el Mal, cuando el Maligno todavía merodeaba, murió el emperador de Mirlin, el Serafín Méleatorh. Así que todos los 22 de abril de cada año, la Angelina Míroloth descendía de los cielos a los Bosques de Mirlin para visitar la tumba de su amado. Aunque nadie había comprobado la visita de la Angelina Míroloth a los Bosques de Mirlin, la leyenda era conocida en ciertos círculos.

Así que, fanático de las leyendas, Dárlaran deseaba con anhelo ir a los Bosques de Mirlin, más allá del Mar, para comprobar si la leyenda de Míroloth era verídica. Ya había desmentido y afirmado varias leyendas, pero ésa era la que más le inquietaba. Por lo mismo, y aprovechando sus contactos en el occidente, Dárlaran planeó su viaje al Antiguo Continente por casi tres años.

3

El día 2 de noviembre del año 1276, Dárlaran recibió por fin la carta que tan inquieto lo tenía:

- Duque de Háreneth:

Le escribimos para informarle que decidimos cerrar el trato que nos propuso. Necesitamos el cargamento de las armas que se encuentran en el inventario adjunto. Los precios nos parecieron correctos. Lo esperamos lo más pronto posible en la ciudad de Arys, en la Mansión de Derys.

Duque de Derys.

Al leer y releer la carta varias veces, Dárlaran por fin volvió a la realidad. Se levantó del voluptuoso sillón, bajó las escaleras rápidamente y abrió el portón de la Mansión de lado a lado.

-¡Lo logré! -gritó a los cuatro vientos, mientras la cálida luz de los Soles le bañaba la cara. -¿Qué logró, señor? -preguntó Burén, el más cercanos de los sirvientes. Burén era el guardia personal del duque; pero Dárlaran lo consideraba más un amigo.



Entonces Dárlaran lo miró con una sonrisa, y dijo: -Aliste todo, pues necesitamos las armas del último trato.

-¿Logró un trato con el rey de Hil-Darath? -preguntó Burén mientras se tapaba los ojos con su mano, pues la luz de los Soles era intensa.

-No, amigo mío -respondió el duque-, lo hice con el duque de Derys, en Arys. Parece ser que los Nocturnos no aguantan más a los Nomos -añadió mirando el cielo sin nubes. Sólo los Soles brillaban en el cielo azul.

-Y me imagino que festejará -aseguró Burén.

-¡Claro que sí! -exclamó el duque con los brazos abiertos, pues su alegría era inculcable. Ese trato le significaba un gran ingreso. -Mande invitaciones a todos los conocidos, pues festejaremos el próximo sábado.

-Cuatro días no son suficientes para organizar una fiesta de tales magnitudes -aseguró Burén.

-Entonces hagámosla el sábado próximo -dijo Dárlaran-; pero mande a llamar a Árcival, a Arán y a Térail -aclaró.

-¿Para cuándo?

-Para mañana a primera hora -dijo Dárlaran que, todavía animado, entró crispando los puños con alegría.

Entonces Burén sonrió y dijo: -Así se hará, señor.

A la mañana siguiente, cuando todavía la fresca bruma mañanera envolvía los paisajes tropicales, ya uno de los carruajes era divisado desde la Mansión de Háreneth. El carruaje, tirado por seis caballos blancos e imponentes, estaba adornado ricamente con relieves, y su techo era bordeado por un pequeño parapeto de oro puro. En la puerta había un emblema en relieve de una espada con mango en forma de cóndor. Tal emblema pertenecía a los Tíndereth, la familia de Árcival.

El carruaje atravesó las puertas de la muralla que bordeaba la Mansión y, rasgando la niebla dorada, llegó hasta el portón. Allí Dárlaran, acompañado de Burén, ya esperaba. Entonces el carruaje se detuvo, la puerta se abrió y bajó un Hombre muy corpulento, de alta estatura y rostro fiero, quijada cuadrada, ojos mieles que mostraban algo de inocencia, y cabello castaño y corto. En su rostro, finamente barbado, una cicatriz cruzaba la mejilla derecha, pero no causaba un aspecto de deformidad; de hecho, era sólo visible con detalle. -¿A qué se debe la carta que mandó? ¿Qué desea decirnos? -preguntó Árcival mientras esbozaba una sonrisa, pues hacía mucho que no venía a Dárlaran, y no pudo disimular su felicidad.

-¡Amigo mío, qué gusto verlo! -exclamó Dárlaran mientras bajaba las escaleras con presura y abrazaba a Árcival.

-¿Cuánto tiempo ha pasado? -preguntó el recién llegado.

-No sé, pero me parece que son años.

-Hace mucho no lo veía tan animado -dijo Árcival mientras miraba sus vestimentas con detalle. Dárlaran vestía un fino traje de seda negra sobre una camisa rojiza. Entonces sonrió y dijo: -Disculpe por no hincarme, duque de Háreneth -dijo con sátira mientras bajaba la cabeza.

-¡Vamos! Sabe que me incomoda que mis amigos me pongan un título -dijo Dárlaran mientras se reía.

-¿Y qué desea decirme?



-Esperemos a que lleguen Arán y Térail -insistió el duque mientras miraba su alrededor, intentando escrutar la dorada bruma que se levantaba. Los Soles ya calentaban el mundo y abrazaban los alrededores de la Mansión. Los árboles circundantes ya también se divisaban desde la Mansión, brillantes y frondosos, y repletos de frutas como duraznos y limones.

Poco después, los dos carruajes faltantes llegaron juntos. Uno tenía un emblema de una pirámide de oro, y el otro tenía un árbol con pocos detalles. La pirámide dorada era el emblema de Sáreneth, y de allí se bajó Arán, Circular Real (circular era el título que tenían los pertenecientes al consejo político que rodeaba al rey). Mientras que del otro carruaje se bajó Térail, un gran mercader.

- ¡Es un verdadero placer conocerlo, duque de Háreneth! - dijo Arán en mofa. Él vestía un largo abrigo verde sobre una camisa negra. También tenía botas de cuero negro y un pantalón verde, igual a su abrigo.

Dárlaran sonrió y saludo al circular con ánimo. -También es un placer, circular Arán -respondió a la mofa.

Entonces Térail se posó frente al duque, y un poco más serio, saludó a su gran amigo. - Tenía muchas ansias de venir a verlo -dijo mientras le apretaba la mano. Térail tenía un vestido azul oscuro con botones de oro, y una camisa del mismo color.

-¿Qué les parece si pasamos? -preguntó Dárlaran mientras hacía un ademán hacia la puerta.

Entraron y se instalaron en un pequeño salón en la segunda planta. En el salón había un escritorio de cedro rojizo, dos ostentosas sillas de cojines verdes y un anaquel repleto de libros. Sobre el escritorio, al lado del pisapapeles en forma de perro, reposaban varios papeles; casi todos eran mapas y recortes de leyendas.

Al ver los mapas, Árcival se rió a carcajadas, miró a Dárlaran y dijo: -Así que consiguió el trato en el Antiguo Continente.

-¿De eso nos quería hablar? -preguntó Térail mirando el alegre rostro del duque.

Dárlaran asintió. -Logré vender un cargamento completo de armas -respondió triunfal mientras se sentaba sobre una de las sillas verdes.

-Y veo que también pidieron un ariete forrado -interrumpió Árcival mientras leía la carta sobre el escritorio. Después se la pasó a Arán.

-Así es -respondió Dárlaran mientras se acomodaba en la silla-. Por lo mismo, haré una reunión el sábado de la otra semana -añadió mientras miraba el horizonte por la enorme ventana. A lo lejos se veían interminables colinas salpicadas de árboles y flores.

-¿Y nosotros? ¿Por qué no podía esperar hasta el sábado para decírnos? -preguntó Térail; aunque él y los demás ya imaginaban la respuesta.

Entonces Dárlaran los miró con malicia.

-¿No estará pensando en...? -se frenó Árcival mientras miraba al duque y meneaba la cabeza en seña negativa.

-Está pensando en ir a los Bosques de Mirlin -aseguró Arán finalmente.

El duque bajó la mirada, se levantó de la silla y negó con la cabeza. -Vamos a ir -dijo vehemente.

-Un momento, ese «vamos a ir» no me gustó -increpó Térail-. Tenemos negocios muy importantes; no podemos irnos -añadió.

-Cancélenlos. Yo cubriré sus cuentas -dijo el duque.



-¡Entonces nos vamos para el Antiguo Continente! -exclamó Árcival con una sonrisa de felicidad.

Pero Arán permaneció pensativo, hasta que finalmente dijo: -Yo no puedo ir.

-¿Por qué? -preguntó Dárlaran.

-Hay conflictos en el Círculo, y el rey me necesita más que nunca -respondió Arán mientras se sentaba en la otra silla verde-. Soy el circular más cercano al rey, y ustedes bien saben que el rey no puede hacer nada que los circulares no aprueben. Además, como les tengo confianza, les diré que la tuberculosis está matando a nuestro gobernante, y sin heredero estaremos en problemas.

-Así que debe quedarse a cuidar al rey -dijo Dárlaran.

-No -respondió el circular-. El mayor problema parece estar en el norte.

-¿Qué pasa? -preguntó Árcival con curiosidad.

-Parece ser que los Nomos se han atrevido a mucho. Según los exploradores, hay una enorme ciudad de Nomos tras los bosques selváticos, al norte de Hil-Darath.

-Krimallán -añadió Dárlaran.

-Pero ya sabíamos de la existencia de Krimallán -interrumpió Térail.

-No -dijo Arán-. Es una nueva ciudad, más parecida a una prisión. Es conocida como Górdoral, y al parecer es muy poderosa -explicó mientras se tomaba la cabeza en señal de preocupación.

-¿Y qué tiene que los Nomos por fin hagan algo? -preguntó Dárlaran, que subestimaba a esas bestias.

-Se atrevieron a mucho, pues los Nomos nos odian más de lo que nosotros los odiamos a ellos -respondió Arán con llamas en los ojos.

-¿Atacaron a algún Hombre? -preguntó el Duque.

-Ya han atracado varias carabanas mercantes. Pero el tema se centra en el asesinato de una joven de diecinueve años -respondió.

-¿Qué?! -exclamó Árcival.

-¿Es verdad? -preguntó Térail.

-Es verdad -respondió el circular-. El cadáver de la joven fue encontrado en una senda rural, mutilado por completo, y con una flecha en el rostro y una cortada en el pecho. La flecha estaba empenachada de negro, y había en un guadal cercano huellas de Nomos. Según los rastreadores, los Nomos eran muchos y marchaban en formación.

-Eso quiere decir que eran soldados -dedujo Árcival.

-Entonces el Círculo piensa iniciar una guerra contra los Nomos -aseguró Dárlaran mientras abría las puertas de la habitación para llamar a una de sus sirvientas. -¡Kihra! -gritó desde el umbral.

-No creo que este acto deba ignorarse -respondió Arán-. Además, a todos aquí nos beneficia la guerra. El duque de Háreneth será el ingeniero militar más cotizado del reino, las mercancías del conde de Hil-Déreneth (padre de Térail), serán de mucha acogida, y las tropas serán guiadas por Árcival, más conocido entre los soldados como «Le-Hir», o «El Iracundo».

En ese momento llegó Kihra. -¿Qué desean?- preguntó a los invitados mientras realizaba una venia de bienvenida.

-Un café bien cargado, por favor -dijo Térail.

-Lo mismo -dijo Arán.

-Yo uno, pero no tan cargado -aclaró el enorme Árcival.

Entonces Kihra miró al duque, que se apresuró a responder: -Yo no tomaré nada, gracias. Así que Kihra se retiró con una nueva venia.



-Díganme Árcival, pues Le-Hir es un nombre que a muchos no agrada -dijo el soldado.
-¡Vaya, vaya! ¡Árcival tiene doble identidad! -exclamó Térail.
De inmediato todos se rieron.
-Lo que sucede es que Le-Hir es el apodo que me pusieron los Hombres cuando me vieron en batalla; pero el enemigo también lo escuchó, y a muchos asusta -aclaró Árcival.
-Pero si usted es el mejor tipo que conozco, y quizás el más noble y paciente -dijo Dárlaran.
-En la batalla las cosas cambian, amigo mío -respondió el enorme soldado.
-¿Y cuándo piensa pasar la propuesta de la guerra? -preguntó Térail a Arán.
-Mañana mismo -respondió-, y me gustaría que me acompañaran.
-No sé si estoy de acuerdo con la guerra -dijo Dárlaran, que ayudaba a la recién llegada Kihra con los cafés.
-¡No me diga que tiene remordimiento de los Nomos! -dijo Arán.
-No es eso -respondió el duque-, siento pena por los Hombres que morirían en esas batallas -añadió.
-¿Y cree que la propuesta será aprobada por el Círculo y por el rey? -preguntó Térail.
-Estoy seguro -respondió Arán-. Con la muerte de esta joven, será casi inmediata la afirmación.
-¿Qué opinan los reinos de la Llanura Verde y de Vírandel? -preguntó Dárlaran.
-No lo sé -respondió el circular-; pero sé que el reino de la Llanura Verde me apoyará. Ellos odian a los Nomos, y al saber del asesinato de la joven, prestarán sus tropas.
-¡Qué seguro! -exclamó Dárlaran.
-¿Y cómo se llamaba la joven? -preguntó el gigante de Tíndereth.
-Álareth. Era una joven hermosa. Trabajaba en las plantaciones de carambolos al norte de Hil-Darath. Tenía cabellos negros, y sus ojos eran grandes y almendrados; en ellos se notaba aún la inocencia.
-¿Por qué la asesinarían los Nomos? -preguntó Térail.
-Quizás simplemente les estorbaba -respondió Arán-. No estoy de acuerdo que el reino de Hil-Dendel demuestre debilidad. En vez, debemos aplastar al pueblo que se atreva a desafiarnos.
-Todo un orador -interrumpió el duque en burla.
Arán sonrió. -Simplemente deseo justicia -dijo.
-No, usted desea ver a los Nomos pudriéndose en los senderos selváticos, además de aumentar sus arcas -aclaró Árcival mientras miraba los mapas sobre el escritorio y sentía el dulce calor de los Soles.
-No puedo negar que siento repulsión por los Nomos; pero en verdad me duele la pérdida de la joven -explicó el circular, que se limpiaba del pantalón una gota de café que se le había derramado.
-¡¿Se le olvidó tomar café?! -preguntó Térail en burla.
De nuevo todos rieron, incluyendo a Arán.
-Está bien, lo acompañaremos mañana al Círculo -dijo Árcival mientras tomaba un sorbo de su café.
-¿Y sí me dejarán entrar? -preguntó Térail.
-Si van conmigo, todos entraremos -aclaró Arán.

Ya era medio día cuando los Hombres salieron de Háreneth. Agradeciendo por el café, se despidieron de la querida Kihra, dieron un apretón de manos al duque y tomaron sus



carruajes respectivos. Poco después, bajo el calor de un día sin nubes, los carruajes fueron desapareciendo entre los árboles del rededor.

4

Al día siguiente, a mediados de las cinco de la tarde, Dárlaran se preparaba para encontrarse con sus amigos en el Círculo, en la ciudad de Hil-Darath. El Círculo quedaba en el centro de la ciudad, a sólo cinco cortas cuadras del palacio de los Cánereh.

-¿Necesita algo más? -preguntó Burén al duque mientras lo ayudaba a subir al carruaje.

-Sólo que las herrerías trabajen sin parar -dijo Dárlaran-. Necesitamos esas armas y ese ariete lo más pronto posible. Dejé los planos del ariete en mi mesa de noche -añadió mientras le entregaba las llaves de la mesilla.

-Puede estar seguro que yo mismo vigilaré a los herreros y a los constructores -afirmó Burén que, boleando la mano, se despidió del duque.

El carruaje dorado y negro, tirado por ocho corceles negros, cruzó rápidamente y sin ningún problema los bosques tropicales y fértiles que se levantaban alrededor del Ducado de Háreneth, un ducado poco poblado pero bello. Y siguió por el camino de las blancas hasta tomar la vía principal.

Dárlaran, ensimismado y con la vista perdida en el rojizo atardecer, pensaba constantemente en su viaje a Arys. Tenía pensado embarcarse en los Muelles de Atloth, nombrados así en honor a un gran astillero; desembarcar en los Muelles de Adsul, unos muelles recién construidos en el Antiguo Continente; cruzar las tierras de Herda (llamadas así en honor a una reina de raza Dacona); ir al sur cruzando el reino Dacón de Ehirarh; y finalmente llegar a Arys, al sur la Cordillera de Télegrim, llamada así en honor a un antiguo imperio Angelical. Tenía que viajar por mar porque todos los transportes aéreos estaban apartados para esa temporada, y tenía que llegar en una fecha determinada a Arys.

Bien sabía que esa travesía le llevaría casi un año, y si iba con el ariete y el cargamento de armas sería más tiempo; pero ansiaba realizar tan largo recorrido, pues él era aventurero y amaba viajar. Así que decidió realizar el viaje sólo con sus amigos y con un pequeño séquito, y mandar el cargamento por el sur, surcando los mares más australes. Su plan era que dos bergantines, custodiados por una fragata y tres corbetas, zarparan de los Muelles de Atloth y cruzaran hacia el sur el Mar de las Deidades con sus armas.

Así cayó una noche repleta de estrellas e iluminada con la luz plata de Sírel, la Dama de la Noche. Los árboles tropicales parecían dormirse y susurrarle al viento con sus hojas, y los cánticos de las guacamayas y los periquitos eran escuchados a lo lejos, poco a poco reemplazados por los sonidos de los insectos.

Poco después, Dárlaran divisó entre frondas y grandes bayas la iluminada ciudad de Hil-Darath. La enorme ciudad parecía abarcar todo el valle donde había sido construida, y una enorme muralla de piedra blanca rodeaba la inmensidad de la ciudad de par en par, adornada con relieves y repujados de oro.

Al irse acercando, la majestuosidad de Hil-Darath era más visible: La muralla, ricamente adornada, tenía un parapeto liso y grueso que sostenía unos pliegues dorados que



contrastaban con el blanco de la piedra. El portón abierto, de madera de cedro rojo, era muy pesado y estaba rematado con pernos de plata, cromo y acero. Y desde el interior de la ciudad se asomaban desafiantes y soberbios palacios, y se levantaban torres que despuntaban el cielo nocturno. La ciudad era ostentosa desde la puerta sur hasta la puerta norte.

Tras la ciudad, como un recorte de sombras en el cielo ennegrecido, la Cordillera de la Vida se erguía con soberbia. Tales montañas, forradas por mantos de selva tropical, custodiaban a Hil-Darath por el oriente, evitando cualquier ataque desde allí: Era casi imposible internarse a la hostil selva y salir con vida. Y a su izquierda, Dárlaran aún detallaba los destellos de las estrellas reflejadas en el agua del río Puro, que parecía susurrar mientras llevaba pequeñas piedras a su paso, y que lanzaba un frescor al aire circundante.

Cuando entró, el Duque miraba con maravilla la ciudad (aunque ya había estado en ella repetidas veces, jamás dejaba de sorprenderse). Entonces el cochero se dirigió al centro de Hil-Darath, al Círculo. Pasaron por varias calles empedradas y blancas, bordeadas por ostentosos y finos edificios. Había muchos coches y movimiento en las aceras, y el bullicio era una constante.

Finalmente llegaron al Círculo: Un edificio en forma de torta con dos plantas y una torre vigía a la derecha. Afuera había muchos políticos que gritaban y se insultaban, lo que le hizo suponer a Dárlaran que el debate ya había empezado. Entonces el cochero abrió la puerta y ayudó a bajar al duque, que escrutó la multitud inmolando cualquier atención conocida.

Y pocos minutos después identificó a uno de los criados del conde de Hil-Déreneth, el padre de Térail. Se acercó y preguntó: -¿Dónde está Térail?

-Duque de Háreneth -saludó el joven criado con una respetuosa venia-. Mi señor Térail me pidió que lo buscara para que le ayudara a entrar al debate. Por favor, sígame -dijo mientras se abría paso entre la multitud y guiaba al duque por un callejón adyacente al edificio. Allí había una pequeña puerta custodiada por tres soldados de doradas armaduras y capas negras.

-¿A dónde van? -preguntó un guardia secamente.

-Él es el duque de Háreneth -dijo el criado.

Entonces los tres guardias vieron a Dárlaran y bajaron sus cabezas en señal de respeto. - El circular Arán lo espera, señor -dijo uno de los guardias mientras abría la puerta y los dejaba entrar.

Caminaron por unos largos pasillos, iluminado por majestuosas lámparas de cristal, hasta finalmente llegar a un salón gigantesco y abovedado en donde cientos de sillas formaban un semicírculo alrededor de una tarima. No todas las sillas estaban ocupadas. Un bullicio conflictivo se desataba en la bóveda, pues muchos circulares se gritaban entre ellos.

-Mi señor Térail se encuentra allí -dijo el criado indicándole con el dedo una silla cerca de la tarima.

El duque agradeció y bajó por las escaleras trabajosamente, viéndose obligado a empujar a más de un circular, hasta finalmente llegar a la silla reservada para él, al lado de Térail y de Árcival.



—¿Empezó hace mucho? -preguntó Dárlaran mientras miraba a Arán en la tarima. Arán, vestido de seda roja, intentaba calmar a los demás circulares.

-Todo se volvió un caos cuando Arán habló de la muerte de Álareth -respondió Le-Hir, que parecía estar incómodo en la silla; pues era demasiado pequeña para él. —No sé cómo pueden estar sentados aquí por horas -añadió mientras se levantaba y curvaba la cansada espalda. Segundo después se volvió a sentar.

-La gran mayoría de los circulares piden la sangre de los Nomos -agregó Térail.

-¡Calma! ¡Calma! -gritaba Arán mientras seguía en la tarima.

Poco después, todos le pusieron atención.

—Por lo sucedido con la bella Álareth, y por los atques constantes a las caravanas, propongo que el reino de Hil-Dendel cree un ejército poderoso para acabar con esta amenaza Nómica. Ya vimos que nuestro pueblo está expuesto a esos inmundos y miserables seres, y ahora vemos que no somos invencibles; de hecho, considero que somos muy vulnerables. Tenemos cómo defendernos, pero no tenemos cómo atacar; y la mejor defensa es el ataque. ¿Qué pasó con la Hil-Darath y la Mirllán de antaño?! ¿Dónde quedaron las tropas que nos aseguraban como los amos del mundo?!

Las palabras de Arán parecieron exaltar los sentimientos de los circulares, que de inmediato votaron para decidir si se formaba un ejército de ataque.

-Tiene poder en las palabras -aseguró Dárlaran.

Entonces Arán prosiguió: -Ya he hablado con el rey, y me ha dado su aprobación. Incluso, ha dicho que costeará gran parte del ejército con sus urnas. Pero considero que no es suficiente; no podemos llegar con una pobre hueste de Hombres a Górdoral. Debemos crear un ejército digno de Hil-Dendel. Por eso me comprometo a dar gran parte de la fortuna de los Sáreneth para reforzar el ejército, y pido que ustedes, circulares, me apoyen y me ayuden en mi decisión. También propongo que el ejército no sea solamente formado en Hil-Dendel; propongo que los reinos Ariánicos más poderosos, como el reino de la Llanura Verde y el reino de Vírandel, también ayuden y aprueben la militarización. Así que pido que se forme un concilio llamado la Triada, donde los reyes de los tres reinos Ariánicos sean los que manejen las tropas. Lo que quiero pedir es que se forme un ejército unificado al servicio de la Triada.

-¿Quiere unir a los tres reinos bajo un mismo objetivo militar? ¡Qué astuto! -exclamó Térail.

-Definitivamente todo un orador -aseguró el duque.

-¿Creen que aprobarán la guerra? -preguntó Árcival mirando la algarabía de circulares.

-Creo que sí -respondió Dárlaran.

-¿Y cuándo nos vamos? -pregunto Árcival mirando al duque.

Dárlaran sonrió. —¿Está tan emocionado como yo? -preguntó.

-Sabe que sí -respondió el gigante.

-Yo también voy -aseguró Térail-. Parece ser que mi padre no me necesita aquí.

-Además -interrumpió Árcival-, la creación de un ejército durará por lo menos un año.

-Suficiente para ir a Arys y volver -añadió Dárlaran emocionado.

Al poco tiempo se escuchó el veredicto de boca del mismísimo rey Turath, de los Cánerehth: -Se aprueba la guerra, y por lo mismo, la militarización del reino de Hil-Dendel. Es hora que los embajadores de los reinos de la Llanura Verde y de Vírandel lleven la noticia de lo sucedido aquí. Además, saben bien que la propuesta de la Triada está en pie. Ahora, lo que debemos decidir es quién manejará el ejército.



Entonces todos los circulares, inspirados por la decisión, empezaron a gritar el nombre de Arán.

-No lo puedo creer -dijo Dárlaran, atónito y con los ojos bien abiertos.

-Tenemos como amigo al máximo estamento militar de Hil-Dendel -añadió Árcival todavía incrédulo.

-¿Y si la Triada es aprobada? -preguntó Térail.

-Arán sería el estamento más poderoso del mundo Ariánico de Pacán, después los reyes.

-Todavía no lo creo -volvió a decir el duque-. Logró más poder que cualquier noble -añadió.

-¡Ése es nuestro amigo! -exclamó Térail con alegría.

-Es verdad -dijo el duque que, animado, empezó a gritar el nombre de Arán.

-¡Arán! ¡Arán! -también gritaron Árcival y Térail.

Así que el circular de Sáreneth subió de nuevo a la tarima, vestido de rojo, y se dirigió a la multitud: -Agradezco de sobremanera el poder que me brindan. Así que, inspirado por el respaldo de mis compañeros y de mis amigos -entonces miró al duque y a sus acompañantes-, juro que acabaré con la amenaza Nómica.

Entonces la multitud se exaltó de nuevo, y ovacionó al circular. Estaba decidido: Hil-Dendel se militarizaría.

5

La fiesta se realizó tal como Dárlaran lo había planeado. La mansión estaba repleta de importantes personajes, no sólo de Hil-Dendel, sino también de los otros reinos de Pacán (El Continente de los Bosques). La alta sociedad de Pacán era fiel a las fiestas divertidas y al baile tropical, pues sentían la música en la sangre. Por eso en el salón principal, que era abovedado y ricamente decorado con finos lujos, bailaban varias parejas con alegría. Era tedioso para un Hijo del Sol Amarillo estar en una reunión sin bailar.

Desde la segunda planta, tras el decorado parapeto, Dárlaran miraba con detalle cada invitado que llegaba. A su lado permanecía Burén y el gigante Árcival.

-Pronto llegará el conde de Néreth, con su hija -dijo Árcival con malicia burlona, pues bien sabía que Tínel, la hija del conde, estaba profundamente enamorada del duque.

-¿Y? -preguntó el duque intentando evadir la sátira.

-¡Es su futura esposa! -respondió el gigante mientras soltaba una carcajada.

Dárlaran también se rió.

-¿En verdad no le gusta? Ella es muy bella -aseguró Árcival.

Entonces el duque de Háreneth meneó la cabeza en ademán negativo. – No, amigo mío, y usted sabe el motivo.

-Ládeniel -aseguró el gran Árcival.

-¿La hija mayor del marqués de Hil-Féreneth? -preguntó Burén mientras miraba a las parejas abajo en el salón.

-La misma -respondió Dárlaran-. Es ella la que en verdad roba mis sueños.

-Eso no es verdad -increpó Árcival-. No ha llegado la Mujer que «ate» al duque de Háreneth -añadió.

-Quizás sea ella -dijo Dárlaran dirigiendo la vista en el salón.

-¿Y por qué no estar con las dos? -preguntó Arán, que había acabado de llegar sosteniendo una copa de vino de palma-. Este trago es delicioso -agregó.

-Sabe que yo no soy así -respondió el duque.



-Lo sé -dijo Arán-, pero ahora es uno de los solteros más cotizados de la élite de Pacán.
-No es verdad -dijo Dárlaran con modestia.
-¡Ah, no! ¿Cuántas Mujeres le han presentado esta noche? -preguntó Arán.
-Dos -respondió Dárlaran mientras sonreía.
-Es verdad lo que Arán dice: Ahora usted es uno de los solteros más cotizados. ¿Y cómo no? Es el duque más joven de Pacán, uno de los más ricos y más poderosos, y «ni tan feo» -se burló Árcival.
Entonces el duque soltó una carcajada. -¿Por qué no mejor cambiamos de tema? -preguntó mientras aún se reía.
-Mejor bajemos -propuso Burén.

Descendieron por las anchas escaleras de mármol blanco, tomaron unas copas de vino de palma y se dedicaron a bailar para divertirse. Árcival era algo «tieso», pero en cambio Arán y Dárlaran eran diestros bailarines: Las Mujeres quedaban encantadas al bailar con ellos. Y, sin embargo, quien mejor bailaba era Burén, pues había crecido rodeado de música; pero bailaba pocas piezas.

A las pocas horas, un Hombre viejo, calvo y de barba blanca se acercó al duque de Háreneth con mucha decencia, acompañado de una bella joven de ojos castaños y grandes, cabello rizado y claro, y cuerpo bien formado y voluptuoso, como el de casi todas las Mujeres de Pacán. Vestía de seda azul brillante con un escote prolongado y encajes de oro.

-¡Muy buen noches, duque de Háreneth! -saludó el viejo mientras esbozaba una sonrisa.
-Buenas noches, conde de Néreth -respondió Dárlaran no muy efusivo. Entonces miró a la bella joven, sonrió y saludó, aunque de igual semblante. -Buenas noches Tínel -dijo mientras bajaba su cabeza levemente.
-¡Muy buenas noches! -respondió Tínel con el rostro sonrojado y una sonrisa nerviosa.
-Te vez muy hermosa -dijo Dárlaran, pero más como un cumplido que como una realidad. Aunque no se podía negar que la hija del conde era muy bella.
-Muchas gracias -respondió la joven aún más sonrojada.
-Veníamos a felicitarlo por el éxito del negocio en el Antiguo Continente. Esperamos que le vaya muy bien -dijo el conde.
-Seguro que sí -respondió el Duque con una sutil ironía, pues bien sabía que el conde pensaba dar a Tínel a sus manos, y entre más exitoso fuera, más dinero tendría el anciano. Pero el conde no comprendió el sarcasmo, y prosiguió: -Si necesita algo, no dude en pedirnoslo. Nosotros lo brindaremos con gusto.
-No pretendo molestarlos -respondió Dárlaran mientras miraba a Tínel.
Entonces Tínel intentó animar la conversación. -¡Qué hermosa fiesta! -exclamó mientras miraba su entorno-. Estamos muy agradecidos por tu invitación.
-Siempre será un placer -dijo el duque, más por decencia que por gusto.
En ese momento llegaron Térail y una hermosa joven con rostro de suaves facciones, ojos almendrados y de color miel (parecidos a los de Dárlaran), cabello castaño y rizado, labios brillantes y seductores, y cuerpo bien formado. Vestía un lujoso traje vinotinto con un escote redondo de encajes y con la espalda destapada. Caminaba con desdén y tentación, y en su mirada se posaba la astucia.
-Conde de Néreth, Tínel, que gusto que estén aquí -saludó Térail mientras miraba de reojo a Dárlaran y soltaba una maliciosa expresión.



-Muy buenas noches -respondieron a unísono. Pero fue notorio para todos que la aparición de la hermosa joven irritó un poco a Tínel, que la detallaba de pies a cabeza. La joven también la miraba, pero sonreía triunfante, pues sabía que Dárlaran también la miraba con detalle.

Entonces Térail, que se había dado cuenta de la situación, presentó a la joven. –Duque de Háreneth, creo que ya conoce a Ládeniel, la hija del marqués de Hil-Féreneth -dijo mientras los ojos del duque y de la joven se encontraban.

-Así es. He tenido el placer de hablar con ella en algunas ocasiones -respondió Dárlaran.

-¿Así que tú eres la hija del marqués? -dijo el conde con irritación.

-¿Conoces a mi padre? -preguntó Ládeniel.

-No he tenido el placer, pero si he escuchado de él -respondió el conde intentando ocultar la furia.

-Es un placer tenerte aquí -dijo el duque a Ládeniel.

-Créeme, el placer siempre será mío -respondió la joven mientras miraba de reojo a Tínel. Entonces la hija de conde, incapaz de aguantar más la furia, dijo: -Espero que me disculpen, pero iré a tomar aire. Me siento algo enferma.

-¿Y qué tienes? -preguntó Dárlaran mostrando preocupación-. Si quieres te traigo agua o algún remedio -añadió.

Entonces Tínel miró a Ládeniel, ahora con la cabeza en alto, y dijo: -No gracias, simplemente necesito aire-. Y sin más, se retiró, seguida de su padre.

-¿Qué tendrá? -preguntó Térail con sarcasmo.

-Espero que no sean celos -respondió Dárlaran mientras miraba a Ládeniel.

-¿Pero por qué? -preguntó Ládeniel con ironía.

-Por más que he hablado con ella; Tínel no desea escucharme -dijo Dárlaran-. Definitivamente no hay gran voluntad sobre los sentimientos -añadió.

-Eso es verdad -afirmó Ládeniel mientras miraba el rededor, inmolando la mirada de más de un Hombre en el salón.

-Entonces les pido que por favor no se burlen de ella -pidió Dárlaran-. Hay que admitir que es bella, y que más de un Hombre caería a sus pies; pero ella está encaprichada conmigo. Y tampoco podemos negar que es una buena joven.

-Sí. Su único error fue enamorarse de usted -añadió Térail burlón.

Todos rieron de inmediato.

Entonces Dárlaran miró a Ládeniel con detalle. –Te vez en verdad hermosa -dijo con sinceridad.

-Eso le dices a todas -increpó Ládeniel.

-Sí, no lo niego; pero son pocas las veces que no lo digo por descencia -respondió el duque. –Así que, mi hermosa invitada, ¿me concedes este baile? -preguntó mientras la tomaba de la mano con sutileza y la miraba con profundidad.

-Con gusto -respondió Ládeniel-; pero no te creo que esté hermosa -añadió.

-Si no me crees mira cómo te miran aquellos Hombres de la esquina -dijo Dárlaran mientras posaba la mirada en tres marqueses que murmuraban entre ellos mientras detallaban con extrañas miradas a la joven.

-Quizás sí te crea -respondió Ládeniel al mismo tiempo que empezaba a bailar con Dárlaran.

-¡Helos ahí! Me pregunto si después de viaje será lo mismo -dijo Árcival a Burén, mientras se tomaba un trago de dulce vino.

-Quién sabe si todo siga igual cuando volvamos -añadió Burén.



Así pasó la noche. Dárlaran y Ládeniel bailaron por mucho tiempo, mientras mirada seductoras se escapaban entre risas y vueltas. Tínel y su padre se fueron al poco tiempo. Térail conoció a una hermosa joven noble de Hil-Darath. Arán se fue a las tres de la mañana, y Árcival y Burén, ebrios, amanecieron cantando sobre las mesas y los sillones. En conclusión, la fiesta fue un éxito.

6

El día 15 de noviembre del año 1276 empezó el viaje de Dárlaran al Antiguo Continente. Aquella mañana era gélida y la niebla alrededor de la mansión de Háreneth no dejaba ver más allá de la reja externa. Sólo algunos recortes borrosos de árboles eran visibles. A las seis de la mañana tres carruajes esperaban a las afueras de la mansión, envueltos entre la bruma. Uno de ellos estaba cargado de alimentos como arroz, pan, galletas, y algunas frutas como mamoncillos, duraznos, bananos y peras. Además, había algunas frazadas, armaduras, oro y armas.

-¿Segura que llevo todo? -preguntó Dárlaran a Kihra mientras bajaba las escaleras de la entrada de la mansión. Árcival, Burén y Térail lo acompañaban.

-Sí señor. Lleva todo lo necesario -respondió la anciana, que mostraba en sus ojos angustia-. Nos hará mucha falta, señor -añadió mientras abrazaba al duque.

-Ustedes también -aseguró Dárlaran.

-Pero disfrute todos los momentos -pidió Kihra mientras sonreía.

-Te lo aseguré -dijo Dárlaran-. Asegúrate de mandar herreros y forjadores con el encargo; es mejor prevenir.

-Téngalo por seguro -respondió la anciana.

Entonces Árcival se enjugó los ojos lagrimosos al ver la escena.

-¿Está llorando? -preguntó Térail.

-No soy bueno para las despedidas -aseguró el gigante-. Casi no dejo de llorar cuando salí de mi hogar -agregó.

-¡Vamos! ¡No está hablando en serio! Se supone que usted es el Iracundo, Le-Hir -dijo Térail.

-Lo siento -respondió Árcival.

Pocos segundos después, el duque se acercó a sus amigos y dijo: -Muchachos, creo que es hora de irnos.

Todos asintieron.

-¿Cómo iremos? preguntó Burén.

-¡En carruajes! -exclamó Térail mientras se carcajeaba.

Todos lo siguieron con risas.

-Me refiero a cómo nos repartiremos en los carruajes -insistió Burén mientras se frotaba el cuerpo con sus manos, pues el frío era intenso.

-Yo iré con Árcival en el carruaje negro, y ustedes dos en el carruaje gris -dijo Dárlaran.

-¡Como ordene! -se mofó Árcival.

Todos volvieron a reír.

-Vamos, lo mejor es partir de una vez. Nuestro barco sale en tres días, al anochecer -dijo Dárlaran.

-¿Seguro que no es necesario que me quede para encargarme del pedido? -preguntó Burén.

-Tranquilo Burén, que Kihra y Arán se encargarán de eso -aseguró el duque.



-¿Y cuándo saldrá el pedido? -preguntó Térail.

-En dos meses -respondió el duque mientras subía al carruaje. Árcival lo siguió, y a los pocos minutos ya los tres carruajes salían hacia el sur hacia los Muelles de Atloth.

La salida de la Mansión de Háreneth fue melancólica, pues muchos de los criados del duque salieron a darle la despedida. Dárlaran, sentado en el último carruaje, sacó la mano y la boleó para despedirse. Árcival y Burén también lo hicieron. Y a la vista de los criados, la dorada niebla se tragó a los carruajes.

Cuando la mañana ya se abría entre las brumas, los carruajes ya habían tomado el camino hacia el suroccidente, hacia los muelles. Para llegar a los Muelles de Atloth los carruajes tenían que cruzar un difícil camino por entre las elevaciones occidentales de las Montañas Fértiles. Además, había un trayecto pantanoso que estaba maldito según las historias de los lugareños.

-¿Dónde nos encontraremos con sus amigos? -preguntó Dárlaran a Le-Hir.

-En el Alto del Oso -respondió el gigante.

-¿Y cuántos son? -preguntó el duque.

-Melc, mi compañero de batallas, irá con nosotros. Con él unos diez o doce Hombres -dijo Árcival.

-¿Y son confiables?

-Claro que sí -respondió Le-Hir mientras miraba por la ventana los bellos y verdes paisajes que se abrían bajo el calor de día. A lo lejos, cientos de ondulantes colinas, herbosas y aún húmedas por el rocío mañanero, se levantaban cargadas de brezales y arbustos de orquídeas.

-¿Por qué lo llaman el Alto del Oso? -preguntó Dárlaran con la vista perdida en una bandada de blancas palomas, relucientes en el cielo azul.

-Cuando los Nomos y nosotros nos enfrentamos en ese alto, los Nomos que intentaron escapar por la selva fueron víctimas de los osos de anteojos -explicó Árcival.

-¿Los osos de anteojos no son pacíficos?

-No cuando se trata de Nomos -respondió el gigante-. Los osos se sienten amenazados por los Nomos, pues los Nomos los cazan y los odian.

-Ya veo-. El duque miró por la ventana y detalló que no muy lejos el camino empedrado empezaba a sisear, subiendo en una abrupta pendiente e internándose a las montañas boscosas por una garganta tupida de araucarias. -¿En cuánto llegaremos? -preguntó.

-En unas dos o tres horas -respondió Árcival.

El ascenso no fue nada fácil. Los corceles se resbalaban a menudo, y el carruaje de los equipajes, al ser el más pesado, se retrasaba constantemente. Además, el calor del medio día hacía el viaje agotador y tedioso, aunque en fracciones del camino las araucarias y los saúcos formaban frescas bóvedas tapizadas con sombras.

Sin embargo, sólo les costó dos horas y quince minutos de ascenso para llegar al Alto del Oso. Allí, sentados en un estadero, diez Hombres con cotas de mallas doradas y ligeras, y cascos con cimera alta, esperaban al duque y a sus acompañantes. Sólo uno de los Hombres, corpulento y de rostro fiero, poseía una armadura pesada de acero dorado, bien labrada y adornada con tribales repujados.



Cuando el Hombre de armadura pesada vio llegar los carruajes, se levantó con una sonrisa muy viva y se preparó para recibir a los recién llegados.

-¡Le-Hir! ¡Qué alegría verlo! ¡Y también a ustedes, señores de la nobleza! -dijo mientras reverenciaba a Térail.

-Duque de Háreneth, Térail, Burén, les presento a Melc, capitán del segundo regimiento de Hil-Darath, y un muy buen amigo -presentó Árcival al Hombre de cabello negro y largo, y ojos cafés.

-Es un placer -añadió Melc.

-El placer es de nosotros -respondió el duque.

Entonces, poco a poco, los Hombres restantes se fueron acercando y rodeando a los recién llegados, casi todos fijos en Árcival.

-¿Le-Hir? -preguntó uno de ellos asombrado. Y al no escuchar respuesta, el Hombre aseguró: -Le-Hir.

Así que todos empezaron a gritar en coro: -¡Le-Hir! ¡Le-Hir!

Y Árcival levantó los gruesos brazos, y con su voz poderosa empezó a gritar también. - ¡Le-Hir! -decía a los Hombres, como si el nombre lo animara.

Al entrar al estadero, el duque y sus acompañantes invitaron a todos los Hombres a almorzar. Al ser un sitio retirado de la opulencia, Dárlaran y Burén pidieron un pollo asado, Árcival una gallina para él solo, Térail una sopa de menudencias, y Melc y el resto de Hombres, ya acostumbrados a las comidas del ejército, pidieron chorizos con arepas y limonadas.

-Según he escuchado, las ciénagas que quedan al otro lado de las Montañas Fértiles, en la hondonada, están malditas -dijo Árcival con voz trémula.

-¿Qué dicen? -preguntó Burén con inquietud.

-Los lugareños dicen que allí vive un monstruo que ataca a los que osan pasar sin llevar algo de plata -contó el gigante.

-Llevamos mucho oro, pero casi nada de plata -informó Dárlaran.

-¿Y para qué la plata? -preguntó Burén, cada vez más asustado.

Árcival, que ya había acabado la gallina, se llevó uno de los jugosos muslos de pollo a la boca, le arrancó un pedazo con los dientes, y respondió con la boca aún llena: -Al parecer, a esa bestia le teme a la plata. Dicen que si llevas algo de plata ella te dejará cruzar los pantanos.

-¿Ella? -preguntó Dárlaran, que tomó un sorbo de refrescante limonada, y añadió: -¿Qué clase de ser es el que habita en las ciénagas?

-Un Hada -respondió Le-Hir.

-«El Hada del Pantano» -afirmó Dárlaran con tono pensativo.

-Así la llaman -recordó Árcival.

-¿Ha escuchado de esta «Hada», señor? -preguntó Burén.

-No sería raro; usted sabe sobre todas las leyendas -interrumpió Térail mientras se limpiaba la frente enjuagada en sudor-. Y las que no se sabe, se las inventa -añadió soltando una carcajada.

Árcival lo siguió con una carcajada.

-Sí, he escuchado de ella -respondió el duque sonriendo-. Es un Hada que, hechizada por una Bruja, quedó encadenada a las ciénagas -contó forzando su memoria.

-¿Y qué llevamos de plata? -preguntó Térail a los Hombres, al mismo tiempo que sacaba una cadena de debajo de su camisa de seda gris-. Yo tengo esto -añadió.



Entonces Dárlaran mostró su dedo anular izquierdo, donde tenía un anillo de plata grueso y con sus iniciales repujadas. –Plata legítima -dijo mirando al resto de Hombres.

-Yo también tengo un anillo, pero lo tengo en el cofre que viene en mi maleta -aseguró Árcival.

Finalmente, todos miraron a Burén, que con el rostro golpeado por el calor y asustado por la historia, levantó los hombros y dijo: -Yo no tengo nada.

-Tome esto -dijo Dárlaran mientras le tiraba por sobre la mesa una pequeña y pulida pulsera de plata.

-¿Un regalo de Mujer? -dijo Árcival con la risa embutida.

-Me la regaló Ládeniel, así que la pido de devuelta después de atravesar el pantano -aclaró el duque.

-Claro, señor -dijo Burén, el cual pareció volver a la vida.

-¿Y ellos? -preguntó Dárlaran al gigante, refiriéndose al resto de soldados.

-Ellos conocen bien la leyenda, así que, si no traen nada de plata, es problema de ellos -respondió Le-Hir.

-Pero desde aquí veo que Melc tiene mucha plata -dijo Térail mientras miraba la cadena del Hombre sentado en la mesa contigua, comiendo su chorizo con avidez.

7

Apenas acabado el almuerzo, los preparativos de última hora se llevaron a cabo, se tomaron más provisiones y se retiraron del Alto del Oso. Casi de inmediato, el camino se empinó en una abrupta bajada, y los problemas empezaron. Dárlaran miraba por la ventana del carruaje las cuevas lejanas, cuando de repente sintió un fuerte golpe en el carruaje que lo hizo caer de la silla. Árcival logró sostenerse, pero sufrió un golpe en la cabeza al chocar contra el techo del carruaje. La sacudida fue bastante abrupta. Y casi de inmediato se escucharon relinchidos fuertes y gritos de temor.

Dárlaran se repuso y sacó la cabeza por la ventana para ver lo sucedido. Y allí vio que el carruaje de las provisiones se había precipitado cuesta abajo, chocando el carruaje de Dárlaran y arrastrando consigo los caballos, dejando un río de sangre a su paso. De inmediato, Dárlaran salió del carruaje y, por acto reflejo, corrió tras el carruaje. Ya varios soldados corrían también, intentado de manera inútil alcanzarlo.

Entonces, en un recodo del camino, el carruaje se chocó contra unos árboles, causando un gran estruendo y quedando destruido por completo. Los dos caballos perecieron en el trágico accidente; pero increíblemente el cochero logró salir de los retorcidos escombros por sí solo.

-¿Se encuentra bien? -preguntó el primer soldado que llegó al cochero.

El Hombre a duras penas podía sostenerse. Tenía sangre en la cabeza, pero no parecía una herida considerable. Además, se sobaba el hombro, pero podía moverlo. –Estoy bien -dijo el cochero con la respiración entrecortada.

En ese momento llegó el duque. Lo examinó y pareció aliviado al verlo bien. –Parece que no tiene ninguna herida de consideración, pero si desea puede volver de inmediato a su hogar. Yo cubriré todos los gastos y pagaré su salario de inmediato.

El cochero, con la mirada desorbitada a causa de la adrenalina, asintió.



Entonces Dárlaran pidió a Melc y a uno de los soldados que tomaran unos caballos de algún carruaje y fueran al Alto del Oso por ayuda. Unas horas después llegó Melc y el soldado con otro caballo y dos mulas para cargar las provisiones que había en el carruaje destruido. El caballo fue dado al cochero herido, que, agradecido de estar vivo, se despidió de todos y retornó a su hogar. Los soldados cargaron las mulas y cortaron partes del caballo para tener carne adicional. Y, sin más, la marcha continuó.

Poco a poco el camino se fue aplanando, y tres horas después se internaron en un extraño y lúgubre paraje: Allí la luz de los Soles parecía no entrar a causa de las densas sombras arbóreas. El aire hedía por el agua estancada, y los croares de los sapos eran escuchados por todos lados. Había mosquitos por doquier, causando ese monótono zumbido. Los árboles tenían formas monstruosas, y las aguas eran negras y repletas de nenúfares deformados. A los costados de las espesas charcas se aglomeraba el barro, volviendo el suelo traicionero y peligroso. Además, y para desconsuelo de los viajeros, ya la noche caía, gélida y misteriosa.

A los pocos minutos después de entrar en las ciénagas, los problemas continuaron: Los caballos se empezaron a inquietar, y empezaron a relinchar y a corcovear con fuerza y terror. Y los carruajes empezaron a estancarse en el barro. Varias veces los soldados tuvieron que empujar los carruajes atascados.

-Llegamos de noche y los caballos se inquietan. Mal presagio -aseguró Burén a Térail mientras intentaba espantar a los insectos que le volaban alrededor.

-Ya sé el motivo por el que los lugareños piensan que este lugar está maldito -dijo Térail mientras sacaba la cabeza fuera del carruaje y miraba, con la nariz tapada, las siluetas distorsionadas por la fría bruma. -¡Cochero, detenga el carruaje! -ordenó. Se bajó y detuvo el carruaje de Dárlaran. -No podremos seguir. No hay nada visible y el suelo es inestable -dijo al duque.

-¡No podemos quedarnos aquí! -exclamó Árcival.

Entonces Melc se acercó al carruaje, y dijo: -Mis Hombres se niegan a seguir adelante; pues están cansados y aún conmocionados por el accidente.

-Pero...

-Térail tiene razón -dijo Dárlaran-. Es peligroso seguir en la oscuridad, y los soldados necesitan descansar y comer algo-. Entonces se dirigió a Melc: -Ordene que prendan una fogata y varias antorchas para montar un campamento.

-El suelo no es el adecuado para construir carpas, señor -aseguró Melc.

-Entonces dormiremos sobre el barro y con sólo una manta, pero descansaremos y comeremos; lo merecemos -dijo Dárlaran con calma.

Al escuchar esto, Melc sonrió. -Pensé que los de la nobleza eran flojos y exigentes -dijo realizando una venia a duque-. Será un honor dar la orden, duque de Háreneth -añadió entusiasmado, y se retiró.

-No me gusta este lugar -insistió el gigante.

-Quizás el Hada venga por nosotros -añadió Burén con la voz entrecortada.

-No están asustados, ¿cierto? -preguntó Térail, que poco creía las historias.

-Vamos, ayudémosles a los soldados a armar el campamento -pidió Dárlaran mientras se bajaba del carruaje y se envolvía con un abrigo negro para evitar el inclemente viento.



-Burén y yo, con la ayuda de algunos soldados, nos encargaremos de la comida -aseguró Térail-. ¡Vamos, que ustedes también deben tener hambre! -gritó a los cocheros que, con los rostros aliviados y felices, descendieron de los carruajes de un solo salto.

El campamento se organizó en menos de una hora, así que a las siete de la noche ya todos los Hombres estaban sentados sobre troncos o sobre el suelo alrededor de una gran hoguera. Las vestimentas de todos los viajeros se arrunieron con el barro, pero el calor del fuego mitigaba un poco el frío de la noche. Aun así, el temor entre los Hombres se densificaba como las tinieblas del rededor. Los caballos relinchaban de vez en cuando, y los sonidos de los animales nocturnos destrozaban los nervios.

La comida, a diferencia del almuerzo, fue intranquila, aunque un comentario fuera de sitio hacía reír de vez en cuando a los Hombres. Prepararon la carne de caballo, arroz, caldo con papas y verduras; todo acompañado con pan.

Entonces, a eso de las nueve y media de la oscura noche, dos soldados escucharon un burbujeo en un estanque cercano que hizo que sus nervios se alteraran. Poco después fue escuchado el mismo burbujeo, pero esta vez provenía de una charca cercana, a la derecha de Burén.

-¡Ay, no! -exclamó al sentir el extraño burbujeo.

-¿Qué pasó? -preguntó Dárlaran, exaltado por la expresión.

Burén miró con terror la charca de agua negra y nenúfares monstruosos, y dijo: -Hay algo bajo esas matas.

-¿Está hablando en serio? -preguntó Dárlaran con la mirada fija en el agua, casi invisible en la oscuridad nocturna-. Traigan una antorcha, por favor -pidió el duque a dos soldados, que acataron sin demora. Entonces Dárlaran se acercó al estanque, bordeado de espantosos árboles que dejaban caer sus verduscas barbas hacia el agua negra y hedionda. El duque sentía que su corazón se aceleraba con cada paso, pues el temor lo había invadido. Caminaba con cautela, intentando no resbalar con el barro. Y cuando ya estuvo cerca del agua, vio con detalle que los nenúfares no se movían y que el agua espesa estaba quieta. Así que respiró profundo y se tranquilizó; pero cuando se iba a voltear, vio con horror que unas pequeñas burbujas salían del centro del estanque, de entre los nenúfares, como si alguna criatura horrible esperara allí, amparada bajo la oscuridad del agua. Entonces Dárlaran cortó su respiración y sintió el frío del vértigo en su estómago.

-¡Es verdad! -dijo con temor uno de los soldados que alcanzaba a ver el agua.

Al escuchar tan temblorosa expresión, el resto de Hombres se acercaron con antorchas y rodearon la negra charca. Había un aire de expectativa y temor entre los Hombres, que miraban petrificados el agua inmundada.

Al principio todo fue calma, pero al poco tiempo se vio de nuevo el burbujeo, esta vez cerca de la orilla, casi a los pies de uno de los cocheros. Entonces la sangre de los Hombres se heló. Y cuando el cochero tomó una antorcha e iluminó el agua, vio con alivio que no era más que un sapo. Al ver al verdoso anfibio, todos parecieron descansar. Mas este descanso no duró mucho, pues un silencio invadió el ambiente y lo llenó de miedo.

Entonces, en medio del silencio, un gorgoteo emergió abruptamente, e instantes después salió, rápida como un Demonio y amparada por la luz vacilante, una sombría y macabra



figura que tomó al cochero de los pies y lo arrastró hacia el charco, hundiéndolo mientras, desesperado, pataleaba y gritaba para que lo auxiliaran.

Todo pasó tan rápido que nadie pudo siquiera reaccionar, y fue tan veloz y violento el ataque y el ahogamiento, que Térail, que estaba sólo a unos pasos del cochero, no pudo ver más que una sombra negra entre las gotas y los chapuzones de barro y agua. Notó que la cruel aparición tenía grandes alas, con las cuales chapoteó y perturbó el agua. También notó que tenía cabello largo y facciones delicadas, mas no pudo ver en detalle al Hada, pues la luz de las antorchas era muy tenue y estaba minimizada por la hedionda bruma del rededor.

Aterrados al ver cómo el cochero se hundía mientras perturbaba el agua, los Hombres se retiraron del charco a toda prisa y se posaron entre los carruajes o a la luz de la fogata. Muchos de ellos desenfundaron sus armas, temerosos de ser la próxima víctima.

-¿Por qué a él? -preguntó Burén al Dárlaran, que mostraba en su rostro temor y sorpresa.
-Estoy casi seguro de que no tenía nada de plata -respondió el duque alterado.

A los pocos minutos llegó Árcival corriendo desde los carruajes hacia la hoguera. Su rostro pálido mostraba el miedo.

-Al parecer ha desaparecido uno de los soldados -informó al duque.

-¿Qué?! -exclamó Dárlaran mientras sentía que el vacío en su estómago crecía. Se sintió culpable e impotente. Sentía que por él el cochero y el soldado habían perdido la vida. Todo por su caprichoso viaje.

-Aseguran sus compañeros que no llevaba plata consigo -añadió el gigante-. Dicen que muchos le advirtieron, pero él, incrédulo, no acató los consejos.

-Esto no puede ser -se dijo el Duque mientras se agazapaba cerca de la fogata y se tomaba la cabeza con las manos en señal de preocupación. La culpa empezó a pesar en él como el plomo.

-¡Y ahora que me acuerdo, yo tengo mi anillo de plata en el carruaje! -exclamó Le-Hir con desconsuelo y pavor. Y arrancó a correr hacia los carruajes.

-¡Espere! -gritó Dárlaran mientras se levantaba y seguía al gigante. Pero resbaló y cayó de bruces en el lodo. Y mientras lo hacía, una sombra voló desde un horrible árbol cercano y se llevó a Árcival con ella. Las alas en forma de mariposa parecieron envolver al gigante, que, atropellado, cayó a uno de los estanques cercanos.

-¡Árcival! -gritó el duque a todo pulmón y con el corazón acelerado. El grito fue tan fuerte, que todos los Hombres fueron hacia él.

-¿Qué pasó?! -preguntó Térail.

Pero Dárlaran no puso atención. En vez, se levantó trabajosamente, tomó una antorcha que llevaba un soldado y la acercó a la escandalizada charca. Allí vio un fuerte chapoteo. Árcival no había sido hundido del todo, pues era muy grande y tenía una enorme fuerza. Además, la charca no era profunda, por lo que Árcival podía plantar los pies en el fondo lodoso. Y tras él, casi invisible, había una sombra que intentaba hundirlo con desespero.

-¡Ayuda! -gritaba Le-Hir constantemente, intentando no tragar esa agua malsana.

Entonces Dárlaran, llevado por el desespero, se quitó el anillo de plata con presura y lo mostró con la antorcha.

-¡Hada! -gritó intentado asustar a la bestia.

Pero la lucha entre la macabra aparición y el gran Hombre no cesaba.

-¡Hada, tengo plata! -volvió a gritar el duque, aún más desesperado.



Entonces el enigmático ser dejó de hacer fuerza; pero permaneció sujeto al gigante, todavía envuelto por la penumbra nocturna.

-¡Acérquenle una antorcha! -ordenó Melc a sus soldados.

Y cuando se hizo, se pudo ver por fin al Hada del Pantano: Tenían una tez muy blanca y maltratada; un cabello negro, sucio y enmarañado, pegado a un rostro cadavérico que mostraba una furia y una crueldad mortal. Tenía las aletas de la nariz muy abiertas; mostraba sus dientes afilados y podridos; y sus ojos, negros como la noche e incrustados en las cuencas craneales, mostraban una furia incontenible. Sobre un dorso de finos trazos emergían unas alas a modo de mariposa de tonos grisáceos y negruzcos, y se batían suavemente, con inquietud y ansiedad. Hedía, y tenía todo el cuerpo embarrado y repleto de hojas. Respiraba estertosa y agitadamente. Parecía que el mismísimo Innombrable la hubiera hecho su concubina y su sirvienta. La aparición petrificó a los Hombres, que, pasmados, sostenían las antorchas temblorosamente.

-¡Suelta a mi amigo! -dijo Dárlaran lentamente mientras mostraba el anillo y se intentaba tranquilizar respirando hondo.

Entonces el Hada habló, pero nadie le entendió. - ¡*Sssereth Ilam barut!* -dijo con voz siseante y llena de tétricos ecos.

-Libera a mi amigo -volvió a decir Dárlaran con cautela.

Pero el Hada, un poco inquieta, batió las alas lanzándole agua al duque. Entonces volvió a hablar en lenguas inentendibles.

Así que Dárlaran se acercó lentamente al agua, mientras mostraba el anillo.

Pero fue frenado por Árcival. -¡No se acerque más! Que con cada paso que usted da, ella intenta hundirme -dijo.

-Está bien -dijo el duque frenándose, mientras su cuerpo se estremecía del miedo.

Entonces se dirigió a Burén: -Traiga de los carruajes toda la plata que encuentre.

-Sí, si -dijo Burén atemorizado, mientras corría hacia los carruajes cuidando de no caerse en el barrial.

Entonces Dárlaran lanzó el anillo al agua cerca de Árcival para que el gigante lo tomara; pero Árcival no logró asirla.

Entonces ella habló en su lengua, como burlándose, sin soltar al gigante.

-¡Qué suelte a Árcival, maldita! -gritó el duque en acto de desespero.

-¡Tranquilícese! -increpó Térail.

-¿Para qué? Ella no nos entiende -respondió Dárlaran.

-Parece que le teme a la plata -musitó Árcival mientras miraba de reojo al Hada en su espalda. El Hada parecía intentar alejarse del sitio donde había caído el anillo arrojado por el duque, poniendo a Árcival entre ella y el anillo.

Entonces llegó Burén con algunas joyas de fina plata. -¿Ahora qué hago? -preguntó tembloroso.

-Bóteselas a ese monstruo para que suelte a Árcival -dijo Dárlaran con los dientes apretados y el ceño fruncido.

Así que Burén empezó a lanzar todas las joyas al agua, intentando darle al Hada con alguna.

Pero el Hada se cubrió con Árcival, y sonrió. Y en un acto de traición, batió sus alas e intentó hundir a Árcival de nuevo, volviendo a turbar las aguas.

-¡No! -gritaron todos los Hombres.

-¡Maten a ese engendro! -gritó el duque.

Y siguiendo las órdenes, dos Hombres tomaron sus arcos y las apuntaron hacia el Hada. Sin embargo, Árcival estaba entre ellos y el sombrío ser.



-No podemos darle -afirmó uno de los arqueros.
-Que uno rodee la charca y se haga tras ella. No puede cubrirse con Árcival desde costados opuestos -aseguró Dárlaran.
Y cuando el Hada vio las intenciones de uno de los arqueros, se sintió acorralada, soltó a Árcival y se sumergió en el agua podrida. De inmediato, el gigante nadó hasta la orilla, aún asustado, y logró salir sin ningún inconveniente.
-¿Está bien? -preguntó Térail tomando al gigante de brazo y ayudándolo a levantarse.
-Sí, sí -respondió Árcival tosiendo y tomando grandes bocanadas de aire. Entonces los caballos relincharon y se inquietaron.
-¿Qué sucede con los caballos? -preguntó Burén con temor.
-¡Los caballos no tienen nada de plata! -exclamó Dárlaran aterrado, mientras corría a toda prisa hacia los carruajes. -Tomen todo lo de los carruajes y suelten a los caballos -pidió a los soldados.
Así que todos tomaron rápida carrera entre los pútridos árboles y entre la densa neblina hacia los carros.

8

El Duque fue el primero en encontrar los carros, y grande y horrible fue su visión cuando acercó la antorcha y disipó la penumbra que allí se cerraba: Sobre el vientre de uno de los caballos, abatido en el suelo y sobre un charco de sangre, el Hada del Pantano, de rostro cadavérico y de piel blanca como la de un muerto, hundía su boca de filosos dientes. Tenía la barbilla coloreada de sangre y movía sus alas grises con violencia y celeridad.

Pero en segundos, cuando Burén y tres soldados llegaron, el Hada, con el rostro furioso y los ojos refulgentes, se retiró del animal y voló lejos de la luz del fuego, desapareciendo de nuevo.

-¡¿La vieron?! -exclamó uno de los soldados, pasmado.
-Sí -respondió Burén, inmóvil y con los ojos muy abiertos.
-Vamos, saquemos todo lo de los carruajes antes que el Hada vuelva -insistió Dárlaran.
-Yo desataré a los caballos -dijo Árcival, que había acabado de llegar.
-Entonces yo iré al otro carruaje -informó Melc mientras ordenaba a un grupo de cinco Hombres que lo acompañaran.
-¿Y qué vamos a hacer? -preguntó Térail intentando traspasar con la mirada la penumbra que envolvía la ciénaga-. Todavía faltan como dos horas para que amanezca -añadió.
-Nos iremos ahora, seguiremos el camino y andaremos a la luz de las antorchas -respondió Dárlaran, que ya sostenía un saco.
-Y debemos estar muy juntos -agregó Burén, todavía temeroso por el acontecimiento.
-Vámonos, que el Hada no debe estar lejos -insistió el duque.
-La tendremos respirando en nuestras nucas mientras no amanezca -aseguró Térail, que ayudaba al gran Árcival a sacar un gran saco de víveres del segundo carruaje.
-¡¿Listo, Melc?! -gritó Le-Hir con todas sus fuerzas.
Y Melc llegó con varias alforjas. -Vámonos, pues no me quiero quedar aquí un minuto más -dijo el soldado mientras seguía el craqueado camino, bordeado de pantanales, hiedras y árboles de verduscas y fantasmales enredaderas.

Fue Melc quien lideró la compañía, seguido por Térail y Dárlaran. Burén, Le-Hir y dos soldados la cerraban. El temor era constante, pues entre aleteos de insectos y croares de



sapos, era escuchado de vez en cuando un sonido semejante a un romper de ramas o a un mover de matas.

Pero, para alivio de los expedicionarios, el día llegó con fuerza. El Hada del Pantano pareció esconderse de nuevo en el agua negra de las ciénagas. El pantano era ahora visible en su totalidad. Los árboles pantanosos parecían formar un manto interminable, bordeado de una niebla hedionda y espectral.

Sin embargo, los Hombres habían avanzado un gran trayecto la noche anterior. Y, aunque estaban supremamente cansados, y con frío y hambre, continuaron una forzada marcha. El barro se les pegaba a las botas, lo que les dificultaba cada paso. Pero lograron salir de las ciénagas antes del anochecer, después de una jornada extenuante.

Cuando la bruma se disipó y los espantosos árboles cesaron, fue visible un valle de verde hierba y colinas poco pendientes. Algunos saúcos, solitarios y de blancas flores, se erguían en el pequeño valle, que era bañado por un atardecer dorado y de nubes negras. Fue en ese valle que los Hombres finalmente pudieron cambiar sus ropajes sucios y comer con tranquilidad. Toda la noche Árcival había aguantado mucho frío a causa de sus ropas húmedas y pesadas, y fue en verdad un alivio para él cambiarse.

- ¿Por qué no tomamos un barco en los muelles cercanos a Hil-Darath y nos ahorrábamos tan horrible viaje, señor? -preguntó Burén al duque, que tenía la vista perdida en el atardecer de oro.

-No hay barcos que salgan de los muelles del reino de Hil-Dendel al Antiguo Continente -respondió Dárlaran, ensimismado. Sentía una profunda angustia por la pérdida de dos vidas durante la jornada anterior. ¿Qué les diría a las familias? ¿Cómo explicaría lo sucedido? Las familias quizás ni siquiera le creerían la historia del Hada. Su viaje había empezado con el pie izquierdo, y ahora que se encontraba fuera de peligro caía en cuenta de eso.

-¿Y por qué no salen barcos de allí? -volvió a preguntar el servidor.

-El río Puro es muy pando para aceptar barcos de gran embergadura -explicó el duque.

-Entonces, ¿cómo son recibidas las mercancías provenientes del Antiguo Continente?

-Primero llegan a la ciudad de Cánt, en el reino de Tumac y a las orillas de río Magla. Es más fácil el viaje. De allí salen caravanas de mercaderes y llamas cargadas hacia todos los reinos de Pacán -dijo Dárlaran mientras dejaba la alforja que llevaba en el suelo para descansar-. Pero -añadió-, el problema que Arán desea aliviar tiene que ver con las mercancías provenientes de Tumac. Para llegar al reino de Hil-Dendel, las caravanas tienen que pasar por un valle selvático y plagado de Nomos. Ese valle queda entre las ciudades Nómicas de Krimallán y la nueva y poderosa Górdoral.

-Así que están bloqueando nuestro comercio en ese valle -dedujo Burén, que sentía el agradable frescor del crepúsculo.

Dárlaran asintió. -Si los Nomos logran bloquear la ruta de comercio, los reinos estarán en peligro -dijo volviendo a ponerse la alforja en el hombro. -¿Cómo pesa esta armadura! -añadió.

-Eso quiere decir que la idea de la Triada que el señor Arán propuso no es del todo descabellada -dijo Burén.

-No es nada descabellada -aseguró el duque.

-¿Y es que el reino de Tumac está muy lejos del Ducado de Háreneth? -preguntó Burén.



Dárlaran asintió. –Nos tomaría mucho tiempo ir hasta allá para tomar un barco, y tiempo es lo que menos tenemos. Por eso hacemos este viaje -informó.

-Entiendo, señor.

La noche fue gélida pero tranquila. Los Hombres hicieron un pequeño campamento, despidieron a los dos Hombres caídos con plegarias y comieron algunas frutas. Y al amanecer se inició de nuevo la marcha. Y casi a mediodía, desde una colina herbosa y al amparo de las sombras de los saúcos, los Hombres por fin vieron el azulado Mar de las Deidades. El agua danzaba informe y cristalina bajo un cielo iluminado y cálido. Desde el interminable mar subían frías corrientes de vientos que envolvían y reanimaban a los cansados Hombres. Su murmullo daba paz y su olor remontaba a aventuras de épocas lejanas.

Caminaron un poco más, y después de subir otra pequeña cuesta de hierba alta y brillante, los viajeros divisaron su primer objetivo: Sobre el agua del mar se mecían varios barcos de grandes velas y colosales envergaduras. Había fragatas, corbetas, bergantines y los famosos Cruceros de Guerra.

Los Cruceros de Guerra, fuertemente armados, habían sido muy empleados por los reinos de Pacán en las constantes batallas navales. Muchos Hombres Nórdicos y Nomos habían intentado invadir Pacán; pero todos los intentos habían sido en vano. Se tienen registros de dos grandes intentos de invasión por parte de los Nórdicos y los Nomos: Uno en el 734, en donde los Cruceros de Guerra hundieron más de trece naves cerca de las costas de Tumac; y el otro en 1028, donde los Nórdicos perdieron toda una flota en las costas de Hil-Dendel.

-Hemos llegado, y justo a tiempo -aseguró Árcival con tono de alivio-. Todavía tenemos casi medio día -añadió sonriente.

-Entonces, ¿qué tal si bajamos y nos comemos unos buenos pescados salados y una buena limonada -sugirió Melc a los Hombres.

-Yo quisieran una mojarra o un salmón -dijo Dárlaran, cabizbajo y aún desanimado por la culpa.

-Entonces, ¿qué esperamos? -preguntó Le-Hir mientras bajaba a paso rápido la colina. Todos le siguieron.

En almuerzo en los muelles de Atloth fue agridulce. Los Hombres estaban aliviados por haber cruzado las ciénagas, pero guardaban luto por las dos bajas. Allí, Dárlaran le pagó a su cochero para que volviera de nuevo a Háreneth; pero él, temeroso de volver por donde vino, decidió tomar un barco hasta Cánt, a casi una semana de distancia, y de allí volver a Hil-Dendel en una caravana. Prefería el viaje de casi tres semanas a volver por el pantano, por donde sólo se demoraba tres días.

-Empezamos la expedición con el pie izquierdo -aseguró Térail mientras tomaba un sorbo de fría limonada.

-Lo sé -dijo el duque.

-Cuando lleguemos al Antiguo Continente todo será mejor -dijo Árcival, intentando subir los ánimos.

-Árcival tiene razón -apoyó Térail.



-¿Y de aquí, a dónde? -preguntó Burén mientras se sacaba una espina de la boca.
-A los Muelles de Adsul, en las tierras conocidas como Herda -informó el Duque.
-¿Herda? -preguntó Burén.
-El nombre es en honor a una reina Dacona -respondió Dárlaran-. Se dice que Dan-Silum, un rey Nocturno, fue desterrado de las tierras de Félgor por enamorarse de Herda, una hermosa Dacona de ojos azules, cabellos de plata y tez de porcelana. Dicen que fue una de las Daconas más hermosas que ha pisado el mundo mortal. Exiliado, Dan-Silum llegó a unas fértiles llanuras, donde decidió fundar su nuevo reino y ponerle el nombre de su amada.
-Veo que no está permitido que un Hombre y una Dacona se enamoren -dijo Melc.
-No -respondió el Duque, que se llevó un pedazo de pescado a la boca y prosiguió: -Su amor se volvió imposible, pero dicen que se veían en secreto.
-¿Y es poderoso ese reino? -preguntó Árcival.
-No mucho -dijo Dárlaran-. Pero sí sé que adoran dioses -añadió.
-A los Espíritus -dijo Térail.
-No, ellos desconocen de los Espíritus. Aman a un dios llamado Javar -respondió Dárlaran.
-«Creencias de Nórdicos» -dijo Térail con resignación.
-Pero dicen que hay cuatro piedras que Javar tenía en su corona, y son las piedras más queridas en los imperios del Antiguo Continente -aseguró Dárlaran-. Creo que las llaman Shidrahas.
-¿Y qué quiere decir «Shidraha»? -preguntó Burén.
-Piedra luminosa, o Estrella del Inframundo; alguno de los dos significados -añadió Dárlaran.

Después de acabado el almuerzo, los Hombres empezaron a cargar sus pertenencias en el barco. Pagaron sus pasajes y ocuparon sus literas. Y al anochecer, el barco, custodiado por dos Cruceros de Guerra y llevado por los sutiles vientos, zarpó desde los Muelles de Atloth hacia el Antiguo Continente, al Reino de Herda. Todo se derrumbaron en sus literas, agotados por el viaje, pero por fin tranquilos.

9

-Podremos tomar un pequeño bote en los Muelles de Adsul para cruzar Herda por el río Utum -aseguró Árcival, que bajaba de cubierta después de hablar con el capitán del barco.
-¿Río arriba? -preguntó Dárlaran, que permanecía placido sobre su litera.
El gigante asintió. -El capitán dice que las corrientes del Utum no son fuertes, y que el viaje será fácil -respondió-. Pero dice que debemos desembarcar primero en las islas septentrionales para cambiar de navío -agregó.
-¿Para qué? -preguntó Térail.
-El capitán dice que sólo los navíos contruidos en esas islas pueden atravesar la Falla de Broid -respondió Árcival.
-No había escuchado nunca de esa falla -aseguró Melc.
-Es una falla geológica que lanza vapores dañinos para los navíos y los hunde. Queda bajo el mar -explicó Dárlaran.
-Y tenemos que pasar por esa falla -dedujo Térail-. ¡Qué bien! -añadió sarcásticamente.



Y así se hizo. Después de un mes de viaje, los Hombres desembarcaron en una pequeña ciudad llamada Kárijan, repleta de edificios blancos con techos de cúpulas y ventanas conopiales. Aunque pequeña, la ciudad era bella y agradable, pues el frescor del mar inundaba el aire, y la cristalina agua emergía de bellos pozos y molinos.

-¡Y yo que pensé que los Hombres de las Islas eran salvajes! ¡Qué equivocado estaba! -aseguró Térail anonadado por la belleza de la pequeña Kárijan. Estaba barbado y un poco delgado por el viaje.

-Tienen facciones muy parecidas a las de los Hombres Nocturnos -aseguró Dárlaran, que miraba con detalle las personas que allí vivían: Tenían los cabellos muy negros, lacios y brillantes, ojos grandes y pieles muy blancas.

-Curioso -añadió Árcival.

Pero los Hombres no perdieron tiempo, y abordaron en menos de una hora un barco de velas blancas. El barco, aunque más pequeño que el proveniente de Pacán, era agradable y cómodo. Los Hombres se situaron en las literas y se dedicaron a cantar y a divertirse, hasta que el barco zarpó.

Sólo bastaron unos pocos días para que la Falla de Brold hiciera su aterradora y furiosa aparición. El cielo sobre el barco pareció ennegrecerse en sólo segundos, y la luz de los Soles se vio reemplazada por densas nubes negruzcas, cargadas de poderosos rayos. Y bajo el barco, una cortina de vapores gélidos, semejantes a una catarata invertida, subía mortal y airada. El mar se picó y levantó inmensas olas que golpearon el barco con violencia; y sin embargo, el barco se sostuvo.

Al llegar a la Falla de Brold, los Hombres se vieron obligados a dejar el barco a la deriva, pues los vapores de la falla eran helados y fatales. Así que todos los tripulantes se protegieron del frío viento en algunas bodegas vacías, se taparon los rostros con trapos y se cubrieron los cuerpos con cuanta manta había.

-¡No imaginaba algo así! -exclamó Térail con temor, pero fue acallado por los crujidos producidos en el exterior.

-¿Cuánto durará esto? -preguntó Árcival a uno de los marineros, de cabellos negros y piel muy pálida.

-¡Quince minutos! -gritó el marinero en un acento un poco forzado.

-¡¿Quince minutos?! ¡Es demasiado! -exclamó Dárlaran, que ya sentía el frío colarse entre sus mantas y quemar su piel.

-Tranquilos, que lo lograremos -aseguró Melc, intentado darles ánimo a sus asustados acompañantes.

-¡Vamos a morir! -gritó Térail, desesperado, mientras el barco crujía y se agitaba con violencia, lanzando a los Hombres de un lado hacia otro, y causándoles grandes heridas. El frío cada vez se hacía más intenso y peligroso. Los Hombres frotaban sus brazos y manos intentando calentarse, pero el dolor cada vez era más intenso, arraigándose a los huesos. Y cuando todo parecía estar perdido, la temperatura empezó a subir. Entonces supieron que había pasado la falla geológica.

Las lluvias no cesaron por días, pero cada día que pasaba parecían calmarse. Cuando llegaron a los Muelles de Adsul, las gélidas gotas caían como perlas sobre el agua, y los barcos se mecían en los puertos como cunas gigantescas de madera. Allí hablaron con un guía a sueldo, apartaron una pequeña barca y decidieron bajar por el río Utum hacia la



Herda meridional. Y en sólo tres días, las lluvias no eran más que historia. El río Utum, serpenteante y muy cristalino, era calmado y fácil de navegar.

Por días, los Hombres se deleitaron con los maravillosos paisajes de Herda: Las praderas herbosas eran amplias y despejadas, los árboles eran frondosos y de hojas muy brillantes, muchos campos de siembra matizaban la fértil tierra, y la fauna era, aunque no tan rica como en Pacán, diversa y bien cuidada.

-¿Qué clase de animales habitan estas praderas? -preguntó Dárlaran al guía, que se había presentado como Mérot.

-En estas tierras hay ciervos, gacelas y algunos pequeños antílopes sin cornamentas; pero quien domina estas tierras es el león -respondió el pequeño guía, de ojos negros y cabello oscuro y rizado.

-¿León? -preguntó Árcival mientras escudriñaba con sus ojos mieles las llanuras herbosas.

-Un felino gigantesco -dijo Mérot.

-¡Ah, un jaguar! -exclamó el gigante.

-No, un felino de melena dorada. Las hembras no poseen melena -explicó el guía, que sacaba la mano del bote y la sumergía en las aguas de azulado Utum, repleto de peces.

Mientras navegaban Utum arriba, Dárlaran y sus acompañantes divisaron con asombro la soberbia y entechada fortaleza de Dan-Silum, repleta de torres y ladroneras. A su izquierda, algunos riscos escarpados y grisáceos se erguían con desdén, y al oriente, el Utum formaba un recodo no muy prolongado.

-Dicen que es la fortaleza más poderosa que los Hombres han podido construir -dijo el duque con los ojos perdidos sobre la ciudad.

-Veo por qué dicen eso -añadió Térail, atónito con la fortaleza.

-¿Desembarcaremos allí? -preguntó Melc mientras miraba a sus soldados con expectativa.

-No -respondió el duque-. No podemos darnos tal lujo. Debemos llegar a Arys lo más rápido posible -añadió.

-Entonces, ¿dónde desembarcaremos? -preguntó Árcival.

-A las laderas del Nevado de Morlán -respondió Mérot.

-¿Qué Demonios es el Nevado de Morlán? -preguntó el gigante de cabello castaño.

-¡¿Quizás un nevado?! -exclamó Térail con sátira.

Todos soltaron una carcajada de inmediato.

-Me refiero a quién es Morlán. ¿Son tierras amigas de los Ariánicos? -preguntó Árcival entre las risas.

-Morlán murió hace mucho tiempo -respondió Mérot-. Él era uno de los hijos de Dan-Silum.

-¿Dan-Silum se casó? -preguntó Dárlaran con extrañeza.

-Como Herda y Dan-Silum nunca pudieron estar juntos, Dan-Silum tuvo una esposa llamada Larul, y ellos tuvieron dos hijos: Koral y Morlán. Morlán tuvo que defender las Piedras Luminosas de los Nomos. Así se inició una guerra -contó el guía.

-¿Y quién se quedó con las Shidrahas? -preguntó Térail.

-Morlán -respondió Mérot-. El rey de Herda logró repeler siete ataques Nómicos en los muros de Dan-Silum. Mas una de las Shidrahas cayó en manos de los Nomos.

-¡Vaya, qué rey! -exclamó Dárlaran maravillado.

-¿Y del Nevado a dónde? -preguntó Árcival, que ya empezaba a sentir cansancio y ansias por llegar a su destino.



-Cruzaremos el reino Dacón de Ehirarh, iremos al sur y llegaremos a las tierras de los Nocturnos -explicó Mérot, que perdía su vista en el cielo despejado y luminoso.
-Esperemos no tener ningún altercado -dijo el duque, ensimismado.
-¿Altercados? -preguntó Térail mirando a Dárlaran.
-La frontera de Ehirarh está plagada de Nomos y de Hombres Nórdicos -respondió el duque.
-Entiendo el peligro proveniente de los Nomos, pero ¿qué sucede con los Nórdicos? -preguntó Melc.
-Los Nórdicos le tienen envidia a los Ariánicos, a los Dacones y a los Nocturnos. Por eso los atacan -respondió Árcival.
-Aunque no todos -interrumpió Mérot-. Los Nórdicos también habitan Herda y algunas partes de Félgor, y los que allí viven son amigos de los Hijos del Sol -aclaró.

10

Después de navegar seis días de por el Utum, los Hombres por fin llegaron al Nevado de Morlán. Aunque oculto tras velos de álgida niebla, el nevado se erguía imponente y solitario en el horizonte de verdes colinas. Las laderas del nevado estaban cubiertas por mantos de pinos azules que escondían numerosas cascadas y quebradas. Las quebradas, cristalinas y frías, se unían hasta formar el nacimiento del Utum.

Los Hombres desembarcaron en un pequeño poblado y allí se abastecieron. Descansaron del tedio de la barca y se deslumbraron por la belleza del nevado. Bebieron con celeridad el agua pura de las quebradas, llenaron sus cántaros y se deleitaron bañándose en las frías cascadas de las laderas, amparados por los pinos azules del rededor. El aroma era fresco, pero el aire era muy frío y causó varios inconvenientes a los viajeros; mas todos fueron solucionados con mantos gruesos, quesillos, bocadillos y agua de panela caliente.

Los expedicionarios fueron muy bien atendidos por los lugareños, que parecían deslumbrados con las facciones de los Ariánicos: Corpulentos, de cabellos y ojos claros, y de facciones muy finas.

Allí festejaron humildemente el año nuevo, con vino de palma traído de Pacán, con un pavo relleno preparado por los lugareños, y con música alegre que parecía causar en los Hombres una gran alegría. La fiesta duró casi dos días enteros, tiempo que sirvió para recuperar fuerzas. Los viajeros ya habían sentido la inclemencia del viaje. Estaban barbados y con los cabellos largos, delgados y con las ropas harapientas; pero durante estos dos días pudieron animarse para seguir adelante. Después de descansar, los Hombres tomaron de nuevo su rumbo, hacia el suroccidente, hacia el reino Dacón del rey Ehirot, único Dacón inmortal y dueño de Ehirarh.

Duraron casi un mes para llegar a la famosa e inmensa Cordillera de Nínilver. Los caballos de carga, flacos y muy cansados, habían sido comprados por el duque y por Árcival en la pequeña aldea a las laderas del Morlán. La Cordillera despuntaba el cielo azul con sus picos blancos y luminosos, bañados por una blanca niebla muy sutil y delgada. Las montañas de la Nínilver eran las montañas más grandes que los Hombres de Pacán habían visto en sus vidas, y por lo mismo, quedaron anonadados por tan soberbio esplendor.



-¿Y cómo cruzaremos? -preguntó Térail, que miraba la Cordillera con estupor. La Nínilver parecía interminable, tanto a izquierda como a derecha, y a medida que se acercaban, las montañas se elevaban con más desdén y orgullo.

-El camino nos guiará hacia el Alto de los Cerros; por allí pasaremos -aclaró Mérot.

-¿Y quién hizo este camino? -preguntó Melc con la mirada perdida en los picos escarpados.

-Enanos -respondió Dárlaran mientras se llevaba un pedazo de sandía a la boca.

-Me da un poquito de esa fruta -pidió Térail.

Así que Dárlaran se devolvió hasta uno de los caballos de carga y sacó de un bolso otro pedazo de sandía. -Cómasela toda, que con Melc encontramos varias esta mañana -añadió.

-Gracias -dijo Térail-. ¿Y ese Alto de los Cerros no es peligroso? Se supone que cuando crucemos esas montañas estaremos en el reino de Ehirarh; así que, por deducción, estamos en la frontera de Herda y los dominios del tal «Ehirot».

-Tiene razón, amigo mío -dijo el duque con la mirada fija en el camino, a lo lejos, donde empezaba a empinarse y a sisear entre peñascos grises y escarpados.

-Así que es peligroso -aseguró el gran Árcival, que comía un pedazo de pan duro.

-Sí -dijo Mérot-. Este sitio está plagado de Nomos. Así que será mejor cuidarnos -añadió.

Antes de iniciar el ascenso, los Hombres decidieron quitarse los mantos y ponerse sobre las ropas rotas las pesadas y doradas armaduras. Sobre las armaduras se volvieron a poner los mantos; casi todos blancos y grises. También encintaron sus vainas y llenaron sus carcajs de flechas, esperando cualquier emboscada. Y ya armados, decidieron empezar la subida hasta el Alto de los Cerros.

Al principio el ascenso fue fácil, pero con el tiempo el camino se fue complicando: Varios recodos y pendientes cansaban a los Hombres y a los caballos, y evitaban que la marcha fuese constante. Los peñascos del rededor eran filosos, y a menudo se desprendían piedras, formando peligrosos derrumbes para la marcha. Además, tuvieron que quitar, con ayuda de los caballos, vinagre y fuego, tres pequeños bloqueos de piedra para poder seguir avanzando.

Marchaban de la siguiente manera: Mérot guiaba la expedición. Tras él, Le-Hir, Dárlaran, Burén y Térail, y tras ellos los ocho soldados, de cascos enterizos de cimera alta. Melc cerraba la cansada marcha.

-¿Dónde podremos conseguir caballos de galope? -preguntó Árcival al guía, que caminaba con presura por la empinada senda.

-Quizás en el reino de Ehirarh -respondió-. Allí algunos Dacones comercian con los Nórdicos; quizás tengan *emarotes* -añadió mientras miraba con detalle las piedras del rededor, bañadas por una bruma que poco a poco se densificaba.

-¿Emarotes? -preguntó Burén.

-*Equus Maliones*, Corceles del Norte o Corceles de Guerra -respondió el duque-. Son hermosos corceles blancos y corpulentos que tienen mucho aguante físico -añadió acomodándose el manto de piel blanca y subiendo el visor del yelmo dorado sobre la cabeza.

-Sin embargo -interrumpió Mérot-, los emarotes son corceles orgullosos, y no admiten ser tratados como bestias de carga. Ellos son muy amigos de los Hombres y de los Dacones, y odian a los Nomos; pero poseen su arrogancia.



-¡Veo, veo! -exclamó el gigante Árcival mientras asentaba con la cabeza.
-Tengan cuidado; los Nomos ya saben que estamos aquí -aseguró el guía mientras miraba las siluetas de los peñascos entre la niebla blanca y fría.
-No creo que nos ataquen -dijo Térail, siguiendo la mirada de Mérot.
-O nos atacan ya o nos atacan después de cruzar el Alto de los Cerros -dijo guía de cabellos negros. Mérot era sagaz y sabía lo que decía.
-¿Y falta mucho para llegar al Alto? -preguntó Dárlaran, que ya tenía la vaina de su espada entre su mano izquierda, bajo su manto de piel blanca.
-No mucho -respondió Mérot, que aceleraba el paso.
Todos lo siguieron, prevenidos y sigilosos.

Aunque el ambiente se había tonado pesado, los ánimos parecieron elevarse al ver entre los riscos y la niebla dos fortificadas atalayas que custodiaban una empalizada. Al ser vistos, varios soldados de armaduras de cuero bajo mantos grises descendieron de las atalayas por las escaleras de madera y se apresuraron al encuentro. Los soldados tenían cabellos y barbas rojizas, y eran muy corpulentos y altos. Casi todos estaban armados con hachas, pero algunos poseían arcos rústicos.

-¿Quiénes son ustedes? ¡Qué alegría ver Hombres! -exclamó uno de los guardias, bonachón.

-¿Son refuerzos? ¿Vienen con un ejército? -preguntó otro soldado.

-Somos viajeros, comerciantes -respondió Mérot-. Vamos a realizar un trato con los Nocturnos de Arys. Él es...

-Un herrero del duque de Háreneth, de Hil-Dendel -se apresuró a interrumpir Dárlaran, pues sabía que lo que menos necesitaba era ostentar un título en tierras hostiles.

-Y nosotros somos los guardias del duque -dijo Térail mientras señalaba al resto de los Hombres-. Y él es Mérot, nuestro guía -añadió señalando al Hombres de cabellos negros y ojos oscuros.

-Así que vienen del Continente de los Bosques -dijo el que parecía ser el jefe-. ¿Y dónde está el duque? -preguntó mientras se acariciaba la barba.

-En Ehirarh, con el rey Dacón Ehirot -respondió Dárlaran.

El guardia pareció pensativo un momento; pero soltó una carcajada y dijo después con alegría: -¡Muy buen, amigos míos, pasen por aquí! Pero tengan cuidado, pues hay Nomos en estos alrededores, y no quisiera tener que salvarlos de ellos. Sin embargo, ¿tienen un cuerno? Porque si sí, tóquenlo y nosotros iremos con gusto a ayudarlos.

-Tenemos un cuerno, y lo haremos sonar si hay peligro -dijo Dárlaran-. En verdad, gracias por su trato -añadió mientras le tendía la mano.

Pero el enorme guardia lo levantó por los aires con un apretado abrazo. -Ya dije que es un placer ver Hombres, pues estoy harto de ver Nomos. Tengan seguro que yo, Árgoth, les ayudaré con gusto.

-Gracias de nuevo, Árgoth -dijo Dárlaran.

Poco después de cruzar la empalizada del Alto de los Cerros, la niebla empezó a disiparse y el camino descendió en una siseante pendiente. Sin embargo, los Hombres parecían inquietos, pues tenían la corazonada que algo los rodeaba a medida que avanzaban.

-Hay algo que no me gusta -dijo Árcival al duque, mientras sentía el frío lacerarle la carne-. Parece una emboscada -añadió mirando su pedregoso alrededor. Sólo unos pocos pinos se alzaban congelados y cansados entre las rocas grises.



-También sospecho algo -dijo Dárlaran, que caminaba cauteloso e intentaba ignorar el frío.

Y cuando llegaron a una pequeña explanada, bordeada de riscos y hondas y oscuras grutas, los Hombres sintieron angustia, pues supieron que allí iban a ser emboscados.

-Térail, tenga el cuerno a la mano. Quizás sí necesitemos la ayuda de Árgoth -susurró el duque mientras desenvainaba la espada y se ponía el visor del yelmo sobre el rostro.

-¡Entonces que vengan! -gritó Árcival con voz imperiosa mientras sacaba dos enormes y pesadas hachas de doble filo. Las hojas eran pulidas y plateadas, y los mangos eran dorados y bien labrados. Tras el grito de Le-Hir, los soldados, entusiasmados por el gigante, desenfundaron y gritaron desafiantes al aire frío del rededor.

11

Entonces, de las estrechas y hediondas grutas salieron unos guerreros patizambos, descarnados y de facciones muy flacas, uno tras otro, como un río de escarabajos. Tenían pieles negruzcas, ojos diamantinos y muy brillantes, dientes filosos y poco cuidados, narices puntiagudas y brazos largos y colgantes. Algunos poseían cotas de malla oxidadas, pero la gran mayoría estaban protegidos con toscas armaduras de cuero endurecido, y casi todos estaban armados con lanzas de madera. Parecían Hombres adolescentes y delgados a lo lejos, pero a medida que se acercaban era más evidente cuál era el enemigo.

-¡Nomos! -dijo Burén con asco.

-Son demasiados -dijo Dárlaran, que miraba los grupos de Nomos que pululaban y se acercaban sobre los riscos alrededor de la explanada. Entonces sintió un vacío de temor en el estómago, y se arrepintió del viaje. El duque nunca había tenido una batalla cuerpo a cuerpo. Sus únicas luchas habían sido a golpes con algún ebrio en alguna fiesta. Aunque sabía esgrimir la espada (pues había tenido profesores), nunca había estado en una situación como esta. En su mano la espada temblaba y sudaba.

Árcival se dio cuenta de esto y le puso la mano en el hombro. -Tranquilo -le dijo. Y estas palabras en verdad calmaron un poco a Dárlaran.

-Casi tres contra uno -calculó Térail, que ya tenía el cuerno en su mano y empezaba a temer por su vida.

Y Le-Hir, ya con la adrenalina en la cabeza, gritó con furia: -¡¿Qué esperan?! ¡Vengan! Entonces los Nomos parecieron amedrentarse; pero conscientes de la ventaja numérica, decidieron empezar a descender por los peñascos, reptando como lagartijas por las filosas rocas.

-¡Sople el cuerno, Térail! -gritó Dárlaran, que de nuevo sintió su corazón acelerado y la sangre en la cabeza al ver acercar al enemigo.

Térail sopló el cuerno con toda la fuerza de sus pulmones. El sonido de cuerno retumbó entre las rocas y se disipó por las montañas hasta el mismísimo Alto de los Cerros en prolongados ecos. Pero los Nomos, en vez de detenerse, aceleraron el ataque.

-¡Vamos a cortar algunas cabezas! -dijo el enorme Árcival con una sonrisa de malicia en los labios.

-No saldremos fácilmente -aseguró Dárlaran, que tenía el rostro blanco del miedo.

-Tranquilo, amigo mío, que no dejaré que lo toquen. Sólo quédese cerca de mí. Se lo debo por salvarme del Hada -dijo el gigante que, iniciando la lucha, blandió una de sus pesadas hachas y golpeó a un Nomo en la cabeza, partiéndole el cráneo de inmediato.



Entonces Dárlaran, echado al frenesí, también blandió su espada, y logró alcanzar a un Nomo que le pasaba cerca. No lo mató, pero lo hirió en un brazo y lo dejó fuera de combate. Y así, uno tras otro, los Hombres se vieron luchando contra los asaltantes.

Aunque los viajeros tenían la ventaja de las armaduras, el peso del acero y el blandir de sus pesadas armas los agotaban. Por el contrario, los Nomos tenían ventaja numérica, y al no tener armadura podían ser más ágiles.

El duque había logrado dejar fuera de combate a siete Nomos, y había dado una estocada en el pecho de uno, matándolo; pero se sentía cansado, y a menudo sentía sobre su armadura violentos golpes que, aunque no penetraban la carne, eran dolorosos. Pero cuando el duque caía presa del cansancio, Le-Hir, que parecía inagotable, le ayudaba a levantar y le quitaba a los Nomos de encima. Árcival, con la armadura dorada muy ensangrentada, parecía disfrutar la batalla. Reía constantemente, y con el tiempo perdió la cuenta de sus víctimas. Y tal era la fuerza y la violencia del gigante, que los Nomos evitaban acercársele.

Sin embargo, el caso no se repetía con ningún otro Hombre. Térail había sido herido en el hombro con una lanza, inhabilitándolo, y cuatro soldados ya habían perdido la vida; entre ellos el gran amigo de Le-Hir: Melc. Cuando Árcival vio a Melc con una lanza clavada en el pecho, sufrió de ira, y como si hubiera entrado en un demoníaco trance, empezó a matar Nomos a diestra y siniestra. Gritaba constantemente, y a menudo se encarnizaba con los cadáveres Nómicos, destrozándolos hasta dejarlos desfigurados. Pero al caer un Nomo, parecían emerger tres más de las grutas, y esto hizo que los ánimos de los Hombres decayeran.

-¡No saldremos de aquí! -gritó el duque, que jadeaba y sentía varios golpes a los costados de su armadura. Los golpes eran cada vez más dolorosos, y ya no tenía fuerzas ni para levantar su espada.

-¡Vamos, debemos resistir! -respondió Térail de un grito, mientras desesperado, intentaba olvidar el dolor de su hombro.

-¡Tranquilo, señor, que saldremos de aquí! -exclamó Burén, que no estaba muy lejos, y que, con sus últimas fuerzas, blandió su espada y logró dar lucha a uno de los Nomos que estaban atacando a Dárlaran.

Pero eso no fue suficiente, pues el duque recibió un golpe en la cabeza que hizo que viera todo negro; mientras a su alrededor escuchaba gritos incontables y golpes de acero. Entonces Dárlaran, mareado por el golpe, se rindió, reprochándose por tal aventura. Finalmente perdió el conocimiento.

-¡Señor! -exclamó Burén muy asustado. Así que empujó al Nomo y volvió para ayudar a Dárlaran; pero el duque no respondía. Y muy cerca cayó el cuerpo de uno de los soldados de Pacán, con una lanza enterrada en su cabeza, entre el visor del casco. Así que Burén se levantó de nuevo, y vio con asombro que los Nomos parecían retirarse y esconderse en las grietas.

Árcival y Térail también miraron extrañados, pues sabían bien que tenían la lucha perdida; pero todo fue aclarado cuando de un recodo del camino, tras un peñasco, el gran Árgoth apareció cabalgando un hermoso corcel blanco. Tras él, aparecieron más de veinte caballeros Nórdicos, de barbas rojizas, cascos pequeños y circulares, y mantos de pieles grises.



Y al otro lado de la batalla un sonido de flechas silbantes hizo que los Nomos entraran en pánico. Las flechas, para sorpresa de los viajeros, parecían rayos de luz. La lluvia de flechas luminosas cayó sobre un gran grupo de Nomos, matando a muchos de ellos. Entonces todos vieron quiénes eran sus salvadores. Saltando ágilmente de piedra en piedra, armados con arcos largos y vestidos con mantas blancas, los Dacones, de ojos azules y brillantes como el cielo, y de cabellos de plata fundida, llegaban a la explanada y ahuyentaban a los Nomos, que finalmente escaparon por las grutas.

Los viajeros se levantaron y vieron con sorpresa y maravilla a los Dacones, de pieles de porcelana y muy altos. Y todos se hincaron cuando uno de ellos se acercó a Burén y al inconsciente Dárlaran.

-¿Está bien? -preguntó el Dacón con los ojos azules fijos en el duque. Su acento era nuevo para los Hombres.

-Tendrá un terrible dolor de cabeza, pero estará bien -respondió Burén, fiel a su buen humor.

Pero el Dacón no sonrió. -Llevamos días buscándolos -dijo.

-¿A nosotros? -preguntó Térail, que se acercaba al Dacón.

-¿Entre vosotros no viene el duque de Háreneth, el capitán conocido como Le-Hir, de Tíndereth, y el hijo del mercader de Hil-Déreneth? -preguntó el Dacón.

-¿Cómo sabían que veníamos? -preguntó Árcival con extrañeza, al mismo tiempo que se quitaba el ensangrentado yelmo de la cabeza y jadeaba del cansancio.

En ese momento, Térail, incapaz de resistir el dolor de la herida, cayó desgonzado sobre la explanada.

-¡¿Qué hacemos?! -exclamó uno de los soldados, que se apresuró a ayudar a Térail.

-Seguidnos, que nosotros os curaremos -respondió el Dacón, que poco después miró a Árgoth y le asintió.

-Será siempre un placer ayudarle a los Dacones, y más si hay Nomos involucrados -respondió el Nórdico, que se alejó con sus caballeros hacia el Alto de los Cerros.

12

El día era caluroso y despejado, y la luz dorada del Sol Amarillo entraba desdeñosa por la ventana, golpeando el rostro del duque, que poco a poco se recobraba. Dárlaran había estado inconsciente por casi una semana y media, pues el golpe sobre su yelmo había sido muy fuerte; pero había sido tratado por los Dacones con avanzadas medicinas. De lo contrario habría muerto.

Cuando Dárlaran se levantó, vio con maravilla y extrañeza su entorno. Estaba en una habitación de paredes blancas y estucadas, suelo embaldosado y brillante, ventanales enormes, y varios cuadros de mármol en relieve. Descansaba sobre una cómoda cama llena de cojines azules con bordados, y a su lado derecho había una mesa de noche con un vaso vacío, una lámpara de caperuza blanca y un libro escrito en caracteres inentendibles para él.

Picado por la curiosidad, Dárlaran se levantó y miró por los ventanales, y grande fue la sorpresa que se llevó. El duque vio con maravilla la majestuosa ciudad en la que se encontraba; de edificios blancos con techos de tejas y columnas de mármol, erguidos entre



árboles muy frondosos y enormes, y rodeados de algunas pequeñas quebradas cristalinas, ocultas por los espesos y brillantes ramajes.

-Buenos días, duque de Háreneth -escuchó Dárlaran a su espalda con acento extraño. Cuando volteó, vio con asombro que una hermosa Dacona le hablaba. Tenía los ojos azules y muy brillantes, como mares bajo los soles, y el cabello plateado y lustroso era muy liso y muy sedoso. Pero lo que dejó más sorprendido al duque fue el extraño brillo blanco que parecía emanar de su ser. Sostenía una charola de plata con dos bebidas extrañas.

-¿Dónde estoy? -preguntó estupefacto por la belleza de la Dacona.

-Estáis en la ciudad de Ehirarh -respondió la Dacona.

-¿Ehirarh? -preguntó de nuevo el duque, incrédulo y fijando su vista de nuevo a la ciudad tras los ventanales. -¿Cómo llegué hasta acá?

-Os trajeron vuestros amigos y la guardia que el rey Ehirot mandó -respondió la Albina, que dejaba la charola sobre la mesa.

-¿El rey Ehirot sabía que nosotros vendríamos? -preguntó Dárlaran mientras se sentaba sobre la cama.

-Tenemos nuestros informantes -respondió la Dacona -. El rey sabía bien que vendríais, y desea hablar con vos.

-¿Y de qué? -preguntó incrédulo, pues él anhelaba conocer al rey Ehirot, y vio tal situación como una proeza, una hazaña y un enorme logro. Su rostro se coloreó, esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron de alegría.

-Hay algo que lo alarma; pero no sé qué es exactamente. ¡Vamos! Os llevaré con él.

La Dacona lo llevó por unos largos pasillos, y bajaron una escalera bien labrada, hasta que finalmente llegaron a un portón blancuzco y enorme, repleto de relieves y decoraciones. El duque se sentía muy ansioso y a la vez muy nervioso, pues había escuchado muchas historias sobre el único Dacón inmortal del mundo conocido, el único Elfo sobreviviente de eras antiguas, y el sólo verlo lo atemorizaba.

Entonces la Dacona abrió el portón y dijo: -Hasta aquí os acompaño. Entra, que el rey os está esperando.

Cuando el duque entró vio la magnificencia del salón: Era gigantesco, con enormes ventanales triangulares en las paredes, con columnas con basas bien elaboradas y gruesos capiteles, y con varios cuadros y banderas colgadas. Casi todos los cuadros mostraban imágenes de Ángeles. Al final del salón, con piso embaldosado y reluciente, se levantaba un trono de marfil puro. Tras el trono había un altar repleto de figuras de porcelana. Y sentado en el trono había un Dacón de cabellos de plata y piel pálida. En sus ojos se veían incontables experiencias, y su rostro era serio. A ambos lados del trono, dos Dacones lo custodiaban armados con arcos.

-Me alegra verlo totalmente recuperado -dijo el Ehirot, posado en el trono.

-Rey Ehirot -dijo Dárlaran mientras se hincaba y sentía el nerviosismo incrementarse en su interior-. Me dijeron que necesitaba hablar conmigo.

-Así es -respondió el rey que, hablando en lenguas extrañas, ordenó a los guardias salir del salón. -Acércate -pidió al duque.

-¿Qué sucede, señor?

-Estamos preocupados, duque, pues en Pacán las cosas suceden muy rápido -confesó Ehirot.

-¿Habla de la militarización?



El rey asintió. –Sabemos que los Nomos son peligrosos; pero estamos hablando de un ejército inmensamente poderoso. Los tres reinos de Pacán son algunos de los reinos más ricos del mundo, y un ejército unificado... -entonces el rey bajó la azulada mirada con preocupación, y prosiguió: -Estamos hablando de cientos de miles de Hombres, suficientes para iniciar una invasión...

-A los Nomos -aclaró Dárlaran.

-A cualquier reino -increpó el rey-. El poderío de lo que ustedes llaman La Triada es enorme, y preocupante.

-La Triada aún no está aprobada -dijo el duque.

Entonces el rey le pasó al Dárlaran un papel arrugado que sostenía en su mano derecha.

-La Triada está aprobada -aseguró Ehirot.

Y cuando Dárlaran leyó el papel, supo de los nuevos acontecimientos en Pacán: El informante de los Dacones aseguraba que el circular Arán era ahora la máxima autoridad militar, después de los reyes de los reinos que conformaban la Triada.

-Pero la Triada será utilizada para destruir a los Nomos de Pacán -insistió Dárlaran.

-Algo sí es muy cierto: Tras los Nomos hay un enorme poder. Ellos son guiados por un líder astuto, que hasta ahora sólo es un rumor -entonces miró al duque, y dijo en tono misterioso y pensativo: - Este «Líder» no es un Nomo.

-¡¿Qué?! -exclamó Dárlaran.

-Usted será quien arme el ejército de la Triada, eso es seguro. Y bien sabemos que las armas del Continente de los Bosques son muy avanzadas. Así que hay inquietud en los reinos del Antiguo Continente -aseguró Ehirot mientras avanzaba hacia uno de los ventanales para ver la ciudad bajo la luz dulce del día.

-Los Ariánicos jamás levantaríamos armas contra nuestros hermanos Dacones -aseguró el Duque.

-No sólo somos nosotros los inquietos -interrumpió el rey-; los Nocturnos y los Nórdicos temen una invasión. Y ni hablar de los Nomos.

-El ejército será usado contra los Nomos de Pacán -dijo Dárlaran-. ¿Por qué sería iniciada una invasión?

-Los Hombres son codiciosos y sedientos de poder -aseguró Ehirot, que volvió a sentarse en el trono-. Quizás los reyes de la Triada, al ver el poderío de la alianza, pueden ansiar más, y más.

-Pero Arán está a cargo del ejército, y sé que él no dejará que se inicie una invasión - insistió Dárlaran, que se paseaba de un lado a otro.

-Quizás Arán no encabece una invasión; pero si lo reyes lo ordenan, Arán tiene dos opciones: Renunciar al cargo u obedecer.

Las palabras del rey entraron como dagas en los oídos del duque, pues bien sabía que él tenía razón.

-Arán no encabezaría la invasión -aseguró Dárlaran.

-Pero alguien subiría al cargo y la invasión se haría -dijo el astuto y sabio rey-. Sé que le queda difícil entenderme, duque, pues hay un amigo suyo en el medio; pero he visto y vivido el horror del Sin Nombre en la Edad Oscura, y he visto atrocidades hechas en este mundo; muchas ellas hechas por los Hombres. Duque, conozco bien a los Hombres, y tengo un mal presagio de la Triada.

-Arán llevará la Triada por buen camino -aseguró Dárlaran.

-Quizás él sí; pero si los reyes deciden algo, él tendrá que hacerse a un lado -respondió Ehirot.

-¿Y por qué me dice esto?



-Su amigo Arán tiene mucha influencia en la Triada, y usted es pieza clave para la militarización de esta nueva alianza. Convenza a su amigo para que no deje desviar el objetivo de la Triada, y vigile a los reyes de cerca. Sé que va a Arys, y allí también hay incertidumbre y expectativa. Las noticias de la Triada ya debieron haber llegado allí, así que no espere una cálida bienvenida. ¡Ah!, y siga manteniendo su verdadera identidad en secreto; es lo mejor. Además, debe recordar que el Bosque de Anarioth, el bosque que rodea la ciudad de Arys, es muy peligroso, pues no sólo hay bestias salvajes; también hay seres que ustedes consideran mitos, seres más antiguos que los Hombres y los Dacones. No entren allí por la noche, y cuando entre al bosque lleve algo que lo identifique como el duque de Háreneth, por lo menos mientras llega a Arys. Después manténgase oculto, insisto, pues es lo mejor.

-Lo sé -dijo Dárlaran-. Muchas gracias por los consejos, y es un honor que cuente conmigo-. Entonces el duque realizó una venia, y antes de salir del salón, se volteó y preguntó al rey: -¿Majestad, usted por qué habla sin acento?

-Los años me han enseñado varios acentos, y uno de ellos es el de los Ariánicos de Pacán -respondió Ehirot-. Salga por el sur. Ya les dimos a sus amigos algunos emarotes para que lleguen en dos meses al reino de Arys.

Entonces Dárlaran volvió a hincarse. -Gracias, rey Ehirot - dijo con profundidad.

Apenas Dárlaran bajó por las escaleras se encontró con Árcival. El gigante se apresuró a abrazarlo y a examinarlo.

-¿Ya se encuentra mejor? -preguntó.

Dárlaran asintió, pero bajó la cabeza, apenado. -Siento lo de Melc y el resto de los muchachos -dijo.

Entonces Árcival lo miró con profundidad y le puso la mano sobre el hombro. -Ellos sabían a lo que se arriesgaban. Incluso lo sabían mejor que usted, pues esta fue su primera batalla, pero ellos ya habían luchado antes y sabían bien del peligro.

-Igual no puedo dejar de sentirme culpable. Eran buenos Hombres.

-Y murieron luchando. Y ese es el sueño de todos los soldados, incluso el mío -dijo Árcival intentando levantar el ánimo del duque.

Dárlaran sonrió y subió de nuevo la cabeza. -Igual espero que me disculpe por ponerlos en esta peligrosa situación.

Pero Le-Hir meneó la cabeza. -Por usted conocimos Ehirarh, Herda y otros bellos reinos. No hay nada que perdonar. Igual, todos deseábamos venir, conscientes de los peligros.

Entonces el duque se quitó un peso de encima, y sonrió. -Entonces sigamos nuestra aventura -dijo más aliviado.

13

El viaje fue mucho más cómodo al lomo de los hermosos e imponentes corceles emarotes. Aunque relinchaba y corcoveaban si se les ponía equipaje o provisiones, los corceles blancos y enormes galopaban con destreza. Parecían inagotables, y con las cabezas erguidas y las crines danzantes, corrían desdeñosos y arrogantes. A veces, los viajeros tenían que esperar a los caballos de carga, pues los emarotes eran más rápidos y fuertes.

A galope tendido, entre praderas verdes y hermosas, bosques coloridos y un tanto misteriosos, y colinas herbosas y brillantes, y sin ninguna novedad; el duque de Háreneth y sus acompañantes se tardaron casi dos meses y una semana para divisar entre velos de



bruma blanca las soberbias y desdeñosas montañas orientales de la famosa Cordillera de Télegrim. Se habían abastecido adecuadamente en las granjas del camino, y estaban en óptimas condiciones. En las fincas de los Dacones, de molinos de agua azul y de amplios solares blancos, los viajeros siempre fueron bien atendidos. En cambio, aunque jamás les negaron un favor posible, los granjeros Nocturnos permanecieron esquivos y prevenidos.

Según las leyendas lugareñas, la Cordillera de Télegrim fue fundada por Ángeles; pero el Demonio y sus huestes lograron acabar con las ciudades sobre la cordillera. Sin embargo, antes que los Ángeles abandonaran las tierras mortales, la Cordillera de Télegrim logró ser recuperada por los Seres de la Luz.

-¡He ahí la Télegrim, amigos míos! -exclamó Dárlaran con alegría, mientras sujetaba con fuerza las riendas del emarot. Las penurias y las pérdidas ahora eran lejanas, y disfrutaban el viaje con buenas provisiones y climas agradables (aunque dormir sobre la hierba siempre fue un tedio para el duque).

-¿Eso quiere decir que pronto llegaremos a Arys? -preguntó Árcival con la mirada fija en las elevaciones escarpadas y nubladas.

-Debemos estar a una semana, por lo menos -respondió Mérot, que había logrado sobrevivir al ataque en el Alto de los Cerros.

-Espero llegar rápido -añadió Térail, que con la ayuda de las medicinas Daconas había logrado recuperarse. Aunque su hombro dolía a veces, ya el hueso estaba sanado casi por completo. Sin embargo, nunca pudo volver a subir su brazo sobre su cabeza.

-Pronto llegaremos a Arys, y después a Mirlin -aseguró el duque.

-¿Insiste en ir a los Bosques de Mirlin? -preguntó el gran Árcival.

El duque asintió. -Planeé mucho este viaje como para desperdiciarlo -dijo mirando su alrededor. Entonces se fijó en los cielos del sur, y vio con espanto que las nubes allí parecían un manto de plomo denso que evitaba que la luz iluminara las tierras. Además, las tierras a lo lejos se mostraban estériles y holladas como un desierto estepario y horrible, cubiertas por resquebrajadas y secas llanuras de color ceniza. Sólo unos pocos árboles deshojados y cansados se levantaban rodeados de zarzas y hongos blancuzcos y venenosos.

-¿Cuál es ese reino malsano? -preguntó Burén, que parecía atónito con las macabras tierras sureñas, a lo lejos.

-Más al sur estaban las tierras del Espíritu Demoníaco -respondió Dárlaran-. Al parecer, esos terrenos jamás quedarán libres de la maldad -añadió.

-Vamos, lo mejor es seguir nuestro camino -aseguró Térail mientras se acomodaba la hombrera derecha de su pesada armadura, pues le tallaba y revivía la herida-. Esas tierras me dan escalofríos -agregó con la vista fija en el cielo grisáceo y pesado.

Así, con la Cordillera de Télegrim casi siempre a la derecha del camino, los viajeros anduvieron por varios días, hasta llegar a los lindes de un bosque misterioso y muy oscuro. Aunque no era tétrico, un aire de extraña expectativa rondaba los enormes sauces y robles que allí se erguían. Como llegaron por la noche, los Hombres, recordando los consejos del sabio rey Ehirot, decidieron no internarse aún en el espeluznante bosque, envuelto por una fantasmal niebla, azulada y gélida, y ennegrecido casi por completo por la oscuridad nocturna. Montaron un pequeño campamento sobre los lindes herbosos. No prendieron fogatas, pero pusieron banderolas que los identificaban como enviados de Háreneth, Hil-Déreneth y Tíndereth.



-¿Qué habrá en este bosque? -preguntó Dárlaran-. El rey Ehirot se veía muy preocupado cuando mencionó este lugar.

-Lo mejor es no averiguarlo -insistió Térail, que se arrojó por completo con la capa de su armadura y se acostó sobre una manta gruesa. Se sentía agotado por la jornada, y sólo quería dormir.

-¿Cuándo llegará el barco a Arys? -preguntó Árcival.

-Según mis cálculos, en dos semanas -respondió el duque.

-¿Y cuánto hace falta para llegar a Arys? -preguntó Burén, que había permanecido ensimismado durante toda la jornada.

-Quizás tres o cuatro días -respondió Mérot, que miraba con detenimiento los sauces cercanos, envueltos por la niebla que la Dama de la Noche alcanzaba a iluminar.

-¿Eso quiere decir que nos quedaremos en Arys casi dos semanas? -preguntó Burén en tono de desconcierto.

-¿Es eso lo que le preocupa? -preguntó el duque.

-Pues..., no hemos recibido muy buen trato por parte de los Nocturnos -dijo Burén.

-Cuando lleguemos a Arys iremos directamente a los puertos para saber cuándo arribará el barco proveniente de Pacán, y después iremos al ducado de Derys; allí nos quedaremos el tiempo que duré la llegada del cargamento. Hacemos el negocio con el duque de Derys y nos vamos.

-¿A casa? -preguntó Térail esperanzado y un poco adormilado.

-A los Bosques de Mirlin -respondió Dárlaran.

-¿En verdad cree en los Ángeles, Dárlaran? -preguntó el enorme Árcival mientras se acomodaba sobre la hierba para dormir.

-Así es -respondió el duque-. Ya han hecho hallazgos de seres alados, así que, ¿por qué no creer que los Ángeles en verdad existieron?

-Son sólo leyendas, Dárlaran -insistió Térail-. Quizás sí existieron los Ángeles; pero lo de la Angelina Míroth no es más que un mito de los lugareños.

-Si es sólo un mito, nada pasará en Mirlin -respondió el duque que, exhausto, se acostó con la mirada fija en el cielo repleto de estrellas de plata. Poco después, quedó dormido sobre el alto pasto. Sin embargo, su sueño fue interrumpido varias veces, tornado la noche tediosa. A menudo, el bosque parecía emitir de sus sombras alientos helados, repletos de susurros y movimientos ocultos por la oscuridad. De vez en cuando, el duque se levantaba para enfocar su mirada en el tenebroso y misterioso bosque; pero, aunque se sentía inquieto, no podía divisar ni oír nada con claridad. El resto de Hombres también se inquietaron, pero al igual que Dárlaran, no pudieron ver ni oír nada con claridad; todo era confuso y pasajero.

Al amanecer, Mérot despertó a los viajeros con presura, los dejó preparar un corto y rápido desayuno, y los afanó para ingresar en el conocido Bosque de Anarioth, en honor a un Serafín de otrora.

-¿Por qué el afán, Mérot? -preguntó Térail, que parecía inquieto y renuente a internarse en el bosque.

-Debemos encontrar un lugar donde quedarnos antes del anochecer. Si no lo hacemos, estaremos en problemas -respondió el guía mientras tomaba su saco de pertenencias y lo montaba al hombro para ponerlo sobre uno de los tres caballos de carga.

-¿Qué tipo de problemas? -preguntó Burén.



Entonces Mérot, apresurado y con el temor a flor de piel, respondió airado: -¡Si no estamos bajo un techo cuando la noche caiga en el bosque, oleremos a cadáveres para el amanecer!

-¿Y quién vive en el bosque entonces? -preguntó Árcival mientras miraba el misterioso camino que se internaba en el bosque con detenimiento. No muy lejos, el camino doblaba abruptamente, perdiéndose así entre los densos ramajes.

-Hay lugareños y aldeanos -respondió Mérot.

-¿Y en verdad cree que los aldeanos Nocturnos nos abrirán la puerta con los brazos abiertos? -preguntó Térail con sarcasmo-. Preferirían dejarnos afuera y vernos morir antes que darnos un vaso de agua -añadió.

-No tenemos otra opción -interrumpió el guía-. Son más de dos días dentro del bosque, y no hay otra forma de llegar a Arys.

Entonces todos miraron a Dárlaran, que permanecía callado y con la mirada fija en el tenebroso Bosque de Anarioth.

-¿Qué piensa? -preguntó Árcival.

-Yo no puedo dar media vuelta. Ya estoy muy cerca de mi objetivo, y no puedo retroceder. Ya hemos llegado muy lejos, y yo no puedo dejar que el cargamento llegue solo -entonces miró a sus acompañantes-. Sin embargo, no puedo pedirles que me acompañen. Este es mi trabajo, no el de ustedes. Si quieren, pueden volver a Pacán; yo no los juzgaré.

-¡No puede estar hablando en serio! -exclamó el enorme Árcival al mismo tiempo que soltaba una carcajada.

-¿Qué pasa? -preguntó el duque en tono serio.

-Dárlaran, nos conocemos desde que tenemos memoria, y hasta donde yo me acuerdo no le he fallado en nada. ¿Por qué piensa que hoy será la primera vez? -preguntó Le-Hir.

-Quizás porque la situación es de vida o muerte. Además, hay una primera vez para todo.

-¿En verdad nos podemos ir? -preguntó Térail con el rostro pálido.

El duque asintió.

-Lo que Térail quiere es que le rueguen -aseguró Árcival sonriendo-. No daremos media vuelta, en vez, lo seguiremos hasta el fin del mundo -añadió.

Al escuchar al gigante, Dárlaran sonrió apenado. -El fin del mundo está allá, al sur -dijo señalando las nubes plomizas sobre las llanuras áridas y yermas-; pero no iremos allí -agregó, soltando un suspiro.

-Yo tampoco lo dejaré, señor -respondió Burén-, soy su guardia personal, y por lo mismo, me veo obligado a protegerlo.

-Yo no tengo problemas, pues soy un Nocturno, y los lugareños me acogerán con facilidad -aseguró Mérot -. Además, el pago prometido por usted es muy benéfico, y lo necesito bastante.

Entonces Dárlaran miró a los cuatro soldados rasos que quedaban, (cinco habían muerto en la escaramuza del Alto de los Cerros, incluyendo a Melc), esperando una respuesta; pero los soldados permanecieron en silencio.

-Si quieren, pueden volver -dijo el duque.

Pero uno de los soldados respondió: -Varios de nuestros compañeros murieron para que usted lograra llegar a Arys. No vemos por qué debemos volver cuando ya estamos tan cerca. Además, lo que dice Mérot es verdad; todos necesitamos volver con el pago.

-Les pagaré ahora -aclaró el duque.

-Sería un pago sin honor, duque. Sería como traicionar a nuestros compañeros- dijo otro de los soldados -. Seguiremos con usted.



La entrada al bosque fue trabajosa, pues los caballos de carga se rehusaban a entrar: Corcoveaban y relinchaban con fuerza, y retrocedían, pues parecían atemorizados por algún sortilegio. Sin embargo, los emarotes, arrogantes y con la cabeza en alto, parecían tranquilos, e ingresaron al bosque sin ningún problema.

Desde el primer paso en el Bosque de Anarioth, los viajeros sintieron una extraña sensación en sus inquietas almas, como un aliento demoníaco. El camino, bien conservado y de losas de piedra, estaba bordeado de árboles frondosos y misteriosos, que con el tiempo se tornaron más nefastos y espantosos. Y con frecuencia, los ramajes de los árboles formaban bóvedas que filtraban la dulce luz dorada. También había varios matorrales y rosales espinosos a los costados del camino.

Aunque el aire era fluido y dulce a causa de las rosas y las astromelias, se respiraba enigma y temor. Bien sabían los Hombres que algo los miraba, los vigilaba y los seguía. Sabían bien que extraños seres, desconocidos para ellos, se escondían en las sombras de los troncos y en las cortinas de hojas. Pero estos seres eran muy astutos y muy ágiles, y miraban a los viajeros desde las copas arbóreas como simples susurros. Mas no los atacaban, pues Dárlaran, recordando los consejos del sabio Ehirot, marchaba con las banderas en alto que los identificaban como enviados del duque de Háreneth.

14

Ya después de mediodía, y sin más comida en el estomago que el desayuno, los Hombres llegaron a una pequeña finca Nocturna. Cuando se acercaron, un anciano de cabello y barba canosa, de constitución delgada y armado con una pica, salió de la humilde casa y empezó a amenazar a los expedicionarios en lenguas inentendibles para los Ariánicos. Mérot, que bien conocía la lengua que el anciano hablaba, intentó calmarlo hablando de la misma forma; pero el anciano no le hizo caso, y en vez gritó con más fuerza a los Ariánicos. Aunque Mérot logró calmar al Hombre, advirtió a los viajeros que allí no se podrían quedar.

Dos horas después llegaron a una pequeña parcela repleta de manzaneros, donde una Mujer joven y muy atractiva extendía ropa húmeda en el patio. Al ver a los Ariánicos, cabalgando los enormes emarotes y vestidos con trajes extraños, la Mujer se alarmó. Quien más temor le produjo a la joven fue el enorme Árcival, que con el moreno Burén, eran los únicos que tenían la armadura dorada puesta. Además, la cicatriz en la mejilla y el rostro fiero del Le-Hir le indicaron a la Mujer que el gigante era un excepcional guerrero.

Entonces la Mujer, de ojos grandes y cafés, nariz respingara, cabello negro bajo un paño rojizo, piel blanca y tersa, y cuerpo torneado, corrió hacia la casa, asustada, mientras gritaba un aparente nombre repetidas veces, como si llamara a alguien. Y poco después salió un fornido Hombre, de cabello y ojos negros, que mostraban temor y a la vez furia. El Hombre estaba armado con un hacha de cortar madera, y les gritaba a los viajeros en la misma extraña lengua inentendible. Tras él, la Mujer lanzaba una mirada temerosa.



Mérot, al igual que con el anciano, intentó calmar al Hombre desde el lomo de su emarot; pero este último, al ver que los expedicionarios no se detenían, se apresuró a levantar su hacha y amenazar a Térail, que lo miraba sorprendido y estupefacto desde el emarot.

-Faltan pocas horas para que el crepúsculo aparezca en el horizonte, y no sabemos si hallaremos otro sitio donde quedarnos -aseguró Árcival al duque, pensativo y mirando el cielo entre los ramajes verdes, mientras ignoraba los gritos de su alrededor.

-¿Y qué propone? -preguntó Dárlaran mientras se enfocaba en el Nocturno.

Entonces Árcival miró al duque, se apeó del enorme corcel y dijo: -Lo único que sé es que no moriré por el capricho de un Nocturno -y se dirigió a Burén-. Vamos, acabemos con esto.

-¡Listo! -dijo el guardia mientras se apeaba del emarot y, acompañando a Árcival, se dirigió al Nocturno.

Al ver acercarse a Le-Hir entre los caballos, la joven corrió hacia el Nocturno e intentó sacarlo de ahí; pero el Hombre era fornido, y siguió amenazando a Térail, que le gritaba que se calmara con frecuencia. Pero cuando el Hombre vio a Árcival frente a él, su valor pareció desaparecer, al igual que el color de su rostro. Y, sin embargo, el Hombre empuñó el hacha y amenazó al gigante. Pero Árcival tomó la misma hacha del mango, y con un rápido jalón, logró arrebatarla de la mano. Entonces, veloz como un felino, sacó una enorme y pesada hacha de su espalda, y se la puso en el cuello al Hombre. Burén también desenvainó con una gran velocidad, y puso la punta de su espada en el vientre del Nocturno.

-¡Vamos a quedarnos aquí, gústele o no! -increpó Árcival con los dientes apretados y con una expresión de furia en su rostro.

Entonces la Mujer de cabellos negros, con el llanto sobre el rostro, se acercó y le suplicó a Árcival, en lenguas inentendibles, pero en expresiones claras, que por favor soltara al Hombre.

-¿Qué dice, Mérot? -preguntó Árcival con su voz gruesa.

-Que por favor no lo mate -respondió el guía.

-Dígale que nos quedaremos esta noche aquí, y que les pagaremos con oro nuestra estadía -ordenó el duque al guía.

Mérot hizo lo que el duque pidió, y la Mujer le respondió que lo único que deseaba era que soltaran al Nocturno, que, según ella, era su esposo.

-Aceptó -informó Mérot a Dárlaran.

Entonces el duque miró a Le-Hir y a Burén, y les pidió que lo soltaran.

Los Hombres lo hicieron, y el Nocturno, pálido por el miedo, retrocedió y cubrió a su esposa con su cuerpo. Así, los viajeros entraron a la parcela, guardaron sus caballos en los establos y entraron a la pequeña casa.

La casa, aunque pequeña, era acogedora. El Nocturno se mantenía renuente, y vigilaba a Árcival, que de vez en cuando le lanzaba una mirada punzante, seguida de algún ademán sarcástico. Sin embargo, el aldeano permanecía en silencio. En cambio, la Mujer atendió a los viajeros con presura. Hablaba con Dárlaran constantemente, utilizando a Mérot como traductor. Así, la Mujer se enteró del motivo de sus acciones, y no le quedó muy difícil entender sus actos.

El Nocturno, poco después de caída la noche y convencido por su esposa, decidió arreglar la situación con los viajeros, y habló con Mérot con detenimiento. Así supo quiénes eran



los Ariánicos y por qué iban a Arys. También logró alivianar el ambiente con Le-Hir. Así, tanto el Hombre como la Mujer, decidieron ser buenos anfitriones, y rieron mucho con los Ariánicos, que eran muy alegres y festivos.

Cuando el amanecer despuntó el cielo ennegrecido e iluminó las copas verdes del Bosque de Anarioth, la Mujer informó a los viajeros que, si mantenían un paso rápido, llegarían a Arys antes del anochecer. Y dejándoles unas cuantas monedas de oro, el duque y sus acompañantes se despidieron de la pareja, que más tranquilos y animados, les bolearon la mano desde el pórtico de la parcela, amparados por la sombra de un manzano.

Acatando el consejo de los lugareños, los viajeros aceleraron el paso hacia la ciudad de Arys. A medida que avanzaban bajo la luz de los soles, la marcha se hacía más tediosa, pues el cansancio invadía a los Hombres. Aunque habían pasado la noche bajo techo, habían dormido poco. Y aún eran perceptibles los susurros y las presencias escondidas.

A mediodía, el duque y sus acompañantes decidieron detenerse para almorzar. Uno de los soldados había preparado en la casa un poco de carne, y la joven Mujer habíales regalado algo de leche. Así que el almuerzo fue para los viajeros un verdadero festín.

Mientras comían, Térail encontró sobre el suelo herboso y fresco una pluma negra y enorme. -¿Qué ave tiene una pluma tan grande? -preguntó a Dárlaran.

El duque la miró con detenimiento, pero respondió encogiendo los hombros.

-Debe ser de un cóndor -interrumpió Mérot.

-¿Las aves voladoras que entrenaron los Hombres de las Nubes? -preguntó Burén.

-En el Imperio del Viento, para ser más exactos -aclaró el guía Nocturno-. Los Hombres de Viento amaestraron estas aves, y son las vías de información más utilizadas en este continente. Así, las noticias no demoran más de tres días en llegar -añadió mientras se llevaba un pedazo de carne grasoso y succulento.

-Estos cóndores deben ser gigantescos -dedujo Térail, que todavía examinaba la negra pluma.

-Lo suficiente como para llevar a un Hombre -respondió Mérot. Y en ese momento fue escuchado por todos los viajeros un sonido de agitar de ramas. Esto hizo que los Hombres tomaran sus armas y se inquietaran. Mas alrededor no había más que sauces, abedules, abetos, robles, y otra larga lista de árboles.

-¡¿Qué Diablos fue eso?! -exclamó Burén con temor, mientras escrutaba el arbóreo entorno.

-Lo mejor será seguir nuestro camino -aseguró Árcival con voz gruesa y rostro frío-. Si cae la noche y nosotros no estamos en Arys, seremos Hombres muertos -añadió mientras acomodaba sus hachas en los estuches en su espalda, y seguía por el camino arrastrando al emarot por las riendas.

Todos le siguieron de inmediato.

El camino, lleno de recodos y suaves pendientes, parecía interminable. Los árboles parecían cubrir cada vez más el día luminoso, que poco a poco declinaba. Y cuando el crepúsculo de oro y sangre se pintó en el horizonte lejano, los Hombres empezaron a entrar en desespero. Todos rompieron en veloz galope por el camino, esperando ver Arys; pero la ciudad Nocturna no era visible. La oscuridad caía con presura, y parecía emprender una competencia contra los Hombres, que galopaban a toda velocidad, sin importarles las ramas salientes y filosas, o los troncos atravesados. Lo único que los



viajeros deseaban ver eran los muros de Arys; mas los Señores del Día se hundían ahogados por el horizonte montañoso, y la luz se tornaba cada vez más lívida y mortecina. Al mismo tiempo, como si un macabro encantamiento descansara en el bosque, una niebla fría y azulada se estancaba sobre el suelo, deslizándose entre los monstruosos troncos como un manto que ocultaba el suelo herboso.

-¡Vamos! ¡Corran! -gritaba Dárlaran, mientras se golpeaba con los ramajes salidos hacia el camino.

-¿Dónde Demonios está Arys?! -preguntó Térail con el corazón acelerado y el rostro pálido.

-¡Estaremos muertos en algunos minutos! -exclamó Burén aterrado, galopando y con toda su adrenalina fluyendo de su ser. Sírel ya empezaba a tomar el cielo como su dominio, apagando la luz del día.

-¡No debe faltar mucho! -aseguró Mérot, que encabezaba la carrera. A medida que la oscuridad nocturna caía, los susurros circundantes se hacían más frecuentes.

-¡Ya nos alcanzaron! -exclamó Dárlaran, que se mantenía prensado a las riendas del emarot.

Entonces, cuando la Dama salió por completo en el oriente, la oscuridad amparó a los seres ocultos que, sin disimular, empezaron a desplazarse por entre las copas de los árboles con espantosa agilidad. Tras la veloz marcha de los viajeros, las copas arbóreas y frondosas se agitaban con violencia; pero los seres no eran visibles.

-¡Ya estamos muertos! -gritó uno de los soldados rasos que, con horror, sintió el silbido de un proyectil partiendo el aire. Sin embargo, el proyectil, que el soldado supuso era una flecha, se clavó en el pasto.

-¡Nos empezaron a atacar! -gritó Mérot, que también sintió el aire partido de uno de los proyectiles.

-¿Quiénes son? -preguntó el duque a Mérot.

-¡No lo sé! -gritó el guía con presura; y con la sangre en la cabeza, vio con alivio que una luminiscencia dorada rompía el telón de tinieblas y recortaba las siluetas de los árboles ennegrecidos.

Y en segundos, los viajeros vieron con alegría los muros de la ciudad de Arys. Enormes muros de mármol negro, adornados con relieves y llenos de atalayas de parapetos altos y dentados, encerraban una ciudad enorme, de techos puntiagudos y de tejas negras, de torres fortificadas que sobresalían de las copas de los árboles, y de lujos indescritibles. El portón abierto, de piedra negra bien labrada, tenía una arcada puntada y llena de relieves ricamente trabajados. Y las torres y el parapeto del muro exterior estaban adornados con rosas rojas, muy brillantes y repletas de espinas. Muchos edificios sobresalían del muro, pues eran muy altos y desdeñosos, y ricos en columnas y arcos. La arquitectura de los edificios era en verdad una obra de arte.

15

Cuando los Hombres divisaron Arys, los seres ocultos parecieron retroceder, y las fechas dejaron de sonar en el dulce aire bajo el bosque. Entonces, unos guardias con armaduras de plata bajo capas negras, con yelmos enterizos y de cimera plana, y armados con lanzas de acero, se apresuraron a frenar a los encabritados emarotes y caballos de carga.



Los Hombres, amenazantes, obligaron a los viajeros a apearse de sus animales, y preguntaron en lenguas Nocturnas quiénes eran, de dónde venían y qué querían. Entonces Mérot, todavía intentando calmarse, explicó que eran enviados del duque de Háreneth, de Hil-Dendel, y que venían a ver al duque de Derys para cerrar un negocio. También explicó que necesitaban saber sobre el cargamento proveniente de Pacán.

Inicialmente los guardias de la ciudad se vieron incrédulos; pero cuando Mérot habló con un aparente capitán, los Nocturnos los dejaron entrar, y a petición de Dárlaran, les guiaron hasta un estadero cercano. Pasarían la noche en Arys para después ir al ducado de Derys, a menos de hora y media de la ciudad a galope rápido, hacia el norte, entre el Bosque de Anarioth.

Qué diferente eran las arquitecturas de los Ariánicos y los Nocturnos. Los Hijos del Sol Amarillo construían de por sí ostentosas pirámides, edificios de techos planos o bordados con parapetos de bloques cuadrados. En cambio, los Nocturnos construían edificaciones con techos puntados y de tejas, de prominentes pináculos y parapetos dentados. Las ventanas tenían arcos en punta, y las arcadas de las puertas tenían arcos semejantes.

Sin embargo, aunque la arquitectura de Arys intimidaba un poco a los viajeros, Dárlaran y sus acompañantes estaban maravillados con el esplendor y el poderío de la ciudad más antigua y majestuosa de los Nocturnos. Andaban con los ojos muy abiertos por entre las anchas calles de losas blancas, que contrastaban con el mármol oscuro de los edificios y las tejas negras de los techos, coronados con largas varas de acero que parecían lanzas alzadas contra el cielo de estrellas refulgentes.

A su alrededor, varios ciudadanos miraban estupefactos a los Hombres Ariánicos, de cabellos castaños claros o rubios, de ojos mieles o cafés claros, y muy corpulentos. Tales miradas producían timidez e inquietud entre los viajeros, que miraban con detenimiento a los Nocturnos de cabellos negros, lisos y brillantes como las estrellas, ojos oscuros y pieles pálidas. Se quedaron en el estadero con recelo, pues temían alguna desagradable bienvenida; pero nada sucedió esa noche.

Al día siguiente, Mérot habló con uno de los guardias, y lo convenció para iniciar la marcha hacia el ducado de Derys lo más temprano posible. Así que, bajo el fresco cielo de la mañana, los viajeros se dirigieron al norte, hacia Derys.

Derys era un pequeño poblado militar, lleno de cuevas forradas de piedras blancas, y salpicadas de bellas casas y sauces de tonos tenebrosos. Todo el Reino de las Cavernas, (los lindes y el interior del Bosque de Anarioth), tenía un matiz enigmático y misterioso, pues de las copas de la Cordillera de Télegrim, al norte y al occidente del reino, descendían gélidos mantos de niebla fantasmal que abrazaban de forma tétrica los parajes fríos de colinas herbosas y húmedas, y de árboles macabros semejantes a estatuas corvadas forradas de madera mohosa. Además, de vez en cuando se escuchaban sonidos abrumadores que congelaban el corazón de los viajeros, como el graznido solitario de los cuervos, el repicar de las campanas de iglesias cercanas, y el lastimero y horrible aullido de los lobos desde las escarpadas alturas de la cordillera, retumbando entre las laderas y los árboles espantosos.



Las iglesias Nocturnas estaban construidas en honor a los Ángeles, que los Nocturnos consideraban, a diferencia de los Ariánicos, como sus creadores y únicos dioses. Los Ariánicos, en cambio, creían en la existencia de los antiguos Espíritus. Los Nórdicos tenían varias creencias, en su mayoría monoteístas. Vagas y poco conocidas son las creencias de las otras razas; pero es bien sabido que los Nomos creían en un Dios Único, al cual servían sin dudar. Nada se sabe de las creencias de los Enanos.

Al llegar al Palacio de Derys, el guardia contratado en la capital decidió volver al portón de Arys. Casi de inmediato salieron cuatro soldados de yelmos lustrados de plata, enterizos y coronados con penachos negros, y capas negras sobre armaduras de plata bien forjada.

-¿Qué desean? -preguntó uno de los guardias, inquieto y de mala gana.

-Soy el duque de Háreneth, y deseo ver al duque de Derys -respondió Dárlaran mientras se apeaba del majestuoso emarot blanco y se posaba frente a los soldados.

El resto lo siguieron.

Entonces los guardias lo miraron con detenimiento, y se mofaron, pues Dárlaran estaba barbado y maloliente, con el rostro sucio y vestimentas harapientas, las manos callosas y desgastadas, y una herida no muy profunda, pero visible, en la cabeza.

-¡¿Usted un duque?! ¡No me haga reír! -exclamó uno de ellos.

Pero Árcival se irritó, como ya era costumbre, y se posó frente a uno de los guardias, casi tan corpulento como él, y le dijo con los dientes bien apretados: -Acaso somos un chiste andante. Ya oyó al duque, así que vaya a avisarlo.

Al principio el soldado pareció renuente, pero poco después dio media vuelta y entró al palacio, cercado por una labrada reja de hierro negro.

Poco después se abrió la reja de par en par, y un emisario del duque de Derys salió al encuentro con los exhaustos viajeros. -Sígueme por favor -dijo mientras les invitaba a entrar con un ademán.

El palacio era gigantesco, y a su alrededor parecían haber tres barricadas, de donde salían y entraban varias formaciones de Hombres, como si el palacio fuera más un campo de entrenamiento. Pero alrededor de la edificación principal se extendían largos y coloridos jardines de tulipanes y rosales rojos y negros. Por lo mismo, el olor en el interior del palacio era dulce y fresco. Tras el palacio, las soberbias montañas de la Télegrim se erguían coronadas por velos de bruma y nieves perpetuas. Y alrededor, el Bosque de Anarioth se abría famélico y espantoso, repleto de árboles enigmáticos y de formas monstruosas, ocultando peligrosos secretos y seres de otrora que sólo los Nocturnos recordaban.

Cuando llegaron a la entrada, un Hombre entrado en años, de cabellera canosa y vestido con sedas rojizas los esperaba sobre una escalera semicircular. Al ver a los viajeros, el anciano se sorprendió, pues no sabía quién era el duque de Háreneth. Sin embargo, cuando Dárlaran se acercó al Hombre, lo reconoció de inmediato.

-¿Qué cambiado está, duque de Háreneth -dijo el Hombre.

-Un viaje largo tiene sus consecuencias -respondió Dárlaran, que con una sonrisa añadió:

-También me place verlo, duque de Derys.

-Pero pensé que el cargamento llegaría en cuatro o cinco días -explicó el duque Nocturno.

-Lo sé, pero decidí adelantarme. Según me enteré en Arys, el cargamento proveniente de Pacán llegará intacto -aseguró Dárlaran.



-¿Y está perfecto?

-No lo he visto, pero tengo entera confianza en mis trabajadores; nunca me han fallado. Sin embargo, si hay algún defecto, mandé a traer con el cargamento algunos de mis mejores trabajadores. Así que, si hay algo que no le gusta puede ser modificado.

-Pero me imagino que me costará más.

Dárlaran asintió sonriente. -Sólo si el defecto no es de nosotros -dijo.

-Entonces espero que sea mi invitado de honor mientras llega el cargamento, al igual que sus amigos -dijo el duque Nocturno mientras miraba a los cansados viajeros: Árcival, Térail, Mérot, Burén y los cuatro soldados que habían sobrevivido, y que ahora se consideraban guardias personales del duque.

-Será un placer -respondió el joven Dárlaran.

-Además, llega justo a tiempo -añadió el duque Nocturno mientras se volteaba e invitaba a los viajeros a entrar a su palacio-. Habrá una fiesta en dos días, el domingo, y el cargamento llegará hasta el martes, según sabemos.

-¿Y a qué se debe la reunión? -preguntó el astuto Dárlaran-, pues desearía pasar desapercibido. Usted sabe; por mi seguridad -agregó mientras se sentaba con timidez en un voluptuoso sillón de cuero vinotinto, en una pequeña antesala.

-Lo sé, ya que yo también soy un duque, y no muy querido, pues dicen que el ejército que poseo me da el poder de iniciar una guerra cuando quiera -explicó el anfitrión.

-La reunión será por el creciente poder militar de la Triada, ¿cierto? -preguntó el Dárlaran, más como una afirmación que como una duda.

Entonces el Hombre Nocturno asintió. -Usted sabe que es preocupante el enorme poder militar que crece más allá del mar. Y si se enteran que usted es una persona influyente en la Triada, se apresurarán a acosarlo para que intervenga y detenga la militarización del Continente de los Bosques; o por lo menos para que tenga el Ejército Dorado lejos de nuestros dominios -aseguró el duque de Derys.

-Pero si yo no soy el duque de Háreneth, soy sólo uno de sus trabajadores -dijo el duque con sarcasmo.

Así que el duque de Derys sonrió y preguntó: -¿Y a qué se dedica?

-Soy un herrero -respondió-, y mi nombre es Dárlaran.

-Ya veo, y dígame, ¿sabe algo de la forja?

-Todo.

-¿En verdad?

-Así es. Acanalados, templados, espigas, materiales, máquinas...

-¡Vaya, que rara es la nobleza Ariánica! -exclamó el duque de Derys. -Eso es impensable para un Duque Nocturno.

-Le pido que mantenga mi identidad en secreto, por favor -pidió Dárlaran en tono más serio.

-Téngalo por seguro -añadió el Duque de Derys.

16

Al dorado atardecer del día domingo, ya todos los preparativos de la fiesta estaban terminados. Una fría luz caía sobre las brumas de oro que se esparcían como nubes por los árboles misteriosos del bosque alrededor del Palacio, y unos vientos pasajeros y gélidos golpeaban los rostros de los Hombres, que ya empezaban a divisar carruajes por la senda enlosada que emergía de las bóvedas arbóreas del Bosque de Anarioth.



Y antes de la caída de la noche y de la aparición de la Dama de Plata, ya casi todos los invitados habían llegado al majestuoso Palacio de Derys. Varios carruajes, ricamente ornamentados, se estacionaban cerca de la entrada, y una música de piano y violines inundaba el aire con bellas melodías.

Mas todos los invitados no llegaban todavía. Desde el interior del carruaje, la joven y hermosa Aminión, hija del conde de Heid, y por lo mismo condesa de Heid, miraba con aburrimiento los pocos árboles que se divisaban alrededor, iluminados por la lámpara del carro. A su lado estaba su padre, de rostro frío y alargado.

Aunque la joven condesa era un conjunto de facciones hermosas, lo que en verdad la hacía llamativa eran sus hermosos ojos azules y brillantes como los de los Dacones, que contrastaban con su cabello lustroso y negro, y su rostro pálido y fino.

Sin embargo, algo en su rostro la mostraba preocupada y desilusionada, como si el fuego de la juventud la hubiera abandonado ya hace tiempo; y no era para menos, pues su padre, el conde de Heid, buscaba comprometerla otros Hombres de la nobleza Nocturna. Ella era fiera y orgullosa, y nunca se dejaba tocar de alguien que ella no aprobase; pero nada podía hacer cuando su padre la golpeaba, pues era un delito en Arys levantar la mano contra los padres, y el castigo era perder la mano derecha. Muchos Hombres la deseaban, y muchas Mujeres, que también habían sufrido ese tormento simplemente para aumentar sus riquezas y las de su linaje, la compadecían y la admiraban. Pero algunos difamaban de ella, y otras la envidiaban.

-¿Falta mucho? -preguntó la condesa con desaliento, pues sabía con certeza qué pasaría es esa fiesta. Primero su padre hablaría con gente importante, después la llamaría para presentarla, después pelearían, después volvería a casa en medio de ofensas, y después su padre la golpearía sin piedad.

-No, pero espero que esta vez se porte bien, pues no pienso aguantar un escándalo más -dijo el anciano conde-. Ya tengo problemas suficientes como para que usted me traiga más.

-Pero... -en ese momento la joven calló, pues vio por la ventana el iluminado Palacio de Derys.

-Hay mucha gente importante aquí reunida, incluyendo el duque de Derys, así que ya sabe... -advirtió el conde con rostro airado, mientras descendía del carruaje y la ayudaba a bajar.

Ya en el interior del palacio, varios personajes de la nobleza Nocturna discutían sobre diversos temas, como las riquezas, el juego, la perversión y la inquietud a la Triada. Ya habían llegado las noticias a Derys de que el rey Turath, de la estirpe de los Cáreneth y señor de Hil-Dendel, había fallecido por la tuberculosis, acabando tan importante linaje (pues no había heredero). Esto conllevó a varios conflictos que Arán supo resolver. Y, al ser el más cercano al rey, Arán se convirtió en el representante temporal de Hil-Dendel en la Triada, poniéndose así a la altura de los reyes. Estas noticias llegaron con agrado a los oídos de Dárlaran y de sus amigos, que aseguraron que, con Arán en el poder, una invasión sería menos probable.



Al duque de Háreneth y a sus acompañantes se les hizo muy extraña la fiesta de los Nocturnos, pues, aunque había música, el baile no era alegre como en Pacán. En vez, bailar parecía más una obligación que un placer. La fiesta se asemejaba más a una reunión, ya que por todo el inmenso salón había pequeños grupos que hablaban entre sí, mientras miraban de reojo al resto de invitados.

Pocos de estos nobles hablaban fluidamente con los Ariánicos, aunque todos habían sido presentados por el duque de Derys, que era quien se mostraba más amable con los extranjeros. Sin embargo, por lo que pudieron notar, los nobles Nocturnos que hablaban la misma lengua que los Ariánicos estaban más preocupados en la riqueza de los demás que en la suya propia, pues parecían roídos por la envidia. Y ni hablar de la hipocresía, pues todos esbozaban una sonrisa momentos después o antes de difamar.

-Qué extraña en esta élite, ¿no cree? -preguntó Térail a Árcival.

-Son fríos y sarcásticos -aseguró Árcival, que como siempre vestía su armadura dorada. Aunque el duque de Derys le dijo que era de mal gusto presentarse así a una fiesta Nocturna, el enorme gigante insistió en ponérsela, y no hizo más que brillarla para que se viera bien.

-Simplemente son diferentes a nosotros -insistió el moreno Burén, que era partidario de no juzgar a los demás.

-¿Alguien entiende lo que dicen? -preguntó Térail, que miraba a un grupo de dos Hombres y tres Mujeres, que los miraban con disimulo y hablaban en lenguas Nocturnas, confiados en que los Ariánicos no les entendían. Ahora bien, cabe aclarar que en varias partes del mundo se hablaba la lengua común, que era la lengua del linaje Ariánico; pero muchos reinos y muchas estirpes tenían lenguajes independientes.

-Yo entiendo lo que dicen -dijo Dárlaran mirándolos fijamente.

-¿Usted los entiende? -pregunté Le-Hir.

Pero Dárlaran no respondió. En vez, se dirigió al grupo que lo seguían con la mirada. Y cuando él estuvo cerca de ellos, las Mujeres enmudecieron.

-¿Desea algo? -preguntó uno de los Hombres, de rostro joven y seco, y cabello negro, consciente de que Dárlaran era un criado, o por lo menos el duque de Derys lo había presentado así.

Pero Dárlaran permaneció en silencio, con los ojos refulgentes y fijos en los rostros de los presentes, que se incomodaron con la mirada. Poco después habló: -No le debo respeto a nadie aquí, pues sólo trabajo para el duque de Háreneth, así que le pido que no se refieran así a mi señor.

-¿De qué está hablando? -preguntó una de las Mujeres mientras miraba a Dárlaran con desprecio.

Entonces la Mujer que estaba a su lado dijo en su idioma: -«*Eirur sut amarath, noreth e ielereth*».

-«*¡Arvil eirur amarath, vas gruth ilireneth amoth usulf!*» -respondió el Dárlaran con furia y excelente acento.

Entonces llegó el duque de Derys en ese momento, y escuchó estupefacto la exclamación del Dárlaran, que dejó mudos a los dos Hombres y a las tres Mujeres, que obviamente injuriaban el nombre del duque de Háreneth sin saber que lo tenían al frente.

-¿Pasa algo, Dárlaran? -preguntó Térail poniéndose a su lado y mirando a los enmudecidos y pálidos nobles con detenimiento.

-Nada, amigo mío -respondió Dárlaran que, asintiendo la cabeza a los nobles, se retiró.



-¿Qué les dijo? -preguntó Árcival sonriente. -Sea lo que sea, fue algo interesante, pues los dejó fríos -añadió alegre.

-Estaban diciendo que el duque de Háreneth era un promotor de la violencia y un vendedor de muerte -respondió Dárlaran, que todavía tenían brasas en sus ojos mieles. Incluso, parecía que su rostro palidecía de la furia.

-Están inquietos por la militarización de Pacán, es todo -aseguró Burén mientras comía un extraño bocado que un sirviente le brindaba-. ¡Qué salada es la comida de por aquí! -agregó con la boca llena.

-Saben bien que, si la Triada se militariza, usted... -entonces Térail se calló, tapándose la boca con las manos y mirando alrededor con los ojos bien abiertos, esperando que nadie lo escuchara.

-El duque de Háreneth será quien dé las armas al Ejército Dorado -terminó la frase Árcival-. Es justificable que estén inquietos.

-Pero usted, ¿qué les dijo? -preguntó Térail llevándose un trago de vino a la boca.

-La Mujer dijo que yo era solamente un sirviente, un herrero, y que no merecía que me prestaran atención, así que yo increpé diciendo que, aunque sólo fuera un criado, merecía respeto. Lo que los sorprendió fue que les hablara en su propia lengua -aseguró Dárlaran.

-¿Y hace cuánto entiende a los Nocturnos? -preguntó Le-Hir, que miraba a los nobles del enorme salón, vestidos casi todos de sedas y terciopelo negros, blancos, grises y azules.

-Sólo sé lo necesario -respondió Dárlaran mientras se examinaba la negra vestimenta de seda-. La verdad, entiendo muy poco de la lengua Nocturna -admitió.

Mientras hablaban, el duque de Derys se acercó acompañado de un anciano de vestimenta oscura y de una hermosa joven de vestido largo y azul, tacones negros y el cabello oscuro, brillante y suelto.

-Les presento a los emisarios del duque de Háreneth, de Hil-Dendel -dijo el anfitrión.

-Es un placer -dijo el conde de Heid con desprecio-. Pensé que el duque de Háreneth estaría aquí personalmente -añadió.

-El duque llegará con el cargamento proveniente de Pacán -respondió Árcival, que miraba al anciano con detenimiento.

Entonces Dárlaran miró a Aminión, y sus ojos se abrieron de maravilla y de gusto. Aunque ella no lo miraba, vio con asombro sus ojos azules y brillantes como el mar bajo el crepúsculo, sus pestañas largas y encrespadas, su nariz respingada y fina, su boca pequeña de labios rosados, su cuerpo contorneado y su cabello negro, que parecía tener el brillo plata de las estrellas. Su rostro pulido era pálido como la nieve, y parecía de porcelana bajo los cabellos negros.

-Les presento al conde y a la condesa de Heid -dijo el duque de Derys a los extranjeros.

Entonces Aminión sonrió sin ganas, mostrando una hermosa y esmaltada sonrisa. Miró a todos con indiferencia mientras los presentaban, y asintió sutilmente mientras decía sin ánimo a cada uno: -Es un placer.

-El placer es nuestro -dijo Térail, que parecía hipnotizado con los ojos azules y la dentadura blanca de la bella joven.

-Ahora, si nos disculpan -dijo el conde mientras daba media vuelta, despreciativo, y arrastraba a la condesa consigo, que permanecía cabizbaja y dócil.

-Les pido disculpas si se sintieron ofendidos; pero el conde de Heid no es famoso por su amabilidad -se apresuró a decir el duque de Derys.

-¿Qué le sucede a esa hermosa joven de ojos azules? -preguntó Dárlaran con la mirada fija en la atractiva Aminión.



Entonces el duque de Derys le contó que su madre se había suicidado por culpa del conde, pues parecía ser que éste tenía extraños y violentos gustos. Así que la Mujer decidió quitarse la vida, dejando a Aminión a merced del anciano. También contó que Aminión estaba presa a él por la ley Nocturna, y que, aunque había intentado escapar dos veces, en ambas había sido descubierta. También explicó que, aunque se rumoreaba que él la obligaba a satisfacer sus horribles gustos, para nadie era un secreto que el conde deseaba casarla con algún noble rico, sin importar la opinión de Aminión.

-Veo que no tiene una vida de condesa -dijo Árcival.

-Y veo que tampoco es muy querida -añadió Dárlaran, que vio que la condesa de Heid permanecía en un rincón, sola, mientras su padre hablaba con otros nobles.

-Muchas Mujeres la envidian por su juventud y su belleza -aseguró el duque de Derys-. Ahora, si me disculpan, tengo cosas que hacer.

-«Bien pueda» -exclamó Árcival a modo de cliché.

Entonces Dárlaran recordó que en una pequeña habitación había una mesa de marfil que sostenía un ajedrez del mismo material, y se le ocurrió una idea. Así que, después de rodear la idea varias veces, se acercó a la condesa de Heid con el corazón acelerado, pues su belleza parecía intimidarlo. Y cuando estuvo cerca, le preguntó en tono tímido: -¿Estás bien?

-Sí, estoy bien -respondió Aminión altiva y arrogante, sin siquiera mirar al Hombre.

Así que hubo un silencio incómodo por unos segundos, hasta que Dárlaran volvió a hablar. -¿Te gustaría jugar ajedrez? -preguntó.

Entonces Aminión miró al Hombre con extrañeza, y vio con asombro que no era el rostro de un herrero típico, (así se había presentado). De hecho, parecióle a la condesa que Dárlaran era atractivo: De quijada cuadrada, cabellos castaños, piel limpia, ojos mieles, dientes blancos, espalda ancha y brazos fornidos.

-Pensé que sólo la élite jugaba ajedrez. ¿Desde cuándo un forjador sabe jugar? -preguntó, aún desdeñosa y orgullosa.

-Digamos que soy un caso aparte, y me alegro que sepas en qué me ocupo.

-Sí, tú eres el herrero, él es el soldado -dijo señalando a Árcival-, él es el mercader -y señaló a Térail-, y él es un guardia -dijo señalando a Burén.

Al escuchar esto, Dárlaran se decepcionó, pues no se sintió especial como lo había pensado al principio. Supo que la condesa, aunque pareciera ignorar todo, a nada era ajena, y de todo se fijaba. -¿Jugamos? -insistió Dárlaran.

-Que tal si lo hacemos interesante -dijo Aminión viendo la oportunidad perfecta de deshacerse de un sirviente de Pacán-. ¿Que tal si apostamos?

-¿Cuánto? -preguntó Dárlaran sin dudar mientras llevaba a la condesa hasta la mesa de ajedrez, aún desocupada.

-Quince monedas de oro -dijo Aminión-, no menos. Pero si no las tiene, comprenderé y mejor jugaremos otro día.

Pero la condesa vio, para su decepción, que Dárlaran se sentaba y acomodaba las fichas como si nada hubiera escuchado.

-¿Me ha oído? Apostemos quince monedas; no menos -insistió Aminión.

-Hecho. Quince monedas -respondió Dárlaran con la mirada fija en las fichas que acomodaba, y sin prestarle mucha atención a la joven, que parecía irritarse cada vez más con él.

-Pero no empezaré sin antes ver las treinta monedas sobre la mesa -dijo Aminión, sentándose de mala gana.



-Está bien -respondió Dárlaran, que llamó de inmediato a Árcival y le dijo: -Présteme quince monedas de oro, y le pago el doble.

Entonces la condesa sonrió sarcásticamente al escuchar lo dicho por el supuesto herrero; pero Árcival le dio las quince monedas sin ninguna objeción.

-¿No le da vergüenza pedir prestado oro? ¿En verdad piensa que me ganará tan fácilmente? -preguntó Aminión-. ¿Y además piensa darle todo lo que gane a él, si es que me gana? Dígame, ¿cómo piensa pagarle si pierde conmigo?

-No importa -respondió Dárlaran despreocupado, mientras miraba a la condesa a los ojos azules.

-Si no importa, no le importará apostar cinco monedas de oro más -dijo Aminión con malicia, mientras sacaba cinco monedas más de su bolso.

Pero para su desconcierto, Dárlaran también sacó cinco monedas de su bolsillo y las puso sobre la mesa.

-Quien gane se lleva cuarenta monedas de oro, cuatro «escudos», lo suficiente como para comprar un caballo de carga pequeño -dijo el Hombre, que miró a la joven y añadió: -¿Sabe lo que pienso? Pienso que tiene miedo de perder con un simple herrero.

-¿De qué habla?! -exclamó la joven airada.

-¿Blancas o negras? -preguntó Dárlaran, evasivo y muy calmado.

-Decida usted. Igual va a perder y quedará endeudado hasta el cuello con su amigo el soldado -respondió Aminión, ya irritada por la actitud de Dárlaran.

-Entonces elija negras -dijo Dárlaran finalmente.

17

Al ser las fichas blancas quienes inician, Aminión empezó a atacar apoderándose del centro del tablero. Y Dárlaran se defendió en silencio. Sin embargo, el rostro de la condesa se iluminó, sus ojos brillaron y sus labios rosados esbozaron una sonrisa al ver el rostro pensativo de Dárlaran.

-¿Dónde quedó su seguridad? -preguntó Aminión con tono triunfante.

Tres jugadas después, la condesa logró matar la reina de Dárlaran en una hermosa jugada de su caballo y de su alfil. El Hombre permanecía pensativo, prácticamente acorralado, mientras Aminión atacaba con destreza. Y sólo faltaban dos jugadas para que la condesa de Heid ganara con su reina y sus dos torres, cuando Dárlaran tomó una solitaria torre y la subió hasta el otro extremo del tablero, encerrando al rey blanco con sus propios peones.

-Jaque mate -dijo Dárlaran con tranquilidad mientras recogía las monedas de oro y las ponía en una bolsa de cuero blanco.

Aminión, con los ojos muy abiertos a causa de la sorpresa y el rostro sonrojado, simplemente no lo podía creerlo, aunque lo estuviera viendo. ¡En verdad era jaque mate! Entonces la joven se sintió humillada, ofendida de la forma más ridícula por un simple herrero. Mas nada podía decir o hacer, pues había ganado legalmente. ¿Cómo explicar la vergüenza que sintió mientras el extraño Hombre Ariánico se retiraba y le pagaba a Árcival treinta monedas de oro?

Después de pagar, Dárlaran volvió a sentarse en la silla, frente a Aminión, que lo miraba con furia con sus ojos azules.

-Juguemos de nuevo, cuarenta monedas de oro -dijo Aminión apresuradamente, mientras escarbaba en su bolso buscando más oro.



-No se disguste conmigo condesa, que es un simple juego de ajedrez -dijo Dárlaran calmadamente-. Pero no me puedo quejar, dio una buena batalla. Quizás juguemos otro día -añadió.

Al escuchar esto, la condesa no pudo aguantar su indignación. Así que se levantó de la silla furiosa, y dijo: -¡No me someteré a los deseos de un simple y pobre herrero!

-Un simple y pobre herrero le ganó veinte monedas de oro, condesa -respondió Dárlaran, aún sentado.

Esto hirió profundamente el orgullo de Aminión, que diciendo maldiciones en lengua Nocturna dio media vuelta para retirarse.

Pero en ese momento llegó su padre, el conde de Heid, con el rostro iracundo y el ceño fruncido. Al verlo, la joven no pudo disimular su temor, temor que no pasó desapercibido para Dárlaran, que de inmediato se levantó y fue hacia ellos.

-¡¿Dónde estaba?! ¡¿No ve que la necesitaba?! -dijo el conde furioso mientras la tomaba del brazo con fuerza bestial y la arrastraba de nuevo al salón, inundado de música de piano y violines.

Pero, para sorpresa de todos, Dárlaran tomó al anciano del brazo como con una garra de hierro. Y tal fue la fuerza, que el conde se detuvo y soltó a Aminión, al mismo tiempo que soltaba una expresión de dolor.

-Le exijo que suelte a la condesa y la trate como es debido cuando yo esté presente -dijo Dárlaran con los dientes bien apretados y los ojos bien fijos en el conde, que devolvía una fiera mirada. Las palabras de Dárlaran sonaron muy orgullosas, y no pudieron ser disfrazadas; mas nadie sospechaba quién era en verdad Dárlaran.

-¡¿Quién es usted para exigirme algo, miserable sirviente?! -increpó el conde con furia.

-Soy... -entonces Dárlaran calló por unos momentos, pues, aunque estaba airado, todavía sabía lo que hacía. Así que prosiguió: -Soy alguien a quien debe respeto, pues soy un emisario del duque de Háreneth, e insultarme es como insultarlo a él en persona. Me pregunto si sería capaz de hablarle así al duque de Háreneth, mi señor.

-Ella es mi hija, y está bajo mi mando -aseguró el conde, que iracundo, tomó a la joven de sus negros cabellos y la obligó a levantarse.

Tal acto hizo que Dárlaran sintiera el fuego de la ira en su interior, y llevado por el furor, tomó al conde del hombro y crispó su puño derecho, listo para asestarle un golpe en el descarnado rostro. Pero en ese momento volvió en sí, y no hizo más que empujarlo para alejarlo de Aminión.

Segundos después llegaron seis guardias con yelmos enterizos, capas negras y armaduras grisáceas, y detuvieron a Dárlaran y al conde de Heid. Tras los soldados llegó el duque de Derys corriendo.

-¿Qué pasa aquí? -exclamó.

-Este Hombre golpeó a su hija sin motivo alguno -respondió Dárlaran mientras forcejeaba con los guardias.

-Tranquilícese, Dárlaran -dijo el Duque de Derys.

Entonces el duque de Háreneth dejó de forcejear y se calmó. En cambio, el conde de Heid lanzaba ofensas y blasfemias a diestra y siniestra en lengua Nocturna y común. Ya las puertas de la pequeña habitación habían sido cerradas para evitar que los nobles vieran el conflicto.

-¡Aminión, venga ya! -ordenó a gritos el conde, ya liberado por los guardias.



Pero la hermosa joven estaba atónita, pasmada por el extraño acontecimiento. Miraba a Dárlaran con temor, mientras su padre gritaba repetidas veces su nombre.

-¡Aminión! ¡Nos vamos ya! -gritó el conde.

-¡No! Ella no se irá de aquí -increpó Dárlaran, que poco a poco dejaba a flote ademanes de su estirpe.

-¡Ah! Eso lo veremos -dijo el conde con sardonía, y enfocándose de nuevo en la condesa dijo: -Aminión, si no viene ya, se va a meter en un problema conmigo-. Entonces miró a Dárlaran y añadió: -¿A quién le va a ser caso? ¿A su padre o a un simple sirviente?

18

Los carruajes se retiraron cuando el amanecer se tornaba dorado en el horizonte boscoso. A lo lejos, los dos soles se erguían como ojos ardientes y siempre vigilantes, iluminando la superficie del mundo. Y entre uno de los carruajes, y para desconsuelo de Dárlaran, iba Aminión, que impotente, había decidido ir con su padre a Heid, una pequeña aldea al occidente de Arys.

El duque de Háreneth, exhausto y ensimismado, miraba por un amplio ventanal del segundo piso del palacio el bello amanecer sobre las copas del bosque circundante, de donde emergían varias aves que emprendían raudo vuelo hacia las alturas.

-Debe tranquilizarse, señor -dijo Burén, que entraba a la habitación del duque con una taza de té.

-No debí dejarla ir. Debí decirle que yo era el duque de Háreneth -dijo Dárlaran con voz angustiada-. Ahora quién sabe cómo pagará ella lo que yo hice ayer.

Entonces Burén le dio al duque la taza, se sentó a su lado y dijo: -Mañana llegará el pedido. A más tardar pasado mañana. Después no iremos a los Bosques de Mirlin, como lo había planeado.

En ese momento entró Árcival. -Me enteré de lo de anoche, y siento no haber estado a su lado -se disculpó el gigante.

-No importa, Árcival; pero ¿dónde estaba?

-En el salón -respondió Le-Hir-. Pero estoy dispuesto en ayudarle en lo que sea.

Así que Burén miró pensativo a Dárlaran, y resignado preguntó: -¿Qué planea, señor?

-Averígüenme todo sobre Heid, y sobre el conde, mientras yo cierro el negocio con el duque de Derys. Cuando todo esté listo, nos iremos a Mirlin -aseguró Dárlaran.

-¿Con ella? -preguntó Árcival.

Dárlaran lo miró y permaneció en silencio.

-Eso es como si la secuestráramos -aseguró Burén-. No tiene ningún parentesco con nosotros, y está bajo la tutela de su padre. Llevárnosla sería un delito.

-Estoy dispuesto a arriesgarme -aseguró Dárlaran.

-¿Arriesgarse por una completa desconocida? ¿En verdad cree que vale la pena, señor? -preguntó Burén.

-No lo sé -respondió Dárlaran.

-Pero si usted se arriesga, nos arriesgamos todos -aseguró Árcival.

El cargamento proveniente de Háreneth se tardó más de lo acordado, pues sólo hasta el jueves arribó a los muelles. Fue majestuosa la gigantesca caravana que emergió de los árboles del Bosque de Anarioth, repleta de carros y bestias de carga. Una tras otra, las



cajas fueron bajadas de los carros por los soldados personales de Derys, y fueron llevadas a las barricadas que estaban a los flancos del palacio.

-¡Qué hermosas son! -aseguró el duque Nocturno mientras miraba con detalle una hermosa ballesta que poseían un sistema de temple mecánico, y que tenía el arco de acero y unas saetas con puntas plateadas. A un costado del brazo de la ballesta estaban la marca de Háreneth: Una «H» dorada y labrada con minúsculos tribales.

-He sabido que no todas las ballestas llegaron, por lo tanto, cobraré menos del precio acordado -dijo Dárlaran, que también examinaba la mercancía.

-¿Y por qué no llegaron todas? -preguntó el duque de Derys.

-Al parecer, la noche en el bosque no fue buena, y unas pocas cajas desaparecieron -respondió Dárlaran.

-Sin embargo, pagaré el precio acordado.

-No puedo pedirle eso -aseguró el duque de Háreneth-; nos ha tenido como invitados por varios días, incluso después de mi arrebato; así que me es imposible admitir todo el pago -añadió.

Pero el duque de Derys poco caso le hizo, y puso sobre la mesa las cinco bolsas repletas de monedas de oro. Además, dio a Dárlaran un rubí del tamaño de una nuez, brillante y hermoso.

-Gracias, duque de Háreneth -dijo, y añadió antes de retirarse: -Supe que está interesado en las actividades de la condesa de Heid, así que le daré un consejo: Aléjese de sus cometidos con ella, pues, aunque usted sea un duque, la ley Nocturna cubre al conde.

-Sabe que no puedo sacármela de la cabeza -aseguró Dárlaran.

-Lo sé, y por eso, le gustará saber que Jarmaeron, el mejor pianista de estos reinos, dará un concierto pasado mañana, el sábado, y que gran parte de la nobleza Nocturna estará allí.

-Incluso la nobleza de Heid, me imagino -dijo Dárlaran en irónico tono, pues había captado bien el mensaje.

-Me gustaría que me acompañara, pues se me hace raro que no hubiera escuchado de Jarmaeron antes -pidió el anciano.

-Sí he escuchado de Jarmaeron, pues su fama llega hasta más allá del Mar de las Deidades. Y sí, será un placer acompañarlo al concierto. ¿Dónde se realizará?

-En el Teatro Central, en el corazón de Arys. Sé, amigo mío, que la voluntad y el deseo de un duque joven es difícil de disuadir, así que sólo le pido que no se meta en problemas. Además, como sé que de aquí toma rumbo a los Bosques de Mirlin, le gustará saber que hace poco llegó un comerciante del lejano Imperio del Viento. Este mercader quizás tenga cóndores que pueda venderle, y creo que con la paga que le he dado será más que suficiente. Si desea, yo mandaré a buscar al mercader; pero necesitan un guía que conozca bien los cielos; eso se lo dejo a usted.

Entonces Dárlaran sonrió agradecido, y dijo: -En verdad no sé cómo pagarle todo lo que ha hecho por mí y por mis amigos y servidores; pero si puede hacerme ese favor, le estaría más que agradecido que me consiguiera once cóndores.

-¿Once? Pero son diez: Usted, el soldado que llaman Le-Hir, Térail, su guardia moreno Burén, el guía Mérot, sus cuatro guardias, y el guía que usted consiga... -entonces el duque de Derys cayó en cuenta, y preguntó: -¿Y qué tal si la condesa no acepta escapar? Perdería el dinero de un cóndor, y aparte de que no hay devoluciones, no estamos hablando de pocas monedas de oro.

-Si ella no va, el cóndor restante será suyo -aseguró Dárlaran que, realizando una venia, se retiró.



Por otra parte, triste eran los sentimientos de Aminión, que extrañamente no había podido sacarse al herrero de la mente. El rostro cuadrado de ojos mieles aún la atormentaba.

-¡¿Qué me está pasando?! -se preguntaba incrédula, pues para su orgullo era inevitable pensar siquiera en un simple herrero. Y, sin embargo, el partido de ajedrez que había jugado con el enigmático Hombre había sido lo único que había disfrutado de verdad desde hacía mucho tiempo; aunque hubiera perdido.

-¿Lo volveré a ver? -se preguntaba con aflicción y congoja; pero después parecía volver en sí y se volvía a recriminar, altiva y arrogante. Además, por él se había ganado un gran problema con su padre.

Y cada vez que algún criado entraba a su puerta, guardaba la vana y ridícula esperanza que alguno de ellos trajera un mensaje del extraño Ariánico. Pero ninguno de sus sirvientes le decía más de lo necesario, pues su padre había dado esa orden.

Fue su padre quien le dio la noticia de que irían al concierto de Jarmaeron, y enorme fue la dicha de Aminión, pues ella había escuchado varios intérpretes, pero nunca había escuchado al afamado pianista. Además, era ella fanática a Jarmaeron, y la melodía que más deseaba escuchar era «El Brillo de las Estrellas Frías», que era triste y melancólica como ella. Amaba esa melodía más que cualquier otra, y pedía a varios intérpretes, incluyendo a su profesor personal de piano, que la tocaran. Y ella la aprendió, y la tocaba cada vez que no podía aguantar más su desdicha.

Pero el conde de Heid no llevaba a Aminión porque pensara en ella, sino porque deseaba codearse con los señores Nocturnos más importantes, y deseaba presentar a su hija para que alguno se fijara en ella. A decir verdad, el conde era poco amante de la música de Jarmaeron, aunque no podía negar su hermosura. Sin embargo, prefería el violín que el piano.

El sábado, cuando ya el cielo pertenecía a Sírel, empezó a entrar el exclusivo público al Teatro Central de Arys. Mucha era la conmoción alrededor del enorme teatro, construido en blanco semicírculo y con techo poco usual: Por un complejo sistema de mecanismos, el techo podía abrirse y cerrarse. Esa noche el techo negro estaba cerrado.

Ahora bien, Aminión conocía bien el teatro, pues era amante de las obras teatrales, e incluso había actuado años atrás. Aún así, nunca dejaba de sorprenderse por la opulencia y la majestuosidad de la edificación, con sus puertas de marfil y oro. Por lo mismo, grande fue la alegría que sintió al entrar al teatro, repleto de importantes exponentes Nocturnos. Su padre la tenía con fuerza, y sonreía a todo Hombre que le pasaba por el lado.

Al mismo tiempo, pero en diferente piso, el duque de Derys y los Ariánicos miraban con maravilla la ostentosa edificación, de techo de cúpula y lleno de bellas pinturas. Dárlaran mantenía los ojos muy abiertos, pues sus ojos parecían beber la belleza del teatro con incredulidad. Térail y Árcival, que también estaban acostumbrados a la opulencia, estaban igual de atónitos.

Cuando fue la hora, las lámparas dirigieron su luz hacia la tarima, donde ya toda una sinfónica esperaba ansiosa la llegada del pianista. Había allí violines, violas,



violonchelos, contrabajos, guitarras, platos, tambores, pícolos, flautas traversas y dulces, arpas, liras, trompetas, tubas, y otra variedad de instrumentos musicales, sin contar un coro de cincuenta personas, mitad Hombres y mitad Mujeres, sopranos y mezzosopranos, y tenores y más.

Pero casi todas las lámparas iluminaban un enorme y lustroso piano negro de cola que permanecía en el centro como dormido por un encantamiento. Dárlaran y sus acompañantes estaban en la primera fila, muy cerca del piano, y esperaban con ansias la aparición del pianista; pero la espera, aunque de sólo diez minutos, pareció eterna.

Y finalmente salió Jarmaeron, en medio de aplausos y ovaciones alegres y de admiración. A diferencia de lo que muchos pensaban, Jarmaeron no tenía el prospecto de un pianista común, ni se parecía a Tórmaroht, su maestro. Tórmaroht era un Hombre extraño, y muchos lo consideraron loco, pues su mirada era desorbitada y su pensamiento enigmático, pues ponía al cuerpo Humano como el mayor impedimento de libertad.

En cambio, Jarmaeron, de cabello negro y largo, era misterioso; y en sus ojos negros y luminosos mostraba un velo que nadie podía traspasar. Era docto en los temas de amor, y muchos pensaban que había vendido su alma a los Demonios para tener el don que tenía en sus manos. Provenía de los Sheréderys, una estirpe Nocturna importante.

A diferencia de muchos de los famosos, Jarmaeron era tímido, y al salir, Dárlaran lo notó, pues vio que mientras lo ovacionaban, el pianista soltaba una sonrisa nerviosa y bajaba la cabeza para disimular su timidez. Esto le causó gracia al duque Ariánico, que también aplaudió con fuerza.

19

Las ovaciones terminaron, y Jarmaeron se sentó frente al piano negro por unos instantes. Tomó aire y esperó a que el teatro estuviera en completo silencio. Y, de súbito, puso los dedos sobre las teclas, e hizo que el piano despertara de su encantado sueño de forma tronante. Inició con preludios que parecía estudios, y siguió con fantasías tan complejas, que sólo dos intérpretes en el mundo las podían interpretar. Después siguió una sonata violenta y sarcástica que heló los corazones de los allí presentes, y que ratificó el enigma y el misterio que caracterizaban al pianista. Después de la sonata hubo intermedio.

Apenas prendieron las luces, Dárlaran, acompañado de Burén y Árcival, salieron disparados hacia el segundo piso en busca de la hermosa condesa de Heid. Térail permaneció en su asiento conversando con el duque de Derys.

Aunque había mucha gente, el teatro era tan grande que parecía estar vacío en realidad. Esto hizo que la búsqueda de Dárlaran fuera más sencilla. Mas fue el enorme Árcival, de barba tupida y cicatriz en la mejilla, quien vio a la condesa acompañada de su padre y otro Hombre entrado en años y con un rostro que mostraba una pervertida y deformada locura.

-Allí está su condesa -aseguró-. Pero acompañada de su suegro -añadió con sátira. Dárlaran no pudo hacer más que sonreír.



Por otra parte, Aminión miraba a su alrededor, intentando inmolar cualquier mirada de ayuda, pues en verdad repudiaba su compañía: El marqués de Mélerys, un gran amigo de su padre. El marqués tenía extraños comportamientos, y ya varios nobles ponían en duda su hombría, pues tenía ademanes afeminados, y muchas veces era tomado como amante del conde de Heid. Aminión era la única que sabía con certeza la verdad, ya que era ella quien lidiaba sus horribles juegos, y por eso lo mismo era llamada a golpes por su padre. Aparte, ya habían llegado los rumores del marqués de Mélerys a oído de nada más y nada menos que a Áladroth, rey supremo de Arys. Y esto inquietaba tanto al marqués como al conde, ya que la homosexualidad era castigada en el Reino de las Cavernas con la muerte.

Ahora bien, cuando Árcival se acercó al marqués, Aminión supo que ese rostro lo había visto en algún lugar, y al ser Ariánico, de inmediato recordó en Dárlaran.

—«¡Está aquí!» -pensó con alegría. Pero después sintió temor, pues su padre la estaba vigilando. Además, la entrada al concierto era exclusiva y muy costosa, y un herrero no podría haber entrado. -¿Pero si el soldado pudo hacerlo, por qué él no podría? -se preguntó con un poco de esperanza.

-Necesito hablar con usted -dijo Árcival al marqués en tono serio.

El marqués se sintió amedrentado por el rostro frío y fiero, y la enorme estatura y musculatura de Árcival. Así que aceptó de inmediato y se retiró con el soldado.

Entonces Aminión sabía que el herrero estaba merodeando, y supo a qué jugaba. Así que le dijo al conde: -Padre, voy a tomar aire.

Pero el conde respondió: -Entonces irá conmigo. ¿Cree que no me di cuenta que ese soldado era un Ariánico? Y como ahora sé que se inclina por esa raza, mejor la vigilo.

Y en ese preciso momento llegó Burén, con treinta monedas de oro, y dijo al frío anciano: -¿Es usted el conde de Heid?

Y el anciano, con el ceño fruncido, asintió. -Soy yo -respondió.

-Entonces esto es suyo -aseguró el moreno, que entregó las treinta monedas de oro al viejo.

-¿Y por qué es mío este oro? -preguntó el conde.

-¿Me permite explicarle? -devolvió Burén la pregunta, y alejando al conde de Aminión, dijo: -Es un regalo del duque de Háreneth, que ya está en Arys, y de hecho está aquí. Es para disculparse por la imprudencia de uno de sus servidores.

-El herrero -aseguró el conde, que permanecía con la mirada fija en el brillante oro.

-Así es -dijo el Ariánico-. Y para su hija, esto- añadió mientras daba veinte monedas de oro más. Aunque bien sabía que el conde nada daría a Aminión.

-Dígale al duque de Háreneth que sus disculpas son bien recibidas -aseguró el conde que, realizando una venia, se despidió de Burén. Pero cuando fue de nuevo hacia Aminión, diose cuenta con furia que ella ya no estaba. Entonces apretó sus dientes y buscó a su alrededor; pero ella había desaparecido.

-¿¿Qué Demonios hace aquí?! -preguntó la condesa sorprendida al ver a Dárlaran. Y cuando los ojos mieles del Hombre la miraron, sintió que su rostro se le coloreaba y que su corazón se le aceleraba. Mas ella, que era altiva, no bajó la mirada; en vez, levantó la cabeza en ademán inquisidor.

Sin embargo, Dárlaran la desarmó diciendo: -La verdad, condesa, no he dejado de pensar en usted.

Entonces Aminión sintió que su pecho se le llenaba de alegría, pero lo disimuló con frialdad. -¿Y cómo entró? -dijo insinuante.



Pero el Hombre la tomó de la mano y la arrastró lejos del salón donde estaban, la llevó hasta el primer piso, y allí se sentó con ella. –Soy amante del buen gusto -respondió.

-Me refiero a que...

-Pagué la entrada, si a oro se refiere -interrumpió Dárlaran, que parecía perdido en los brillantes ojos azules de la joven.

-Creo más que se la pagó el duque de Derys, pues dudo que un simple herrero tuviera el oro suficiente para hacerlo -respondió desdeñosa, mientras miraba alrededor, sin prestar atención al Hombre.

Entonces hubo un inquieto silencio, pues la humillación que habíale hecho a Dárlaran había sido dura, y se notó en el rostro del Hombre, pues bajó la cabeza, desilusionado. Al percatarse de esto, Aminión quiso alivianar el golpe, y preguntó picada por la curiosidad y la vanidad: -¿Y en verdad no ha dejado de pensar en mí?

-Es verdad, condesa -dijo Dárlaran mientras soltaba un suspiro.

-¡Qué curioso, pues yo ni me acordaba de usted, ni de su nombre! -exclamó Aminión arrogante; pero disfrazaba una pregunta de su interés, pues, aunque era verdad que no recordaba su nombre, ansiaba hacerlo.

Pero este comentario de nuevo golpeó a Dárlaran, que se sintió despreciado e incómodo. Entonces volteó a mirar hacia otro lado, volvió a bajar la cabeza para disimular su aflicción, y dijo: -Mi nombre es Dárlaran. ¿Y el tuyo?

-Prefiero que me llamen por mi título y no por mi nombre -respondió la joven, esquiva.

-¡Pero yo prefiero que me llamen por mi nombre, y no por mi título! -increpó Dárlaran con un poco de arrogancia, pero pronto calló, dándose cuenta de su imprudencia.

Entonces Aminión abrió los ojos, semejantes a gemas de zafiro, pues se sorprendió con el tono de voz de Dárlaran. Y preguntó: -¿Y qué título tienes?

-El de un simple herrero -respondió el Hombre, escapando de la verdad y arreglando su imprudencia.

-Así que no te gusta que te digan «herrero», Dárlaran -dijo la condesa, que quedó con el nombre del extraño en la cabeza.

Entonces Dárlaran pareció aliviado de los golpes propinados por la joven al escuchar su nombre.

-¿Y me dirás tu nombre? -preguntó de nuevo el Hombre.

-Mi nombre es Aminión -respondió la joven mientras mecía con ternura su cabello sedoso. Pero en ese momento ella vio al conde, que la buscaba con furia. Y entonces exclamó aterrada: -¡Debo irme!

Dárlaran siguió la mirada, y vio el motivo de su temor. Entonces dijo: -Escucha, yo debo ir a los Bosques de Mirlin, y me gustaría que me acompañaras.

-¿De qué hablas? -preguntó mientras bajaba la cabeza, intentando despistar al conde. – Sabes que jamás me darían permiso.

-No estoy diciendo que pidas permiso -dijo Dárlaran.

Entonces Aminión lo miró con sorpresa, pero volvió a la realidad, y dijo con desconsuelo:

-¿Es que acaso no sabes que si me escapo de mi padre jamás podré volver a Heid ni al Reino de las Cavernas?

-Lo sé.

-Entonces, ¿qué haré después de irme de Arys?

-Irte conmigo -respondió Dárlaran.

-¿A cambiar los lujos del Palacio de Heid por una choza en Pacán, llena de forjas y hornos? -increpó la condesa con arrogancia y altanería.



Entonces salieron llamas de los ojos mieles de Dárlaran, y se mostró airado. –Es lo único que puedo ofrecerte; pero como veo que prefieres seguir bajo un tormento lleno de lujos en vez de tener una calma llena de humildad, que así sea-. Y sin más, el Hombre se levantó de la silla, furioso, y añadió: -Sabes que me estoy quedando como invitado en el Palacio de Derys, así que, si cambias de decisión, sabes donde estoy. Parto hacia el norte en dos días, así que, si te dignas a acompañarnos, debes hacérmelo saber mañana mismo.

-Jamás iría a buscarlo -respondió Aminión, que esperaba que Dárlaran se retractara. Y por qué no pensar eso: Ella era una condesa, mientras él era un simple y pobre herrero. Pero el comentario tuvo un efecto opuesto, pues Dárlaran dijo irritado, aunque si levantar la voz: -Jamás conocí Mujer más desagradecida. Así que no voy a rogar que vayas conmigo, pero si te ruego que te quieras, pues en tu rostro se ve el enorme peso que cargas en tu alma. Adiós.

-Pues entonces adiós -se despidió Aminión altiva. Entonces se levantó de la silla y fue al encuentro con su padre. Mientras Dárlaran respiraba con profundidad, intentando calmarse.

20

Poco después el concierto se reanudó. Las lámparas colgantes de cristal se volvieron a apagar, y las luces se enfocaron de nuevo en el escenario. Entonces hubo silencio en el enorme recinto, y Jarmaeron volvió a aparecer sobre la tarima, vestido con paño negro y seda blanca. Y cuando el pianista apareció, el teatro volvió a tornarse misterioso y oscuro.

Entonces Aminión, que todavía pensaba en la propuesta de Dárlaran, sintió en su corazón una enorme ansiedad al escuchar por fin «El Brillo de las Estrellas Frías». El primer arpeggio atrajo la atención de la joven, que simplemente entró en un letargo. La melodía era suave, y ella imaginaba las notas mientras la tocaba Jarmaeron, pues ella se las sabía de memoria. Y le pareció que tal melodía le revelaba un nuevo mundo, y se inundó en el mar de las notas que el pianista le brindaba.

Cuando la melodía terminó, la condesa miró con amor y dicha al pianista, que también parecía haber sentido la melancólica melodía, pues permanecía cabizbajo y con la mirada fija en las notas, oculta por los cabellos. Parecía que Jarmaeron lloraba, pero no era así, simplemente se recuperaba.

Y segundos después, Aminión buscó con sus ojos azules a Dárlaran, en el sitio donde habían estado sentados; pero allí no estaba. Así que miró las sillas cercanas; pero no vio a Dárlaran por ningún lado. Entonces sintióse mal, pues deseaba que él hubiera escuchado la hermosa melodía.

Jarmaeron tocó otra sonata, más violenta que la anterior, y dos estudios que sólo él podía interpretar. Y con una pequeña sonatina orquestada, el pianista se despidió de todos los presentes, y entre ovaciones y halagos se retiró de nuevo a Sheréderys. Grande fue la satisfacción del público, que se sintió a gusto con el concierto. Incluso los Ariánicos, que, aunque estaban acostumbrados a ritmos más alegres, aplaudieron al pianista con agradecimiento y asombro, pues ninguno de los Ariánicos presentes habían visto y escuchado tal destreza musical.



Ahora bien, Dárlaran, por más que intentaba despreocuparse, tenía a Aminión en la cabeza. Aunque era orgullosa, tenía algo que lo había marcado. Recordaba con detalle los ojos azules, los cabellos negros, y el rostro iluminado y pálido; mas lo que en verdad lo atormentaba era su forma de hablar (cuando era sincera), sus ademanes vanidosos, su espíritu de competencia, y algo más que él no podía explicar.

Por eso, la noche después del concierto fue larga y amarga para Dárlaran, que rodaba y se acomodaba en la cama incapaz de dormir. Le atormentaba la idea de que Aminión no llegara cuando el día declinase en el horizonte verde y boscoso, y que en vez decidiera seguir su suplicio. Y cuando ya amanecía, el duque por fin pudo dormir.

Pero más larga y amarga fue la noche para Aminión, pues la proposición de Dárlaran le rondaba en la cabeza. -¿Escapar hacia la pobreza para vivir tranquila? -se preguntaba constantemente. La duda y la angustia se mezclaban en diversos matices; y la opulencia, el orgullo y el miedo se contradecían con una vida calmada, sin apariencias ni reuniones indeseables.

Sin embargo, la duda que más pesaba en su corazón era la de los sentimientos de Dárlaran. «Me dijo que no había dejado de pensar en mí»-se decía con alegría. Mas no se creía las palabras del todo. «¿Y que tal sin me engaña y no me quiere? ¿Y que tal si lo sigo y paso a una vida peor?» se preguntaba. «Además, casi no nos conocemos» se repetía mentalmente, mientras con los ojos cansados por el insomnio miraba por un ventanal de su habitación a la ostentosa Dama de la Noche, de brillos de plata y halo luminoso; hasta que por fin el sueño la tomó bajo sus brazos.

Cuando la mañana llegó, un visitante, indeseable para Aminión, llegó al Palacio de Heid. El marqués de Mélerys llegó muy temprano, algo apresurado y con el rostro pálido del temor. Fue recibido por el conde, y habló con él por varias horas. Aminión, que se sentía inquieta por la extraña visita del marqués, mandó a su criada más leal para que fuera a espiar; y grande fue la sorpresa cuando ella le dijo qué sucedía.

-Al parecer, un conde cercano al rey Áladroth afirma que tiene pruebas de las faltas del marqués -informó la criada.

-¿Y? -preguntó la condesa con expectativa.

-Y parece que su padre está arreglando un matrimonio entre él y usted, condesa.

Tales palabras hicieron que el corazón de Aminión se acelerara, y que su sangre se helara del espanto. Su cuerpo fino y curvo empezó a temblar bajo su pijama azul, y sus ojos se abrieron repletos de terror.

-¿Y ahora qué voy a hacer? -musitó mientras se desplomaba.

Pero la criada la detuvo y dijo: -Debe escapar de inmediato. Todo es mejor que casarse con ese anciano, y usted bien lo sabe. No se puede amar a un Hombre que ama a los Hombres, y mucho menos al que ama a su padre.

Entonces tales palabras fueron como una señal para la condesa, que, apoyándose contra la pared, ordenó a la criada ir al ducado de Derys, y hablar con el Hombre llamado Dárlaran para decirle que la propuesta había sido aceptada.

-Es lo único que me queda -añadió angustiada, mientras con terror, miraba al marqués y al conde escondida tras una pared.



Pero grande fue la desdicha de Aminión, pues su orgullo de nuevo la traicionó. Ya que cuando llegó la criada, dijo: -Ese señor Dárlaran es muy orgulloso para ser un herrero, y cuando me vio pareció furioso, y me reprochó que por qué no era usted quien iba y le decía que había aceptado la proposición. Tanta fue su furia que me ordenó decirle que, si quería ir con él, que se lo pidiera usted personalmente.

-¿Y ahora qué hago? -se preguntó Aminión angustiada y aterrada, pues sentía que su mundo menguaba y se hundía en las sombras y en los hados malignos. -Sabes que no puedo salir sin que mi padre sepa.

-Eso mismo le dije a Dárlaran, pero respondió que su duda en el teatro había sido su error desde el principio -dijo la criada.

Entonces Aminión se tomó la cabeza con preocupación, se sentó y se ensimismó por unos minutos. Sabía que, si le decía a Dárlaran que deseaba irse no por voluntad propia sino por el matrimonio con el marqués, Dárlaran se pondría furioso. Además, ella, que había pensado mucho la noche anterior, había caído en cuenta que tenía un primo hermano en las tierras lejanas, al norte de un reino llamado Félgor, y limitante de la frontera sur de Herda, por donde había venido Dárlaran y su compañía. Y decidida, y olvidando su orgullo por un momento, dijo: -Ve de nuevo y dile lo que pasa. Dile que le pido encarecidamente que me salve. Si es necesario, ruégale, aunque evítalo lo más que puedas. Pero no le digas que iré al norte de Félgor, y no le digas nada más, que yo lo haré cuando estemos lejos.

La criada, que era obediente, fue de nuevo a Derys, a casi hora y media de distancia. En el camino había comprado algunas verduras, para tener justificación de su retraso. Y cuando llegó, el conde le preguntó dónde había estado; pero ella respondió astutamente, y el conde nada sospechó.

Entonces habló con Aminión, y le dijo: -Cuando llegué de nuevo a Derys, y el herrero me vio, su rostro de nuevo palideció de la furia, pues me reiteró que quien tenía que ir era usted en persona. Pero cuando se iba a retirar le hablé sobre su matrimonio, y se detuvo de súbito para prestarme atención.

-Y dime, ¿se puso celoso? -preguntó Aminión con timidez.

Así que la criada la miró pensativa. -¿Acaso importa? -preguntó.

-Necesito saber si en verdad siente algo por mí, pues debo valerme de eso para escapar -respondió la condesa, fiel a su orgullo.

-No lo noté en verdad, condesa, pero sí me prestó mucha atención cuando le empecé a hablar de su situación. Incluso su rostro mostró bondad y preocupación -aseguró la servidora.

-¿Y qué decidió? -preguntó temerosa.

-Al principio me pareció mala persona, común en un herrero; pero cuando hablé con él, cambié completamente de decisión. Me hizo pasar al palacio y me brindó algunas frutas. Y escuchó con detalle todo, de principio a fin. Parecía muy preocupado por usted -aseguró la criada.

Aminión, al escuchar esto, se sintió alegre y soltó una sonrisa nerviosa.

Entonces la servidora prosiguió: -Aceptó llevarla consigo sin pensarlo, y me dio unas monedas de oro para sobornar al portero. Aseguró que un amigo suyo vendrá a las cinco y media de la mañana, con el rostro cubierto, y que sólo se lo descubrirá cuando estén fuera de Arys. No debe llevar nada más que lo necesario, me dijo, sólo dos vestidos, uno ligero y uno de gala. También dijo que llevara un par de zapatos cómodos, aparte de los



que llevaba puestos, un arma no más grande que un antebrazo, si tenía, y algo que le cubriera el rostro.

-Tengo un sombrero con velo negro -dijo Aminión-. ¿Algo más? -preguntó a la criada.

-No, no que me acuerde -respondió.

-¿No mencionó nada de oro ni joyas? -volvió a preguntar la condesa, incrédula.

-No, mi señora, nada de eso -respondió de nuevo la criada-. Vamos, es mejor que se prepare.

Y así se hizo. Aminión, que era prevenida y desconfiada, empacó, aparte de lo que Dárlaran le pidió, muchas joyas y tantas monedas de oro como pudo. Y al amanecer sombrío y frío del Reino de las Cavernas, y de entre los fantasmagóricos bosques velados, un carruaje negro de techo de oro apareció sobre el camino empedrado, sin hacer ni un solo ruido. Tanto el caballo como las ruedas del carruaje tenían almohadillas para pasar desapercibidos. El portero del Palacio de Heid aceptó el soborno sin insistencia, pues quería mucho a la condesa y no le guardaba mucho afecto al conde.

Entonces la joven, cubierta con un sombrero de velo negro, y ayudada por dos de sus más fieles criadas, abordó el coche y se alejó con el temor de que su padre la descubriera. Miraba constantemente hacia el palacio, que parecía dormido y cansado entre las nieblas gélidas y mañaneras. Pero cuando salieron de las rejas que bordeaban los jardines, Aminión pareció descansar. Sólo entonces miró a su acompañante, que, como dijo la criada, tenía el rostro cubierto bajo una capota. Entonces la duda la invadió.

-¿Dárlaran? -preguntó con timidez.

-No, condesa, soy un enviado del señor -respondió Burén.

-¿Señor? -preguntó Aminión con duda.

Entonces Burén cayó en cuenta de su imprudencia, y dijo intentando arreglar la situación:

-Sí, soy enviado del señor herrero-. Y cuando vio que Aminión asentaba la cabeza, se tranquilizó, aunque supo que su respuesta había sido estúpida.

Pasaron por el centro de Arys, intentando confundirse con los otros carruajes. Burén quitó las almohadillas y de esa forma prosiguieron hacia el norte, hacia el ducado de Derys. La intranquilidad de Aminión era notoria, pues miraba con temor por la ventana del carruaje, buscando con miedo rostros conocidos; mas nada sucedió, y llegaron a Derys sin ningún altercado.

Cuando la condesa de Heid y Burén llegaron a Derys, el conde ya habíase despertado y habíase dado cuenta de la ausencia de su hija; y por lo mismo, ya había mandado mensajeros y guardias para ubicarla. Al primer lugar que mandó guardias montados fue a Derys, pues sabía que ella se dirigiría allí. Así que Aminión no tenía mucho tiempo.

Cuando llegaron a los prados floridos de Derys, una duda asaltó a Aminión: ¿cómo se comportaría al ver a Dárlaran? Él era su salvador, pero era un simple herrero, y para una condesa era impensable inclinarse frente un simple servidor. Además, ella no iría con él, como él pensaba; pues iría a los Bosques de Mirlin, y después al norte de Félgor; no a Pacán.

Mientras pensaba sobre esto, grande fue la sorpresa de Aminión cuando se bajó del carruaje, pues pensaba que iría a lomo de caballo hacia los bosques. En cambio, se



encontró con unas hermosas y enormes aves de plumajes negros y collares de plumas blancas, de cabezas calvas y altaneras, y picos afilados.

-¿Son cóndores? -preguntó la joven atónita.

-Sí, amada mía, son cóndores -respondió Dárlaran, que pareció alegrarse al verla.

-¿Y de quién? -preguntó de nuevo Aminión, volviendo a su arrogancia.

-Son nuestros, mi querida Aminión -dijo Dárlaran mientras la tomaba de la mano y la acercaba a las negras y grandes aves, ensilladas y listas para emprender vuelo.

Pero la joven se frenó, pues temió a las aves. -Aquí estoy bien -dijo.

-¡Vamos! -insistió el Hombre.

-¡Que no!

Entonces Dárlaran la miró, sorprendido. -Está bien -dijo alejándose de ella y acercándose a los cóndores. -¿Cómo se montan estos animales? -preguntó a Mérot, que para sorpresa y dicha de Dárlaran, sabía montarlos.

-Sujete bien las riendas, que yo llevaré al cóndor guía. Es como montar un caballo, pero con más viento. Sólo síganme -respondió el Nocturno.

-Dárlaran, me permite -pidió el duque de Derys.

Entonces Dárlaran le siguió y se separó del grupo.

-Nos place que vaya con nosotros, condesa -dijo el gigante Árcival con alegría, mientras realizaba una reverencia.

-Así es, condesa, nos place que nos acompañe a Mirlin -añadió Térail mientras recibía el equipaje de la bella joven.

-Gracias, pero ¿qué piensa Dárlaran? ¿Está contento? -preguntó Aminión, incapaz de domar su inseguridad.

-Lo está -respondió Árcival.

Pero Térail interrumpió. -Este equipaje está muy pesado, condesa. Dime, ¿qué llevas?

-Lo que me dijeron que llevara -respondió Aminión, inquieta.

-¿Y qué más? -preguntó Le-Hir mirando a la joven con ternura.

-Algo de oro y algunas joyas -respondió mientras miraba al herboso suelo y sentía el viento fresco pasar por su rostro y mecer su cabello.

-Si Dárlaran se da cuenta, estarás en problemas -aseguró Árcival mientras le levantaba el rostro con suavidad.

-Además, un cóndor no puede llevar algo tan pesado. Debemos distribuir el peso -aseguró Térail.

-No sabía que viajaríamos en cóndores -dijo Aminión, que se sentía incómoda y tonta.

-No te preocupes, pues será nuestro secreto -aseguró Árcival.

-Así es. Simplemente no le diremos a Dárlaran -añadió Térail, que sacando algunas joyas y poniéndolas en su bolsa, solucionó el problema.

Por otra parte, Dárlaran y el duque de Derys conversaban en voz baja asuntos importantes.

-La nobleza Nocturna está segura de que el poder de los Nomos crece tras la Cordillera de Nínilver, en los reinos de Herda y Félgor. También están hasta las playas occidentales del Mar de las Deidades -informó el anfitrión.

-Entonces ya empezaron los conflictos en el oriente del Antiguo Continente, entre los Nórdicos, los Nocturnos y los Nomos -aseguró Dárlaran.

-Sí, pero los Nomos están bajo un solo estandarte, mientras los Nórdicos viven en clanes, y los Nocturnos allí no somos muy poderosos. Hay algo que maneja a los Nomos, una mente brillante que logró unificar a las tribus.

-Y, según me dijo el rey Ehirot, no es un Nomo -recordó el duque de Háreneth.



-¿Quién puede ser?

-No lo sé, pero quizás sólo la Triada pueda mitigar esta amenaza -respondió Dárlaran, que miraba de reojo a la hermosa Aminión, abrazada por la luz dorada de la mañana. Ella estaba vestida de negro, pero sus brazos estaban destapados, y ya se había quitado el velo, dejando al descubierto un rostro fino de nariz respingada, boca pequeña, y pestañas largas y encrespadas.

Y el duque de Derys, siguiendo la mirada del Dárlaran, dijo: -Así que se la llevará a Pacán. Dárlaran, sin quitarle la mirada, asintió. -Es mejor llevármela que dejarla al espantoso destino que Heid le brinda -aseguró.

-Volviendo al tema, el poderío de los Nomos es preocupante, pero los nobles Nocturnos no dejan de preocuparse por el inmenso poder de la Triada. Tenga cuidado.

-Lo tendré.

En ese momento llegó un servidor del Palacio de Derys que, refiriéndose al duque, dijo:

-Hay unos guardias provenientes de Heid en la puerta. Piden que los dejen entrar, pues su hija escapó, y el conde cree que está aquí.

Entonces el duque miró a Dárlaran, que tenían el rostro pálido de temor, y le dijo: -Váyase, es hora.

Así que Dárlaran le dio la mano al duque de Derys con presura, y agradeciéndole por todo, montó el cóndor con algo de nerviosismo, se puso los arneses y se aferró de la silla. Entonces todos montaron los cóndores apresurados, y temerosos del vuelo, se sujetaron con fuerza y se prepararon para iniciar el viaje al norte, hacia los Bosques de Mirlin.

Violento fue el despegue de los cóndores, pues las negras y ostentosas aves batieron las alas con fuerza para emprenderlo. Aminión, que intentó parecer calmada, no pudo aguantar el grito, pero Dárlaran, que estaba a su lado, pareció calmarla con una expresión y una sonrisa. Así, entre plumas y vientos violentos, los viajeros iniciaron de nuevo su aventura.

Cuando despegaron, el duque de Derys, boleando la mano y con una sonrisa, dijo a su criado: -Deje entrar a los guardias de Heid, y asegúreles que aquí no hay nadie.

21

Mientras se elevaban, los viajeros sintieron temor y mareo, al mismo tiempo que el viento pasaba ensordecedor por sus rostros. Y en sólo instantes vieron que Derys se veía diminuto entre la sábana arborea. El aire parecía enfriarse de forma estrepitosa con cada aleteo. Y de vez en cuando, algún cóndor realizaba un brusco movimiento, lo que inquietaba a quien lo montaba; pero las aves eran pacientes y, aunque altivas, obedientes.

A los pocos minutos, los helados mantos de niebla blanca se densificaron, así que Mérot los llevó muy arriba para no golpear con las cimas escarpadas y nevadas de la soberbia Cordillera de Télegrim. Los cóndores decidieron unirse peligrosamente para no perderse. Sin embargo, las aves bien sabían dónde estaban sus compañeras, así que cruzaron las montañas sin problemas, y descendieron hacia una hermosa planicie verde.

Grande fue la sorpresa cuando los viajeros vieron la inmensa Llanura de Loth, ubicada entre las Cordilleras de Télegrim y Sáragrim. La llanura, tomada por los Ariánicos de otrora como dominio suyo, era verde y fértil; y sobre ella se edificaban las primeras



ciudades Ariánicas: Acán, Hirán y Velc. Pero no descendieron allí, pues tenían poco tiempo para llegar a los Bosques.

-En Acán vive Arbos, un amigo del duque de Háreneth, así que les prometo que tan pronto volvamos de los Bosques de Mirlin, iremos allí, pues él me recuerda con aprecio, al igual que yo a él -aseguró Dárlaran, que volaba al lado de Aminión.

Ella sonrió tiernamente y pareció alegrarse al escucharlo, pues no deseaba separarse de él tan rápido.

Cruzaron innumerables sitios, hasta que finalmente llegaron a un gigantesco mar de verdes y frondosos árboles. Aunque volaban alto, los viajeros no lograban ver el fin de los conocidos Bosques de Mirlin, donde habían habitado los Ángeles de los Bosques según leyendas de antaño.

Sobre los Bosques de Mirlin flotaba un aire dulce de flores, y bajo los ramajes espesos se escuchaban interminables sonidos de animales. Se escuchaban los innumerables cánticos de las aves, y las copas arbóreas estaban bañadas por la luz del Sol Amarillo, pues el Sol Rojo se había ocultado tras nubes blancas.

Ahora bien, la leyenda que Dárlaran perseguía decía que Míroth, una reina Angelical de edades antiguas, descendía de los altos cielos una vez al año, el 22 de abril, para visitar la tumba de su amado rey, asesinado por los servidores del Demonio. Pero la ubicación era incierta, y ahí residía la verdadera duda. Los Bosques de Mirlin eran la más extensa concentración de árboles del mundo conocido, y la gran mayoría de Hombres y Dacones aseguraban que el descenso de la Angelina era en las ruinas de una ciudad fronteriza, al sur de los Bosques y llamada otrora Éisperis.

Sin embargo, Dárlaran pidió a Mérot que los llevara a Mirlin meridional, a las ruinas de otra ciudad antigua llamada Nínil.

-En las leyendas se habla de un gran mausoleo en donde yace el amor de Míroth, y en Éisperis no hay suficiente espacio para un mausoleo -aseguró-. Además, según la leyenda, hubo mucha luz el día que enterraron al Serafín, y en Nínil hay árboles menos densos; o por lo menos eso he leído.

Así que, por órdenes del duque de Háreneth, Mérot guió a los cóndores sobre los árboles frondosos y fértiles de Mirlin, hasta encontrar por fin la explanada destapada y herbosa que tanto estaba buscando. Demoró casi día y medio a lento vuelo para encontrarla.

-«¡Casi no!» -exclamó Mérot alegre, y descendió, seguido por los cóndores restantes.

Al descender en círculos prolongados, todos los viajeros entraron de nuevo en el nerviosismo, pues los cóndores eran muy seguros de sí mismos, y realizaban peligrosos movimientos; pero llegaron al herboso y florido suelo sin ningún altercado. Allí, la sorpresa y la admiración fue inevitable: Los árboles eran muy frondosos y vigorosos, y la hierba era muy verde y tupida. A diferencia del Bosque de Anarioth, que parecía fantasmal y tenebroso, los Bosques de Mirlin eran luminosos, como el sueño de toda princesa.

-¡Qué hermoso es! -exclamó Aminión maravillada, mientras examinaba su entorno arbóreo, intentando divisar algún animal. Y tuvo éxito, pues vio un ciervo moteado no muy lejos, que parecía vigilarlos tímido, y que finalmente rompió a correr.

-Tenemos dos días para llegar a las ruinas de Nínil -aseguró Dárlaran que, sorprendido, miraba a las altas ramas de los árboles.



-Entonces, ¿qué esperamos? -preguntó Árcival con risa bonachona-. Debemos cazar algo, si no nos moriremos de hambre.

Entonces Dárlaran tomó el equipaje de Aminión y lo cargó, pero notó que Térail también llevaba una bolsa. -¿Qué trae ahí? -le preguntó al mercader.

-Algunos regalos del duque de Derys -respondió Térail.

Pero la intranquilidad delató a la condesa, que miró a Térail con expresión inquieta. De esto Dárlaran se dio cuenta, y le pidió a su amigo que le diera la bolsa. Y cuando la destapó fue grande su sorpresa, pues había varias joyas y varias monedas de oro. Entonces el rostro del Hombre palideció, y miró a Aminión, que sintió temor al ver sus ojos mieles y refulgentes.

-¿Para qué trajiste esto? -preguntó Dárlaran.

-No me iba a ir sin nada -respondió la joven con la cabeza levantada.

Inicialmente Dárlaran sintió molestia porque se sintió sin autoridad. Pero vio los ojos azules de la joven, y la entendió. Entonces dijo con calma: -No las necesitarás en el viaje, pero son tuyas-. Y sin más se apresuró a ayudar a Burén para armar el campamento.

Aunque no fue un gran altercado, Aminión se sintió mal, pues sintió que había descepcionado a Dárlaran. -¿Será que fue buena idea venir? -se preguntó en voz baja.

-Lo fue, mi querida niña -respondió el enorme Árcival con una sonrisa en los labios.

-Tranquila, que Dárlaran es paciente y olvida fácil -añadió Térail, que recogía las joyas y el oro de Aminión.

-Gracias, de verdad, muchas gracias -dijo la condesa finalmente.

El campamento fue montado antes de que las frías estrellas y la hermosa Sírel tomaran como suyos los cielos. El aire entre los Bosques parecía más puro, y no muy lejos susurraban unas pequeñas quebradas derivadas del río Eleth (uno de los dos grandes ríos que traspasaban Mirlin). Eleth arriba, y a menos de un día caminando, se erguían las ruinas de la antigua Nínil, ya invadida por las enredaderas y la maleza.

Al amparo nocturno, los Hombres habían logrado cazar un venado, no muy grande, pero lo suficiente para alimentarlos un buen número de días. Los cóndores ya habían comido, y ahora los viajeros se disponían a hacerlo; pero Aminión, que era muy escrupulosa, se negaba a comer, pues nunca había acampado ni había comido carne sangrante o tripas.

-Será mejor que comas algo, mi niña de ojos azules -insistió Árcival mientras se llevaba un gran pedazo de carne a la boca.

-Si Aminión no desea comer, no le insista -dijo Dárlaran calmadamente.

Pero estas simples palabras ofendieron a Aminión de sobremanera. Sintió que no le importaba a Dárlaran, y se pudo a la defensiva. -Pues entonces no comeré -respondió la condesa, abrigada por el calor de la fogata, que lanzaba cenizas al aire.

Dárlaran siguió mirando la fogata, y se llevó otro pedazo de carne a la boca.

-Por lo menos discúlpate -dijo Aminión.

Pero Dárlaran simplemente se levantó y fue por unas mantas, ignorando a la joven.

-Insisto que debes comer -dijo Árcival.

-No si Dárlaran no pide disculpas -dijo la joven, consciente de que Dárlaran nada había dicho para ofenderla. Aún así tenía la necesidad de sentirse victoriosa.

-Eso está complicado -aseguró el gigante-. Dárlaran tiene mucho orgullo.

-Demasiado para ser un simple forjador de metal -dijo Aminión.

Entonces Árcival meneó la cabeza en señal de decepción y dijo: -En verdad crees que Dárlaran es...



-¡Árcival! -interrumpió Dárlaran, que ya había vuelto con dos mantas.

Así que el gigante calló.

Entonces Dárlaran se acercó a Aminión, se le sentó al lado, sobre la hierba fresca, le tendió sobre los hombros una manta y le preguntó: -¿Tienes hambre?

Aminión no supo qué decir, pues se sintió feliz por el tono de voz del Hombre, que era de cariño y preocupación, pero el orgullo no la dejaba expresarse. Además, dióse cuenta que Dárlaran estaba pendiente de ella, pues fue por una manta cuando ella estaba tiritando del frío.

-Puedo aguantar más, hasta que lleguemos a alguna ciudad y compremos víveres frescos -respondió.

-No lo hagas. Mejor come -le pidió Dárlaran mientras le pasaba un pedazo de carne.

-¿En verdad? -preguntó la condesa, que cada vez se le hacía más difícil disimular la alegría. Sus ojos, que parecían cristales reflejando el fuego de la fogata, se abrieron de felicidad al recibir el pedazo de carne, y una sonrisa se esbozó en sus labios. Aunque aún sentía asco por la comida, no podía olvidar el hambre. Además, se sentía apenada y agradecida con Dárlaran.

-No debes aguantar hambre. Sé que puede ser desagradable al principio, pero te acostumbrarás a la comida sin preparar -dijo el Duque.

Con estas palabras, Aminión pareció quitarse una enorme carga, pues sintió que todo estaba bien con Dárlaran. -Creo que te acusé injustamente -dijo la joven en una explosión de sinceridad.

Dárlaran sonrió y dijo: -Discúlpame si te ofendí. No fue mi intención.

-Lo sé -dijo ella. -¿Y es verdad que iremos a Acán? -preguntó mientras se acomodaba y se sentaba de lado sobre la hierba-. Quizás el oro que traigo me sirva -exclamó sin aire de humillación.

Así que Dárlaran sonrió. -Quizás -dijo.

Y la sonrisa fue devuelta por Aminión, que bajó la mirada tímida y sonrojada, aunque no se notó por la mimbrenia luz de la hoguera.

Entre sonidos y susurros nocturnos, al amparo del fuego y con los estómagos llenos, los Hombres se dedicaron a descansar. Muchos estaban ansiosos, pues si la leyenda y los cálculos del duque de Háreneth resultaban verídicos, ellos serían los únicos Hombres en ver seres de la Primera Raza. Según las leyendas e historias antiguas de Pacán, había tres razas aliadas contra el Sin Nombre. La primera había sido la raza de los Ángeles, la segunda la raza de los Dacones y la tercera la raza de los Hombres.

No todos durmieron, pues Dárlaran y Aminión, tendidos boca arriba y con la mirada fija en la bóveda de estrellas, hablaron por largo tiempo. Miraban los recortes de los altos ramajes aledaños en el cielo; y la Dama de la Noche, vestida de blanco, bañaba con su luz pálida los Bosques, que parecían encantados.

Aproximadamente a las tres de la mañana, Aminión se sentó rápidamente, pues aseguró que entre las sombras de los árboles había visto un pequeño ser luminoso, de alas de mariposa y del tamaño de una ardilla.

-Me tomarás por loca, pero te juro que vi un Hada -dijo la joven mientras echaba su cabello tras las orejas, y dejaba su bello rostro a la luz de la Dama.

-Te creo -respondió Dárlaran, hipnotizado con la belleza de su acompañante, que ahora se mostraba tierna y dulce.



-Te estás burlando de mí -dijo la joven con ternura, mientras daba un suave golpe al brazo de Dárlaran, que parecía contento y soltaba una sonrisa.

-No, en verdad creo que las Hadas existen, y más en estos Bosques. Te creo porque ya me topé con una, y no muy agradable-. Entonces Dárlaran empezó a contarle a Aminión sobre el Hada del Pantano. Ella escuchaba incrédula y maravillada el relato, pues cuando niña aseguraba que, cuando lloraba, dos Hadas de cabellos de oro y ojos azules entraban por la ventana y la consolaban, dejando caer un polvo de oro a su alrededor. Pero cuando amanecía, el mágico polvo desaparecía.

Así siguieron conversando hasta que, presas del cansancio, decidieron que ya era hora de dormir. Dárlaran estaba muy tentado a darle un beso a Aminión, pues miraba con deseo los dulces y suaves labios de la condesa; pero no se atrevió a dárselo por miedo a un rechazo y a una mala impresión. Así que solamente le dio un beso en la mejilla. Ella se extrañó, pero él aclaró: -Es una costumbre en Pacán saludarse y despedirse de beso en la mejilla de las mujeres.

Ella entendió, y se dispuso a dormir. -Hasta la mañana -dijo la joven, y cubrió los ojos con las largas y encrespadas pestañas.

Muy temprano, cuando apenas los Soles emergían del horizonte, ya casi todos estaban levantados. Sólo Dárlaran, Aminión y el gran Árcival dormían todavía. Pero Térail y Mérot los dejaron dormir, y en vez, decidieron descansar, pues sabían que el viaje había sido muy duro.

Mérot se dedicó a cuidar los cóndores con ayuda de Burén, y Térail, acompañado de los guardias del duque, miraba con detenimiento los mapas que el guía llevaba consigo.

Aminión despertó sólo hasta medio día. Intentó peinarse con la mano y se quitó las hojas que le habían quedado en el sedoso y negro cabello. -¿Estoy bien? -preguntó a Térail, mientras se sacudía el vestido, pues era vanidosa.

-Claro que sí, mi querida condesa -respondió el mercader, animado.

Entonces la joven despertó a Dárlaran y a Árcival, y llevando a los cóndores a rastras por entre los árboles río arriba, emprendieron camino hacia las ruinas de Nínil.

La marcha, a diferencia de lo pensado, fue muy amena. Los cóndores, que eran orgullosos y entendidos, andaban sin poner problemas, y siempre a mano izquierda susurraba el río Eleth, que se mostraba como una serpiente azul y brillante entre los ramajes y los mirtos. Varias eran las flores que se levantaban alegres alrededor del Eleth, y el aroma allí era fresco y tranquilo. De vez en cuando algún animal era visto, y con frecuencia, los viajeros encontraban y comían moras silvestres.

Durante casi toda la marcha, Aminión y Dárlaran conversaron de todo un poco. Ambos parecían más tranquilos y alegres, pues reían con frecuencia, y a menudo cantaban y bailaban entre los brezales y los rosales. Aunque la ansiedad era una constante, a Dárlaran ya no le importaba si encontraba o no a la reina Mírlloth, pues se sentía feliz con Aminión, y deseaba llevarla consigo a Háreneth.



Acamparon una segunda noche en los Bosques, a las afueras de las ruinas de Nínil, y así llegó el tan esperado 22 de abril del año 1277 de la llamada Era de las Luces. Las ruinas de la antigua ciudad eran a duras penas recuerdos de blancos pilares, arcos rectangulares y soberbias torres de guardia. Las ruinas mostraban pedazos de un muro de mármol blanco, que otrora había estado repleto de garitas y sofisticados mecanismos de defensa. Allí, la tecnología inspiró a Dárlaran, pues la mecánica utilizada era muy avanzada, incluso para los Ariánicos.

Varios simios y serpientes moraban las ruinas, y a menudo se escuchaban sobrevolar águilas por encima de los coloridos y frondosos ramajes. Y los canturreos de los petirrojos y los azulejos, acompañados por los susurros del río Eleth, eran como un arrullo para el mágico bosque.

La espera se prolongó cada vez más, y los deseos de ver por fin un Ángel se opacaban con el pasar de los minutos. Los viajeros estaban desde las cuatro de la mañana a las afueras del arruinado muro de Nínil, pues la ansiedad no los había dejado dormir. Permanecían bajo altos arcos dorados, al amparo de las sombras frescas y lejos del camino, pues por allí esperaban la llegada de Mírlloth.

-No vendrá -dijo Térail decepcionado, mientras miraba el vacío camino.

-Vendrá, estoy seguro -respondió Dárlaran, que parecía ser el más optimista.

A su lado, la joven miró el rostro cuadrado de Dárlaran, y preguntó: -¿Seguro que aparecerá por aquí?

-Estoy seguro -respondió el Hombre.

-Entonces vendrá -aseguró Aminión con ánimo, mientras se tendía de nuevo sobre la hierba y se recostaba contra el tronco de un enorme arce, sintiendo el olor de la madera fresca.

-No lo hará -afirmó Árcival, que permanecía acostado sobre la verde hierba, sintiendo el dulce viento a su alrededor.

-Sé que vendrá -insistió el duque, que no le quitaba la mirada al camino que se internaba en los árboles hacia el sur, y se perdía en un abrupto recodo tras los gruesos troncos.

Así, en medio de discusiones y desconciertos, el crepúsculo de nubes doradas invadió el cielo, alargando las sombras hacia el oriente y matando toda ilusión de ver a Mírlloth. Entonces, antes de que la oscuridad imperara, los Hombres, cabizbajos y decepcionados, empezaron a reunir sus pertenencias.

Pero Dárlaran se negaba a irse del sitio. -Sé que vendrá -insistió el Hombre.

-¡No lo hará! -exclamó Térail con furia, mientras se incorporaba y se dirigía a su cóndor, no muy lejos del lugar. Entonces miró al duque, que permanecía fiel a su creencia, y añadió calmado: -Lo siento, pero me ganó el desanimo. Sin embargo, se acabó. Dárlaran, no todas las leyendas son reales, y ésta parece ser una de esas.

Entonces Árcival se acercó al duque, lo ayudó a levantar y le dijo: -Vamos, Dárlaran, que debemos partir hacia Acán o armar un campamento antes de que la visibilidad sea nula.

Los expedicionarios, cabizbajos y pensativos, descendieron por una cuesta herbosa hacia la espesura del bosque, llevando los cóndores. Pero Burén, que llevaba el equipaje de la condesa, resbaló súbitamente y cayó de bruces al suelo. Dárlaran, que estaba cerca, le ayudó a levantarse, y miró asombrado el motivo de la caída: Escondido por la maleza del



suelo, un camino de piedra serpenteaba a la orilla de la cuesta, y se dirigía también a las ruinas de Nínil desde el sur.

Así que Dárlaran se percató de su error, y se dijo desconsolado y arregañadiente: -¿Cómo no pude pensar en esto?

-¿Qué sucede? -preguntó Aminión al oído del duque, que parecía aletargado.

-Pasaron por aquí, y nosotros los estuvimos esperando al otro lado de la pendiente -respondió Dárlaran.

-No es seguro que hayan pasado por aquí, Dárlaran -dijo Árcival.

-Además, no importa, al menos conocimos los Bosques de Mirlin -añadió Térail mientras miraba el entorno cada vez más oscuro.

Pero en ese momento fueron escuchados unos sonidos que provenían del costado izquierdo del camino escondido, como si alguien se abriera paso entre la maleza boscosa. Así que, de inmediato, los viajeros saltaron al lado de la senda y se escondieron tras los gruesos robles.

Dárlaran tomó a la condesa y la llevó consigo hacia el tronco, la abrazó y miró con cautela hacia el camino. Aminión, al amparo del cuerpo de Dárlaran, también lo hizo. Entonces la expectativa creció al ver que del camino llegaba una figura amparada por las sombras nocturnas; pero al cruzar por un rayo de luz que se colaba entre los ramajes, los viajeros vieron con decepción que sólo era un ciervo.

Y cuando iban a salir, fueron golpeados de nuevo por la ansiedad, pues vieron que tras el ciervo una luz blanca alargaba las sombras circundantes. Entonces volviéronse a esconder, y miraron con detenimiento la luz. Así, para sorpresa de todos, vieron al principio con deseo, y después con extrañeza, y después con horror, que no eran Ángeles lo que se acercaba por el camino escondido y deformado por la hierba.

23

Según las leyendas de Pacán, los Ángeles eran de cabellos negros y ojos verdes como las esmeraldas. En cambio, las leyendas Nocturnas aseguraban que los Ángeles tenían los ojos negros al igual que el cabello. Las leyendas sobre la Primera Raza de la Luz eran diversas; pero en todas los Ángeles aparecían con largas alas a sus espaldas.

Pero lo que los viajeros veían sobre la senda no eran Ángeles en absoluto; de hecho, bien sabían lo que eran. Dos Dacones de cabellos largos de plata, ojos azules y piel blanca caminaban con cautela por el camino, armados con arcos blancos. Vestían mantas blancas que parecían tener luminiscencia propia, y el característico sello de su casa lo cargaban en forma de pulseras de plata sobre sus muñecas. Hablaban en lenguas antiguas, inentendibles para los viajeros. Y de súbito, se detuvieron y se quedaron como piedras, no muy lejos de Dárlaran.

Entonces el duque cubrió a Aminión y se cubrió él de la luz blanca, intentándose fundir con las tinieblas del bosque. Pero de repente sintió que una luz blanca lo abrazaba por la espalda, pues vio su sombra alargada sobre el tronco, y escuchó que le hablaban en extrañas lenguas. Así que volteó a mirar, cubriendo siempre con su sombra a Aminión, y



se dio cuenta que era un Dacón que le ordenaba algo que no entendía, con el arco templado y la punta de la flecha casi sobre la frente.

-¡Un momento! -exclamó Dárlaran aterrado, mientras se levantaba lentamente con las manos arriba, y alejando la mirada del Dacón de la condesa. Y cuando el Hombre miró a su alrededor, vio con asombro que un destello blanco rodeaba el entorno boscoso y fresco, pues todos habían sido rodeados, y todos estaban frente a las flechas Daconas. Los dos Dacones del camino eran sólo un señuelo.

-¿Qué Demonios sucede? -preguntó Térail a Árcival.

-No sé, pero no me dejaré atrapar tan fácilmente -aseguró el gigante.

Pero antes de que Árcival cometiera un error, Dárlaran le gritó desde el otro lado del camino: -¡No haga algo estúpido! Que podemos pagar todos.

Entonces Le-Hir bajó la cabeza y asintió.

Los Dacones siguieron hablando en lenguas extrañas, hasta que momentos después de la captura, un rostro muy familiar y muy admirado por Dárlaran se presentó frente al duque, que de inmediato realizó una venia.

-¡Rey Ehirot, que gusto me da verlo! -exclamó Dárlaran con alegría.

Pero el rey Dacón permanecía serio y frío. Entonces, y para sorpresa y terror de Dárlaran, el rey tomó una flecha y la puso en su arco templado, apuntándola a la cabeza de Dárlaran, que permanecía hincado.

-Estas órdenes van más allá de mi deseo y mi sentimiento personal -dijo Ehirot con los ojos azules fijos en el duque.

Al escuchar tan lúgubres palabras, Dárlaran abrió los ojos mieles, aterrado, y dijo: -Por favor, no nos haga daño.

-El estar por este camino implica la pena de muerte, pues este camino es sagrado para los Dacones. De hecho, el entrar a los Bosques prohibidos de Mirlin ya es un delito para la ley Dacona -informó Ehirot-. ¿Acaso no entiende que no todas las leyendas son verdaderas? Esta leyenda ha sido cazada por años, pero nadie la ha comprobado. Olvídela -añadió.

Pero de repente, como si escuchara una voz en su cabeza, el rey Dacón desvió la atención de Dárlaran y la enfocó en el camino, oscurecido a distancia por los frondosos ramajes del rededor. Entonces bajó el arco y dijo a Dárlaran en tono de alivio: -Es afortunado, Dárlaran-. Entonces vio a Aminión, oculta por la sombra del tronco cercano. Y de repente se hincó hacia la oscuridad. Los Dacones restantes hicieron lo mismo, reverenciando a algo que aparentemente venía de la penumbra.

Dárlaran quedó petrificado por la extraña situación, y Aminión, que tenía lágrimas en sus ojos a causa del temor, se acercó y abrazó al Hombre. Entonces sucedió algo sorprendente: De entre la penumbra aparecieron dos figuras altas y elegantes, semejantes a las de dos enormes Hombres. Y a la luz emanada por los Dacones, los Humanos vieron que ambos seres, cubiertos con mantas verduscas con capotas, estaban armados con arcos compuestos muy grandes, como de dos metros cada uno. Se requería demasiada fuerza para templar un arco de tales magnitudes. Sus rostros no eran bien visibles bajo las capuchas y no tenían luminiscencia propia.

Tras los dos altos extraños aparecieron otros dos, y otros, vestidos de la misma forma, pero armados con espadas envainadas que colgaban en cintos de oro. Y tras los seis



guardias, y entre otros dos, el aparente dueño de la marcha se detuvo, y fijó los ojos en cada uno de los Humanos.

Grande fue la sorpresa y la maravilla que sintió Dárlaran cuando el hermoso ser, semejante a la más majestuosa de las apariciones, clavó sus ojos en su rostro. Bajo la capucha, el duque vio un rostro tan hermoso que en los lenguajes Dacones y Humanos no hay palabra suficiente para describirlo. Tenía los ojos verdes, esferados y brillantes como las hojas bajo el crepúsculo, y reflejaban la luz blanca emitida por los Dacones. Sus labios eran rosados y tersos, y su boca era pequeña y fina. Tenía la nariz pulida y la tez pálida y hermosa. Sus dientes eran muy blancos y esmaltados, y bajo la capota era visible un cabello liso y más negro que la noche.

La excesiva belleza pareció intimidar e inmovilizar a Dárlaran, que quedó petrificado y con los ojos fijos en el rostro. Pareció que en ese momento sólo la hermosura del ser existía, pues fueron olvidados los guardias, y los Dacones, y los frondosos árboles, y los sonidos nocturnos; absolutamente todo. La voluntad del duque de repente fue absorbida por las pupilas brillantes y verdes, y como si estuviera en un letargo profundo, hipnotizado y sin quitar la mirada, el Hombre se arrodilló y permaneció así varios segundos, como si le rezara a los mismísimos Espíritus.

Entonces escuchó una dulce e impecable voz en su cabeza, que decía: «El precio que te pido por verme, es el de tu silencio. Júrame por tu palabra, y por lo que más quieras, mi querido Dárlaran, que no dirás ni en tu lecho de muerte que me has encontrado aquí. Te es permitido decir que viste una aparición, mas no te es permitido que digas dónde la viste. Si no me prometes, o lo incumples, me veré obligada a hacerte olvidar lo que aquí sucedió, y despertarás como si nada hubiera pasado, y como si esto hubiera sido un simple sueño. Tienes lo que muchos anhelaron por siglos, pero este momento sólo lo podrás lucir con los que están aquí contigo, así que será una gloria que tendrás que saborear en silencio. Entonces, ¿qué me dices?».

-«Juro por lo más sagrado, y te doy mi palabra, que jamás hablaré con nadie que no esté aquí sobre este lugar. Diré que esto no fue más que una aparición, y ni por tortura revelaré este sitio» -pensó Dárlaran, respondiéndole a la voz y con los ojos aún fijos en el rostro venal y sonriente bajo la capota.

Entonces la voz en la cabeza de Dárlaran volvió a escucharse: -«Tampoco te queda permitido volver a los Bosques de Mirlin los 22 de abril, pues alguien podría seguirte. También te pido, duque de Háreneth, que ayudes a los más desdichados, sin importar su bandera, pues muchos dependerán de tu poder; ese es mi deseo».

-«Y lo cumpliré con gusto, si ése es tu deseo» -respondió Dárlaran en el pensamiento.

Sólo entonces pareció que el encantamiento dejaba libre al duque, que por fin pudo bajar la mirada al suelo, y la volvió a levantar para ver a la beldad; pero vio con y sorpresa que la aparición parecía haberse desvanecido, pues había desaparecido en sólo segundos, dejando a los Dacones hincados y con la cabeza agachada en señal de respeto.

-¿También la escuchaste? -preguntó Aminión, que parecía volver de un trance-. Dime que sí, porque si no, me tomarás como una loca -añadió mirándolo fijamente.

-También la escuché -respondió Dárlaran, todavía atónito por lo ocurrido.

En ese momento se acercó el rey Ehirot, y ayudando a levantar al duque, dijo: -Espero que no me guarde rencor por lo ocurrido; pero soy yo el encargado de despejar el camino escondido, y mi deber está por encima de todo.



-Puede estar tranquilo, majestad, que por el contrario me siento halagado por su alta estima -respondió Dárlaran.

Esa noche, bajo la Dama y sus hijas, y amparados por los ramajes de los Bosques, los Dacones y los Hombres comieron y se divertieron. Los Albinos les enseñaron canciones de antaño a los Humanos, mientras estos últimos les hablaban de la magnificencia del Mar de las Deidades y de los reinos de Pacán. Los Dacones adoraban los mares, pero les temían. Así pasaron la noche, avivados y maravillados por la aparición de los seres de la Primera Raza de la Luz.

Y cuando el amanecer estaba próximo, y los Humanos todavía dormían, los Dacones se escurrieron por entre las sombras y se alejaron, pues el deber de Ehirot era el de servir como escolta y rastreador de la reina Mírlloth. Así que, cuando los viajeros despertaron de su noche encantada, ya ningún Albino estaba en el campamento, y de ellos sólo quedaban algunas enseñanzas y el grato y majestuoso recuerdo.

24

Ya recuperados del mágico sopor, y después de mediodía, los viajeros, animados y cantando alegres, retornaron vuelo, ahora hacia el oriente, hacia la Llanura de Loth. Con la adrenalina de nuevo a flor de piel, los expedicionarios cruzaron los enigmáticos Bosques de Mirlin, y entre nubes blancas divisaron la verde planicie.

-¡Todavía no puedo creer que hayamos visto a un Ángel! -dijo la condesa animada y feliz, mientras volaba al lado de Dárlaran.

-Yo tampoco. ¿No comimos de casualidad algún hongo alucinógeno? -preguntó Térail con sátira.

Entonces todos rieron.

-No, en verdad vimos a la Dama Mírlloth -respondió Dárlaran.

-Pero el precio es alto, pues nadie puede saber que la vimos, ni siquiera nuestras familias; y hasta donde yo sé, todo hicimos el juramento -dijo Mérot, que buscaba un sitio en particular sobre la fértil llanura.

-¿Falta mucho para llegar a Acán? -preguntó Aminión a gritos, ya que el viento pasajero no dejaba escuchar con claridad-, pues no es por preocuparlos, pero está anocheciendo y no deseo volar a ciegas -añadió con los cabellos negros sobre su rostro blanco y fino.

-Estamos a sólo minutos de la ciudad Ariánica de Acán -respondió el guía Nocturno.

Efectivamente así era. Minutos después, bajo la luz del crepúsculo, los viajeros vieron una gran ciudad iluminada con fuegos rojos y amarillos, que parecía una laguna circular de oro fundido sobre la llanura verde y floreada. Mucho movimiento se divisaba a medida que los expedicionarios descendían. Y cuando ya estuvieron surcando los hermosos edificios de la ciudad, se dieron cuenta de su magnificencia: Las soberbias edificaciones, muchas de ellas en forma de pirámides, eran enormes y ostentosas. Las torres, de pináculos cónicos y piramidales, se erguían orgullosas y estridentes hacia el cielo ennegrecido y repleto de estrellas. La gran mayoría de las casas tenían los techos planos y adornados con labrados parapetos, y las paredes de los palacios, de columnas con basas finas, estaban adornados con relieves majestuosos que recordaban tiempos de otrora. Los caminos, bordeados por pilares, eran de losas blancas, y fortificados y opulentos puentes pasaban sobre las varias quebradas que atravesaban la ciudad.



Un gran movimiento dominaba el centro de la ciudad, que, construido sobre una pequeña elevación, aguantaba los majestuosos palacios Ariánicos. Allí vivían los mercaderes exitosos, los grandes ingenieros, los doctos en armas y políticas, los brillantes filósofos y matemáticos, los médicos y los grandes historiadores. Alrededor de la cuesta vivía la clase media, como por ejemplo los artesanos y los comerciantes, entre otros. Las casas eran grandes y casi todas tenían dos o tres pisos. Y fuera de los fortificados muros de mármol y granito estaban los interminables cultivos, y la llanura se salpicaba de rutilantes luces que emitían las casas más humildes; aunque en Acán la pobreza era una palabra que no se conocía, pues el comercio allí era fuerte, y los campos eran sembrados con alegría y a voluntad personal.

Los cóndores descendieron en un gran puerto aéreo hecho de piedra blanca sobre el centro de la ciudad, y caminaron con los animales por entre las hermosas y anchas calles, bordeadas de casas suntuosas y grandes. Eran Mérot y Aminión los que recibían las miradas curiosas de los habitantes de Acán, pues era extraño que un Nocturno anduviera por allí.

Después de caminar algunas cuadras, los viajeros, con las vestimentas maltratadas por los dos días en los bosques, llegaron a un ostentoso y enorme palacio de oro y plata, y mármol y marfil. El techo triangular estaba hecho enteramente de tejas blancas, y las paredes, adornadas con relieves, eran claras y gruesas. En el portón de lujoso dintel permanecían dos guardias de capas verdes y armaduras doradas y lustrosas. Allí, y para sorpresa de Aminión, se detuvieron.

-Árcival, adelántese por favor y dígame al marqués Arbos que Dárlaran, «el herrero del duque de Háreneth», está aquí -pidió el Hombre.

Al escuchar esto, Le-Hir sonrió y asintió. -Nos vemos adentro -dijo. Entonces se dirigió a los guardias y habló con ellos.

-No nos dejarán pasar -aseguró la joven mientras miraba a Árcival y a los guardias-. Mucho menos si Arbos es un marqués -añadió meciéndose el cabello e intentándose arreglar.

-Ya te dije, condesa, que las noblezas Ariánicas y Nocturnas son muy distintas -aseguró Dárlaran con extraño tono.

En ese momento, y para sorpresa e incredulidad de Aminión, los dos guardias se inclinaron hacia Árcival y lo dejaron entrar.

-¡Ah!, y deberías saber que los títulos nobles Ariánicos se obtienen y se respetan por lo hecho, no por el linaje.

-¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Soy una condesa, y eso es verídico -respondió Aminión, de nuevo arrogante.

-Lo que quiero decir, condesa, es que desde este momento... -entonces las puertas se abrieron, y un Hombre joven de cabellos rubios y ojos cafés salió del palacio y miró a Dárlaran. Entonces sonrió al verlo, y se acercó con los brazos abiertos.

-¡Amigo Dárlaran, hace mucho que no nos veíamos! -xclamó Arbos, alegre y animado.

-... desde este momento, tu título de condesa no vale absolutamente nada -terminó la frase Dárlaran que, animado, se apresuró a abrazar al marqués.

Todo esto era confuso para Aminión. ¿Por qué un marqués se pondría tan feliz al ver a un herrero? En verdad era confuso.



-¡Vamos, entren, no se queden ahí! -pidió Arbos, que tenía un excelente carisma y no dejaba de sonreír.

La opulencia del palacio del marqués era enorme: Amplios salones iluminados con lámparas de cristal, comedores extensos de mármol y cedro rojizo, habitaciones con camas suntuosas y voluptuosas, cortinas de las más finas sedas, y mucho más.

Apenas recorrieron el palacio, Arbos se dispuso a conocer a los acompañantes de Dárlaran, y de ellos, quien más llamó la atención del marqués fue la bella Aminión.

-¿Y quién es la hermosa joven, Dárlaran? -preguntó Arbos.

-Ella es Aminión -respondió el Hombre.

-Condesa de Heid -añadió ella, altiva y orgullosa.

-Una condesa Nocturna. ¡Qué interesante! -exclamó Arbos con sinceridad.

Pero Dárlaran la miró con fuego en los ojos, se sobó la cabeza y calló.

-Gracias -respondió Aminión, que por fin sintió que podía desenvolverse sin problemas, pues ahora hablaba con un noble.

-Y dime, ¿a qué te dedicas? -preguntó el marqués.

Entonces Dárlaran sonrió con malicia.

Sin embargo, Aminión también sonrió, y respondió con gallardía y seguridad: -Soy escritora.

La respuesta hizo que Dárlaran quitara la sonrisa de su boca y abriera sus ojos, sorprendido.

-¿Escritora? ¿Y de qué género? -preguntó Arbos con interés.

-Novelas -respondió Aminión mientras miraba de reojo Dárlaran, que permanecía en silencio.

-¿Y tienes algún escrito a la mano?

Entonces Dárlaran volvió a sonreír.

Pero Aminión también sonrió, y pidió a Burén que le trajera su bolsa. Y de allí sacó un libro de pasta negra de cuero con adornos tribales repujados, y se lo entregó al marqués.

-Es la única copia que tengo, y por lo mismo, te pido que la cuides -dijo la condesa con tono triunfante, pues sabía que por fin le había ganado a Dárlaran.

-La leeré con detenimiento. Gracias, condesa -aseguró Arbos, que siguió conociendo a los viajeros.

-Ya lo conozco, Árcival, y a Térail, de Hil-Déreneth, y a Burén, también de Háreneth. Pero no conozco a los soldados rasos ni al guía Nocturno. ¿Cómo se llaman?

Después de los formalismos, los viajeros se bañaron con agua caliente en tinas y se arreglaron, pues Arbos les dijo que les presentaría a la marquesa, su esposa, y a algunos nobles de Acán que llegarían en unas cuantas horas.

-Ustedes saben, cuestiones de negocios -dijo el marqués.

Entonces Aminión, orgullosa de sí misma, se esmeró en arreglarse. Se delineó de negro los ojos, se pintó la pequeña boca de rojo y, como era costumbre en las nobles de Arys, se pintó una estrella en la frente. También se vistió con seda negra, con la espalda destapada, y se puso tacones altos y una tiara de plata sobre la cabeza.

Cuando llegaron los invitados, fue enorme la sorpresa de los viajeros al ver a la marquesa, y a causa del estupor, poco interés pusieron en los demás nobles. El rostro era conocido en todo el mundo a causa de pinturas y estampados, incluso más allá del Mar de las



Deidades y del Mar Mítico, pues era ella la Mujer más hermosa del mundo para ese momento.

Para hallar la Mujer más bella de entre todos los reinos, se organizaba cada tres años un concurso en el reino Dacón de Mararh, en donde asistían las más hermosas Mujeres; una representante de cada reino Humano. Eran los Dacones más longevos quienes elegían a la Mujer más hermosa, y sólo hacía un año, era Líndel, la hermosa marquesa y esposa de Arbos, quien había ganado ese título.

Pocas Mujeres igualaban la belleza de Líndel, pues tenía una belleza innecesaria de maquillaje. Tenía la tez muy fina. Sus ojos almendrados y muy grandes eran mieles, casi amarillos, bordeados de un cristalino muy blanco, y tenía largas pestañas negras y gruesas. Su nariz era pulida, su sonrisa muy blanca y su cabello era castaño, claro, largo y brillante. Tenía un cuerpo voluptuoso, una cintura muy delgada y unas piernas largas y esbeltas. Estaba vestida con sedas azules en pliegues, con incrustaciones de diamantes y con encajes de hilos de oro. Sobre sus párpados y sus labios carnosos reposaba una suave pintura rosada, y sobre su cabeza descansaba una corona de flores de dulces aromas y brillantes colores. Bajo sus finos cabellos pendían de sus orejas dos aretes en forma de grandes círculos de plata, y sus uñas estaban esmaltadas.

-No sabía que teníamos invitados -dijo la hermosa Líndel, que miró con detenimiento a los viajeros.

-Les presento a Líndel, mi esposa -dijo Arbos a los viajeros.

Entonces todos realizaron una venia; pero Aminión, que al principio sintió admiración por la belleza de la marquesa, después sintióse celosa al ver a Dárlaran, que estupefacto, miraba con maravilla y detenimiento a la bella Mujer. Mas Aminión no era la única que se sentía extraña por la belleza de Líndel, pues las dos Mujeres nobles que seguían a la marquesa también la miraban de reojo y con envidia.

-Es un placer, y sepan que son bienvenidos a Acán -aseguró la marquesa con tono agradable.

-El placer es nuestro, marquesa -respondió Dárlaran mientras realizaba una venia.

Después de ser presentados los viajeros con los nobles Ariánicos, todos se sentaron a conversar animadamente. A Aminión le parecía extraña la forma de comportarse de los nobles, pues eran alegres y se reían constantemente, como si se conocieran de mucho tiempo atrás. Además, y para desconsuelo de la condesa, Líndel parecía ser más hermosa cuando hablaba, pues tenía un carisma que encantaba como un hechizo. Y por eso, Aminión se sintió intimidada, pues creía que Dárlaran se fijaba mucho en ella y le prestaba mucha atención.

Aminión poco hablaba, y se sentía incómoda con la animada conversación. Dárlaran, a su lado, intentaba animarla con chistes y agasajos, pero ella se mostraba introvertida y callada. Sólo contestaba lo necesario y sonreía de vez en cuando con alguna gracia, pero nada más.

Después de algunas horas de fluida conversación, Arbos mandó a algunos criados a enseñarles los aposentos a los invitados. Cada viajero tenía una alcoba grande para sí



mismo, con una cómoda cama y dos mesas de noche. Además, cada cuarto tenía un tocador de marfil con un gran espejo.

-Serán mis invitados hasta que lea por completo la novela de la condesa de Heid, y sólo hasta entonces los dejaré marchar -informó Arbos con su ánimo característico.

Entonces Aminión, roída por las dudas y los celos, decidió pedir a uno de los criados un ajedrez, y mandar a llamar a Dárlaran; y así se hizo. Cuando Dárlaran llegó al cuarto de la joven, extrañado por el inusual llamado, encontró a Aminión sentada frente a un tablero de ajedrez, organizando las fichas.

-Tenemos un juego pendiente -dijo Aminión sin mirar el rostro del Hombre.

-¿Ahora? -preguntó Dárlaran.

Entonces Aminión lo miró con furia, y musitó: -¡Ahora!

Al escucharla, Dárlaran diose cuenta de los celos de Aminión, y sonrió. -Está bien; pero volveremos a apostar.

Y fue esta vez la condesa quien rió con sardonía. -¿Y qué apostaremos? ¿Oro? -preguntó irónicamente.

Entonces Dárlaran vio la tiara de la joven de ojos azules, y dijo: -Quiero esa tiara. ¿Es de plata?

-¡Claro que es de plata! -exclamó Aminión-. En cambio, quiero lo que perdí en Derys.

-¿Cuánto fue? ¿Diez o veinte monedas? -preguntó Dárlaran con sarcasmo, mientras se sentaba y miraba con detenimiento a la joven.

Pero ella bajó la mirada, se destapó el rostro echándose atrás el cabello negro, y dijo: -Entonces apostemos treinta monedas, tres Escudos, lo que vale esta tiara.

Y con estas condiciones empezaron a jugar. Aminión, ya prevenida del buen juego del Hombre, planeó sus movimientos con detenimiento y logró bellas jugadas. Pero fue el Hombre quien ganó. Y con desgana y frialdad, la joven le entregó la tiara.

-¿Ya me puedo ir? -preguntó Dárlaran con calma, lo que irritó a Aminión, pues era como si a Dárlaran no le importara la tiara.

-¡Todavía no! -dijo la joven airada.

-¿Y ahora qué apostaremos? -preguntó el Hombre mientras se acomodaba en la mesa, tranquilo.

-¿Qué deseas? preguntó Aminión.

-No quiero oro -respondió Dárlaran con seriedad.

Entonces Aminión rió de nuevo con sarcasmo. -¡Ah, no! ¿Desde cuándo a un herrero le sobra el oro? Entonces, ¿qué quieres? -preguntó.

Dárlaran permaneció pensativo y con la mirada fija en el rostro pálido de la joven, hasta que finalmente respondió: -Quiero el primer escrito que tengas.

-¿Estás loco? -preguntó Aminión.

Entonces Dárlaran se levantó de la mesa y dijo: -Sé que lo debes haber traído, pues un escritor atesora su obra. Sé que no lo dejaste en Heid. De lo contrario, me iré a dormir.

-Está bien, igual no perderé -se apresuró a decir la joven-. Pero a cambio -entonces hubo un silencio pensativo, hasta que finalmente tomó valor y prosiguió: -Deseo que no me lleves contigo a Pacán, y me dejes quedar en Yavín, al norte de Félgor. Allí tengo un familiar que cuidará de mí.

Tal petición hizo que los ojos mieles de Dárlaran refulgieran. El Hombre apretó los dientes, airado, y dijo con furia, pero en tono bajo: -Con que ése era tu plan- pero se calmó, y añadió más sereno; pero si eso es lo que deseas, que así sea. Si pierdo te irás



con tu familiar a Yavín-. Entonces Dárlaran sacó un pequeño cofre y lo puso sobre la mesa, despertando la curiosidad de Aminión, y se dispuso a jugar.

Ese partido de ajedrez estuvo aún más reñido que el anterior, pues ambos en verdad deseaban ganar. Pero era Dárlaran esta vez el que atacaba, y en su juego se veía la furia causada por la petición de Aminión.

—«¿Qué se cree esta niñita mimada?! ¿Que me debe la vida y que se la voy a cobrar?!» -pensaba el Hombre, indignado y airado.

Y finalmente fue tan intenso el ataque, que la condesa se asustó, y perdió contundentemente.

-Espero el escrito en mi cuarto mañana por la mañana -dijo Dárlaran, claramente molesto.

-Puedo dártelo de una vez -aseguró la condesa. Pero la ira en el rostro del Duque fue tal, que ella calló de inmediato.

-Mejor mañana por la mañana, por favor -insistió Dárlaran, intentando disimular su disgusto.

-¿Y ahora qué apostaremos? -preguntó Aminión en tono conciliador, pues sabía bien que su petición había tocado una fibra delicada del Hombre.

-¿Qué deseas? -preguntó el duque.

-Lo que hay en el cofre -aseguró Aminión.

Entonces Dárlaran sonrió. -No sabes qué hay allí -dijo el Hombre.

-No importa, me arriesgaré -respondió la joven también sonriendo, pues se sintió feliz al ver la sonrisa de Dárlaran, ya que la tomó como un perdón-. ¿Y tú, qué deseas? -añadió.

Dárlaran quedó pensativo por unos momentos, y miró los labios rosados de Aminión, y después la miró a los ojos, y dijo: -Quiero un beso tuyo.

Al escuchar la petición, la joven quedó muda, y varios pensamientos contradictorios le vinieron a la cabeza. Ella en verdad deseaba un beso suyo, e incluso deseaba dejarse ganar; pero, por otra parte, ¿cómo una condesa podía involucrarse con un simple herrero?

-¡Eso es imposible! -exclamó finalmente.

-Entonces hasta mañana -se despidió Dárlaran mientras se levantaba de la silla y tomaba el cofre.

Pero Aminión, llevada por un extraño furor, más fuerte que su inquebrantable arrogancia, lo tomó de la manga de la camisa, y dijo: -Espera un momento, por favor. Es que lo que me pides no es fácil de dar.

-¿Acaso piensas perder? -preguntó el Hombre, intentando picar de nuevo el orgullo de la joven mientras dejaba el cofre de nuevo en la mesa con lentitud.

Y lo logró, pues Aminión lo soltó y dijo: -Pues juguemos entonces.

25

La condesa era esta vez quien atacaba, pues estaba impulsada por la altivez y deseaba con fervor ganar esa partida. En cambio, Dárlaran, aunque pensativo, parecía no estar concentrado, pues fue él quien perdió finalmente. Entonces Aminión púsose furiosa, pues supo que Dárlaran se había dejado ganar. Además, en el fondo deseaba darle un beso.

Así que dijo airada mientras se levantaba de la silla: -¡No estoy de acuerdo con esta victoria! ¡Te dejaste ganar, y para mí eso no es ganar! ¿Por qué no jugaste como los dos partidos anteriores?



Pero Dárlaran nada respondió a esa pregunta. En vez, se levantó lentamente de la silla, la miró con detenimiento y se dio media vuelta.

—No estoy dispuesta a aceptar este premio, así como así -añadió la joven mientras tomaba el cofre y se lo tendía.

Pero Dárlaran no lo recibió, y volteándose para verla de nuevo, dijo: -Ese cofre no era para apostar, era un regalo para ti; pero fuiste tú quien insistió en apostar. Si no lo tomas como un premio, tómallo como un regalo.

Estas palabras dejaron muda a Aminión, que miró con detenimiento el rostro de Dárlaran. Entonces Dárlaran se volteó, pero antes de salir del cuarto, bajo el umbral de la puerta y sin mirarla, añadió: -Y si quieres ir a Yavín, no te lo impediré. Yavín está en dirección a Hil-Dendel, y, aunque no me gustaría que fueras allí porque las bandas de Nomos abundan, si es lo que quieres yo mismo te acompañaré hasta donde tu familiar -entonces vino el veneno-; «pues veo que no eres capaz de imaginar una vida humilde pero tranquila, y sólo el título y la opulencia te interesan».

-Eso no es verdad -increpó la joven.

Pero Dárlaran prosiguió. —Sin embargo, debes saber que, si estalla la tan esperada guerra contra los Nomos, Yavín y esos reinos cercanos serán los primeros en sentirla. Y en ese momento preferirás haber vivido en Pacán, tranquila pero pobre, en vez de haber sufrido en Yavín los horrores de la guerra, y te acordarás de mí y de lo que me pediste, y de lo que ahora te concedo -aseguró en duque que, sin más, se retiró a sus aposentos.

Entonces Aminión abrió el cofre y vio la hermosa pulsera de plata que allí se encontraba, y sin dudar, y en medio de la desilusión, se la puso.

Grande fue la desdicha y la congoja que sintió la condesa esa noche, acostada entre velos dorados y cómodos cojines vinotintos. Las palabras de Dárlaran le quedaron retumbando en la cabeza como un alma en pena. Por lo mismo, poco fue el sueño que pudo conciliar esa noche.

Sin embargo, los siguientes tres días fueron alegres para Aminión, pues, aunque era obvio que Dárlaran miraba con maravilla a la hermosa Líndel, ahora poca atención le prestaba. En vez, conversaba con ella constantemente, y reían mucho, pues Dárlaran tenía buen sentido del humor. Caminaban por las amplias y enlosadas calles de Acán, e iban a los parques y a los mercados.

Y el duque, que ya había empezado a leer la primera novela de Aminión, sólo hablaba con Líndel lo necesario, pues la respetaba, ya que era la esposa de su amigo Arbos. Sin embargo, cuando Dárlaran hablaba con la marquesa se divertía mucho, pues Líndel era mimosa, dulce y muy alegre, y sabía mantener una conversación por horas. Además, casi siempre el duque estaba con Aminión, y pronto la condesa y la marquesa se volvieron muy buenas amigas y confidentes.

Pero la desgracia llegó el cuarto día de estadía en Acán, vestida con belleza, como el Demonio la prefiere. Poco después del crepúsculo, dos Mujeres llegaron a las puertas de la Mansión de Arbos. Su proveniencia es en verdad un misterio, pues algunos especularon tiempo después que eran Vampiresas, de pieles del color del hueso, gráciles ademanes y belleza envidiable; pero ellas se hicieron pasar como Nocturnas del Reino de las Cavernas, y dijeron que tenían nuevas noticias de la Triada. Así que las hicieron pasar de inmediato.



Arbos, con su humor característico, las atendió con ánimo y cortesía, y las invitó a quedarse en la mansión, ya que el viaje que habían hecho era largo y tedioso. Sin embargo, ellas se negaron, y pidieron hablar con Líndel. Al marqués parecióle extraño, mas nada dijo.

Por otra parte, cuando llegaron las extrañas invitadas, Dárlaran y Aminión, como era ya costumbre, conversaban en una antesala en el segundo piso.

-Dime en verdad qué opinas de la Triada -pidió Aminión mientras se acomodaba en el voluptuoso sillón.

-Creo que es un buen movimiento contra las amenazas Nómicas -aseguró Dárlaran, que miraba desde el ventanal de la antesala el extraño carruaje que había llegado a la mansión. El carro era negro y de cortinas rojas como la sangre, y estaba tirado por cuatro corceles negros que parecían inquietos y asustados. -Me pregunto quiénes serán esas dos Mujeres.

-Amigas de Líndel, creo -respondió Aminión.

-Deben serlo.

-¿Y son bonitas? -preguntó la joven.

Entonces Dárlaran se volteó, sonrió y respondió: -Sí, son muy hermosas-. Pero se quedó callado un momento, hasta que añadió: -Pero tú me pareces más hermosa.

Tales palabras endulzaron a la joven, que sonrió y bajo la cabeza, cubriendo su rostro entre los cabellos negros y lustrosos. -No es cierto -dijo tímidamente.

-Ven conmigo a Hil-Dendel, a Háreneth -pidió Dárlaran acercándose a la joven.

Aminión subió entonces la cabeza, sorprendida. -¿En verdad? -preguntó.

-Ven conmigo, por favor -insistió el Hombre con la mirada miel sobre el rostro pálido de la joven.

Y en ese momento pareció flaquear y resquebrajarse el orgullo y la arrogancia de Aminión, que, ensimismada por un momento, olvidó finalmente los problemas de ir a Háreneth, y respondió: -Está bien, Dárlaran, iré contigo a Háreneth.

Entonces Dárlaran, que esperaba una negativa rotunda, no pudo disimular la alegría, y, llevado por un furor misterioso, se acercó con presura al rostro de la joven hasta besarla con alegría y pasión. Aminión, que se sintió sorprendida, no pudo hacer nada por rechazarlo, y en vez, cerró los ojos azules y se dejó llevar por la dulce sensación.

Pero toda la mansión pareció enmudecer al escuchar el grito de horror de una de las doncellas de Líndel. El grito resonó en espantosos ecos hasta llegar a los oídos de la pareja, que quedó estupefacta. Segundos después, se escuchó una orden con voz poderosa e iracunda.

-¡Quiero a esas malditas muertas! -gritó Arbos con furia.

26

Térail abrió una de las puertas de la antesala, con el rostro pálido de la sorpresa y del temor, y con la respiración acelerada.

-¿Qué Demonios pasó? -preguntó el mercader de Hil-Déreneth.

-No tenemos idea -respondió Dárlaran, todavía pasmado.

Pero Árcival llegó por la puerta de la sala, apresurado y con la armadura puesta, y dijo con pasmo: -Atacaron a Líndel.

Al escuchar estas palabras, todos quedaron aún más aterrados.



-¡¿Qué?! -exclamó Aminión esperando una retractación del soldado.
-Las dos Mujeres que llegaron... debemos apresarlas antes que se escapen de la mansión
-aseguró Árcival, que poco a poco iba cambiando su rostro de temor a furia, pues él también quería de sobremanera a la marquesa.
-¿Todavía están en la mansión? -preguntó Térail.
-Yo estaba en la entrada principal, así que, si no escaparon a los jardines traseros, están en la mansión -aseguró el gigante de cabello castaño.
-Entonces busquemos y apresemos a esas desgraciadas -dijo Dárlaran finalmente.
Y después de dicho esto, los cuatro bajaron por las escaleras tapizadas hacia el salón principal, donde Árcival había visto entrar a Lín del con las dos Mujeres.

Por toda la mansión corrían guardias de verdes capas, doradas armaduras y yelmos de cimera alta; y varios criados, incrédulos y atónitos, se apresuraban a atender a la marquesa. Lín del yacía tendida sobre el suelo en los brazos de Arbos. Parecía dormida, y así lo creerían los invitados si no fuera visible la sangre al costado derecho de su vientre. El rojo líquido manchaba el vestido dorado de la hermosa joven.

Y poco después, fue el moreno Burén quien llegó a la sala, y apresurado dijo: -¡Las encontraron!

Entonces Arbos se levantó dejando a su amada al cuidado de dos doncellas, y siguiendo al moreno, fue al otro extremo de la mansión, atravesando pasillos y salones. Tras él, Dárlaran, Aminión, Árcival, Burén Térail y dos guardias.

Finalmente llegaron a un pequeño cuarto en el primer piso, y allí cinco guardias habían rodeado a las dos Mujeres. Según las leyendas, si hubieran sido Vampiresas, como muchos aseguran, podrían haber desaparecido como niebla o sombras; pero no lo hicieron. En vez, una de ellas sostenía temblorosa la daga con la que habían apuñalado a la marquesa.

-En verdad no creerán que hicimos esto solas, ¿o sí? -preguntó una de la Mujeres de cabellos negros con sarcasmo.

Y estas palabras entraron a lo oídos de Arbos como veneno. -Así que hubo una conspiración -aseguró con los ojos refulgentes.

La otra Mujer, que tenía la daga, asintió. -Y no fue la nobleza Nocturna, fue la misma nobleza Ariánica -añadió.

-Además, más de una Mujer nos agradecerá -dijo la otra.

Entonces Arbos no pudo aguantar la ira, y con la sangre ardiente, ordenó a sus soldados:

-¡Maten a esa maldita!

-¡Espere! -exclamó Dárlaran.

Pero nada se pudo hacer, pues los soldados amaban a Lín del y querían venganza. Por eso se encarnizaron blandiendo sus espadas contra la Mujer que sostenía la daga.

Entonces la otra Mujer, aterrada por la furia de los guardias, se arrodilló y pidió clemencia mientras lloraba. -¡Por favor, le diré quiénes fueron los causantes de este acto! -dijo sollozando.

Pero Arbos, que parecía haberse convertido en una bestia, no prestó oídos a las peticiones, y dejó que los soldados también se ensañaran con el cuerpo de la segunda Mujer, que tenía el rostro pálido y enjugado de sudor a causa del miedo. Ni Árcival podría haber detenido la ira de los soldados de capas verdes.



Entonces Arbos, llevado todavía por la furia, dijo: -Quiero que cierren las puertas de la mansión, pues de aquí nadie saldrá, y quiero que encierren a todas las Mujeres de la Mansión en un solo cuarto.

Y así se hizo.

Y, en medio de la algarabía y la confusión, Aminión fue separada de Dárlaran y fue llevada por dos soldados al salón principal. Por más que la condesa gritó, y por más que Dárlaran intentó liberarla, nada se pudo hacer para evitar que la encerraran en el salón.

Así que Dárlaran buscó a Arbos con presura y furia, acompañado de Térail, pues Burén y Árcival estaban cuidando las salidas de la mansión. Lo encontró sentado sobre la cabecera del comedor principal, que era largo y de madera de cedro rojizo. Tenía las manos sobre la cabeza en señal de preocupación.

-¡Exijo que libere a Aminión! -dijo Dárlaran furioso.

Pero en vez de recibir una disculpa, el marqués, para sorpresa del duque, contestó: -Ordené que todas las Mujeres fueran llevadas al salón, y Aminión está incluida.

-No estará pensando que...

Pero Dárlaran fue interrumpido por Arbos, que seguía iracundo. -Usted y sus acompañantes llegaron hace sólo cuatro días, y ahora mi amor es atendido por un médico en el cuarto principal. ¡¿Qué quiere que piense?! -gritó histérico-. Además, por raza, Aminión es la más cercana a esas malditas asesinas. ¿Cómo sé si ella no era una espía que venía a conocer el terreno antes del asesinato?

Las palabras dejaron atónito y pasmado a Dárlaran, que permanecía incrédulo por la locura del marqués.

Bien, por otro lado, Aminión esperaba sentada y en silencio en el salón principal, repleto de sillones ostentosos y lámparas colgantes de vidrio pulido. Permanecía cabizbaja y asustada, mientras a su alrededor, el temor empezaba a hacer de las suyas.

-Si una cae, todas caemos -dijo una de las criadas.

-Pero nadie dirá nada -añadió la cocinera a modo de orden. Entonces miró a la condesa de ojos azules, y preguntó: -¿Entendido?

Pero Aminión no respondió.

-¿Qué harán con nosotras? -preguntó una de las doncellas.

-¿Y qué sucede si sobrevive? -preguntó otra doncella.

-Sería una catástrofe -respondió la cocinera que, a leguas, disimulaba la envidia que le tenía a la marquesa.

Entonces Aminión, que era altiva, dijo: -Así que fue la envidia el motivo de esta ridícula conspiración. Odiaban a Líndel por ser más hermosa que ustedes.

-No sabes cómo es vivir a la sombra de una Mujer más hermosa y carismática que el resto. No sabes qué es escuchar la inmensidad de halagos de los cientos de Hombres y saber que no son para ti, que a ti no te está dirigida ni una sola mirada -respondió una de las criadas con furia.

-¿Cómo pueden tener pensamientos tan ridículos? -preguntó una de las doncellas.

-¿Acaso la vanidad les pudo más que la razón? -preguntó la otra doncella de Líndel, mostrando así su inocencia.

-La vanidad es la característica del género femenino; y el verse opacada por la belleza de otra es impensable -respondió otra de las doncellas de la marquesa.



-Esto no es sólo por nosotras, y lo saben -insistió la cocinera-. Arbos tiene enemigos muy poderosos. Nosotros sólo somos mensajeras.

-Pues entonces delataré a los nobles culpables si eso me salva la vida -dijo otra Mujer.

-¡Nadie dirá nada! -gritó la cocinera insistente.

Después de escuchar tantas infamias, Aminión, que sentía su sangre helarse con el pasar del tiempo, se dijo a sí misma: -Sólo espero que se alivie.

-No puede estar hablando en serio -dijo Dárlaran a Arbos después de escuchar las acusaciones.

Pero Arbos no respondió de inmediato. Parecía pensativo y preocupado, y tenía la mirada fija en la imagen de su rostro reflejada en la pulida madera del comedor. Poco después respondió: -Me es impensable perder a Lín del. Yo la amo, aun más que a mi vida.

-Lo sé, Arbos, pero no puede dejar que la furia le nuble la razón -dijo Dárlaran más comprensivo. Entonces se acercó al marqués y se sentó a su lado. -Si mata a alguna de esas Mujeres sin pruebas de la traición, será acusado como un asesino por el rey de Acán. Por otra parte, nos conocemos hace muchos años, pues su padre conoció al mío. Y si todavía me cree, suelte a mi Aminión.

-La conoce hace poco, ¿en verdad confía tanto en ella? -preguntó Arbos mientras levantaba la cabeza y miraba al duque.

Este último asintió.

Entonces Arbos prosiguió: Lo siento Dárlaran, ni siquiera debí dudar de la condesa de Heid. Haré que la liberen de inmediato. Por favor, perdóneme.

Al escucharlo, Dárlaran sonrió y pareció que el color le volvía al rostro. -No hay nada que perdonar -dijo aliviado.

Entonces Arbos mandó a traer el libro que Aminión le había prestado, y se lo entregó a Dárlaran mientras le decía: -Ella es buena escribiendo -. Y después se dirigió a su guardia.

-Mande a traer a la Condesa Nocturna -dijo.

El guardia asintió y retiróse con una venia respetuosa.

Segundos después, el médico bajó del cuarto con lentitud, llegó al comedor y miró con lágrimas en los ojos al marqués, y dijo: -La hoja de la daga estaba envenenada. Nada se pudo hacer por ella.

Entonces Arbos sintió su corazón desfallecer, el vértigo y la angustia le llenó el pecho, y las amargas lágrimas se le asomaron. Pero el rostro de tristeza duró poco, y de nuevo se convirtió en una bestia furiosa. Su rostro palideció y sus ojos se hundieron en brasas de ira, y dijo llevado por las nieblas del dolor y del desespero: -¡Mátenlas a todas! ¡Que no quede Mujer viva!

Aminión esperaba en el salón, acompañada por dos doncellas inocentes, cuando llegó el guardia y le dijo educadamente: -Condesa, el marqués Arbos me ha pedido que la lleve al comedor.

-¡Ah! Ahora sí puedes explicarle al marqués lo sucedido -exclamó una de las doncellas, alegre y descansada.

Pero la cocinera y las demás Mujeres miraron con temor y furia a Aminión, temerosas que la noble Nocturna dijera lo allí revelado.

-Claro que diré que ustedes son inocentes -aseguró Aminión mientras salía del salón y seguía al guardia por un pasillo de madera encerada.



Pero inmediatamente salió del pasillo, la joven vio que varios soldados corrían con las manos en las vainas hacia el salón. Tras ellos, Térail y Dárlaran.

-¿Qué sucede? -preguntó Aminión a Térail, que de inmediato la abrazó y le tomó el rostro como examinándola.

-¿Estás bien? -preguntó el mercader.

Y la joven asintió. -Sí, estoy bien; pero ¿qué pasa? -volvió a preguntar.

Entonces Dárlaran la tomó entre brazos, la abrazó con fuerza y la besó en la frente.

-Ve y prepara todo con Térail, pues debemos partir de inmediato. No te separes de Térail, y busquen a Mérot, a Árcival, a Burén, y a mis guardias -dijo con presura.

-Mérot está en los casinos de la ciudad, yo iba a ir con él -aseguró Térail.

-Entonces vayan por él, por favor. Espérenme en los corrales para cóndores. Debemos irnos de Acán ahora mismo -insistió Dárlaran mientras le entregaba a la joven el libro que Arbos le había dado. -¡Vayan! -volvió a insistir mientras seguía a los guardias, que ya habían entrado al salón.

Poco después se escuchó un grito femenino de espantoso dolor. Entonces Térail tapó los oídos de Aminión y la arrastró escaleras arriba.

-¡Pero las dos doncellas son inocentes! -exclamó la joven con desespero.

-Agradece que estás a salvo -respondió Térail-. Por ellas no podemos hacer nada -añadió mientras cerraba la puerta del cuarto y sacaba una maleta de cuero. -Vamos, ayúdame a empaçar.

Abajo, en el salón, gritos desesperados inundaban el aire encerrado, y litros de sangre caían sobre el suelo, sobre las paredes y sobre los muebles. Ni una sola Mujer sobrevivió a la arremetida de los soldados, que furiosos por la muerte de Líndel, no salieron del salón sin antes rematar los cuerpos. Las armaduras doradas y las capas verdes se tiñeron de rojo, y las espadas, con brillos pálidos como los de los relámpagos, fueron finalmente enfundadas.

Mientras la horrible matanza se llevaba a cabo, Arbos permanecía al lado de la cabecera de la cama donde Líndel yacía. Miraba su hermoso rostro con profundidad y en silencio, y lo examinaba con detalle: Sus ojos mieles, su piel tersa, su fina nariz, sus labios de fresa, sellados ahora para siempre. Mecía con delicadeza su cabello castaño, brillante y rizado, mientras recordaba la ternura y la simpatía que en sus palabras y en sus dulces ademanes mostraba. Entonces se sintió incapaz de resistir la vida sin ella; pero los gritos de desespero de las Mujeres en el salón parecían un dulce sopor de venganza que alivianaba su dolor.

En el salón donde era llevada a cabo la espantosa carnicería, Dárlaran miraba con horror y nauseas los macabros actos. Hasta que no pudo resistir más y salió de la mansión hacia las jaulas donde los cóndores descansaban y comían. Allí encontró a todos sus acompañantes, menos a Burén, que había salido un momento. Poco después llegó el moreno guardia con algunas provisiones ligeras. Entonces montaron las aves y dispusieron a volar. Y los cóndores abrieron sus negras alas y emprendieron rauda vuelo hacia los cielos, dejando atrás y el caos de la Mansión de Arbos.

Dicen las historias que el funeral de la marquesa Líndel fue uno de los funerales más bellos y tristes entre los Humanos. Dicen que su ataúd era de cristal, pues decidieron que su belleza debía ser mostrada; y la sepultaron en las nevadas alturas de la Cordillera de



Sáragrim, donde el frío y la nieve mantendrían intacto el cuerpo. Líndel vestía de azul cielo, y parecía dormida, pues curaron la herida.

El mausoleo de Líndel está en la montaña más alta de la Cordillera de Sáragrim, que desde ese momento fue llamada el Monte Líndel, en honor a la marquesa. El mausoleo era blanco, con techo de tejas de porcelana fina y de columnas con capiteles labrados. En la mitad de las innumerables columnas, (pues el mausoleo era enorme), descansaba sobre un pedestal de mármol negro el cuerpo de la joven Líndel, protegido por el ataúd de cristal e intacto con el pasar del tiempo por el frío de las alturas.

Varios curiosos fueron al mausoleo por mucho tiempo, pero con el tiempo los caminos se borraron y el mausoleo se perdió entre los bosques de pinos que resisten a las laderas de la cordillera en las escarpadas alturas.

En cuanto a Arbos, después de la matanza de las Mujeres, conocida como la «Matanza de Arbos», el marqués desapareció y nada se supo de él por mucho tiempo. Al no dejar heredero, los nobles de Acán se repartieron sus bienes y sus tierras. Varios años después fue encontrado moribundo en una aldea aledaña a la ciudad de Hirán. Sufría de una fiebre mortal, y parecía cansado de la vida. Murió a los ochenta y cinco años.

27

Ahora bien, los viajeros volaron por entre la oscuridad nocturna y los vientos álgidos y furiosos sobre la Llanura de Loth, de hierba fértil e islas arbóreas, casi hasta la llegada del alba. Cuando el día llegó y los soles iluminaron el cielo, ya sobrevolaban el reino de Ehirarh, de pastos brillantes, lagunas y quebradas puras, y árboles frondosos y cargados de frutas y flores.

Sin embargo, no descendieron sobre el reino del Rey Ehirot. En vez, siguieron volando bajo el calor de los soles y con el viento frío sobre sus cuerpos, hasta llegar a las empinadas y coronadas montañas de Nínilver. Muy abajo, como pequeñas maquetas, eran visibles algunas aldeas de Enanos y Nórdicos, ocultas en las entrañas de la cordillera y protegidas por altos y escarpados riscos, y abismos profundos y brumosos. Los cóndores eran aves muy vigorosas, y resistían días de vuelo sin descanso.

-Me gustaría ir a Yavín -pidió Aminión prácticamente a gritos, pues el viento gélido era ensordecedor.

-Pensé que habías decidido ir con nosotros a Háreneth -dijo Dárlaran bien aferrado al cóndor, mientras miraba con vértigo y detalle hacia abajo, hacia las escarpadas laderas de Nínilver, cubiertas con mantos de pinos azules y verdes.

-Lo haré -se apresuró a responder la joven de ojos azules-; pero me gustaría ir a visitar a Oroth, mi primo -añadió.

-Ya veo, y en verdad no veo el problema -mintió Dárlaran-; pero debes convencer al resto de Hombres, pues no soy quien dirige la compañía -agregó esperanzado en sus amigos, pues los veía cansados y agotados.

Pero Árcival, en tono bonachón, dijo: -A mí no me disgustaría conocer Yavín. Es más, quizás vaya allá mucho si la guerra estalla.



-Creo que a nadie le incomoda -interrumpió Térail, que dirigiéndose a Mérot añadió: -
¡Llévenos a Yavín!

-No está lejos -respondió Mérot acatando la orden.
Dárlaran meneó la cabeza, pero nada podía hacer.

Yavín, erguida sobre una llanura que poco a poco se tornaba más parda y estéril a causa de los Nomos. Era una ciudad todavía pequeña, más semejante a una reunión de pequeñas villas. Empero, la ciudad estaba protegida por una muralla fortificada. Estaba habitada por Hombres de todas las razas: Nórdicos, Nocturnos y Ariánicos, aunque de estos últimos pocos había.

Sin embargo, el peso de la guerra ya era visible en los campos aledaños. Los Nomos, que eran amantes de la destrucción y del pillaje, ya habían saqueado campos no muy lejanos a la ciudad, y habían sembrado sal allí. Pero los Nomos todavía no se pronunciaban y, aunque tenían un ejército que crecía bajo tierra con el pasar del tiempo, el poder tras ellos aún los sumía a la cautela.

Ahora bien, Oroth era, al igual que Aminión, un conde perteneciente al linaje Heid. Pero él y su padre, a diferencia de la familia de Aminión, habían visto en los nuevos reinos una excelente oportunidad de amasar riquezas. Así que habían decidido comprar unas pequeñas villas en el corazón de Yavín. Pero no habían calculado la guerra y los costos de ésta, y no habían tomado a los Nomos como una amenaza de importancia, lo que les costó mucho.

Oroth recibió a Aminión con mucha alegría, y, aunque cauto, invitó a los Ariánicos a pasar a su casa. A diferencia de los anteriores lugares en donde habían estado, la casa de Oroth no era más grande y ostentosa que una casa común de Yavín: De dos plantas, cuatro cuartos grandes, una cocina amplia y dos baños. También tenía un jardín pequeño repleto de arbustos.

-No puedo creer que tu padre te haya dejado venir -dijo Oroth asombrado-. Tú sabes que mi tío es muy conservador y...

-No me dejes venir -interrumpió Aminión-; me escapé.

-¿Qué?! -exclamó Oroth.

-Me escapé con ellos -repitió la joven.

-¿Ellos te ayudaron?

-Dárlaran más que nadie -admitió Aminión mientras lo miraba de reojo.

-Parece ser un buen sujeto -aseguró Oroth al mirarlo con detalle.

-Sí, lo es.

-Pero te quedarás, me imagino -dijo Oroth, más en tono de pregunta que en tono de afirmación.

Pero Aminión meneó la cabeza tiernamente. -Me iré con ellos a Pacán -respondió.

-¿Estás segura? -preguntó Oroth.

-Lo estoy.

-Bueno, es tu decisión -aseguró el conde-. Pero Imperoth me mataría si te dejas ir sin que lo veas antes -dijo recostándose sobre el sillón.



Entonces Aminión se sentó en el espaldar de otro sillón, de medio lado, y dijo: -No me gustaría hablar con él en este momento. Si lo ves, dile que en verdad lo quiero, pero nada más.

-Tu corazón pertenece a alguien más, ¿cierto? -preguntó Oroth con seguridad. Pero Aminión no contestó.

Sin embargo, la petición de Aminión no se pudo cumplir, pues como Yavín era pequeña, rápidamente se supo de su presencia. Entonces, sabiendo bien que Aminión estaba con su primo, Imperoth, un marqués de cabellos negros y ojos cafés que antaño había tenido un romance con la joven, corrió animado y de inmediato a la casa de Oroth.

Grande en verdad fue la sorpresa de Aminión al ver a Imperoth de nuevo, y en verdad sintió una extraña sensación en su ser. Pero los Ariánicos y el mismísimo Mérot lo miraron de reojo y con cautela, pues no lo tenían en una buena estima.

-Imperoth -dijo la joven, más sorprendida que animada.

Entonces el Hombre se apresuró a abrazar a Aminión frente a Dárlaran, que sintió su sangre hervir.

-¡En verdad me da alegría verte! -exclamó y se lanzó a darle un beso en la boca a la joven. Pero Aminión, conciente de la presencia de Dárlaran, se apresuró a separarse del Hombre.

-¿Qué haces aquí? -preguntó por decencia mientras miraba a Dárlaran.

Dárlaran tenía el rostro pálido de la furia, y miraba a Imperoth con celos.

-Vine a verte -dijo ignorando a Dárlaran, pues por sus vestimentas lo tomó como un simple criado.

La respuesta incomodó a Aminión.

Entonces Dárlaran, llevado por los celos, se apresuró a extender la mano a Imperoth para saludarlo, y conteniendo su furia, dijo con calma y cortesía: -Soy Dárlaran, es un placer conocerlo.

Pero Imperoth lo ignoró, y en vez siguió dirigiéndose a Aminión, que parecía inquieta. - ¿Y te has venido a quedar?

-Dije que soy Dárlaran, y es un placer conocerlo -repitió el Hombre Ariánico, un poco más irritado.

Imperoth lo miró con altivez, examinándolo con la mirada de arriba abajo, y despreciativo, y sin darle la mano, dijo: -¿No ve que estoy hablando con la condesa?

-Lo veo-respondió Dárlaran-, pero creí que presentarse equivalía a decencia -añadió con veneno.

Pero Imperoth dijo: -Quizás en sus «chozas» al otro lado del mar y entre la selva, se codeen los sirvientes con los nobles; pero aquí no.

La furia de Dárlaran era cada vez más notoria.

De esto se percató Aminión, que dijo: -No, Imperoth, no me quedaré aquí por mucho tiempo. Me iré con Dárlaran a Hil-Dendel.

La respuesta sorprendió a Imperoth, que miró de nuevo con arrogancia a Dárlaran, y le preguntó: -¿Y a qué se dedica?

-Soy un herrero.

-¿De quién?

-Del duque de Háreneth.

-¡Ah, del promotor de la guerra y la muerte! -exclamó Imperoth.

-¿Disculpe? -preguntó Dárlaran, ya airado.



Pero Imperoth poco caso hizo, empero, siguió conversando con Aminión. —¿Te irás con alguien que te miente? -preguntó.

Entonces Dárlaran se sorprendió, pues se sintió descubierto.

—¿De qué hablas? -preguntó Aminión.

Así que Imperoth preguntó a Dárlaran sobre herrería; y, para su decepción, este último le habló con detalle sobre la forja.

Pero Imperoth no quedó convencido. —Aunque sepa de herrería dudo que sea herrero -dijo-, y lo voy a desenmascarar.

Y Dárlaran, incapaz de tolerar más la incómoda presencia de Imperoth, dijo airado: - ¡Haga lo que quiera! -y se retiró.

Pero cuando Aminión iba a seguir tras él, Imperoth la tomó de la mano, y dijo: -¿Acaso no has mirado las manos? No son las de un forjador. Sabe de la herrería, no lo niego; pero no es un herrero, ni siquiera habla como tal. Creo más que es un timador, un estafador o algo así, pues es obvio que te mintió.

-Ya te dije que no me quedará mucho aquí, y en verdad no deseaba verte -dijo Aminión con rabia, y se retiró para seguir a Dárlaran.

28

Así transcurrieron dos días. Imperoth no salía de la casa de Oroth, y se esmeraba en darle costosos y hermosos regalos a Aminión, acción que incomodaba a Dárlaran de sobremanera. Además, cuando hablaba con la joven, siempre iba en contra del Ariánico, vendiéndole engaños y mentiras.

-Según lo que me cuentas, este Dárlaran tiene mucho oro como para ser un simple herrero -decía-. Es obvio que debe ser un ladrón o algo así. ¿Te irías a vivir con un ladrón?

Entonces Aminión, aunque siempre defendía a Dárlaran, empezó a dudar del Ariánico. Esto hizo que Dárlaran entrara en un estado de furia constante; por lo mismo ya poco hablaba con ella. En vez, deseaba irse de inmediato de la casa de Oroth, quien a diferencia de Imperoth, era amable y confiado.

Al tercer día de estadía, Imperoth subió al cuarto de Dárlaran, aprovechando que él no se encontraba, y buscó rápidamente su maleta. Al encontrarla y esculcarla, enorme fue su sorpresa al ver la gran cantidad de oro y gemas preciosas, además de importantes papeles. Pero lo que más le llamó la atención fue el enorme rubí que refulgía de un rojo intenso, el mismo que el duque de Derys había dado a Dárlaran por el cargamento.

La codicia llenó entonces a Imperoth, y estuvo tentado a robarlo; pero escuchó un sonido tras la puerta. Esto en verdad lo alarmó, Y cuando iba a salir se encontró de frente con el gigante Árcival, que lo tomó de inmediato del brazo con fuerza de máquina, y le preguntó:

—¿Qué hacía en el cuarto de Dárlaran?

-No le interesa -respondió el Hombre con orgullo y la cabeza bien erguida.

Pero se sintió amedrentado cuando Árcival lo tomó con más fuerza, le acercó el rostro y le dijo: -Espero que a Dárlaran no le falte nada, porque si sí, yo mismo me encargaré de usted-. Y finalmente lo soltó.

Pero Imperoth ya tenía lo que deseaba, y fue de inmediato con Aminión. —Él es un ladrón -aseguró.



-¿De qué hablas? -preguntó la joven con extrañeza.
-Mira sus pertenencias y encontrarás más riqueza que la que un conde desearía tener -aseguró el Hombre-. Además, tiene un rubí del tamaño de una nuez. Eso es mucha riqueza incluso para un rey -añadió.
-Dárlaran me dijo que el duque de Háreneth les pagaba muy bien a sus servidores -dijo Aminión.
-¿Entonces les da rubíes a todos sus herreros? Aminión, ese rubí cuesta lo que cuesta una mansión en Arys -aseguró Imperoth.
-¡Ya déjalo en paz! -exclamó la joven con furia, pues poco a poco eran más fuertes los argumentos de Imperoth, y a ella se le acababan los suyos.
-Sabes que es verdad. Sólo pídele que te deje ver sus pertenencias, y verás que amasa una enorme riqueza, una riqueza que no es digna de un «simple herrero». Él es un ladrón -aseguró de nuevo Imperoth, que se retiró finalmente.

Larga fue esa noche para Aminión, pues en su cabeza retumbaban las palabras de Imperoth. Dárlaran jamás se había preocupado por oro, y en verdad no parecía un herrero. «¿Será un ladrón?» se preguntaba con temor. Además, sabía bien que sólo el duque de Derys tenía un rubí como el que Imperoth describía. «¿Se lo habrá robado al duque?» se cuestionaba, pero no deseaba preguntarle a Dárlaran, pues no deseaba darle la razón a Imperoth.

-Es mejor que revise sus cosas, pues hoy el marqués estaba en su cuarto -aseguró Árcival a Dárlaran antes de irse a dormir.
-¡Ese maldito me está cansando! -exclamó Dárlaran con furia mientras golpeaba la pared con su puño.
-Veo que las cosas con Aminión han cambiado -dijo Árcival-. No deseo inmiscuirme en sus asuntos, pero si le dijera a Aminión que usted es el duque de Háreneth se evitaría muchos problemas.
-Entonces ella se dejaría llevar por el título y me pondría en peligro, aunque ella no lo quisiera.
-Las cosas no cambiarán -dijo Árcival.
-Si lo harán. Los Nocturnos son arrogantes y ponen los títulos sobre la persona en sí. Ahora miraré si me falta algo. Gracias por la advertencia. Mañana nos iremos por fin a Háreneth, pues estoy cansado de viajar y de ser un simple invitado. Es hora de ser de nuevo el duque de Háreneth-. Entonces entró a su cuarto y miró con detenimiento sus pertenencias, mas nada faltaba.

Poco después sintió un suave y tímido golpe en la puerta, así que se apresuró a guardar todo y abrió. Grande fue su sorpresa al ver que era Aminión con una manta rojiza sobre un pijama de seda verde.
-¿Qué haces aquí? -preguntó Dárlaran mientras sonreía, pues se sintió alegre de verla, ya que habían hablado poco últimamente y la situación entre ellos habían cambiado. Pero Aminión no respondió, entró al cuarto y preguntó pensativa y sin rodeos: -¿Puedo ver lo que tienes en tu maleta?
Entonces Dárlaran la miró y se sintió descubierto. Así que sonrió de nuevo y le entregó sus pertenencias. Ya estaba decidido a confesarle que en verdad él era el duque de Háreneth, pues creía que la joven ya sospechaba.



Pero cuando Aminión vio el rubí, lo sacó y miró el sonriente rostro de Dárlaran, lo que tomó como un imperdonable sarcasmo, dijo airada, arrogante y llevada por las palabras de Imperoth: -En verdad eres un ladrón.

Entonces Dárlaran quitó la sonrisa de su rostro y lo cambió por una máscara de asombro: -¿Disculpa? -preguntó como quien no quiere oír.

-Imperoth tenía razón: Eres un ladrón. Este rubí lo vi en el Palacio de Derys. Lo robaste, ¿cierto? -dijo Aminión, que parecía decepcionada, pues las palabras de Imperoth se hacía cada vez más verídicas para ella.

Al escuchar tal injuria, Dárlaran se levantó de la cama con el rostro iracundo y con los ojos refulgentes, y tan furiosa fue la expresión del Hombre, que Aminión cortó la respiración y se sintió asustada, pues sabía que sus palabras habían tocado un delicado punto.

E incapaz de aguatarse, pues en verdad ya estaba cansado de sufrir insultos y humillaciones no merecidas, preguntó arrogante y desdeñoso mientras se posaba frente a la atemorizada joven: -¿Cómo se atreve una simple condesa acusar de ladrón a un duque?!

Aminión entreabrió entonces la boca de la sorpresa, pero todavía se sentía atemorizada con la furia de Dárlaran.

-¡Estoy harto de inclinar mi cabeza a nobles Nocturnos, que porque no visto de seda me creen un simple servidor! -exclamó extremadamente irritado. Y añadió: -¿En verdad no se te pasó por la cabeza que yo fuera el duque de Háreneth? Pero ahora tendrás que inclinarte ante mí, no como una amiga, sino como una noble que no tiene comparación a mi título ni a mi riqueza. Y tendrás que agachar la cabeza para pedirme algo. ¿Deseabas un título? ¡Ya lo tienes! -gritó.

-Pero... Dárlaran...

Pero la joven, que intentaba articular una excusa, fue interrumpida por Dárlaran de nuevo. -¡No admito que me traten de ladrón ni de traidor! -dijo el duque.

Todo el alboroto despertó a Térail, a Burén y a los cuatro guardias que dormían en la pieza contigua. Así que todos fueron a la habitación de Dárlaran, y vieron al Hombre de pie frente a la intimidada joven de ojos azules. Tan dolorosas habían sido las palabras de Dárlaran, que Aminión ya tenía lágrimas rodando por sus mejillas. Pero todavía seguía pasmada y pálida.

Entonces el duque se dirigió a Burén con orgullo a modo de orden, tono que la condesa jamás había escuchado en él. -Aliste los cóndores, que nos vamos al amanecer hacia Háreneth. Pero la condesa de Heid ha decidido quedarse aquí; así que regale su cóndor a Oroth, pues se ha portado bien con la nobleza Ariánica.

-Pero yo deseo ir contigo a Háreneth -dijo por fin la joven, sin disimular el llanto.

Sin embargo, Dárlaran no se dejó llevar ni por las palabras ni por las lágrimas. En vez, ordenó a sus cuatro guardias: -Quítenle el rubí a la condesa.

-Sí, señor -dijo uno de los guardias, que, con cariño y compasión, tomó el rubí de la débil mano de Aminión.

-Dárlaran, no sea tan duro -dijo Térail intentando calmar al duque, pues en verdad estaba conmovido por el rostro de Aminión.

-Ahora deseo descansar, por favor retírese de mi habitación, condesa -pidió Dárlaran sin prestar mucha atención al Térail.

Entonces Aminión, con lágrimas en los ojos y el rostro oculto tras los cabellos lustrosos, se levantó de la cama y se retiró de la habitación, destrozada por el acontecimiento.



-Dárlaran, cálmese -volvió a intentar Térail.

Pero el duque, llevado por los celos y la furia, dijo: -Es mejor que se quede con Imperoth, pues parece ser que le cree más a él que a mí.

Entonces Aminión no pudo aguantar más, y volteándose y levantando la cabeza, increpó gritando: -¡Fuiste tú quien me mintió!

-¡Por mi seguridad! -gritó Dárlaran con más fuerza.

Y Aminión se sintió profundamente lacerada por tales palabras. -¿Acaso creíste que yo te pondría en peligro? ¿Creíste que te vendería a tus enemigos? -preguntó meneando la cabeza como incrédula-. Tienes razón, quizás me reconcilie con Imperoth, pues al menos él no me guarda secretos tan primordiales -añadió y salió de la habitación.

Tras ella se fue Térail.

-Creo que está siendo muy radical, señor -dijo Burén mientras le ayudaba a recoger las pertenencias a Dárlaran.

-No, Burén, se acabó. No puedo creer que me haya tratado de ladrón en vez de pensar que podía ser el duque. Pensó lo peor en vez de lo mejor, como el resto. Si en verdad confía tanto en ese ridículo marqués, que se vaya con él -respondió el duque un poco más calmado.

Al mismo tiempo, Térail intentaba calmar a Aminión en su cuarto.

-¿En verdad nada sospechabas de Dárlaran? ¿En verdad no se te pasó por la cabeza que él podía ser el duque de Háreneth? -le preguntó.

-¿Y por qué no me lo dijo? -preguntó la joven sollozando-. Es obvio que no confía en mí -añadió mientras se llevaba las manos al rostro para que el Hombre no la viera llorar.

-Pero...-entonces Térail pensó bien lo que iba a decir, y prosiguió: -La educación de Dárlaran no era la de un herrero, ni su porte ni sus ademanes, ni su forma de hablar ni su forma de pensar. La respuesta siempre estuvo frente a ti, pero no deseaste verla. Tenía que llegar un amor pasado que te codeara para que te dieras cuenta. Lo que pasó fue que este «amor» te codeó hacia el lugar equivocado.

Aminión sabía que Térail tenía razón, pues las piezas estaban, pero ella no las había querido armar. El simple hecho de conocer al duque de Derys y a Arbos, y su trato con ellos era una pista gigantesca.

-Imperoth no sabía que él era el duque. Él también estaba equivocado -dijo la condesa.

-Es muy seguro que ustedes permanezcan juntos después de nuestra partida, pues en verdad no creo que vayas con nosotros a Háreneth-. La sinceridad de Térail fue como una daga clavanda en el alma de Aminión. -Pero creo más que él deseaba encontrar algo negativo en Dárlaran, y te llevó por ese camino.

-Eso es obvio -dijo Aminión intentándose calmar.

-En verdad deseo que vayas a Háreneth, pero no creo que pueda convencer a Dárlaran. ¿Qué le dijiste como para que se pusiera tan furioso? -preguntó Térail.

-Lo acusé de ladrón -respondió la joven avergonzada.

Entonces Térail suspiró y miró al techo, como arrepentido. -En verdad estás en problemas -dijo-. Pero si yo te llevo a Hil-Déreneth me metería en un problema aún mayor con el duque, y eso no es bueno. Su estatus es poderoso.

-Te entiendo, Térail, pero ya supe que me estuvo mintiendo desde que nos conocimos, y no puedo vivir con alguien así -aseguró la joven ya más calmada, intentando justificar la situación-. Gracias por todo Térail, y dale mis agradecimientos al duque. Me quedaré a vivir aquí, con Oroth.



Al llegar el alba, fría y melancólica, todo estaba listo para el vuelo final sobre la Muralla de Volcanes y finalmente sobre el Mar de las Deidades. La Muralla de Volcanes era una concentración de volcanes que formaban un muro y separaba algunos pequeños reinos al oriente.

Aminión, aunque angustiada y con una enorme congoja en el pecho, decidió despedir a los Hombres en compañía de Oroth. Imperoth no estaba en casa. Entonces, bajo un cielo iluminado pero frío, los viajeros decidieron montar los cóndores, ponerse los arneses y prepararse para emprender vuelo.

-Adiós, mi bella condesa -exclamó el gran Árcival con tristeza, mientras abrazaba a la pequeña jovencita con sus enormes brazos.

Aminión sonrió y se dejó levantar por los aires un poco alegre. -Adiós, Árcival. En verdad fue un placer conocerte -dijo.

Entonces Térail, Mérot, Burén y los cuatro guardias abrazaron a la joven y se despidieron con melancolía. (En ningún texto se da el nombre de estos cuatro guardias, ni sus orígenes ni lo que hicieron después del viaje. Se especuló por mucho tiempo que sus nombres eran Elar, Amroth, Thrall y Gallarh, pero como nunca se confirmaron estos nombres sólo se hace mención de ellos en este texto como «los cuatro guardias»).

Pero Dárlaran ni siquiera bajó del cóndor. En vez, permaneció con el ceño fruncido, y afanaba a sus amigos constantemente. Sin embargo, desde el ave de plumaje negro, Dárlaran se dirigió a Aminión: -Espero que te vaya bien, pues, aunque no lo creas, me place haberte conocido.

Pero Aminión, que al hablar con Oroth y con Imperoth se había vuelto de nuevo arrogante y orgullosa, dijo con la cabeza en alto: -También me place haberlo conocido, duque de Háreneth -y le hizo una reverencia respetuosa, como si en verdad se acabaran de conocer. La reverencia angustió a Dárlaran, que, asintiendo con respeto, respondió a los formalismos. Después se despidió de Oroth con mucha más alegría, y siguiendo a Mérot, emprendió vuelo hacia Háreneth.

29

Aunque todos deseaban llegar a Pacán, los ánimos habían declinado de forma estrepitosa. Volaron sobre la Muralla de Volcanes y sobre el azulado Mar de las Deidades con las cabezas agachadas, ensimismados y melancólicos. Hablaban poco y pensaban constantemente en sus aventuras después de salir de Hil-Dendel: El Hada del Pantano, la escaramuza contra los Nomos en las alturas de la Nínilver, la estancia en Ehirarh y en el Reino de las Cavernas, la belleza de la marquesa Líndel y la horrible Matanza de Arbos, la hermosa aparición en los Bosques de Mirlin, el extraño Mal que rondaba por la noche en el oscuro Bosque de Anarioth, y más.

En verdad extrañaban sus hogares, pues llevaban mucho tiempo de viaje, y en verdad habían conocido más de lo pensado. Sin embargo, el conflicto entre Aminión y Dárlaran había bajado la alegría, pues en verdad los viajeros habían aprendido a querer a la joven, y se habían encariñado con ella. Pero el que más permanecía en silencio era Dárlaran, que de ella nada hablaba, y que permanecía ensimismado y pensativo.

Así, después de algunos días de vuelo, el 1 de mayo del año 1277, Dárlaran y sus compañeros llegaron a Hil-Dendel, y acabó su tan esperado y planeado viaje al Antiguo



Juan Esteban Peláez

Continente. Fueron recibidos por Arán con lujosos y cálidos homenajes, y con alegría. Pero Mérot, que era Nocturno, decidió volver a su natal Herda. Fue muy bien pagado por el duque de Háreneth, y también recibió como paga el cóndor que montaba, el mismo que lo llevó a su hogar.

Allí, en Hil-Dendel, se enteraron de las nuevas noticias. El rey de Vírandel había muerto de forma misteriosa y súbita, y su hijo, el oríncipe, había tomado el trono. Pero Anaith, el nuevo rey de Vírandel, estaba más preocupado por las bellas artes que por la Triada. Así que dio su parte a Arán, pues en verdad no confiaba en las impulsivas decisiones de los dos reyes de la Llanura Verde. Ahora Arán tenía la mitad del poderío de la Triada, para alivio de muchos.

Sin embargo, había rumores que los reyes de la Llanura Verde, Milh de Al-Marac y Tolh de Larath, habían envenenado al padre de Anaith para que el príncipe les donara el poder a ellos. Tales rumores habían causado discordias, pero Arán, con ayuda del Círculo, había logrado mitigarlas.

Por estas discordias, el reino más septentrional de Pacán, Vil-Díndel, se había negado a entrar en la Triada. Vil-Díndel estaba sobre la Península de Viento y tras las Montañas de Viento, al norte de las Tierras de Tenoc.

En cambio, los pequeños feudos de las Tierras de Tenoc se apresuraron a unirse a la Triada, al igual que las ciudades Ariánicas de Cánt, Mayul, Güyil, Tumac y Malaquil; todas estas al norte del río Magla y muy cercanas a la llanura donde se erguían las ciudades Nómicas de Górdoral y Krimallán; enemigas mortales de Hil-Dendel. Pero Patuc, un reino rico en mercancías, se negó a colaborar con la Triada y con la guerra.

Ahora bien, era bien sabido que Górdoral y Krimallán eran ciudades increíblemente poderosas, y aunque tenían torres altas y muros bien protegidos, eran sus fosos los que inquietaban a los Ariánicos. Sólo la mitad de las ciudades estaba sobre tierra, pues ambas ciudades tenían túneles y cámaras subterráneas repletas de Nomos. Pero los Nomos todavía no se pronunciaban, y esperaban las órdenes de su guía, oculto todavía.

Este extraño comportamiento inquietaba a los principales exponentes de la Triada, pues los Nomos eran conocidos por su ferocidad, y era extraño que estuvieran esperando tan pacientemente. Además, aunque nada sabían del Ser tras los Nomos, parecía que los Nomos bien conocían los movimientos de la Triada, y eso en verdad era una desventaja para los Hombres. Ya el inicio de la guerra entre Hombres y Nomos era sólo cuestión de tiempo.

PARTE II

30

Transcurrieron dos años, y las arcas de la nobleza de la Triada se duplicaron de forma alarmante. Térail se convirtió en uno de los mercaderes no sólo más importantes de Hil-



Dendel, sino de todo Pacán. Vendía joyas preciosas y telas; pero después contrató confeccionistas y diseñadoras, y mandó a hacer costosas ropas de algodón, seda, lino, terciopelo y más. Así, la riqueza de él y su padre, y la de los Hil-Déreneth, se incrementó considerablemente.

Por otra parte, aunque la guerra todavía no comenzaba, los reyes de la Llanura Verde insistían en armar el ejército lo más pronto posible. Arán, que permanecía pensativo, no estaba de acuerdo con esta decisión. Incluso, por ser cauto, fue visto varias veces como cobarde; pero él insistía que lo mejor era esperar que los Nomos mostraran su verdadera fuerza para contrarrestarla.

Sin embargo, Arán cedió y le pidió a Dárlaran que fuera él quien armara al Ejército Dorado. Entonces la riqueza de Háreneth se incrementó, pues Dárlaran hizo costosas y avanzadas armas de asalto y asedio. Todo esto lo pagaban los nobles de la Triada. Además, hizo miles de espadas, lanzas, escudos, armaduras, venablos, arcos, miles de flechas, hachas, porras, mazos, y muchas armas más.

Fue tan grande la demanda que Dárlaran se vio obligado a construir dos armerías más: Una en la Llanura Verde, a las afueras de Larath, y otra cerca de Mirllán, en Hil-Dendel. Todas las armas llegaban a Háreneth, y la mansión de Dárlaran se convirtió en un sitio muy visitado por los soldados.

Sabiendo bien que el poderío y la riqueza también traen enemigos, el duque decidió convertir la mansión en un baluarte. Cambió las rejas negras por potentes murallas, una exterior y una interior, y mandó a construir torres en cada extremo del pentágono formado por el muro. Además, amplió la fachada de la mansión, e hizo construir atalayas y matacanes. Entonces dejó de ser una mansión para convertirse en un baluarte inexpugnable, que fue llamado desde entonces el Bastión de Háreneth.

En cuanto a los Tíndereth, Árcival fue nombrado capitán del cuerpo principal del ejército, y se convirtió en uno de los soldados mejores pagados del Nallhard, además de ser uno de los más famosos. Enseñó con detalle cómo luchar, y fue muy querido y renombrado entre los Hombres.

Pero Arán, circular de Sáreneth, se mostraba pensativo y preocupado por el silencio de los Nomos. Deseaba a toda costa iniciar la guerra, pues podría ser mal interpretado por el resto de reinos. Pero deseaba que los Nomos atacaran primero, ya que se sentía tranquilo por las defensas de Hil-Dendel. Durante estos dos años insistió en que los Nomos primero se extenderían hacia el norte, y que dudarían en atacar el sur. Pero su prudencia hacía encolerizar a los reyes Milh y Tolh, que deseaban arrasar a los Nomos.

Pero en secreto y sin autorización de los reyes de la Llanura Verde, Arán mandó a construir una flota digna de la Triada, pues aseguraba que debían ayudar a los reinos del Antiguo Continente si era necesario, pues los Nomos asolaban tales tierras; y Arán pensaba que allí estaba el poder del enemigo. Entonces los muelles de toda Pacán contrataron a los mejores astilleros, y durante esos años se construyeron miles de barcos de todas las clases: Transportes, cargueros, goletas, fragatas, galeones y los famosos Cruceros de Guerra Ariánicos.



31

El día 5 de enero del año 1280, después de las fiestas de fin de año, y tres años después del viaje de Dárlaran, un mensajero llegó a Háreneth con agitación. Aseguraba tener noticias importantes provenientes de Arán.

-¡Duque de Háreneth, la guerra ha empezado! -aseguró el mensajero mientras intentaba descansar. Jadeaba y tenía el rostro pálido, como si hubiera visto un muerto.

Sin embargo, el Duque permaneció en silencio.

Así que el mensajero prosiguió: -Atacaron los reinos del norte, cruzando la selva e invisibles a nuestra guardia. Se cree que también emergieron de túneles cercanos a las costas del río Magla. Cánt, Mayul y Güyl están sitiadas.

Dárlaran se quedó pensativo un momento, mirando a través de la ventana las interminables colinas fértiles, cubiertas con arboladas frondosas y coloridas, mientras los soles iluminaban el día y dejaban sombras por doquier.

Entonces dijo: -Así que Arán tenía razón. Los Nomos atacaron el norte primero -se detuvo un momento y preguntó: -¿Cuántos son?

-Son incontables -aseguró el joven mensajero con rapidez.

-¿Incontables? -preguntó Dárlaran volviéndose para mirar al Hombre.

-El cuerpo principal salió de Górdoral por la noche, oculto por las tinieblas; pero se estima que son unos doscientos cincuenta mil a pie, quizás más.

-¿Seguro? Porque la cifra es en verdad enorme.

-Y ése es sólo el cuerpo principal -se apresuró el mensajero-. En verdad son incontables.

-¿Y los reinos del norte han resistido tan vasto ataque?

-No han llegado noticias de ellos todavía; pero se cree que Güyl fue devastada por completo.

Entonces llegó una servidora del Duque. -Señor, Árcival de Tíndereth pregunta por usted. ¿Lo hago pasar? -preguntó mientras realizaba una venia.

-Hazlo subir de inmediato, por favor -pidió Dárlaran mientras se acomodaba sobre un voluptuoso sillón, dejando a un lado unos contratos con algunos nobles-. ¿Alguna otra noticia? -preguntó al mensajero.

- No, duque, es todo -respondió el Hombre, que haciendo una reverencia, se retiró del salón hacia Hil-Darath.

Poco después llegó Árcival, con rostro frío y armadura de placas. Tenía hombreras anchas y con púas gruesas, un peto con el escudo de Tíndereth repujado (una espada con mango en forma de cóndor), y un grueso yelmo enterizo y de cimera plana en la mano. Todo era dorado y reluciente a la luz del cálido día.

-¿Sabe de lo ocurrido en el norte? -preguntó el gigante.

-Me acabo de entrar. Voy a posponer el resto de negocios que tenía; pues esto es importante, y las fraguas tienen que doblar esfuerzos. Igual, creo que se habían demorado mucho -aseguró Dárlaran soltando un suspiro.

-Pero no todo el ejército enemigo va hacia el norte -increpó Le-Hir.

Entonces el rostro de Dárlaran se tornó pensativo. -¿De qué habla? -preguntó.

-Dos enormes ejércitos fueron divisados entre la selva, como enjambres negros y pestilentes. Ambos se dirigían al norte, hacia las costas del Magla; pero hace poco fue divisado un tercer ejército proveniente de Krimallán.

-¿Y viene hacia acá? -interrumpió Dárlaran.



El gigante asintió. –Desean cruzar el Puro Menor.

-Así que van a los Campos Váldicos -dedujo el duque mientras se recostaba en el sillón, pensativo.

-La idea de Arán y de los reyes es detenerlos en los Campos, antes que entren a Hil-Dendel. Si logran cruzar los Campos Váldicos podrán asediar Hil-Darath -aseguró Árcival mientras se sentaba en una pequeña silla de mimbre.

-¿Y qué me pide Arán? -preguntó Dárlaran.

-Que usted debe estar como observador en los Campos -respondió Árcival.

Entonces Dárlaran se levantó sorprendido y con la mirada fija en el gigante, mientras la luz que entraba por la ventana le bañaba el rostro.

-¿Qué yo vaya a los Campos Váldicos? -preguntó en tono incrédulo. Por un momento sintió temor, pues recordó la batalla en las montañas de la Nínilver, donde casi muere por un golpe en la cabeza.

-Tanto los reyes como Arán desean que usted vea cómo sus armas funcionan. Así, si hay algún problema, usted lo arregle -dijo el gigante mientras dejaba su pulido yelmo sobre la mesa.

-Mis armas son las mejores -increpó Dárlaran.

-Lo sé, y Arán también lo sabe; pero los reyes no. Ellos desean que esté allí. Por eso vine, voy al frente, y usted viene conmigo a los Campos.

-¿Va al frente?! -exclamó Dárlaran con temor.

-Yo dirijo la defensa de Hil-Dendel. Es mi deber estar en el frente. Usted no luchará, sólo irá como observador -aseguró Árcival, que tomando de nuevo su casco, añadió: -Más que un favor, Arán me dio una orden: Debo llevarlo a los Campos Váldicos. Así que aliste sus cosas, que nos vamos.

-Tengo cosas que hacer aquí -aseguró Dárlaran en un débil intento por quedarse en su hogar.

-Pospóngalas -dijo Árcival en tono seco.

-¡Kihra! -gritó el Duque. Y cuando ella estuvo allí, dijo: -Por favor, manda a ensillar a Sombra, que voy a los Campos Váldicos. Que Burén también se aliste, pues él me acompañará. Quedas a cargo del bastión -y cuando la anciana se iba a retirar, Dárlaran, mirando al Árcival, añadió: -¡Ah!, y prepara mi armadura.

Ambos salieron a todo galope del Bastión de Háreneth y, tomando el camino empedrado entre arboladas y suaves pendientes, se dirigieron hacia el norte, hacia Hil-Darath. Cruzaron el puente cercano a Mirllán y galoparon por la verdosa sabana. Mas no se detuvieron en ninguna de las soberbias ciudades, donde se respiraba un ambiente de suspenso y temor. En vez, siguieron hacia el norte, cruzando Hil-Darath.

Al segundo día de galope, casi a la hora del almuerzo, Dárlaran, Burén y Le-Hir divisaron por fin su destino. Desde una colina alta, los Hombres vieron cómo el afluente septentrional del río Puro siseaba abajo, brillante y cristalino, sobre la verde hierba. A su alrededor se tendía un valle que chocaba abruptamente con las laderas occidentales de la Cordillera de la Vida.

Pero lo que más llamó la atención de Dárlaran fue la inmensidad de carpas y empalizadas que se erguían a las orillas cercanas del Puro Menor, con banderolas negras de emblemas dorados. Y, como una playa de arena de oro, miles de Hombres esperaban con armaduras doradas y lustrosas bajo los soles.



-¿Cuántos Hombres hay aquí? -preguntó Dárlaran, atónito y con los ojos mieles muy abiertos.

-Unos treinta mil -respondió Árcival, orgulloso.

Entonces Dárlaran se sintió más seguro.

Descendieron y se encaminaron entre tiendas y Hombres, y vítores de «¡Le-Hir, Le-Hir!», hasta llegar a una fuerte barricada bien defendida. Allí, Arán permanecía sentado sobre un sofá, pensativo y ensimismado. Pero cuando vio a Dárlaran, pareció volver a la normalidad. Se levantó y se apresuró a saludar al duque.

-¡Dárlaran, es un gusto que esté aquí! -exclamó animado.

-¿Estamos en desventaja o tenemos la ventaja? -preguntó Dárlaran sin rodeos.

-Digamos que estamos parejos -respondió Arán mientras volvía al sofá-. Los Nomos llegarán aquí al crepúsculo -aseguró-. Lo mejor es prepararnos para frenar a esos malditos.

32

Bien, los Campos Váldicos eran un valle de hierba alta y terreno informe, sin árboles y partido por el afluente del río Puro. Empero, no era un campo lo suficientemente ancho para realizar elaboradas estrategias. Así que Árcival tenía claro que simplemente tenían que cruzar el Puro Menor, avanzar y barrer al enemigo.

Y, como había dicho Arán, los Nomos llegaron poco después del crepúsculo, al amparo de Sírel. La noche en los Campos Váldicos era azulada y brillante, y las siluetas del enemigo se veían como recortes en el horizonte.

A diferencia de los Hombres, que tenía armaduras pesadas, escudos de acero dorado y armas filosas, los Nomos contaban con débiles armaduras de cuero endurecido y armas oxidadas. No parecía un ejército unificado, en vez, parecía un ejército formado por varias tribus salvajes. Por otra parte, muchos Hombres nunca habían visto a un Nomo, y viceversa, así que la expectativa y el temor eran en verdad grandes.

Los Nomos, de origen desconocido por los Ariánicos (e incluso desconocido para ellos mismos, aunque de esto se habla en el libro «Nallhard»), tenían extremidades descarnadas, brazos largos que colgaban casi hasta las rodillas, patizambos, con cumbambas prominentes, narices puntiagudas y largas, orejas en punta, pieles negruscas y peludas, ojos diamantinos y brillantes, dientes amarillentos y filosos, dedos lánguidos y de uñas melladas pero afiladas, con olores corporales y de violento e impredecible carácter.

A diferencia de los grandes ejércitos de Hombres y Dacones de antaño, los Nomos eran traicioneros y mentirosos, llevados por la miseria, la envidia y el odio. Odiaban todo lo que los Dacones amaban, y sólo los Nocturnos gustaban de la noche igual que ellos. Preferían las forjas y la industria que la naturaleza y la pureza, y de por sí vivían en fosos bajo la tierra y en las entrañas de las montañas, pues temían y odiaban a los Hombres y a los Dacones que dominaban los mundos de la superficie.

Las primeras guerras en las que se internaron los Nomos fueron contra los Enanos por los dominios de las montañas en el Antiguo Continente. También lucharon contra los



Nórdicos; pero pocas ciudades Nómicas fueron erigidas. En vez, preferían el pillaje, y corrompían toda obra ajena, tornándola espantosa.

Por otra parte, el ejército de la Triada constaba con una fuerte infantería en el medio. La vanguardia tenía Hombres con grandes escudos y largas lanzas que brillaban a la luz de las frías estrellas. Mientras los flancos constaban de una caballería pesada. Tras la pesada vanguardia, cientos de arqueros esperaban la orden. Y en la retaguardia, custodiadas por varios soldados, reposaban varias balistas y tres catapultas pesadas que el duque había construido. Todos los soldados tenían armaduras y cascos dorados empenachados de negro, y capas largas, brillantes y negras, con suntuosos y prominentes pliegues. Casi todos esos Hombres habían sido armados por las forjas de Dárlaran (aunque no todos).

Dárlaran intentaba traspasar la oscuridad nocturna, deseando ver a los Nomos con detalle; pero la distancia hizo que eso fuera imposible. Entonces llegó un mensajero con una paloma en su mano, y le entregó un mensaje a Arán, que permanecía sobre un caballo al lado de Dárlaran.

Arán la leyó y, al ver el rostro de duda del duque, dijo con extremada serenidad: -Son más que nosotros.

-¿Cuántos? -preguntó el duque.

-Tres a uno -respondió Arán, que miraba con detenimiento un cuervo posado sobre una rama cercana. El cuervo lo miraba expectante a la luz de las antorchas, de forma casi hipnótica.

-¿Y por qué está tranquilo? -exclamó Dárlaran con temor.

-Porque soy cauto -respondió Arán-. Árcival sólo debe resistir hasta el amanecer. La ayuda llegará con la luz del día -explicó mientras se acomodaba en la silla del caballo blanco.

-¿Árcival lo sabe?

-Ni los reyes lo saben -respondió Arán-. No confío ni en Milh ni en Tolh -añadió.

Entonces Dárlaran intentó buscar con la mirada a Le-Hir, que se encontraba a la vanguardia, pero no lo divisó.

-¿Dónde está Árcival? -preguntó.

-Allí -respondió Arán señalando con su dedo el frente de ataque. Allí, separado algunos metros de la primera línea dorada, Le-Hir esperaba a los Nomos con la mirada penetrante y sobre su caballo, que se encabritaba y corcoveaba a menudo. El viento frío le ondeaba la capa y le golpeaba el rostro, pero su mirada se mantenía fiera en las sombras que se posaban frente a él, al otro lado del Puro Menor.

Entonces, de súbito, los Nomos empezaron a tocar retumbantes tambores, y empezaron a gritar y a chillar de forma horripilante. Los chillidos eran agudos y desesperantes, y laceraban los oídos de los Hombres, que se sintieron intimidados.

Este desesperante coro fue escuchado por el duque y por Arán mientras subían una pequeña cuesta a una distancia prudente. La cuesta, totalmente iluminada por la Dama de plata, sólo tenía un gran sauce; y desde allí eran visibles todos los Campos Váldicos. Ambos Hombres, seguidos de sus guardias, se posaron bajo el sauce, quedando invisibles bajo su sombra.

-Ahora veremos que tan buenas son sus armas, Dárlaran -dijo Arán mirando al ejército de la Triada, semejante a una brillante franja de oro sobre el valle.



Fueron los Nomos quienes iniciaron la batalla, pues fueron los primeros en cruzar el río por los baldíos. Pero la totalidad del ejército enemigo no era visible por la oscuridad nocturna. Y miles de Nomos aparecieron a la luz de las estrellas desde los árboles cercanos a los Campos, chillando y con sus armas oxidadas en alto. Como eran pocos los que tenían acero pulido, la marea negra no brillaba bajo la noche.

En cambio, las armaduras de los Hombres brillaban bajo la luz plata. Árcival los había formado en amplios cuadros, mientras los Nomos avanzaban en furiosa arremetida y en desorden. Y cuando estuvieron al alcance, de la retaguardia Ariánica emergieron cientos de proyectiles, prendidos de súbito con llamas danzantes. Y con una orden, las catapultas lanzaron una carga de varias piedras, y las ballestas y los arcos soltaron sus saetas y sus flechas, lastimando en la mitad de los Campos a cientos de Nomos.

Cuando hubo una segunda descarga de fuego y piedras, algunos Nomos se amedrentaron y quisieron retirarse, pues por naturaleza los Nomos eran cobardes; pero el ataque prosiguió en medio de flechas ardientes. Sin embargo, las bajas en los Nomos, aunque fueron supremamente cuantiosas, no parecían ser una pérdida grande, pues los Nomos eran incontables e invadían los Campos Váldicos como una peste negra, y seguían emergiendo de la oscuridad boscosa de los alrededores.

-Veo que sus armas funcionan -dijo Arán mientras miraba fijamente cómo los Nomos avanzaban hacia los cuadros dorados de Hombres. Sin embargo, el circular parecía muy sereno, como si en verdad nada pasara allí abajo.

En cambio, Dárlaran sentía cómo la adrenalina subía por su médula y lo hacía estremecer y sudar. Su rostro estaba ceniciento y sus labios parecían sellados, pues temía por la seguridad de Árcival. Además, el estruendoso movimiento y el temblar de la tierra bajo la colina lo aterraban. Y, si la Triada perdía allí su hogar estaría en peligro, y eso lo aterraba, pues su ducado sería devastado, y sus habitantes con él.

Poco después, como si volviera a su cuerpo, respondió: -¿Esperaba alguna otra cosa?

Arán meneó la cabeza. -No, duque de Háreneth -dijo sonriendo.

-Sabe que...

-No le gusta que sus amigos lo llamen por su título -interrumpió Arán-. Lo sé; pero ahora estoy en una situación repleta de formalismos. Ahora tengo ceremonia hasta para levantarme -añadió con sátira, intentado calmar a Dárlaran.

Pero al escuchar el choque de los ejércitos, el duque pareció cortar la respiración. Miró hacia abajo de inmediato y se dio cuenta de lo sucedido: El ataque de los Nomos se había estrellado furiosamente contra la vanguardia del Ejército Dorado. Fue tal el estallido y el impulso, que muchos Nomos murieron aplastados entre los pesados escudos Ariánicos y sus mismos compañeros que los empujaban hacia adelante.

Entonces, como conquistado por las manos del Demonio, un sonido de infierno se tomó los Campos. El estruendo del acero, los gritos desesperados y furiosos, el susurro del río, el pasar del viento, el corcovear de los caballos; todo formaba una espantosa melodía que hizo que Dárlaran se inquietara de sobremanera.

-Yo no debería estar aquí -le aseguró a Arán.

Y éste le respondió: -Amigo mío, debe saber que la guerra no es un juego. Mírela, que quién sabe por cuánto tiempo durará este horror.



Así pasó media hora. Los Nomos, por más que intentaba romper la vanguardia de los Hombres, no lograban avanzar mucho, pues las armaduras Ariánicas eran muy fuertes y las armas muy filosas. En verdad pocas fueron las bajas Humanas en este íterin. Pero de entre los desesperados Nomos, aparecieron amparados por la noche guerreros gigantes que parecían torres vivientes. Estos nuevos enemigos se abrieron paso con violencia por entre los Nomos y los ramajes, y rompieron rápidamente la fiera resistencia de los Hombres.

Los extraños monstruos, armados con mazas y garrotes pesados, aplastaron a los Hombres con facilidad. Entonces los Ariánicos sintieron en verdad terror, pues estas hediondas bestias eran desconocidas para ellos, y eran de enorme fuerza y violencia.

-¡¿Qué son esas abominaciones?! -exclamó Dárlaran al divisarlos desde la colina. Los monstruos sobresalían del resto de combatientes por su altura y corpulencia.

-¡Demonios! -exclamó Arán en tono aún más alto, pues a diferencia de la mayoría de Hombres, él sí sabía de qué se trataba.

-¿Qué? -preguntó Dárlaran de nuevo, esta vez más inquieto.

Entonces Arán lo miró con una expresión de atterro, cosa que asustó más al duque, y dijo: -Son Trolls.

-¿Son qué?

-Trolls -volvió a responder Arán-. Seres que habitan las montañas y los bosques. Según los mitos Nórdicos, los Trolls son Gigantes de las Montañas que tomaron sendas oscuras y demoníacas, y se dejaron corromper y deformar por el Sin Nombre. ¿En verdad no lo sabía? -preguntó.

Dárlaran sacudió la cabeza en negativa. -No he escuchado mucho de lo mitos Nórdicos. Pero, ¿qué hacen acá? -preguntó mientras se aferraba a las riendas del caballo negro que lo sostenía, de crin larga y porte elegante.

-Lo más probable es que hubieran permanecido ocultos en las entrañas de la Cordillera de la Vida. Pero no sé cómo llegaron hasta Pacán -respondió Arán.

-Si no hacemos algo nos vencerán en poco tiempo -aseguró el duque con impaciencia.

-Debemos confiar en Árcival y en sus decisiones -dijo Arán sobándose la cabeza, preocupado.

33

Ahora bien, en la llamada Batalla de los Campos Váldicos ocurrió un acontecimiento que por siglos fue cantado y narrado por historiadores. Cuando la fuerte vanguardia de los Hombres flaqueaba, y los flancos, compuestos por caballería, ya trababan combate con los Nomos; Árcival pidió al heraldo que le sostuviera la gran bandera blanca con el emblema de Tíndereth, se puso el yelmo enterizo con rapidez y, cabalgado sobre su caballo blanco, se dirigió al frente.

Allí, blandiendo una de sus pesadas hachas, y pasando rápido sobre su caballo, el llamado Le-Hir decapitó al primer Nomo que se le cruzó en el camino. Segundos después mató otro clavándole el hacha en el cráneo, y a otros dos más, siempre embistiendo con su caballo. Pero momentos más tarde varios Nomos lo atacaron y los tumbaron del corcel. Entonces Le-Hir se levantó gritando con furia, y en un increíble acto de fuerza, lanzó a dos de sus atacantes por los aires, tomó de nuevo su pesada hacha plateada y de mango



dorado, y arremetió con furia sobre un Nomo cercano. La violencia del ataque fue tal, que los Nomos decidieron escapar, aterrados.

Pero en ese momento, cuando Le-Hir estaba prácticamente lejos de cualquier enemigo y sólo acompañado por dos Hombres que se ampararon a su lado, un enorme Troll de piel verdosa negruzca y de facciones espantosas, apareció y aplastó con su enorme maza a uno de los Hombres, a la izquierda de Árcival. Le-Hir en verdad tuvo suerte, pues pudo ser él el desgraciado.

Entonces el guerrero se puso frente al Troll, desafiante, y lo detalló: Corpulento, de piel gruesa, sin nariz, sin orejas, con rostro aplanado, cráneo redondo y ojos pequeños y fulminantes. En sus ojos, hundidos en las cuencas craneales, una ira incontenible era fácilmente perceptible. Y aparte de su gruesa piel, el Troll estaba protegido por un peto de acero negruzco y hendido, y por un casco con cuernos de acero.

Nadie sabe en verdad qué pensó Le-Hir en ese momento, pues su rostro estaba cubierto por el yelmo de cimera plana; pero el Hombre no se movió de allí, y permaneció firme y desafiante frente al Troll, mientras un viento glacial le ondeaba la negra capa. Su armadura parecía brillar con la luz de la Dama, y miraba al rostro del Troll inmóvil.

Entonces el Troll se enfureció, pues vio que el Hombre lo retaba, y soltando un bramido espantoso, lanzó su maza hacia Le-Hir. Pero Árcival saltó hacia atrás y dejó que la pesada arma del Troll cayera en el suelo, formando así un hoyo en los Campos. Y, al esquivar el ataque, Le-Hir gritó con ira, se lanzó hacia el Troll, y tal fue su rapidez y su fuerza, que logró hundirle parte de la hoja del hacha en el costado.

El Troll gimió de dolor, pero, como acto reflejo, lanzó un manotazo que golpeó el yelmo del guerrero. Era tal la fuerza del Troll, que Árcival cayó no muy cerca del monstruo. Pero Le-Hir se levantó de inmediato y sacó su otra hacha de su espalda. Entonces giró ambas hachas con sus muñecas en señal de desafío, y se acercó de nuevo, sigiloso y amagando con sus armas a la bestia.

Así que el monstruo volvió a entrar en cólera, y blandió su maza hacia el guerrero. Pero Árcival volvió a saltar hacia atrás, moviendo su capa contra el viento, y logró esquivar el ataque. Pero cuando volvió a atacar no logró alcanzar al Troll, y el hacha cortó el aire. Sin embargo, al estar al alcance del monstruo, Le-Hir blandió con rapidez el hacha de su otra mano, y logró cortarle al Troll dos dedos de su mano derecha.

La bestia lanzó un espantoso grito de dolor, y soltó la maza; mas golpeó de nuevo a Árcival con su puño, esta vez en el pecho. Pero, aunque el golpe logró hendirle el grueso peto, Le-Hir no cayó, en vez, retrocedió, y con furia y una fuerza increíble, lanzó una de sus hachas hacia la bestia. Sin embargo, no atravesó la armadura del Troll. Así que lanzó su otra hacha, esta vez a su rostro, y como el Troll era lento y pesado, no logró esquivarla. El hacha se le clavó en la frente, que emanó una sangre espesa y oscura y produjo un crujido horrible.

Entonces Le-Hir corrió para tomar su otra hacha, ahora mellada por el golpe; y cuando la tuvo en las manos, se encarnizó contra el robusto cuerpo verduzco de la bestia. El



monstruo manoteaba para evitar el constante ataque; pero Árcival era muy rápido, y lanzaba hachazos con fuerza y a dos manos. Y las heridas fueron tan numerosas, y el hacha en su cabeza entró tan profunda, que el Troll dobló la rodilla mientras babeaba y desorbitaba sus ojos, ahora vacíos de pensamientos, hasta finalmente caer al suelo.

Aunque al lado del Troll Árcival parecía pequeño, cuando la bestia cayó, un viento ondeó de nuevo la negra y brillante capa del guerrero, y Le-Hir pareció enorme entre los Hombres. Árcival respiraba con profundidad, pues estaba en verdad exhausto y adolorido, pero al ver que todos a su alrededor habían visto lo que él había hecho, volvió al cadáver y lo atacó con su hacha una y otra vez, como si fuera una piñata de carne y huesos, hasta que las fuerzas parecieron abandonarlo. Entonces tomó el hacha clavada en el cráneo del monstruo y lanzó un grito estridente al cielo, que parecía aclararse.

Seguido del grito, los Hombres empezaron a vitorear a Árcival, y empezaron a gritar en unísono: «¡Le-Hir, Le-Hir! ¡El Iracundo!».

Y, motivados por Árcival, los Hombres volvieron a tomar el control, y se empeñaron en empujar a los Nomos y a los Trolls hacia las costas septentrionales del Puro Menor. Entonces los Trolls fueron atravesados por las armas forjadas por los herreros de Dárlaran, y los Nomos fueron amedrentados por el ánimo y la furia de los Hombres.

Pero los Hombres se cansan rápido. Y esto fue aprovechado por los Nomos que, superando a los Ariánicos por número, lograron repeler los ataques de caballería en los flancos, y lograron atacar los costados del grupo principal. Entonces la retaguardia se vio obligada a entrar en combate.

Sin embargo, el alba ya llegaba, y con ella la ayuda, aunque parecía innecesaria, pues, aunque estaban en desventaja numérica, los Hombres habían logrado llevar a los enemigos hasta los vados del río. Así, cuando el día llegó y los dos Señores del Cielo se posaron sobre el horizonte, tras la Cordillera de la Vida y entre arcos iris formados por quebradas y cascadas, un dulce sonido proveniente del cielo intimidó a los Nomos y a los Trolls, y llenó de alegría el corazón de los Hombres.

34

Sobre los Campos Váldicos, y para sellar la rotunda victoria de los Hombres, del cielo azul y sin nubes cayeron en picada cientos de aves enormes, pues de las alturas de la Cordillera de la Vida descendieron los halcones, de plumajes azules y pechos plateados, picos afilados y negros, y garras como hoces de acero oscuro. Y de los nidos en las altas Montañas Fértiles llegaron en ayuda de los Hombres las águilas rojas, de garras filosas y grandes, y de plumas escarlatas y pechos amarillos, como los fénix de las leyendas Ariánicas.

Ambas razas de aves siempre habían amado a los Hijos del Sol Amarillo, y por eso los ayudaron en la batalla y cayeron en picada como si fueran de caza. Y, con las garras bien abiertas y con cánticos de guerra, atacaron a los Nomos; y a los Trolls les sacaron los ojos y les arrancaron las cabezas; y causaron pánico. Las plumas azules y rojizas caían como confetis sobre los Hombres, que agradecían a las aves y luchaban contra los Nomos todavía sobre los Campos; pero ahora el Sol Amarillo, que siempre brillaba en Pacán con desdén, iluminaba sus rostros y les daba calor y visibilidad.



Así que, perdiendo la ventaja de la oscuridad y de la sorpresa, e intimidados por las aves y por el valor de los Hombres, las tropas provenientes de Krimallán iniciaron una caótica retirada. Pero sólo los que alcanzaron a arrastrarse por las selvas tropicales del rededor de los Campos pudieron salvarse, pues los que corrieron por campos abiertos fueron fáciles presas de las aves rapaces. Sin embargo, varios Nomos que intentaron cruzar las selvas tropicales cayeron presas de los caimanes y de las anacondas bajo las aguas tranquilas, y de los jaguares salvajes cubiertos por ramajes. Así culminó la Batalla de los Campos Váldicos.

Ahora bien, cuando la batalla culminaba, Dárlaran se alejó de Arán y bajó con Buren hacia el campo de batalla. Allí, en medio de aleteos de buitres y olores amargos, el duque habló con algunos de los soldados. Les preguntó sobre las armas y recibió consejos por parte de los Hombres. Pero cuando empezó a bajar cada vez más al valle vio cada vez más heridos, y cada vez con peores heridas: Mutilados y desfigurados. Esta imagen quedó en la cabeza de Dárlaran, que incapaz de seguir adelante pidió a Buren que volvieran de inmediato al bastión.

El camino fue largo. Arán se quedó en los Campos, por lo que Dárlaran sólo volvió con Buren y con su guardia. Estaba cansado, pues no había dormido en toda la noche por estar pendiente de la batalla. Tampoco había comido nada y la cabeza empezaba a dolerle a causa del estrés producido en los Campos. Contaba cada paso del caballo, ansioso de volver. Y cuando finalmente llegó al ducado comió algo de carne en un estadero. Finalmente llegó a su hogar a altas horas de la noche, y aunque había algunos asuntos que atender en las forjas, Dárlaran decidió posponerlos todos y dormir, aterrado por los heridos y pensando cómo mejorar sus armas para reducir las bajas en el ejército.

La noticia de la contundente victoria se esparció con rapidez por todo Pacán, y los reyes de la Llanura Verde se mostraron en verdad satisfechos con el trabajo de Arán. Pero el circular dio todo el crédito a Dárlaran y a Le-Hir, convirtiéndose este último en una leyenda viviente, y tuvo sobrenombres como «El Mata-Trolls» y «El Gigante Dorado», entre otros.

Sin embargo, aunque Dárlaran y Arán volvieron a Hil-Dendel, Árcival y sus tropas, ahora reforzadas con soldados provenientes en su mayoría de la Llanura Verde, siguieron hacia el norte para intentar cercar a los Nomos y asediar las ciudades enemigas.

Al mes de iniciada la guerra, algunos de los reinos del norte ya estaban de nuevo en manos Humanas. Pero la noticia de que la guerra también había estallado en el Antiguo Continente inquietó a los estamentos de la Triada. Además, eran cada vez más severas las acusaciones de algunos circulares contra los reyes de la Llanura Verde, Tolh y Milh, en las cuales aseguraban el envenenamiento del anterior rey de Vírandel.

35

Ahora bien, la guerra en Pacán se mantuvo encarnizada y sangrienta los dos meses siguientes; pero fue en el Antiguo Continente donde los Nomos mostraron su verdadero poder. Los reinos al oriente de la Cordillera de Nínilver fueron completamente



devastados. Félgor y sus reinos vecinos se vieron rápidamente envueltos en llamas y masacres, y pestes y horribles batallas. Y Herda fue saqueada, mas los Nomos no pudieron entrar en Dan-Silum, su capital.

Así, los Nórdicos de la Nínilver y los Nocturnos se vieron sorprendidos por el espantoso poder del enemigo, jamás calculado por rey Humano. Pero los Nomos, que parecían tener todo planeado, no atacaron ningún reino Dacón; era obvio que el poder tras ellos se los impedía, pues si fuera desición los Nomos, los reinos Dacones serían los primeros en ser atacados, ya que odiaban más a los Albinos que a los Hombres.

El número de los Nomos era enorme, y ayudados por Trolls, intentaron un ataque simultáneo en todos los reinos, sorprendiendo a todos los reyes Humanos. Sólo la ciudad de Dan-Silum en Herda, las ciudades de Yavín, Trarras, Várinel y Járanel en Félgor, y las islas al norte, lograron repeler la violenta arremetida de los enemigos.

Y al cuarto mes de declarada la guerra, el 18 de mayo del 1280, los Nomos iniciaron la guerra contra los Enanos de la Cordillera Coronada y contra los Nórdicos que habitaban las montañas de Félgor. Poco pudieron hacer los Enanos contra los Nomos, que pululaban de los fosos hediondos cada vez en números más grandes.

La gran mayoría de los Nomos habitaban el norte de Félgor y la Cordillera de Nínilver, pero al parecer habían logrado asentarse en sitios estratégicos para cercar todos los reinos de los Hombres. Habían cavado incontables madrigueras cerca de los ríos importantes, y habían traspasado las fronteras por medio de inmundas trincheras, sin ser divisados por los batidores Humanos.

-No resistiremos mucho aquí. ¡Debemos irnos! gritó Aminión con desesperación a Oroth desde su cuarto. Ya habíale insistido tiempo atrás que se fueran de Yavín, pues la ciudad estaba arrasada por la guerra.

Pero Oroth se había negado a dejar sus tierras. -¿Y dejarles el camino libre a los Nomos? -preguntó desde la sala, mientras leía con detenimiento un libro de medicina.

Entonces Aminión salió a medio arreglar y dijo: -Si no caemos presas de los Nomos, la peste nos matará. ¿Acaso no has visto los cuerpos que se apilan en las calles? ¿Acaso no ves cómo los Nomos nos asedian, arrojando cadáveres pestilentes por encima de las murallas? ¡Oroth, nos morimos de hambre! No hay qué comer en la casa, los sirvientes no tienen qué preparar. Debemos irnos.

En ese momento tocaron la puerta, y uno de los sirvientes abrió con cuidado, pues cerraría de inmediato si era un enfermo. Pero al ver a Imperoth, lo dejó entrar de inmediato. Éste saludó a Oroth y plasmó un beso en los labios de Aminión, pues por medio de mentiras, Aminión había vuelto de nuevo a ser su amante.

-La situación va de mal en peor -dijo sentándose al lado de la joven-. Al parecer, más Nomos llegan a las afueras de Yavín, y saquean todo a su paso. Según me han dicho, traen tres Trolls con ellos.

Al escuchar la espantosa noticia, Aminión tomó al Hombre del brazo, con fuerza y temor. Y Oroth entreabrió la boca, temeroso y con un grito ahogado.

-¡Debemos irnos! -aseguró de nuevo Aminión, que tornaba su rostro ceniciento.

-¿Y a dónde?! -exclamó el conde con desespero-. No podemos volver al Reino de las Cavernas, porque allí estamos sentenciados a muerte por tu ridícula decisión de venir aquí



-entonces miró a la condesa y vio que tenía los ojos cristalinos y aguantaba el llanto con dificultad. Así que suspiró y dijo con más calma: -Lo siento, mi bella Aminión; pero en verdad no tenemos a donde ir.

-¿Entonces qué haremos? -preguntó la joven a Imperoth, deseosa de una buena respuesta. Pero Imperoth sólo meneó la cabeza en negativa. -No sé -respondió secamente-. Tengo algunas plantaciones a las afueras del Reino de las Cavernas; pero dudo que lleguemos allá sin ayuda -añadió recostándose en el sillón y pasando su brazo por sobre los hombros de su hermosa prometida, pues Oroth la había prometido en matrimonio, y Aminión, que parecía desamparada y sin más opción, habíase abnegado a su matrimonio.

Empero, Aminión se negó a ir al Reino de las Cavernas, y aseguró que prefería morir allí que ver de nuevo a su padre y al marqués de Mélerys, que en verdad le causaba repugnancia.

-No iré allí ni loca -aseguró desdeñosa, mientras levantaba la cabeza y miraba a su primo Oroth con desafío.

-¿Entonces? -preguntó el conde.

Aminión permaneció callada unos instantes, pensativa y llena de conflictos, hasta que llegó a su mente una idea descabellada, pero posible. Sin embargo, al instante se arrepintió. -No sé -respondió finalmente.

Desde ese momento la ridícula idea empezó a rondarle la mente. Y midiendo las ventajas y desventajas, la joven pensaba una y otra vez, mientras el tiempo se acababa y los días pasaban. Ya no salía de la casa de Oroth, pues la pestilencia y hediondez del aire de la ciudad causaban la peste, que consistía en una extraña necrosis que causaba negras y amarillentas purulencias repletas de pus, además de fuertes dolores de cabeza y de estómago.

Pero la peste no era el único problema, pues las fuentes de agua cercanas habían sido envenenadas por los Nomos, al igual que el río Harllén, que desde ese entonces fue conocido como el Río Negro, de una algidez mortal y envuelto en vapores helados y fatales.

Entonces, llevada por el hambre, el desespero y el temor, y sin decirle nada a Oroth ni a su prometido Imperoth, decidió mandar a una de sus criadas todos los días a los puertos aéreos, donde las palomas mensajeras volaban hacia destinos ya fijados. Y, por casi una semana entera, y enviando siempre aves con el mismo mensaje y al mismo lugar, la joven esperó respuesta.

El tiempo pasaba y ella, llevada por la luz de la esperanza, esperaba con ánimos las noticias de su criada apenas iba a los puertos de Yavín; pero sus motivaciones desaparecían cuando se enteraba que la criada no tenía un mensaje de respuesta, y en vez, había tenido que mandar otra solicitud. Las esperanzas de Aminión menguaban, y sus paredes parecían aprisionarla, y el hambre parecía consumirla, quitándole las pocas fuerzas que le quedaban. Ya había bajado mucho de peso, y se acostaba siempre pensando en comida, pues las raciones eran pocas durante el día. Hasta que después de la segunda semana recibió por fin respuesta.



El 13 de junio, seis meses después de iniciada la guerra, muy por la mañana tocaron la puerta de la casa de Oroth. El conde pensó al principio que era Imperoth, pero fue grande la sorpresa cuando el criado llegó con el rostro incrédulo y diciendo: -Señor Oroth, un señor Ariánico lo necesita.

-¿Un Ariánico? -preguntó escéptico mientras miraba a Aminión, que miraba por la ventana la inmundicia calle, repleta de desperdicios y de comida podrida. -¿Tienes algo que ver con esto, prima? -preguntó.

Entonces Aminión lo miró y, sin decir palabra, dirigióse a la puerta. Pero en verdad quedó asombrada, pues simplemente esperaba un mensajero, y en vez, vio con asombro que era un soldado con un casco reluciente y armadura dorada. Tras el soldado esperaban otros dos guardias, aunque con armaduras menos lujosas y pesadas.

-¿Condesa de Heid? -preguntó el Hombre, de piel morena y ojos castaños.

Aminión asintió, todavía atónita. -Sí, soy yo -dijo mirando a los cóndores tras los guardias. -¿En qué le puedo ayudar? -preguntó fijándose de nuevo en el Hombre.

-Tenemos un mensaje para usted, proveniente de Háreneth -aseguró el Hombre mientras sacaba de debajo de su peto una carta sellada con parafina roja, y se la entregaba a la condesa.

Entonces la joven, todavía estupefacta, abrió la carta y la leyó con temor.

Momentos después llegó Oroth, y preguntó: -¿Qué desean?

Mas Aminión se apoyó en su hombro mientras leía la carta, que decía:

-Condesa de Heid:

Sentimos mucho no haber recibido todas sus cartas, pues según la única carta que llegó, ya nos había escrito; pero parece ser que las águilas rojas no dejaron pasar a las palomas.

Esperamos que la guerra no la haya debilitado y le deseamos lo mejor. Mas la petición que nos hace sobre la estadía en Háreneth es muy delicada. Bien sabe condesa, que ni los Nórdicos, ni los Nocturnos, y ni siquiera los Dacones, pueden vivir aquí en Pacán, pues es orden. Todo Humano que no sea Ariánico no es aceptado en el Continente de los Bosques, excepto claro, que venga de visita o sea invitado a una importante reunión.

Sin embargo, el duque de Háreneth, que está bien conciente de esta regla, ha decidido traerla a usted, acompañada de su primo el conde y de su prometido al bastión de Háreneth.

Debe saber, Condesa, que no es segura la estadía en Yavín, y, aunque el duque sabe que está prohibido llevar Nocturnos a vivir a Pacán, les asegura completa protección. Pero deben partir inmediatamente llegue este mensaje, pues los tres deben entrar clandestinamente al reino, vestidos de soldados Ariánicos para no ser descubiertos. Tres guardias los escoltarán, y los cóndores los traerán directamente a Háreneth.

Le deseamos un buen viaje, condesa de Heid.

-Burén. Guardia de Háreneth.



Cuando Aminión acabó de leer la carta, una extraña sensación la abordó, pues, aunque representaba una esperanza, sentía la indiferencia de Dárlaran en la carta, pues él ni siquiera la había escrito. Entonces le pasó la carta a Oroth, y sin dejarlo siquiera abrirla, se apresuró a decir: -Alista tus cosas que nos vamos, te guste o no.

Así que Oroth se apresuró a leer la carta y entendió todo. -Sabes que Imperoth jamás aceptará ir a Háreneth -aseguró.

-Entonces que no vaya; pero nosotros no nos quedaremos para morir de hambre o de peste -aseguró la joven, decidida.

Pero antes de subir, los soldados Ariánicos les dieron unas mantas de sedas rojizas, brillantes y muy lujosas. -Deben vestirse con esto, pues son órdenes del duque de Háreneth.

Así que la condesa miró las ropas, y dejándose llevar por el orgullo, dijo: -¿Acaso piensa que nos mandará desde Pacán? ¿Piensa que haremos lo que le plazca?

Pero Oroth increpó. -¿Entonces prefieres morirte de hambre, Aminión?

La condesa miró las vestimentas por un momento, y renuente, las tomó y subió con ellas a su cuarto. Oroth la siguió, mientras los Hombres Ariánicos esperaban, atónitos por la increíble miseria de Yavín. Muchos mendigos les pedían a gritos pan y agua, y muchos otros, de rostros sucios y ojos hinchados de llanto, se pudrían sobre las calles a causa de la peste.

-¡¿Están locos?! Jamás iré a Pacán -exclamó Imperoth airado cuando acabó de leer la carta.

-Debemos ir. Aquí no hay nada para nosotros -dijo Oroth con serenidad.

-¡Así que va a dejarlo todo! -gritó el marqués-. ¿Y tú, Aminión? ¿Me dejarás? -preguntó. La condesa calló por un momento, pues en verdad se sentía incómoda por la pregunta.

-Eres mi prometida, y por ley debes quedarte conmigo; pero no puedo obligarte a quedarte, y no te delataré con los guardias. La decisión es tuya -añadió, esperando respuesta.

-¿Por qué no vas con nosotros? Sabes que no te dejaría, pues eres mi prometido; pero en verdad deseo salir de esta ciudad -confesó la joven a modo de ruego.

La conversación se extendió por horas, hasta que Imperoth, renuente, aceptó ir a Háreneth. Mas Oroth y Aminión nada le dijeron de quién era el duque, e Imperoth ya había olvidado a Dárlaran, y poco le importaba su suerte.

A los sirvientes se les dieron todas las posesiones de Oroth como compensación a sus servicios. Y escoltados por los guardias, los nobles ascendieron a los cielos plomizos, llevando sólo lo necesario y dejando abajo la destrozada ciudad. Aminión, que poco había salido de la casa de Oroth, vio por primera vez, atónita y desde el cielo, lo que en verdad ocurría: Los sembrados y las pequeñas villas alrededor de Yavín estaban completamente destruidas, y muchas casas en ruinas lanzaban al triste cielo humaradas negras y hediondas. Muchos cadáveres de animales de ganado yacían en las tierras ahora pardas, lanzando venenosos fluidos y rebosantes de moscas y gusanos blancos. Y por doquier se levantaban carpas toscas y pequeñas barricadas Nómicas. Y no muy lejos de la ciudad, a pocos kilómetros de los muros, los Hombres libraban una desesperada resistencia contra los numerosos enemigos.

-Estas tierras están repletas de fantasmas -aseguró el guía Ariánico a la joven, que volaba a su lado.



-Hay muchas almas de Hombres que se niegan a irse sin antes expulsar a los Nomos de sus reinos. No sería raro que hubiera fantasmas rondando por los caminos de estas espantosas tierras -respondió Aminión mientras miraba entre su cabello ondeante las planicies muy abajo. Antes, las tierras al norte de Félgor eran ricas y fértiles, repletas de arboladas frondosas y floridas praderas; pero habían bastado menos de dos años para que las tierras se volvieran yermas, frías y horribles. Los árboles se estaban deformando y deshojando poco a poco, y las flores ahora eran monstruosas y de olores amargos. Sólo bestias amaestradas por los Nomos y amparadas por la oscuridad habitaban los macabros bosques y pastaban sobre hierbas secas y pardas.

-¿Qué pasó en estas tierras? -preguntó el guía.

-La guerra ha devastado estos reinos -respondió Oroth-. Los Nomos siembran sal en donde antes había plantaciones, y talan árboles y queman pastos. Pero los Hombres no quedan exentos, pues prefieren destruir sus casas que darlas al enemigo. Los Hombres también talan y queman, y dejan pudrir sus siembras, y lanzan químicos a las profundas madrigueras de los Nomos. Un Demonio se ha posado en estas tierras, y ha logrado su cometido, pues la ha corrompido. Además, muchas almas en pena andan por los caminos y las arboladas, lo que hace estas tierras más peligrosas.

-¡Por favor! -exclamó Imperoth-. Los fantasmas no existen. Esos son cuentos y mitos Nórdicos -añadió mirando hacia abajo.

-Los fantasmas son muy reales -aseguró Aminión.

-¿Cómo los Ángeles? -preguntó Imperoth con ironía.

Pero Aminión calló.

Después de cruzar la Muralla de Volcanes, Aminión y sus acompañantes cruzaron los pequeños reinos al oriente de los volcanes. Allí, los asentamientos eran muy humildes, pero no sufrían los horrores de la guerra, pues la Muralla intimidaba a los Nomos, y el Mal parecía ignorar estos pequeños reinos. En sólo dos horas y media llegaron al azulado y brillante Mar de las Deidades.

Grande fue en verdad el cambio de ambiente, pues el cielo sobre el mar era fresco, las nubes eran muy blancas, y los soles se mostraban radiantes y se tornaban calurosos, animando a los viajeros. Sobre el mar informe y puro, varios animales acuáticos salían a la superficie como jugueteando, y enormes bestias mostraban sus siluetas bajo el agua. Los Nocturnos jamás habían visto animales tan grandes. Y sobre el mar, miles de aves blancas caían en clavado para pescar algunas desprevenidas presas.

Al ver tal belleza, la condesa de Heid pareció entrar en un encantamiento, pues su rostro pareció volver a tomar color, y su corazón se llenó de nuevo de alegría. Una sonrisa volvió a posarse en sus rosados labios, y sus ojos azules como el mar se abrieron hechizados, pues parecían haber olvidado el color y la belleza.

Y fue grande la sorpresa cuando los viajeros divisaron el continente de Pacán, que se levantó imponente y repleto de coloridos árboles con flores que dulcificaban el aire. Pero antes de sobrevolar la tierra, la condesa y sus acompañantes se atemorizaron al ver dos enormes águilas acercarse a ellos desde el norte. Las aves, de plumajes escarlatas y brillantes, y de plumas amarillas en el pecho, agitaban sus alas con furia mientras se acercaban a los negros cóndores de cabezas sin plumas.



-¡Nos van a descubrir! -exclamó la joven con temor, mientras lanzaba una tímida mirada entre la capota, viendo cómo las aves emprendían raudo vuelo hacia ellos, recortadas como siluetas rojas en el azul cielo.

-No lo harán -respondió el guía, intentando calmar a la joven.

-Si se acercan más seremos visibles -aseguró Imperoth, fijo a la silla del cóndor.

Sin embargo, las aves volvieron al norte al ver que el guía Ariánico levantaba una pequeña banderola con el emblema de Háreneth. Además, los Nocturnos vestían como Ariánicos, y sus rostros estaban ocultos tras las capotas rojizas.

Después de calmarse, Aminión se sumió en varios conflictos, como por ejemplo el trato directo hacia Dárlaran. «¿Tendré que tratarlo como un duque o como un amigo?» se preguntó. También pensó en los incontables comentarios y alardes que realizó sobre su título y su riqueza, mientras humillaba a Dárlaran por haberse presentado como un simple herrero. «¡Una simple condesa despreciando a un Duque!» pensaba a modo de reproche. Mas ninguna de estas preguntas le había abordado la mente en Yavín, pues una ceguera de hambre, enfermedad y fuego le envolvía los ojos. Poco de modales había pensado en la ciudad, ya que sólo deseaba salir de tan espantosos muros, repletos de inmundicias y cadáveres, y ruinas y sangre.

Aunque lo único que Aminión había deseado desde el inicio de la guerra había sido escapar de Yavín con Oroth y su prometido Imperoth, ahora no sabía qué sentir. Dárlaran los había admitido a los tres, incluso a Imperoth. «Quizás desea darle una lección» creyó la joven. Pero, aunque quería de sobremanera a Imperoth, pues había sido muy bueno con ella; la condesa se sentía confundida por Dárlaran. Deseaba muy en el fondo haberse negado al compromiso con Imperoth, y deseaba saber del duque. Sin embargo, el duque ni siquiera había escrito la carta, y eso la golpeó como una espada, pues se sintió menospreciada y común. Quizás Dárlaran había aceptado la petición de ella simplemente porque tres personas más no estorbarían en Háreneth. O quizás fue convencido por Térail, Burén y Árcival. Todo esto la inquietaba. «¿Qué piensa de mí?» se preguntó con congoja y temor.

Y finalmente, con el viento cálido y dulce abrazándolos, y bajo la luz de los Señores del Día, el guía hizo descender a los cóndores sobre un pequeño linde despejado de árboles, que desde el cielo se veía como un círculo verde claro entre los ramajes coloridos.

37

Cuando descendieron en el puerto, el guía los llevó por una senda blanca que siseaba entre los frondosos arces dorados y los robles verdes. Por el camino, Aminión, deleitada por la belleza de esas cálidas tierras, se acurrucaba con frecuencia para oler alguna flor de agradable aroma. También se maravillaba con los cánticos de las aves y los vivos colores de las mariposas que revoloteaban alrededor.

Pero la mayor sorpresa, no sólo para Aminión sino también para Oroth e Imperoth, surgió al salir de los árboles y divisar el soberbio y ostentoso bastión de Háreneth. Protegido por dos murallas, el bastión tenía forma de pentágono, y en cada una de sus puntas se erguía una intimidante torre blanca, de techo con tejas de mármol. El muro exterior estaba



protegido por atalayas de parapetos de oro lustroso. Y apostados en las atalayas vigilaban soldados con armaduras pesadas y capas blancas que los identificaba como guardias personales de Háreneth; pues no pertenecían a la Triada, ni seguían órdenes de los reyes ni de Arán; sólo servían al duque de Háreneth.

-¡Qué majestuosidad! -exclamó Oroth, sorprendido por la opulencia y la arquitectura del bastión.

-Lástima que tengamos que quedarnos en una bodega para no ser descubiertos por las autoridades de la Triada -respondió Imperoth con desprecio.

La condesa lo miró al escucharlo, pues se sintió incómoda con el comentario. -¿Qué quieres decir? -preguntó mientras se quitaba algunas hojas doradas de su negro cabello.

-Digo que el duque nos tendrá como ratas en cualquier forja para escondernos -respondió Imperoth-. Sabes que vine a Háreneth solamente por ti, Aminión, y que iría contigo hasta el fin del mundo, a las mismísimas moradas del Sin Nombre; pero eso no quiere decir que esté de acuerdo con tus decisiones.

Entonces se despertó de nuevo la arrogancia de la joven, que dijo desdeñosa: -No necesito que me acompañes en contra de tu voluntad. Yo puedo ir sola a donde me plazca.

-Como a este bastión -respondió Imperoth a modo de reproche.

-Sí, como a este bastión -respondió Aminión todavía más disgustada.

-¡Ya no peleen más! -exclamó Oroth.

Entonces la pareja se calmó.

-Debemos agradecerle al duque de Háreneth por arriesgarse a tenernos bajo su techo y así salvarnos de una muerte segura en Yavín -dijo Oroth mientras seguía al guía y se acercaba al portón. El portón era de madera de cedro, muy gruesa, y estaba bordeado de finos relieves. Además, a cada lado, como guardias dormidos, se erguían dos estatuas en forma de gigantes.

Cuando se abrió el portón, los Nocturnos vieron el segundo muro. Era más alto que el muro exterior, pero no tenía atalayas. En vez, un fortificado parapeto de oro se levantaba en la cima del muro blanco, y sólo dos enormes ladroneras sobresalían del muro, ambas cerca del portón del bastión. Las ladroneras estaban entechadas, y el techo era plano y de piedra gruesa para evitar proyectiles desde el aire. Bajo las dos ladroneras había otra puerta, menos grande que el portón principal, pero también de cedro. Dos fuentes con platones circulares se levantaban a los lados, emanando un agua tan pura que reflejaba la luz del día.

Tras el segundo muro se abrían amplios jardines alrededor. Allí el aroma era dulce y el color de las flores y de los árboles era muy intenso. Había también varias fuentes de formas diversas, y esculturas de mármol muy lujosas. Canales de agua brillante se abrían y regaban las plantas, y corrían con un avanzado sistema de riegos.

-No puedo negar que en verdad es hermoso -admitió Imperoth mientras miraba con la boca entreabierta el techo de la enorme edificación tras los jardines. Las tejas eran de plata pulida y brillante; sólo el valor del techo era mayor que el de cualquier palacio Nocturno.

-¡Cuánto lujo! -dijo Oroth atónito, pues recordó su casa y la miseria en la que Yavín se había convertido.



Sin embargo, a medida que cruzaban los jardines y se acercaban a la edificación, Aminión olvidó la belleza de su entorno, y en vez, se sumió de nuevo en sus conflictos. En verdad deseaba ver a Dárlaran, pero no sabía si él deseaba verla. Ella nada había escrito de su compromiso con Imperoth, mas él ya lo sabía, y poco le había importado.

Además, ya habían pasado casi tres años después de su último encuentro, y aunque ella lo pensaba con frecuencia, y recordaba con alegría y melancolía su compañía y las aventuras del viaje; se acongojaba al pensar en qué pensaba él, pues sabía que ahora estaba muy ocupado con los asuntos de guerra, y quizás ya la había olvidado. Entonces miró la pulsera que le regaló, pues él habíase dejado ganar esa partida de ajedrez, y recordó que ella le había dado su primer escrito. «¿Será que lo leyó y todavía lo guarda?» se preguntó, ansiosa y algo animada.

Y cuando estuvieron bajo el pórtico de la edificación, la puerta se abrió y salieron dos guardias de blancas capas y cascos enterizos.

Entonces Aminión sintió vértigo y temor, y el corazón se le aceleró súbitamente, y suspiró intentándose calmar. «¿Hago una venia?» se preguntó en ese momento. Pero en verdad sintió gran alivio al ver al moreno Burén.

-¡Que alegría me da verte, condesa de Heid! -dijo el guardia animado al ver de nuevo el rostro pálido de Aminión.

Entonces la joven olvidó formalismos y modales, y se lanzó a abrazar al moreno con ánimo y felicidad.

-¡Que alegría en verdad poderte volver a ver! -exclamó Aminión mientras sus ojos azules brillaban de alegría, pues en verdad quería mucho a Burén.

-El duque está apenado por no recibirlos personalmente, pero llega pasado mañana. Tuvo que hacer un rápido viaje a su fábrica en la Llanura Verde -explicó Burén refiriéndose a Oroth y a Imperoth-. Es un placer tenerlos aquí -añadió mientras daba la mano a Oroth.

El conde, extrañado, pues en la cultura Nocturna los soldados realizaban una venia a los nobles, dio la mano a Burén; pero Imperoth, que se mantenía arrogante y desdeñoso, ni siquiera lo saludó, y entró a la edificación con la cabeza muy en alto.

Burén, al ver el insultante ademán del marqués, lo miró airado.

Pero Aminión, que se dio cuenta, lo tomó del brazo y le dijo: -Pido disculpas por él. Déjalo, que todavía no conoce las costumbres Ariánicas y aún está muy influenciado por los títulos.

-¿Y tú no? -preguntó Burén mientras la invitaba a pasar.

-Aprendí -respondió la joven con una sonrisa en el bello rostro.

Burén les enseñó sus cuartos; y para sorpresa de los invitados, el duque les había dado los cuartos de honor en el segundo piso. Los tres cuartos, uno al lado del otro, estaban en el mismo corredor donde estaba el cuarto principal. El corredor tenía siete puertas, tres a cada lado y uno al fondo. La puerta del fondo era el cuarto de Dárlaran, mientras las tres puertas de la derecha daban a los cuartos asignados a los Nocturnos. Sin embargo, a Aminión se le asignó el cuarto más cercano a la salida del pasillo, y, por ende, el más alejado del cuarto del duque. Ella diose cuenta de eso, y se afligió.

Cada cuarto tenía baño propio con un avanzado sistema de desagüe, ducha con agua caliente, tina, un amplio espejo y un tocador de porcelana gruesa. También había en cada cuarto una pequeña biblioteca y un escritorio con lámparas de cristal, además de una cama



suntuosa de pliegues, ventanales con cortinas de terciopelo y dos mesillas de noche. También había algunos muebles voluptuosos y pequeños cuadros sobre las paredes, pues Dárlaran tenía especial gusto por las pinturas.

Mas en el cuarto de Aminión había una particularidad: Además de tener muchas toallas e implementos de belleza y limpieza, tenía sobre un escritorio muchas plumas para escribir, además de cientos de hojas en blanco y botellitas con tintas de varios colores. Y en el baño, dentro de una gaveta, había varios perfumes en botellas de cristal de varias formas. Al ver todo esto, la joven sonrió y se sintió animada y feliz.

38

Después de instalados, Burén los llevó a conocer el bastión. Era tan grande la fortaleza, que tuvieron que ensillar algunos caballos para recorrerla. Fueron a las forjas, en donde varios Hombres trabajaban en armaduras, armas y escudos. Después fueron a las plantaciones, donde muchos Hombres y Mujeres trabajaban las tierras y cuidaban de los animales. Incluso subieron a los muros y a las torres. Desde las torres la vista era soberbia, pues las torres sobresalían de los árboles, y de allí eran visibles las campiñas y las arboladas que cubrían las sinuosas colinas de las afueras.

-¿Cuántas personas viven aquí? -preguntó Aminión a Burén, sorprendida por el enorme número de plantaciones y de soldados en las barricadas.

-Unos setecientos u ochocientos sirvientes, y la guardia de Háreneth, que consta casi de dos mil soldados -respondió el moreno.

-¿Y qué asunto fue tan importante como para el duque no haya podido atendernos? -preguntó Imperoth intentando aparentar gran importancia.

-¿Le incomoda que lo atienda el guardia principal? -preguntó Burén con sardonia, pues parecía incómodo por los comentarios del marqués.

-No es eso -se apresuró a decir Aminión, que sentía vergüenza ajena por Imperoth.

Pero el marqués la interrumpió. -Es eso -dijo con arrogancia-. Sí, me incomoda que no sea el duque quien nos atienda.

Entonces Burén frenó el caballo y dijo furioso: -Pues, aunque no le guste, «marqués», aquí depende de mí, porque si fuera solo ya lo hubieran encerrado por el sólo hecho de ser Nocturno, y estaría esperando un carro que lo llevaría a alguna prisión.

Así que Imperoth tuvo que tragarse el orgullo frente al moreno Burén, que, calmado por la joven, siguió el camino hacia la mansión.

Aunque la mansión era relativamente tranquila, el rededor del bastión era un verdadero caos. Las forjas no dejaban de sonar y las patrullas permanecían en continuo movimiento. De vez en cuando llegaban pequeños grupos de Hombres para ser armados por los herreros de Háreneth, y uno que otro carruaje llegaba a la mansión, trayendo un noble Ariánico que deseaba ver al duque o que simplemente deseaba conocer el bastión, pues era de gran renombre en Pacán.

Al principio, la opulencia y la majestuosidad del bastión maravillaron a Aminión, que en verdad se sentía como una princesa. Kihra, por orden de Dárlaran, servía a la joven personalmente, y había asignado dos doncellas para atenderla. Pocas en verdad eran las pertenencias que Aminión había podido llevar consigo después de escapar de Yavín, así



que su instalación no fue demorada. Y placentera fue su primera noche, pues en verdad estaba muy cansada por el viaje. La cama, llena de cojines azulados bordados de oro, era muy cómoda, y el olor de las rosas que pendían a los lados de la cama aromatizaba el aire. Además, a diferencia de Yavín, Háreneth era cálido, y la joven, que no estaba acostumbrada a ese clima, se vio rápidamente abordada por el sueño.

Mas en su pensamiento siempre estaba Dárlaran. Más de una vez estuvo tentada a entrar a su habitación, y a preguntarle a Burén sobre él; sobre qué decía de ella, sobre cómo había tomado su petición, si todavía la recordaba como antes, y otras dudas. Pero no lo hizo; simplemente tomó una ducha y después dispúsose a dormir placidamente.

Al día siguiente, casi a mediodía, Aminión fue despertada por la amable Kihra. Ella misma le trajo el desayuno a la cama, lo que hizo que la joven se avergonzara.

-Muchas gracias -dijo tímidamente.

-No es nada, condesa -respondió Kihra-. Sus doncellas subirán en unos momentos para prepararle el baño.

-¿Cómo puedo agradecerles? -preguntó Aminión, que, aunque era una noble hermosa y estaba acostumbrada a tales tratos, se sentía en verdad agradecida con el servicio en el bastión.

-No debes agradecernos con más que una sonrisa -respondió Kihra que, realizando una venia, dio media vuelta para retirarse.

Pero Aminión la detuvo. -¿Me puedes decir cuándo llega Dar... -entonces la joven sintióse incómoda al mencionar el nombre-... el duque?

-El señor llegará mañana por la noche, según dijo -respondió la anciana que, sonriendo, se retiró.

El duque se demoró más de lo acordado, pues los Nomos lograron cruzar las cimas occidentales de la Cordillera de la Vida, y lograron descender sobre los reinos de la Llanura Verde. Así que Dárlaran se vio obligado a esperar en Al-Marac mientras las defensas de la Triada combatían en las fronteras septentrionales de la Llanura a los enemigos.

Así que los días siguientes, la joven simplemente se dedicó a caminar por el bastión (más que todo por los amplios jardines, examinando las flores y los árboles). El cielo de Pacán en verdad la alentaba, pues era muy azul y sin nubes, y los dos soles se erguían con desdén, abrazándola con su calor; y el viento también era agradable, pues la refrescaba al pasar raudo, ondeando su cabello negro y arrojándolo contra su rostro pálido y fino.

Era en verdad grande la belleza de Aminión, y si no hubieran sido advertidos por Burén, muchos de los guardias la habrían llenado de regalos y de invitaciones. Aunque vestida más humilde de lo normal, la joven brillaba entre los jardines como una aparición mágica, pues quien se le acercaba quedaba encantado por los brillantes ojos azules; y parecían entrar en un letargo al ver sus cabellos negros. Muchos la desearon, pues tenía un cuerpo bien formado y esbelto, y muchos otros creyeron enamorarse de ella.

Pero, aunque era dichosa de andar por el bastión (de por sí en compañía de Burén), Aminión no podía pensar en más que en la llegada de Dárlaran. En verdad dudaba en cómo saludarlo, y no sabía qué decirle para agradecerle sus atenciones. Recordaba su



rostro como si lo hubiera visto un día antes, y parecía que la miseria vivida en Yavín había sido borrada de su mente.

Oroth visitaba constantemente las galerías y las herrerías. Hablaba con los soldados a menudo y les contaba sobre Yavín y sobre la guerra lejana. La guerra en verdad no había tocado al reino de Hil-Dendel, pues el avance de los Nomos había sido frenado por Árcival en los Campos Váldicos; así que Háreneth nada había visto del terror producido por los Nomos. Durante estos días Oroth logró ganarse la estima de los guardias del duque, que lo invitaban constantemente a sus guardias.

Por otra parte, Imperoth, que en verdad amaba a Aminión, aguantaba todo por ella. Poco salía del cuarto, y se dedicaba a leer sobre leyendas Ariánicas y políticas de la Triada. Así diose cuenta del verdadero poderío militar y económico que formaba el bloque de Hil-Dendel, la Llanura Verde y Vírandel. Aunque los guardias y los sirvientes lo saludaban con ánimo al principio, con el tiempo dejaron de estimarlo, pues Imperoth era arrogante, y ni siquiera saludaba a sus sirvientes. En verdad muchos deseaban que volviera a Yavín para morir de hambre.

Sin embargo, Aminión lo visitaba con frecuencia, y hablaba con él por muchas horas; pero parecía ser que la relación se enfriaba con el pasar del tiempo, no por Imperoth, sino por Aminión, que, aunque intentaba tener la situación bajo control, no podía disimular el distanciamiento. Imperoth sufría por dentro, pues era notorio el cambio de la joven, mas no sabía el motivo. En verdad amaba a la joven, y cada vez que podía le escribía un poema o le cantaba. A Aminión le encantaban tan dulces detalles, y siempre le agradecía con un beso, pero no sentía lo mismo que antes.

39

Así transcurrió casi un mes entero. Las ansias de Aminión por ver a Dárlaran se incrementaban con cada día que pasaba. Con frecuencia miraba hacia el portón dorado, esperando que el carruaje del duque llegara, y se subía a las torres, servida y cuidada por los guardias, para ver el camino de losas blancas que se perdía entre las arboladas doradas, rosadas y verdes.

Y una noche templada, ya a la madrugada, Aminión sintió movimiento abajo, en la pequeña plazoleta de piedra que era visible desde la ventana de su cuarto. Con pereza y con los ojos entrecerrados, la joven se levantó y miró por el gran ventanal hacia la plazoleta blanca, y allí vio que algunos soldados corrían hacia el frente del bastión; pero la ventana de la joven daba hacia la parte posterior, así que nada pudo ver.

Entonces Aminión sintió la voz de Kihra, que hablaba en susurros con otro sirviente. Pero cuando la joven salió de su cuarto para preguntarle qué sucedía, la anciana ya había desaparecido. Entonces volvió al ventanal, y allí vio claramente que un carruaje tirado por corceles negros iba hacia las caballerizas, atravesando la plazoleta. Era obvio que era el carruaje del duque, pues era muy elegante.

-¡Llegó! ¡Él llegó! -se dijo la joven con la respiración ahogada, mientras sentía un vacío en el estómago. Entonces su corazón se aceleró e intentó calmarse respirando profundo, mas no lo logró. Así que empezó a caminar, con las lámparas de su cuarto apagadas, de



un lado al otro, bañada por la luz azulada de la Dama de la Noche. «¿Qué hago?» pensaba constantemente, mientras una serie de dudas e inquietudes le invadían la mente. Entonces decidió esperar y saludarlo cuando él subiera, y decidió ponerse una bata de terciopelo, pues tenía puesta un corto pijama de delgada seda blanca; y se sentó sobre la cama. Mas no sintió al duque llegar por mucho tiempo. Así que se empezó a inquietarse.

Sin embargo, fue más su inquietud al escuchar abrir una puerta en el pasillo, afuera de su cuarto. Entonces saltó de la cama, bañada por el vértigo, se medio peinó con las manos y se dispuso a abrir, pero las fuerzas la abandonaron al escuchar la voz del Hombre.

-¿Cómo han estado las cosas por aquí? -preguntó Dárlaran.

Y Aminión escuchó la voz de Burén responder.

-Han estado muy bien -aseguró el moreno guardia.

-¿Y ellos?

Entonces la joven supuso que se refería a ella y sus acompañantes.

-El marqués poco sale del cuarto, y es muy arrogante -dijo Burén.

-No me sorprende -interrumpió Dárlaran mientras la joven escuchaba cómo se alejaban hacia el cuarto principal. Así que Aminión entreabrió la puerta para escuchar mejor, y para su alegría, la puerta del cuarto principal no fue cerrada.

-Pero Oroth es muy querido, y ni hablar de la condesa -prosiguió Burén.

-También me lo esperaba -aseguró el duque-. Atiéndanlos como se lo merecen, denles lo que pidan, incluyendo al marqués.

-¿Es grave el desgarre? -preguntó Burén.

Entonces Aminión, temerosa, lanzó una tímida mirada, mas nada logró ver.

-Los tendones sanarán con buenas terapias -respondió Dárlaran.

Pero la joven se sintió asustada, pues en verdad deseaba el bienestar del duque.

-Pero eso no importa. No es la primera vez que me daño la rodilla.

-Sabe que se meterá en un verdadero lío si la Aminión, Oroth o Imperoth son descubiertos por autoridades de la Triada -aseguró el guardia recordando el peligro que el duque corría.

-Lo sé, pero hablaré con Arán a ver qué se puede hacer -respondió mientras le pedía con la mano al moreno que cerrara la puerta.

Después nada pudo escuchar la joven. Y, envuelta en sentimientos conflictivos y enormes dudas, intentó dormir, mas sólo hasta las dos de la mañana lo logró.

A las nueve de la iluminada mañana, Aminión fue despertada por Kihra, que traía el desayuno: Arepas de maíz con mantequilla y sal, huevos revueltos, pan, galletas de harina, y jugo de frutas tropicales; el jugo era distinto todos los días, aunque a veces variaba todo el desayuno.

-Muchas gracias, Kihra -dijo Aminión mientras se sentaba en su cama y se frotaba los ojos con sus manos, y lanzaba un bostezo de soñolencia.

-Con gusto.

-¿Qué fue todo el alboroto de ayer?

-Ayer llegó el duque.

Entonces a Aminión se le abrieron los ojos a causa de la alegría. -¿Y dónde está? Deseo saludarlo -aseguró.

-No se encuentra en el bastión.

La respuesta hizo que los ánimos de Aminión decayeran sin siquiera intentar disimular.

-Salió muy temprano en su carruaje, hacia Hil-Darath. Necesitaba hablar con Arán sobre lo acontecido en la Llanura Verde -explicó la amable anciana.



-Pero ¿cuándo vuelve? -preguntó la joven recostándose sobre los cojines en su espalda.

-Quizás esta misma noche esté aquí -respondió Kihra.

- Entonces no me sirvan la cena hasta que él llegue; la hora no importa. Quisiera cenar con él, aunque dudo que Oroth e Imperoth quieran esperar hasta tan tarde para comer.

Pero Kihra meneó la cabeza. -El duque come solo, y sólo admite la compañía de Burén o la mía en la mesa. No lo tome como una descortesía, pero él ordena que todos coman a las siete, y que nadie lo espere para comer, pues llega cansado y muy tarde, y se siente incómodo al ser esperado, porque eso lo afana más y lo distrae de sus labores.

-Pero él no sabe que lo esperaré. ¿Cómo podría afectar eso? -preguntó Aminión con astucia.

Sin embargo, Kihra sonrió como si recordara algún curioso suceso, y dijo: -Parece ser que eres muy predecible. Se me hizo extraño que ayer me pidiera encarecidamente que todos comieran a las siete de la noche, y que nadie lo esperara, ni siquiera la condesa de Heid; pero ahora me doy cuenta del motivo.

Entonces la joven quedó pasmada de la sorpresa.

-Lo siento, pero la comida se sirve cuando el duque mande -añadió la anciana.

-¿Es que acaso no nos quiere ver? ¿Es que acaso somos unos simples refugiados? Somos nobles Nocturnos y creo que merecemos comer al lado del duque de Háreneth -dijo Aminión levantando la cabeza y en tono desdenoso.

Así que Kihra la miró con detalle y respondió: -Lo siento en verdad, condesa, pero poco puedo hacer para complacerla en esos asuntos. No puedo hacer nada. Debo obedecerle a él, sea cual sea la decisión.

-Entiendo eso, pero no estoy de acuerdo con que el duque nos desprecie. Al fin y al cabo, estamos a su mismo nivel, aunque seamos de diferentes razas. No tenemos por qué rendirle pleitesía como sus súbditos, pues no lo somos.

-Lo sé, condesa, pero en Háreneth las reglas las impone el duque, pues él es el dueño de todo lo que ves a tu alrededor -dijo Kihra con bondad, intentando calmar a la joven-. Sé que no son sus súbditos y que no deben inclinarse la cabeza, pero no lo tomen como humillarse, pues los Ariánicos tienen pensamientos diferentes. Si bajan la cabeza, tómelo más como un agradecimiento, pues digan lo que digan, deben estarle agradecidos.

Las palabras calmadas de Kihra parecieron destrozar el orgullo de Aminión, que recostándose plácidamente sobre los cojines y moviendo sus piernas desnudas debajo de las cobijas para acomodarse, dijo más serena: -Es imposible negar que debemos agradecerle por todo, pues en verdad se está arriesgando mucho. Así que si lo que desea es comer solo, que coma solo -entonces le sonrió a la anciana, y añadió: -Sírvenme la comida a las ocho y media, pues tampoco seguiré las órdenes del duque al pie de la letra. Kihra también sonrió y asintió. -A las ocho y media estará la comida servida, condesa -y, todavía sonriendo, se retiró del cuarto.

Aunque la Condesa estaba ansiosa por la llegada de Dárlaran, poco demostró. Paseó por los jardines ese día y tomó un poco de vino de palma, mientras desde el ventanal tras el bar veía los árboles que se erguían sobre las colinas herbosas.

Al anochecer, Aminión ingresó de nuevo a la mansión, y acompañada de Oroth e Imperoth, la joven comió ricos cereales y una condimentada y deliciosa sopa de pollo.

-¿Acaso al duque nada le importamos? -preguntó Imperoth con desprecio, mientras se llevaba una cucharada de sopa a la boca.



-Simplemente está muy ocupado -respondió Oroth-. Además, este bastión es gigantesco, ni nos notará -añadió.

Las palabras de Oroth afectaron a Aminión, que, levantando la cabeza, dijo con una furia contenida: -Quizás simplemente nos dejó quedarnos por simple lástima.

-¡Y yo no necesito la lástima de nadie! -increpó Imperoth golpeando la mesa con furia.

-No es para tanto -dijo Oroth, que mirando los ojos azules de Aminión preguntó pensativo: -¿Acaso esperabas algún otro trato?

Entonces Aminión se sonrojó, bajó la cabeza apenada y respondió: -En verdad no espero nada del duque. Simplemente doy gracias por mantenernos aquí; pero buscaré trabajo, al igual que ustedes deben hacerlo, para irnos de este bastión.

-Es verdad -agregó Imperoth.

-¿Y qué saben hacer? -preguntó Oroth con calma-. Somos nobles, simplemente hacemos negocios, y aquí no tenemos nada que negociar.

Las palabras de Oroth eran muy parecidas a las de Dárlaran. «Un noble Ariánico no es noble por su nombre, sino por lo que ha hecho» decía. «Conozco nobles que les da vergüenza decir su título porque en su vida no han hecho más que vagar. ¿Qué es un noble? ¿Su linaje? Un noble no es nada sin una habilidad, sin un conocimiento, sin una convicción, sin una cualidad por la cual pueda enriquecerse».

-Entonces negociaremos lo que tenemos para duplicarlo -aseguró Imperoth.

-Nuestras pertenencias son ridículas al lado de la opulenta nobleza de la Triada -interrumpió Aminión con los ojos brillantes por las lámparas colgantes de vidrio-. ¿Acaso no ves este bastión? Esta sola mesa debe valer más de lo que tengo en mis alforjas.

-Así que están resignados a quedarse bajo el cuidado del duque de Háreneth. ¡Pues yo no!

-increpó Imperoth que, airado, se levantó de la voluptuosa silla y subió a su cuarto.

-¿Viste a Dárlaran ayer? -preguntó Oroth, ya más calmado.

-Sí, lo vi -respondió Aminión mientras se fijaba en el plato de comida frente a ella.

Entonces Oroth se acercó al rostro de la joven y preguntó en voz baja: -¿Y qué sentiste?

La pregunta pareció ofender a la joven, que respondió de inmediato: -¡Nada! ¿Qué podría sentir por él?

-Aminión, a mí no me engañas. Sé que te interesas por el duque, aunque Imperoth lo ignore. Él me ha preguntado si sé el motivo de tu cambio, pero no le he dicho nada, aunque he estado tentado a hacerlo. Él está destrozado a causa de tu cambio. Sufre por ti, Aminión, pues te quiere mucho más que el Hombre que causó tu cambio.

-¡No digas eso! -exclamó Aminión, pues en verdad le dolieron tales palabras-. Eso no es verdad -añadió furiosa.

-Aminión, Dárlaran no te ha ni determinado -ijo Oroth todavía calmado.

-Acabó de llegar ayer, y llegó muy tarde, así que no quiso despertarnos.

-¿Y por qué no dejó que lo esperaras para comer? -preguntó Oroth.

-Porque viene muy cansado -respondió la joven, recostándose sobre la cómoda silla.

-Sí quisiera verte poco le importaría el cansancio -aseguró Oroth.

Aminión miró al techo del comedor con los ojos vidriosos, pues lo que decía su primo era verdad, y admitirlo le dolía. -¿A qué quieres llegar? -preguntó con la voz entrecortada, intentando embutir el llanto.

-No estoy de acuerdo en que te fijas en alguien que no se interesa en ti; y sé que Imperoth, aunque tiene su carácter, te adora y no te descuidaría ni por los deseos del Innombrable. La prueba es que él está aquí, no por él, sino por ti. Él hubiera preferido luchar cara a cara contra los Nomos, pero estás tú antes que cualquier motivo.



-Tú eres amigo de Imperoth, y por eso dices eso -dijo Aminión con la mirada baja, intentando ocultar sus ojos.

-No defiendo a Imperoth, pero tampoco creo que Dárlaran se fije mucho en ti, y mucho menos creo que aguante tus insultos.

-¡No sabía que él era el duque de Háreneth! -exclamó Aminión levantando la lagrimosa mirada.

-¿Acaso no ves que eso era lo que él quería? ¿No ves que él deseaba que lo estimaras por su forma de pensar y de actuar y no por su título? Aminión, te dejaste llevar, al igual que todos nosotros, los nobles Nocturnos, por la opulencia y por el linaje.

Entonces la joven volvió a bajar la cabeza y dijo: -Tienes, razón, me dejé llevar.

-Habla con el duque, pero primero habla con Imperoth -pidió Oroth.

Pero Aminión meneó la cabeza. -Primero debo hablar con Dárlaran.

-¿Y lo harás hoy? -preguntó el Hombre mientras tomaba el jugo que había en la mesa.

-Sí, lo abordaré apenas llegue -respondió Aminión.

Los Nocturnos hablaron hasta poco después de las diez de la noche. Entonces ambos subieron a sus cuartos y se prepararon para dormir. Mas Aminión esperó por dos horas, intentando mitigar las agrias palabras dichas por su primo; en verdad no deseaba creerlas.

40

Finalmente, como a media noche, la joven sintió el abrir de una puerta, y escuchó claramente que Burén hablaba con el duque. Entonces entreabrió la puerta, inmediatamente después de que ambos Hombres pasaran hacia el cuarto principal, pero se detuvo de súbito, oculta tras el umbral del cuarto principal, al escuchar la conversación de ambos Hombres.

-¿Qué le dijo ella? -preguntó el duque a Burén.

-Nada, señor -respondió el moreno.

Entonces Dárlaran se acomodó en el respaldo de un ostentoso sillón en su cuarto, suspiró y preguntó: -¿Y cómo está?

-Muy bella, señor -respondió Burén-; pero hace mucho no lo ve, y desea hacerlo -añadió para vergüenza de Aminión, que pensó: «Si sigue hablando, mi orgullo quedará por el suelo». Sin embargo, se sentía alegre por las preguntas de Dárlaran.

-Mañana hablaré con ella -aseguró el duque mientras se levantaba de la silla y se dirigía a su cama. -Gracias por todo, Burén; pero en verdad deseo descansar. Varios circulares me han demandado, por lo que necesito desconectarme -añadió.

-Descanse bien, señor -respondió el Hombre mientras se dirigía a la puerta.

Entonces Aminión no supo qué hacer, pues se sintió descubierta. Burén estaba a su lado, y la descubriría cuando se volteara para cerrar la puerta.

Pero Dárlaran volvió a llamar al guardia. -Pero antes de dormir, tráigame un vaso de agua, por favor -pidió al moreno.

Esto dio tiempo a la joven para desplazarse por las sombras del pasillo hasta su cuarto, donde por fin pudo descansar. «Va a hablar conmigo mañana» pensó muy animada mientras disponíase a dormir. Entonces apoyó su cabeza sobre su almohada y durmió con una alegre sonrisa en los rosados labios.

Cuando el día llegó, Aminión se levantó incluso antes de que su doncella llegara con el desayuno, se bañó y se perfumó con dulces aromas. Vistióse con elegancia, de negro y



pedrería fina, y púsose una diadema de plata sobre la cabeza. Y, con más detalle que todo lo anterior, se puso la pulsera que Dárlaran le había dado después del partido de ajedrez. Se encrespó las largas pestañas y se delineó los bordes de los ojos con negro, se pintó la característica estrella negra en su frente y se pintó de rojo los labios, mientras la doncella le traía el desayuno. Al verla, la doncella no pudo contener la cara de sorpresa, pues vio la hermosura de la joven.

-El desayuno está listo -dijo con los ojos bien abiertos-. ¿Va a algún lado? -preguntó.

Entonces Aminión sonrió y respondió meneando la cabeza. -No saldré -dijo mientras se sentaba y se disponía a comer. -¡Qué rico se ve todo esto! -añadió muy alegre.

-Veo que está de muy buen ánimo, condesa -dijo la doncella y, realizando una venia, se retiró.

A los pocos minutos, Burén entró al cuarto de Aminión y le entregó un libro que ella misma le había encargado, pero que sólo estaba en la biblioteca personal del duque.

-El duque me pidió que te dijera que lo cuidaras, pues es uno de sus favoritos -dijo el guardia mientras le dejaba el libro sobre la mesilla.

Pero cuando iba a salir, Aminión preguntó: -¿Dónde está el duque?

-El Duque tuvo que ir a Hil-Féreneth -respondió tambaleante.

De esto Aminión se dio cuenta. -¿Y se demora? -preguntó con tono punzante y los ojos entrecerrados, buscando en los ojos del Hombre alguna respuesta.

-Sí. Llegará hasta bien entrada la noche -respondió el moreno bajando la cabeza.

-¿Como ayer?

Y el guardia asintió.

-¿Puedo saber a quién fue a visitar?

Burén dudo por unos instantes, pero al sentir la azul mirada de la joven, no pudo callar más, y dijo: -Fue a ver a Ládeniel, la hija del marqués de Hil-Féreneth.

Entonces Aminión sintió que las paredes aprisionaban su mundo, y se molestó, pues supo que lo que había escuchado la noche anterior no había sido lo que ella pensaba. No habíanse referido a ella, sino a Ládeniel. Pero nada podía decir, pues prácticamente había espiado a Dárlaran y a Burén.

-Así que hoy tampoco cenará con nosotros, ni nos dará la bienvenida a su bastión -dijo con arrogancia, intentando disimular su aflicción.

-Siento que se sientan incómodos por la ausencia del duque, y en parte tienen razón, pues son sus invitados de honor y nada de atención les han puesto. Hablaré con él -aseguró el guardia.

-No digas nada, por favor. Si en verdad no nos quiere ver no hay por qué motivo para obligarlo a hacerlo.

-No es eso -interrumpió Burén-. Simplemente que no ha tenido tiempo. En verdad quiere verlos, pero los asuntos de la Triada son de suma importancia. Debe ir a Hil-Féreneth para cerrar un trato con otros nobles de Vírandel el sábado siguiente, en la fiesta de cumpleaños de Ládeniel.

-¿Y cuántos años cumple ella? -preguntó Aminión.

-Veinticinco -respondió el moreno para decepción de la joven.

Aminión estuvo tentada a preguntar más sobre la hija del marqués, pero tenía que disimular. -Gracias por todo, Burén. Leeré el libro con detenimiento y lo cuidaré.

Entonces Burén bajó la cabeza y se retiró.

Apenas el Hombre cerró la puerta, Aminión no pudo contener la furia. Se arrancó la diadema de plata de su cabeza y la lanzó al suelo, se peinó con las manos y respiró



profundo para tranquilizarse. El nombre «Ládeniel» le retumbaba en la cabeza como una pesadilla.

Poco después entró Kihra. —¿Se le ofrece algo, condesa? -preguntó con dulzura.

La joven la miró y le dijo: -¿Habría forma de ir a la fiesta de Ládeniel?

La pregunta sorprendió a la anciana. —No lo sé, condesa -dijo-. Debería preguntarle al duque; pero en verdad no creo que sea lo mejor.

-¿Por qué?

-Lo mejor es que las autoridades de la Triada no sepan de ustedes, o por lo menos no todavía-. Y sin decir más, la anciana se retiró.

La idea era en verdad una locura, pero Aminión se percató de eso después de la reacción y las palabras de Kihra. «¿Cómo se me ocurrió pedir eso?» pensó. «Pondría en peligro a Dárlaran».

Sin embargo, y para sorpresa de todos, el carruaje del duque llegó cuando el crepúsculo de nubes tornasoladas caía en el horizonte. Aminión, que miraba sentada el crepúsculo al borde de una de las fuentes de mármol, se sintió entonces inquieta, pues la aparición del carruaje la tomó desapercibida. Pero el carruaje pasó lejos de la fuente.

Cuando el carruaje estuvo frente a la puerta de la mansión, Aminión vio con dificultad, entre árboles y velos de luz dorada, que un Hombre se bajaba del carro, escoltado por dos Hombres de capas blancas y sin cascos. Entonces Burén y Kihra se apresuraron a recibir al Hombre, y entraron con él a la mansión.

Entonces la joven caminó entre los jardines floridos hacia la mansión, lentamente, pues con cada paso sentía la adrenalina. Y de nuevo se sumió en sus dudas, ya que no sabía en verdad cómo saludarlo. Ella ya sabía que él era un duque, pero deseaba que él fuera el Dárlaran que la ayudó en Arys y con el cual vio el «Secreto de los Bosques de Mirlin».

Cuando entró a la mansión, Aminión se encontró con Kihra de frente.

—Te estaba buscando -dijo la anciana.

-¿Sucedó algo malo?

Entonces Kihra la tomó de la mano, meneó la cabeza y dijo: -El duque te busca.

-¿A mí? -preguntó Aminión, incrédula, mientras unos sentimientos conflictivos parecían invadirla.

-A sus tres invitados de honor -respondió la anciana.

-Pensé que nos había hecho a un lado -dijo la joven mientras levantaba sus cejas en ademán altivo.

-Ven, sígueme -pidió la anciana mientras la llevaba apresuradamente de la mano hacia uno de los salones del primer piso. Allí ya estaban Oroth e Imperoth; pero Burén y el duque habían subido un momento para dejar unos papeles en el cuarto principal.

La impaciencia de Aminión se hizo inocultable con el pasar de los segundos. Entrelazaba sus dedos y se mecía el cabello con frecuencia, aunque de forma muy sutil y casi imperceptible. Hasta que, después de unos minutos, la puerta se abrió y entraron dos Hombres. Uno de ellos era el ya familiar Burén, de tez morena y cabellos negros; pero el otro Hombre fue quien inmoló la atención de los Nocturnos, pues a todos se les hacía conocido ese rostro.



41

El duque de Háreneth vestía un abrigo negro de piel de oso, pues estaban a mediados de agosto, y aunque los soles se asomaban, poco calentaban, y el viento se había vuelto más salvaje en el trópico. Bajo el abrigo vestía una camisa de seda blanca de solapa brillante, y tenía puesto un pantalón de paño negro. Sus zapatos eran de cuero y bien lustrados, y sus guantes eran finos y oscuros.

Pero poca importancia puso Aminión a la impecable vestimenta del Hombre, pues pareció quedar hipnotizada con los ojos mieles de Dárlaran, puestos como crisoberilos en el rostro cuadrado. Esos ojos mieles parecieron petrificar a la joven, que reflejaba la mirada con un temblor involuntario.

Sin embargo, la profunda mirada que el duque lanzó a Aminión hizo que Imperoth se llenara de ira y de celos, y llevado por un furor monstruoso y por su ignorancia, dijo con sarcasmo: -¿Desde cuándo un herrero viste de seda?! No sabía que el duque mantuviera a su servidumbre como nobles. ¿Qué clase de noble es el duque?!

-Es uno de los mejores nobles -respondió Dárlaran con una tranquilidad que inquietó a Aminión.

-Imperoth... -dijo Oroth apenado, pues sólo hasta ese momento cayó en cuenta de su descuido, ya que no advirtió a Imperoth sobre Dárlaran.

Pero el marqués no lo dejó hablar. -Incluso, me sorprende que un noble tan poderoso como el duque de Háreneth ampare a ladrones -dijo envenenado.

-¡Imperoth! -exclamó la joven.

Pero ya era muy tarde, pues como si se comunicaran por la sola mirada, Dárlaran miró a Burén, y sólo eso bastó para que el moreno se dirigiera con violencia hacia Imperoth, que todavía seguía hablando. Y sin advertencia, y sin que Imperoth tuviera tiempo de reponerse, Burén le golpeó el rostro con su puño. Fue tal la fuerza del golpe que Imperoth cayó maquinal al suelo, con la nariz rota y emanando sangre.

-¡Dárlaran! -gritó Aminión aterrada, mientras miraba a Imperoth tendido en el suelo.

-No dejaré que nadie me insulte en mi propia casa -dijo el duque con una serenidad enigmática, mientras miraba inexpresivo el rostro de Imperoth, que, al escucharlo, pareció espabilarse.

-Él no sabía que tú eras el duque -aseguró la joven mientras ayudaba a levantar a Imperoth.

Oroth permanecía en silencio, intentando buscar una solución a la situación.

-Burén, llévelo al calabozo del bastión, por favor -dijo Dárlaran-. Mañana lo entregaremos al Círculo como inmigrante -añadió.

-¡No, por favor! -exclamó de nuevo la joven, atemorizada.

Pero el duque poco caso hizo a la petición.

-Por favor, duque, le pido disculpas por él -dijo Oroth finalmente.

-Nada tiene que ser perdonado, Oroth; por lo menos nada proveniente de usted -dijo Dárlaran, que dirigiéndose a Aminión, añadió: -Suban a sus cuartos, que la comida les será servida allí.

-¡Dárlaran, por favor perdónalo! -insistió la Condesa.



Pero Dárlaran, sin decir palabra alguna, dio media vuelta y se retiró hacia los jardines, dejándose bañar de la luz pálida de la Dama de la Noche, que se mostraba velada por delgados mantos de gélidas nubes.

Cuando el duque salió a los jardines del bastión, Burén se apresuró a tomar a Imperoth, y ayudado por dos guardias, lo inmovilizó. Por más que Aminión le rogó al moreno que desistiera de su tarea, Burén sólo decía: -Son órdenes que no puedo contradecir.

-Te lo ruego, Burén -insistió la joven de cabellos negros.

Pero Burén meneó la cabeza y salió del salón con Imperoth, que se sacudía con furia, intentándose zafar de los guardias.

Entonces Aminión, sin razonar por la situación, salió de la mansión y vio al duque solo, en silencio y mirando la Dama de plata desde los jardines.

-Él no sabía que tú eras el duque de Háreneth -dijo-. Por favor, perdónalo y sácalo del calabozo.

-¿Tanto te preocupa tu prometido? -preguntó Dárlaran sin quitarle la vista a la Dama.

La Condesa permaneció en silencio un momento. Todavía no sabía cómo Dárlaran se había enterado de su compromiso con el marqués. Pero después recordó el nombre de «Ládeniel», y sintió un dolor y una furia muy profunda. Así que respondió: -Sí, me preocupo por mi prometido.

Aunque el Duque no mostró expresión alguna, la joven sabía que la afirmación habíale dolido. -¿Y estarías dispuesta entonces a sufrir su misma suerte? -preguntó con tono tan serio, que Aminión se sintió aterrada. La sola idea de que el mismísimo Dárlaran la entregara a las autoridades de la Triada le causaba pánico, no por su suerte, sino por la decisión del duque.

Entonces se escuchó un grito desde el portón de la mansión. -¡No! -exclamó Oroth al escuchar la pregunta de Dárlaran.

Sólo en ese momento el duque se volteó, dejando su ensimismamiento por unos momentos.

-Por favor, duque, ¡no lo haga! -insistió.

Mas Dárlaran permaneció en silencio.

Así que Oroth se acercó a él y se hincó mientras le tomaba del abrigo negro. -Si es necesario, yo correré la suerte de Imperoth; pero por favor, no entregue a Aminión -pidió mientras agachaba la cabeza.

Pero Dárlaran lo ayudó a levantar de inmediato. -Ya le dije, Oroth, que a usted nada le tengo que perdonar -aseguró el duque mientras le limpiaba el pantalón en las rodillas. Entonces miró a la joven, con sus ojos azules muy abiertos, su cabello lustroso y reluciente bajo la luz pálida de la noche, y su piel blanca; y le dijo: -Sabes que prefiero enfrentarme a toda la Triada antes de doverte a la mísera Yavín. Sabes bien que jamás correrías la suerte de Imperoth, así lo desearas.

-Libéralo -pidió Aminión con la voz cansada y los ojos vidriosos.

-Si en verdad te importa tanto tu prometido, lo liberaré -dijo Dárlaran mirando de nuevo hacia la Dama-. Pero esta noche la pasará en el calabozo, pues no sólo pagará lo de esta noche -añadió.

-¿Aunque sea puedo llevarle algo de comida? -preguntó la joven que, a pesar de su arrogancia, tenía un buen corazón.

-No -respondió Dárlaran serenamente-. Si eso te preocupa, no dejaré que aguante hambre; pero tú no bajarás al calabozo, ni hoy ni nunca, a excepción de que sea yo mismo el que



esté allí -aseguró. Entonces volvió a mirar a los Nocturnos, que parecían más tranquilos, y les dijo: -Suban a sus cuartos, que allí se les servirá la comida.

-¿Es que acaso no somos merecedores de compartir la mesa con un duque Ariánico? -preguntó la joven, disfrazando sus intenciones con orgulloso.

-¡Aminión! -reprochó Oroth, pues el comentario sonó fuera de tono, muy altivo y despreciativo.

Mas Dárlaran no hizo caso al comentario. En vez, sonrió y dijo: -Hoy iban a comer conmigo, si eso era lo que en verdad deseaban; pero Imperoth me dañó el apetito.

42

Como Dárlaran lo prometió, Imperoth no sufrió de hambre en toda la noche; pero no se le dio ni una cobija ni una almohada, ni una manta ni una capa. Entonces Imperoth, avergonzado y roído por la furia hacia Dárlaran, se sintió como un criminal, como uno más de la servidumbre, pues jamás había pensado en estar en una celda.

Y muy temprano, cuando los soles dejaban caer su calor en las praderas y a los lindes de Háreneth, Imperoth fue liberado. Tenía las vestimentas sucias y estaba despeinado. Sin embargo, los guardias no lo llevaron a su habitación, sino al cuarto principal de Dárlaran, cuando Aminión y Oroth aún dormían. Allí fue presentado al duque.

-¿Cree todavía que soy un ladrón? -preguntó Dárlaran mientras caminaba con desdén por el cuarto hacia uno de los ventanales para mirar el sereno amanecer.

-Si fuera un noble ya me hubiera mandado a matar -respondió Imperoth, todavía furioso por la fría noche en el calabozo.

Así que Dárlaran suspiró, como resignado o arrepentido, y dijo acomodándose en un suntuoso sillón: -Créame que ya lo hubiera desterrado no tuviera los acompañantes que tiene.

-¿Qué quiere decir?

-Su prometida y su amigo me pidieron que no lo enviara a Hil-Dendel, a las autoridades de la Triada para que lo pusieran en el primer barco hacia occidente.

-Eso sería mejor que quedarme aquí -aseguró Imperoth, irritado.

-Lo sé -respondió Dárlaran-; pero sus acompañantes no lo saben. Se quedará aquí como mi invitado, como lo ha hecho hasta ahora. No le faltará nada y es libre de andar por todo el bastión, mas no fuera de él, pues se arriesga a ser capturado por los guardias de la Triada. Sólo hasta que hable con Arán podrá salir del bastión.

-¿Para qué quiere que me quede? ¿Para ver cómo me corroen los celos cuando veo cómo Aminión lo mira?

Entonces Dárlaran púsole más atención. -¿De qué habla? -preguntó con los ojos entrecerrados.

-¿Acaso cree que no los vi? Por fin sé el motivo del cambio de Aminión -aseguró el Nocturno-. Aunque ella esté comprometida conmigo, su corazón no me pertenece, aunque eso quisiera más que cualquier otra cosa.

-¿Entonces el corazón de la condesa me pertenece a mí, según usted?

-De todo me enteré al detallar la mirada de ella cuando lo vio -respondió Imperoth-. Sin embargo -añadió mirando a Dárlaran a los ojos-, tiene que saber que ella es mi prometida, y que ni siquiera usted, duque de Háreneth, tiene el poder de violar esa unión. Sólo yo puedo decidir la suerte de Aminión en cuanto al amor, y si decido que se casa conmigo mañana, ¡pues así se hará! -exclamó furioso.



Pero uno de los guardias lo golpeó con el mango de su espada en la espalda. El guardia hace rato deseaba golpearlo, y vio la oportunidad perfecta.

-¡Basta! -ordenó Dárlaran.

Así que el guardia asintió y dio unos pasos hacia atrás.

Entonces el duque miró a Imperoth, que reía cínicamente, y dijo: -Haga con la condesa de Heid lo que quiera. Tiene razón, es su prometida, y ni yo puedo evitarlo.

Imperoth, al escuchar tan secas palabras, dejó de reír y, atónito, levantó la cabeza. -¿Es verdad lo que dice? -preguntó con escepticismo.

Dárlaran asintió. -En verdad no deseo ser un mal anfitrión. Además, ella tiene muy claro que usted es su prometido, aunque no estén casados; ayer me lo reiteró en los jardines. Aminión lo quiere a usted, y usted merece más su amor que yo -aseguró el duque que, ordenando a los guardias a ayudar a levantar al Nocturno, lo dejó ir a su cuarto. -Es libre en el bastión -dijo finalmente-; pero no fuera de él.

Cuando Aminión despertó, se bañó con presura y fue directo al cuarto de Imperoth; y en verdad fue grande el descanso cuando lo vio acostado y con el rostro barbado. Entonces la joven, llevada más por la compasión que por el amor, se acercó y le besó la frente al Hombre, que parecía tener fiebre.

-Estará bien -escuchó la joven una voz que le era familiar. Así que volteó a mirar y se sintió extraña al ver Dárlaran recostado contra el marco de la entrada. Su rostro era en verdad inexpresivo; pero Aminión ignoraba que los celos le corroían los huesos.

-Te doy las gracias, Dar... -entonces la joven se frenó de súbito, pues los conflictos de cómo tratar al Hombre la habían traicionado de nuevo.

Sin embargo, el Hombre sonrió y dijo: -Ve a tu cuarto, condesa de Heid, que allí te será servido el desayuno. Y prepárense los tres, que hoy viene Arán al bastión. Debo convencerlo que les consiga documentos para que ya no tengan que esconderse.

-¿Y tu amigo si nos ayudará? -preguntó la joven.

-Debo hacer el intento -respondió Dárlaran.

-¿Y qué tendremos que hacer nosotros?

-Agradarle a Arán -respondió el duque que, volteándose para retirarse, añadió: -Pero no te preocupes, no es muy difícil.

Alrededor de las tres y media de la tarde, un carruaje negro tirado de caballos blancos llegó al bastión, fuertemente escoltado. Cruzó los jardines y se puso frente a la mansión de Háreneth. De allí se bajó un Hombre finamente vestido, de porte elegante y mirada astuta. La joven, envuelta por el nerviosismo, miraba desde la ventana del cuarto de Oroth cómo Dárlaran recibía con un abrazo al Hombre recién llegado, y lo invitaba a pasar con alegría.

A los pocos minutos, Kihra llegó al cuarto donde los tres Nocturnos esperaban ansiosos.

-El duque los necesita -dijo mientras los guiaba hacia uno de los enormes estudios del ala derecha de la mansión, en el primer piso.

Los Nocturnos bajaron con un vacío en sus estómagos, y tímidos, entraron por fin al estudio. Allí Dárlaran y el otro Hombre los esperaban. Arán, de mirada penetrante, miró primero a la joven, como era de esperarse, y en verdad le pareció muy bella. Después miró a Imperoth, quien parecía todavía muy cansado por la noche en el calabozo. Y finalmente miró a Oroth, quien parecía el más amable y sumiso de los tres.



-Me place presentarle a mis invitados de honor, Arán -dijo el duque mientras miraba a la joven; pero esta vez la joven sintió que la mirada era profunda e irradiaba algo que ella no podía describir. Así que reflejó la mirada del Hombre como hipnotizada, pues sus ojos mieles en verdad la atraían y la invitaban a caer bajo su encantamiento.

Pero despertó al escuchar la otra voz, penetrante y sonora. -Es un placer conocerlos, nobles Nocturnos -dijo Arán mientras se acercaba a Imperoth y le tendía la mano. Arán bien sabía quién era Imperoth, y en verdad a él era al que más deseaba conocer, pues tenía fama de pedante y arrogante, y esto le causaba más tentación de provocarlo.

Entonces Imperoth lo miró, y miró su mano extendida hacia él.

Pero antes de poder hablar, Arán dijo serenamente: -Tenga en cuenta, noble Imperoth, que debe sentirse halagado, porque yo, Arán, circular de la Triada, le extienda la mano, pues, como ustedes se guían de títulos...

-¿Y qué título puede usted ostentar? -interrumpió Imperoth despreciativo.

Entonces Aminión y Oroth lo miraron y de nuevo se inquietaron, pues no conocían a Arán.

Sin embargo, el circular sonrió y dijo en tono jocoso: -Soy, después de los reyes de la Llanura Verde, el Hombre más poderoso del mundo mortal.

Estas palabras fueron tan orgullosas y humillantes, que Imperoth no pudo articular una respuesta. Él se había acostumbrado a que los nobles Ariánicos no ostentaban su lujo; pero Arán parecía más orgulloso de lo normal, y con justa razón, pues lo que decía era verdad.

Y Arán añadió: -Y, gústele o no, marqués Imperoth, yo tengo el poder de ejecutarlo cuando esté de mal humor.

Las palabras dejaron fríos a los Nocturnos.

Pero Dárlaran, incapaz de sostener la risa, soltó una carcajada. -¡No le crean! Simplemente tiene un pésimo humor -explicó a los Nocturnos.

Y Arán, también incapaz de aguantar sus palabras, se unió a la burla.

Mas los Nocturnos permanecieron petrificados del temor.

-Veo que los Nocturnos no conocen muy bien a los Ariánicos -dijo Arán-. Jamás trataría así a los invitados de honor de mi amigo.

-¿Entonces puede manejar alguna ley para que ellos se queden conmigo? Sabe que no los puedo devolver a Yavín.

Arán miró a Oroth, que todavía tenía el rostro pálido del temor, y dijo: -Siéntense, por favor.

Mas Aminión no pudo contener la vergüenza y la ira, y exclamó furiosa: -¿Acaso no somos más que sus payasos?! ¿No somos más que sus burlas?! ¡No se aprovechen porque dependemos de ustedes!

Las palabras salieron con tanto ímpetu, que Dárlaran y Arán quedaron en silencio.

-Aminión -dijo Oroth en voz baja, intentándola calmar.

-Veo que en verdad los Nocturnos no tienen buen sentido del humor -dijo Arán.

-Es cierto -aseguró el duque mientras miraba el furioso y pálido rostro de la joven.

Entonces Arán se acercó a Aminión, y mirándola con detenimiento, dijo: -Los haré pasar como Nórdicos. Los ojos de esta joven serán buenas pruebas.

-¡Jamás me haré pasar por Nórdica! -exclamó Aminión.

Pero, para sorpresa de los Nocturnos, Arán mostró paciencia, y dijo serenamente: -Es lo único que puedo hacer para que estén libres de las autoridades de la Triada. Los Nórdicos tienen más posibilidad de quedarse en Pacán que los Nocturnos, pues hay una ley que puedo utilizar. Ustedes deciden.



-Le daríamos las gracias -respondió Oroth apresuradamente, anticipándose a las respuestas de Aminión y de Imperoth.

-Lo que...

Pero Arán fue interrumpido por Burén, que entró rápidamente al estudio con una carta en la mano. -Señor Arán, los Nomos atacan de nuevo -dijo con presura.

Entonces el noble leyó la carta con los ojos bien abiertos, y apenas acabó, golpeó con su puño el escritorio a su lado. -¡Malditos sean los Nomos y toda su prole! -exclamó iracundo.

Entonces todos cortaron las respiraciones, pues la furia de Arán era grande. Incluso pareció que el salón se puso rojo.

-¿Qué sucede? -preguntó Dárlaran.

-Los Nomos burlaron de nuevo la vigilancia de los halcones -respondió Arán, que se sentó en el borde del escritorio y continuó: -Se escabulleron por los montes de la Cordillera de la Vida. Esos malditos me van a causar un infarto.

-Pero esas tierras son vírgenes y tienen innumerables peligros -aseguró Dárlaran.

-Pero parece ser que los Nomos prefirieron perder varias de sus tropas en los pantanos de la selva que enfrentarse a nosotros -añadió el circular mientras miraba a los Nocturnos.

-¿Prefirieron morir en la selva que enfrentarse con los Hombres? - preguntó el duque, incrédulo.

-Son demasiados. Sus fuerzas no sufrirían mucho cruzando la Cordillera de la Vida -aseguró Burén.

Entonces Arán miró al duque, y dijo: -Tienen a Al-Marac bajo asedio.

-¿Qué?! -exclamó Dárlaran sin querer creer.

-Los malditos descendieron sobre la Llanura Verde desde la Cordillera y cercaron Al-Marac.

-Debemos ayudarlos -dijo Dárlaran, más por acto reflejo que por conciencia.

Pero Arán meneó la cabeza. -No es todo.

Entonces Dárlaran se sentó, pues sabía que había noticias más fatuas.

-Los Nomos volvieron a saquear los reinos del norte y las riveras del Magla.

-Pero Árcival está allí.

-Árcival viene en camino sobre un cóndor -aseguró Arán-. Apenas supo del asedio de Al-Marac se preparó de inmediato.

-Debemos ayudar al Rey Milh -insistió el duque.

-También fue destruida su fábrica de la Llanura Verde -dijo Arán finalmente mientras se tomaba la cabeza, como si una enorme jaqueca lo abordara de repente.

Entonces Dárlaran permaneció en silencio unos minutos, intentando digerir la mala noticia. -Me costó una fortuna -dijo finalmente.

-La Llanura Verde ha quedado vulnerable -añadió Burén, que también parecía pasmado por la noticia.

-La reunión debe aplazarse. Haré lo posible para hacerlos pasar como Nórdicos; pero, por ahora, permanezcan en el bastión, y si salen a Hil-Darath o a Mirllán háganse pasar como turistas. Igual les ruego que me perdonen por mi pésimo humor -pidió Arán mientras se levantaba y tomaba su abrigo gris.

-¿Qué va a hacer? -preguntó Dárlaran.

-Intentaré recuperar lo que pueda de su fábrica; pero busque la forma de mitigar las enormes pérdidas.

-¿Y Al-Marac?



-Mandaré tropas de Hil-Dendel a Larath, también enviaré mensajeros a Vírandel; nuestro frente septentrional no puede caer.

-¿Dejará que Al-Marac y el rey Milh caigan?! -exclamó Dárlaran con atterro.

-¡Para cuando lleguemos a Al-Marac la ciudad ya estará en ruinas! -gritó Arán con desespero. Y más tranquilo, añadió: -Debemos anticiparnos a los Nomos. Milh ya está perdido, y la ciudad ya está destrozada.

-Esto traerá problemas a la Triada y a Círculo. ¿Está conciente de eso? -preguntó el duque.

- Lo estoy.

- Si los Nomos cruzan la Cordillera de la Vida por su lado más hostil, no será raro que descendan sobre las Tierras de Tenoc -interrumpió Burén.

-Nuestra prioridad es mantener las fronteras septentrionales -aseguró Arán-. Además, aunque el reino de Vil-Díndel no pertenezca a la Triada, es poderoso, y las Montañas de Viento son inexpugnables. Los Nomos se chocarán contra esas enormes y frías montañas, y de allí no pasarán.

-¿Y cuántos Hombres mandará a la Llanura Verde? -preguntó Dárlaran.

-Medio millar -respondió Arán con furia y seguridad.

-¿Está loco?! Dejará a Hil-Dendel sin protección -aseguró el duque, temiendo por sus tierras.

-Mandaré otro medio millar a los Campos Váldicos, si eso es lo que le preocupa; pero los Nomos no se atreverán a atacar Hil-Dendel; piensan que tenemos más tropas de las que en verdad tenemos. Piensan que Hil-Dendel es indestructible.

-¿Está seguro que no atacarán Hil-Dendel?

-Mandaré todas las fuerzas a la Llanura Verde -insistió Arán-. Si perdemos el reino de la Llanura estaremos cercados: Desde el norte atacarán las ciudades de Krimallán y Górdoral, y Larath y Al-Marac serán Nómicas, y nos atacarán desde el oriente. Las Montañas Fértiles nos cierran una huída hacia el sur, y el Mar de las Deidades es nuestra frontera occidental. Además, quedaríamos separados del reino de Vírandel, y sería cuestión de tiempo para los Nomos atravesaran el río Ardas y arruinaran las ciudades Tóndoral, Vírandal y Dárandal. Debemos recuperar la Llanura Verde-. La astucia de Arán dejó perplejos a los presentes en el estudio. -Le-Hir irá a la cabeza del ataque.

-Los Nomos son más de medio millar -aseguró el moreno guardia.

-Lo sé -respondió Arán-. Los Nomos jamás atacan cuando son superados en número; pero nosotros somos mejores -aseguró poniéndose el abrigo-. La única resistencia que podemos montar es en Larath; está más cerca que Al-Marac y está bajo cielos despejados, así que los halcones nos ayudarán.

-¿Si cae Larath estaremos en problemas? -preguntó Oroth con timidez.

Entonces Arán lo miró y asintió. -Si perdemos Larath tendremos la guerra perdida. Pero en ese momento llegó un mensajero con una paloma blanca en sus manos. Tras el joven Kihra, que intentaba detenerlo. Entonces el mensajero dijo casi sin aliento: -Yavín ha caído.

43

El carruaje de Arán se retiró al frío anochecer; pero la congoja no se fue de Háreneth: Los Nocturnos no pudieron aguantar el dolor al escuchar de la caída de Yavín. Parecía que todo se hubiera venido abajo en sólo un momento. Fue tal la angustia, que ni Oroth ni Imperoth quisieron comer.



Por otra parte, la joven, que había acompañado a los Hombres Nocturnos durante todo el día, decidió que ya era hora de dormir, pues en verdad sentía los párpados pesados; pero se topó de frente con el duque cuando subía las escaleras. Dárlaran también parecía inquieto.

-¿Qué te sucede? -preguntó la joven con tono tierno.

La dulce pregunta pareció sorprender al Hombre, que respondió sonriendo: -La pérdida de la fábrica de la Llanura Verde me costará mucho oro.

-Pero eso no es lo que de verdad te preocupa -aseguró Aminión mientras se recostaba contra el parapeto de la escalera.

-¿Por qué lo crees así? -preguntó el duque más interesado.

-Te preocupa que tu amigo Arán haya sepultado una ciudad entera, pues eso hizo: Sepultó al rey Milh y a los habitantes de Al-Marac -aseguró la condesa.

La afirmación hizo que el duque se sorprendiera. -¿Piensas eso? -preguntó.

-Dárlaran, eres de buen corazón, y estas situaciones no te son indiferentes -aseguró Aminión, que en verdad parecía otra persona, pues su tono era tierno, conciliador, y sus palabras fluían de ella como antes, como en el viaje.

Entonces Dárlaran la miró y dijo mientras descendía las escaleras en un tono muy profundo: -Ojalá no estuvieras comprometida-. Y siguió su camino.

Las palabras del duque quedaron retumbando en la joven, que las escuchó en su cabeza una y otra vez, mientras las estrellas pasaban y la luz de la Dama bañaba su cuarto. La felicidad que sentía era inmensa, pues pensó que por fin había recuperado de nuevo al Dárlaran que había conocido en Heid. Su alma parecía estar completa de nuevo; pero un abrumador pensamiento hacía que su alegría menguara a momentos: Los sentimientos de Imperoth. Aunque era arrogante y orgulloso, Imperoth había sido muy bueno con ella, y la amaba más que a cualquier joya. «¿Qué hago?» pensaba con desconsuelo, pues en verdad deseaba estar con Dárlaran, pero su compromiso con Imperoth la limitaba.

Al día siguiente, un jueves, Dárlaran sólo salió de su escritorio para comer. Miraba una y otra vez los numerosos papeles que se esparcían sobre la mesa, y realizaba cuentas para calcular las cuantiosas pérdidas producidas por la destrucción de la fábrica.

Sin embargo, y como lo había dicho Aminión, no era eso lo que lo tenía desconsolado: Las imágenes de destrucción de Al-Marac se le venían a la cabeza, repletas de sonidos de horror y de cenizas. Pero Arán tenía razón, debían adelantarse a los acontecimientos, como en un ajedrez.

Después de comer, como a las nueve de la noche, (más tarde de lo normal), la joven, preocupada por el encierro de Dárlaran, tocó la puerta del escritorio y esperó respuesta.

-¿Qué desea? -preguntó el Hombre secamente.

-Soy yo, Aminión -respondió la joven mientras se peinaba el cabello para dejar descubierto su fino rostro.

-Sigue -escuchó tras la puerta.

La joven entró y vio a Dárlaran con la mirada fija en diseños y mapas.

-¿En qué te puedo servir? -preguntó el Hombre sin siquiera mirarla.

-Si estás muy ocupado, vuelvo después -dijo la joven altiva, pues sintióse despreciada.

Entonces el duque levantó la cabeza para mirarla, y preguntó en el mismo tono: -¿En qué te puedo servir?



Aminión pensó en decirle la verdad, que él le preocupaba; pero una vez más le ganó el orgullo. –Simplemente quería darte de nuevo las gracias por todo, y... -entonces quedó en silencio, pues en verdad deseaba hablar con él, como antes.

Dárlaran bajó la cabeza cuando la joven calló, y dijo: -¿Acaso es tan difícil disculparse? Al escuchar esto, Aminión cambió de tono. -¿Disculparme de qué? -preguntó entre ridículos balbuceos. Ella bien sabía de qué hablaba el duque, pero no podía admitir que se había equivocado, aunque así fuera.

El Hombre volvió a levantar la cabeza, mirando fijamente a la joven, y dijo: -Como de haberme tratado de ladrón.

Entonces Aminión no supo qué hacer. Su rostro palideció y su corazón se aceleró; pero disimulando su pena con arrogancia, dijo con la cabeza en alto: -¡Jamás! Fuiste tú quien me mintió, no yo.

Las palabras golpearon al Hombre, que meneando la cabeza descepcionado, preguntó: -¿Deseas algo más?

-Simplemente quería darte las gracias -dijo Aminión que, dando media vuelta, salió del escritorio.

A los pocos segundos Burén entró. –Señor, aquí están las boletas que me pidió para el teatro. Están agotadas. Casi no las consigo -dijo mientras le pasaba los dos tiquetes-. Asientos en primera fila, para usted y la condesa de Heid. Fueron en realidad costosas, pues la obra tiene única función.

Dárlaran recibió las boletas y dijo: -No creo que la condesa esté de humor para ir.

-Entonces, ¿con quién irá? -preguntó el guardia.

-Invitaré a Ládeniel. Tengo muchas ganas de ir a esa obra y no dejaré de asistir.

Burén hizo una venia y se retiró, y cuando lo hizo, Dárlaran se sintió furioso y lanzó con fuerza las boletas hacia el escritorio. -¡Maldición! -exclamó.

Dárlaran mandó un emisario a Hil-Féreneth para informarle a la hermosa Ládeniel sobre la invitación a la obra de teatro más hermosa de Hil-Dendel: El Tesoro de las Lágrimas. La obra consistía en una historia de amor entre una Mujer y un Ángel que descendía de los cielos, y de todas las adversidades que pasaban para estar juntos. Ládeniel aceptó y se preparó para ir al Teatro Dorado, al norte de Hil-Dendel.

Así que Dárlaran se vistió con finos linos y sedas, y sin avisarle a Aminión, salió de la mansión. Mas el duque deseaba que la joven supiera todo, y por eso contó a Kihra sus planes. Y como lo había pensado, Aminión le preguntó a Kihra dónde estaba el duque.

Y ella contestó: -Fue a una obra de teatro. Pensé que iba a ir con usted.

-¿Conmigo? -preguntó la joven, extrañada.

-Sí -aseguró la anciana-; pero me sorprendí al saber que había invitado a Ládeniel.

-La joven de Hil-Féreneth -añadió Aminión pensativa. Aunque fuerte por fuera, la joven estaba furiosa por dentro. Sabía bien el motivo por el cual Dárlaran no la había invitado, y se daba golpes de pecho por ello.

-En verdad no sé por qué no le invitó -afirmó Kihra.

Pero Aminión calló. –Gracias, Kihra -dijo pensativa.

Dárlaran llegó a altas horas de la noche, pues había llevado a Ládeniel hasta Hil-Féreneth. Nadie sabe en verdad qué pasó entre ellos en el carruaje, pero ninguno dijo nada. Cuando llegó pidió un vaso de vino y se quedó mirando por el ventanal de su cuarto por un buen rato. Había pasado por el cuarto de Aminión y lo había visto apagado, y estuvo tentado a



entrar; pero no pudo. En verdad los sentimientos hacia la Nocturna de ojos azules crecían con el pasar de los días, algo que no había previsto; pero en verdad no deseaba enamorarse: Aminión era arrogante, altiva y desdeñosa; ademanes que él criticaba de sobremanera; y, sin embargo, pensaba en ella constantemente.

Miró el frío paisaje de colinas sinuosas al norte del bastión, mientras buscaba respuestas a sus sentimientos. Pensaba en lo que sentía por Ládeniel, y la veía hermosa, astuta, vanidosa e inteligente; pero, aunque tenía todo lo que él deseaba, sentía que no lo llenaba. También pensaba en Tínel, la hija del conde de Néreth; pero sólo Aminión le abordaba la cabeza completamente.

Al amanecer, Dárlaran se levantó de inmediato y, para sorpresa de todos, ordenó que prepararan a los tres Nocturnos para ir a Mirllán, la segunda ciudad más importante de Hil-Dendel.

-¿No es peligroso sacarlos del bastión? -preguntó Burén.

-Los haré pasar por turistas -respondió Dárlaran.

La sorpresa de los Nocturnos fue grande, incluso la de Imperoth; pero fue Aminión la que más se sorprendió y se alegró, pues por fin podría salir del bastión. Y como Dárlaran había ordenado, los tres Nocturnos fueron provistos con lujosos vestidos, hechos por la casa de Hil-Déreneth, el linaje de Térail. Esos trajes eran los trajes más hermosos y costosos de toda Pacán.

Cuando estuvieron listos, y después de desayunados, Dárlaran invitó a Aminión a montar en su propio carruaje. También pidió a Oroth y a Imperoth que lo montaran.

Pero Oroth se negó, pues supo que Dárlaran iría a lomo de caballo, y dijo: -Iré como usted irá, duque de Háreneth.

Sin embargo, Aminión e Imperoth aceptaron ir en el carruaje.

Mientras se dirigían a Mirllán, Aminión miraba a Dárlaran desde la ventana del carro. Sus sentimientos se tornaban indisimulables con el pasar del tiempo, pues se habían vuelto muy fuertes. Era obvio que jamás había dejado de pensar en él, y que no había dejado de quererlo.

Sin embargo, Imperoth bien enterado estaba de esos sentimientos, y su odio y su envidia crecían hacia Dárlaran, pues el duque tenía lo que él más apreciaba: El corazón de Aminión. Y, sin embargo, el duque parecía despreciar tan magno regalo.

Ahora bien, cuando llegaron a Mirllán, los Nocturnos quedaron estupefactos con la magnificencia de la ciudad. Sus gigantescos edificios en forma de pirámides de mármol despuntaban el iluminado cielo de nubes blancas, y las enormes torres de techos planos se erguían adornadas con parapetos dorados, banderas de varios emblemas y colores, y finos relieves. Las calles eran muy amplias, limpias, y estaban forradas de losas blancas, y eran flanqueadas por elaboradas columnas que a menudo formaban frescas bóvedas. Los edificios eran sostenidos por fuertes columnas de labrados capiteles, y las arcadas de los muros eran rectangulares y adornadas con detallados repujados.

-¡Jamás imaginé que las ciudades de Pacán fueran tan hermosas! -exclamó el mismísimo Imperoth, que miraba atónito por la ventana del carruaje la ciudad.



-¿En verdad todas las ciudades de los reinos Ariánicos son tan hermosas? -preguntó Oroth al duque.

Y este último asintió. -Estas tierras son ricas en todo: Agua, alimentos, oro, plata, hierro, carbón, gemas, sal, madera, entre otros. Tenemos de todo, y eso nos vuelve potencia comercial, y llena nuestras arcas, lo que nos permite construir estas magnificas ciudades -respondió mientras miraba la punta de una pirámide gigantesca, invadida por el movimiento de la gente y acariciada por el viento pasajero.

Aminión estaba muy feliz al pasear por tan hermosa ciudad, repleta de fuentes y lagunas cristalinas, y con movimiento por doquier. Pero su alegría duró poco, pues al llegar a una gran plaza de piedra, adornada con la estatua de un Hombre de marfil en el medio, vio que el duque se acercaba a otro carruaje cercano, se apeaba del negro y enorme caballo y abría la puerta del carro.

Fue en verdad una amarga sorpresa cuando Aminión vio, desde el carruaje, que Dárlaran ayudaba a una sensual Mujer a bajar del carro blanco. La Mujer, de cuerpo voluptuoso, caderas afiladas y piel tersa, caminaba con desdén y contoneó, mientras contenta, tomaba de gancho al duque. De inmediato la joven supo que ella era Ládeniel.

44

Aminión, con un cambio de ánimo súbito, detalló con lentitud a la Mujer, y, aunque le pesó admitirlo, aceptó que era muy hermosa. Tenía los ojos almendrados y del mismo color que los ojos de Dárlaran, cabello castaño de rizos blondos, un cuerpo que en verdad envidiaría cualquier Nocturna, un rostro fino y una boca pequeña y seductora.

Entonces Dárlaran se acercó a al carruaje y pidió a la condesa y a Imperoth: -Hablen la lengua Ariánica lo menos posible. Si pueden, hablen sólo la lengua Nocturna. Acuérdense que se supone que son turistas.

-Puedes estar tranquilo -respondió Aminión mientras miraba a Ládeniel de reojo, un poco más alejada.

Así que Imperoth ayudó a bajar a la condesa. Entonces Dárlaran los llevó hacia Ládeniel y dijo: -Les presento a la hija del marqués de Hil-Féreneth, Ládeniel.

Aminión la miró con detenimiento, y altiva, la saludó en su lenguaje. Pero para sorpresa de la joven, Ládeniel sonrió y le devolvió el saludo, también en lengua Nocturna.

-Es en verdad un placer -dijo la Ariánica con una pronunciación impecable.

Imperoth también se presentó, y posteriormente Oroth.

-¿Qué les parece si vamos a la tienda de Hil-Déreneth? Es la tienda más importante en Mirllán -preguntó Ládeniel, todavía hablando la lengua Nocturna.

-¿Y qué haremos allá? -preguntó Imperoth con su típico tono apático.

-Ir de compras -respondió Ládeniel con alegría, mientras le sonreía.

-Debes saber que dejamos todo en Yavín, así que no podemos darnos ese lujo -se apresuró a contestar Aminión, con tono altivo y la cabeza bien erguida.

Entonces Ládeniel miró a Dárlaran extrañada, como si en verdad no entendiera el significado de estas palabras.

Pero Dárlaran, al devolverle la mirada, dijo: -Ellos no saben de las costumbres Ariánicas.

-¿Qué clase de costumbres? -preguntó Aminión.



-Cuando decimos ir de compras, significa dar regalos a nuestros invitados -explicó Dárlaran.

-No podríamos aceptarlos -insistió Oroth.

-¡Mejor vamos! -exclamó Ládeniel con alegría, mientras tomaba a Oroth por el brazo y lo arrastraba con sutileza.

-Veo que tu amiga es muy alegre -dijo Aminión a modo de ofensa.

Pero, Dárlaran poco caso le puso, y dijo mientras miraba a Ládeniel: -Como casi todas las Ariánicas. Eso es lo que las hace tan especiales; siempre están alegres, y siempre le suben el ánimo a cualquiera.

-Esas Mujeres son despreciadas en la nobleza Nocturna -dijo Aminión mientras tomaba a Imperoth del brazo.

-Pero ésta no es la nobleza Nocturna, querida condesa, es la nobleza Ariánica -respondió Dárlaran sin mostrar ningún sentimiento de celos.

Después de que Dárlaran se acercó a dos puertos aéreos para enviar mensajes de emergencia con palomas mensajeras, caminaron por amplias calles hasta llegar a una majestuosa edificación piramidal, con vitrales gigantescos y paredes blancas. Cuando entraron, los Nocturnos vieron con asombro que la tienda estaba repleta de modistas y clientes. Por doquier había gente, más que todo Mujeres, que se dejaban tomar medidas para sus finos vestidos.

A los pocos minutos de entrar, una Mujer de mediana edad se acercó a Ládeniel y la saludó con ánimo. Después saludó a Dárlaran con una venia y posteriormente a Aminión.

-Es un placer tenerla aquí, condesa de Heid -dijo en perfecto idioma Nocturno.

La joven quedó estupefacta al escuchar su título.

-Me gustaría mostrarte algunos diseños -añadió la Mujer.

-¿A mí? -preguntó Aminión mientras miraba a Dárlaran con sorpresa.

-Ve, condesa -pidió Ládeniel sonriendo.

Entonces Aminión, un poco tímida, siguió a la Mujer por la tienda hasta llegar a un vestidor personal. Allí, la Mujer le mostró varios de sus más costosos y lujosos vestidos. Pero, como era de esperarse, a la joven sólo le gustaron cuatro vestidos: Uno negro de escote prolongado, uno azul oscuro con pedrería, uno verde de espalda destapada, y uno rojo de encajes dorados y mangas anchas; este último fue el que más le gustó.

-¿Quisieras hacerle alguna modificación? -preguntó la modista.

-Quizás prolongar el escote, pero sólo un poco -respondió Aminión mientras se examinaba frente al espejo. Se miraba con detalle el vestido forrado al cuerpo, y se pavoneaba con vanidad. -También me gustaría achicar un poco la cintura -agregó mientras se tomaba el cabello negro con las manos y se miraba a la altura del cuello.

-Tienes razón -dijo la modista-. Veo que tienes una cintura muy pequeña -añadió mientras medía con un metro la cintura de la joven de ojos azules.

-Parece un vestido de maja Nórdica -aseguró la condesa.

-¿Y te gusta?

-Me encanta, pero no puedo comprarlo. Dejé mi oro en el sitio donde me estoy quedando.

-¿Entonces no lo vas a llevar?

Aminión se miraba en el espejo detallando el vestido con cuidado. En verdad le gustaba, así que dijo: -Hablaré con el duque para que me preste el oro.

Pero cuando salió, vio que Dárlaran le susurraba a Ládeniel al oído, y ella se reía con picardía.



Entonces la joven cambió su tono, y refiriéndose a la modista, dijo: -No lo llevaré.

Al salir del vestidor, Dárlaran se sorprendió al ver que Aminión no traía nada en las manos. -¿Nada te gustó?

-No -respondió Aminión secamente.

-Pero si los vestidos son hermosos -aseguró Ládeniel.

-No para mi gusto.

-Entonces, ¿qué quieres? -preguntó Dárlaran mientras miraba a la modista con detenimiento.

La modista también lo miraba, mientras guardaba los vestidos que Aminión se había probado.

-¿En verdad es una costumbre Ariánica regalar a los invitados cualquier cosa? -preguntó la joven con doble sentido.

-Así es -respondió Ládeniel.

Pregunto de nuevo: -¿Cualquier cosa?

-Así es -volvió a responder la Ariánica mientras se acomodaba la diadema de oro que tenía.

Entonces Aminión, por simple soberbia, empezó a andar por las joyerías y empezó a pedir las joyas más lujosas. Pensaba que así podría hacer que Dárlaran se arrepintiera de cumplir su «tradición». Pero, para su desconsuelo, él compraba todo lo que ella pedía sin importarle el precio. Compraron dos grandes diamantes, un collar de zafiros y jades, una diadema con un rubí engarzado y un anillo de oro pulido y pequeños crisoberilos.

Sin embargo, aunque Dárlaran compraba todo, en verdad parecía comprarlo más por tradición o por formalismo que por gusto, lo que hizo que Aminión se irritara y dejara de pedir. La joven, al parecer opacada por la amabilidad y belleza de Ládeniel, se sentía incómoda, y echó la culpa de su malestar al fuerte Sol Rojo, que emitía sus rayos con fuerza.

Por otra parte, tanto Oroth como Imperoth se conformaron con pequeños presentes: Oroth pidió un hermoso telescopio de potente lente, mientras Imperoth se llevó consigo una camisa de seda blanca e impecable, un anillo de oro y un libro de historia Ariánica.

En cambio, Ládeniel, que permanecía feliz por la compañía de Dárlaran, compraba a diestra y siniestra. Se llevó consigo muchos vestidos y preparativos para su fiesta de cumpleaños, que según había dicho, se había aplazado algunas semanas, pues la situación de la guerra había interferido. Y, para sorpresa de todos, menos del duque, Ládeniel invitó a los Nocturnos a su festejo en Hil-Féreneth. El encanto y la belleza de Ládeniel convencieron a los Hombres de inmediato; pero Aminión dudó.

-En verdad tengo un increíble dolor de cabeza, y si sigo así no creo que pueda ir -dijo la joven.

-Sin embargo, te espero allí -se apresuró Ládeniel.

Las dulces palabras parecían irritar aún más a Aminión, que en vano intentaba buscarle defectos a la Ariánica. Era amable, alegre, hermosa, sensual; era la Mujer perfecta para Dárlaran. Y, sin embargo, aunque parecían tener mucha confianza, ni el duque ni Ládeniel hablaban de compromiso o de un pasado amoroso. Caminaban tomados de gancho, pero la despedida fue seca: Un simple beso en la mejilla.



Aminión examinaba todo esto con detalle, aunque con mucha prudencia y disimulo. Era notorio que Ládeniel miraba a Dárlaran con profundidad, con amor. Pero el duque permanecía inexpresivo, y no pasaba de formalismos y ademanes corteses.

Después de despedirse de Ládeniel, Aminión subió al carruaje y vio extrañada que un baúl permanecía bajo el sillón frente a ella. No lo había visto de venida. Cuando Imperoth subió, también notó el extraño baúl.

-¿Ese baúl es tuyo? -preguntó Aminión al duque, que montaba su negro corcel.

-Sí, es mío.

-¿Y qué tiene? -preguntó Oroth, que ya estaba sobre el lomo del caballo.

-Armas -respondió el duque.

Sin embargo, Aminión notó un tono extraño en la respuesta, y dudó. Inclusive estuvo tentada a abrir el baúl; pero contuvo su curiosidad. Y así, bajo el durmiente crepúsculo rojizo y con visos dorados, se dirigieron a Háreneth.

45

Las semanas siguientes las relaciones entre Dárlaran y sus invitados estuvieron frías. El duque permanecía en su estudio, revisando sus finanzas y realizando cálculos una y otra vez. Envío muchas palomas mensajeras durante esos días. Para desconsuelo de algunos soldados de la Triada, el duque tuvo que reducir el grosor del acero de las armaduras en algunos sitios, como en la parte de atrás del yelmo y en las placas que cubren las piernas. También tuvo que posponer el proyecto de una torre de asedio. Todo esto por la destrucción de su herrería en la Llanura Verde.

Pocas fueron las noticias que llegaron a Háreneth en cuanto a la guerra. Arán permanecía sumamente ocupado con el Círculo, intentando calmar a los reinos de la Triada. También tenía que mantener el cerco del frente septentrional, además de defender Larath, y a Tolh, ahora único rey de la Llanura Verde.

Por otra parte, Aminión paseaba por el bastión sin alejarse mucho de la mansión, pues no se fiaba de los guardias ni de los herreros. Pero a menudo bajaba a las huertas y conversaba con algunos trabajadores. Sin embargo, Imperoth siempre la acompañaba y la protegía con recelo. Esto hacía que Aminión se sintiera segura y tranquila.

Por órdenes de Dárlaran, los tres Nocturnos tenían acceso a cualquier animal de las caballerizas, menos a Sombra, su corcel negro. Sombra era un imponente corcel de guerra traído del norte del Antiguo Continente, pues los Nórdicos eran los Hombres que contaban con la mejor caballería. Sus caballos eran corpulentos y fuertes, resistentes y embravecidos, lo que los hacía ideales para cargas en batalla.

Así que los Nocturnos iban a menudo a las caballerizas y cabalgaban por el bastión para evitar el aburrimiento. Aunque llegaba el invierno a Pacán, en el trópico esta estación no era más que lluvias torrenciales. En el Nallhard sólo al norte de la Cordillera de Nínilver nevaba en invierno. Y en Pacán, las lluvias ni se acercaban a las heladas temperaturas de Yavín. Por lo que los Nocturnos en verdad no sintieron el invierno. Incluso, Aminión salía a menudo a cabalgar bajo la lluvia, entre los frondosos árboles del bastión.



Pero una mañana lluviosa y repleta de bruma, la joven salió a galopar hacia el sur, y sin saberlo, llegó a los muros internos del bastión. Como la guardia del primer muro estaba amparándose del torrente en las garitas, y la bruma no dejaba ver nada, Aminión, corroída por la curiosidad, abrió la puerta y salió al segundo muro. Entonces pidió a los guardias que la dejaran salir, pensando volver rápidamente; y como los guardias eran nuevos y no sabían de las restricciones, la dejaron salir.

Así que Aminión cabalgó por la senda de losas hacia las arboladas, con el cabello negro pegado a su rostro y dejando deslizar gotas perladas. Sus ojos azules estaban entrecerrados, protegidos de la lluvia por las largas pestañas, y sus vestimentas estaban empapadas. Así se internó en las frondas arbóreas, repletas de frutas y dulces aromas.

Pero la bruma azulada hizo que Aminión se perdiera y dejara el camino, dirigiendo su caballo hacia la izquierda, hacia un terreno lodoso, antes de llegar a las calles del Ducado de Háreneth. Y, llevada por hados malignos, su caballo se atascó en un barrizal blando y resbaladizo. Entonces la joven cayó en un estado de pánico, mas no podía articular palabra alguna. El frío ya azotaba su suave piel, y sus manos y sus pies ya se empezaban a entumecer, mientras intentaba en vano arriar al caballo para sacarlo del barro.

Entonces la bruma pareció densificarse y el frío pareció incrementarse, igual que el temor de la joven. Fue el día más frío de ese invierno. El caballo relinchaba asustado mientras intentaba sacar sus patas del lodo. Así que Aminión decidió apearse, cayendo de bruces en el lodo y ensuciándose el rostro; pero nada de esto le importó. Simplemente se levantó torpemente, intentando evitar el profundo lodazal, y tomó las riendas del caballo para ayudarlo a salir. Pero el animal, que emanaba vapor de la boca, era demasiado pesado para ella, y estaba sumamente asustado.

El temor del caballo fue traspasado a Aminión como una inyección, pues temía y sospechaban de alguien escondido entre la bruma. Además, el desespero de la joven también se sostenía en que nadie sabía que estaban allí, en medio de la bruma, fuera del bastión y sin saber a qué distancia. Se había salido del camino, y los árboles la ocultaban de cualquiera que pasara por allí.

Y de entre las nieblas circundantes, la joven escuchó un siseo difuso, y vio una silueta opaca entre la azulada bruma. La silueta parecía examinarla desde el otro lado del velo neblinoso, moviendo la cabeza como quien calcula un flechazo, e inmóvil, como si quisiera ocultarse.

La joven se entusiasmó y descansó, pues pensó que la ayuda había llegado. Pero cuando iba a gritar para que la ayudaran, vio con temor que tras la silueta había otro ser, y después otro. Aparentemente estaban atraídos por los desesperados relinchos del caballo. Y cuando se acercaron unos pasos más, cauta y lentamente, Aminión abrió la boca en un grito ahogado de temor, pues supo que no eran guardias; ni siquiera eran Hombres.



Ahora bien, Dárlaran, con sus gafas puestas, miraba con detalle los ingresos de septiembre, cuando de repente entró Imperoth, con el rostro pálido y los ojos muy abiertos.

-¡Aminión salió del bastión! -exclamó el Nocturno con temor.

-¿De qué habla? -preguntó Dárlaran con especial atención.

-Los guardias nuevos la dejaron salir -respondió Imperoth apresuradamente-. Tomó un caballo y simplemente salió del bastión.

-¿Hace cuánto?

-Más de cinco horas.

Entonces Dárlaran se quitó las gafas rápidamente y salió del estudio. Llamó a Burén y le ordenó preparar una búsqueda. -Por lo menos que vayan treinta jinetes -dijo mientras le indicaba a un sirviente ensillar a Sombra.

-Lo mejor es mantener esto en secreto -aseguró Burén.

Pero Dárlaran meneó la cabeza, y dijo a Kihra, que estaba a su lado: -Si no hemos vuelto mañana, manda una carta a Arán explicando lo sucedido. Hazla llegar como sea.

Y la anciana asintió. -Cúidese, por favor -pidió al duque.

Entonces Imperoth y Oroth llegaron a la caballeriza, y para sorpresa del duque y de Burén, y sin decir nada, ambos ensillaron dos caballos y los montaron.

-También iremos -dijo Oroth.

Dárlaran los miró con detalle, pero al darse cuenta que no podría disuadirlos, calló y montó a Sombra. -Esperaré a los jinetes en la entrada del bastión -dijo a Burén-. Les doy quince minutos para que estén listos; si no, iré con Oroth e Imperoth a buscarla.

-Allí estaremos -respondió el moreno guardia que, bajando la cabeza, se retiró hacia las barricadas.

En sólo nueve minutos, Dárlaran, los dos Nocturnos y los treinta jinetes (incluyendo a Burén), ya galopaban a toda velocidad por el camino de losas. Pero la niebla era tan densa y la lluvia tan fuerte, que los Hombres nada veían. Así que Burén, que era un buen rastreador, logró seguir las huellas del caballo de Aminión en la suave hierba, hasta llegar al lodazal.

Pero cuando llegaron, todos los corazones se consternaron. Burén, siguiendo a pie las huellas dejadas por el caballo, encontró al animal muerto en medio del resbaloso barro. Y, para desconcierto de todos, el caballo mostraba signos de extremada violencia: Su cráneo había sido destrozado a punta de lanza, y el costado derecho, del cual emanaban las entrañas y se desprendía un penetrante hedor, había sido abierto con filo de espada.

La pódre, repleta de purulencias, llenó de pánico a todos. Entonces empezaron a buscar apresuradamente a Aminión en los alrededores. Pero no había más que árboles. Sin embargo, uno de los jinetes encontró varias huellas. Las huellas iban en línea recta, lo cual evitaba suponer un número. Pero había otras huellas no muy lejos, claramente de sandalias. Era obvio para Burén que se trataban de las huellas de la joven. Empero, vieron con horror que las otras huellas la seguían. Así que decidieron seguir a toda prisa.

Entre la niebla gélida y la inclemente lluvia, Aminión corrió para escapar de las horribles criaturas que había visto. Los tres seres habían desatado su furia contra el caballo, que



relinchaba sin cesar. Esto le dio tiempo a Aminión para ganar algo de ventaja. Sin embargo, aunque corrió con mucha presura, no pudo llegar muy lejos, pues los dedos de sus pies, descubiertos por sus sandalias, le dolían por el frío, ya que la hierba estaba húmeda y las gotas de agua caían furiosas.

Así caminó por entre la bruma por casi una hora, hasta caer desplomada del cansancio y del dolor. Y, para su desdicha, escuchó de forma difusa voces siseantes y distorsionadas; entonces supo que los Nomos jamás habían perdido su rastro, y que ahora estaba perdida, a merced de los enemigos.

Cerró los ojos y descansó su cabeza sobre la húmeda hierba, que parecía acariciarla con helada inclemencia. Entonces entró a un extraño letargo, brumoso y de ecos lejanos. Pero entre los sonidos distantes y las imágenes vacilantes, escuchó un claro y espantoso relinchido, y sintió sobre la hierba el paso lento de un caballo. Así que abrió los soñolientos ojos azules y vio unos cascos. Entonces pareció espabilarse y levantó la cabeza sin fuerzas, y grande y aterradora fue su sorpresa.

Frente a ella se posaba un misterioso caballero de extrañas vestimentas. Tenía una manta negra que le cubría casi todo el cuerpo, unos guantes y unas botas de cuero ennegrecido y descuidado. La capota de la manta hundía el rostro del caballero en una oscuridad impenetrable, y el caballo que lo sostenía, negro y de ojos refulgentes, parecía inquieto y salvaje, mientras emanaba un hediondo vapor de su boca.

Entonces Aminión se hundió en el pánico y en el miedo, entreabrió la boca atemorizada y quedó petrificada por la horrible aparición. El caballero permanecía erguido entre la bruma blanca, sin un solo pedazo de carne visible, y parecía tener la mirada fija en ella. Aunque nada había hecho hasta el momento, Aminión sentía una extraña sensación, y sintió más frío que antes, como si el rededor se enfriara a causa del enigmático ser.

Sin embargo, aunque una energía maligna envolvía al caballero de manta negra, la joven vio atónita que el ser parecía indicarle con la cabeza que lo siguiera. La aparición dio media vuelta entonces y empezó a avanzar por entre la niebla como si viera entre ella sin ningún problema. La joven no podía siquiera articular palabra; estaba paralizada del temor y retenía el aire, como si de repente se le hubiera olvidado respirar. Pero al ver que el ser se alejaba y se perdía en la bruma, y al escuchar de nuevo el siseo de los Nomos, decidió seguir al caballero.

Aunque la extraña aparición no parecía ir muy deprisa, a Aminión se le hacía difícil seguirla; trastabillaba con frecuencia y sentía cada vez más dolor en sus pies. Y a los pocos minutos de camino, después de subir una pequeña colina, el caballero se detuvo al amparo de un grueso y frondoso sauce, de enredaderas amarillas y muy densas. El árbol estaba rodeado de varias bayas, y algunas flores se levantaban por sobre la hierba. El olor allí era dulce, pero inaguantable y nauseabundo para los Nomos.

Cuando Aminión por fin alcanzó al fantasmal caballero, vio que éste le señalaba el tronco del sauce. Así que ella se acurrucó allí, entre las bayas, y esperó. El caballero pareció examinarla por un momento, mientras ella, con el cabello húmedo pegado al rostro,



tiritaba del frío y del temor. Y después de unos segundos, dio media vuelta y cabalgó rápido y en silencio, perdiéndose en la bruma.

Sólo en ese momento, Aminión pudo por fin salir de su extraño sopor, y le parecieron más claros los sonidos y las imágenes que la rodeaban. Y sólo entonces supo que ese caballero no era un Hombre, sino un fantasma, un ser que no sabía que estaba muerto y que en Yavín era llamado Espectro. Sabía que aquel caballero había sido un Hombre, y que había tenido un brutal y cruel final, y que por eso se negaba a reconocer su muerte.

En Yavín y en todos los reinos al oriente de la Cordillera de Nínilver eran muy conocidas y frecuentes las historias de los Espectros, mas su origen tenía diversidad de teorías. Sin embargo, los Ariánicos poco creían en los Espectros, pues los consideraban simples leyendas, o pensaban que eran bromistas de mantas negras que disfrutaban asustando a los demás.

Ahora bien, Aminión permaneció oculta entre las bayas y bajo las enredaderas del sauce por algunas horas, mientras la niebla se hacía menos densa. El difuso crepúsculo parecía intentar abrir las brumas heladas, y los soles las tornaban dorada como polvo de oro. Esto pareció animar a Aminión, que se frotaba sus manos para calentarlas y se sobaba el cuerpo para hacer más tolerable el dolor.

Pero cuando la bruma se hizo menos densa, la joven vio con desconcierto y temor que se encontraba muy cerca de un improvisado y pestilente campamento Nómico. Había más de cincuenta Nomos, que hablaban en lenguas desagradables y llenas de siseos y gritos destemplados.

Aminión observó por unos instantes y vio que había discordias entre tres Nomos. Aunque no entendía lo que decían, el tono de las voces indicaba furia. Y a los pocos minutos, el Nomo más grande tomó una lanza y la clavó en uno de sus oponentes. El otro Nomo corrió despavorido, lleno de miedo, hacia las bayas.

Entonces la joven volvió a aguantar la respiración y abrió los ojos con miedo. El Nomo, jadeante y hediondo, subió la pequeña cuesta y rompió algunos matorrales, y frenó en seco al ver la silueta de Aminión recostada contra el tronco sauce. Entonces examinó con sus ojos diamantinos y verdes a la joven, que permanecía inmóvil para que no la viera.

48

Cuando el Nomo se acercó sigilosamente hacia la joven, Aminión se levantó rápidamente, olvidando su dolor, e intentó correr. Pero el Nomo, que era más ágil, se lanzó hacia ella y la tumbó con un violento empujón. La joven cayó sobre la hierba, adolorida por la arremetida; pero se volvió a levantar para intentar huir. Sin embargo, el Nomo púsole un puñal de hoja oxidada en el cuello y le dijo en tono burlón algo que ella no pudo entender. -¡Por favor, suéltame! -dijo la joven.

Pero el Nomo, como los de toda su ralea, desconocía la piedad. Ellos se criaban con violencia y miseria, y compartían con los Hombres la codicia, la envidia y la crueldad.



El Nomo volvió a decirle algo a Aminión con sarcasmo mientras acariciaba su cuello con la hoja oxidada. Pero de repente se escuchó un cuerno desdeñoso que inundó el aire alrededor del campamento. Entonces el Nomo se inquietó y le restó importancia a la joven. El origen del cuerno estaba escondido entre la bruma, que no se había disipado por completo.

Así que un tambor se escuchó desde el campamento, como una invitación de guerra. El Nomo miró entonces el campamento y vio que los Nomos se movían con cautela e intentaban escrutar la bruma circundante sin éxito. Ya tenían lanzas, hachas, espadas y arcos en sus manos, pero no podían ver a sus enemigos. Ya muchos Nomos habían caído en desespero, y llevados por el temor, habían desertado, algo no muy extraño en esa raza.

Sin embargo, el Nomo tomó a Aminión del cabello y la arrastró hacia el campamento cuesta abajo, pero la soltó al escuchar de nuevo el cuerno. El sonido hizo que el Nomo empezara a temblar del miedo, mientras miraba a su alrededor sin lograr divisar nada.

La joven permanecía de pie, aterrada y petrificada, cuando de súbito sintió un fuerte viento en su rostro. Y asombrada, vio que un proyectil había pasado muy cerca de su cabeza con dirección a un Nomo no muy lejano. La flecha, empenachada de blanco, logró enterrarse en la negra piel del horrible ser.

Entonces Aminión sintió que el suelo a sus pies temblaba, y vio con asombro que de entre la niebla una carga tempestuosa arrasaba carpas y Nomos a su paso. Eran setenta caballeros aproximadamente, treinta y cinco en cada flanco, cerrándose sobre el campamento de Nomos como una trampa de hierro. Los caballeros poseían armaduras doradas y pulidas, yelmos enterizos y de cimera alta, y capas purpúreas bordadas con encajes de oro que flameaban al galopar. Sus armas eran brillantes, como de plata, y sus caballos, enjaezados con listones dorados, poseían faldones de color púrpura con bordados dorados.

Los Hombres gritaban furiosos, mientras aplastaban a los Nomos como al pasto. Los Nomos intentaban agruparse para formar un círculo protegido por lanzas. Aminión logró ver que, al inicio de la embestida, un Nomo logró tumbar a un caballo con una lanza, y posteriormente intentó atacar al caballero; pero la armadura del Hombre era gruesa, y nada le hizo la débil punta de la lanza. En vez, el caballero tomó su espada, no muy lejos del sitio de su caída, y se lanzó al Nomo con violencia. Poco pudo hacer el enemigo frente al Hombre, que, tumbándolo con un fuerte empujón, lo atacó con su espada una y otra vez, hasta aniquilarlo.

Sin embargo, varios Nomos lograron tumbar a algunos caballeros de sus corceles, y muchos lograron alcanzar con sus puñales y sus hachas las divisiones de las armaduras doradas, matando así a muchos valientes.

Aminión miraba la horrible lucha con pasmo; permanecía petrificada, como una estatua de cal, mientras a su alrededor escuchaba las interminables voces de dolor y furia. Entonces sintió retumbar el suelo a su izquierda, y cuando miró hacia allí, vio atónita que un caballero se dirigía hacia ella mientras luchaba con dificultad contra un Nomo que había logrado subirse a la grupa de su caballo. El Hombre intentaba sostener las riendas



del corcel, al mismo tiempo que lanzaba al Nomo puñetazos para bajarlo. Sin embargo, el Nomo lograba aferrarse al Hombre con extrema eficiencia y golpeaba con sus flacas manos el rostro del jinete.

Cuando el caballero vio a Aminión, quieta y temblando del temor, logró tomar las riendas del caballo y encaminarlo hacia otro lado, mas esto le costó la vida: El Nomo, al verse libre de las manos del Hombre, logró sacar un cuchillo y hundirlo en el costado. Esto exactamente cuando el caballo pasaba al lado de Aminión, y por lo mismo, la sangre del heroico Hombre cayó en el rostro de la joven que, al sentir el cálido líquido, soltó un grito de horror. Entonces Aminión creyó enloquecer, pues nunca había pensado en sufrir tanto: Perderse entre la bruma, ser seguida por Nomos, ver a un Espectro, ser amenazada, presenciar una batalla. Sin duda fue el día más largo de su vida, y todavía no terminaba.

Después del desafortunado suceso, Aminión pareció volver en sí, y vio de nuevo la batalla que se desarrollaba frente a ella, no muy lejos. Los caballeros habían logrado arrasar con los Nomos, y los enemigos que intentaban escapar eran alcanzados. Sólo unos pocos afortunados lograron huir amparados por la niebla.

La joven permanecía quieta, temblando sobre la hierba, no muy lejos del cadáver del Hombre que habíale salvado la vida. Sus ojos azules dejaban caer lágrimas por sus mejillas, mientras sus labios, ahora morados por el frío, permanecían sellados. Entonces vio que se acercaba un caballero con una lanza en la mano. La lanza estaba manchada de una sangre espesa y negra.

-¿Quién es usted y qué hace aquí? -preguntó el soldado con tono seco.

Pero Aminión no contestó, no pudo, pues todavía estaba pasmada por lo sucedido.

Así que se acercó un capitán montado sobre un corcel ruano, mientras envainaba su espada sangrante. Al mirarla, preguntó: -¿Es acaso una espía?

Entonces Aminión lo miró y meneó la cabeza, tiritando e incapaz de hablar.

Así que el capitán se quitó el casco y la miró con frialdad. -Parece que tenemos una espía Nórdica o Nocturna -dijo el Hombre, de rostro cuadrado y cabellos dorados y largos. Sus ojos eran cafés oscuros. -Llévenla al Círculo, que ellos sabrán qué hacer con ella.

-¡No! -gritó Aminión por fin-. No me lleven ante el Círculo. Soy turista, invitada del duque de Háreneth -añadió, aterrada por la idea de ser deportada a Yavín.

-El bastión está lejos y no hay nadie que corrobore su historia -respondió el capitán-. Tengo órdenes de matar todo Nomo que cruce el frente septentrional y de arrestar a todo sospechoso. No tengo opción.

-Por favor, lléveme a Háreneth. El duque le explicará -rogó la joven, olvidando su orgullo.

-Lo siento, pero debo llevarla a Hil-Darath. Quizás el Círculo la deje volver a Háreneth, pero en verdad lo dudo. ¡Llévenla!

-¡No, por favor! -volvió a exclamar Aminión mientras entrelazaba sus dedos a modo de ruego-. Soy Aminión, condesa de Heid, y soy invitada del duque.

-Así diga la verdad no puedo hacer nada por usted -dijo el capitán-. Vamos camino a Hil-Darath, y la llevaremos con nosotros al Círculo-. Y dijo mirando a sus compañeros: -Cuenten las bajas, repórtenmelas y preparen el viaje a Hil-Darath-. Y nada más se dijo.



Nunca Burén había visto en Dárlaran una expresión de temor como la que vio al momento que llegaron al lugar de la batalla. Ya la noche había caído y Sírel se levantaba entre brumas álgidas. A la luz pálida de la Dama, los cadáveres de los Nomos se tornaban lúgubres y horribles, famélicos y vacíos de pensamientos. A la mitad del campamento destrozado se levantaba un montículo con los cuerpos quemados de los Hombres caídos en la arremetida, unos dieciséis en total.

Entonces el duque se apeó de Sombra y empezó a buscar entre el humeante montículo algún rastro de Aminión. Esta extraña reacción sorprendió a todos los que lo acompañaban.

-¡Aminión! -gritó mientras escarbaba con sus manos desnudas el montículo de negros huesos y gruesas cenizas.

-Dárlaran -llamó Burén.

Pero el duque no hizo caso. -¡Aminión! -volvió a gritar al aire pasajero.

-¡Duque! -gritó Burén mientras se bajaba del caballo y se apresuraba a tenerlo-. Lo mejor es que se calme -dijo el moreno guardia.

-Yo sé que está bien -dijo Dárlaran mientras intentaba forcejear con Burén, que lo sostenía de los brazos. Sentía un temor enorme que se le acunaba en el estómago.

-¡Tranquilo, Dárlaran! -exclamó Burén-. Ella no está aquí. ¡No está! -aseguró.

Entonces Dárlaran dejó de hacer fuerza y bajó la cabeza, ocultando el rostro de la luz blanca de la Dama. -Yo sé que ella está bien -dijo en voz baja.

-Lo está -aseguró el moreno Burén. Y dirigiéndose a los jinetes, dijo: -Quiero que cuenten los cuerpos Nómicos y que busquen huellas-. Y acercándose a uno de los jinetes, añadió en voz baja: -Si encuentran el cuerpo de una Mujer de cabellos negros, avísenme a mí primero.

La expedición de Háreneth no descansó esa noche. Después de hallar las huellas de los jinetes de Hil-Darath, prendieron algunas antorchas con trabajo, pues la madera estaba mojada, y siguieron las huellas por un guadal, entre los sauces y las frondosas bayas, hasta llegar de nuevo al camino empedrado que llevaba a Hil-Darath.

Cuando estuvieron sobre el camino de losas blancas, iniciaron un rápido galope, intentando alcanzar a los jinetes del Círculo. Decidieron galopar al lado del camino, sobre la hierba, para que los cascos de los caballos no se resbalaran. Así, mientras el viento frío les golpeaba el rostro y el sonido de los cascos se volvía monótono, la noche brumosa y fría fue quedando atrás, y el amanecer soleado llegó. Las nieblas parecieron evaporarse horas después. Hacía mucho no había días calurosos en Pacán, lo que en verdad fue un golpe de suerte.

Entonces Dárlaran, que encabezaba la marcha, divisó entre las colinas sinuosas y sobre el camino blanco a los jinetes de Hil-Darath. Sus armaduras doradas brillaban y sus capas purpúreas ondeaban con los fuertes vientos. La guardia también llevaba un carruaje de madera rojiza.

-Al parecer llevan a un prisionero -dijo Burén mientras esforzaba su mirada en una silueta negra que andaba a la retaguardia.

-¡Es Aminión! -aseguró Imperoth que, llevado por la imprudencia y la ansiedad, galopó a toda prisa hacia la marcha de Hil-Darath.

-¡Imperoth, espere! -gritó el duque.



Mas el Nocturno no hizo caso.

Así que Dárlaran y el resto de la marcha zurriaron a los caballos para darle alcance.

-¡Señor, unos jinetes vienen por la retaguardia! -informó uno de los caballeros al capitán de la incursión, que permanecía al lado de Aminión. La joven estaba maniatada a la silla del caballo que la sostenía, mientras incesantemente pedía ser devuelta a Háreneth.

-¿Qué clase de jinetes? -preguntó el capitán.

-En su mayoría son Ariánicos, al parecer del bastión; pero quien carga contra nosotros parece ser un Nocturno -respondió el batidor.

El capitán miró con compasión a la joven, que tenía los ojos muy hinchados de lágrimas y de cansancio, y dijo al jinete: -Prepárense para cualquier ataque; los Nocturnos son muy agresivos. Sin embargo, no ataquen hasta que lleguen los emisarios de Háreneth.

El batidor asintió y pidió a otros tres jinetes que lo acompañaran para darle encuentro a Imperoth. Pero cuando ya estuvieron muy cerca, los Ariánicos vieron en el rostro del Nocturno una furia incontenible, unos ojos refulgentes y una piel pálida del miedo.

-¡Deténgase! -gritaron los batidores en vano. Con facilidad hubieran podido tumbarlo de la silla del caballo, pues se dieron cuenta que Imperoth no era un caballero de batalla por la forma de galopar. Sin embargo, siguiendo las órdenes del capitán, no pudieron hacer más que gritarle mientras él, desesperado, los dejaba atrás y se dirigía hacia la marcha. Entonces los jinetes salieron tras él para intentar detenerlo, mas el Nocturno sólo se detuvo cuando estuvo frente al capitán y frente a Aminión. Todos los jinetes lo dejaron llegar hasta allí.

-Suelte a Aminión -dijo Imperoth a modo de orden. En sus ojos se veía la furia que tenía.

-¿Me lo está ordenando? -preguntó el capitán con sarcasmo.

Pero Imperoth desenfundó su espada y la mostró al capitán. -Tómelo como quiera.

Al mostrar la espada, los jinetes también desenfundaron y se prepararon para atacar.

Pero el capitán, levantando levemente su mano, los detuvo. -Tiene agallas para venir hasta acá y amenazar a un guardia del Círculo -admitió el capitán mientras tranquilamente miraba el rostro de Imperoth.

Aminión, más inquieta, miraba a Imperoth con miedo, pues temía que el capitán ordenara apresarlos para llevarlos con ella a Hil-Darath.

Pero segundos después, Dárlaran llegó abriéndose paso por entre los jinetes de capas púrpuras, y cuando miró a Imperoth abrió los ojos sorprendido, y supo en ese momento que el amor que tenía por la joven era inmenso. Después miró a la agotada y entumecida Aminión, y su corazón pareció tranquilizarse. Y finalmente vio el rostro del capitán, y pareció descansar.

-Aeros, Guardia Circular, me alegra que haya encontrado a mi invitada de honor -dijo intentando calmar el ambiente.

Entonces el capitán respondió al nombre y asintió la cabeza en señal de respeto. -Un placer verlo de nuevo, duque de Háreneth -dijo cortésmente. Entonces se dirigió a sus tropas: -¡Bajen sus armas!

Y así lo hicieron.

-¿Fueron ustedes quienes asesinaron a esos Nomos?

-Anoche, señor.

Entonces el duque se dirigió a Aminión. -¿Cómo te encuentras? -preguntó con tono profundo.

Pero la joven, sumergida en un extraño estado, no respondió, pues todavía tenía en su cabeza los horrores de la batalla.



-Aminión, ¿estás bien? -preguntó de nuevo Dárlaran.
Pero la joven se dirigió a Aeros volviendo en sí. -¿Si ve? El duque me conoce. ¡Soy su invitada! -exclamó.
-Tranquilízate, Aminión -pidió Dárlaran.
E Imperoth, que estaba inquieto y asustado por la reacción de su amada, preguntó furioso:
-¿Qué le han hecho?
-Tranquilo, Imperoth -dijo Burén.
-Vio la batalla -respondió Aeros con paciencia.
-Lo mejor será que la lleve a descansar al bastión -dijo Dárlaran.
Pero Aeros meneó la cabeza en señal negativa. -Lo siento, duque, pero debo llevarla a Hil-Darath. Tengo órdenes directas del Círculo -afirmó el capitán.
-Yo me encargaré de eso; hablaré con Arán -aseguró Dárlaran.
-No lo creo -respondió Aeros-. No puedo desobedecer al Círculo -añadió.
-¡Por favor, déjame ir con el duque! -exclamó Aminión en un tono resquebrajado y tan desesperado, que Dárlaran y sus acompañantes quedaron atónitos. Nunca la habían escuchado pedir un favor con tanto deseo. Era obvio que las imágenes de la batalla la habían amedrentado y aterrado.
-No puedo hacer nada -insistió Aeros.
-Ya le dije que yo responderé frente al Círculo -insistió el duque.
Entonces Aeros miró a Aminión con detenimiento, examinando con detalle el exhausto rostro. Su piel blanca la hacía ver como una porcelana, pero sus labios oscurecidos mostraban que estaba enferma. Tenía el cabello arremolinado y enredado, los ojos muy hinchados y rojos, y tiritaba sobre la silla del caballo. Aunque Aeros había pedido que no se le atara con fuerza, las delicadas muñecas de la joven ya mostraban marcas de tallas formadas por las cuerdas. Todo esto pareció ablandarle el corazón, y dirigióse a sus compañeros: -¡Aquí no se ha visto nada! ¡Nunca encontramos a esta Mujer entre los Nomos! ¡Júrenlo!
Y los jinetes pusieron dos dedos en su boca y después sobre sus frentes, mostrando que juraban callar.
-Vete a casa, mi joven amiga; pero no salgas de Háreneth sola -pidió Aeros.
-Muchas gracias -dijo Aminión profundamente.
Entonces el capitán sacó una daga de su cinto y cortó con cuidado las cuerdas que la ataban.
-¿De dónde salieron esos Nomos? -preguntó Dárlaran con preocupación-. Están muy cerca del ducado y burlaron mi guardia -añadió mientras Sombra relinchaba.
-Al parecer era un grupo errante, nómada, que logró pasar la guardia de la Llanura Verde -respondió el capitán.
-¿Y qué ha sucedido al occidente? -preguntó Burén mientras se cubría con la mano los ojos, pues la luz del Sol Amarillo era muy fuerte.
-El Circular Arán y Le-Hir han logrado mantener a Larath en pie -respondió Aeros.
-¿Y el frente septentrional? -preguntó Dárlaran.
-Intacto.
-Lo mejor será retirarnos, pues no deseamos quitarles más tiempo -aseguró el duque mientras agachaba la cabeza levemente en señal de agradecimiento-. Si necesita algo sólo pídale -agregó.
-Lo tendré en cuenta -respondió Aeros que, poniéndose el casco, se encaminó de nuevo a Hil-Darath.



50

La marcha hacia el bastión se hizo en silencio. Imperoth cuidaba de Aminión, pues la llevaba con él sobre el lomo del caballo. Dárlaran simplemente avanzaba entre los árboles circundantes. El Duque permanecía en silencio, y esto inquietaba a Aminión: Ella sabía que había desobedecido la única restricción que Dárlaran le había impuesto, y por ello desconocía su suerte. Ella, abrazada y aliviada por el calor corporal de Imperoth, intentaba descifrar los pensamientos de Dárlaran, pero su rostro era inexpresivo, seco y de piedra.

Al llegar al bastión, Dárlaran tuvo consideración con los guardias, y simplemente les dio una advertencia. Sin embargo, como castigo los puso a hacer doble guardia por una semana. También pidió a Kihra que se encargara de la joven, y mandó a llamar a su médico personal para que la atendiera. Después se encerró de nuevo en su cuarto y sólo salió para comer.

Aminión estuvo en cama por dos días. El médico estaba impresionado por la fortaleza de la joven, pues no tenía más que un resfriado. También se recuperó rápidamente de las imágenes de la batalla, y, a diferencia de los esperado, no tuvo pesadillas.

Durante esos dos días, Oroth e Imperoth estuvieron con la joven casi todo el tiempo. Kihra también la atendió lo más que pudo; pero Dárlaran, en cambio, no fue una sola vez a su cuarto. Él estaba bien enterado de la salud de Aminión, pues Kihra le informaba de todo; pero él permanecía en su cuarto, pensando cómo iba a disminuir sus pérdidas económicas.

Aunque Dárlaran demostraba indiferencia, Aminión sabía que en verdad ella le importaba. Oroth había contado sobre el temor y el desespero que el duque había mostrado cuando llegó al campo de batalla, y sobre las constantes preguntas sobre su salud; esto en verdad la alentó.

Sin embargo, la joven sabía bien que había roto la única regla del bastión, y esperaba con temor la reacción del duque. En el fondo sabía que Dárlaran tenía un buen corazón y que no la deportaría a Yavín, y mucho menos a Arys; pero sabía que el duque no dejaría pasar la imprudencia.

Y cuando ya estuvo completamente recuperada, Kihra entró a su cuarto y le dijo: - Condesa, el duque necesita hablar contigo.

Aminión miró el rostro de Kihra como intentando descifrar el humor de Dárlaran; pero al no poder ver nada, preguntó: -¿Cómo está él?

-No sonrío -respondió Kihra evasivamente-. Vamos, lo mejor es no hacerlo esperar. Está en su estudio -añadió.

Bajaron al primer piso y fueron hacia el enorme estudio, rodeado de anaqueles repletos de libros. En la mitad del estudio había un enorme escritorio de cedro rojizo donde reposaban varios papeles con diseños y números. Tras el escritorio, y sentado sobre la cómoda silla roja, el duque examinaba unos papeles.

Y sin levantar la mirada, dijo en tono serio: -Kihra, por favor déjanos solos.

La anciana miró a la joven de ojos azules y se retiró.

-Cierra la puerta, por favor -pidió el duque a Aminión, con el mismo tono seco y sin quitar la mirada de los papeles sobre su escritorio.



La joven, con un vacío en el estómago, respiró profundamente y acató. -¿Para qué me necesitas? -preguntó en un tono suave, intentando amenizar el ambiente.

Pero Dárlaran, sin siquiera mirarla, le indicó que se sentara señalando una de las sillas.

-No deseo sentarme -dijo todavía con voz suave.

Hubo un silencio incómodo, hasta que por fin Dárlaran dejó al lado los diseños y miró a la joven con detenimiento. Sus ojos mieles quedaron petrificados sobre el rostro pálido de Aminión. Entonces se levantó de su silla con pesadez y se acercó. La joven cerró los ojos, esperando por lo menos una cachetada, como era costumbre en la raza Nocturna; pero en vez, sintió sobre su rostro unas caricias suaves.

-¿Estás bien? -preguntó el duque.

Así que Aminión abrió los ojos y asintió con la cabeza. -Estoy bien -dijo mientras sentía las caricias sobre su rostro.

Dárlaran, que se sentía extrañamente nervioso, siguió acariciando el rostro, y lo destapó poniendo los cabellos negros de la joven tras sus orejas. -Por favor, no me vuelvas a hacer eso -pidió en un tono tan profundo, que la joven no pudo disimular la sorpresa.

-¿No estás decepcionado de mí?

Entonces Dárlaran sonrió. -No, mi querida condesa -respondió mientras le miraba el rostro. En verdad deseaba besarla, pero no sabía qué pensaba ella. El duque sabía que sería muy fácil si fuera otra Mujer; pero Aminión lo amedrentaba en verdad. Se sentía nervioso cuando ella se acercaba, y se sentía desfallecer cuando la veía, tanto a la luz de las estrellas como a la luz de los soles. Cerca de ella tenía sensaciones que nunca había tenido, y en verdad deseaba tenerla a su lado y no dejarla ir. Pero el compromiso de su amada lo detenía, y frenaba sus deseos.

-¿Por qué eres tan bueno conmigo? ¿Por simples formalismos? -preguntó Aminión, que se sentía incómoda por la situación actual. Se sentía incompleta. No deseaba lujosos regalos, costosas invitaciones ni nada por el estilo; sólo quería a Dárlaran, al duque de Háreneth.

Entonces, estallando su sinceridad, el duque preguntó: -¿Por qué te comprometiste con él?

Aminión entendió de inmediato. - o... -pero enmudeció, pues el duque se acercó a ella y la abrazó con inmensa profundidad.

Aminión se dejó envolver entre los brazos del duque, y estaba dispuesta a dejarse llevar por sus sentimientos, abandonándose a los besos de Dárlaran; pero la puerta fue abierta de inmediato, pues Aminión no la había trancado. Y, para desdicha de la pareja, fue Imperoth el que entró y los vio abrazados. El Hombre sabía que el duque había mandado a llamar a su amada por medio de una criada.

-¿Qué Demonios pasa aquí?! -gritó furioso.

-Nada que importe -increpó Dárlaran con los ojos mieles refulgentes.

-¿Cómo que no me importa?! ¡Aminión es mi prometida, y me dio su palabra de que se casaría conmigo! -exclamó Imperoth mientras miraba a la joven.

Entonces Dárlaran la miró con sorpresa. -¿Diste tu palabra? -preguntó.

Pero la joven no pudo disimular su desdicha y su vergüenza, y rompiendo a llorar, corrió hacia el segundo piso, encerrándose en su cuarto.

El duque e Imperoth quedaron mirándose con furia por unos segundos, hasta que el Nocturno dijo airado, pero en voz baja: -Tengo su palabra, y sólo yo se la puedo devolver.

-Y jamás la soltará -aseguró Dárlaran.

-Se casará conmigo, y ni usted, duque de Háreneth, puede evitar eso -respondió Imperoth que, con una sonrisa triunfante, se retiró hacia su cuarto.



Apenas quedó solo, el Duque miró su escritorio y lo golpeó con su puño, intentando desatar su furia. «¡Maldigo el día en que fui a Yavín!» pensó airado.

Después del desdichado acontecimiento, las relaciones entre Dárlaran y Aminión se enfriaron. Poco hablaban, pues el duque tuvo algunos negocios fallidos, y buscaba frecuentemente soluciones a sus pérdidas. En cambio, Aminión, se dedicaba a escribir una novela ya iniciada en Yavín. Sin embargo, con el transcurrir del tiempo había cambiado a sus personajes, e incluso el tema. A pesar del distanciamiento, las miradas eran profundas cuando la pareja se encontraba. Aunque sólo se limitaban al saludo, con frecuencia se seguían con la mirada.

Por otra parte, Imperoth pensaba cómo tener suficientes recursos para realizar su casamiento con la condesa de Heid. Bien sabía que Dárlaran no donaría una sola moneda de plata, y que, por influencias del duque, ningún conocido le ayudaría a casarse con Aminión.

51

Así pasaron los meses, e incluso pasaron dos años. El Circular Arán, ayudado por el afamado Le-Hir, había logrado expulsar a los Nomos de la Llanura Verde y había logrado reconquistar las ruinas de Al-Marac. Arán también logró mantener el cerco del frente septentrional, encerrando a los ejércitos Nómicos entre Hil-Dendel y el Mar de las Deidades.

Sin embargo, los Nomos todavía controlaban los reinos del norte, y habían logrado cruzar el río Magla, destruyendo las ciudades de Patuc y Malaquil. También habían navegado por el Magla hacia las Tierras de Tenoc, y habían devastado los asentamientos allí; pero no habían logrado ingresar a la Península de Viento. Así que el reino de Vil-Díndel, que no pertenecía a la Triada, estuvo a salvo tras las Montañas de Viento.

Sin embargo, lo que en verdad marcó el destino de la guerra fue un debate del Círculo, llevado el 5 de enero del año 1282. Dárlaran fue invitado al debate, que, según le había informado Arán personalmente, consistía en si los Ariánicos de la Triada ayudarían a los Nocturnos de más allá del Mar de las Deidades. Lo que los Nocturnos pedían era un ejército de por los menos trescientos mil efectivos para reconquistar Yavín, el sur de Herda y el norte de Félgor.

-Pero lo que en verdad es importante -aclaró Arán-, es la acusación hecha por un sirviente del fallecido rey de Vírandel.

-¿Qué dice? -preguntó el duque.

-Que él mismo, por deseos y sobornos de los reyes de la Llanura Verde, habíale dado veneno a su rey -dijo Arán, que después suspiró-. Esta acusación es muy grave, pues Milh, uno de los reyes de la Llanura, murió en la invasión a Al-Marac, así que a Tolh es en quien recae la acusación. Además, muchos de los circulares creen en la acusación y desean que Tolh sea destronado.

-Pero eso le convendría -afirmó Dárlaran.

-No puedo destronar a un rey -respondió el Arán-. Además, creo que, si tuviera que destituir a un rey, sería a Anaith, al actual rey de Vírandel. No creo que sea apto para gobernar en estos tiempos de guerra. Y si se confirma que los reyes de la Llanura Verde



envenenaron a su padre, Anaith iniciará una guerra contra la Llanura Verde, y la Triada colapsará.

-¿Qué piensa hacer? -preguntó el duque mientras se sentaba tras su escritorio rojizo.

Arán caminó con la mano en la barbilla por unos momentos, de un lado a otro, pensativo.

-Lo someteré a votación -respondió-; pero si el rey Tolh es destronado no lo privaré de sus lujos. Él seguirá siendo el rey de Larath, pero su ejército pertenecerá a la Triada.

-¿Y qué se debe hacer para destituir al rey de Vírandel?

-Un circular debe proponerlo. Pero eso no importa, debemos ir al Círculo para decidir si el rey de Larath queda exento del poder de la Triada y si los reinos de Pacán ayudarán a nuestros hermanos del Antiguo Continente.

En ese momento Dárlaran recordó las palabras del rey Ehirot de Ehirarh. Si los ejércitos de la Triada cruzaban el Mar de las Deidades, Ehirot y algunos nobles Nocturnos tendrían razón al inquietarse por el poderío de los Ariánicos. Pero después pensó: «Pero no vamos a invadirlos, vamos a ayudarlos», y este pensamiento lo tranquilizó.

Cuando llegaron al Círculo, en el centro de Hil-Darath, Arán, muy bien escoltado, acomodó al duque en una silla no muy lejos de la tarima. Después dispúsose a subir. Puso un cuaderno sobre el capitel de piedra blanca e intentó calmar a los circulares, que se gritaban entre ellos de forma furiosa.

Al lado derecho de Arán, y sentado de forma placida sobre un sillón opulento, estaba Tolh, el ahora único rey de la Llanura Verde, y ahora acusado de asesinato. El acusador era quien permanecía sentado al lado izquierdo de Arán, Anaith, único rey de Vírandel, cuyo padre había sido envenenado. Anaith tenía a un testigo: Su propio sirviente. El sirviente había confesado que él, por orden y pago de los reyes de la Llanura Verde, había envenenado al fallecido rey de Vírandel. Allí estaban los tres poderes de la majestuosa Triada: Anaith de Vírandel, Tolh de la Llanura Verde y Arán de Hil-Dendel.

Después de calmar a los nobles, Arán inició el juicio. Uno tras otro, pasaron los testigos y los acusados. Pero Tolh, que era arrogante y poderoso, se mofaba con cada nueva acusación. Dárlaran se percataba de eso y miraba a Arán, quien actuaba como uno de los tres jueces (los otros dos eran circulares, uno de la Llanura Verde y otro de Vírandel). Entonces un noble que permanecía al lado de Dárlaran: -El orgullo será lo que condenará a Tolh. Él solo se está ahorcando.

-Y Arán sabe eso -añadió Dárlaran, que miraba a su amigo con detenimiento.

Arán permanecía concentrado, e incluso parecía nervioso. Y, sin embargo, mostraba una increíble objetividad con cada pregunta.

El testimonio del sirviente fue el más contundente, y según otros testigos, él no mentía. Y apenas hubo confesado el sirviente, Anaith, rey de Vírandel, se levantó y gritó mientras señalaba a Tolh: -¡Debería ser quemado por envenenar a mi padre!

-Soy un rey y no daré explicaciones a nadie -respondió Tolh desdeñoso-. Sé que yo no hice tal injuria, y que éste insignificante sirviente miente. ¿Cómo el Círculo puede confrontar la palabra de un sirviente contra la de un rey?

-Eso no viene al caso -interrumpió el juez de la Llanura Verde-. Según vemos, usted deseaba quedarse con el reino de Vírandel -añadió.



-Si eso quisiera hubiera declarado la guerra hace mucho tiempo. ¿Quién querría tan débil reino? -dijo Tolh para desconcierto de los provenientes de Vírandel, que furiosos, empezaron a gritarle injurias.

Entonces Arán se levantó de su puesto y empezó de nuevo a calmar a los nobles; pero al no poder hacerlo, decidió que el juicio se realizaría a puertas cerradas. Sin embargo, ordenó a los guardias a que nadie saliera del Círculo.

Dárlaran permaneció los tres días que duró el juicio en el interior del ostentoso edificio. Sus pensamientos se habían vuelto difusos, pues sabía que lo que pasaba en el Círculo era sumamente importante. Y, sin embargo, sus pensamientos estaban puestos en la joven de sus sueños, en la hermosa de ojos azules que lo esperaba en el bastión.

El temor invadió al duque mientras esperaba con ansias la decisión. Los guardias le llevaban comida y café. El café era una bebida exclusiva de Pacán, pero en tiempos posteriores sería llevado al Antiguo Continente.

Y finalmente, el 8 de enero, uno de los jueces salió del salón principal. El juez era del reino de Vírandel, y era calvo, entrado en años y de bigote canoso. Cuando el juez salió, todos los presentes hicieron silencio, esperando el veredicto.

-Se ha decidido con detenimiento que Tolh, el rey de la Llanura Verde, perderá su poder en la Triada -gritó-. Sin embargo, no perderá su corona, y sólo la Triada tendrá poder sobre él.

-¿Y a quién pasará el poder? -gritó otro circular, proveniente de la Llanura Verde-. No podemos dar el poder de la Llanura Verde a Vírandel -añadió con furia.

-El poder, por petición del mismísimo rey Tolh, ha quedado en manos de Arán de Hil-Dendel -informó el anciano.

Entonces la gran mayoría de noble estallaron en agradecidos vítores, pues casi todos los presentes se sentían ofendidos por la arrogancia de Tolh. En cambio, tenían a Arán en una altísima estima. Este último había logrado hazañas impresionantes, casi calculadas, desde el inicio de la guerra.

-Pero todavía no se pueden retirar del edificio -interrumpió el juez entre ovaciones y gritos-, pues los jueces hemos decidido destituir a Anaith, de Vírandel, porque nada ha hecho por la Triada.

-Eso daría todo el poder a Arán -aseguró otro noble.

-¡Están proponiendo unificar la Triada! -gritó otro joven noble, iracundo y preocupado.

-Esta nueva propuesta será tomada a votación -aseguró el juez-. Todos los nobles Ariánicos que posean tierras y tropas votarán desde este momento- informó el juez, que intentando ordenar el caótico recinto, empezó a organizar las votaciones.

Había en ese momento ciento cuarenta nobles provenientes de los tres reinos de la Triada; y todos ellos votaron. Durante la desorganizada votación, impregnada de una que otra riña verbal, ni Arán, ni los jueces, ni los reyes salieron del salón principal.

La votación duró casi un día, tiempo en el cual el duque, mordido por el tedio, se paseó por entre las amplias salas del edificio, repletas de papeles regados y sillas desorganizadas. Dárlaran poco hablaba con el resto de nobles y tomaba café con mucha frecuencia.



Y finalmente, a las dos de la mañana del 9 de enero, los jueces salieron del salón principal y se dirigieron hacia la tarima en la mitad del Círculo.

-¡Los votos han sido contados! -exclamó uno.

Entonces todos guardaron silencio.

-¡Hay cincuenta votos por el «no» y noventa votos por el «sí»! -gritó el otro juez, más joven que los demás-. Lo que indica que Arán de Sáreneth, es ahora la única autoridad militar de la Triada, y ni los reyes pueden sobreponer su autoridad.

Tan trascendental revelación hizo que el Círculo se inundara en vítores y aplausos. Dárlaran, incrédulo, se hundió en el sillón en donde estaba, apretando los bordes de éste y con la boca entreabierta de la sorpresa.

Quince minutos después de la noticia, el salón principal se abrió, y de allí salieron los dos reyes. Ambos tenían un rostro de satisfacción, pues ninguno deseaba que el otro tuviera el poder. Sin embargo, los reyes ahora eran prácticamente súbditos de quien salió detrás de ellos: Con una manta de seda dorada de amplias mangas, Arán emergió del salón con un aire desdeñoso. La gran mayoría de nobles empezaron entonces a aplaudirlo y a elogiarlo, mientras él sonreía y daba las gracias constantemente.

-Hermanos circulares y nobles Ariánicos -dijo dirigiéndose al clamante público-, les doy gracias por el poder que me otorgan. También doy gracias a los reyes por confiar tanto en mí; y por lo mismo, juro por los Sáreneth que no descansaré hasta hacer pagar a los Nomos su espantosa osadía. Juro que taparé las madrigueras Nómicas con sus propios huesos, y que destrozaré Krimallán y Górdoral hasta los cimientos. ¡No podemos dejar que la muerte de nuestros valientes Hombres quede impune! ¡Y mucho menos la muerte de la joven Álareth, a quien se le arrebató de forma espantosa una vida inocente y corta! Si ustedes me lo piden, renunciaré al poder; pero les pido que me dejen acabar esta horrible guerra, que ya se ha llevado miles de vidas Humanas. Nunca les he fallado y no les fallaré. Las elocuentes palabras de Arán lograron tocar los corazones de los que lo escuchaban.

-¡Sabiduría a Arán! -gritó uno de los nobles.

Y todos los del recinto lo siguieron gritando tres veces: -¡Sabiduría a Arán!

Entonces Arán prosiguió: -Estoy de acuerdo con la petición de Tolh -dijo como si se refiriera a un simple Hombre y no a un rey-, y por lo mismo, no dejaré que nuestros valientes hermanos del Antiguo Continente sufran. Por lo tanto, mandaré tropas para ayudar a los reinos al oriente de la Cordillera de Nínilver. ¡Sé que ellos harían lo mismo por nosotros! -gritó con efusividad-, y no sería justo dejarlos solos con su sufrimiento. Ayudaremos a los Hombres del Antiguo Continente en su guerra contra los Nomos, cueste lo que cueste; pues somos hermanos y los Nomos son nuestros enemigos.

-¡Que viva el misericordioso y noble señor Arán! -gritó un noble, el marqués de Hil-Féreneth y padre de Ládeniel.

La decisión fue acogida y aceptada de inmediato, en medio de ovaciones.

-Y también propongo, que el nombre de la Triada desaparezca, pues ya no hay tres poderes que la rijan. Y de la Triada saldrá un imperio que no será olvidado en el mundo; un imperio que mostrará la era dorada, la cúspide y el poderío del Hombre Ariánico; un imperio que demostrará que son los Hombres los dueños del mundo, porque así los Espíritus lo quisieron. ¡De la Triada emergerá el Imperio de los Dos Soles! -gritó Arán con un vigor y un orgullo profundo.

Las palabras volvieron a levantar los ánimos de los que lo escucharon, que de inmediato empezaron a gritar: -¡Sabiduría al emperador Arán! ¡Larga vida al Imperio de los Dos Soles!



-¿Qué está pasando? -preguntó Dárlaran al marqués de Hil-Féreneth mientras, atónito, miraba a Arán, que examinaba su alrededor ensimismado.

-Pasa, hijo mío, que está observando al emperador más poderoso del Nallhard -respondió el marqués, que tampoco podía disimular su asombro.

52

Las noticias se regaron como la lluvia por todo Pacán, y los mensajeros no demoraron en llevar las nuevas a los reinos del Antiguo Continente. Muchos de los reinos temblaron de temor y de ansiedad por el nuevo poder del emperador, y por lo mismo, decidieron mandar costosos regalos al imperio.

La coronación de Arán se hizo dos meses después de destronar a los reyes Ariánicos, el 13 de marzo del año 1282 de la Era de las Luces. Como era obvio, el duque de Háreneth fue invitado; pero, para sorpresa de todos, Arán también invitó a Aminión, a Imperoth y a Oroth a su coronación. Árcival, que estaba en Al-Marac, volvió a Hil-Darath exclusivamente a la coronación de su amigo, y Térail dejó sus quehaceres para asistir.

Arán también les pidió a todos los reyes Humanos y Dacones que asistieran a la ceremonia. Aunque los exploradores sobre cóndores buscaron el reino de Ehirarh por mucho tiempo, no lo ubicaron; y por lo mismo, el inmortal Ehirot fue uno de los pocos reyes que no fue a Hil-Darath. Sin embargo, no fue el único: Áladroth, rey Nocturno de Arys, no asistió. En vez, mandó algunos mensajeros. Melot, rey de Félgor, no pudo asistir; pero tenía una buena excusa: La guerra contra los Nomos estaba en un punto tenso. Melot era uno de los reyes que aclamaba la ayuda de los Ariánicos, y por lo mismo, mandó a su consejero real más cercano. Y Ternasis, rey Nórdico de Sadamarca, decidió no dejar sus tierras gélidas al norte de la Nínilver, y en vez, mandó emisarios con regalos. Ternasis era orgulloso, y al ser un rey entre hielos, poco cuidado puso a los asuntos del imperio.

La coronación fue una ceremonia bastante opulenta y majestuosa, y se llevó a cabo en el palacio de Mirllán, en Hil-Dendel. El palacio de Mirllán, llamado después el Palacio Imperial, era el único suficientemente grande para albergar a todos los nobles invitados. Sus salones eran abovedados y de suelos enlosados. Estaba iluminado por hermosas lámparas de cristal, y tenía cuadros impecables y alfombras. El palacio poseía cuatro pisos, pero la coronación se llevó a cabo en el segundo, en un enorme salón de paredes de mármol con relieves.

Al fondo del salón había un trono de oro puro y pulido, con cómodos cojines purpúreos (el color imperial). Su espaldar era grueso y finamente decorado. Y tras el trono se levantaban unos emblemas en relieve. Había un jaguar, una anaconda, un halcón y un murciélago; cuatro animales que simbolizaban el poder y el rango de los militares Ariánicos. Los cuatro emblemas tenían piedras preciosas incrustadas en los ojos: El murciélago y la anaconda tenían brillantes rubíes como ojos, y el jaguar y el halcón tenían esmeraldas destellantes. Y frente al trono había un altar que sostenía un anillo, un collar y una corona, todos finamente trabajados.

Una alfombra purpúrea y de hilos de oro se extendía desde la entrada del salón hasta el trono. Y a los dos lados de la alfombra esperaban con ansias cientos de nobles de todas



las razas. Entre ellos estaba Dárlaran, que acompañado de Oroth, Aminión e Imperoth, esperaba cerca del trono. Térail también estaba allí, al otro lado de la alfombra, de frente al duque; y con muecas, le indicaba su nerviosismo y su ansiedad.

Había muchos nobles y embajadores de otros reinos, y también había Dacones de cabellos de plata y pieles blancas, provenientes del reino de Mararh y de otros reinos más pequeños. El principal lujo Dacón era la plata, como para los Hombres el oro; y por lo mismo, los Dacones se adornaban de por sí con pulseras de plata bruñida, y en esa coronación no iban a hacer la excepción.

Y cuando Arán entró al majestuoso salón, todas las personas presentes enmudecieron. Arán miraba a su alrededor en aire altivo y arrogante, y vestía con seda blanca bajo un manto de piel de jaguar. El manto tenía lujosos encajes, y los botones de su camisa blanca eran de oro. La chapa de su cinto era de plata y su blanco pantalón permanecía impecable.

Permaneció de pie bajo el umbral del enorme portón por unos instantes, mirando a sus invitados con detenimiento. Y al dar un paso hacia el interior del salón, un coro de ciento cincuenta jóvenes y jovencitas, y niños y niñas, empezaron a entonar un hermoso cántico sobre el nacimiento de un nuevo imperio lleno de armonía y paz.

Entonces Arán dispúsose a avanzar hacia el trono, con paso desdeñoso y altivo. Y a su paso, todos los presentes, reyes y plebeyos, nobles y sirvientes, se hincaron sobre el suelo en señal de respeto. Dárlaran veía con asombro cómo todos se arrodillaban respetuosamente al paso de su amigo, y se sintió orgulloso. Pero cuando Arán pasó por su lado, el duque, y Aminión, y Térail, y los demás, también se hincaron para saludar al nuevo emperador.

Arán siguió caminando con la mirada fija en el altar frente al trono. Y cuando estuvo frente a él, y demostrado su inmenso orgullo, tomó el anillo de amatista púrpura y se lo puso en el anular derecho, como lo hacían los reyes de Vírandel. Después se puso el collar de oro con un dije en forma de cabeza de serpiente, igual a como se coronaban los reyes de Hil-Dendel. Y finalmente tomó la ostentosa corona de engarces, la levantó mostrándola a los presentes, y se la puso en la cabeza, como lo hacían los reyes de la Llanura Verde. Pero se coronó a sí mismo, y a nadie dejó hacerlo, lo que mostró que él solo había obtenido esa corona, y que ahora era el emperador más poderoso, y que a nadie le agacharía la cabeza ni siquiera para ser coronado. Así nació el Imperio de los Dos Soles.

Después de su coronación, Arán recibió a los embajadores y a los reyes, uno por uno. Todos traían bellos presentes y algunos de ellos le hacían peticiones. Arán escuchaba todo con detenimiento y se mostraba preocupado de vez en cuando, lo que causaba alegría en los que a él acudían. Escuchó con detenimiento las peticiones de Yavín y del reino de Félgor, y aseguró que mandaría refuerzos al Antiguo Continente.

Y apenas acabó de escuchar las peticiones, el emperador les dijo a los embajadores: -Les pido, embajadores de hermosos reinos, que me acompañen al balcón del cuarto piso. Todos los embajadores le siguieron, y quedaron atónitos al salir al balcón. Desde el amplio balcón de labrado parapeto era visible una enorme plaza enlosada. En la mitad de



la plaza había una hermosa estatua blanca en forma de Mujer. Y alrededor de la plaza, como un fluido río que arrastra piedras de oro, un gigantesco ejército desfilaba frente al palacio.

El Ejército Dorado estaba constituido por cuatro grandes cuerpos: La infantería pesada, la caballería, los arqueros y los espías o mercenarios. La infantería pesada tenía armaduras gruesas y capas rojizas. Sus gruesas hombreras en forma de garras de jaguar los identificaban como infantes. Al estar acostumbrados a luchar con enemigos más altos, tenían escudos que les cubrían casi todo el cuerpo, y tenían una pequeña espada que servía para apuñalar y tajar. Sus yelmos cubrían sus rostros, pues tenían caretas que simulaban rostros inexpresivos. Las caretas de los soldados Ariánicos significaban que sólo seguían órdenes, además servían para ocultar el rostro de temor.

Los arqueros se diferenciaban también por sus hombreras, que tenían forma de cabezas de halcones. Tenían capas azules, y de sus hombreras salían unas hileras de plumas a modo de alas.

Las hombreras de los Hombres de la caballería eran menos gruesas y tenían forma de cabeza de serpiente. Sus capas eran verdes y sus caballos estaban protegidos con cabestros de acero y faldones gruesos. Los jaeces y las armaduras de los caballos eran dorados.

Finalmente estaban los espías y los mercenarios, representados con el murciélago. Tenían capas negras y no poseían cascos. Estos, al igual que los cuerpos anteriores, tenían su emblema de animal repujado en el peto de sus armaduras.

Ahora bien, Dárlaran, acompañado de Aminión y Oroth, salió a un balcón más abajo, y quedó estupefacto al ver las enormes formaciones en cuadros de Hombres de doradas armaduras. —¡Es increíble! -exclamó.

-El emperador es astuto -aseguró Térail, que se posó al lado del duque-. Muestra a sus potenciales enemigos el poder del imperio -añadió mientras miraba a los embajadores sobre el balcón-. Y lo mejor es que todos los presentes son capitanes.

-¿De qué hablas? -preguntó Aminión.

-Cada uno de estos Hombres tiene doscientos Hombres bajo sus órdenes -respondió el mercader mientras miraba la plaza repleta de soldados.

Dárlaran, asombrado por la aclaración, enfocó su mirada de inmediato en las interminables cuadrículas de Hombres. -¿Y cuántos hay aquí? -preguntó con el calor del día en su rostro.

-Unos diez mil -respondió Térail-. Ahora es simplemente multiplicar para saber cuántos Hombres constituyen el ejército principal -añadió.

-Unos dos millones -respondió Aminión, incrédula.

Y Térail asintió. —Y no estamos contando con las tropas auxiliares -aclaró.

-Y cada día se entrenan más tropas -agregó Dárlaran.

-Por eso somos el imperio más poderoso del mundo, amigo mío -dijo Térail que, señalando al emperador, añadió: -Y ese Hombre sobre el balcón es el Hombre más poderoso de todos los reinos.

Arán miraba con desdén y orgullo desde el balcón a sus capitanes, que cuando pasaban frente a él levantaban sus armas.



-¡Nuestras armas sirven al Imperio de los Dos Soles y al emperador! -gritaban los Hombres. Y a la mitad del deslumbrante desfile unos vítores empezaron a escucharse en la parte posterior de la plaza. Y de entre los soldados dorados apareció un gran Hombre sobre un caballo majestuoso. El Hombre tenía una capa negra de sinuosos pliegues, y sobre su espalda descansaban dos pesadas hachas.

-¿Árcival? -preguntó Dárlaran al ver al Hombre más de cerca.

-Él es un soldado, y por lo mismo debe rendir lealtad al nuevo emperador -explicó Térail. Entonces Árcival miró al Arán y gritó: -¡Yo, Árcival, al que llaman Le-Hir, vengo en nombre de los Tíndereth a servir al emperador!

Dárlaran notó que el rostro de Árcival había cambiado. Ya no tenía la compasión de antes, pues había pasado mucho tiempo en el frente. Ahora sus ojos refulgían, lo que daba crédito a su apodo. Su rostro parecía haberse endurecido y enfriado, y miraba con ira a su alrededor, como si en verdad hubiera olvidado sus recuerdos pasados. Dárlaran después miró al emperador, y vio con asombro que Arán miraba a Árcival de una manera fría, como si en verdad no lo conociera.

Aunque todos esperaban que el emperador le diera las gracias a Le-Hir, Arán no hizo más que decir en voz baja y para sí mismo: -Lo tendré en cuenta.

Y en medio de vítores y elogios, Le-Hir dio media vuelta y se retiró de la plaza.

-¿Qué Diablos pasa? -preguntó el duque sorprendido, mientras seguía con la mirada a Árcival, que se perdía entre las interminables huestes de Hombres.

-Como en un negocio, amigo Dárlaran, la amistad debe separarse de la mercancía -explicó Térail.

Entonces Aminión se recostó contra una ventana, como si el encuentro entre Árcival y Arán la hubiera agotado. -Ese no es el Árcival que fue al Antiguo Continente -aseguró-. Su corazón parece haberse endurecido.

-Quizás ha visto mucho -respondió Oroth.

Aminión miró de nuevo al emperador y dijo: -No puedo creer que esté viendo al Hombre más poderoso del mundo.

-¿Y ayudará a Yavín como lo prometió? -preguntó Oroth al duque.

-Arán es un Hombre de palabra -respondió Dárlaran sin dudar-. Espero que su poder logre controlar a los ejércitos del más allá del Mar de las Deidades -añadió.

53

Aunque los nobles aseguraban que era imposible ayudar a los reinos de más allá del Mar, Arán, que parecía tenerlo todo calculado, dio conocimiento de una flota que había mandado a construir en secreto. Esto hizo que los nobles se sorprendieran y lo vanagloriaran. Entonces el emperador, sin dudarlo, cargó toda la flota Ariánica y la envió a Yavín. Árcival estaba al mando.

Cuando los treinta mil Hombres Ariánicos llegaron a tierra firme, a la Península de los Elementos, los reinos azotados parecieron respirar, y los Nomos, en cambio, supieron que su reinado en el Antiguo Continente había terminado.

Los Nomos todavía seguían las órdenes del Poder Oculto, y por lo mismo se arrojaron a la guerra contra los Ariánicos del imperio. Aunque los Ariánicos eran poderosos, los Nomos lograron reconquistar Yavín, Trarras, Morzad y Aigón, ciudades-estado al norte de Félgor; pero Félgor y Herda fueron limpiadas de inmediato. Sin embargo, los Nomos



lograron defender la Nínilver meridional. Así, el día del desembarco (el 12 de septiembre), el temor de los Dacones se había vuelto realidad: La mano Ariánica de Pacán se había posado en el Antiguo Continente. Y entonces los reinos al oriente de la Nínilver se sumergieron en huesos, cenizas, escombros y sangre.

Empero, el emperador no tenía puestos sus ojos solamente en el Antiguo Continente. A mediados de noviembre del 1283, Arán ya preparaba un furioso y aplastante ataque a las ciudades de Górdoral y Krimallán, las ciudades Nómicas en el frente septentrional. Arán, con ayuda Aeros, había logrado encerrar a los Nomos en sus propias fronteras, y ahora se preparaba para finalizar la guerra en Pacán.

Bien, Dárlaran estuvo casi todo ese año fuera del ducado. La creación del imperio había le dado mucho más poder, y por lo mismo, más ocupaciones. Esta gran riqueza acumulada en Háreneth también se debía a la nueva economía imperial. Ahora los Escudos Imperiales (las monedas del imperio) costaban quince monedas de oro, cinco más que los Escudos Nocturnos y siete más que las monedas Nórdicas. Además, el comercio, al ser fluido, brindaba varias oportunidades de riqueza en Pacán.

Por lo mismo, el duque construyó fábricas y armerías por todo Pacán. Incluso mandó a construir dos forjas en Herda, una cerca de Dan-Silum y la otra a media hora a galope de Larul, una ciudad construida en la Herda septentrional.

Sin embargo, el duque mandaba cartas frecuentemente al bastión, informándole a Burén y a Kihra de la situación. Y también mandaba cartas a Aminión, en donde escribía sus pensamientos y sus ansias de volver. La joven extrañaba al duque de sobremanera, y a menudo se posaba tras los impecables ventanales de su habitación por horas, mirando el horizonte tropical y esperando ver el carruaje de Dárlaran. Tal fue la angustia de Aminión, que pareció opacarse a medida que el tiempo pasaba: Comía sin ganas y, aunque se maquillaba, su belleza parecía nublarse. La joven también mandaba cartas, pero muy pocas de ellas le llegaban al duque.

Y cuando Dárlaran llegaba al bastión, la felicidad de Aminión era indisimulable. Su corazón parecía llenarse de vida, y sonreía mucho. A menudo, el duque la invitaba a su estudio y, mientras realizaba algunos cálculos y diseños, le contaba sobre los acontecimientos de la guerra. Aminión se sentaba y escuchaba con detenimiento cada palabra, ansiando que la conversación durara para siempre. Sin embargo, las partidas de Dárlaran eran tristes. Burén era siempre quien lo escoltaba hasta Hil-Darath, y Kihra lo acompañaba hasta el portón del baluarte, mientras Aminión se posaba sobre algún bello balcón y, bajo la luz del día, boleaba la mano y pedía a los Ángeles que lo trajeran rápido (los Nocturnos, a diferencia de los Ariánicos, creían que los Ángeles eran los creadores del Nallhard; no creían en los Espíritus).

Pero no todo era desdicha y presura en el bastión de Háreneth, pues Oroth parecía estar siempre alegre y conforme con la situación. El primo de Aminión conversaba a menudo con los guardias del baluarte, y cabalgaba por los amplios terrenos que pertenecían a los Háreneth. Sin embargo, quien parecía más alegre era Imperoth, que veía las partidas de Dárlaran como un alivio. Conversaba con Aminión constantemente, aconsejándola y hablándole de cómo sería la situación si estuvieran casados. Cada vez que Imperoth



tocaba el tema del matrimonio, la joven intentaba esquivarlo, pero bien sabía que él tenía su palabra, y que tendría que cumplirla tarde o temprano.

A mediados del mes de junio, Dárlaran llegó al bastión con una grata sorpresa para los Nocturnos. Había hablado con el emperador, y este último había aceptado firmar un permiso de tiempo indefinido para que Oroth, Imperoth y Aminión pasearan libremente por cualquier ciudad perteneciente al imperio.

-Más vale que no pierdan este permiso, porque sólo firmaré éste -aseguró el emperador mientras miraba el papel con detenimiento y se preparaba para ponerle el sello-. Aunque no sé si darle este permiso a Imperoth -añadió. Entonces miró a Dárlaran y dijo: -Debería mandarlo a las ruinas de donde vino.

Entonces Dárlaran sonrió. -Sé que sólo me ha traído problemas; pero mientras tenga la palabra de Aminión no puedo hacer nada. Donde vaya él, irá ella -aseguró mientras caminaba de un lado a otro mirando la alfombra rojiza.

-Lo hago por usted, Dárlaran -dijo Arán finalmente, y puso el sello sobre el papel-. Son libres de andar por el imperio.

El duque tomó el papel y dijo: -¿Cómo le agradezco?

-Tenga las armas que le pedí para noviembre -respondió el emperador-. El imperio pagará todo lo que necesite: Materiales, trabajadores, viajes; lo que sea.

-Pero no quiero esclavos -se anticipó el duque, que había visto de mala manera cómo el imperio estaba esclavizando Hombres del norte que se negaban al mandato de Arán. Nunca los Ariánicos habían esclavizado a alguien; pero el imperio estaba tomando una senda peligrosa.

-No entiendo el motivo por el cual paga trabajadores habiendo esclavos -dijo Arán.

Entonces Dárlaran recordó a los Ángeles, y recordó la promesa a Mírlath, y dijo: -El viaje a Mírlin me cambió.

Arán lo miró con detenimiento, pero simplemente encogió los hombros.

Cuando Dárlaran llegó al bastión, hizo llamar de inmediato a sus invitados. Se acercó a Aminión y le entregó el permiso. -Este papel es más importante que sus vidas, pues es la libertad. Cuídenlo como el tesoro más preciado.

-¡Qué ironía ahora depender de un miserable papel en vez de depender de nuestros linajes! -exclamó Imperoth sarcásticamente.

Dárlaran lo miró con detenimiento, pero después miró a Aminión, que parecía sufrir de vergüenza ajena, y se contuvo. -Disfruten las ciudades del imperio -dijo finalmente.

Con el permiso en la mano, Aminión, Oroth e Imperoth no esperaron para conocer las majestuosas y opulentas ciudades Ariánicas. Dárlaran, que se quedó unas semanas en el bastión, los llevó a Hil-Darath y a Mirllán, y a Tóndoral y a Vírandal, y a Al-Marac y a Larath. Todas y cada una de las ciudades tenían una belleza distinta y comparable a las ciudades de las historias antiguas.

Las edificaciones del antiguo reino de Vírandel (ahora perteneciente al imperio) tenían techos de tejas rojizas y negras, paredes blancas y finamente estucadas, balcones con adornados parapetos, torres soberbias y rectangulares, mansiones gigantescas y murallones gruesos y altos.



Las ciudades de la Llanura Verde tenían una arquitectura semejante a la de Vírandel, pero las torres tenían formas cilíndricas, y las pirámides abundaban despuntando el cielo claro. En Larath había esculturas por doquier, y por esto era famosa. Las estatuas, hechas en mármol en su mayoría, parecían vigías que cuidaban la ciudad cuando la noche caía.

Los Nocturnos ya habían visto las ciudades de Hil-Dendel, pero no dejaban de maravillarse. Sus techos, a diferencia de las otras arquitecturas, eran planos y con parapetos finos. Algunas plantas de los techos sobresalían del cuerpo del edificio. También abundaban en Mirllán y en Hil-Darath las majestuosas pirámides, con escaleras que parecían interminables y de paredes ricamente esculpidas.

Todas las ciudades Ariánicas tenían un increíble avance tecnológico. Todas las casas tenían complejos sistemas de tuberías, tanto para baños como para cocinas. Tenían calefactores y había un sistema de encendido de lámparas por medio de tubos con combustibles y chispas, accionados por botones incrustados en las paredes. El combustible fue llamado por los Hombres *vellina*, y era la sangre de los árboles de *vella*, semejantes a un roble. Los árboles de *vella* crecían en casi todo el mundo, pero eran más frecuente en las tierras al oriente de la Muralla de Volcanes.

Dárlaran compraba regalos a sus acompañantes en cada ciudad que visitaban. Y, aunque los tres Nocturnos los recibían con pena o arrogancia, ninguno negaba los ostentosos presentes. Sin embargo, Dárlaran también compraba cuadros, alfombras o esculturas para el bastión. Y todo lo guardaba en el baúl que tanto había inquietado a Aminión cuando vio por primera vez a Ládeniel en Mirllán. Ella sabía que el duque guardaba algo allí, algo muy importante que deseaba que permaneciera oculto. Pero por más que lo intentó, la joven nada pudo saber sobre esto.

Apenas hubo terminado el viaje, Dárlaran tuvo que partir de inmediato a Hil-Darath para supervisar la construcción del arsenal de asalto que él había diseñado.

-No me digas que tienes que irte de nuevo -dijo Aminión casi rogando.

-Debo estar allí.

Entonces Aminión bajó la cabeza angustiada y triste, escondiendo sus bellos ojos azules tras sus cabellos sombreados. -Por favor, no te vayas -pidió con la voz entrecortada.

Dárlaran, que nunca la había visto así, se sorprendió de inmediato ante el ruego. Entonces la abrazó como si quisiera calmarla, y dijo: -Apenas acabe esto volveré y me quedaré contigo.

-¿Hablas en serio? -preguntó la joven levantando los ojos, semejantes a cielos brumosos.

-Lo prometo -dijo Dárlaran, que de nuevo sintió ganas de besarla. Los labios rosados de la joven parecían invitarlo a la pasión, pero cuando levantó la mirada hacia la puerta del estudio, vio que Imperoth los miraba con furia.

-Espero que vuelva pronto -dijo Imperoth con sardonía.

Aminión, al escuchar la voz de su prometido, se zafó del abrazo del duque, y su rostro se sonrojó. -¡Imperoth, lo que...!

-Volveré pronto -interrumpió Dárlaran que, dándole un beso a la joven en la frente, salió del estudio, pasándole por el lado a Imperoth y sin siquiera mirarle.

En cambio, Imperoth clavó en Dárlaran una mirada venenosa, iracundo por la envidia.

Apenas el duque salió del estudio, Aminión se acercó al Nocturno. -Imperoth, sólo le pedía que...



-Nos casaremos apenas tengamos la oportunidad -interrumpió el Hombre con soberbia-. Ahora que podemos salir del bastión será más fácil -añadió mirando el rostro pálido de la joven, que permanecía en silencio. Entonces Imperoth dijo con tono furioso: -Hablaremos esta noche.

Y la joven asintió.

54

Así llegó el esperado noviembre del 1283. Dárlaran llegó a Hil-Darath, como lo había prometido, con veintisiete torres de asedio, doce catapultas, dos arietes de acero y tres ballestas. La logística para el transporte en verdad había sido un dolor de cabeza, pues no había caminos hacia las ciudades Nómicas, y las lluvias repentinas hacían que el barro se pegara en las ruedas de las máquinas. Dárlaran había tardado dos días más de lo acordado en llegar al punto de encuentro, pero finalmente lo había logrado.

Cuando el emperador vio las torres, sus ojos brillaron de maravilla y olvidó el atraso. - Están perfectas -aseguró mientras las rodeaba y fijaba sus ojos en la cima de una de las torres-. ¿Cuántos Hombres caben allí?

-Unos trescientos o cuatrocientos por torre. Quizás más -aseguró el duque.

-Suficientes para tomar los muros de las ciudades Nómicas.

-Hubo varios inconvenientes, pero...

-Todos los inconvenientes serán pagados -aseguró el emperador que, realizando una seña con su mano a sus guardias, les ordenó que se retiraran.

-Veo que los espías son buenos -dijo el duque.

Entonces Arán se fijó en él.

-Saben a cuántos metros están las zanjias de los muros. Saben la posición exacta de las madrigueras alrededor de la ciudad y saben cuántas tropas hay en cada ciudad.

Arán volvió a mirar las torres que despuntaban estridentes el cielo azul, y dijo: -Le voy a contar un secreto, Dárlaran: No todos los espías son Ariánicos, pues muchos Nomos han decidido traicionar a sus soberanos.

-¿Así que son los mismos Nomos quienes revelaron tanto?

-Algunos ya no temen al poder que se oculta tras ellos, y me han informado quién es tal poder.

Dárlaran se sorprendió entonces, y esperó estupefacto la respuesta.

-Resultó ser un Nomo, un hechicero Nómico que se esconde en los fosos de Górdoral.

-Pero el Rey Ehirot me dijo que no era un Nomo -dijo Dárlaran.

-Yo también lo pensé así -aseguró el emperador-, pero al parecer es uno de ellos -añadió mientras caminaba entre las torres y las catapultas, examinándolas. -Es difícil manejar un imperio en donde hay tantas mentes brillantes -dijo como a sí mismo-: un Ariánico es más astuto que tres Nocturnos o Nórdicos, pero tres Nocturnos o Nórdicos son más astutos que diez Ariánicos. Los Ariánicos son por naturaleza individualistas, pues son mentes brillantes; pero no funcionan en equipo-. Entonces el emperador suspiró y prosiguió: - Debo ser más brillante que los mismísimos eruditos de Pacán para sostener el imperio; y eso es en verdad difícil. Es complicado mantener unido este imperio Dárlaran, y además necesito un heredero.

-Debe conseguir primero una emperatriz -aseguró el duque, sonriendo.

Y el emperador también sonrió. -Primero deseo acabar la guerra en Pacán para poder dedicarme a mí -dijo-. Si logramos destruir Górdoral y Krimallán, y si logramos destrozarnos el Poder Oculto, a este «hechicero», podré tranquilizarme, y usted también.



-¿Y la guerra en el Antiguo Continente?

-Sería más manejable, pues podría levantar el frente septentrional y fijarlo en los reinos al oriente de la Nínilver. Por otra parte, necesito que vaya conmigo al frente septentrional, por si tenemos algún percance con las máquinas.

Dárlaran sintió que su corazón se aceleraba en ese momento, pues recordó la batalla de los Campos, y la herida en la cabeza recibida en la Nínilver. Incluso sintió un dolor de cabeza puzante. -Pero ya todas fueron probadas -balbuceó.

-Necesito a mi mejor ingeniero a mi lado para cuando ataquemos a los Nomos -dijo Arán.

-¿Irás al frente?! -preguntó Dárlaran, atónito.

-Debo darles ánimos a los soldados -respondió el emperador-. Además, necesito un amigo -agregó-. Ser emperador me liga a la soledad y a la desconfianza. Ya han intentado asesinar me dos veces, y no puedo confiar ni en mi sombra.

Estas palabras desarmaron a Dárlaran, que sin poder decir nada, asintió. -Está bien -dijo desmotivado al pensar en el largo viaje-, iré al frente; pero apenas acabe esto deseo volver a mi bastión. En verdad deseo descansar.

-Délo por hecho -respondió Arán esbozando una sonrisa.

La carta que mandó Dárlaran al bastión llegó con ánimos y ansias, como siempre. Fue Burén quien la leyó, pero a medida que bajaba de línea, su voz empezó a tornarse baja. Aminión, que escuchaba con detenimiento, parecía hundirse en su silla al escuchar que Dárlaran iría al frente septentrional. Mientras Imperoth parecía satisfecho.

-¿El frente es muy peligroso? -preguntó Kihra a Burén.

Burén meneó la cabeza. -El frente es donde la guerra se ha apoyado; pero Arán ha logrado mantenerlo.

-Es un Hombre astuto -aseguró Oroth, que también estaba presente.

-Parece saberlo todo -dijo Burén ensimismado-. Se adelanta a casi todos los movimientos. Los espías del imperio son muy buenos. Además, cuenta con la vigilancia de las águilas y los halcones.

-¿Pero logrará destruir las ciudades Nómicas? -preguntó Aminión.

Burén permaneció en silencio unos momentos. -Ha logrado lo impensable -dijo finalmente-. Según lo que Dárlaran nos escribió, el emperador conoce todo sobre las ciudades Nómicas. Incluso asegura que conoce al Poder Oculto.

-No creo que ese «hechicero» sea el Poder Oculto -aseguró Aminión.

-Tampoco lo creo -dijo Burén-. El rey Ehirot le dijo al duque que el poder tras los Nomos no era un Nomo.

-¿Será que están tendiéndole una trampa al emperador? -preguntó Kihra.

-No sería raro; los Nomos son traicioneros -aseguró Imperoth, que permanecía sentado placidamente al lado de Aminión.

-Conozco al emperador y sé con certeza que no es confiado -dijo el moreno Burén-. No creo que se deje engañar fácilmente.

-Entonces es muy posible que este hechicero Nomo sea el tan misterioso Poder Oculto -dijo Aminión mientras se acomodaba en el voluptuoso sillón.

-Si es así, y si el emperador logra destrozar las ciudades Nómicas, la guerra en Pacán acabará -aseguró Burén.

-Y el duque volverá al bastión -añadió la dulce Kihra.



Ahora bien, aunque ya todas las tropas estaban preparadas y ubicadas, sólo iniciaron el avance cuando el emperador llegó al frente septentrional. Arán había logrado formar un ejército de más de cuatrocientos mil Hombres, y había ordenado a las ciudades del norte de Pacán atacar y cruzar la selva tropical e internarse y romper las fronteras Nómicas. Así, el imperio había logrado cercar a los Nomos y volverlos prisioneros tras sus propios muros.

Arán, acompañado de Dárlaran, llegó al frente septentrional el 17 de noviembre, y fue recibido con vítores. Aeros era quien estaba al mando de los Hombres, y fue él quien le informó al emperador de la situación.

—Sabemos que los superamos en número -dijo el general-, pero están muy atrincherados, y deberemos tomar foso por foso -añadió.

Arán permaneció en silencio un momento, pensativo. —Tapen los fosos alrededor de la ciudad, no dejen que los Nomos salgan de sus madrigueras -ordenó.

—¿Y cómo lo haremos? -preguntó Aeros.

-Cada foso tiene una puerta, así que pongan algo pesado sobre ella.

-Quizás una torre por cada foso -añadió Dárlaran.

-Sería buena idea-. El emperador se levantó de la silla y miró por la ventana de su fortín, construido especialmente para él en el frente. Miró con detenimiento a los soldados que se formaban en cuadrículas, como lingotes de oro sobre la verde hierba, y añadió: -Dejen la mitad de los Hombres tras los fosos, por si algún Nomo emerge del suelo. Tengan cuidado con las torres. Destrocen la puerta con los arietes, pero escótenlos, pues a cada lado de la puerta hay pasadizos estrechos por donde los Nomos pueden salir.

-También sería aconsejable que alinearan las torres de asalto, y traten de cubrirse tras ellas -dijo Dárlaran.

Aeros asintió. —¿Algo más, emperador? -preguntó.

Arán permanecía meditabundo, mientras desde la ventana miraba el enorme ejército dorado. Y poco después levantó la mirada hacia el horizonte. Entonces vio con detalle la ciudad que sobresalía entre los árboles tropicales. Como recortada contra el cielo brillante, la ciudad de Górdoral se erguía soberbia e imponente, y mostraba con desdén sus torres dentadas y sus gruesos muros de piedra negra, fría y húmeda. La densa selva ya se había devorado una pequeña parte de la ciudad, envolviendo sus edificios con gruesas malezas y grandes zarzas.

—¿Ya están preparados los ejércitos del norte?

-Sí, emperador -respondió Aeros.

-Ordéneles atacar Krimallán -dijo Arán mientras se volteaba para mirar a Dárlaran.

El duque le devolvió la mirada, extrañado.

—¿Ahora? -preguntó Aeros, incrédulo.

-Sí -respondió el emperador tranquilamente mientras miraba un cuervo solitario que graznaba entre las nubes mientras volaba en semicírculos, como vigilando desde las alturas.

-Pero los ejércitos del norte no son lo bastante poderosos para invadir Krimallán -aseguró el general.

-Ya mandé unos refuerzos provenientes de Larath; unos cien mil -respondió el emperador para sorpresa de los presentes-. Necesito atacar las dos ciudades al mismo tiempo, dividir las para que no se puedan ayudar entre ellas.

—¿Son suficientes para invadir Krimallán? -preguntó Dárlaran.



Arán asintió, miró de nuevo por la ventana, orgulloso, y dijo: -Mándeles regalos antes de atacar las ciudades.

-¿A los Nomos? -preguntó Aeros.

-Sí -volvió a responder el emperador-. Mándeles madera para sus arcos, plumas negras para sus flechas y algunos hierros forjados -dijo Arán con la mano en la barbilla-. Quizás algunos cascos de feos diseños -añadió.

-Son cosas que pueden utilizar contra nosotros -aseguró Aeros.

-Lo sé -respondió Arán serenamente. Levantó la cabeza y añadió: -Quiero una lucha, no una masacre.

-Así que les daremos regalos y después los atacaremos -dijo Dárlaran-. ¡Vaya humor, emperador! -exclamó con ironía.

Arán sonrió. -Que sean regalos lujosos -ordenó a Aeros.

-¿Y cuándo iniciará este asedio? -preguntó el general mientras se levantaba del asiento y se disponía a partir.

-Esperaré que lleguen más refuerzos -respondió el emperador.

-¿Más refuerzos? Pero somos suficientes -aseguró Aeros.

-No quiero sorpresas -respondió Arán con la mirada fija en la ciudad de Górdoral, entre la maleza tropical-. Esa ciudad permanece en silencio, y apesta; eso indica que están asustados.

-Han intentado dos ataques sorpresas, pero ambos han sido repelidos -informó el general.

-Están desesperados -afirmó el duque.

-¿Y ya saben algo sobre el hechicero? -preguntó Arán.

-Sabemos que está en la ciudad, no más -respondió Aeros.

-Es suficiente, por ahora -dijo el emperador que, realizando un ademán con la mano hizo retirar a Aeros-. Atacaremos mañana por la mañana -aseguró Arán al duque-. Espero que las torres funcionen.

Al día siguiente, cuando los soles todavía permanecían ocultos, Dárlaran fue despertado por un guardia y fue llevado afuera del fortín. Al salir sintió un helado viento que lo hizo temblar. Siguió al guardia hasta llegar a Sombra, su negro corcel. Entonces cabalgó por entre las tropas y se posó al lado del emperador y de Aeros.

-Es hora -dijo Arán.

Entonces los tres Hombres iniciaron el avance. Dárlaran se sentía extraño, pues la adrenalina lo inundaba al sentir los miles de Hombres que marchaban tras él. Las torres de asalto despuntaban el cielo, que poco a poco se aclaraba, y se movían de forma pesada. Ya algunos espías habían logrado clavar las ruedas de las poleas cerca de la ciudad, lo que ayudaba al desplazamiento de las torres.

Y cuando los soles se posaron sobre el horizonte, y el cielo se aclaró con un alba azulada, los Nomos de Górdoral vieron con aterro y horror que el ejército imperial ya se posaba a las faldas de sus muros, brillando como un bloque de oro pulido. Los regalos habían sido recibidos por un embajador Nómico, que pensó que los Ariánicos deseaban evitar la batalla y esperaban la rendición de la ciudad, pero ahora se daba cuenta de la situación: El emperador había jugado con las esperanzas, y ahora las destrozaba con furia y sátira.

Apenas tuvieron alcance, los Nomos dispararon una ráfaga tras otra de flechas, lanzas y piedras; pero pocas pudieron atravesar los pesados escudos y las gruesas armaduras de los Ariánicos. Sin embargo, hubo varias bajas Humanas en los primeros minutos de la



batalla. Como lo habían planeado, los fosos fueron tapados por las pesadas armas y algunas torres que el emperador no consideraba necesarias.

Dárlaran miraba de lejos el infierno. Los Hombres de armaduras doradas se esparcían como un río de oro a las faldas de los muros negros y dentados. Los gritos y los estruendos se tornaron insoportables. Entonces su corazón se aceleró por la adrenalina causada por la batalla. Pero sus nervios se fijaban en las torres, que se desplazaban con lentitud hacia los muros con los largos puentes hacia el frente.

Muchos Hombres murieron aplastados al caer en las zanjas que rodeaba la ciudad, y muchos otros cayeron presas de los proyectiles, pero las bajas eran pocas en comparación con el enorme ejército. Y, como el emperador lo había previsto, las Águilas Rojas llegaron veloces entre las nubes, y bajaron en picada rompiendo el viento. Sus grandes garras se clavaron con furia sobre las suaves carnes oscurecidas de los Nomos. Algunas águilas fueron abatidas por los dardos y las flechas; pero la gran mayoría lograron tomar de nuevo vuelo y embestir.

Muchos de los Nomos defensores, al verse superados por la rapidez y la fuerza de las águilas, empezaron a retirarse y a bajar del muro. Entonces los Ariánicos se vieron en ventaja, y lanzaron varias cargas de saetas y rocas hacia la ciudad. Y las torres de asedio llegaron y dejaron descargar los puentes sobre el muro dentado. Los Nomos intentaron romper los puentes, pero les fue imposible. Así, los Ariánicos se lanzaron con gran furia hacia los Nomos, que se sumieron en el terror.

Los soldados se abrieron paso sobre el muro con violencia. Con sus grandes escudos evitaban las lanzas y las espadas de los enemigos, y con sus cortas espadas apuñalaban. La cerrada formación de los Hombres logró romper la desorganizada defensa Nómica, y al tener sus fosos sellados, los Nomos se vieron encerrados en su propia ciudad.

-Mande al segundo grupo hacia la puerta -ordenó el emperador, que miraba con detenimiento la batalla.

-¡Que avancen los Hombres del segundo cuerpo! -gritó Aeros a un capitán.

Entonces Dárlaran miró detalladamente cómo los Hombres avanzaban en formación cerrada, con sus grandes escudos en alto para evitar los proyectiles provenientes de la humeante ciudad. Entre ellos se desplazaban dos pesados arietes con techos de acero templado. Los arietes también eran muy pesados, pero llegaron rápidamente a la gruesa puerta. Fueron necesarios sólo veinte minutos para destrozarla.

-Hemos ganado -aseguró Arán de forma fría.

-Todavía quedan muchos Nomos -aseguró Dárlaran no tan confiado. Pero el duque calló al escuchar un redoble de tambor y un coro a la izquierda de la ciudad, entre la densa selva.

-¡Por fin llegaron! -exclamó el emperador.

Entonces Dárlaran miró hacia la selva y vio sorprendido que unas pesadas rocas salían disparadas de entre la maleza hacia Górdoral. Las piedras volaron lentamente hasta chocarse contra los edificios Nómicos, causando un estruendo ensordecedor.

-¿Qué sucede? -preguntó Dárlaran con el corazón acelerado.

-Uno cien mil Hombres más, por si algo sale mal.



Entonces Aeros miró a Arán, estupefacto. –Con todo respeto, emperador, creo que esto es excesivo -dijo tímidamente-. No hay más de doscientos mil Nomos defendiendo esa inmunda ciudad, y nosotros los estamos atacando con más de medio millar de Hombres. Creo que tantas tropas son innecesarias. Deberíamos mandar algunos Hombres a Krimallán -aseguró el general.

Pero el emperador meneó la cabeza. –Hay más de cuatrocientos mil Nomos defendiendo esa ciudad -aseguró-. Lo que sucede es que todos quedaron atrapados en los fosos, y esos fosos deben ser destapados apenas la ciudad sea tomada.

-Pero no fuimos informados por los espías sobre tantos defensores -dijo Aeros.

Así que Arán lo miró con serenidad. –Simplemente siga mis órdenes -dijo.

Y Aeros asintió. –Sí, emperador -respondió con la cabeza agachada.

-Entonces lleve a las tropas del flanco izquierdo hacia la ciudad y déjeme unos treinta o cuarenta mil Hombres.

-Pero si manda todo el flanco izquierdo no habrá suficiente espacio para maniobrar -aseguró Dárlaran.

-Sé que la selva limita nuestra movilidad, pero los Nomos están bajo la selva, no entre ella -respondió Arán, que dirigiéndose a Aeros, añadió: -Pongan a calentar aceite para verterlo en los fosos; y tomen esa ciudad, así tengan que tomar edificio por edificio.

Entonces las palabras del emperador parecieron llenar el corazón del general, que gallardo, tomó las riendas del caballo con fuerza y dijo: -¡Así se hará, Emperador! -y salió embravecido hacia la ciudad, seguido de miles de Hombres de capas rojas y armaduras doradas.

Arán y Dárlaran permanecieron a una distancia prudente, mientras miraban fijamente cómo la ciudad emanaba hediondas y densas humaradas al cielo brillante. Muchas de las torres de asalto habían sido destrozadas, pero ya habían cumplido con su cometido. Además, el portón de Górdoral, con dintel de gárgola, ya estaba destrozado, y los Hombres luchaban en el interior de la horrible ciudad contra los Nomos.

Sin embargo, la resistencia de los Nomos era fuerte en las altas torres dentadas de Górdoral y en las profundas y oscuras catacumbas y mazmorras. Los Hombres tuvieron que avanzar con cautela por entre los negros y apiñados edificios, pues las escaramuzas y las batallas entre los muros habíanse vuelto encarnizadas. De hecho, más de la mitad de las bajas Humanas se produjeron dentro de la ciudad, no durante su toma.

Cuando la ciudad ya estuvo tomada en la superficie, el emperador y el duque se dispusieron a entrar a la repugnante y lúgubre Górdoral. A medida que se acercaban, acompañados de sus guardias, ambos sentían el aire cada vez más repulsivo y nauseabundo, contaminado por las grandes forjas y las incontables bazofias que se esparcían y se apiñaban por entre las holladas calles. Sobre los míseros edificios se extendía una capa de ceniza y hollín producida por las forjas del centro de la ciudad. Además, los infectos cadáveres que se extendían por las calles causaban un aspecto tétrico, combinado con un hedor a sangre seca y a carne pútrida, sin contar con el fastidioso y estridente aleteo de las moscas que se levantaban sobre la ciudad como nubes de polvo. Y, sin embargo, la selva mitigaba el nauseabundo olor, y enterraba la parte oriental de la inmunda ciudad entre zarzas y enredaderas.

-Emperador, esta ciudad todavía no es segura -aseguró Aeros.



Pero Arán siguió acompañado de Dárlaran hasta cruzar el umbral del portón. Apenas entró, el Emperador empezó a ordenar dónde atacar exactamente, y pidió a un grupo de espías traer al Nomo que se escondía en el foso más profundo de un palacio en el centro de la ciudad.

Fue tan exacta la información del emperador y de los espías, que los fosos de la ciudad fueron tomados en tan sólo dos semanas. Arán hizo verter miles de litros de aceite caliente en los túneles, y cuando los Nomos salieron a la superficie, fueron recibidos por las armas Ariánicas.

Por otra parte, los espías lograron tomar el palacio de Górdoral y lograron capturar al hechicero Nómico con vida. El hechicero era fácilmente identificable, pues poseía una corona de plumas negruzcas. Y cuando fue llevado al emperador, a rastras, lo miró con ira.

-Así que usted es el famoso hechicero Nómico -dijo Arán mirando con arrogancia al Nomo desde su caballo.

Entonces el Nomo le habló al emperador con furia y siseo. Y aunque fue muy rápido, Dárlaran logró entender algo sobre un trato. Pero, para sorpresa de todos, el emperador le respondió al Nomo en su misma lengua. Sin embargo, lo que dijo el emperador Dárlaran no pudo entenderlo. Entonces el Nomo se amedrentó al escuchar las secas e inexpresivas palabras de Arán, que finalmente ordenó a sus Hombres que le dieran una muerte espantosa y atroz, lenta y muy dolorosa.

-¿De qué trato hablan? -preguntó el duque, roído por la curiosidad.

-Él fue quien decidió darles la información a los espías para invadir la ciudad a cambio de la vida de él y de su familia -respondió el emperador-. Además, tomó los obsequios que le mandamos como un «sí» al trato.

-Y si dio la información, ¿por qué lo ha mandado a desollar? -preguntó Dárlaran, que parecía asqueado con la frialdad del emperador.

Entonces Arán lo miró y dijo como si en verdad no le importara: -Por traidor.

Las órdenes del Emperador se llevaron con especial y terrible detalle, pues los Hombres veían al hechicero como el causante de tanta muerte. Lo desollaron cuando todavía respiraba, y clavaron su cabeza sin piel en una lanza como un horrible pendón. Y, también a órdenes del emperador, se dio muerte a todos los prisioneros.

Dárlaran no dejaba de sorprenderse al ver la crueldad de la situación, pero Arán le decía: -Si no son ellos, somos nosotros. Ellos tampoco tomarían prisioneros.

En pocas semanas llegó una noticia proveniente del oriente que el emperador esperaba con impaciencia. Krimallán, la segunda ciudad de Nomos, había caído, lo que sugería que la guerra en Pacán había terminado. Al enterarse de la noticia, los Hombres empezaron a alabar al emperador y le juraron fidelidad eterna al imperio. Todos, incluso Dárlaran, tenían las almas llenas de alegría, y por lo mismo festejaron por tres días y por tres noches en el frente septentrional.

Y las noticias llegaron rápidas a las ciudades del imperio; y los festejos y las celebraciones no se hicieron esperar cuando llegó el emperador. El vino y las cervezas abundaban por las calles, al igual que las risas y los cantos sobre la ahora vengada joven Álareth;



asesinato que motivó la Triada. Mucha música de percusión y de guitarras animaba a los victoriosos Ariánicos, que decidieron seguir las fiestas por casi una semana.

56

Ahora bien, Dárlaran dirigióse al bastión a todo galope, acompañado de algunos guardias. Y cuando llegó, el 13 de diciembre, todos los guardias del bastión lo recibieron con coros y música de flautas y tambores. Kihra fue la primera en salir de la mansión, y se lanzó a abrazar al duque. Después salió Burén que, realizando una venia, saludó a Dárlaran. Pero este último, lleno de alegría por la victoria, lo abrazó. Oroth le estrechó la mano, e Imperoth simplemente lo saludó de palabra, pues la furia crecía en su interior; pero fue Aminión quien lo saludó con más alegría y ánimo. Sin vacilar, y sin importarle la compañía de Imperoth, se lanzó a abrazar al duque, que alegre, la levantó por los aires y le dio algunas vueltas.

-¡Por fin estoy aquí! ¡No sabes cuánto te extrañé! -susurró Dárlaran al oído de la joven, que no dejaba de sonreír de la felicidad.

-¡Sí, por fin estás aquí! -exclamó Aminión, que se lanzó de nuevo a abrazar al duque con fuerza, como si nunca quisiera dejarlo ir.

-¡Aminión! -dijo Imperoth con el ceño fruncido.

Pero la joven de ojos azules y cabello sedoso volteó y dijo feliz: -No puedo estar más feliz; ¿no ves que por fin acabó la guerra en Pacán?

Y Dárlaran sonrió.

Muy alegres fueron los días siguientes, pues los festejos de la victoria fueron seguidos por los festejos del fin de año Ariánico. La joven parecía haber vuelto a nacer, y se esmeraba en permanecer hermosa frente al duque: Pedía a sus cortesanas que la maquillaran y que la peinaran. Pero poco de esto necesitaba la joven, pues tenía una belleza innata. Por esos días, Dárlaran cenó con los Nocturnos, e incluso tomó bebidas embriagantes con ellos en algunas noches de juerga; pero se cuidaba y vigilaba constantemente a Imperoth, que no disimulaba su odio y su envidia.

Por casi dos años, Dárlaran dejó sus diseños aparte y se dedicó a delegar sus fábricas a gerentes e ingenieros, y así descansar de la guerra, al mismo tiempo que su amor hacia Aminión crecía. Ella había dejado su orgullo aparte, y ahora se tornaba dulce y carismática, sin mencionar que no lograba ocultar su amor hacia el duque, aunque lo intentaba disimular.

Sin embargo, a medida que la felicidad de Dárlaran y Aminión crecía, el odio de Imperoth se incrementaba. Se sentía muy celoso, y con frecuencia pensaba en cómo asesinar al duque; pero ningún plan le parecía viable. Anhelaba casarse con Aminión lo más pronto posible; pero sabía que los matrimonios Nocturnos eran incluso más costosos que los Ariánicos, y él tenía que seguir la tradición.

A medida que los meses pasaban, las riquezas de Dárlaran crecían. Aunque había acabado la guerra en Pacán y los Nomos ahora se escondían, la guerra en el Antiguo Continente seguía recia. Esto aumentaba la demanda de armas, y por lo mismo las riquezas del duque.



Árcival escribía muy de vez en cuando desde el Antiguo Continente, y por él Dárlaran supo de la «Ruina de Morzad». Morzad había sido una ciudad poderosa de Hombres; pero después de la invasión Nómica había quedado encadenada a la miseria. Cuando los Hombres intentaron tomarla de nuevo, los Nomos, al versen superados, decidieron destrozarse la ciudad hasta los cimientos para no dejar nada al imperio. Y, para evitar caer en manos Ariánicas, los Nomos llevaron un suicidio en masa, y asesinaron a sus hembras y crías, y después se asesinaron entre ellos. Cuando los Ariánicos lograron romper los muros, no encontraron más que Nomos muertos sobre las calles.

El emperador poco podía hacer desde Pacán, así que decidió ir al Antiguo Continente. Al verlo, los Hombres se llenaron de vigor y ánimos, y en sólo tres meses lograron tomar Trarras y Aigón. Sin embargo, era Yavín la ciudad que inquietaba a Arán, pues todavía no había caído. Además, los rumores de que una nueva invasión se alistaba desde la Nínilver meridional tenían a los reinos de Herda y Félgor en alerta.

Era obvio que la guerra ya había sido ganada por el imperio, pero por lo mismo, los reinos Nocturnos, Dacones y Nórdicos del Antiguo Continente se inquietaban. Ya se habían hecho varios consejos para discutir el creciente poder del Imperio de los Dos Soles, pero nada se había solucionado. El mayor temor era que el imperio empezara a exigir tributos a los reinos liberados.

Y mientras el temor de los reinos del Antiguo Continente crecía, la opulencia y la riqueza de los nobles Ariánicos aumentaban; ahora todo era accesible para ellos. Pero casi todos los nobles, incluyendo a Dárlaran, invertían parte de sus riquezas para ayudar a los ejércitos Ariánicos del Antiguo Continente.

Pero la guerra en el Antiguo Continente se tornaba muy cara a medida que el tiempo transcurría, por lo que se inició una campaña esclavista: Todas las tribus y reinos que no acataran el poder de imperio eran esclavizados. Esta increíble explosión de mano de obra benefició de sobremanera a los Ariánicos imperiales. En promedio cada Ariánico tenía por lo menos dos esclavos, sin excepción, y una parcela de tierra para ser trabajada. Sin embargo, muchos Ariánicos decidieron seguir trabajando, pues deseaban más, como todos los Hombres. Y muchos trataban a los esclavos más como amigos que como sirvientes; una costumbre Ariánica. Pero algunos importantes nobles Ariánicos trataban a los esclavos con desprecio, e incluso con repugnancia.

Con millones de esclavos sirviendo al Imperio, las tropas imperiales crecieron. Algunos esclavos eran mandados al frente como carnadas para tantear el poderío Nómico en batalla; después eran lanzadas las tropas Ariánicas. Aparte, los esclavos tuvieron que aprender la lengua Ariánica, llamada ahora Lengua Mundial, pues era hablada por casi todas las razas.

Los nobles Ariánicos podían decidir cuándo liberar a los esclavos. Los nobles firmaban una carta de libertad, y con ella los esclavos podían volver a sus tierras natales, ahora en manos Ariánicas.



Pero aunque los esclavos eran abundantes en el imperio, el duque de Háreneth, fiel a la promesa que hizo a los Ángeles, no aceptó uno solo, y solamente empleó trabajadores libres que devengaban un sueldo.

57

Ahora bien, Dárlaran había decidido llevar a Aminión a Mirllán, a una importante obra de teatro. El duque bien sabía que la joven era fanática del teatro. Había logrado conseguir entradas para la nueva presentación de «El Tesoro de las Lágrimas», aclamada por los nobles Ariánicos. La historia consistía en el amor entre un Ángel y una Mujer. Y fue tan conmovedora, que Aminión no pudo aguantar el llanto.

Salieron a altas horas de la noche del teatro de Mirllán, y, con una escolta muy pequeña, decidieron encaminarse hacia el bastión. El frío de la noche golpeaba los cuerpos de la pareja y les hacía ondear las largas capas que los cubrían. Las estrellas iluminaban el cielo con sus destellos pálidos, y la Dama se encontraba oculta tras velos de densa niebla.

Mientras estaban en el carruaje, Aminión y Dárlaran hablaban y se reían constantemente, mientras el monótono sonido de los cascos de los caballos era escuchado. A los alrededores se extendían interminables mantos de bosques fértiles, ocultando bajo sus sombras los sonidos selváticos de insectos y cazadores.

El viaje fue muy agradable para la pareja; pero el carruaje se detuvo de repente a unas dos horas del bastión. Dárlaran se extrañó y decidió mirar qué sucedía; pero cuando iba a sacar la cabeza por la ventana, del carro se escuchó un espantoso grito proveniente de un guardia. El grito fue tan tétrico, que Dárlaran y Aminión sintieron que la sangre se les helaba, al mismo tiempo que sus rostros palidecían y sus corazones se aceleraban.

-No salgas -pidió la joven sin poder disimular el miedo.

Pero Dárlaran poco caso le hizo. En vez, decidió lanzar una tímida mirada hacia el exterior. Sin embargo, poco era visible, pues la oscuridad era densa. Salió entonces del carruaje y se posó al lado de un guardia, que en verdad mostraba más temor que el mismo duque.

-¿Qué Demonios fue eso? -preguntó Dárlaran.

-Algo nos espera -respondió el guardia mientras miraba el camino. La senda empedrada siseaba entre dos densos muros de árboles y mirtos, y se sumergía en las sombras de las copas arbóreas, impidiendo una buena visibilidad.

-Mandé a dos Hombres y no volvieron. Uno de ellos fue el que gritó -informó.

-Puede ser una emboscada -dijo Dárlaran.

Y el guardia lo miró. -Lo mejor es que se quede en el carruaje, duque -aseguró.

Dárlaran asintió y se dirigió al carruaje. Pero cuando iba a entrar, escuchó un difuso sonido de quebrar de ramas tras él. Entonces se volteó de inmediato, mas nada pudo ver. Así que el duque suspiró para calmarse y entró al carruaje.

Ya adentro, le dijo a Aminión: -Al parecer son bandidos. Debemos permanecer aquí un tiempo.

La joven asintió. Pero, de súbito, un golpe furioso sacudió el carruaje, lanzando a la pareja de un lado al otro. El duque abrazó a la joven, al mismo tiempo que se escuchó un distorsionado alarido siseante; pero en segundos, el horrible grito fue acallado.



Entonces se empezaron a escuchar violentos golpes de acero y madera fuera del carruaje. Los caballos empezaron a relinchar y sacudieron el carruaje con fuerza, lo cual hizo que Aminión se golpeará en la cabeza con un borde del techo. Aunque la herida no fue grave, la sangre empezó a brotar rápidamente.

-¿Estás bien? -preguntó Dárlaran mientras escuchaba los golpes del exterior.

-Sí, no es nada -respondió la joven, pero su respuesta fue acompañada de varios gritos de furia en el exterior.

-Debemos salir de aquí -aseguró Dárlaran, que miró el baúl que siempre guardaba bajo la silla del carro, y dijo: -Hay un molino abandonado cerca de aquí, si logramos escondernos ahí... -pero de nuevo un golpe sacudió el carro- ...quizás podamos... -entonces la ventana fue quebrada, lanzando vidrios por doquier.

Aminión soltó un grito al escuchar el estruendo de la ventana; pero Dárlaran, reaccionando con sagacidad, sacó una daga de la manga de su abrigo y abrió la puerta del carro con violencia. La puerta golpeó al atacante, que cayó sobre el camino. Y rápido como un felino, Dárlaran saltó sobre el Nomo y le clavó su daga sobre la garganta. Todo lo hizo por acto reflejo, llevado por el instinto de defender a la joven.

-¡Saca el baúl bajo la silla! -pidió el duque apresurado mientras sacaba la resbaladiza daga de la garganta del Nomo. Apenas sacó la hoja, la sangre negra empezó a emanar. Era la segunda vez que Dárlaran mataba; la primera vez había sido en la Nínilver, donde casi muere por un golpe en la cabeza.

Aminión asintió y logró sacar el baúl. Este pesaba menos de lo que ella pensaba. Entonces se lo entregó a Dárlaran y salió a correr tras él, hacia el borde derecho del camino.

La hierba era alta y la oscuridad era densa, lo que ayudó a la huida de la pareja. Sin embargo, el duque tampoco veía bien a causa de la penumbra, y por lo mismo, se desvió del camino y no pudo encontrar el molino. El frío se amilanaba poco a poco y los soles ya pronunciaban su salida; pero con la luz vino la cruda realidad: Toda la noche más de diez Nomos los habían seguido, entre árboles y matorrales, siguiendo sus huellas.

58

Cuando el día caluroso invadió el cielo, Burén se levantó y preguntó de inmediato por el duque. Su preocupación se incrementó al saber que Dárlaran no había vuelto al bastión. Burén ya había escuchado de bandas de Nomos que habían cruzado el Río Puro y que se escondían en las colinas selváticas. La preocupación de Burén también se impregnó en Kihra y en Oroth. Pero las sospechas de Burén parecieron materializarse al saber que Imperoth no se encontraba en el bastión.

-Salió muy por la madrugada, a lomo de caballo y con armadura y capa -aseguraron los guardias, que sin sospechar nada lo dejaron ir.

Burén era conciente del odio que Imperoth le tenía a Dárlaran. Y bien sabía Burén que Imperoth no perdería oportunidad de deshacerse del duque para tener el corazón de Aminión.

Entonces Burén ordenó que todos los guardias disponibles iniciaran una búsqueda exhaustiva por todo el camino, desde el bastión de Háreneth hasta Mirllán. También ordenó apresar a Imperoth y traerlo a Háreneth, pues según sospechaba, el Nocturno había pagado a alguna pandilla para atacar el carruaje del duque. Imperoth sabía bien la hora



del final de la función, y sabía cuántos guardias iban con el duque. Además, tenía muchos lujos en el bastión que podía negociar.

La búsqueda se inició de inmediato. Buscaron por todos los caminos que llevaban al bastión; pero se enfocaron el camino proveniente de Mirllán. Y en poco tiempo, el mismo Burén encontró el carruaje del duque volcado sobre el camino. Alrededor yacían varios cadáveres espantosos. Algunas de las carroñas eran de Nomos, pero la gran mayoría eran de Hombres; todos guardias del duque.

Sin embargo, y para alivio del moreno Burén, ni Dárlaran ni Aminión estaban entre las víctimas. El guardia sabía bien que Dárlaran jamás se dejaría capturar, y mucho menos dejaría que capturaran a Aminión. Entonces siguieron las huellas que se alejaban del camino por la izquierda. Las pisadas de Aminión se diferenciaban de las demás, pues tenía pie pequeño. Esto esperanzó a Burén y a Oroth. Y no demoraron mucho en encontrar el molino que Dárlaran había buscado la noche anterior en medio de la oscuridad.

59

Bien, horas atrás Dárlaran y Aminión habían pasado a todo trote por un valle no muy alejado del molino. El duque llevaba el baúl de madera rojiza. Aminión lo seguía. Tras la pareja, un grupo de Nomos seguían sus huellas, y no estaban a más de una hora de ellos.

Con la llegada del día, el duque ya se había ubicado, y llevaba a la joven hacia el molino. Ambos permanecían esperanzados en llegar a la edificación, mientras sentían con temor la presencia cada vez más cercana de los Nomos. Y grande fue la dicha de la pareja cuando divisó entre colinas frondosas una edificación dejada, con cuatro astas inmóviles y bañadas por la luz de Arián.

Pero al mismo tiempo, los Nomos, que se habían escurrido entre las sombras de los saúcos y los arces, divisaron a la pareja. Entonces los Nomos soplaron su cuerno para indicar a más de ellos que habían encontrado la pareja, e iniciaron un rápido avance.

El sonido del cuerno creó un vacío de temor en los estómagos del duque y de la joven. Aminión volteó a mirar y notó con asombro que unas siluetas lánguidas y patizambas corrían hacia ellos desde el linde de una arbolada cercana, cuesta arriba.

-¡Nos encontraron, Dárlaran! -gritó Aminión, ahogada del susto.

El duque también los había visto. Entonces tomó de la mano a la joven y la arrastró hacia el molino lo más rápido que pudo. Las ansias dieron la impresión de que el molino estaba más lejos de lo que calcularon inicialmente, y supieron que jamás llegarían a él antes que los Nomos les dieran alcance.

Entonces Dárlaran divisó un jinete que emergió de la arbolada a veloz galope. El correr del jinete era raudo y furioso, y el Hombre, de armadura y capa negra y roja, levantaba una pesada espada en señal de guerra.

Fue tan rápida la marcha del jinete, que dio alcance a los Nomos a la mitad de la pendiente herbosa. Y cuando estuvo allí, Aminión lo identificó.

-¡Es Imperoth! -exclamó alegre.



Pero Dárlaran sintió una extraña sensación, pues pensó lo mismo que su guardia Burén. El duque bien sabía que Imperoth lo odiaba por tener el corazón de Aminión, y contratar una banda de Nomos era un plan brillante.

–Imperoth -dijo en voz baja, como a sí mismo, mientras pensaba qué hacer.

Imperoth, con galope furibundo, se abrió paso entre los Nomos, que de inmediato se apartaron para no quedar aplastados por los cascos del corcel ruano que lo sostenía. Entonces Dárlaran tomó de nuevo a Aminión de la mano, y empezó de nuevo la corrida hacia el molino.

Sin embargo, y para temor del duque, Imperoth les dio alcance rápidamente. El Nocturno posó su caballo frente a la pareja, cortándoles el camino, y con los ojos en llamas, tiró a los pies del duque una gran bolsa que cargaba sobre su espalda. Dárlaran permaneció inmóvil, a merced de Imperoth, que lo miraba altivo y furioso, mientras los Nomos, amedrentados por la imponente presencia del jinete, se acercaban con sigilo, esperando que le diera muerte al duque.

-Tome y siga hacia el molino, que yo me encargo de los Nomos -dijo Imperoth para sorpresa de Dárlaran, mientras miraba la gran bolsa de cuero.

Dárlaran permaneció inmóvil, e incluso olvidó por un momento la presencia de los Nomos.

-¡Qué se vaya! -gritó el Nocturno una vez más. Entonces miró a la joven, y detalló sus ojos azules como cielos esféricos, y su rostro, como tallado en porcelana, y su cuerpo, como esculpido por un maestro del cincel. Sonrió entonces y dijo: -Quedas libre, mi amada Aminión. Te devuelvo tu palabra, pues me dejó de pertenecer desde que llegamos a Háreneth. Y espero... -pero en ese momento una flecha silbó en el aire y pasó sobre la cabeza del Nocturno.

-¡Váyanse! -volvió a gritar Imperoth.

Dárlaran asintió; pero la joven, con los ojos cristalinos de las lágrimas, se negó a andar hacia el molino.

–Por favor, no hagas una locura -pidió Aminión.

Pero Imperoth no le hizo caso. En vez, decidió cargar, al mismo tiempo que gritaba al duque: -¡Estamos a mano!

Dárlaran tomó la bolsa y, con el baúl en una mano y la bolsa en la otra, empujó a la joven con su cuerpo hacia el molino. Aminión seguía con la mirada a Imperoth mientras gritaba su nombre. Entonces Dárlaran le pidió que llevara el baúl y que corriera hacia el molino, pues las fuerzas los estaban abandonando.

-¡Imperoth! -gritaba Aminión constantemente; pero ya lo había perdido de vista en la cuesta descendiente.

Y, sin embargo, algunos Nomos empezaron a correr con rapidez hacia la pareja, ignorando al jinete. Pero de la cuesta emergió Imperoth, con la capa y el peto lleno de negra sangre, y con una rápida bandida abrió la cabeza de uno de los Nomos, haciéndolo caer maquinal al suelo. Entonces los otros Nomos olvidaron a la pareja y se enfocaron en el marqués, que desafiante, levantaba la espada y se reía sardónicamente de los Nomos a su alrededor. Este alarde extrañó a Dárlaran, pero sus dudas se disiparon al verlo luchar: Imperoth blandió su espada con rápidos giros, defendiéndose de las lanzas de los Nomos y atacándolos con furia. La habilidad de Imperoth con la espada superaba sus



expectativas, y entendió el por qué frenó sin temor a la caravana de Aeros tiempo atrás; él sabía lo que hacía.

La lucha de los Nomos e Imperoth le dio tiempo a la pareja para llegar al molino. Apenas entraron cerraron la puerta con pasador y pusieron dos sacos de maíz para apuntalarla. Entonces Aminión, incapaz de aguantar su desdicha y su temor, abrazó al duque mientras sus lágrimas le empapaban las mejillas. Dárlaran intentó calmarla susurrándole dulces palabras al oído; pero el duque estaba tiritando por la adrenalina.

Cuando Aminión se calmó un poco, el duque miró por un pequeño hoyo en la puerta hacia el exterior; pero Imperoth y los Nomos habían desaparecido. Aminión se sentó sobre un saco de maíz, con el rostro oculto tras sus cabellos negros, y permaneció en silencio un momento.

Dárlaran, en cambio, permaneció activo y atento a cualquier sorpresa. Tomó la bolsa y fue grande su sorpresa al ver su armadura dorada, hecha en su propia forja. La armadura era liviana y muy efectiva, pulida y de un dorado lustroso. Además, había una espada, un escudo redondo con el emblema de un sol en relieve, y una capa blanca. Y sin dudarlo, el duque púsose la armadura.

-Lo mejor es estar prevenido -aseguró.

Pero Aminión ni siquiera levantó la mirada.

Permanecieron en el molino por casi dos horas. La joven estaba inconsolable, y permanecía callada y cabizbaja. El duque intentaba animarla con uno que otro comentario gracioso, y la joven soltaba una risa de vez en cuando. Pero el horror volvió a invadir el alma de la pareja al escuchar un violento golpe en la puerta.

Entonces Dárlaran tomó su espada y miró con sigilo por el hoyo de la puerta. -Son tres Nomos, sin armadura y con espadas melladas -dijo el duque en voz baja.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Aminión con la voz entrecortada.

Y Dárlaran, sin quitar la mirada de los Nomos, respondió: -Saldré.

-¡No estás hablando en serio! -exclamó la joven con el corazón oprimido.

-Sólo será un momento.

Pero Aminión se aferró a su brazo y dijo a modo de ruego: -Ya perdí a Imperoth, no me prives de ti-. Las palabras de Aminión fueron muy profundas como para ignorarlas.

-No lo haré -aseguró el duque, que quitó lentamente los sacos mientras los Nomos golpeaban la puerta. Aunque hubieran querido quemar el molino, era imposible, pues era de ladrillos; así que debían entrar para asesinar a la pareja.

-Cierra apenas yo salga -pidió el Hombre.

Y cuando los Nomos se preparaban para golpear de nuevo la puerta, Dárlaran empujó la puerta y embistió con la espada a un Nomo. Aminión, siguiendo la petición de Dárlaran, cerró la puerta de nuevo y se dispuso a ver las sombras que se extendían lánguidas bajo la puerta. Apenas Dárlaran salió se escuchó un golpe violento y el caer de uno de los Nomos, que pareció levantarse de nuevo, mal herido. Pero después de eso hubo unos minutos de expectante silencio. Y después, la joven vio que las sombras parecían fundirse, y se escuchó un violento golpe contra la puerta, como si alguien cayera contra ella. Se escucharon dos o tres golpes metálicos y se escuchó un siseo furioso. Otro golpe contra la puerta y otro golpe de acero, y después, todo en silencio.



Aminión permaneció inmóvil, con el cuerpo temblando y lágrimas sobre su rostro. Y esperó a escuchar la voz del duque; pero todo era silencio. Sólo era visible una sombra tras la puerta, pero Aminión no podía identificar si era la silueta de Dárlaran o la de un Nomo.

Pero su cuerpo tembló con más presura al oír que el intruso intentaba abrir la puerta. Entonces la joven se quedó pasmada; pero descansó al escuchar la voz del duque.

—Aminión, debemos irnos -dijo Dárlaran desde el otro lado de la puerta.

Entonces la joven salió y lo abrazó: -¿Estás bien? -preguntó alterada.

Dárlaran sólo presentaba una hendidura en el peto y dos en el escudo redondo. —Estoy bien, alcancé a herir a uno de ellos. Entonces escaparon -respondió agitado. Y tomando a la joven de la mano, dirigióse al camino, con el baúl en la mano.

Al llegar al carruaje volcado, la pareja vio con alegría que varios soldados de capas blancas y armaduras doradas esperaban allí. Burén conocía bien al duque, y sabía que volvería al mismo lugar en cuanto pudiera, por eso dejó algunas tropas escoltando el carruaje. Y cuando los soldados vieron al duque, empezaron a vitorearlo y a aplaudirlo, pues lo vieron como un verdadero sobreviviente. También felicitaron a Aminión y se apresuraron a atenderla.

Poco después llegó Burén con algunos batidores, y grande fue su alivio al ver a Dárlaran.

—¿Se encuentran bien? -preguntó a la pareja.

Ambos asintieron.

—Supimos que Imperoth escapó del bastión y supuse que él...

—Él nos salvó la vida -interrumpió Dárlaran mientras levantaba la mirada hacia el guardia. Dárlaran permanecía sentado al lado de Aminión, sobre el baúl.

Entonces Burén quedó mudo. -¿Imperoth? -musitó poco después.

Y Dárlaran asintió. —Estaba equivocado con él, Burén. Todos lo estábamos.

—¿Y dónde está? -preguntó el moreno guardia-. Creo que le debo una disculpa-. Pero al no recibir respuesta inmediata, supo sobre la suerte del Nocturno.

-Debemos ir a buscarlo -aseguró el duque que, aunque cansado y con ganas de dormir, sabía que debía hacerlo-. Debe estar cerca del molino -añadió mientras se erguía y ayudaba a levantar a la acongojada joven.

Entonces una pequeña guardia fue por el camino hacia el molino. Y sobre la pequeña cuesta herbosa, frente al linde de una pequeña arbolada, yacían cuatro cadáveres lanzando horribles vapores al viento refrescante. Todos los cuerpos eran Nómicos, de facciones descarnadas y lánguidas, pieles negruzcas y peludas, y rostro de toscas proporciones. Pero por más que buscaron no encontraron el cuerpo de Imperoth. Incluso, algunos se atrevieron a decir que el marqués Imperoth todavía vivía, mas si fue así nunca volvió a Háreneth.

Dárlaran, aunque no encontró el cuerpo de Imperoth, rindió amplios honores. A diferencia de las tradiciones Nocturnas, los Ariánicos guardaban luto sólo por unas horas, mientras los Nocturnos guardaban luto por cinco semanas como mínimo. Incluso, si moría un esposo o una esposa, el luto podía prolongarse por años.



El duque hizo tocar canciones en el Bastión, pues era la tradición Ariánica no dejarse llevar por la angustia del luto. En cambio, la condesa de Heid permaneció en su cuarto los cinco días posteriores a la muerte de Imperoth. Aminión lloró mucho la pérdida del marqués y se arrepintió de haberlo hecho sentir mal. Pero fue Oroth quien más lamentó la pérdida de su amigo, y por lo mismo, guardó casi una semana de luto.

Así acabó la historia del marqués Imperoth, un Hombre complicado que fue muy recordado en Háreneth tiempo después. Incluso, el duque hizo construir una placa en la entrada del bastión, que decía: *“En honor al marqués Imperoth de Yavín. Grata fue su estadía en Háreneth y dolorosa su partida. Su valentía nunca será igualada. Adiós para siempre, valiente Nocturno”*. Esta placa fue el único reconocimiento que el Imperio de los Dos Soles le hizo a un Nocturno durante su dominio en el Nallhard.

60

Bien, después de la muerte de Imperoth y de un doloroso luto, Aminión decidió publicar dos de sus novelas. Y fue grande la acogida que los Ariánicos dieron a estos escritos. Algunos críticos Ariánicos acertaron en asegurar que uno de los personajes principales de su primera novela era Dárlaran. La gran mayoría de críticas fueron buenas.

Al ser grandes éxitos, las novelas impulsaron a la joven a una gran popularidad. Aminión empezó a ser reconocida como una brillante escritora entre los nobles Ariánicos. Y, para desdicha del duque, los pretendientes no se hicieron esperar.

Quien más se interesó por Aminión fue el conde de Alméreth, Ímail. Este joven tenía los ojos azules y claros, como los de la joven, y tenía los cabellos de oro. Venía de un linaje Nórdico, pero antaño, el reino de Vírandel había decidido dejar a los Alméreth crear un pequeño condado cerca de la Laguna de Áral, a sólo tres horas de la ciudad de Tóndoral, una de las ciudades más poderosas de Pacán.

Aunque había rumores de que Dárlaran y Aminión tenía un romance, Ímail poca atención ponía a estos comentarios. En vez, visitaba constantemente el bastión de Háreneth, con diversas excusas. Con frecuencia buscaba a Aminión para discutir sobre las novelas, y la joven, que había olvidado la arrogancia Nocturna, atendía con gusto al joven; pues ahora era sociable y muy alegre.

Y aunque Dárlaran intentaba despreocuparse y desinteresarse por las constantes visitas del conde, le era imposible ignorarlas. Aminión no se percataba de esto, pues el duque nada decía y disimulaba en verdad bien; pero los celos lo corrompían por dentro. Sin embargo, Dárlaran tenía su orgullo.

Sin embargo, sus cabales empezaron a soltarse al enterarse que el conde ya había invitado a Aminión al teatro más de dos veces; pero la joven se había negado. Empero, el joven Ímail seguía insistiendo. Dárlaran no podía negarle la entrada al bastión, pues el negarle la entrada a un noble era un delito Ariánico.

Por otra parte, el joven ignoraba la actitud de Dárlaran, quien se mostraba sereno y serio. Ímail simplemente permanecía pendiente de la joven escritora. Ya había empezado a



soñar con ella, y no había podido dejar de pensar en ella. Incluso, habíale escrito sonetos y poemas. Tales detalles le parecían muy agradables a Aminión, que cada vez sentía al duque más alejado de ella.

Aminión hablaba con Dárlaran por la noche, en los jardines o en el estudio. Le comentaba sobre la trama de su nueva novela, y se mostraba cariñosa y alegre. Pero evitaba a toda costa hablar del joven Ímail. Sin embargo, esperaba que Dárlaran hablara sobre el tema, pues deseaba que el duque le mostrara los celos que sentía para así asegurarse del amor que él le tenía. Pero, para su desconsuelo, el duque parecía ser indestructible, y no mostraba siquiera indicios de celos.

Ahora bien, el lanzamiento de la tercera novela de Aminión se hizo, por petición del joven Ímail, en el condado de Alméreth. Como era de esperarse, casi todos los nobles Ariánicos fueron invitados, aparte de algunos Nocturnos y nobles Nórdicos familiares de los Alméreth. También fueron varios plebeyos amantes de la literatura Nocturna, que de por sí reflejaba melancolía y romanticismo. A petición de Aminión, Ímail dejó entrar a estos plebeyos a su palacio, y fueron tratados como si fueran iguales a los nobles.

Dárlaran aceptó acompañar a Aminión a Alméreth. Primero harían una parada en la ostentosa ciudad de Tóndoral y después seguirían al palacio de Ímail. Sin embargo, antes debían ir a Mirllán, que era ahora la capital imperial. El emperador había mandado una carta donde pedía la presencia de Dárlaran en un consejo de guerra. Dárlaran poco se había enterado del curso de la guerra después de la muerte de Imperoth, y desconocía la suerte del Ejército Dorado. Además, el emperador deseaba ser el primero en tener la tercera novela de la ya famosa condesa de Heid; ésa era una petición a la que no se podía negar nadie en el mundo.

Salieron del bastión en su nuevo carruaje, que tenía un avanzado sistema de ejes y suspensiones, hechos por resortes de acero, lo que daba estabilidad. Dárlaran, deseoso de evitar un acontecimiento parecido al que ocasionó la muerte del marqués, decidió llevar una guardia de más de trescientos Hombres, sin contar los batidores.

Cuando llegaron a Mirllán, la maravilla se posó como siempre en los corazones. La pareja estaba atónita al ver los cambios de la ciudad antes comercial: Mirllán ahora parecía una inmensa fortaleza, inexpugnable a la vista común. Tenía una muralla gigantesca y muy gruesa, repleta de atalayas y soberbias torres de techos planos y emblemas en relieve. Y entre las calles anchas y enlosadas de blanco, una torre de piedra blanca se erguía a cada dos cuadras, con una precisión matemática. Las casas, las grandes pirámides y los lujosos palacios tenían parapetos gruesos en los balcones y rejillas opulentas alrededor. Algunos árboles bordeaban las calles principales como hileras de guardias con cabelleras verdes que se mecían con el fresco viento. Era tal la opulencia de la Capital Imperial, que algunas de las estatuas de mármol que se erguían en las calles y en los verdes parques sostenían en sus manos gemas preciosas del tamaño de una nuez que brillaban con la luz de los soles, formando arcoirís. Las fuentes de agua cristalina abundaban en Mirllán y los arcos de piedra labrada se levantaban en las calles más importantes, como por ejemplo en la famosa Calle de los Muertos.



Al llegar al Palacio Imperial, la pareja vio a varios guardias que pidieron a los Hombres de Háreneth dejar las armas y dejar seguir a la pareja sola hasta la entrada del imponente edificio. Así, Dárlaran y Aminión cruzaron en el carruaje los bellos prados alrededor del Palacio Imperial. Llegaron al portón y, guiados por un esclavo, llegaron al llamado Salón de Mapas.

En el salón estaban personas que Dárlaran medio identificaba; pero había dos rostros que conocía de sobra. Uno de ellos era el del emperador. El otro era el de Árcival, el famoso Le-Hir, que tenía su armadura dorada y su capa negra. En la espalda cargaba sus dos hachas de hoja de plata, y su casco descansaba sobre una mesa repleta de mapas que eran examinados.

Ambos Hombres, el emperador y el general, saludaron a Dárlaran con un fuerte apretón de manos, acompañado de una alegre sonrisa. Mientras que Aminión fue saludada, como era costumbre en los Ariánicos, con un beso en la frente. El resto de Hombres presentes, capitanes y nobles, saludaron a la pareja con menos ahínco, tanto por respeto como por poca confianza.

Sin embargo, apenas terminó el saludo, los rostros tornáronse de nuevo serios. Muchos miraron a Aminión extrañados; pero el emperador se apresuró a decir con altivez y sequedad: -Ella puede quedarse.

Y todos asintieron.

-Nuestras guarniciones en Aigón fueron destruidas -prosiguió Árcival con una mirada furiosa.

-Así que perdemos dominio en la frontera sur de Herda -aseguró uno de los nobles presentes.

-Trarras logró resistir; pero no resistirá mucho -dijo un capitán mientras señalaba en un mapa del Antiguo Continente el río Harllén-. Si cruzan el Río Negro perderemos todo el norte de Félgor -añadió.

-¿Y Yavín? -preguntó el emperador mientras se tomaba la barbilla, pensativo.

Entonces Aminión sintió un nudo en la garganta, pues recordó a Imperoth con cariño.

-No ha caído todavía -respondió Árcival.

Entonces Arán se recostó en su voluminosa silla, frente al escritorio. -Así que poco a poco nos están cercando -dijo.

Árcival indicó la ciudad de Yavín en el mapa y dijo: -Los Nomos lanzarán un ataque desde los fosos de Yavín-. Y después indicó la Cordillera de Nínilver, y a Herda, y dijo:

-Y los Nocturnos nos atacan desde el occidente.

La afirmación del Le-Hir aturdió a la pareja.

-¿Los Nocturnos? -preguntó Dárlaran.

Entonces Árcival levantó la mirada y explicó: -No sabemos el motivo, pero un ejército de más de cinco mil Nocturnos nos atacó desde Herda y tomó Aigón por asalto.

-No puede ser -dijo Dárlaran.

-Es cierto -interrumpió el emperador con tono frío.

-¿Pero no se supone que les estamos ayudando a luchar contra los Nomos? -preguntó Dárlaran-. ¿No se supone que estamos luchando para liberar los reinos del Antiguo Continente? -añadió.



-Al parecer los Nocturnos de Arys no desean que estemos en el Antiguo Continente; pero como nos negamos a retirarnos por la petición del rey Melot de Félgor, han decidido llevarnos hasta el Mar de las Deidades a la fuerza.

-¡El Rey Áladroth sería incapaz de hacer eso! -exclamó Aminión sin querer.

Entonces todos la miraron con sorpresa.

-Es verdad -se apresuró a añadir Dárlaran-. Áladroth jamás declararía la guerra al Imperio de los Dos Soles. Él no arriesgaría Arys a una lucha abierta contra nosotros -aseguró, intentando cubrir la imprudencia de la joven con halagos al ego del emperador.

-Áladroth no está solo -dijo Arán-. Hizo una alianza con el Imperio de Sadamarca, al norte de Herda. Esas tierras son un gélido témpano «pegado» al continente -añadió con desprecio.

-También lograron convencer a los Enanos de la Cordillera de Nínilver y a los de la Cordillera Coronada -dijo otro capitán.

-Los Enanos de la Cordillera Coronada podrán cruzar Félgor desde el sur -dijo Árcival.

-¿Y qué sucederá con Félgor? -preguntó el Dárlaran.

-Félgor tiene una amistad con los Enanos de Ethinel y de Mirethel; no los atacarán -respondió Le-Hir.

-Pero Félgor nos debe ayudar -aseguró Dárlaran.

-Félgor sólo tiene conflicto con los Nomos. Si los Nomos no están involucrados en la guerra, Félgor tampoco lo estará -dijo un noble Ariánico.

-También se han visto varios Hombres Nórdicos cruzar la Cordillera Coronada y dirigirse al norte de Félgor -dijo Árcival.

-¡Lo dije! -exclamó uno de los nobles-. Los Nórdicos de Mont-Arath nos han declarado la guerra.

-¿Mont-Arath? -preguntó Aminión al duque en voz baja.

-Una de las ciudades Nórdicas más poderosas -respondió Dárlaran-. Está en la parte más austral del Antiguo Continente, al sur de la Cordillera Coronada.

-¿Y por qué no nos retiramos de esas inmundas tierras? -preguntó otro noble.

-Si dejamos que despejen el oriente del Antiguo Continente nada les impedirá que crucen el Mar de las Deidades y desembarquen en Pacán -respondió un capitán.

-¡Vamos! -exclamó Dárlaran-. Nuestra flota es la más poderosa del mundo. Jamás cruzarán el Mar de las Deidades.

-También pensamos que nuestro ejército era el más poderoso del mundo; pero fue derrotado por los Nocturnos en las orillas orientales del Río Harllén -interrumpió Árcival.

-Además, es una declaración abierta de guerra -agregó otro capitán.

Sin embargo, el emperador permanecía en silencio, mirando los mapas con detenimiento.

-¿Se han pronunciado los Dacones? -preguntó ensimismado.

-Han decidido permanecer neutrales al conflicto de los Hombres -respondió un noble.

-Pero los Jerládrim no se demorarán en tomar su bando; igual que el reino de Herda -aseguró Árcival.

-¿Quiénes son los Jerládrim? -preguntó Aminión.

-Los Hombres del Desierto -respondió un noble.

-Antaño, un rey llamado Jerlán decidió habitar las dunas al occidente de Herda. Los Hombres que lo siguieron fueron entonces llamados Jerládrim, o Seguidores de Jerlán -añadió el emperador.

-Estoy seguro que los Desiertos de Jerlán se aliarán con el imperio, al igual que Herda -dijo el gigante Le-Hir-; pero no estoy seguro de Félgor -añadió.

-Félgor no entrará en la guerra -aseguró otro noble.



Entonces el emperador se levantó con brasas en los ojos, e iracundo, dijo: -¡Pues haré que Félgor entre en la guerra!-. Fue tan furiosa la expresión de Arán, que todos los nobles quedaron estupefactos. -Manden cartas a Melot y háganle saber que, si no ayuda al imperio, sumiré a Félgor en huesos y cenizas. También manden cartas a Herda y a los Desiertos de Jerlán.

-¿Y a los Nocturno? -preguntó uno de los capitanes.

Entonces Aminión miró a Dárlaran con temor, mientras este último miraba al emperador con expectativa. Sabía bien que una guerra contra Arys y sus aliados causaría una miseria descomunal, y quizás sería una guerra espantosa que duraría muchos años. Entonces Ehiroth tendría razón.

Arán miró a Aminión entonces y dijo: -Hablaré con el Círculo; pero manden emisarios a Áladroth. Digan que el Imperio de los Dos Soles le declara la guerra a Arys y a los Nocturnos-. Y con estas palabras, el Nallhard se preparó para un cambio espantoso.

61

Cuando terminó el consejo, Arán mandó a llamar a Aminión y a Dárlaran a su despacho. -Puedes estar tranquila, condesa de Heid; que tú eres muy respetada y querida entre los Ariánicos. Además, tienes mi permiso de permanecer dentro del imperio sin ninguna restricción.

-Sin embargo, soy una Nocturna, emperador -dijo Aminión mientras bajaba la cabeza en señal de respeto.

-Eres más una Ariánica que una Nocturna -respondió Arán-. Y me gustaría que me regalaras la primera copia de tu nueva novela -añadió sonriendo.

Aminión sonrió y asintió. -Será un placer -dijo mientras le daba la copia de la novela que sostenía en su mano derecha.

Arán la recibió agradecido y luego se refirió a Dárlaran. -Creo que sobra decirle que lo necesito -dijo.

-Mis armas son para matar Nomos, no para matar Hombres -se apresuró a decir Dárlaran, conciente de su promesa en los Bosques de Mírlin y en la advertencia del viejo Ehiroth. Entonces Arán levantó la ceja y dijo: -Hace mucho no escuchaba alguien que me contradijera. Sin embargo, Dárlaran, soy el emperador, y aunque se lo pido como amigo, no olvide que mis palabras pueden ser órdenes.

-Lo sé, y le ayudaré; pero eso no quiere decir que esté de acuerdo -aclaró el duque, que se sintió en una situación incómoda.

-¿En verdad cree que, si se encuentra con un Nocturno armado, él no levantará la espada para asesinarlo? -preguntó Arán.

Las palabras fueron profundas; pero el duque respondió: -No lo haría si no hubiera conflicto entre nosotros.

-Pero lo hay. Ellos atacaron Aigón y derrotaron al Ejército Dorado en uno de los puentes del Harllén. No podemos dejar que eso suceda de nuevo.

-No creo que el rey Áladroth deseara iniciar una guerra contra nosotros -dijo Aminión-. Él tiene un carácter precavido y cauto.

-Pues esta vez sorprendió -dijo el emperador-. Vamos, vayan a Alméreth, que la verdadera guerra empezará pronto.

-¿Y los Nomos? -preguntó Dárlaran.

-Aunque Áladroth me sorprendió, sé que los Nocturnos y los Enanos jamás harían alianza con los Nomos. Yavín está en ruinas, aunque sigue estando en manos Nómicas. Sin



embargo, los Nomos ya no pueden hacer más que esconderse tras sus muros o en las altas montañas de la Nínilver. Ya no me preocupo por ellos. Además, mandaremos más esclavos y más soldados al Antiguo Continente.

-¿Qué piensa hacer? -preguntó Dárlaran.

-Necesito algunas armas, pues voy a invadir Félgor -respondió Arán.

Entonces Aminión entreabrió la boca, sorprendida. -Pero ellos todavía no han decidido si apoyan al imperio o no.

-Decidan lo que decidan, iniciaré mi invasión desde Félgor. Reduciré la ciudad Nórdica de Mont-Arath a escombros y destrozaré las ciudades Enanas hasta los cimientos.

-¿Y cómo lo harás, emperador? -preguntó la condesa.

-Ellos esperarán un ataque desde Trarras, pues casi todo el norte de Félgor está bajo nuestras manos; allí tenemos dos grandes ejércitos.

-Pero necesitaría haber mandado una flota hace meses -dijo el duque.

Entonces el emperador sonrió maliciosamente, se levantó de su asiento y dijo orgulloso:

-Ya lo hice. Desde que supe del ataque a Aigón supe que la guerra era inevitable; pero necesitaba airar los ánimos de los Ariánicos para iniciarla. Lo mismo haré con el Círculo. La pareja miraba atónita al emperador, que parecía tenerlo todo bajo control.

-¿Está hablando en serio? -preguntó Dárlaran.

Y el emperador asintió. -Necesito varias armas de asalto a más tardar en dos meses, pues tengo que asediar algunas ciudades -dijo finalmente.

Al principio del viaje, Dárlaran se sentía incómodo por tener que ir a Alméreth, pero después de la reunión con el emperador, el duque sólo pensaba en el horror que se desataría en los reinos del Antiguo Continente. Aminión también permanecía en silencio, mirando por la ventana los bosques que se abrían alrededor del camino.

-¿Qué piensas hacer? -preguntó la joven al duque sin dejar de mirar por la ventana del carruaje.

Dárlaran la miró y dijo: -Somos del imperio, Aminión, y debemos ayudarlo.

-¿En verdad crees que el Áladroth mandó el ataque a Aigón? -preguntó Aminión.

-¿Acaso piensas que no lo hizo?

Aminión calló por un momento, mirando el paraje selvático y cálido por un momento. Poco después respondió: -El rey Áladroth es cauto.

-Pero atacó tropas imperiales -increpó Dárlaran con serenidad.

-Así que harás las armas.

Y Dárlaran asintió. -Pero no hablemos de eso. Mejor preocupémonos por llegar a Tóndoral y de allí al palacio de Alméreth -dijo intentando aliviar el ambiente.

El viaje hasta Tóndoral fue en verdad largo. El carruaje tuvo que cruzar toda la Llanura Verde, deteniéndose en Larath y en algunos pueblos. La Llanura Verde era un majestuoso llano entre las cordilleras más importantes de Pacán. Este llano estaba forrado por una tupida y fértil hierba resplandeciente a la luz del día. Sólo unas pequeñas arboladas se levantaban en el amplio llano, mientras las montañas, forradas de árboles y frondas se erguían a cada lado del camino, a lo lejos.

A menudo, la pareja pedía al cochero que detuviera el carruaje para bajarse y estirar las piernas; pues el estar sentado por mucho tiempo les parecía incómodo. Incluso, a veces pedían caballos a los guardias para galopar y matar el tedio y la monotonía del viaje. Cuando se detenían veían a menudo ciervos, conejos y algunos animales que desconocían.



-En verdad no puedo creer que Ímail haga este viaje para llegar al bastión tan seguido -dijo el duque.

-Él tiene un cóndor propio -respondió Aminión.

-Nosotros también -dijo Dárlaran.

-Pero teníamos que ir primero a Mirllán -dijo la joven mirando el paisaje verde bajo el cielo azulado.

-Podíamos haber ido a Mirllán sobre los cóndores -aseguró el duque.

-Pero quería ir por tierra -dijo Aminión finalmente.

Entonces Dárlaran meneó la cabeza mientras sonreía, y dijo: -No sé por qué te hice caso.

Y finalmente llegaron a Tóndoral. La ciudad de Tóndoral, en el antiguo reino de Vírandel, se erguía imponente sobre una colina herbosa, al norte de la azulada Laguna de Áral. Desde afuera, la pareja vio maravillada y sorprendida las innumerables y altas edificaciones de tejas rojizas y de paredes blancas que sobresalían de los soberbios e imponentes murallones de piedra blanca. Muchas caravanas de carromatos entraban a la ciudad repletos de alimentos, y no muy lejos se abrían amplios cafetales.

La pareja y su gran guardia cruzaron el Puente de Tóndoral, erguido sobre el cristalino río Ardas, que siseaba entre los bosques tropicales y las planicies pastosas. El puente tenía varios espolones arqueados, y era empedrado y muy amplio. Posteriormente entraron a Tóndoral.

En la majestuosa ciudad abundaban los jardines y los teatros, pues Tóndoral era considerada la capital del teatro Ariánico. Y, como la pareja llegó dos días antes de lo provisto, aprovecharon para ir a un concierto de cuerdas y a dos obras de tablas no muy conocidas. Se hospedaron en un opulento hotel el sur de la ciudad, y después tomaron de nuevo rumbo a su destino, al condado de Alméreth.

Aunque la visita a Tóndoral había sido agradable y muy divertida, unos pensamientos oscuros nublaban a la pareja. Ambos tenían los pensamientos fundidos en los acontecimientos venideros. Al parecer, la guerra contra los Nomos había terminado, pero las ansias del poder habían hundido a los Hombres a luchar entre ellos. Al ser las dos superpotencias mundiales, tanto económicas como militares, sólo era cuestión de tiempo para que el Reino de las Cavernas y el Imperio de los Dos Soles chocaran.

-¡Qué débiles somos los Hombres! -exclamó Dárlaran, pensativo.

Aminión lo miró entonces. -¿De qué hablas? -preguntó mientras el carruaje se movía sutilmente a causa de una pequeña grieta en el camino. Ya habían salido del camino principal y ahora se desplazaban por una pequeña senda hacia Alméreth.

-Es curioso que los Hombres dominemos el mundo, siendo una de las razas más débiles de mente -dijo Dárlaran.

-¿Y por qué piensas que somos una de las razas más débiles? -preguntó la joven mientras se mecía el cabello negro.

Dárlaran la miró entonces y sonrió. -Los Hombres se dejan llevar fácilmente. El poder, la codicia, la pereza, la ira, la lujuria, la envidia; todas son características Humanas, y todos las tenemos; lo único que nos diferencia es que algunos las sabemos llevar mejor que otros. El Hombre siempre desea más, sin conformarse nunca. Parecemos una horrible bestia que siempre tiene hambre, y que resultará comiéndose a sí misma, pues con el tiempo no tendrá más que comer; ya todo lo habrá comido-. El duque miró por la ventana



los guardias que cabalgaban a su lado, de armaduras doradas y capas blancas, y añadió: - Los Hombres son excelentes destructores.

-Y también creadores -interrumpió Aminión, que se tomó el cabello sedoso y se lo amarró con una hebilla de plata-. Dárlaran, esas ansias de poder, esa codicia, esa envidia; todo eso nos ha llevado hasta donde estamos. Si el Hombre se conformara con todo jamás avanzaría, en ningún campo. Las ansias de más nos han llevado a dominar el mundo, a no dejarlo a merced de la destrucción de los Nomos ni a la paciencia de los Dacones. Nosotros somos destructores, pero también constructores. Nosotros somos el tan anhelado término medio. Nosotros nos adaptamos a todo cambio, a todo paraje, sin importar lo hostil que sea. ¿Crees que los Dacones podrían vivir en las gélidas tierras de Sadamarca como los Nórdicos lo hacen? -preguntó la joven.

-Los Dacones son muy longevos -dijo Dárlaran.

-Y por lo mismo son menos adaptables al cambiante tiempo -añadió Aminión-. Los Nomos sólo buscan corromper y los Dacones ahora pertenecen a una época antigua. Nosotros somos los dueños del mundo por nuestras ganas de serlo, no por la obra de los Espíritus a los que los Ariánicos les rezan, ni por los Ángeles en los que los Nocturnos creemos-. La joven se acomodó placidamente en la silla del carruaje, se quitó algunos cabellos del rostro y añadió: -Yo creo que la codicia, la envidia y lo que tú tanto criticas pueden ser cualidades si son bien enfocadas, al igual que una vida corta.

-¿Por qué la vida corta? -preguntó el duque mientras se quitaba el abrigo por el incesante calor del día. Los soles estaban sobre ellos y las sombras de los árboles caían sobre el carruaje; pero el aire era cálido y bochornoso en el interior del carro.

-Porque somos más adaptables a los cambios -respondió Aminión con una sonrisa triunfal.

Dárlaran permaneció pensativo un momento, asimilando las profundas palabras de la joven. Y mientras lo hacía, diviso un pequeño poblado de casas pequeñas muy bien construidas. Y sobresaliendo del poblado, en la mitad de las casas, un palacio con cúpula blanca. Aunque no era tan majestuoso como las mansiones de Hil-Dendel, el palacio de Ímail era agradable a la vista de la pareja.

-Y cuando la codicia se coma a sí misma, ¿de qué vivirán los Hombres? -preguntó ensimismado.

Aminión lo miró y enmudeció.

-Y cuando no haya qué conquistar, ¿qué ansiará el Hombres? ¿Se ansiará a sí mismo? -volvió a preguntar el duque.

La joven bajó la azulada mirada, pensativa. -No lo sé, Dárlaran, pero estoy segura que a nosotros no nos tocará averiguarlo -dijo con la mirada enfocada en el palacio.

Y Dárlaran, también mirando el palacio con sus ojos mieles, dijo: Espero que el Hombre tenga mucha capacidad de crear, para que cuando lo haya destruido todo sea capaz de reconstruirlo.

62

La guardia de Háreneth fue tomada como excesiva por muchos nobles Ariánicos que ya estaban en el palacio; pero nadie se atrevió a decírselo a Dárlaran. Curiosamente, fueron Dárlaran y Aminión casi los últimos en llegar, sólo faltaban algunos nobles de Hil-Dendel.



Para incomodidad de Dárlaran, fue el joven Ímail quien los recibió. Poco interés le puso el joven al duque. En vez, atendió a Aminión como si ella fuera el mismísimo emperador. Le besó la frente, como era tradición en los Ariánicos, y la invitó al salón de su palacio, llevándola personalmente de la mano. Esto hizo que Dárlaran apretara los dientes, pero siguió al joven de cabellos de oro sin decir nada.

Y para incomodidad de la joven, el linaje de los Hil-Féreneth ya estaban allí. Entonces Ládeniel, al ver llegar al duque, se apresuró a saludarlo. Dárlaran la saludó como de costumbre, con un beso en la mejilla. Y cuando Ládeniel vio a Aminión se apresuró a felicitarla por el lanzamiento de su tercera novela. La joven sonrió hipócritamente, mientras detallaba a la hermosa Ládeniel de pies a cabeza.

Ládeniel, de una belleza enorme, llevaba un vestido de seda roja, de escote prolongado y de espalda destapada. La marquesa de Hil-Féreneth, que había obtenido el título tras la muerte de su madre, tenía la piel muy fina y pulida, unos labios rosados, unos ojos brillantes y una nariz respingada. Tenía el cabello suelto, y sobre su cabeza sostenía una corona de flores blancas y rojas. Aunque a Aminión le costaba trabajo, era imposible negar que Ládeniel era una joven hermosa.

Sin embargo, Aminión no se quedó en el salón, pues pidió un cuarto aparte para poderse arreglar. Así que Ímail la llevó a un cuarto en el segundo piso, antes de que los invitados pudieran verla. Dárlaran, en cambio, se apresuró a saludar a los nobles que allí se encontraban. Casi todos los invitados eran conocidos por el duque.

Aminión se demoró un buen tiempo arreglándose, lo que incomodó al duque, pues Ímail tampoco estaba en el salón atendiendo a los invitados. Dárlaran estaba en verdad ofuscado por la ausencia del irrespetuoso joven, y le confesó esto a Ládeniel, que lo acompañó mientras Aminión permanecía ausente.

Entonces el duque empezó a tomar vino con más frecuencia, incómodo por la demora de Aminión, hasta que empezó a sentirse mareado y adormecido. Ládeniel se percató de esto y le pidió que se sentara con ella unos momentos para que se pudiera serenar. El duque aceptó y permaneció en silencio por unos momentos, mientras escuchaba a la joven marquesa. Y de repente, el duque se sintió febril al tocar involuntariamente el muslo descubierto de la joven. Dárlaran miró entonces a Ládeniel con deseo, detallando su espalda desnuda y su escote profundo, y las curvas de su cuerpo.

Ládeniel, que también había tomado algunos vinos, diose cuenta de esto, y empezó a hablarle al duque mientras le acercaba el rostro, mirándole los labios y esperando que se rindiera finalmente a ella, como lo había hecho antes de viajar al Antiguo Continente y antes de conocer a Aminión.

Sin embargo, Dárlaran, como si despertara de un lujurioso sopor, sacudió la cabeza intentando disipar el mareo, y retiró su rostro del de Ládeniel. -Voy a buscar a Aminión -dijo mientras besaba la frente de la joven y se levantaba de la silla-. Creo que ya he estado sentado lo suficiente -añadió un poco más lúcido.



Entonces el duque subió las escaleras para buscar a Aminión, y cuando doblaba por un pasillo, vio una imagen que hizo que el mareo se disipara por completo: Ímail abrazaba a Aminión con especial afecto, y la joven parecía no incomodarse. Esto hizo que la ira de Dárlaran estallara; pero el duque no se dejó cegar por la furia, y permaneció por un momento frente a la pareja.

Entonces Aminión vio por sobre el hombro de Ímail a Dárlaran, que tenía los ojos en llamas y los dientes apretados tras sus labios. Entonces Aminión se zafó de Ímail.

–Dárlaran -dijo la joven.

Pero el duque, que sentía su cuerpo tiritar de la furia, salió del pasillo a paso rápido y bajó las escaleras. Posteriormente salió del palacio a los pequeños jardines aledaños.

Ládeniel, ya sobria, salió tras el duque al verlo salir, anticipándosele a Aminión, que hasta ahora bajaba las escaleras. Al salir, Ládeniel buscó en los alrededores hasta encontrar a Dárlaran recostado contra un tronco. Él permanecía en silencio con la cabeza agachada.

–¿Qué sucedió, Dárlaran? -preguntó la marquesa.

–No es nada. Déjame, por favor -pidió el duque sin siquiera darle la cara a Ládeniel.

Pero Ládeniel no aceptó. –Nos conocemos hace muchos años Dárlaran, y no te dejaré en los peores momentos -dijo, y volteando al duque, decidió abrazarlo-. No sé lo que pasó, pero todo tiene una explicación.

Lo que Dárlaran no sabía era que Ímail había hecho importantes propuesta a Aminión, como un beso y entablar algo más que una amistad. Pero Aminión se había negado, aclarando el amor que le sentía por Dárlaran. Entonces Ímail había pedido por lo menos un abrazo, y Aminión, conmovida y conciente de los sentimientos del joven, había aceptado. Y en ese momento había llegado Dárlaran, descubriéndola.

Y cuando Aminión logró ubicar al duque, vio con desconsuelo que Dárlaran permanecía en los brazos de la marquesa de Hil-Féreneth. Esto destrozó los sentimientos de Aminión, que deseaba en verdad aclarar la situación. Entonces la joven decidió entrar de nuevo al palacio, intentando embutir el llanto tras sus párpados.

El lanzamiento del libro se hizo con los formalismos comunes. Pero tras los formalismos, Aminión sufría por la situación. Aunque vendió muchas copias de su tercera novela, Aminión no podía hacer más que pensar en Dárlaran, que permanecía fuera del palacio, quién sabe dónde. El duque simplemente le había mandado una razón a la joven, donde decía que la recogería en dos horas. Pero había algo que tranquilizaba a Aminión: Ládeniel todavía estaba en el palacio, acompañando a su padre. Dárlaran estaba solo.

Después del lanzamiento de la novela, el conde Ímail decidió iniciar una fiesta con alegre música de percusión, cuerda y trompeta. Aminión ya estaba acostumbrada a los festejos Ariánicos, pero todavía no había podido aprender a baliar como ellos. Los Ariánicos bailaban en parejas, pero a diferencia de los Nocturnos, las parejas no se sincronizaban. Parecía más una competencia entre parejas que un baile conjunto. Y, mientras la música de los Nocturnos era de por sí lenta (vals más que todo), las melodías Ariánicas era rápidas, e incluso feroces. Y por lo mismo, los pasos Ariánicos eran complejos y de mucha movilidad. Las Mujeres debían tener en las caderas una contundente sensualidad, y debían ser diestras al realizar giros. Los Hombres dirigían los giros y los pasos, y aunque



no movían la cadera, debían tener gran destreza y movilidad en las rodillas y en los tobillos. La rapidez de los pasos variaba según a melodía.

-¿Bailamos? -preguntó el joven Ímail a Aminión. El conde no le había puesto atención a Dárlaran, e ignoraba cómo se sentía, pues estaba decidido a conquistar a Aminión, y sobre ella estaba su atención.

-No sé bailar -aseguró la joven, intentando no ser descortés.

Pero el joven de ojos azules y cabellos dorados tomó de la mano a Aminión, y prácticamente la arrastró a la mitad del salón mientras le decía: -No importa; yo te enseñaré a bailar.

El cuerpo de Aminión no estaba acostumbrado a tanta movilidad durante un baile, e incluso, parecíale que algunas de las Ariánicas bailaban de forma impúdica, pues la sensualidad y la incitación abundaban. Pero para los Ariánicos nada de malo tenía esto, pues era común en su tradición.

63

Ahora bien, Dárlaran llegó media hora más tarde de lo acordado, pero su carácter y su orgullo todavía seguían heridos. Sus sentimientos estaban envenenados de ira, celos y desconfianzas; pero no podía ignorar a la joven.

Y cuando llegó, vio desde lejos que Aminión e Ímail hablaban sentados en una banca fuera del palacio. Dárlaran se sintió todavía más ofendido por la atención que Aminión le brindaba al joven Ímail. Empero, el duque se acercó para llevar a Aminión al bastión. La pareja aún no lo había visto.

-Sólo te pido un beso -insistió el joven Ímail, que ignoraba la presencia del duque.

-Si me vuelves a insistir, tendré que retirarme -dijo Aminión.

Pero Ímail no aceptó esta respuesta, y llevado por un extraño furor, abrazó a Aminión por la fuerza. La joven, incómoda, intentó zafarse del Hombres, pero Ímail tenía en verdad mucha fuerza.

-¡Déjame! -dijo Aminión intentando permanecer calmada.

-Me darás un beso, te guste o no -aseguró Ímail, que de repente intentó buscar con su boca la boca de Aminión.

El duque se acercaba lentamente, pero al ver que al parecer la pareja se estaba dando un beso, se detuvo de inmediato, mientras en su corazón sentía una dolorosa estocada. Muchos pensamientos se vinieron a su mente, y sin poder aguantar tanto dolor, dióse media vuelta. Pero entonces escuchó un grito de Aminión.

-¡Suéltame!

Y envenenado, se volteó y corrió iracundo hacia la silla. Efectivamente vio que el conde intentaba robarle un beso a Aminión, y no la estaba besando, como pensó al principio.

Y cuando la sombra del duque cubrió a Ímail, el joven de cabellos de oro le dijo a Dárlaran con un ofensivo desprecio: -Disculpe, duque, pero estoy conversando con Aminión.

Pero Aminión, al ver al duque, se llenó de extraños y confusos sentimientos. Por un lado, sintió temor, pues el rostro de Dárlaran jamás habíase tornado tan furioso como en ese momento: Sus ojos refulgían y su ceño se fruncía dándole una apariencia endemoniada. También sintió alivio, pues se sintió protegida; pero sabía que Ímail tenía gran fuerza, así que también sintió preocupación.



Y para sorpresa de Aminión, el joven Ímail volvió a mirarla y le preguntó descaradamente: -¿En qué íbamos?

Pero Dárlaran, sin dar siquiera previo aviso, y veloz como una serpiente, crispó su puño derecho y lo lanzó con violencia hacia el rostro del joven Ímail. El golpe sonó seco e hizo voltear el rostro del joven. Los nudillos del puño encontraron la nariz de Ímail, que, airado, reaccionó de forma violenta, lanzando otro puñetazo hacia el rostro del duque, y al no impactarlo, lanzó otro, y otro, y otro. Dos de los cuatro golpes encontraron las manos de Dárlaran. Los otros dos puños rompieron el aire.

Pero Dárlaran sabía que no podía quedarse quieto, y por lo mismo, lanzó otro puño al joven. Al impactarle en el hombro, el duque, rápido, lanzó otro golpe, dándole a Ímail de nuevo en el rostro, a la altura del pómulo izquierdo. El joven de ojos azules se sintió y retrocedió, mientras lanzaba una patada a la altura de la rodilla, impactando la pierna izquierda del duque.

Todo esto fue tan rápido y violento, que sólo cuando Ímail se alejó de Dárlaran Aminión reaccionó. -¡Ya paren! -gritó a los cuatro vientos.

Pero los rostros de los agitados Hombres se tornaban pálidos y sus ojos brillaban de la furia. Y sin decir nada, el joven Ímail volvió a atacar al duque con varios golpes. Dárlaran intentó defenderse, lanzando algunos puños y algunas patadas. Sin embargo, pocos de los golpes lanzados por ambos Hombres encontraron su objetivo.

Entonces Ímail, con la nariz sangrante a causa del primer golpe, y el pómulo hinchado y ennegrecido, sacó una daga de la vaina en su cinto, y gritó furioso: -¡Nadie me ofende en mis propias tierras!

Dárlaran, que ya había estado en batalla y había enfrentado al Hada del Pantano, no temió cuando el joven sacó la daga. En vez, sonrió y preguntó: -¿Va a atacarme a mí, un duque, con un arma? ¿Desea ser perseguido por el emperador por todo el imperio como una rata? Pero el joven Ímail respondió cegado por el amor a Aminión y por la furia de verse sangrando: -¡Pues estoy dispuesto a hacerlo!

Entonces el rostro del duque cambió de confiado a precavido, pues sabía que el joven, llevado por sus impulsos, en verdad podía atacarlo. Sin embargo, Dárlaran se sentía seguro de poderlo vencer.

-¡Ya basta! ¡Detente Ímail! -gritó Aminión aterrorizada, pues la hoja de la daga parecía estar sedienta de sangre.

Pero por más que Aminión gritó, Ímail decidió lanzar una estocada hacia el duque. Sin embargo, Dárlaran habíase tornado sagaz por las batallas que había librado, y esquivó el ataque sin problemas. Y cuando el joven Ímail intentaba atacar de nuevo, fue inmovilizado por los guardias de Háreneth que habían llegado al escuchar el estruendo. Entonces el duque suspiró y se irguió, sobándose el rostro por un golpe que Ímail le había alcanzado a propinar. Inicialmente pensó en darle un castigo digno, pero recordó la promesa a la Serafina.

Entonces respiró y dijo: -Sólo quítenle el arma. No quiero más problemas.

Y así los guardias lo hicieron. Ímail entonces no hizo más que insultar al duque, pero se retiró del sitio. En ese momento Aminión supo qué pensaba Dárlaran, pues ella había sabía sobre la promesa, y se sintió aun más enamorada de él.



-Gracias -le dijo la joven a Dárlaran, pero notó que el duque continuaba molesto, así que no dijo más.

El retorno al bastión se hizo en silencio casi todo el viaje. El duque cabalgaba al frente de la expedición, mientras Aminión permanecía sentada en el carruaje.

Al llegar al bastión, Dárlaran llegó de inmediato a trabajar en sus proyectos, renuente, pues no compartía la declaración de guerra. Aminión decidió seguir con sus escritos, apesadumbrada, pues se sentía culpable de haber puesto a Dárlaran en peligro y de haberle causado celos. A ratos recordaba a Ládeniel, y se molestaba, pero le pesaba más la culpa que el orgullo.

64

Así, las relaciones entre la Aminión y el duque se enfriaron de nuevo. Aminión pidió a Kihra que le sirviera la comida una hora antes de servir la comida de Dárlaran, e insistía en comer en su cuarto, encerrada con sus doncellas Ariánicas.

Dárlaran se percató de esto, y un sentimiento de culpa rondó su corazón. Con cada día que pasaba, el duque se enamoraba más de la joven, y tal desprecio se había vuelto insoportable. Por primera vez en su vida el duque sentía la situación fuera de control. Por más que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Aminión, y por lo mismo, dejó a un lado sus proyectos. Ya no podía concentrarse, y se sentía destrozado cuando Aminión aparecía y lo saludaba secamente; ella apenas lo miraba, mientras dejaba en el aire el aroma del perfume que le rondaba la tersa carne, como un incensario de una religión extraña.

Pero Aminión sufría de forma semejante. Aunque demostraba indiferencia, se sentía débil cuando el duque le pasaba por el lado. La joven de ojos azules se sentía resquebrajada, pues el amor hacia Dárlaran ya le había roído la conciencia.

Entonces, incapaz de mantener fría la situación, Dárlaran decidió organizar una fiesta en el bastión de Háreneth; y para sorpresa de muchos, invitó tanto nobles como plebeyos. Incluso el mismísimo emperador había decidido ir al bastión. Pero había un invitado especial, uno que nadie esperaba en verdad.

-¿Qué vestido me pongo? -preguntó Aminión nerviosa, mientras miraba en su inmenso ropero un vestido tras otro.

-¿Y qué sucedió con el vestido que tanto le gustaba? ¿El rojo? -preguntó Kihra. Aminión le había hablado mucho del vestido rojo que siempre veía en la tienda de Térail en Mirllán; el mismo del cual se enamoró cuando conoció a Ládeniel. El vestido tenía labrados encajes dorados, tenía un escote redondo y mangas anchas; como el de las majas o nobles Nórdicas.

-No lo compré -respondió Aminión con desconsuelo. Aunque había deseado pedirselo a Dárlaran desde el primer día que lo había visto, no se había atrevido, pues, aunque ella sabía que él no se lo negaría, lo que en verdad deseaba era que él se lo regalara con amor, y no por petición suya.



-Me pondré éste -dijo tomando un vestido blanco con fina pedrería. El sólo vestido podía alcanzar a valer lo que valía una pequeña parcela al sur de Yavín.

-Muy buena elección -aseguró Kihra, que ordenó a unas doncellas traer maquillajes.

-¿Y sabes el motivo de la fiesta? -preguntó Aminión-; porque yo no -añadió.

Entonces Kihra sonrió sin que Aminión se diera cuenta, pero dijo: -No tengo idea.

Cuando Aminión bajó al salón principal del bastión, adornado con costosas pinturas y bellas cenefas estucadas en relieve, vio que ya varios invitados estaban allí. Sin embargo, la joven sólo identificaba a unos pocos: Los Hil-Féreneth, los Hil-Néreth, los Hil-Déreneth (entre ellos Térail), los Sáreneth (familiares del emperador), y algunos conocidos de los Háreneth (familiares de Dárlaran). Sin embargo, cuando Aminión bajó por la escalera en caracol, todos la miraron como si ya la conocieran. Y, aunque Aminión se había convertido en una afamada escritora, sabía que esas miradas eran extrañas, pues eran una atención especial. Además, a Aminión se le hizo extraño ver un brillante piano blanco de cola en la mitad del salón.

Apenas bajó al salón, Aminión se apresuró a saludar a Térail, el más conocido de los presentes.

-Árcival se disculpa por no venir, pero es él quien guía las tropas del imperio en el Antiguo Continente; y por más que quiso venir, no pudo -explicó el mercader-. Sin embargo -añadió-, te mandó esto-. Entonces Térail le entregó un bello pendiente de diamante hecho al estilo Nocturno.

Aminión lo recibió apenada y dijo: -Que lástima que Árcival no esté aquí para agradecerle personalmente.

-Yo le daré las gracias por ti -dijo Térail.

Entonces la joven miró a su alrededor, reflejando algunas miradas curiosas, y mirando con detalle el piano; pero no vio a Dárlaran en el salón. -¿Y sabes el motivo de esta reunión? -preguntó mientras registraba con su mirada azulada el entorno.

Térail sonrió maliciosamente y dijo: -A Dárlaran se le ocurren extrañas ideas, y a menudo hace fiestas sin motivo aparente

-Pero en los años que he estado viviendo aquí los festejos que el duque ha hecho siempre tienen que ver con acontecimientos y fiestas populares Ariánicas -increpó Aminión.

-Lo que sucede es que cuando... -pero en ese momento Térail enmudeció al escuchar un heraldo. El salón también quedó en silencio.

-¡Ha llegado el emperador! -gritó el anunciante. Y tras él, entró con paso imponente y altivo Arán, con majestosas vestimentas purpúreas y doradas, acompañado de una joven de belleza inmensa.

Aunque la belleza de las Ariánicas era bien conocida por el mundo, la joven que acompañaba al emperador poseía una hermosura que sobrepasaba el físico de todas las presentes. La joven tenía cabello sedoso y rubio, destellante como el oro pulido; labios rojizos y brillantes; cuerpo voluptuoso y bien formado; ojos azules como el mar y el cielo; nariz respingada y de trazos finos; rostro fino y piel clara; pestañas largas y encrespadas; y piernas largas y esbeltas. Tenía un vestido amarillo de hombros destapados, mangas anchas y larga falda, y sobre su cabeza descansaba una diadema de flores coloridas y de aromas dulces.



La joven, llamada Adel, era la princesa Ariánica de la ciudad de Hirán, una de las potencias mundiales que se posaban en el Antiguo Continente, a las afueras de los Bosques de Mirlin. Hirán era la ciudad vecina de Acán, ciudad visitada por Dárlaran en su viaje a los Bosques. En Acán se desarrolló la tan espantosa Matanza de Arbos, de la cual Aminiön casi sale presa.

Para evitar conflictos con el Imperio de los Dos Soles, el rey de Hirán había propuesto al emperador la mano de su hija a cambio de un tratado de no agresión entre las ciudades Ariánicas de Acán, Hirán y Velc, y el imperio. Arán aceptó sin pensarlo, pues, aunque políticamente era un tratado benéfico, y consideraba a las ciudades Ariánicas como sus hermanas de raza; el emperador se había enamorado de Adel, y Adel de él. Y, aunque el emperador y la princesa de Hirán todavía no se habían casado, sólo esperaban los preparativos. Mientras tanto, Adel había decidido vivir en el Palacio Imperial.

Ahora bien, cuando el emperador entró al salón acompañado de Adel, todos los presentes se hincaron, y sólo se levantaron hasta que el emperador se sentó en un fino sillón al lado de su amada.

Al hacerlo, Arán exclamó: -¡Qué bello es ver que mis hermanos se divierten!

Y después de dicho esto, los invitados sintieron el corazón lleno de alegría, y vitorearon y ovacionaron a Arán y a su amada Adel.

-Pero esta fiesta tiene nombres propios -dijo la princesa-. Así que pido que pase nuestro anfitrión.

Entonces todos miraron hacia la puerta y vieron que Dárlaran entraba, vestido todo de negro y acompañado de una persona muy conocida y admirada por Aminiön. Tanto Dárlaran como su acompañante fueron hasta donde estaba el emperador y se hincaron.

65

Entonces Arán dijo: -Estamos muy agradecidos de tenerlo entre nosotros, Jarmaeron.

Y el pianista dijo: -Es en verdad un orgullo conocer a las personas más importantes del gran imperio -pero miró a Aminiön con detalle, y añadió: -Y es un orgullo tocar para la condesa Aminiön.

Aminiön se petrificó al escuchar su nombre de la boca del tan afamado pianista. Él, al ser Nocturno, primero decía el título y después el nombre; y esto Aminiön no lo escuchaba hacía mucho tiempo. Y en ese momento recordó cuando lo vio en el Teatro de Arys.

-¿A mí? -preguntó a Térail en voz baja. Entonces todos la miraron, y ella se sintió apenada por tanta atención.

-Pues eso dijo él -respondió Térail.

Entonces Dárlaran se abrió paso entre los invitados, hasta llegar donde estaba la joven, y tomándola de la mano, la sentó al lado izquierdo del emperador, en una silla voluptuosa. Él se sentó a su lado izquierdo. -Espero que te guste -le dijo al oído.

Aminiön miraba a Jarmaeron atónita, sin disimular su asombro y su admiración. -No puedo creer que tenga al mejor pianista del mundo frente a mí -dijo sin quitarle los ojos de encima al pianista de cabello y ojos negros, que se acercó al piano blanco y se dispuso a tocar sus bellas composiciones.

Todos los invitados escucharon con detalle cada una de las melodías de Jarmaeron, todas con igual atención. Pero Aminiön se sintió quebrada cuando escuchó, a la mitad del



concierto, su tan amada melodía: El Brillo de las Estrellas Frías. La joven suspiró apenas escuchó las notas iniciales de la melodía, y pareció hundirse en su silla, entrando a un letargo fantástico.

Dárlaran miró a Aminión entonces, y dijo: -Pedí a Jarmaeron que tocara esta pieza especialmente para ti. ¿Y sabes que dijo?

Aminión, escuchando la melodía con especial atención, dijo: -Que no habría problema en tocarla.

Pero Dárlaran meneó la cabeza y dijo: -Te diré lo mismo que me dijo a mí apenas acabe la melodía.

La joven lo miró extrañada, y esperó a que se acabara la melodía.

Y efectivamente, apenas terminó El Brillo de las Estrellas Frías, Jarmaeron se levantó y se acercó a Aminión, y, tomándola de la mano, dijo en voz alta: -Frente al emperador y a todos los presentes, regalo El Brillo de las Estrellas Frías a la condesa Aminión, pues sólo una Mujer como ella puede merecerla. Dirán que no la conozco, pero al leer sus novelas conozco sus más profundos pensamientos.

Entonces todos aplaudieron, mientras Aminión se coloreaba por la timidez. -No puedes estar hablando en serio -dijo.

-Aminión, el duque Dárlaran me ha hablado de ti, y si en verdad te gusta tanto esa melodía, entonces es tuya -aseguró Jarmaeron con sus ojos misteriosos fijos en el rostro pálido de la joven. Entonces le soltó la mano y se dispuso a seguir con su concierto.

Apenas Jarmaeron acabó de tocar, Aminión pareció volver de un mundo lleno de gracia y alegría. Y casi de inmediato tomó la mano de Dárlaran con fuerza, y lo miró al rostro, emocionada.

-¿Por qué haces todo esto por mí? -preguntó-. No te imaginas lo feliz que estoy. ¿Cómo podría agradecerte?

Entonces el duque sonrió y dijo: -Cásate conmigo.

Aminión quedó petrificada al escuchar la petición del duque. -¿Estás hablando en serio? Entonces la música se detuvo y todos callaron, fijos en el duque. Y Dárlaran se levantó de la silla, y posándose de rodillas frente a la silla de la joven, dijo en voz alta: -Te pido, Aminión, frente al mismísimo emperador Arán, que dejes de ser la condesa de Heid y te conviertas en la duquesa de Háreneth -y mirando al emperador, añadió: -Y pido al emperador, frente a todos los presentes, que le permita a Aminión de Heid pertenecer a la nobleza Ariánica si ella lo acepta, olvidando los conflictos actuales entre las razas.

El emperador, con el rostro de piedra, dijo secamente: -La raza Nocturna ha demostrado ser peligrosa. Recibí respuesta de Áladroth, en donde afirma que él no ordenó el ataque a Aigón. Pero también dice que no tolerará que ningún Nocturnos sea dañado por algún Ariánico, como si nosotros fuéramos una enfermedad. Fue una respuesta astuta, pues no demostró temor e intentó evitar una confrontación; pero no presentó disculpas por lo ocurrido, y yo no puedo dejar que los Ariánicos sean atacados, después de que lo único que queríamos era ayudar. La guerra ya ha empezado. Ahora, aunque la raza Nocturna es peligrosa, no puedo negarme a la petición de ningún Ariánico, de ningún hermano mío, y mucho menos de un amigo de infancia. Si la condesa de Heid acepta convertirse en la duquesa de Háreneth, será tratada como una noble Ariánica, y será amparada por el justo manto del imperio, porque así lo ordeno. Además, no podemos quedarnos sin sus novelas. Después de dicho esto, todos los presentes ovacionaron al emperador, y empezaron a decir en coro: «¡Que viva el emperador, el benevolente y buen amigo!».



Entonces Dárlaran sonrió al emperador y bajó su cabeza, agradecido, y después miró a la joven, que lo miraba nerviosa. -¿Qué dices? -preguntó.

Aminión temblaba, y varios pensamientos se posaron en su cabeza: Recordó cuando lo conoció en la Mansión de Derys, en el Reino de las Cavernas; recordó el concierto de Jarmaeron en el Teatro de Arys; el escape de su padre en Heid; el fantástico acontecimiento en los Bosques de Mirlin, cuando vio a la gran Dama Angelical Mírlloth; la Matanza de Arbos en Acán; su llegada al bastión, y su escape de él; el sacrificio de Imperoth; los partidos de ajedrez; y más.

Y con una sonrisa nerviosa en los labios y un vacío en el estómago, dijo: -Te doy mi palabra que seré por siempre la duquesa de Háreneth-. Y se levantó y abrazó a Dárlaran, mientras todos los invitados, incluyendo a Arán y a Adel, aplaudían con fuerza.

El festejo en el bastión duró casi cinco horas más. La música alegre y los bailes no se hicieron esperar. El vino y los ricos pasabocas rondaron de un lado a otro, y algunos juegos pirotécnicos iluminaron el cielo nocturno sobre Háreneth.

El emperador y la princesa fueron los primeros en retirarse del bastión. Tras ellos, varios de los invitados. Pero Jarmaeron, a petición de Dárlaran, decidió quedarse esa noche.

-Me gustaría que escuchara de Aminión El Brillo de las Estrellas -dijo Dárlaran-. Ella la interpreta muy bien -añadió.

-Será un placer -dijo el pianista-. Me doy cuenta que es una muy buena Mujer, y por eso olvidaré el trato que habíamos hecho. Nada se le puede negar a nuestra bella joven de Heid -añadió.

-Pero trato es trato, y usted cumplió con su parte. Yo cumpliré con la mía -y diciendo esto, el duque sacó de debajo de su cama el baúl que causaba tanta curiosidad a Aminión, y de él sacó el enorme rubí que había recibido como pago en Derys. Ese era el mismo rubí por el cual Aminión lo había tratado de ladrón. Y, sin pensarlo dos veces, se lo entregó a Jarmaeron.

Después del pago, el pianista y el duque bajaron hacia el salón. Aminión permanecía allí, hablando con Térail y otros dos plebeyos Ariánicos que la felicitaban por el compromiso. Entonces Jarmaeron se acercó a Aminión. -¿Es verdad que interpretas El Brillo de las Estrellas? -preguntó.

Aminión miró entonces a Dárlaran, y asintió. -Pero no muy bien -dijo tímidamente.

-Me gustaría escucharla -dijo el pianista.

Entonces la joven abrió los ojos azules, sorprendida. -¿Es en serio? -preguntó.

Y el pianista, de rostro pálido y negros ojos, sonrió y asintió. -Es en serio -dijo.

Así, Aminión se sentó frente al blanco piano y se dispuso a tocarla. El nerviosismo le inundaba el cuerpo, y las manos le temblaban; y por lo mismo, se equivocó en el primer intento. Pero Jarmaeron nada dijo, en vez, se sentó más placidamente, cruzó la pierna y cerró los ojos para escuchar mejor la melodía. Entonces Aminión volvió a intentarlo, y se dejó llevar por su sentimiento, tocándola de forma impecable. Jarmaeron parecía disfrutarla, pues tocarla no era lo mismo que escucharla.

Y cuando la joven terminó, Jarmaeron dijo: -No hay duda. Ahora es tuya.

-Tú la compusiste -dijo Aminión.

-Y por lo mismo, puedo regalarla a cualquier persona. Y decidí regalártela a ti.



66

Jarmaeron se fue por la mañana, y después de su partida, Dárlaran se dispuso a armar los preparativos de la boda: Lugar, invitados, fecha y otros detalles en los que no midió costos; y era de esperarse, pues era un soltero muy deseado y extremadamente poderoso. Aminión, en cambio, insistía en su vestido; mas Dárlaran le pidió que le dejara escogerlo. La joven se negó al principio, pero resultó aceptando. Así que Aminión no movió un solo dedo para su boda. Esta absoluta tranquilidad la incomodó, y por lo mismo, inició una nueva novela.

Los preparativos estuvieron listos en dos meses. Dárlaran había decidido hacer la boda en Vírandel, en el templo principal de la ciudad de Vírandal. Y de allí, la pareja se quedaría en Dárandal, a casi dos días a todo galope de Vírandal. El templo de Vírandal estaba rodeado de un enorme estanque de agua cristalina, reluciente como un espejo, y estaba construido con bases escalonadas de forma piramidal, tenía un techo plano y varias estatuas de piedra; era una edificación imponente. Así, la boda entre Aminión de Heid y Dárlaran de Háreneth se organizó para el 9 de agosto del 1286 de la Era de las Luces.

Cuando la pareja se dispuso a viajar a Vírandal, Aminión vio que Dárlaran llevaba consigo el baúl de madera rojiza que tanta curiosidad le causaba.

-¿Qué llevas allí? -preguntó-. No creo que deba haber secretos entre nosotros ahora que nos vamos a casar -añadió.

-No es nada -respondió el Duque secamente.

-¡Vamos, Dárlaran! ¿Qué es tan importante? -preguntó de nuevo la joven.

- Cuando lleguemos a Vírandal lo verás -aseguró el duque.

-¿Hasta llegar a Vírandal? -preguntó Aminión con tono tierno, roída por la curiosidad.

Y el duque sonrió y asintió. -Sólo hasta llegar a Vírandal.

La pareja cruzó en su carruaje por las amplias planicies de hierba fresca y las fértiles montañas boscosas de Pacán. Los soles sobresalían con desdén en el cielo despejado y azul, y la Dama de la Noche dominaba la oscuridad nocturna con su luz de plata, acompañada de sus dos luminosas hijas y un sinnúmero de estrellas pálidas. A lo lejos, la pareja escuchaba los sonidos nocturnos de los insectos y las bestias ocultas, y las mariposas azules se introducían a menudo en el carruaje, maravillando a Aminión con sus brillantes colores. Las luciérnagas rutilaban en la noche de Pacán, y los árboles lanzaban a menudo aromas deleitantes al aire fresco. Y así, maravillados tanto por el viaje como por la boda, la pareja llegó finalmente a Vírandal, una de las ciudades más hermosas y poderosas de Pacán.

Allí se hospedaron en un suntuoso hotel. La pareja descansó por dos días antes de la boda. Se deleitaron con el café y las deliciosas frutas que crecían allí, y alimentaron su vista con la tranquila Laguna de Áral, al norte de la ciudad. La laguna era de matices azules y verduzcos en las orillas, y por la noche reflejaba el brillo de las estrellas plateadas como una fría bóveda de espejos.

-Prometiste que me dejarías ver lo que tienes en el baúl -dijo Aminión mientras se recogía el cabello negro con una hebilla de oro. Entonces miró por el espejo del tocador a Dárlaran, y esperó una respuesta.



Dárlaran, que permanecía acostado sobre una cómoda cama de pliegues, la miró también por el reflejo en el espejo, y dijo: -Si en verdad te causa tanta curiosidad, ábrelo. No tiene candado. Está bajo la cama.

Entonces Aminión volteó su cabeza, y ansiosa y sonriente, se apresuró a sacar el baúl. Se sintió nerviosa, y cuando lo abrió no pudo disimular su sorpresa: El vestido rojo de encajes dorados que tanto había deseado reposaba doblado dentro del baúl. Estaba modificado tal y como la joven lo había deseado: Escote prolongado, cintura estrecha, mangas anchas, pliegues sinuosos. Era de seda roja, sus encajes de hilo de oro, y con algunos finos adornos de pedrería. Aminión lo tomó con extremo cuidado, sintiendo la suave seda en sus manos, y examinándolo con detalle y maravilla.

-¿Cómo lo supiste? -preguntó-. ¿Te lo dijo Kihra?

Pero Dárlaran meneó la cabeza. -No, amada mía, tú misma -respondió.

Entonces la joven miró a Dárlaran, sorprendida.

Y Dárlaran añadió: -La primera vez que fuimos a Mirllán vi que la vendedora guardó ese vestido rojo. Así que le pregunté qué habías opinado sobre él; y ella me explicó. Y, después de ese día, noté una y otra vez que mirabas ese vestido con anhelo, pero nada decías. Tú me mostraste que te gustaba sin saberlo. Así que he hay tu vestido de bodas.

-¿Me vestirás como una maja Nórdica para una boda Ariánica? -preguntó Aminión.

Y el duque asintió. -El vestido no importa en la cultura Ariánica, lo que importa es el sitio, los testigos y el festejo -aclaró mientras se levantaba y se acercaba a la joven.

-¿Lo guardaste todo este tiempo?-. Aminión examinó de nuevo el vestido.

Pero Dárlaran la ayudó a levantar y clavó un beso en sus labios. -Así es -respondió mientras la abrazaba-. Siempre estuve enamorado de ti, mi querida Aminión, y he ahí la prueba.

-Yo también lo estuve, Dárlaran, siempre lo estuve -confesó Aminión, que atónita, vio que en baúl también estaba la novela que ella le había dado por la apuesta de ajedrez. Además, había algunas cartas y papeles importantes, como escrituras de las propiedades e identificaciones. También había algunos bosquejos de dibujos y algunas gemas preciosas.

Como se había provisto, la boda se realizó el 9 de agosto. Aunque fueron más de mil invitados, ni el emperador ni Le-Hir pudieron ir. Arán tuvo que hacer un viaje de emergencia a Hil-Darath, y Árcival todavía sostenía la guerra en el Antiguo Continente, en las fronteras sureñas de Herda. En cambio, Térail canceló todos sus importantes compromisos para asistir a la tan esperada boda. También fue Ládeniel, para desdicha de Aminión. Mas lo que la joven de ojos azules no sabía era que Ládeniel ya había renunciado al amor de Dárlaran.

-Si en verdad te preocupa tanto Aminión, no intervendré en el asunto. Eres una excelente persona, Dárlaran; pero veo que no seremos más que amigos. Ve con ella, que yo esperaré mi príncipe -dijo Ládeniel después del altercado con el joven Ímail.

Dárlaran se sentía muy extraño, ansioso y nervioso. Ya había llegado al escalonado templo, y esperaba a Aminión en la cámara más alta, iluminada por lámparas de vidrio. Su corazón latía rápidamente y su cuerpo temblaba mientras esperaba la llegada de su amada. Varios pensamientos le habían pasado por la mente, pero estaba dispuesto a realizar cualquier cambio por amor a la joven.



Muchos pensaban que ese matrimonio no duraría, pues muchos conocían a Dárlaran como un brillante encantador, lo que le daba la oportunidad de tener cualquier Mujer. Y por lo mismo, el corazón del duque era un enigma. Además, vieron a Aminión como una joven hermosa, pero ingenua e inocente.

Y cuando unas trompetas anunciaron la llegada de la joven de Heid, Dárlaran respiró con profundidad y tomó el manto de seda y la corona de flores necesarias para el matrimonio. Entonces entró Aminión con su vestido rojo de encajes dorados. El vestido dejaba ver la sinuosa figura de la joven, que poseía prolongadas curvas. Tenía el cabello negro liso y suelto, y caía alrededor de su blanco rostro de ojos azules y labios rosados. Sus pestañas estaban encrespadas y la característica estrella negra le adornaba la frente.

La aparición de la joven hizo que Dárlaran sintiera sus fuerzas desvanecidas, y pensó: «No hay nada de qué arrepentirse, pues es hermosa e inteligente, y me ama y la amo con devoción».

Aminión caminó con paso lento y altivo hasta posarse frente al duque. Ambos se reverenciaron, como era la costumbre del matrimonio Ariánico, y se posaron frente al sacerdote. Este, con una corona de plumas verdes sobre la cabeza, los miró y los reverenció, y dijo: - Por el poder que me han dado los Espíritus, y tomando como testigo a los amos del cielo, Arián y Herén, los Señores del Día, uno a esta pareja, olvidando los títulos antiguos y los linajes débiles. Desde ahora, los Espíritus verán tanto a Dárlaran de Háreneth, como a Aminión de Heid, como dos de sus hijos, y los ampararán bajo su místico manto.

Entonces Dárlaran tomó el manto de seda dorada y se lo puso a la joven sobre sus hombros. -Yo te doy mi palabra, Aminión de Heid, de que te protegeré de todo mal, nunca te descuidaré y te amaré hasta que los Espíritus me lleven. Y doy gracias a los Espíritus por dejar a una de sus hijas bajar para quedarse conmigo, y hacerme compañía hasta que ellos te reclamen o me reclamen.

Aminión se sintió entonces muy nerviosa, y por un momento olvidó lo que tenía que decir. Pero, superando las ansias, dijo: -Yo te doy mi palabra, Dárlaran de Háreneth, de que te protegeré de todo mal, nunca te descuidaré y te amaré hasta que los Ángeles me lleven. Y doy gracias a los Ángeles por dejar a uno de sus hijos bajar para quedarse conmigo, y hacerme compañía hasta que ellos te reclamen o me reclamen.

Aunque no era usual este recital, los Ariánicos respetaban las creencias de los Ángeles, pues según sus creencias, los Ángeles eran simples servidores de los Espíritus. Entonces el sacerdote dijo: -Dárlaran de Háreneth, ahora tendrás una nueva compañera, y Aminión de Heid, ahora tendrás un nuevo compañero.

Ambos se pusieron entonces las coronas de flores sin dudar. E inmediatamente después miles de aplausos invadieron el recinto, y todos se apresuraron a felicitar a la pareja, al duque y a la duquesa de Háreneth, una de las parejas más poderosas y ricas de imperio y quizás del Nallhard.

El festejo, lleno de música y risas, duró casi toda la noche. Aminión ya había aprendido a bailar, y ahora disfrutaba la alegre música. Y después de la fiesta, Dárlaran llevó a Aminión a Dárandal, una hermosa y tranquila ciudad en Vírandel. Allí pasaron casi una semana disfrutando de todos los lujos posibles; pero más que todo de la mutua compañía.



Dárlaran estaba tranquilo en cuanto a trabajo, pues había dejado ingenieros y administradores competentes en sus fábricas. La verdad poco le importaba la guerra, pues su atención estaba puesta en la joven duquesa; ahora sólo le importaba su felicidad.

67

Ahora bien, Melot, rey de Félgor, decidió arriesgarse a oponer resistencia al imperio para evitar los altos impuestos, y le declaró la guerra. Y, tal y como el emperador lo había previsto, Melot mandó la mayor parte de sus tropas a sus fronteras septentrionales; pues la ciudad-estado de Trarras, al norte de Félgor, albergaba un enorme ejército imperial, y el rey estaba seguro que Arán levantaría el asedio a Yavín. Además, al norte de Félgor estaba Le-Hir, el as bajo la manga de Arán.

Entonces Arán hizo su jugada magistral: La flota que había mandado meses atrás navegó el río Mirllén corriente arriba, cruzando el reino Dacón de Mararh. Los Dacones vieron con asombro desde las altas torres blancas las velas blancas y doradas despuntar el horizonte; mas nada pudieron hacer, pues decidieron permanecer neutrales.

De esta forma, más de doscientos mil Hombres Ariánicos lograron pisar la tierra de Félgor, dominada por una raza que combinaba todas las razas: Nórdica, Nocturna y Ariánica. Esta raza fue llamada Írima, o «Los Nuevos». Los Írimos dominaban todo el oriente del Antiguo Continente, desde la Cordillera de Nínilver hasta el Mar de las Deidades; eso incluía al reino de Herda, aliados de los Ariánicos.

Sin embargo, el emperador veía con recelo esta raza, y afirmaba que eran débiles y de sangre sucia, sin un linaje perdurable y sin una historia. Y por lo mismo, ordenó que todo prisionero de guerra fuera esclavizado.

Al verse sorprendido por el ejército proveniente del mar, Melot se vio encerrado por completo: Sabía que, si levantaba las tropas del norte, el emperador ordenaría a Le-Hir iniciar una invasión, y si no levantaba el cerco septentrional, el ejército proveniente de Pacán asediaría y destrozaría las ciudades del reino.

Sin embargo, Melot contó con la ayuda de las dos ciudades Enanas construidas en las entrañas de la Cordillera Coronada, al sur de Félgor: Mirethel y Ethinel. Con este apoyo, Melot recibió las tropas imperiales con una fuerte resistencia. La primera batalla campal se desarrolló en las praderas fértiles del oriente de la ciudad de Várinel, la capital de Félgor. Allí, el Ejército Imperial, ayudado de tropas de esclavos y algunos mercenarios y traidores de Félgor, aplastó como un martillo a las tropas Enanas e Írimas de Melot. Más de treinta mil Enanos y setenta mil Hombres de Félgor cayeron, mientras los Ariánicos recibieron poco más de treinta y cinco mil bajas.

En la batalla, llamada la Batalla de las Praderas, las tropas Ariánicas lograron romper los flancos de la resistencia aliada, y atacar de esta forma el cuerpo del ejército de Félgor desde todos los lados. Además, los Ariánicos lograron frenar las tres potentes cargas de caballería que los Írimos lanzaron desesperadamente, con sus largas lanzas y sus formaciones cerradas. Fue claro para el mundo que las armaduras, las técnicas y las armas



Ariánicas eran mucho más avanzadas que las de cualquier ejército Humano, Nómico y Enano; y quizás mejores que las de los Dacones.

Después de esta aplastante derrota, Melot intentó convocar una última resistencia, al mismo tiempo que recibía la noticia del avance de Le-Hir desde el norte. El rey sólo logró reunir cincuenta mil Hombres, que siempre leales, se lanzaron contra el enorme ejército imperial en un claro a sólo unos kilómetros de la ciudad capital de Várinel. Entre los árboles, las cerradas formaciones Ariánicas eran poco efectivas, y por lo mismo, el asedio de Várinel se retrasó. Sin embargo, la caída de Félgor era sólo cuestión de tiempo.

Sólo una semana después, lográndose reponer de sus bajas, los Ariánicos lograron romper la fiera resistencia que se posaba entre los bosques y lindes de Félgor, y avanzaron por las praderas verdes y floridas sobre la mismísima Várinel, de muros de gruesa piedra y de torres fortificadas de altos y adornados parapetos. Al mismo tiempo, las tropas de Félgor posadas en el norte fueron derrotadas por los ejércitos al mando de Le-Hir.

Melot, al verse encerrado en su propia ciudad, intentó llegar a un acuerdo con el emperador; pero Arán no aceptó ningún término, y escribió como respuesta:

-El enemigo del Imperio de los Dos Soles no recibirá piedad. Además, la raza que domina el oriente del Antiguo Continente es impura, y por lo mismo débil. ¿Acaso un jaguar llora cuando mata y come a su presa? Pasa lo mismo con los Ariánicos; pues el Hombre tiene instintos animales. ¿Acaso nosotros no fuimos primero animales? Por lo mismo, y como la naturaleza lo ha deseado, el débil debe caer y ser dominado por las manos más fuertes. Al débil hay que ayudarlo... a perecer.

Así, a órdenes de Arán, el imperio tomó por asalto la ciudad de Várinel el 21 de octubre de 1286. En el asedio, el rey Melot fue capturado y llevado a Pacán. Y sólo tres días después, Árcival logra entrar a Járanel, la segunda ciudad más importante de Félgor.

Las bajas durante el asedio de las dos ciudades son desconocidas, pero se estiman que murieron doce mil Ariánicos en Járanel y veinte mil en Várinel; empero, la caída de Félgor dejó al descubierto el horror de la guerra: En sólo cinco meses se estiman las bajas de los Humanos de Félgor en casi un setecientos mil, entre soldados e inocentes. Sin contar las bajas por hambre, torturas o sed. Además, se esclavizaron casi millar y medio de Írimos.

El cerco que el emperador montó entre la Cordillera Coronada y la Cordillera de Nínilver evitó que las tropas de Arys iniciaran una ofensiva organizada y peligrosa para los Ariánicos. Aunque el rey Áladroth mandó varios regimientos de Nocturnos a sus fronteras orientales, no pudo romper la resistencia imperial en el Alto de los Cerros, ni derrotar de forma contundente los ejércitos Ariánicos que se posaban al norte de Félgor.

Ya posicionado en Félgor, y con el control del reino de Herda, el apoyo de los Desiertos de Jerlán, y con el dominio de las ciudades-estado de Trarras y Aigón (esta última recuperada por el imperio el 7 de febrero del 1287); el emperador puso su atención en las ciudades Enanas de la Cordillera Coronada, en la ciudad de Mont-Arath y en las pequeñas ciudades Írimas al oriente de la Muralla de Volcanes. Cruzar la Muralla de Volcanes era un desafío, pues los volcanes que formaban la cordillera parecían tener vida propia. Sin



embargo, las ciudades tras el cerco de volcanes eran débiles, pues hasta ahora estaban prosperando.

Así que, el 12 de marzo, un ejército imperial entró a la Cordillera de Volcanes por una pequeña garganta. Y, sin mucha resistencia, las tropas Ariánicas llegaron a las pequeñas ciudades de Metys y Verdelheid. Después, por órdenes del emperador, las tropas doradas siguieron el avance, y cruzando una pequeña muralla de acantilados, llegaron a la planicie donde se encontraban las otras dos ciudades más importantes de la Península de los Elementos: Caliza y Larem. Esta violenta y rápida incursión causó más de cuatrocientas cincuenta mil bajas Írimas, contra veinte mil bajas imperiales (más de la mitad causadas por los agrestes terrenos: Volcanes, vapores venenosos, temperaturas abruptas, interminables precipicios, aguas gélidas, entre otros). Esta invasión fue una masacre.

Con el dominio de la llamada Península de los Elementos, el Imperio de los Dos Soles ya inmolaba más de un millón de vidas en menos de un año, y esclavizaba casi cinco millones de personas. Y, sin embargo, la guerra todavía no tocaba directamente a Arys, ni a Mont-Arath, ni a Sadamarca.

Bien, Mont-Arath era una ciudad dominada por descendientes directos de la raza Nórdica de antaño. Y, curiosamente, estaba ubicada al sur de la Cordillera Coronada, en una de las partes más australes del mundo. Antaño, muchos Nórdicos habían decidido escapar de los Nomos provenientes de la Nínilver, y por lo mismo, cruzaron Herda y Félgor, y bajo el amparo de las ciudades de Várinel y Járanel, y ayudados por los Enanos, lograron prosperar.

Sadamarca, al norte del Nallhard, también era dominada por los Hombres de la raza Nórdica, de ojos azules como el cielo y cabellos dorados. Eran Hombres más corpulentos, y tenían una caballería muy poderosa, constituida por corceles *emarotes*.

Finalmente, en la lista de los enemigos del Imperio de los Dos Soles estaba Arys, la capital Humana del Reino de las Cavernas. Arys era la mayor amenaza para el imperio, y estaba dominada por Nocturnos. Sus tropas eran numerosas y sus avances tecnológicos eran semejantes a los de los Ariánicos. Arys se erguía entre el tenebroso Bosque de Anarioth, cruzado por Dárlaran y sus compañeros años atrás. Allí, en el Reino de las Cavernas, el duque había conocido a Aminión.

Empero, el dominio del emperador era inmenso y muy difícil de sostener. Por eso, Arán designó senescales Ariánicos para Herda, Jerlán, Félgor, Metys y Larem. Mientras él se dedicaba a gobernar todo Pacán. Pero Arán no descansaba, y se preparó para su primer golpe contra la Alianza entre Nórdicos, Enanos y Nocturnos: Estaba decidido a atacar la ciudad de Mont-Arath. Sin embargo, el emperador sabía que primero tenía que destruir las ciudades Enanas de Mirethel y Ethinel.

-¡Todo ha sido en verdad un éxito! -exclamó Arán orgulloso a sus consejeros e invitados; entre esos Dárlaran y Aminión. El festejo se debía a matrimonio entre él y Adel. Miles de personas, tanto nobles como plebeyos, asistieron a la ceremonia. Incluso hubo gran grupo



de Dacones que asistieron. También estaba en la fiesta Melot, antiguo rey de Félgor. Melot había sido sacado de la prisión únicamente para ver el casamiento imperial, y permanecía encadenado de pies a cabeza tendido en un rincón del salón, cerca del emperador y con varios guardias Ariánicos, como un adorno burlesco digno de un bufón.

-¿Y piensa que así será siempre? -preguntó uno de los Dacones.

Arán lo miró entonces pensativo. -¿De qué habla? -preguntó con la mirada fija en los ojos azules del Dacón.

-Hay fuerzas en el Bosque de Anarioth que ni siquiera usted puede dominar; ni por la fuerza -aseguró el Dacón.

-¿Qué clase de fuerzas? -preguntó Dárlaran, temeroso de una respuesta que él ya sabía.

El Dacón permaneció en silencio unos momentos, mirando fijamente al emperador, y dijo: -Lo mejor será que detenga esta guerra.

Pero Arán meneó la cabeza. -Aplastaré cualquier ejército, sin importar su raza -aseguró altivo.

-Nosotros sólo lo prevenimos -dijo el Dacón.

-¿Y es que acaso ustedes pretenden unirse a la Alianza? -preguntó Arán.

El Dacón entonces palideció, y se apresuró a responder: -Nosotros somos neutrales en esta guerra. Nada tenemos que hacer en ella, y por lo mismo no pertenecemos a ningún bando.

-Eso espero -dijo el emperador con un tono serio.

-¿Y en verdad piensa asediar las ciudades de la Cordillera Coronda, emperador? -preguntó un noble Ariánico mientras realizaba una venia.

Y el emperador asintió. -Viajaré al Antiguo Continente esta semana.

-¡¿A ver la miseria que ha causado?! -gritó el rey Melot con una pronunciación algo torpe, pues la lengua Ariánica no era el idioma oficial de Félgor. Entonces todos los nobles voltearon para mirarle el cansado y demacrado rostro. Ya no era el rey de antaño; ahora parecía un simple prisionero, canoso y desecho.

-¿De qué habla, «majestad»? -dijo Arán con sarcasmo.

Y todos rieron de forma cínica, menos Dárlaran, que en verdad se sentía afligido al ver al antiguo rey; a los pies de nobles Ariánicos, encadenado como un animal, con el rostro golpeado y los miembros entumecidos y muy flacos.

-Mientras ustedes, inmundas alimañas «roba almas», se enriquecen, los reinos del Antiguo Continente mueren de hambre. Mientras ustedes, «abominaciones», viven en palacios y mansiones, y erigen castillos por lujo, los habitantes de Félgor y de la Península de los Elementos, e incluso sus aliados de Herda, viven en frágiles asentamientos; familias enteras viven en pequeños y hediondos cuartos.

-¿Lo que dice es verdad? -preguntó Dárlaran en tono serio.

Pero Arán sonreía con un macabro sentimiento de triunfo y satisfacción.

-¿Es eso verdad? -volvió a preguntar Dárlaran.

-No he ido a Félgor desde hace mucho tiempo, así que no sé. Y la verdad poco me importa.

-¡Claro! ¿Por qué habría de importarle?, si mientras ustedes dan de comer finas carnes a sus monstruosos jaguares, mi pueblo ruega por unas gotas de agua y unas migas de pan. Mientras sus damas se adornan con gemas preciosas, se visten con sedas finas y se perfuman, mis Mujeres trabajan como esclavas en sembrados que tienen que arar para que ustedes y sus tropas Ariánicas se alimenten. ¡Fueron a ayudarnos y nos volvieron sus tributarios! Mientras a nosotros nos toca rogar por una simple lechuga, ustedes van a una simple tienda y compran lo que se les antoja. Los impuestos a los reinos de más allá del mar son impagables. Nos cobran por habernos «ayudado» y en vez nos han esclavizado.



-Todo esto no hubiera pasado si ustedes hubieran decidido ser nuestros aliados -dijo Arán.
-¿Y darles nuestras tierras para que nos esclavicen sin siquiera luchar? -preguntó Melot, que de inmediato recibió un golpe por parte de uno de los guardias por levantar la voz. Entonces, después de reponerse del golpe, dijo: -Sus aliados de Herda están igual, y maldicen el día en que se unieron a los Ariánicos.

Entonces el emperador lo miró con una sonrisa pensativa y maléfica, y ordenó a los guardias encerrarlo de nuevo en las catacumbas. -Háganle entender que contradecir al emperador es doloroso -dijo.

Así que los guardias sacaron a Melot del salón.

Sin embargo, Dárlaran quedó pensativo. -¿Cuándo irá al Antiguo Continente? -preguntó al emperador.

-En dos o tres días -respondió Arán.

-Yo iré con usted -dijo el duque.

Arán lo miró pensativo, intentando escrutar la mirada del duque. Sonrió y dijo: -No me diga que quedó conmovido por las palabras de Melot. ¿Me vigilará? -preguntó con sardonía.

-Quiero ver cómo asedia las ciudades de la Cordillera Coronada y mirar si mi armamento sirve -respondió Dárlaran astutamente.

-Su armamento funciona bien -dijo Arán.

-Pero quiero mejorarlo -insistió Dárlaran-. Tengo algunos proyectos grandes en mente, y necesito ver un asedio real a una ciudad del Antiguo Continente.

Arán volvió a mirar al duque de forma pensativa, y dijo: -Está bien, si es eso lo que desea. ¿Pero irá con la duquesa?

-Iré con Aminión -respondió Dárlaran.

-Entonces espero que ella tenga buen estómago, porque el paraje allí no es muy agradable.

-¿De qué habla?

-Hablo de que esto es una guerra, Dárlaran, no un juego de ajedrez -dijo Arán-. Nosotros no somos una compañía de caridad, somos un imperio. Y es muy seguro que lo que verán allí no será del agrado de ninguno.

-Aminión sufrió el asedio de los Nomos a Yavín. ¿Qué puede incomodarle más? -preguntó Dárlaran.

-No es lo mismo ver el cadáver de un Nomo al ver el cadáver de un niño, o de una Mujer

-respondió Arán-. Dárlaran, nuestros enemigos son Hombres.

-No importa -dijo Dárlaran-, iré de todas formas.

69

El viaje del emperador al Antiguo Continente se hizo una semana después de lo acordado. Dárlaran y Aminión también fueron, protegidos con una gran guardia. Así, casi ciento cincuenta Ariánicos sobre cóndores partieron de Mirllán, en majestuoso despliegue, y sobrevolaron el cristalino Mar de las Deidades hacia las devastadas tierras de Félgor. Bajo ellos, el mar se abría como un manto azulado y verdoso que dejaba ver de vez en cuando gigantescas ballenas o delfines saltarines. Se decía que bajo el Mar de las Deidades vivían todavía criaturas de otrora, como Serpientes Marinas, Sirenas y Tritones, mas sólo los bancos de peces y los coloridos arrecifes de coral eran visibles. En verdad poco sabían los Hombres y los Dacones de los mares y de sus habitantes, y sólo se basaban en fantásticas historias.



Después de cruzar el mar, los viajeros divisaron abajo, a lo lejos, como una maqueta diminuta, entre nubes blancas y pasajeras, y vientos fríos y raudos, las largas hectáreas de bosques y planicies que se esparcían sobre el Antiguo Continente.

Entonces los viajeros vieron las brillantes y fértiles tierras de los Dacones, vecinas de Félgor y llamadas Mararh. En el reino Dacón, los árboles eran frondosos y estaban cargados de frutas. Los pequeños afluentes del río Mirllén siseaban como venas azules que alimentaban las praderas floridas, y las colinas herbosas se levantaban a menudo en intrincadas formas. Al fondo, el río se abría paso entre la hierba, bordeado de una arena blanca, y se perdía a menudo entre frondas y arboladas.

-¡Que tierras tan hermosas! -exclamó Aminión mientras abría los ojos de maravilla y se sostenía fuertemente a la silla del cóndor. Había sufrido vértigo apenas comenzado el viaje, pero ya se había adaptado a la altura y al viento gélido.

-Estas tierras no han sido tocadas por el Hombre -exclamó Dárlaran, que miraba con detalle las puras tierras bajo ellos. El viento le rozaba la cara y le enfriaba las orejas y la nariz, lo que en verdad le incomodaba.

-Los Dacones son prudentes, y a veces cobardes -añadió el emperador, que miraba altivo hacia abajo, hacia Mararh-. Y por lo mismo, dudo que la mano de la guerra los acaricie.

-¿Qué noticias hay de Mont-Arath? -preguntó el duque a gritos mientras miraba a Arán entre los aleteos de las imponentes aves negras.

-Según las noticias, los caminos de Mont-Arath a las ciudades Enanas están bloqueados. Ethinel, una de las ciudades Enanas, aceptó rendirse, a diferencia de Mirethel -respondió uno de los guardias imperiales.

-Así que Ethinel se salvó de la destrucción -dijo Dárlaran con un poco de alivio.

Y el emperador asintió. -Ojalá todos los Enanos fueran tan inteligentes. Simplemente fue cortarles las rutas mercantes para que se dieran cuenta que estaban del bando equivocado.

-¿Y Mirethel? -preguntó la duquesa, que entrecerraba los ojos a causa de los golpes de su cabello a su rostro. El viento era en verdad fuerte, y agitaba el cabello de la joven.

-Está bajo asedio, al igual que Mont-Arath. Quizás esté destruida para cuando lleguemos -dijo el emperador a gritos, intentando hacerse entender entre el viento circundante.

Después de sobrevolar por casi día y medio, los viajeros vieron con horror la magnitud de la situación actual. Bajo ellos se encontraba el reino de Félgor, de siembras inmensas, e industrias de torres humeantes. El cielo sobre Félgor estaba impregnado de humos hediondos que se tornaba ceniciento a causa de las forjas. La hierba no crecía tan fértil como en Mararh, y los árboles eran de ramajes oscuros o, a menudo, deshojados. Era notorio que el reino de Félgor había sido lamido por la venenosa crueldad.

Mas donde parecía cernirse la destrucción y la pesadilla de la guerra era a lo lejos, al norte. Tras gruesos muros de colinas y árboles, y más allá de interminables planicies, los viajeros alcanzaban a divisar unas tierras áridas, frías y polvorientas. Parecían haber sembrado sal en esas tierras, y los árboles parecían embrujados por maleficios, pues crecían retorcidos, deshojados y malformados, y, sin embargo, los extraños encantamientos de la tierra no los dejaban perecer, aunque los dejaban pudrir.

-¿Qué ha sucedido allí? -preguntó Aminión, incrédula y aterrada. Antaño, ella había vivido con Oroth e Imperoth en esas tierras y, aunque estaban plagadas de Nomos, jamás habían estado tan demacradas. Ahora se asemejaban a un desierto helado y macabro.



-Dicen algunos lugareños que un Demonio vástago del Sin Nombre reclamó esas tierras después de levantado el asedio en Yavín -dijo uno de los guardias.
-¿Qué clase de Demonio? -preguntó Dárlaran, que bien sabía de mitología.
-Uno que ampara a los Nomos -respondió el guardia-. Al parecer, ese Demonio siembra malidiciones en la tierra para que nada crezca, y, sin embargo, esas tierras son habitadas por las bestias amargas y monstruosas que los Nomos cazan y comen.
-Pero los Nomos comen cualquier cosa que no provenga de los Dacones -aseguró Dárlaran-. Incluso se comen entre ellos mismos -añadió asqueado.
-Nuestras tropas han tenido que dejar esas tierras poco a poco. Es imposible hacer llegar la comida fresca a las tropas sobre esos llanos, y ese inmundo polvo cansa y asfixia a los Hombres. Hemos tenido que ceder terreno a los Nomos por culpa de esos extraños sortilegios -explicó otro de los guardias que miraba con detalle las lúgubres llanuras.
-Sin embargo -aclaró el emperador-, los Nomos no son lo suficientemente poderosos para alzarse en armas contra el imperio. Y si lo hacen serán aplastados de nuevo.

Entonces Aminiön divisó una ciudad entre unas pequeñas montañas a las faldas septentrionales de la soberbia Cordillera Coronada. La cordillera, bañada por una densa niebla blancuzca, era llamada así porque sus majestuosas montañas poseían blancas coronas de nieve sobre sus rocas grises.

-¿Qué ciudad es esa? -preguntó la duquesa esforzando la mirada.

-Es Várinel, la capital de Félgor -respondió Arán.

-¿Allí descenderemos, emperador? -preguntó uno de los guardias.

Entonces Arán lo miró y dijo: -Allí me esperan guerrilleros Írimos, y ansían poner mi cabeza en una lanza. No correré ese riesgo.

-Pero las aves necesitan descansar -aseguró el duque.

-Por eso descenderemos a las afueras de la ciudad -dijo el emperador, que ordenándole a uno de sus Hombres bajar a Várinel por un guía, llevó a su corte hacia un linde no muy lejano de la ciudad, cerca de una granja. Allí esperaron hasta que el soldado llegó con un guía, que, a órdenes de Arán, llevó a los viajeros a las afueras de Mont-Arath.

El camino de la Cordillera Coronada se tornó peligroso al cruzar los álgidos mantos de niebla, pero el guía, que era diestro y sabía bien el camino, logró llevar con éxito al emperador y al resto hasta las mismísimas faldas australes de la cordillera, a las afueras de Mont-Arath. Allí, Dárlaran y Aminiön vieron con asombro el inmenso ejército que acampaba a los pies de la soberbia ciudad amurallada, flanqueada y protegida por escarpados riscos y altas torres. A las faldas de los muros medio destruidos, y sobre la hierba húmeda, miles de cadáveres yacían casi congelados, tanto Ariánicos como Nórdicos e Írimos. Las carnes de los muertos eran blancuzcas y azuladas, y el frío evitaba las infecciones y la putrefacción, lo que les daba un aspecto de dormidos. Sin embargo, las profundas heridas deformaban los cuerpos.

-¡Por los Ángeles! -exclamó Aminiön, aterrada al ver el gran número de cadáveres apilados a las afueras de Mont-Arath-. ¿Cuántos muertos hay allí?

-Muchos -respondió el emperador con una frialdad atemorizante-. Es normal, pues el asedio ha durado casi dos meses.

Al descender, los Hombres recibieron a su querido emperador con vítores y ovaciones, y las desmoralizadas tropas parecieron revivir al ver su causa encarnada: Muchos no habían visto nunca a su emperador, y ahora él venía a apoyarlos, y ellos no podían mostrar



debilidad, aunque tuvieran hambre y sueño. En contraste, sobre los riscos escarpados, la ciudad de Mont-Arath pareció flaquear, y en sus calles se posó el terror, pues sabían que con la llegada del emperador los Ariánicos atacarían con todo lo que tenían.

El efecto psicológico de la llegada de Arán fue decisivo y aterrador. Las tropas imperiales se levantaron de inmediato y organizaron un ataque potente contra los muros de la ciudad. Las torres de asalto allí no funcionaban, pues las rampas por donde subían los carromatos a la ciudad habían sido destrozadas por los mismos habitantes de Mont-Arath; pero los arietes con techo de acero habían sido efectivos.

-¿Qué propone, Dárlaran? -preguntó el emperador mientras miraba con detalle los escarpados abismos y murallones montañosos que bordeaban la ciudad.

Dárlaran enfocó su mirada en un pequeño sendero que siseaba cuesta arriba hasta una de las pequeñas entradas de la ciudad, y dijo: -Podemos utilizar los cuatro arietes. Dos contra el portón principal y otro contra esa pequeña entrada.

-¿Y por qué la pequeña entrada? -preguntó Arán mientras miraba con detalle el sendero ascendente.

-Ellos no podrán resistir un asalto simultáneo por dos flancos, mientras que, si concentramos el ataque en un solo lugar, ellos utilizarán todas sus tropas para frenar nuestro avance en ese sitio. Nosotros partiremos fuerzas, pero ellos también, y como tenemos superioridad numérica, tenemos la ventaja al dividirnos. A ellos no les conviene dividir fuerzas; pero tendrán que hacerlo.

-Brillante idea, duque de Háreneth -dijo el archiduque Talon, familiar cercano de Arán y descendiente directo del linaje de los Sáreneth. El archiduque era el encargado de dirigir el ataque a Mont-Arath.

-No siendo más, iré a ver a mi amada. Ha estado muy callada y eso me preocupa -dijo Dárlaran pensativo.

-Las Mujeres son débiles por naturaleza, y frágiles a las situaciones ajenas. Es normal que se sienta incómoda, pues al igual que las otras Mujeres que están aquí, tiene empatía por el enemigo -dijo Arán.

-¿Y hay aquí muchas Mujeres? -preguntó Dárlaran.

Y el archiduque asintió. -Muchas deciden acompañar a sus esposos, otras son contratadas para cocinar, pues la sazón de las Mujeres Ariánicas es inigualable; no como la sazón de las esclavas. También hay un pequeño regimiento de Mujeres que son diestras con armas, pero ellas sólo son utilizadas para espionaje. En cuanto a la limpieza de la ropa, eso sí corresponde a las esclavas -dijo Talon.

-Gracias por la aclaración -respondió Dárlaran que, asintiendo, se retiró hacia su tienda. Al llegar allí, vio a Aminión cabizbaja y pensativa. Había estado así desde que habían llegado a Mont-Arath. -¿Qué sucede? -preguntó Dárlaran, preocupado.

Entonces la joven subió la cabeza y preguntó: -¿Has visto el rostro de los defensores?

Dárlaran quedó entonces estupefacto al escuchar tal pregunta. En verdad no se había siquiera fijado en los enemigos. -No, no lo hice -respondió.

Aminión se levantó entonces, lo tomó de la mano y lo llevó consigo fuera de la carpa hacia una pequeña colina frente a la ciudad. Allí miró tras los muros de piedra y, divisando pequeñas cabezas tras el alto parapeto, dijo: -¿Alcanzas a ver sus rostros, Dárlaran?

El duque, ayudado por un telescopio pequeño, asintió. -Los veo -dijo-. Ojos azules o cafés, cabellos castaños o dorados, pieles muy blancas, quijadas cuadradas...

-Dárlaran -interrumpió la joven.

-¿Qué quieres que vea? -preguntó Dárlaran.



-Están asustados, Dárlaran -dijo Aminión finalmente.

Entonces Dárlaran miró de nuevo a los Hombres tras el muro, y vio en sus ojos el temor y la angustia. Sus rostros de piel pálida mostraban un miedo profundo, y muchos parecían temblar.

-Ellos tienen que defender a sus familias, sus hogares, y no pueden escapar -añadió la duquesa mientras miraba con profunda angustia la ciudad semidestruida entre la bruma blanca y fría.

-Son el enemigo, Aminión -dijo Dárlaran intentando dar una explicación.

-¡Son Humanos! -exclamó Aminión-. Iguales que nosotros. ¿Qué sucedería si estuviéramos encerrados en el bastión, rodeados del enemigo? ¿Acaso te daría igual perderme? -preguntó la duquesa.

-Sabes que no -respondió Dárlaran.

-Ellos tampoco desean perder a sus familias, y harán todo lo posible para evitarlo.

-¿Y qué tiene esto que ver conmigo?

-Tú acabas de matar y esclavizar a todos los que están en esa ciudad -dijo finalmente Aminión mientras señalaba Mont-Arath-. Acabas de dar una brillante idea para sumir a todas esas personas a una vida de horror. Esta guerra es un crimen, y tarde o temprano pagaremos por todo esto. ¿Qué pensaría la Dama Míroth al escucharte?

Dárlaran nada pudo decir ante esta acusación. En vez, permaneció en silencio, lleno de pensamientos contradictorios, fijo en la ciudad y en el ejército de armaduras doradas que subía lentamente por las sendas que él mismo había señalado. Entonces le pareció escuchar varios gritos de miedo y terror provenientes de la ciudad, y este horrible coro lo hizo dar media vuelta e irse a su tienda.

Incapaz de concentrarse en sus asuntos, el duque permaneció sentado y en silencio mientras escuchaba el retumbar de los portones y los incontables gritos de pánico y dolor. Aminión, conciente de sus palabras, ya se había sentado al lado de Dárlaran y lo había abrazado por la espalda. -Lo siento si te hice sentir mal; pero no pude aguantar tanta congoja -dijo la joven intentándolo animar.

-No, tienes razón -dijo Dárlaran mientras se sobaba la cabeza. Tenía una horrible jaqueca que se intensificaba al escuchar el sonido de sus armas pesadas. «Se contruyeron en mis fábricas, y ahora sólo traen ruina» pensaba mientras movía las piernas con celeridad, ansioso.

-¿Estás bien? -preguntó Aminión.

-Sólo necesito dormir -dijo Dárlaran sofocado. Y acompañado por su amada, se acostó en una cama improvisada dentro de la tienda.

Sin embargo, el sueño nunca lo tomó preso. El sonido del asedio se hizo cada vez más intenso. Las rocas volaban con más frecuencia, y los gritos de las tropas imperiales acallaban el pánico y el terror de los habitantes de Mont-Arath. Dárlaran jamás se había arrepentido tanto como en ese momento.

70

La ciudad de Mont-Arath cayó bajo el poder del Imperio de los Dos Soles el 5 de septiembre del 1287. Antes de la llegada del emperador Arán al Antiguo Continente, las bajas imperiales se contaban en unas doce mil, mientras los Nórdicos y los Írimos contaban menos de la mitad de esa cifra. Empero, cuando Arán llegó a Mont-Arath, las



bajas Ariánicas alcanzaron un total de veintidós mil, mientras las bajas Nórdicas se contaron en unas cincuenta y cinco mil, y los Írimos perdieron diecisiete mil soldados. Pero las bajas civiles alcanzaron unas ciento veinte mil, entre ancianos, niños y Mujeres. Los esclavos caídos fueron unos tres mil.

Dárlaran y Aminión fueron incapaces de ver tan espantosa masacre, así que ordenaron a sus guardias levantar una tienda a tres kilómetros de la ciudad. Allí permanecieron mientras Mont-Arath era destrozada. El frío ya empezaba a afectar a los Ariánicos, que, acostumbrados al trópico, se cubrían con varios mantos de pieles gruesas para mitigar la inclemencia del clima.

Después de la victoria en Mont-Arath, el imperio decidió tomar por asalto todas las pequeñas poblaciones del norte, sobre el camino a Mirethel, la única ciudad Enana que todavía se resistía a la invasión Ariánica.

-Después de Mirethel, ¿qué pasará? -preguntó Dárlaran mientras miraba las soberbias montañas de la Cordillera Coronada que se erguían a su derecha. La nieve sobre las cimas era muy brillante, y las rocas se levantaban grisáceas y muy escarpadas, formando hondos abismos y profundas cuevas.

-Después atacaremos el corazón -respondió Arán.

-¿Yavín? -preguntó Aminión mientras quitaba algunos cabellos de sus labios y se los ponía tras la oreja. El viento todavía soplaba con fuerza y agitaba la sedosa cabellera de la joven con frecuencia.

Pero el emperador meneó la cabeza. -No, mi querida duquesa, dejaré a Yavín -entonces miró hacia el occidente, hacia la soberbia Cordillera Coronada, y añadió: -Cruzaremos las enormes montañas hasta llegar a Arys.

Dárlaran enmudeció entonces y su corazón se aceleró. -¿En verdad piensa atacar Arys? -preguntó.

Y el emperador asintió. -Cruzaremos la Cordillera de Nínilver y la Cordillera Coronada, y descenderemos hacia las laderas australes de la Cordillera de Télegrim. Cruzaremos el Bosque de Anarioth y acabaremos el último baluarte Nocturno. Llevaremos la guerra a las puertas de Áladroth.

-Pero dicen que el Bosque de Anarioth está maldito -dijo Dárlaran.

-Entonces descubriré esa maldición, me mofaré de ella y la destrozaré -aseguró el emperador con extrema confianza.

En ese momento llegó un explorador a todo galope. -Señor, hemos encontrado en una caverna algo que le puede interesar -dijo agitadamente.

Así que Arán, Dárlaran y Aminión siguieron al explorador por una senda que se abría del camino principal. Al principio la senda se tornaba difícil a causa de la maleza, pero después la senda siseaba por un espacio abierto hasta llegar a la boca de una caverna oscura que emanaba un hedor a azufre y a putrefacción.

Al entrar, el emperador y la pareja se dieron cuenta que la caverna no era muy profunda. Y al caminar sólo unos metros, vieron asombrados el increíble descubrimiento que allí habían hecho los Ariánicos: Entre algunas altas estalactitas y estalagmitas, semejantes a dientes de cal, reposaba un gigantesco esqueleto con el cráneo medio destrozado y



algunos huesos rotos. El esqueleto de la bestia mostraba una cornamenta afilada sobre sus cuencas oculares. Tenía húmeros, radios, cúbitos, y falanges que semejaban una estructura de alas cartilaginosas, grandes zarpas y cola larga. No había duda de lo que era, y ese trascendental descubrimiento daba veracidad a muchas de las leyendas contadas por los Hombres.

-No puedo creer lo que estoy viendo -dijo Dárlaran mientras se apeaba del caballo y se acercaba lentamente al esqueleto de huesos amarillentos.

-Así que los dragones en verdad existieron -dijo el emperador asombrado.

Entonces se escuchó un grito. -¡Emperador, aquí hay más huesos! -dijo otro explorador. Así que todos se apresuraron a una cámara contigua, y allí vieron más huesos regados sobre el suelo. Los huesos eran muy gruesos, casi del doble del grosor que el de un Hombre promedio. Pero lo que más llamó la atención fueron dos cráneos casi intactos. Los cráneos no pertenecían a una raza conocida, pero daba todavía más validez a las historias de otrora.

-¿Qué eran? -preguntó Aminión con repulsión.

Dárlaran se acercó y tomó uno de los cráneos, lo examinó y dijo: -Tienen la dentadura y la forma craneal de un perro o de un lobo.

-Pero estos lobos eran gigantescos, de casi metro y medio de alto -dijo uno de los guardias.

-No caminaban en cuatro patas -aseguró el emperador con una pequeña ojeada desde el lomo de su caballo.

-¿De qué habla, emperador? -preguntó el duque.

-Mire las articulaciones de la rótula, del fémur, de la tibia y del peroné; son semejantes a las nuestras. Ellos caminaban como nosotros.

Dárlaran miró entonces con detalle los huesos que Arán había dicho, y asintió. -Eso quiere decir que medían como dos metros de alto -aseguró.

-Según las historias Nocturnas, los mayores enemigos de los Ángeles eran los Licántropos o Canes Monstruosos -dijo Aminión.

-Esto significa que los Ángeles también existieron -exclamó uno de los guardias.

Pero la pareja de Háreneth calló.

-Así que los Licántropos también existieron -dijo Arán como a sí mismo-. Traigan científicos de todas las clases a esta caverna. Estudien todo con detalle y manden la nueva información a las universidades Ariánicas y las que pertenezcan al imperio -ordenó.

Bien, después de salir de la caverna, el emperador y su ejército se dirigieron a un nuevo punto de reunión, al oriente de la ciudad de Mirethel. Allí, Arán reuniría el ejército de Talon con un ejército al mando de Árcival, y ambos atacarían la ciudad Enana. Sin embargo, Le-Hir no participaría, pues él se encontraba con dos ejércitos más en las fronteras de Herda, conteniendo los vastos ejércitos Nocturnos y Nórdicos que intentaban atravesar la Cordillera de Nínilver.

-Dárlaran, estoy cansada -admitió Aminión mientras se acomodaba sobre la silla del caballo. Habían avanzado varios kilómetros sin descanso, y en verdad el viaje se había tornado tedioso a causa del frío.

-Si quieres acomódate en el carruaje -dijo Dárlaran mientras miraba un pequeño carruaje tirado por cuatro caballos. El carruaje estaba destinado para Talon, pero él encabezaba la marcha al lado de Arán. Dárlaran le dijo a Talon sobre el cansancio de la duquesa, y el archiduque aceptó de inmediato prestar el carro. Así que Aminión se apeó del caballo y



entró al carruaje. Allí se acostó placidamente. Dárlaran, en cambio, se puso al lado izquierdo del emperador.

-Debo admitir que su idea fue brillante -dijo Arán al duque, lo que hizo sentir a Dárlaran más culpable.

-¿Está satisfecho, emperador? -preguntó el duque.

Y Arán asintió. -Muy satisfecho -dijo.

Dárlaran levantó entonces la mirada, y vio que de una pequeña casa salía una Mujer con dos niños cogidos de la mano. Ambos niños no superaban los ocho años. La Mujer, con el rostro cansado de sufrimiento, tenía los ojos castaños, el cabello rubio y vestía harapos malolientes. Los niños también tenían el cabello dorado, pero sus ojos eran azules como el zafiro. «Sería una Mujer bella si estuviera bañada y bien vestida» pensó el duque.

Entonces la Mujer se acercó a la marcha; pero fue detenida de inmediato por dos soldados.

-¡Emperador, emperador! -gritó torpemente. Era obvio que ella no hablaba la lengua Ariánica; pero se había aprendido la palabra «Emperador» de memoria.

Arán, al escuchar sus gritos desesperados, levantó el brazo y la dejó pasar.

Entonces la Mujer se abrió paso entre los guardias y calló de rodillas a las patas del corcel que aguantaba a Arán. -¡Emperador...grande...ser usted! -dijo la Mujer torpemente, recordando las palabras que había memorizado.

-¿Qué quiere? -preguntó Talon a la rubia.

Y la joven, al escuchar las palabras del archiduque, miró con duda a los presentes.

-No nos entiende -aseguró Dárlaran mientras miraba con detalle a la Mujer, de rodillas sobre la hierba fría.

-Es una Írima -aseguró Arán.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó el duque.

-Mire sus ojos -dijo Arán-. Si fueran azules juraría que esta Mujer es una Nórdica, pero sus ojos son oscuros-. Entonces miró a los niños, y añadió: -El padre de esos niños sí es un Nórdico.

La Mujer miraba a los tres nobles con curiosidad y duda, intentando descifrar lo que decían. Entonces Talon, que hablaba bien varias lenguas, preguntó a la Mujer qué deseaba. Y ella, sonriendo como agradecida al escuchar su lengua, empezó a hablar aceleradamente. Mientras hablaba, la Mujer señalaba con frecuencia a los dos niños, y miraba al emperador con esperanza.

-Desea que cuidemos a sus hijos -aseguró Talon, que con una señal de su mano pidió a la Mujer que callara.

Entonces la Mujer se apresuró a hablarle al emperador: -Mis niños... buenos. Su... padre morir en... guerra. Usted... emperador... misericordioso y... grande. Yo... pobre -y con lágrimas en los ojos, la Mujer añadió: -Ellos no merecer... Yo no tengo nada para... darles-. Sus palabras resquebrajadas eran muy profundas y tristes.

-No tenemos tiempo para esto, emperador -dijo Talon, que pensaba con frecuencia en el ejército ya posicionado en el punto de reunión.

Entonces Arán sonrió y dijo: -Dígale que yo cuidaré de sus hijos.

Antes de que Talon dijera algo, la Mujer sonrió con profunda alegría al ver la sonrisa del emperador. Y cuando Talon tradujo las palabras de Arán, la Mujer no aguantó la alegría y se apresuró a besar las botas del emperador.

-¡Gracias, emperador! -exclamó mientras se aferraba a la pierna de Arán.

Pero Arán dijo a Talon: -Saque su espada.



-¿Qué piensa hacer? -preguntó Dárlaran mientras sentía un frío temor en su estómago. Las palabras de la desesperada Mujer y los rostros inocentes de los niños en verdad lo habían conmovido.

-Maten a los niños y después mátenla a ella -dijo el emperador con serenidad.

Aunque la Mujer nada entendía, al ver el rostro de pasmo de Dárlaran y la brillante espada del archiduque, pareció saber qué sucedía.

Dárlaran la miró entonces, y nunca olvidó el rostro de pavor de la Mujer al ver que algunos soldados tomaban a la fuerza a los niños y los obligaban con violentos golpes a arrodillarse sobre la hierba.

-¿Qué hacen?! -exclamó el duque mientras veía cómo los niños eran golpeados por los soldados.

La Mujer entonces se levantó y se apresuró a separar a los soldados de sus hijos. Sin embargo, la Mujer no tenía la fuerza suficiente para mover siquiera a un solo soldado. En vez, uno de los guardias le dio un violento puño en el rostro.

Dárlaran miró al emperador y exclamó: -¡Detenga esto, por favor!

Pero Arán no hizo caso. -Nadie le dice al emperador qué debe hacer -y mirando a Talon, añadió: -Vámonos, que no hay tiempo.

-Se los compro -dijo Dárlaran desesperado, mientras horrorizado miraba cómo los niños lloraban y temblaban de frío sobre la hierba, y la Mujer, de rodillas de nuevo, exclamaba esperanzada: -¡Emperador... grande!

Arán miró a Dárlaran entonces, y sintió brotar la semilla de la codicia. -Escucho -dijo.

-Le doy cincuenta monedas de oro, casi cuatro Escudos por cada niño, y treinta monedas por la Mujer -dijo Dárlaran.

-Es una gran suma -aseguró el emperador-. Pero no necesito oro; tengo de sobra -añadió.

-Entonces se los apuesto -insistió Dárlaran. El duque conocía bien a Arán, y sabía que era un apostador y un jugador. Jamás rechazaba una apuesta.

Arán miró entonces a los niños. -¿Para qué los quiere? Son mejores los esclavos de los reinos del norte, y son gratis -dijo.

-Tengo un proyecto grande y necesito personal -dijo el duque-. Los Írimos están aquí y puedo ponerlos a trabajar de inmediato; mientras que si encargo esclavos de Pacán tardarán mucho en llegar.

La respuesta de Dárlaran sonó muy razonable, y por lo mismo, el emperador ordenó a uno de los guardias traer un naípe. -Jugaremos Reino Negro -aseguró el emperador. El Reino Negro consistía en obtener el rey, la reina y el príncipe de picas o de tréboles. Era un juego rápido, pues sólo se barajaban las figuras, no los números. Sin embargo, había varias formas de ganar: Una escalera o una terna. A cada jugador se le repartían cinco cartas.

-¿Qué apostaremos? -preguntó Arán.

-El precio que y dije si pierdo -dijo Dárlaran.

-Y, sin embargo, haré lo que yo quiera con ellos, además del oro que usted me promete.

-¿Y si yo gano? -preguntó el duque.

-Se quedará con ellos -respondió Arán.

-Señor, no tenemos mucho tiempo -informó Talon.

Pero el emperador lo calló. -Siempre hay tiempo para un juego de cartas.



Las cartas fueron repartidas. Dárlaran inició y sacó la reina de picas. Esto era una gran ventaja. El emperador sacó entonces su carta, y así siguieron por casi cinco minutos. Mientras jugaban, los niños y la Mujer miraban maniatados y expectantes el juego, del que bien sabían dependían sus vidas.

Dárlaran tenía dos reyes, uno de ellos de picas, y la reina; sólo necesitaba un rey cualquiera o el oríncipe de picas. Arán no parecía preocupado, y al sacar una carta, y para desilusión del duque, puso su juego sobre la pequeña mesa que había mandado a traer. Esa mesa, hecha de marfil, era quizás más costosa que la casa de la Mujer.

El juego del emperador era impecable: rey, reina y príncipe de tréboles, un rey y el príncipe de picas. Había bloqueado de forma formidable el juego de Dárlaran, como si lo conociera; mas el emperador nunca hacía trampa en el juego, y eso bien lo sabía Dárlaran. La Mujer, que suponía lo que pasaba, miró con temor al duque, que se apresuró a decir: - Otro juego. Pago el doble si pierdo.

-¡Vamos, Dárlaran! -exclamó el emperador mientras se levantaba de la mesa.

El duque miró de nuevo a la Mujer, que lo miraba con extremo temor. -Pago el triple.

Arán miró a Dárlaran por un momento, después miró a la Mujer y a los niños, y dijo: -Si en verdad los quiere, lléveselos. La verdad, no me importan. Sin embargo, espero mi paga. Dárlaran pareció quitarse un peso de encima. -Pregúntele si sabe lavar y cocinar, por favor -pidió a Talon.

El archiduque tradujo y la Mujer, tiritante, asintió y dijo algo que el duque no entendió. Entonces el duque le dijo a uno de sus guardias: -Llévela a una de las herrerías en Félgor, con sus hijos.

-Vámonos, que necesitamos llegar rápido al punto de reunión -ordenó el emperador, que altivo, montó su caballo y siguió la marcha.

Entonces la Mujer se arrodilló de nuevo frente al emperador y dijo: -Emperador... grande. Pero Arán no le puso atención. En vez, decidió seguir su camino, pasándole casi por encima a la Mujer como si en verdad no existiera.

Pero cuando Dárlaran se fue a montar sobre su caballo, la Mujer se apresuró a hicársele. -¡Gracias, gracias! -exclamó una y otra vez, mientras se aferraba a las piernas del duque. Dárlaran miró entonces a los dos niños, que temblaban de frío y de miedo. Pero cuando vieron que su madre abrazaba al duque, los niños se apresuraron y también abrazaron al duque, sin saber en verdad el motivo. Dárlaran se sintió en verdad extraño, incluso sintió una gran alegría al ser abrazado por la golpeada familia.

Y como un niño, el duque se apresuró a contarle a su amada Aminión lo sucedido, como orgulloso. Aminión descansaba plácidamente en el carruaje de Talon, y se había quedado dormida cuando la marcha se había detenido. Al escuchar la historia, Aminión pidió ver de inmediato a la Mujer y a sus hijos, y fue en verdad impactante para la duquesa ver los cuerpecitos flacos y golpeados de los niños. El inclemente frío golpeaba sus tiernas carnes con furia, y los harapos que traían puestos no daban para cubrirlos lo suficiente.

Tanto la Mujer como los niños miraban a la duquesa con temor, esperando cualquier acción. Esto en verdad afectó a Aminión, que finalmente no pudo contener las lágrimas. La Mujer Írima esperaba cualquier orden, tomando de inmediato a la duquesa como su nueva ama.



Pero Aminión no deseaba en verdad tenerla como cortesana, sólo deseaba llevarla con sus hijos a un lugar seguro. Y, sin embargo, poco podía hacer: El carruaje en donde ella estaba no era de ella, y era más que obvio que Talon no permitiría que un Írimo subiera a su carro. Pero, para mitigar un poco su angustia, la duquesa decidió seguir su camino fuera del carruaje, sin importar el cansancio. «Ellos van a pie, con harapos y violentos golpes sobre sus cuerpos. Ellos deben estar más cansados» pensaba para obligarse a seguir adelante.

Mas lo que hirió en verdad a la duquesa fue un comentario hecho por un guardia que marchaba cerca.

—Así debe ser -dijo el Hombre-: Las Mujeres Ariánicas vestidas y perfumadas como reinas, con paso elegante y altivo. Mientras que el resto de las Mujeres deben servirles. He aquí una verdad: Mientras nuestras Mujeres nos acompañan alegres, bien arregladas y bien alimentadas, sin nada que les falte, la Írima se arrastra tras la duquesa de Háreneth como mendiga.

Estas frases hicieron que la congoja de Aminión creciera, pues en verdad la Mujer caminaba tras su caballo con los dos niños cogidos de la mano, como si suplicara un trozo de pan. Y su impotencia hizo que su ira creciera todavía más, pues, al marchar con el emperador, no podía mostrar siquiera un poco de clemencia por los Írimos. Empero, hubo algo que la alentó: Ni la Mujer ni los hijos entendían bien la lengua Ariánica, y no habían entendido lo que el soldado había dicho.

-¿Cuántas veces se habrá repetido lo mismo? -preguntó el duque a Aminión mientras miraba con detalle las soberbias montañas que se erguían frente a él. Mirethel no estaba lejos, pero el duque no podía pensar en más que en los Írimos.

Aminión lo miró entonces, se secó las lágrimas de sus finas mejillas y preguntó: -¿De qué hablas?

-Arán los iba a matar como a ganado -respondió Dárlaran-. ¿A cuántos habrá matado así?

-A muchos Dárlaran, y yo ya estaría muerta si todavía viviera en Yavín -aseguró la duquesa.

Entonces Dárlaran la miró con temor. -¿De qué hablas? -preguntó con los ojos mieles bien abiertos.

-Yo sería el enemigo, Dárlaran. Soy una Nocturna, y si no te hubiera conocido...

-Vivirías en Heid o en Arys -interrumpió el duque.

-Y sólo es cuestión de tiempo para que Arán ataque Arys -dijo Aminión-. Dárlaran, el emperador atacará a los Nocturno después de destrozar la ciudad Enana de Mirethel. Él y sus ejércitos cruzarán la Nínilver y devastarán todo, incluso mi natal Heid.

-No dejaré que eso pase -aseguró el duque.

Pero Aminión meneó la cabeza. —Ni siquiera tú, duque de Háreneth, puedes ignorar las órdenes del emperador -dijo Aminión, que viendo entre la bruma la ciudad de Mirethel, de murallas de piedra y edificios empotrados en la piedra de las montañas, añadió: -Tú, sin saberlo, me salvaste la vida, amado mío.

73

Ahora bien, el asedio a Mirethel fue rápido y violento. Arán no tuvo piedad con los que se rindieron. Uno a uno, los Enanos de Mirethel fueron decapitados, y sus cabezas empaladas. Y los pocos Enanos que quedaron en la ciudad y que no dieron pelea, decidieron escapar por los túneles que salían a las faldas de la Cordillera Coronada. Los



Enanos que decidieron levantar una resistencia fueron aplastados por los Ariánicos, que, con sus armaduras gruesas y doradas, sus armas de acero y sus escudos pesados, tenían ventaja sobre las cotas de mallas Enanas.

Como simples fichas, el emperador manejaba a sus tropas con exactitud y precisión. Esto se debía en gran parte a la devoción que las tropas le guardaban a Arán. El emperador había logrado ganarse los corazones de las tropas y de los ciudadanos Ariánicos, incluso muchos nobles veían en él una oportunidad excelente para enriquecerse.

Y, por su excelente forma de dirigir, tomó sin muchos problemas Mirethel. Ahora, con Mont-Arath y las ciudades Enanas bajo su mando, con Herda y los Desiertos de Jerlán como aliados, y con Félgor y las ciudades de Aigón y Tarras en sus manos; el Arán había logrado formar el imperio más poderoso y extenso de todo el mundo conocido. Arán gobernaba desde Pacán hasta la Cordillera de Nínilver. Todo el Mar de las Deidades y parte del Mar Mítico estaban bajo su poderío. El Imperio de los Dos Soles se encontraba en su apogeo.

Sin embargo, tanto poder había costado demasiado: Desde la coronación de Arán como emperador hasta la caída de Mirethel, la guerra había cobrado más de dos millones y medio de vidas Humanas, y casi el doble de vidas Nómicas. Además, se habían esclavizado millones de Hombres. El mundo se había hincado para quedar a los pies de la raza Ariánica.

El enorme número de bajas alarmaban a los reinos Nocturnos y Nórdicos. Y en el Reino de las Cavernas el temor hacia Arán se incrementaba. Poco a poco el rey Áladroth perdía la confianza de sus Hombres, mientras Arán se bañaba en leche caliente y en vino espumoso. Mientras Áladroth organizaba una desesperada resistencia, el emperador disfrutaba de bellas obras de arte, como esculturas y pinturas, y degustaba obras de teatro y conciertos sinfónicos. El rostro de Áladroth se había envejecido y sus cabellos se habían tornado canosos, mientras Arán disfrutaba la vida, los vicios y el poderío al máximo. Incluso, tiempo después se supo que el rey Nocturno había sufrido dos infartos en menos de tres meses, pero sobrevivió a ambos.

Por otra parte, después de la caída de Mirethel, Dárlaran y Aminión se dirigieron a una de sus fábricas, cerca de la ciudad de Tarras, al norte de Félgor. Esta fábrica era relativamente nueva, y Dárlaran deseaba saber si estaba funcionando como debía. Con él llevó a la Mujer que había salvado y a sus dos hijos. La Mujer fue llamada por la duquesa Almáril, que significaba «cabellos dorados».

En la fábrica, Almáril y sus hijos vivieron sin inconvenientes. No servían a nadie más que al duque y a la duquesa, y nada les faltaba. Incluso, Aminión decidió comprarle a ella y a sus hijos ropas finas y juguetes bien elaborados. Los niños le decían a Aminión «Mamá Ariánica», lo que hacía sonrojar a la joven duquesa.

Aunque Aminión deseaba tener un hijo, había decidido con Dárlaran esperar a que la situación se calmara, y decidieron tenerlo apenas la guerra contra Arys culminara. La duquesa mimaba constantemente a los niños, acariciándoles el rostro y meciéndoles el cabello rubio con extrema ternura. Dárlaran era más seco y frío, pero les proveía de todo



lo que necesitaban. Almáril no se cansaba de agradecerle al duque el haberle salvado la vida a ella y a sus hijos, y se esmeraba por atenderlo con especial devoción.

Así pasaron dos meses. El duque inspeccionaba con frecuencia las forjas, mientras Aminión, encariñada con los niños de Almáril, llamados Ael y Fartel en lengua Írima, jugaba a ser madre.

Pero un nublado día, muy por la mañana, Dárlaran fue despertado por uno de sus guardias. –Señor, es mejor que vea esto -dijo el Hombre mientras miraba por la ventana y le indicaba a Dárlaran que observara.

El duque, con la mirada soñolienta, se descubió sin despertar a Aminión, y sobándose los ojos miró por la ventana. Pero fue tanta su sorpresa que el sueño desapareció de inmediato.

–¿Qué Demonios pasa aquí? - preguntó al ver frente a la fábrica un enorme campamento.

-Pensamos que era un ejército enemigo, así que mandé a todos los guardias a sus posiciones; pero al parecer no están armados -explicó el guardia.

Entonces, medio dormida, Aminión se cobijó hasta los hombros y preguntó con voz perezosa: –¿Qué sucede, Dárlaran?

-Que hay como quinientos Írimos acampando frente a la puerta -dijo el duque.

Aminión, al escuchar las palabras del duque, saltó de inmediato de la cama y se apresuró a mirar por la ventana mientras se mecía el cabello. –¿Y qué hacen aquí? -preguntó.

–¿Qué hago, señor? -preguntó el guardia.

Dárlaran dudó por unos instantes. -Doble la guardia y mande arqueros a las garitas -dijo finalmente-. Y mande un vocero.

-Sí, señor -dijo el guardia asintiendo. Entonces se retiró.

-Pero no parece un ejército -dijo Aminión.

-El guardia dijo que no están armados.

-Entonces, ¿qué desean? -preguntó la joven.

Y Dárlaran meneó la cabeza. –No tengo idea -dijo.

74

El duque, que miraba constantemente desde la ventana de su habitación, recibió a mediodía la noticia de que uno de los Írimos deseaba hablar con él. Dárlaran al principio dudó, pero, aconsejado por la duquesa, aceptó recibir al vocero.

El vocero Írimo era de mediana edad, con gafas y nariz arqueada, muy flaco y bajo de estatura. Dárlaran lo miró altivo y con detenimiento, examinándolo, y después preguntó con arrogancia: –¿Qué desean los Írimos en un fábrica Ariánica? Evitar que hagamos las armas con las cuales ustedes mueren, me imagino. ¿Es esta acaso una protesta pacífica?

Pero el vocero meneó la cabeza. –Mi señor duque, mi nombre es Sirmalón y soy de la lejana Verdelheid, al oriente de la Cordillera de Volcanes. Vine a vivir a Trarras antes de la guerra para buscar oportunidades y, sin quererlo, me vi envuelto en la guerra. Señor, ninguno de los Írimos tiene la culpa de ser Írimo.

–¿¿Qué desean los Írimos?! -preguntó Dárlaran, impaciente.

Entonces Aminión lo tomó del brazo y se acercó a él. –Tranquilo, que él está nervioso -le susurró al duque.



Dárlaran miró entonces Sirmalón y vio que el Hombre permanecía con la mirada hacia el suelo y apretaba sus manos en señal de temor.

-Lo siento, señor -dijo el Hombre, temeroso.

Dárlaran se sintió entonces culpable y dejó su orgullo por un momento. -¿Qué puedo ofrecerles? -preguntó con un tono más sereno.

-Todos sabemos que usted salvó a una Mujer Írima y a sus hijos, y los dejó quedarse aquí. Y, nosotros nos preguntábamos...

-Si podían quedarse aquí -interrumpió Aminión con voz dulce.

Y Sirmalón, con una pantalla de sudor frío sobre su frente, asintió.

Entonces Dárlaran se levantó furioso de la silla, y el vocero se asomó al ver las llamas en los ojos del duque. Sirmalón tembló entonces y sus ojos se abrieron de temor.

-¡¿Cómo osan pedirme eso?! -gritó el duque airado.

-Dárlaran, cálmate -pidió Aminión.

Pero el duque no hizo caso. -Deben retirarse de inmediato -dijo furioso.

Y Sirmalón asintió tembloroso. -Sí, señor -dijo mirando hacia el suelo.

-¡Ahora! -gritó Dárlaran.

-¡Señor, nosotros ya nos vamos! -exclamó Sirmalón aterrado mientras salía corriendo de la habitación.

-¿Qué Diablos te pasa? -preguntó Aminión, extrañada.

-Si algún soldado imperial ve a esos Írimos nos meteremos en problemas -aseguró el duque.

-Arán es tú amigo.

-Pero es el emperador-. Dárlaran caminó por el cuarto hacia la ventana. Tras ella, vio que los Írimos salían de sus tiendas para recibir a los soldados. Muchos estaban esperanzados, y recibían a los guardias con risas y venias. Pero sus rostros se tornaron pálidos al ver cómo los guardias desfundaban sus armas y los obligaban a retirarse.

-¿Qué será de la vida de esas personas? -preguntó Aminión-. No puedes dejarlos a manos del imperio -añadió mientras se levantaba y se posaba al lado del Hombre.

-Sería mejor venderlos como esclavos -dijo el duque.

Entonces Aminión lo miró con sorpresa. -No puedes hacerlo -dijo airada-; son personas.

-¡Son el enemigo! -exclamó Dárlaran, que dio media vuelta y se sentó sobre un cómodo sillón de terciopelo azul. -Y ahora me arrepiento de haber salvado a Almáril -dijo tomándose la cabeza, como si tuviera una gran jaqueca.

Aminión se acercó al duque, y con llamas azules en sus pupilas, cacheteó al Hombre con fuerza. -¡¿Cómo te atreves a decir eso?! -preguntó furiosa-. Quizás salvar a Almáril es lo único bueno que has hecho desde que inició esta guerra -añadió mientras respiraba profundamente, intentando calmarse.

Dárlaran no levantó la cabeza, y pareció no sentir la cachetada; pero el cachete en verdad le dolía. Sin embargo, sabía que la duquesa tenía razón. -No puedo hacer nada por ellos -dijo cabizbajo.

Aminión se acurrucó entonces para verle la cara a Dárlaran, y con extrema ternura le acarició el rostro. -Puedes ampararlos -dijo la joven.

Dárlaran levantó la cabeza y miró a la duquesa, extrañado. -¿De qué hablas? -preguntó.

-Tengámoslos bajo nuestra protección -propuso Aminión, que miraba los ojos mieles del duque profundamente.

-Nos meteríamos en un lío.

-Arán no tiene que enterarse que nosotros tenemos a estos Írimos.

-No lo sé, Aminión -dijo Dárlaran.



-Yo sí lo sé, y lo sé porque aún tengo el rostro de los Ángeles en mi cabeza -respondió la duquesa finalmente.

Entonces Dárlaran recordó con detalle las palabras de la Dama Mírlloth en los Bosques: -«También te pido, duque de Háreneth, que ayudes a los más desdichados, sin importar su bandera, pues muchos dependerán de tu poder; ése es mi deseo».

75

Dárlaran ordenó a los guardias mantener a los Írimos a las afueras de la fábrica esa noche. Al mismo tiempo, fue a un estudio improvisado a mirar varios documentos correspondientes a costos, contratos y balances. No durmió en toda la noche realizando cálculos. Aminión, de vez en cuando le llevaba café y lo miraba con amor, mientras el duque se tomaba la cabeza y permanecía con la mirada fija en los papeles.

Al día siguiente, los Írimos fueron llevados a un patio interno en la fábrica. El día era cálido y agradable, despejado de nubes y dominado por los dos soles que vigiaban desde el cielo como ojos sin párpados.

La confusión reinaba entre los Írimos que, aturcidos y temerosos, esperaban lo peor. Entonces Dárlaran salió, se puso frente a ellos y les miró los rostros: La gran mayoría estaban tan asustados que ni siquiera podían articular palabra, y algunos niños se escondían tras sus padres.

-¿Dónde está Sirmalón? -preguntó el duque.

Y de entre la multitud emergió el vocero. -¿Sí, duque? -preguntó temeroso.

-Necesito una lista de todos los presentes aquí, con nombres y apellidos completos. También debe tener profesión y edad. Si es posible necesito los árboles genealógicos para saber el parentesco entre ellos.

-Sí, señor -respondió el vocero que, dudando un poco, preguntó finalmente: -¿Y para qué? Dárlaran lo miró altivo, y dijo: -Preparen todo, que se irán al oriente, al sur de Herda.

-¿Nos entregará al imperio? -preguntó Sirmalón.

-No, no lo haré-. El duque miró a los Írimos, y dijo: -Haré una nueva fábrica donde ustedes trabajarán para mí. Que nadie mienta en la lista.

Ahora bien, mientras Arán se preparaba para invadir el occidente del mundo, Dárlaran decidió construir una fábrica al sur de Herda. A diferencia de los reinos de Pacán, la Herda Imperial sí admitía Írimos en sus tierras. Al ser los habitantes de Herda Nórdicos y Nocturnos, e incluso Ariánicos, era frecuente ver Írimos en Dan-Silum, la capital del reino, o en Larul o en otras ciudades importantes. Los Desiertos de Jerlán también admitían Írimos sin ninguna restricción.

Al tener esto claro, el duque pidió a las autoridades de Herda dejar construir una fábrica y alrededor un asentamiento de «esclavos Írimos» cerca de la ciudad de Koral, al sur del río Utum. Dijo como excusa, que tales trabajadores le darían a los Háreneth el setenta por ciento de las ganancias obtenidas. También afirmó que los Írimos eran buenos artesanos, y que el comercio prosperaría si comerciaban con los Jerládrim. Las autoridades de Herda no dudaron en dar la autorización, y de inmediato el duque empezó la construcción.



Aunque sabía bien que no podía excederse en lujos, pues despertaría sospechas, el duque gastó mucho oro en la pequeña ciudadela. Aunque las fachadas de las casas eran en verdad miserables, el interior de las casas era otra historia. Todas tenían buen sistema de baños y cocinas de combustible. Además, la ciudadela contaba con buen sistema de alcantarillado.

Sin embargo, la ciudadela no tuvo nombre, ni fue notificada por Herda ni por el imperio, lo que la dejaba literalmente fuera del mapa. La «Numero Uno», como la llamaba Dárlaran, no pertenecía al imperio. En la ciudadela se ubicaron más de ochocientas personas; la gran mayoría artesanos y comerciantes. Había en verdad pocos soldados, pero los que había servían como guardias.

La construcción de la ciudadela «Uno» duró poco tiempo, pues los Írimos ayudaron a la construcción de sus nuevas casas. Esto fue mal interpretado por las autoridades de Herda, que, para suerte del duque, pensaron que estaban siendo ordenados por Dárlaran.

En cuanto al pago, Dárlaran había pensado al principio quedarse con el treinta por ciento de las ganancias del comercio, pero, a después de tratar con los Írimos, acordó quedarse sólo con el diez por ciento de las ganancias de la ciudadela; muy poco en verdad.

Pero Dárlaran sabía bien que más Írimos vendrían en busca de su amparo. Así que, aunque arriesgaba su propia vida al hacerlo, decidió construir otras dos ciudadelas más. La «Numero Dos» cerca de la ciudad septentrional de Larul, y la «Numero Tres» cerca de los Muelles de Adsul.

A estas nuevas ciudadelas llegaron muchos Írimos que escapaban de un fatal destino a manos imperiales. Casi todos los ocupantes de estas ciudadelas provenían de Félgor y de Mont-Arath; pero también había algunos que habían descendido de la Cordillera de Nínilver. Empero, Dárlaran había dado estrictas órdenes de no admitir ninguna persona que no fuera Írima; pues albergar a un Nocturno o a un Nórdico era considerado por el imperio alta traición, y era castigado con la muerte. Por lo mismo, el duque había decidido mandar guardias para que se hiciera cumplir esa orden.

Así, en pocos años, casi tres mil Írimos estaban al amparo del duque de Háreneth. Aunque Dárlaran arriesgaba mucho, y había gastado buena parte de su fortuna, se sentía en verdad aliviado, incluso feliz.

Sin embargo, como era de esperarse, algunos nobles Ariánicos criticaron la extraña actitud del duque. Muchas cartas llegaron al bastión de Háreneth. Allí Burén las mandaba a Dárlaran al Antiguo Continente. Algunos nobles aseguraban que Dárlaran no era partidario de la filosofía racial Ariánica, y que por lo mismo era un traidor. Incluso amenazaron con enviar cartas al mismísimo emperador para que evaluara las actitudes extrañas de los gobernantes de Háreneth.

Dárlaran, al recibir tales amenazas, se sintió en verdad preocupado, mas no dio paso atrás. Ya estaba muy hundido en su «acción humanitaria», y nada podía hacer para remediarlo. Por el contrario, Dárlaran veía una horrible decadencia Ariánica causada por el poder y la guerra.



Ahora bien, algunas cartas Ariánicas llegaron a manos de Arán, que ya iniciaba una invasión a gran escala al Reino de las Cavernas. Estas cartas se quejaban de los tres asentamientos construidos por el duque de Háreneth. Pero Arán, mientras miraba desde las alturas de la Nínilver cómo sus huestes bajaban por las laderas brumosas, y se internaban a los bosques frondosos a órdenes de Le-Hir, dijo secamente a su secretario: - Responda que después me ocuparé de esos insignificantes asuntos -y levantando la cabeza para detallar los soberbios ejércitos que se internaban a los prados amplios y verdes, añadió: -Diga que ahora tengo cosas más importantes que hacer.

76

Esta despreocupación del emperador causó furia entre los nobles Ariánicos; pero mientras el pueblo apoyara a Arán, los intentos de derrocar el imperio eran sólo teorías con desenlaces fallidos. El Círculo estaba ahora preso políticamente, y Arán había logrado lo que había planeado.

Pero Dárlaran no era el único que se exponía al peligro: El juego que Arán libraba era extremadamente peligroso. El emperador ya había amasado varios enemigos en el mismísimo imperio, más que todo nobles. Además, el costo de la guerra contra Arys era enorme, y, al tener cuantiosas tropas tan lejos de Pacán, el costo se incrementaba. Empero, todo soldado tenía un buen pago, además de varias comodidades y un buen equipo de batalla.

Arán sabía que no podía librar una guerra en dos frentes: Contra los nobles Ariánicos y contra Arys y sus aliados; pues eso detendría su avance de conquista, y quizás ayudaría al fortalecimiento del Reino de las Cavernas, lo que causaría quizás otros cinco o seis años de guerra.

Así que el emperador mantenía a Aeros como su senescal en Pacán, mientras él avanzaba hacia Arys, devastando todas las aldeas Nocturnas a su paso. Árcival y el archiduque Talon avanzaban con él hacia el occidente con extrema velocidad. Cruzaron rápidamente Ehirarh, por donde Ehirot los dejó pasar sin ninguna restricción, y sobre esas fértiles y brillantes tierras sólo libraron una batalla contra los Nocturnos de Áladroth.

La batalla se llevó a cabo en una amplia planicie bordeada de escarpados abismos. Fue llamada la Batalla de los Abismos, pues muchos de los Nocturnos que allí fueron capturados fueron arrojados a los barrancos. En la Batalla de los Abismos murieron casi treinta mil Nocturnos, mientras el emperador contó diez mil bajas. La batalla fue muy violenta, pues los Ariánicos, descendiendo de los abismos, tomaron por sorpresa a los Nocturnos en la planicie herbosa. Las tropas locales, protegidas con armaduras plateadas y capas negras, no pudieron contener la pesada infantería dorada, que se abrió paso por entre las huestes Nocturnas a punta de espada. Los flancos de los Nocturnos que alcanzaron a escapar a las alturas lograron mantener a raya a los Ariánicos; en este punto se dio la mayor cantidad de bajas Ariánicas; pero Le-Hir decidió iniciar el ascenso por los barrancos hacia las tropas enemigas restantes. Cuando lograron tomar la cima de las escarpadas elevaciones, la batalla culminó.



Esta brillante victoria reiteraba el poder imperial. Áladroth, que no estaba dispuesto a entrega Arys sin luchar, se preparaba para organizar una fuerte resistencia cuando se enteró que el emperador volvía a su natal Pacán. Sin embargo, sus ejércitos seguían avanzando hacia la ciudad Nocturna.

Ahora bien, el extraño viaje de Arán se debió a disturbios formados por algunos milicianos pagados por nobles Ariánicos en la ciudad de Hil-Darath. El emperador supo que debía estar allí, pues sino el pueblo pensaría que él los había abandonado. Sin embargo, los nobles habían pagado a los milicianos en ese momento porque bien sabían que cuando Arán invadiera el Reino de las Cavernas, haría todo a su alcance para disolver el Círculo y destruir el poderío de los nobles en Pacán. Para los nobles Ariánicos era primordial extender la guerra el mayor tiempo posible.

77

Bien, Dárlaran había acabado de llegar al bastión de Háreneth después de un viaje de negocios en Dárandal, cuando Burén irrumpió en su estudio con una carta en la mano.

—Espero que disculpe la interrupción, señor, pero han llegado noticias del Antiguo Continente -dijo el moreno.

Dárlaran, con el rostro cansado, meneó la cabeza. —Burén, usted nunca interrumpe -dijo mientras se sobaba los ojos.

-Está escrita por Árcival -añadió el guardia.

Entonces Dárlaran se levantó del sillón con presura y tomó la carta. —Dígale a mi esposa que venga, por favor -pidió mientras leía rápidamente la carta. Era efectivamente la letra de Árcival, y estaba marcada con el sello de Tíndereth.

Poco después Aminión llegó acompañada de Burén y Kihra. En su cabello reposaba una solitaria pluma rojiza sostenida por una diadema de oro; un adorno típico de las Mujeres Ariánicas. Cuando llegó, la joven detalló el cansado rostro del duque. Dárlaran poco dormía, pues sus preocupaciones no eran pocas. Incluso, unas solitarias canas se asomaban en la cabellera castaña del Hombre. Dárlaran ya había tenido problemas con las autoridades imperiales en cuanto a los artesanos Írimos. Duros habían sido sus debates contra algunos nobles imperiales, y parecía que sus fuerzas lo abandonaban con cada acusación, de las cuales siempre lograba librarse de alguna manera. Había acusaciones muy peligrosas, como amparo al enemigo, una acusación que se podía tomar como traición.

-¿Sucede algo? -preguntó la duquesa mientras se acercaba tiernamente al duque.

Dárlaran no le quitaba la mirada a la carta. —Parece ser que la guerra se ha estancado -dijo el Hombre.

-¿Estancado? -preguntó Burén, extrañado-. Pensé que el emperador no se iba a detener ante nada.

-No es Arán quien se ha detenido -aseguró el duque-. Escuchen lo que Árcival dice: «Dárlaran, usted y yo sabemos bien que, en este bosque, el Bosque de Anarioth, hay criaturas ocultas y misteriosas. He mandado una y otra vez grupos de avanzada, pero ninguno vuelve. No hemos encontrado más que cadáveres Ariánicos, y sabemos bien que los Nocturnos no han trabado combate contra nosotros. He mandado una carta al emperador; pero estoy seguro que él ordenará el avance».

-Nos disculpas, Kihra -pidió la duquesa a la anciana, que asintiendo se retiró.



Entonces Dárlaran empezó a caminar de un lado a otro, reviviendo sus recuerdos. - Cuando fuimos a Arys y te conocí, tuvimos que quedarnos en una casa en la mitad del bosque. Nuestro guía, Mérot, nos aseguró que si pasábamos la noche bajo los árboles unos seres extraños nos atacarían.

-Ya me habías contado -dijo Aminión.

-Árcival también lo vivió, y por eso desea evitar un avance -añadió el duque.

-Esos seres tienen el amparo de la noche. Poco podrán hacer las tropas Ariánicas -aseguró Burén.

-Y no hay otra forma de entrar a Arys -aseguró Aminión que, sentándose en una de las sillas, cruzó sus piernas y dijo como sumergida en un letargo de recuerdos: -Recuerdo que mi niñera me decía que no saliera de noche a jugar en el bosque, pues era peligroso. Así que siempre me quedaba tras los muros de Heid cuando la noche caía. Sin embargo, nunca supe qué se ocultaba en ese bosque.

Dárlaran miró entonces por el ventanal de estudio hacia las ondulantes colinas que se levantaban más allá de las arboladas que se erguían alrededor del bastión, y dijo: -Sin embargo, Árcival atenderá cualquier orden de Arán, así ésta signifique un suicidio-. Los dos soles ya caían adormecidos en el horizonte, dejando lánguidas sombras sobre la hierba. Dárlaran, detallando estas sombras, añadió: -Es difícil que la luz del imperio mitigue las sombras que se extienden entre los ramajes del Bosque de Anarioth.

-Si Le-Hir llega a Arys, la guerra habrá acabado -aseguró Burén.

-La pregunta es si logrará llegar -dijo el duque.

-También llegaron noticias de Hil-Darath -informó Burén.

-¿Qué sucedió? -preguntó Aminión.

-El emperador aplastó la rebelión -aseguró el moreno guardia.

-Y sólo le bastaron tres días -dijo el duque ensimismado.

-Todos los milicianos fueron perseguidos hasta la selva. Ninguno de ellos sobrevivió -aseguró Burén, que permanecía de pie tras el duque.

-¿Y Arán sabe quiénes fueron los responsables? -preguntó Aminión, que se sentó de nuevo.

Y Burén asintió. -Por lo menos volarán dos cabezas nobles. Aunque todavía no se ha dicho su linaje, sé que son dos condes del norte, quizás de la ciudad de Cánt.

-Su castigo será horrible -dijo Aminión un poco afligida. La duquesa, aunque tenía un orgullo enorme, no podía dejar su buen corazón a un lado.

Entonces Dárlaran miró la carta de nuevo. -Burén, Árcival mandará otra carta en dos o tres días. Espero esa carta en mi escritorio apenas llegue. También deseo saber sobre los Írimos de las ciudadelas en Herda; pero lo más importante, deseo saber los movimientos del emperador.

-¿Del emperador? -preguntó el moreno.

Y Dárlaran asintió. -La ira de Arán por la rebelión llevará consigo muchas vidas Ariánicas. Necesito saber quién está en la mira del emperador. Y también aliste una embarcación y prepare una evacuación rápida, además de las tropas.

-Sí, señor -respondió Burén que, asintiendo, se retiró.

Aminión quedó extrañada por las órdenes del duque, y por lo mismo, preguntó: -¿Tuviste algo que ver con esta rebelión?

Y Dárlaran meneó la cabeza. -No tuve nada que ver.

Pero la duquesa no quedó satisfecha con la respuesta. -Me lo puedes decir -susurró a su oído.



Sin embargo, Dárlaran volvió a menear la cabeza. –No soy tan estúpido como para traicionar al emperador. Arán es muy poderoso, y oponérsele es un suicidio -entonces tomó de las manos a la joven, y añadió: -Te juro que nada tuve que ver; pero Arán podría sospechar de mí por mi actitud hacia los Írimos.

-Arán es tu amigo -dijo Aminión mirando los ojos mieles del duque con profundidad.

-Arán es el emperador -respondió Dárlaran-. Él tiene un enorme peso encima, y no dudará en decapitarme para mantener su poder.

-¿De qué hablas?

-Hablo de que Arán está corroído por el poder. La guerra tuvo que acabar después de conquistado el reino de Félgor; pero Arán desea más. Aminión, mi amada Aminión, si Arán duda de mí, los consejeros que tiene a su lado lo convencerán de que soy un traidor por amparar a los Írimos. Si eso ocurre, debemos irnos de aquí y rogar que Arán reflexione. Aunque eso implique dejar mis tierras y a mis aldeanos.

-Entonces iré contigo a cualquier parte del mundo, y si quieres hasta su final -aseguró la duquesa mientras abrazaba al duque. Y fue allí cuando la joven notó que Dárlaran temblaba por dentro, así que lo abrazó con más fuerza.

-Quizás fue un error ayudar a los Írimos -dijo Dárlaran.

-No, no fue ningún error -aseguró Aminión mientras lo abrazaba con fuerza.

Como Dárlaran lo había dicho, las noticias de Árcival llegaron dos noches después. Dárlaran tomaba un baño en una suntuosa tina cuando Burén llegó con la carta en la mano. Dárlaran la tomó sin decir nada, y apenas la leyó, suspiró y se desgonzó.

-¿Qué sucedió, señor? -preguntó Burén, que miraba de reojo la carta, intentándola leer.

-Llame a la duquesa y díglele que la espero en el estudio principal. Allí les explicaré para no contar la historia dos veces -dijo Dárlaran.

Poco después, Aminión ya esperaba en el estudio con Burén. Dárlaran llegó poco después. El duque se sentó y releyó la carta, y dijo tomándose la cabeza como si una jaqueca lo invadiera: -El emperador ya tomó una decisión.

-Atacar -afirmó Aminión como si ya lo supiera.

Y Dárlaran asintió. –Árcival ha recibido la orden de avanzar con las tropas necesarias para invadir Arys -dijo con la mirada fija en la carta y con la frente apoyada en la mano.

-¿Y de cuántos Hombres hablamos? -preguntó Burén.

-Árcival mandará unos siete mil soldados. Pero él no es un suicida, así que no irá a la vanguardia.

-Enviaré a siete mil Hombres a la muerte -dijo Aminión como si le costara creer lo que escuchaba.

-Si nuestras fuerzas no pueden cruzar el Bosque de Anarioth, nada podremos hacer para finalizar la guerra -aseguró el duque, que suspiró y añadió: -El emperador tendrá que conformarse con lo que tiene.

-El emperador está obsesionado con Arys; no reunificará a esa ciudad -dijo Burén.

-Hay otra noticia -interrumpió el duque-; una que me preocupa más que la invasión a Arys.

Entonces Aminión y Burén abrieron los ojos de sorpresa.

-¿Qué sucede? -preguntó la duquesa mientras se sentaba y tornaba su rostro pálido, esperando lo peor.

Dárlaran levantó la cabeza y dijo: -Hay problemas en la ciudadela Uno.

-¿Qué les pasó?-. La duquesa sintió un temor intenso en su pecho.



-Fue saqueada por tropas imperiales -dijo el Duque.

78

Así pasaron los días, y se cumplieron dos semanas. Dárlaran no descansaba por las noches, pensando en la situación de los Írimos en Herda y en la suerte de la guerra. Sabía por algunas palomas mensajeras enviadas desde la Dos, que algunos sobrevivientes de la Uno habían escapado a las otras dos ciudadelas. Para empeorar las cosas, la pérdida de la Uno implicaba no recuperar la inversión por medio de los tributos de las artesanías, lo que le conllevó grandes pérdidas económicas. Incluso tuvo que vender algunas parcelas de Háreneth a algunos pequeños terratenientes.

Por otra parte, Dárlaran permanecía pensativo por la extraña quietud del emperador y el estancamiento en el cerco de Arys. El duque en verdad temía que del Bosque de Anarioth, emergieran las extrañas y misteriosas criaturas que lo habían atacado antaño.

Aminión también parecía desanimada, pues le preocupaba ver la angustia de su amado Dárlaran. El duque poco dormía, y a menudo se levantaba de la cama a media noche. Aminión se daba cuenta de esto y, con frecuencia, se levantaba con él, lo abrazaba y se posaba a su lado, a menudo frente al ventanal de su cuarto, y apoyaba su cabeza en el hombro del Hombre, mientras perdía su mirada en Sírel, y en Valen y Halen; sus dos hijas de plata.

Una de esas noches de desvelo, Dárlaran dijo a la querida duquesa: -Recibí hoy una carta proveniente de Mirllán.

Aminión lo miró entonces con extrañeza. -¿Y qué decía? -preguntó mientras posaba sus ojos azules en el rostro del Hombre, bañado por la luz pálida de la Dama.

-Arán desea verme. Asegura que Árcival trae el motivo por el cual los Ariánicos no hemos podido invadir la capital Nocturna.

-¿Y qué crees que sea? -volvió a preguntar la joven, con voz tierna y dulce.

-No lo sé, y eso es lo que me preocupa.

Entonces Aminión pasó su brazo por la cintura del duque, y se aferró a él con fuerza. - No tienes nada que temer.

Dárlaran permaneció con la mirada fija en la Dama, que destellaba entre nubes negruzcas con lomos plateados, como una flota nubosa. -Arán utilizó varios sarcasmos en su carta, y eso me asusta -dijo ensimismado.

-Arán tiene su carácter -aseguró Aminión.

-Arán tiene todo calculado y bajo control -inexpresó el duque en voz baja-. De hecho, estoy casi seguro que él sabe sobre los Írimos de las ciudadelas. Pero presiento que esta vez será distinto.

-Sea lo que sea, tú eres su amigo.

-Arán parece haber olvidado a sus amigos-. Dárlaran miró hacia los frondosos ramajes que se extendían alrededor del bastión. A lo lejos, algunas casas del ducado todavía tenían sus luces encendidas, y los árboles eran bañados por una bruma enigmática. Un aroma de flores abundaba en el baluarte, y algunos trabajadores ya se levantaban para ordeñar y revisar los galpones.



—Arán no le hizo caso a Árcival, y en vez, lo mandó a enfrentarse a lo desconocido. Prácticamente lo envió a la muerte. Pero Árcival no es un idiota, y mandó primero una brigada.

-¿Y qué sucedió? -preguntó Aminión.

-Revisé los escritos de Árcival. En ellos me dice que todos los Hombres desaparecieron entre las brumas y las sombras del bosque. Árcival envió estas noticias al emperador, pidiéndole que abandonaran el cerco; pero Arán se negó. En vez, ordenó a Árcival enviar a todas las tropas del cerco sobre el Bosque de Anarioth, mientras Talon se mantiene a los lindes. Árcival acató la orden, y logró invadir los alrededores de Arys; pero perdió más de la mitad de sus Hombres en misteriosas desapariciones.

-¿Es esas incursiones Árcival tomó Heid? -preguntó Aminión.

-También Derys -añadió Dárlaran que, retirándose hacia la cama, añadió: -Desconozco la suerte del duque de Derys.

-Pero Arys casi está cercada -agregó Aminión intentando calmar al Hombre-. Dárlaran, es cierto que en lo profundo de mi corazón deseo que Arys se salve; pero la única forma de acabar esta absurda guerra es que Arys sea tomada por el imperio.

-O que nosotros, los Ariánicos Imperiales, seamos derrotados -dijo Dárlaran.

-Pero esa solución no me gusta -se apresuró a responder Aminión, sonriente-. Espera, que mañana será otro día -añadió mientras se sentaba a su lado.

Entonces el duque se fijó en el rostro pálido de la joven, iluminado por una mimbreña luz, y lo acarició con delicadeza y se apresuró a sus labios. Después de besarla, dijo: -En verdad no sé que haría sin ti. Has sido mi más grande sustento, Aminión, y si te pierdo, me pierdo.

-No me perderás, Dárlaran, o por lo menos no en un tiempo cercano -respondió la duquesa, que volvió a besar al duque. —Pero prefiero que me pierdas antes de yo perderte a ti, pues no aguantaría la angustia que me invadiría si tú no estuvieras a mi lado. No sabes, de hecho, ni te imaginas, cuánta falta me haces cuando vas a las fábricas lejanas sin mí. Si fuera por mí, no te dejaría mover de mi lado.

El día llegó gris y triste, como se había vuelto costumbre, pero no era común. Los días del trópico eran calurosos, incluso en días de lluvias, pero esos días se habían tornado cenicientos y tristes. Las nubes eran pesadas y nublaban los dos soles, y venteaba con mucha frecuencia. Mas no llovía, pues hasta ahora era septiembre, y en octubre y en abril empezaba el invierno tropical: una temporada de lluvias que duraba dos o máximo tres meses. En el Nallhard sólo nevaba muy al norte.

Dárlaran salió del bastión antes de mediodía. Llevaba una capa blanca que mitigaba el frío de los airados vientos, y con él iba Burén y tres guardias más. En la carta que el emperador había mandado, decía que sólo él y una pequeña guardia podían entrar a Mirllán, pues era un tema de extrema delicadeza.

Cabalgaron sin descanso por el camino. Cruzaron el río Puro y se internaron en las sinuosas colinas del norte. Sólo se detuvieron para comer algunas frutas. Siguiéron por las sendas hasta finalmente llegar a la majestuosa ciudad de Mirllán.

Mirllán se había convertido en la ciudad más costosa y opulenta del mundo conocido, sin mencionar que era la más fortificada y poderosa militarmente. Aunque antes del nacimiento del imperio Mirllán era una ciudad mercantil, ahora era una ciudad militar y



ricamente comercial. Todo lo que estuviera bajo el poder del imperio llegaba a Mirllán, y lo que no se conseguía en la capital no se conseguía en ninguna parte.

Cruzaron la arcada rectangular del portón principal y cabalgaron por las amplias calles empedradas hasta llegar al imponente palacio del emperador, custodiado por dos soberbias pirámides de mármol y cal que emergía como imponentes guardias. Alrededor del palacio, la emperatriz Adel había mandado a construir un estanque para llenarlo de cisnes blancos y negros. El estanque era de agua muy azul, y sobre él nadaban cisnes, danzarinas doradas y una variedad de peces de todos los colores.

Dárlaran y Burén entraron al palacio sin ningún problema por el puente que llevaba al portón. Un soldado llevó al duque hasta el tercer piso del palacio y lo llevó hasta el emperador, que esperaba acompañado de otros dos nobles en uno de los enormes balcones que daba a una plaza interior. En la mitad de la plaza blanca había una enorme fuente de agua cristalina que emanaba el oro azul como un bálsamo. Y alrededor de la fuente, varias aves del paraíso, faisanes y pavos reales revoloteaban. A cada lado de la pila había una estatua de mármol negro en forma de Mujer.

Entonces Arán vio a Dárlaran, se acercó y le dijo en voz baja: -Le-Hir está por llegar, pero le pido el favor que vuelva en una hora, pues tengo asuntos delicados por solucionar con estos dos Hombres.

Dárlaran asintió y dio media vuelta. Salió del Palacio Imperial, cruzó los majestuosos jardines de brillantes orquídeas y jazmines, y caminó hasta la Calle de los Muertos. La calle se extendía de extremo a extremo de la ciudad, de norte a sur, y en el centro de la calle había un gran canal de agua cristalina bordeado a menudo de columnas de piedra o de estatuas de mármol. A los lados del canal también había canales de un grosor más pequeño. Y en el centro de la ciudad la Calle de los Muertos se anchaba hasta formar una plaza de piedra. En el medio de la plaza se erguía una gran pirámide de cuatro cuerpos rectangulares. La pirámide tenía escaleras a los cuatro lados, y era llamada la Pirámide de Arián, pues en el solsticio de verano, el 7 de mayo en el Nallhard, el Sol Amarillo se posaba frente a la pirámide.

Ahora bien, Dárlaran se posó frente a la soberbia y majestuosa Pirámide de Arián mientras, ensimismado, pensaba sobre las noticias de Árcival. Se sentó a las faldas de la Pirámide, mientras miraba detenidamente el gran movimiento en la Calle de los Muertos. -¿Se encuentra bien, señor? -preguntó Burén finalmente, mientras se sentaba al lado del duque.

Entonces Dárlaran levantó la nublada mirada, y dijo recordando: -«También te pido, duque de Háreneth, que ayudes a los más desdichados, sin importar su bandera, pues muchos dependerán de tu poder; ése es mi deseo».

-¿Quién dijo eso? -preguntó el moreno mientras miraba al duque con duda.

-La gran Dama Mírlloth -respondió Dárlaran-. He intentado seguir sus palabras, pero ha sido difícil -añadió bajando de nuevo la cabeza, pensativo.

En ese momento sonaron las trompetas en el palacio, lo que indicaba que Árcival ya había llegado. Dárlaran y Burén se levantaron con pereza y caminaron con lentitud entre los cientos de personas. Por doquier había esclavos sirviendo a sus amos, que ostentaban sus ropas de seda y sus joyas preciosas. Los Ariánicos reían con frecuencia, y bailaban y



cantaban. Aunque la riqueza había crecido con celeridad, los Ariánicos no habían perdido su esencia, su alegría y su pasión por las cosas. Simplemente tenían acceso a más conocimiento, tenían más esclavos y se habían tornado descomplicados, pues no había nada de qué preocuparse, no aún.

Cuando los Hombres llegaron al palacio, vieron que había mucho movimiento, y algunos rostros se tornaban inquietos y preocupados. Había muchos susurros y especulaciones, pues según Burén alcanzó a escuchar, Le-Hir había entrado con presura sin siquiera saludar, y traía consigo una gran bolsa. Muchos pensaron entonces que Árcival traía en esa bolsa al enemigo oculto que había evitado la caída de Arys.

Dárlaran, seguido de su guardia, cruzó los jardines y entró al palacio. Sabiendo bien que Arán estaría en el salón del trono, Dárlaran dirigióse al salón de inmediato, y cuando llegó, vio que varios Hombres y varias Mujeres estaban allí, expectantes. En el medio del salón, Árcival hablaba con el emperador en voz baja.

Pero el emperador dio media vuelta y se sentó en su voluptuoso y opulento trono. Arán permanecía calmado, a diferencia de muchos de los presentes, y su rostro mostraba una extraña seguridad. Pero al ver la actitud de los presentes, ordenó despejar el salón, dejando sólo a las personas más importantes; entre esos Dárlaran. Burén tuvo que retirarse.

Cuando las puertas del salón se cerraron, Árcival arrastró la bolsa hacia el medio del salón, frente al emperador.

—Hemos perdido una avanzada de siete mil Hombres, y no hay indicio de que hayamos hecho daño alguno al enemigo -dijo Árcival-. El Bosque de Anarioth está maldito.

-¿Y? -preguntó Arán con una frialdad ofensiva e inhumana.

-Propongo que levante el cerco que Talon mantiene alrededor del Bosque -respondió Árcival sin vacilar.

A todos les asombró tal respuesta, incluso al emperador, que pareció palidecer de furia. -¿Cómo se atreve a decir eso?! -preguntó airado mientras se levantaba de su trono con los ojos refulgentes.

Pero Árcival parecía no arrepentirse de lo dicho. En cambio, plantó sus pies en el suelo y se mantuvo en su puesto. —Hemos perdido en ese cerco y en la invasión a Arys más Hombres que los que perdimos en Félgor y en la Península de los Elementos -increpó-; y ahora que sé qué se anida en el Bosque de Anarioth, sé con certeza que no podremos ganar -añadió.

Todos enmudecieron al escuchar tales palabras; y esperaron con temor la respuesta del emperador.

Pero Arán no se irritó, y en cambio, se volvió a sentar en su trono, miró la bolsa y dijo: -¿Y qué es lo que tanto lo asusta?

-No soy un cobarde -dijo Árcival irritado-, soy realista; es muy distinto.

-¿Nomos? -preguntó Arán sin prestarle atención a Le-Hir.

Entonces Árcival, incómodo por la ofensa, miró profundamente al emperador, con un rostro acerado que atemorizó a más de uno de los presentes. -¿Saben por qué las tierras a las laderas sureñas de la Cordillera de Télegrim, las mismas que queremos conquistar, son llamadas el Reino de las Cavernas? -preguntó a todos los presentes.

-¡Porque los Nocturnos todavía viven en cuevas! -exclamó uno de los nobles presentes con sátira. Y todos rieron, menos Dárlaran, Árcival, el emperador y dos nobles más.



-Los Nocturnos no son los únicos que viven en las cuevas -dijo Árcival con furia. Y sin más, destapó la bolsa y exclamó: -¡Estos seres viven con ellos, y son el motivo de nuestras frecuentes derrotas en ese inmundo bosque!

Dárlaran, que permanecía cerca del trono, miró con detalle el ser que yacía en el suelo, inerte y desgonzado, y sintió que su corazón se aceleraba y que la respiración se le cortaba, como si hubiera olvidado respirar de súbito. Sin embargo, no fue el único en hundirse en el estupor y en la sorpresa. Todo el salón enmudeció, como si las sonrisas hubieran sido prohibidas por un espíritu oculto. Y Arán se levantó del sillón, con los ojos bien abiertos y el rostro pálido del pasmo. Parecía no creerles a sus ojos, pues nunca se había imaginado siquiera tal momento.

79

El ser yacía desgonzado sobre el lustroso suelo de mármol blanco, con los ojos desorbitados y una herida en el abdomen, producida quizás por una pesada espada. Alrededor de la herida la sangre se había secado, lo que daba una apariencia tétrica. Tenía la piel extremadamente pálida, casi blanca; facciones corpulentas; brazos anchos; cabellos largos y negros como la noche, y brillantes y sedosos como crines; y ojos negros como estrellas oscuras. Vestía un peto gris impecable y lustroso, y bajo él una seda negruzca metálica. Sin embargo, lo que en verdad lo diferenciaba de los Hombres y de los Dacones eran las enormes alas de plumas negras que emergían de su dorso. Alrededor del ser, varias plumas se extendían, y algunas revoloteaban por el viento que entraba por los amplios ventanales del salón.

-¿Qué es eso? -preguntó Arán con la mirada fija en el muerto.

-Todos sabemos qué es -respondió Árcival-. Tienen la fuerza de tres Hombres, una visión excelente en la oscuridad, y alas -añadió mientras miraba con frialdad al ser.

-No es posible -se dijo Arán desubicado.

-Están protegidos con armaduras muy ligeras, pero resistentes. Las flechas se rompen y las espadas se mellan al chocarse con esas armaduras. Sabemos que tienen hierro y carbón, pero tienen algún elemento más que nosotros desconocemos -explicó Le-Hir.

-Son armaduras mágicas -exclamó uno de los presentes.

Y Árcival asintió. -Brillan de día, pero no emiten brillo alguno de noche.

-¿Qué más? -preguntó Arán, todavía mirando el cuerpo que yacía a sus pies.

-Sus armas también son mágicas, y abren nuestras armaduras como si fueran hechas de mantequilla -respondió Árcival mientras miraba el rostro perplejo del duque. -Además, tienen mucha más fuerza, y parecen no agotarse ni sufrir de hambre o sed.

-¿Y ahora qué vamos a hacer? -preguntó el duque, tragando un poco de saliva.

-No podemos ganarles -aseguró Árcival de nuevo-. Son incontables, y salen de las cavernas a las faldas de las montañas en el crepúsculo rojizo; parecen una colonia de murciélagos. Caen sobre nosotros amparados por la oscuridad nocturna, como famélicos cuervos. Nuestras tropas no pueden luchar en esas condiciones, en completa oscuridad, con esa inmunda y fastidiosa niebla que se estanca sobre el suelo del bosque, con frío y hambre, y entre los densos ramajes. ¡No podemos ganar!

Arán levantó la mirada, y preguntó casi sabiendo la respuesta: -¿El cerco fue quebrado?

Y Árcival asintió. -Destrozaron el cerco en tan sólo dos días. Destruyeron todos los puestos de guardia. Talon tuvo que retirarse al norte; pero los Ángeles lo siguen, y atacan



antes que las noticias lleguen. Nuestros mensajeros sobre cóndores son sus blancos más apetecidos. Están destruyendo nuestra comunicación. Pronto llegarán a Félgor.

-¿En cuánto? -preguntó el duque.

-En dos o tres días, quizás -respondió Árcival.

Arán se tomó la cabeza entonces en señal de preocupación, y por primera vez sintió que la situación se salía de control. -Hicieron lo que nosotros hicimos en varios meses -dijo ensimismado.

-Debemos llegar a un acuerdo -insistió Árcival.

Entonces Arán levantó una mirada iracunda, y arrogante y soberbio, dijo: -Alisten a toda la flota y manden los soldados que sean necesarios para defender Félgor e invadir Arys.

Estas palabras hicieron que todos abrieran los ojos, atónitos.

-Pero llegarían en varios meses, y los Ángeles sólo necesitan días para cruzar la Cordillera Coronada y la Nínilver -aseguró Árcival.

-¡Dije que manden las tropas necesarias! -gritó el emperador-. ¿Cuántas? ¿Medio millón? Ese número puede costearlo el imperio. Manden esclavos al frente y llévenlos contra los Ángeles; igual, nada se pierde.

-Pero...

Sin embargo, Árcival fue interrumpido por el emperador. -¡No dejaré perder Félgor ni Herda! -exclamó Arán.

-¡Tenemos la guerra perdida! -gritó Árcival-. La gran mayoría de mis Hombres tienen traumas por la guerra. Sufren de ansiedad y pesadillas. No podemos hacer frente.

-El imperio es lo suficientemente poderoso para enfrentar cualquier ejército, así sea de Ángeles de plumas negras -insistió el emperador-. Manden cartas a todos los nobles de Pacán, infórmenles que requiero todas las tropas disponibles -y mirando a Dárlaran añadió: -Incluyendo sus guardias personales.

-Los Ángeles destruirán nuestras posiciones en el Antiguo Continente antes que podamos reunir todas las tropas. Nuestro problema no es cantidad de tropas, es el tiempo -aseguró Árcival.

-Necesito todas las tropas -insistió Arán que, mirando al Ángel inerte, añadió: -Empálenlo y póngalo en el centro de la ciudad, y hagan una inscripción que diga: «Ni los Ángeles pueden oponerse al poderío Ariánico, pues los Ariánicos están protegidos por los Espíritus». Y si preguntan, digan que tenemos la guerra ganada; no necesitamos ningún caos innecesario en este momento.

Entonces Árcival, sin ocultar su inconformidad, asintió y dijo: -Entonces así se hará -y sin más, se retiró.

-¿Por qué está tan obsesionado con Arys? -preguntó Dárlaran.

Arán lo miró, se sentó de nuevo en su trono, y dijo: -No hay nada mejor que ver al enemigo derrotado. ¿Acaso cree que otra raza que no sea la Ariánica debería liderar el mundo? O prefiere estar bajo el mando de los Nocturnos, o de los Nórdicos, o de los Írimos -entonces carcajeó-. No Dárlaran, somos nosotros los dueños del mundo. Los Espíritus nos han dejado como pastores para guiar a las demás razas.

-¡Los Ángeles están de su lado! -exclamó Dárlaran-. ¿No lo entiende? Oramos mal.

-¿Mal? -preguntó el emperador-. Todos los Ariánicos son instruidos, tienen por lo menos dos esclavos y pueden caminar sin preocupaciones. Tienen todo el conocimiento a sus pies. El médico Sarlom ha hecho grandes avances para la medicina. La mercancía de Térail es ahora la más apetecida. Árcival es el general más exitoso del mundo. Incluso su amada Nocturna, la duquesa de Háréneth, goza de buena fama y buena fortuna, además



de ser muy querida por sus novelas. Y usted, Dárlaran, tiene inmensas riquezas y grandes fábricas. Les he dado a los Ariánicos el cielo, el mar y la tierra.

-¿Y a qué costo? -increpó Dárlaran-. Mientras nosotros gozamos de fortuna, miles de Hombres y Mujeres mueren. Esclavizamos reinos enteros y borramos de la faz de la tierra ciudades majestuosas. Mientras nuestras Mujeres piensan cómo será su próximo palacio, las Mujeres del resto del mundo piden al cielo un sitio donde escapar de nuestro yugo, y lloran por la pérdida de sus tierras y sus esposos e hijos.

-Pero son el enemigo.

-¡Son Humanos! -gritó Dárlaran.

Entonces Arán dijo calmadamente: -No abuse de su poder, Dárlaran, que, aunque usted sea mi amigo, y me sea necesario, por ahora, tengo el poder de apresarlos.

Dárlaran tragó saliva y respiró profundo. -Lo siento. Me ganó el desaliento. ¿Qué va a hacer? -preguntó más calmado.

-Defender mi imperio -aseguró Arán-. Necesito que envíe todas las tropas disponibles a Hil-Darath. De allí irán al Antiguo Continente y defenderán con su sangre la sangre que aquí emerge.

Dárlaran sintió un enorme peso al escuchar los deseos de Arán; pero nada podía hacer. Así que asintió y dijo: -Tendrá sus tropas.

Una ira casi incontenible quemaba el interior del duque, que caminaba con presura y en silencio por las anchas calles de Mirllán. Burén caminaba a su lado. Había mucho movimiento en el centro de la ciudad por la aparición del Ángel Negro; pero todos los Ariánicos parecían optimistas, pues se les había vendido la idea de que el imperio le ganaría a los Ángeles.

Entonces Dárlaran llegó a una pequeña plaza, llamada la Plaza de los Enemigos, pues allí se ahorcaban o se empalaban los prisioneros de guerra. Y ese día no era la excepción: el duque y el guardia vieron entre la gritona multitud a tres Hombres maniatados esperando la muerte. Llámese coincidencia o los hados del destino, pero, para sorpresa de Dárlaran y de Burén, uno de los tres rostros les era familiar.

-¿Es él? -preguntó Dárlaran con los ojos bien abiertos.

Y Burén asintió. -Es Mérot, el guía que nos llevó hasta los Bosques de Mirllán -aseguró el guardia, incrédulo de verlo en ese lugar en ese preciso momento-. Quizás fue capturado por las tropas imperiales alrededor de Arys -añadió.

Y sin pensarlo, Dárlaran se abrió paso entre la multitud y logró llegar hasta uno de los guardias Ariánicos. Le mostró el sello de Háreneth y le pidió que lo dejara hablar con Mérot. El guardia, al ver que Dárlaran era un noble, aceptó de inmediato.

-Mérot -dijo el duque.

Entonces el prisionero Nocturno levantó la mirada, un poco desorbitada y cristalina por las lágrimas, y dijo pensativo: -¿Cómo sabe mi nombre?

-¿No me reconoce? Soy Dárlaran. Usted me guió por el Antiguo Continente. ¿No lo recuerda?

Pero Mérot miraba con profundidad al duque, intentando recordar algo. -Es igual al nombre de uno de los Hombres que aparecían en mis sueños -dijo.

-¿Sueños?-. El duque parecía cada vez más desconcertado. ¿Acaso no la recuerda? ¿No recuerda a la gran Dama? -preguntó en voz baja.



Pero Mérot parecía tener la memoria perdida. –En verdad no sé de qué me habla -respondió y le quitó la mirada, como ignorándolo.

Dárlaran no pudo disimular el asombro al escuchar tales palabras. –¡Mérot! -gritó.

Pero Burén lo tomó del hombro. –¿Recuerda la promesa que hicimos en Mirlin? -preguntó en voz baja.

Y el duque asintió. –Que no debíamos decir nada -respondió.

Burén asintió y añadió: –Y si lo hacíamos...

–Todo sería olvidado, como si todo hubiera sido un sueño -interrumpió Dárlaran que, mirando al prisionero, añadió: –Él contó lo que vio en Mirlin.

En ese momento las cuerdas se apretaron sobre los cuellos de los prisioneros. Los tres Hombres se retorcieron, y finalmente dejaron de moverse. Así murió Mérot, guía del Viaje de Dárlaran, y uno de los pocos Hombres que vio a un Ángel.

80

El viaje hacia el bastión se hizo en silencio. Cabalgaron un buen tiempo por la senda empedrada sin novedad. Sin embargo, poco después de salir de Mirllán, y después de internarse en las sinuosas colinas al sur del río Puro, los Hombres divisaron un grupo de personas que se dirigían a Mirllán. Al acercarse, vieron que eran algunos guardias imperiales con prisioneros de guerra.

A Dárlaran no se le hizo extraño, pues sabía que el emperador había ordenado ejecutar a todos los prisioneros que no fueran importantes. Pero cuando pasó al lado de los prisioneros, vio que allí también había un rostro conocido. El duque no pudo disimular su sorpresa, y de inmediato se apeó de Sombra y se posó frente al prisionero. Burén lo siguió. –¿Está bien? -le preguntó el duque al Nórdico que marchaba en la mitad de la fila, encadenado de manos y pies.

Entonces Árgoth levantó la mirada y detalló el rostro de Dárlaran. –Reconozco ese rostro -dijo con voz débil.

Pero en ese momento llegó uno de los guardias. –¿Quién es usted? -preguntó irritado.

Entonces Dárlaran le mostró su anillo y el escudo de su linaje. Y el guardia retrocedió. –¿Cuánto vale este Hombre? -preguntó sin vacilar.

–Es un prisionero de guerra -respondió el soldado.

–Pregunté que cuánto vale -insistió el duque, inexpresivo.

Entonces el guardia asintió. –Me pagan quince Escudos de oro por cada prisionero -respondió.

–Le doy cuarenta Escudos si desata a este Hombre de inmediato -aseguró el duque.

Pero en ese momento miró al resto de prisioneros, y vio sus rostros cansados y descarnados, y sus ojos suplicantes y esperando ser rescatados.

–Por favor, señor, sálveme -pidió uno finalmente.

Y en segundos, todos los prisioneros empezaron a clamar al duque su libertad.

–¡Silencio! -gritó otro de los guardias.

El primer soldado permanecía dudoso de la oferta del duque; y por lo mismo, Dárlaran se apresuró a sacar de su bolsillo una pequeña bolsa de cuero repleta de monedas de oro.

–Hay cien Escudos en mi mano, lo suficiente para comprar dos casas en la Llanura Verde.

–¿Cuántos prisioneros me puedo llevar? -preguntó el duque, llevado por un extraño sentimiento. Y al ver que el Hombre seguía dudando, sacó de su bolsillo unas cinco monedas de oro más. Se las entregó y se dispuso a liberar a Árgoth.



—Burén, ayúdeme a desatar al resto de prisioneros -pidió el Dárlaran.
Y ninguno de los soldados se opuso, pues estaban hechizados por el brillo del oro.

De inmediato, y sin siquiera dar las gracias a los soldados, el duque se dispuso a volver al bastión. Montó a Sombra y se acomodó el broche de jade de la capa a la altura de su cuello. Tomó las riendas y dijo a los soldados Ariánicos: -Ni una sola palabra de lo que sucedió aquí-. Y sin más, se llevó a los prisioneros consigo.

Árgoth parecía cansado, pero no disimulaba el asombro al ver las fértiles colinas que se levantaban alrededor, bañadas por una que otra densa arbolada. El anochecer caía, y el Nórdico miraba con sorpresa el dorado crepúsculo recostado al frente de la marcha. Los soles parecían dormitar tras las colinas boscosas, y un recodo del río Puro era visible entre los ramajes. Pero algo inquietaba al gigante Nórdico. Sin embargo, no se atrevía a preguntarle al duque sobre su situación.

Sólo después de algunas horas, Árgoth tomó el valor de preguntar: -¿Disculpe, señor, pero me podría decir de dónde nos conocemos?

Dárlaran miró a Árgoth con sorpresa desde el lomo de Sombra, sonrió y respondió: -Hace algunos años usted me salvó a mí y a mis amigos de los Nomos en el Alto de los Cerros, en la Cordillera de Nínilver.

Entonces el Nórdico buscó en sus recuerdos, y preguntó poco después. -¿Eran unos viajeros?

Y el duque asintió. -Soy Dárlaran de Háreneth. Usted salvó mi vida años atrás. Ahora yo salvo la suya.

-Entonces mi vida es suya -aseguró el gigantesco Hombre que, posándose frente al caballo negro del duque, se hincó. Y tras él, el resto de prisioneros, casi todos Nórdicos.

-No lo hice para tener protectores -aseguró el duque.

-Pero así será -respondió uno de los Nórdicos con asiento torpe, de cabello y barba rojizas.

Dárlaran ubicó a sus nuevos huéspedes en unas pequeñas parcelas al sur del bastión; pero le dijo a Árgoth que se quedara en el baluarte del ducado. El Nórdico aceptó renuente, aunque no disimuló su asombro al ver la soberbia edificación. Fue presentado a la duquesa Aminión, que lo recibió con cariño y avidez.

Empero, Dárlaran permanecía inquieto por las peticiones de Arán. Sabía bien que su orden era directa, y que debía mandar sus tropas a Mirllán para que de allí fueran a los muelles y de allí al infierno. Dárlaran había detallado los rostros de sus guardias cuando llegó de Mirllán, y había visto que muchos de ellos no tenían más de veinte años. La sola idea de mandarlos a la guerra contra los Nocturnos y los Ángeles Negros lo aterraba. E incluso, sabía bien que el emperador lo mandaría a él mismo al Antiguo Continente, y eso en verdad lo asustaba. Sin embargo, nada le dijo a Aminión.

La duquesa ya empezaba a dudar por actitud de Dárlaran, pues en los próximos días permaneció callado y muy pensativo. Dejó de trabajar en sus proyectos, y en vez, caminaba a solas por los jardines y las forjas del bastión. Este extraño cambio inquietaba a Aminión, que intentaba descifrar los pensamientos del duque.

Pero a mediados de octubre, una carta que llegó al bastión sacó de toda duda a la joven. La carta provenía de Hil-Féreneth y estaba firmada por el padre de Ládeniel. Kihra fue



quien la recibió. Kihra también estaba extrañada por las acciones del duque, y había decidido ayudar a Aminión a averiguar qué sucedía.

La carta informaba que Ládeniel iría al bastión al día siguiente para que las tropas de Háreneth y de Hil-Féreneth marcharan juntas hacia Mirllán, y de allí a los muelles. El marqués también le encargaba al duque que cuidara a su amada hija Ládeniel en el Antiguo Continente, pues ella iría al mando de las tropas de su casa.

Aminión leyó la carta con detenimiento, una y otra vez. Y cada vez que la leía, se irritaba más. Se sintió airada al leer el nombre «Ládeniel», y el pensar que Dárlaran todavía le guardaba secretos la enfurecía. Entonces dobló de nuevo la carta y le pidió a Kihra que se la llevara al duque. Y así se hizo.

Esa noche, Dárlaran llegó un poco más tarde que lo acostumbrado de las forjas. Subió a su cuarto y allí vio a Aminión, peinándose sus cabellos negros y sedosos frente al opulento espejo del tocador. La joven ni siquiera lo miró.

-¿Cómo has estado? -preguntó el duque.

Pero para su sorpresa, la joven no respondió animada y tierna, como siempre. -No me quejo -respondió secamente.

Entonces el duque se desató el cinto y la vaina, se quitó la capa y se acercó a la joven. -¿Qué tienes? -preguntó extrañado.

Pero la joven simplemente siguió peinándose, sin responder.

El duque tomó entonces una silla y la acercó al tocador, poniéndola al lado de la silla de Aminión. -¿Ahora qué hice? -preguntó dudoso mientras miraba el reflejo de su amada en el espejo.

-Nada -respondió Aminión que, dejando su peine de oro sobre el tocador, se levantó y se dirigió a la cama.

Dárlaran también se levantó y la siguió. -¿Qué te sucede, Aminión? -preguntó un poco más irritado.

-¡Nada! -volvió a responder Aminión, que quitó el velo que cercaba la cama y se acostó.

-Hasta mañana -dijo secamente, y se arrojó hasta el cuello.

El duque se acurrucó frente a la joven, y volvió a preguntar: -¿Qué fue lo que hice? ¿Qué hice tan malo para que me ignores así?

Pero en vez de responder, Aminión cerró los ojos azules y se volteó, dándole la espalda.

-¡Bien! -respondió Dárlaran. Se levantó y se dispuso a dormir. -Si en verdad no te hice nada, no tengo de qué preocuparme -dijo mientras se acostaba al lado de la joven. Y añadió secamente: -Hasta mañana.

Pero Aminión no estaba dormida. La idea de que Dárlaran se iría con Ládeniel al Antiguo Continente era algo que la atormentaba de sobremanera. Y el pensar que él le había guardado ese secreto le destrozaba el sueño. Por más que Aminión intentó dormir no pudo. A menudo abría los ojos y veía muy cerca suyo el rostro del duque, que parecía dormir plácidamente. Esto la enfurecía todavía más, pero nada podía hacer.

Lo que Aminión no sabía era que Dárlaran no había leído todavía la carta, y que él tampoco podía dormir. El duque, aunque permanecía con los ojos cerrados, y evitaba mirar el bello rostro de su querida duquesa, fue invadido por el desvelo. El repentino cambio de Aminión en verdad lo había afectado, y aún más el momento. La poca



tranquilidad que el duque había obtenido los últimos días había sido por su amada esposa, por sus mimos y sus compresivas y dulces palabras. Pero ahora lo había resquebrajado. Además, las órdenes del emperador lo aterraban.

La noche fue larga para ambos, pero fue Aminión quien se levantó primero. Se bañó y salió de la mansión hacia las fuentes del frente del bastión. Allí miró su rostro reflejado en el agua sobre la pila. «¿Por qué no me lo dijo?» se preguntó. Entonces levantó la mirada y vio los amplios jardines del rededor. Se acomodó la tiara que sostenía su cabello negro y permaneció en silencio un buen rato, pensativa.

Poco después Dárlaran apareció. -¿Ahora sí me vas a decir qué sucede? -preguntó el duque en tono conciliador.

La joven lo miró con detenimiento, pero nada dijo. Se levantó del borde de la fuente en donde permanecía y se dirigió a los jardines sin mencionar palabra.

-¡Aminión! -dijo el duque.

Pero la joven no prestó atención.

Así que el duque la siguió por el jardín de orquídeas. -Aminión, espera -pidió Dárlaran. Y cuando finalmente la alcanzó, no tuvo más opción que tomarla del brazo con fuerza para detenerla. -¿Qué hice? -insistió el duque, que en verdad desconocía lo sucedido.

-Nada.

-Entonces, ¿por qué estás así conmigo?

Pero en ese momento sonó un cuerno que indicaba que había visitas. -Ve, que puede ser importante -dijo Aminión mientras miraba a Dárlaran, inexpresiva.

-Me importa más lo que te sucede.

-Puede que la visita sea importante.

Entonces el duque miró con detenimiento a su amada, intentando desentrañar sus pensamientos. Pero al no lograrlo, la soltó y se dirigió al portón del bastión.

Al llegar, su rostro palideció al ver a Ládeniel bajo la arcada del portón. La hermosa marquesa vestía una armadura forrada al cuerpo, una capa gris metálica y una diadema de plata con engarces de crisoberilos y amatistas. Pero lo que en verdad lo sorprendió fue que sobre sus finas mejillas tenía dos líneas rojizas pintadas a modo de tribales. Este maquillaje sólo lo utilizaban las Mujeres Ariánicas cuando iban a la batalla. Entonces Dárlaran supo que el emperador ya reunía a sus tropas.

La bella marquesa se apeó de su imponente caballo blanco y se apresuró a abrazar al duque. -Dárlaran, mi querido duque, no sabes cuánta alegría me da verte -exclamó la joven mientras se aferraba al duque con fuerza.

-A mi también me da gusto verte.

Entonces Ládeniel le besó la mejilla con ternura, y dijo: -Hace mucho tiempo no nos veíamos.

-Es verdad.

-¿Y estás listo?

-¿Listo? -preguntó Dárlaran mientras miraba extrañado a la joven.

Ládeniel miró al duque, pensativa, mientras los soles pintaban su rostro, resaltando su hermosura y obligándola a entrecerrar los ojos. -¿Acaso no recibiste mi carta? -preguntó. El duque meneó la cabeza, miró hacia los jardines para ver si veía a Aminión y dijo pensativo: -No, no la recibí.



-El emperador ha convocado a todos los nobles para una nueva invasión al Antiguo Continente. Te escribí para que alistaras a tus tropas y fuéramos a Mirllán -aclaró la joven Ládeniel-. Pero no hay problema -añadió-; sé que debes estar muy ocupado y entiendo que no te haya llegado la carta. Si lo deseas, puedo esperar a que tus tropas estén listas. Mis Hombres montarán un campamento a las afueras del ducado y nos veremos mañana por la mañana.

-¿Y tú? -preguntó el duque.

-Me quedaré con mis Hombres. Creo que sería de mal gusto hacerlos acampar mientras yo duermo en camas cómodas con cobijas de seda, ¿no crees?

El duque asintió. -Alistaré mis tropas y mañana, antes de medio día, estaré listo -aseguró el duque.

La joven asintió y se apresuró a besar de nuevo a Dárlaran en la mejilla. -No sabes hace cuánto quería verte -volvió a decir Ládeniel, que montando de nuevo su corcel blanco, se retiró.

Dárlaran, después de ver cómo la marquesa desaparecía entre los árboles que bordeaban el bastión, se apresuró a buscar a Aminión por entre los jardines, mas no la encontró allí. El duque ya asumía que la duquesa había recibido la carta, y casi aseguraba el por qué su actitud.

Al no encontrarla en los jardines, se dirigió a la mansión. Su paso era acelerado, y se sentía en verdad preocupado, no sólo por la actitud de Aminión, sino por la orden del emperador. Y en el camino a la mansión, el duque se topó con Burén.

-¿Qué sucede? -preguntó el moreno guardia.

-Aliste a todos los guardias. Dígales que, a órdenes del emperador, iremos a Mirllán, y de allí a los muelles, y de allí al Antiguo Continente -respondió el duque.

-Muchos no estarán de acuerdo en ir a una muerte segura lejos de sus tierras. Habrá muchos Hombres inconformes -aseguró Burén.

Y Dárlaran, mirando el cielo que poco a poco se nublaba por el invierno que se avecinaba, (pues las lluvias de ese año se habían atrasado casi dos semanas), dijo ensimismado: -Lo sé, pero igual debemos ir. También alístese usted.

Y Burén asintió. -Jamás lo dejaría solo, señor.

81

Después de ordenado esto, Dárlaran se apresuró a subir a su habitación, y allí encontró a la duquesa. Aminión miraba por la ventana cómo Ládeniel y sus tropas se retiraban al sur, más allá del ducado.

-¿Leíste la carta que me mandó Ládeniel? -preguntó Dárlaran casi afirmándolo.

-¿Por qué no me dijiste que te ibas al Antiguo Continente con ella? -preguntó Aminión sin quitar la vista de la ventana.

-No sabía que iba con ella.

Entonces Aminión dijo en voz baja: -Si eso es lo que quieres, hazlo. Siempre haces lo que quieres.

-¿Cómo se te ocurre insinuar eso?

-Lárgate, Dárlaran -dijo Aminión con frialdad-. Me cansé de esperar a que estés a mi lado -añadió sin siquiera mirarlo.



El duque se sintió morir entonces. Sus fuerzas parecieron abandonarlo. Se sentó destruido sobre la cama y miró al suelo por unos instantes. -¿Acaso crees que quiero irme? -preguntó con voz suave.

-Haz lo que quieras -volvió a decir Aminión-. Me casé contigo para estar siempre a tu lado; pero veo que a ti sólo te importan los negocios y la guerra -añadió con voz de piedra.

-Son órdenes de Arán. Si no las cumplo seré considerado un traidor. ¿Qué deseas?

-Nada -respondió la joven.

El duque se quedó en silencio por unos momentos, pensativo. -Aminión, ¿acaso ya no me amas? -preguntó levantando la mirada hacia la joven.

Pero Aminión permaneció en silencio, con la mirada fija en los ramajes del rededor.

Entonces el duque se levantó de la cama, y abatido, dijo: -Entonces iré al Antiguo Continente a buscar una tumba fría en esas horribles tierras. Si en verdad ya no me quieres, no vale la pena volver.

-¡Como quieras! -dijo Aminión, que parecía hechizada por la indiferencia.

El duque fue a su amado baúl y buscó allí su vaina y su espada. Las tomó y las puso sobre una pequeña mesa de mimbre. Tomó su armadura dorada y su capa blanca, y se las puso con presura. Se colgó la capa y se apretó el cinto con la vaina. Enfundó su espada y tomó su yelmo. Se acomodó las hombreras, pues le incomodaban, y se acercó a Aminión, que en todo este tiempo permanecía de pie frente a la ventana, con la mirada fija en el paisaje tropical que los envolvía.

-En el baúl quedan todos los papeles que te hacen dueña de todas mis posesiones si yo muero. En el momento en que salga del bastión estaré muerto; porque no pienso volver -dijo aguantando el dolor que se anidaba en su interior.

-Desde el momento que salgas del bastión, Dárlaran de Háreneth, yo, Aminión, seré la viuda de Háreneth -aseguró la joven.

El duque ya se sentía quebrar, así que dijo furioso: -¡Entonces te concederé ahora mismo ese placer, y me iré ahora mismo!

-Ya te dije que hicieras lo que quisieras -repitió Aminión con voz tranquila.

Entonces el duque, iracundo, dio media vuelta, salió del cuarto y cerró la puerta con violencia. -¡Kihra, aliste todo, que me voy ahora mismo! -gritó furioso. El estrés ya había hecho mella en su tranquilidad.

Pero Dárlaran no vio en ningún momento el rostro de Aminión. La duquesa, aunque hablaba con tranquilidad, tenía el rostro enjuagado en lágrimas, y apenas el duque salió, la joven no pudo aguantar más su dolor, y se desplomó en la cama. Puso su cabeza sobre los cómodos cojines y los empapó con su llanto.

-¿Por qué me haces esto, Dárlaran? ¿Por qué? -se preguntó una y otra vez, mientras el dolor en su ser se intensificaba.

El duque salió apresuradamente de la mansión y se dirigió a las forjas. Allí ya todos los Hombres (muchos de mal humor) se alistaban para emprender el viaje. Y cuando vieron al duque listo, con la armadura puesta y con el yelmo en su mano, se apresuraron más.

Pero al ver que todo el ejército no podía estar listo en tan poco tiempo, Dárlaran caminó lentamente hacia las caballerizas. Allí buscó a Sombra, que ya estaba ensillado. Lo montó y se apresuró a cabalgar por los alrededores del bastión para despejar su mente.

La cabalgata fue al principio rauda, pero el duque se fue calmando a medida que la noche transcurría. La Dama y sus hijas destellaban en un cielo, y las nubes, aunque lanzaban



pequeñas brisas, no dejaban caer sus tormentas. Y, ya un poco más calmado, se dirigió de nuevo a las forjas.

Cuando llegó allí, burén se apresuró a entregarle una carta de suma importancia. La carta había sido mandada desde la mismísima Hil-Darath, y lo citaba a una reunión secreta en una pequeña villa cercana a Háreneth, hacia el norte. La carta había sido enviada por el circular Atlán, un fiel opositor al emperador.

-Sabe a qué se arriesga si va, señor -aseguró Burén.

-¿Quién más sabe de esta carta? -preguntó el duque.

-Sólo usted y yo, señor -respondió el moreno mientras sentía el calor de las calderas en su rostro.

El duque permaneció pensativo por unos instantes. Sabía bien que si iba podría ser considerado un traidor, pero en verdad no deseaba mandar a sus Hombres a la muerte, y también temía por su vida. Las últimas órdenes del emperador habían sido en verdad descabelladas, y, además, en la carta mencionaban un nombre de mucho peso: En la carta se informaba sobre un documento de extrema importancia mandado desde la mismísima Ehirarh por el rey Dacón Ehirot.

La intervención de los Dacones en la situación del imperio en verdad alertaba al duque. Él sabía bien que el documento en verdad debía ser importante, pues los Dacones no conspirarían contra el emperador sin un buen motivo. Entonces la curiosidad empezó a corroerlo, mientras miraba con detenimiento los rostros atemorizados de los guardias de Háreneth. «¿Qué puede ser tan importante?» pensaba una y otra vez mientras, acongojado, miraba hacia la mansión y pensaba en su amada Aminión.

82

Ahora bien, cuando Dárlaran llegó a la pequeña y pestilente bodega en donde lo citaron, vio sentados allí a varios nobles Ariánicos alrededor de una pequeña lámpara que a duras penas les iluminaba los rostros. Sin embargo, su sorpresa fue enorme al ver a Térail allí. El mercader se levantó y saludó al duque con un apretón de manos. -Pensé que no vendría -dijo Térail, que parecía feliz al ver al duque.

-No pensé que ustedes estuvieran aquí -aseguró Dárlaran.

-Arán ha perdido los estribos -aseguró Térail-. Mandar a todas las tropas a una nueva invasión después de saber quién es el enemigo es un suicidio -aseguró.

-Es mejor que se siente, duque de Háreneth -dijo el circular Atlán.

Dárlaran se sentó y miró el sobre que había cerca de la lámpara. -¿Es ése el documento de Ehirot? -preguntó sin vacilar.

Y Atlán asintió. Después habló: -Como les venía diciendo, he sido enviado para aplastar la conspiración que rodea al Imperio de los Dos Soles. Y el emperador me pidió que llevara la cabeza del jefe de los conspiradores a sus aposentos.

Entonces todos se miraron atemorizados.

-Y ya sé quién es -añadió mirando todos los rostros presentes-. Y no puedo llevarle su cabeza, pues me es imposible -dijo finalmente.

Hubo un gran silencio en el recinto. Hasta que Térail se levantó de la mesa, se acercó a Atlán y le dijo: -Gracias, amigo mío.

Al escuchar esto, Dárlaran entrecortó la respiración, atónito. Hasta que finalmente pudo articular palabras. -¿Es usted el jefe de los conspiradores, Térail?!



Y el mercader respondió: -Hace algunos días recibí este documento proveniente de Ehirarh. Después de que lo leí, me juré que derrumbaría el Imperio de los Dos Soles, sin importar el costo.

-Sin embargo -interrumpió otro noble-, el emperador se acerca a nosotros.

-Lo sé -respondió Térail-, y por eso me veo obligado a realizar esta reunión -añadió mientras tomaba el sobre con el documento-. Tengo los testigos y las pruebas que garantizan que todo lo dicho en este documento es verídico.

-¿Qué dice el documento? -preguntó Dárlaran muy curioso.

Entonces Térail lo miró con detenimiento, y dijo: -¿Recuerda qué le dijo el rey Ehirot sobre el «Poder Oculto» tras los Nomos?

Y Dárlaran asintió. -Dijo que no era un Nomo; pero Arán le dio muerte a un hechicero Nómico en Górdoral, al jefe de los Nomos -aclaró.

Pero Térail meneó la cabeza. -El emperador no mató al Poder Oculto; porque Ehirot tenía razón -aseguró el mercader.

-¿De qué habla? -preguntó uno de los nobles.

-¿Acaso insinúa que el poder que llevó a los Nomos a la guerra contra los Hombres todavía está vivo? -preguntó Atlán.

Y Térail asintió. -De hecho, nos gobierna -respondió secamente.

Todos callaron entonces, pensativos e incrédulos.

Finalmente, Atlán fue quien habló. -¿Insinúa que Arán es el Poder Oculto? -preguntó.

-Nuestro emperador lo es -aseguró Térail.

Entonces Dárlaran se levantó de la mesa, aterrado y airado. -¿Qué lo hace pensar eso? -preguntó irritado.

-Analice, Dárlaran -pidió Térail al duque-. Arán siempre supo dónde atacar a los Nomos, cómo atacarlos y cuándo atacarlos. Nunca fue derrotado por ellos, a excepción de la destrucción de Al-Marac. Sin embargo, la caída del rey Milh, de Al-Marac, le convenía. Ese «hechicero» Nomo sólo fue un títere que Arán utilizó para sus designios. Y cuando tuvo el poder absoluto, traicionó a los Nomos y atacó sus ciudades. ¿No es extraño que Arán no haya atacado las ciudades Nómicas antes de tener el poder absoluto?

-Eso es sólo una hipótesis -aseguró uno de los nobles.

Entonces Térail sacó unos papeles amarillentos y medio quemados, y se los pasó a los nobles. Eran escritos en lenguas Nómicas con una traducción Ariánica, en donde los gobernantes de Górdoral y Krimallán le pedían a Arán tierras al norte.

-El emperador recibió estas peticiones sólo dos días después de su coronación -aseguró Térail.

-¿Cómo las consiguió? -preguntó Atlán.

-Algunos espías están de mi lado -dijo el mercader-. Además, también puedo asegurar que Arán fue quien mandó a envenenar al rey de Vírandel, al padre de Anaith. Esta muerte también le convenía, pues sabía bien que Anaith le cedería el poder. Y puso a pelear al rey Tolh de Larath con Anaith para él poderse quedar con el poder.

-¿Por qué lo sabe? -preguntó Dárlaran.

-Porque el veneno hallado en el cuerpo del rey de Vírandel sólo se consigue en las farmacias de Hil-Darath; y descubrí que Arán tiene varios frascos de este veneno en su mansión, en Sáreneth -respondió Térail.

-¿Y de qué manera lo liga con el asesinato del rey de Vírandel? -preguntó uno de los nobles.



-El sirviente que envenenó al rey trabajó muchos años atrás en Sáreneth. Lo que sucedió fue que Arán lo sobornó para que dijera que era Tolh quien lo había enviado, y después lo mandó a matar para que no confesara en su contra.

-Y después destituyó a Anaith -añadió Atlán.

-Ya sus exitosas campañas lo habían hecho famoso -dijo Térail-. O mejor, sus arregladas campañas -agregó.

-¿Así que Arán siempre estuvo sobre el poder de ambos bandos? ¿El de los Ariánicos y el de los Nomos? -preguntó Dárlaran.

-Así es -respondió Térail-; pero no es todo.

-¿Hay más?! -exclamó el duque, sorprendido.

-Llevo siguiendo a Arán mucho tiempo -respondió Térail que, acomodándose de nuevo en la silla, prosiguió: -Después de tener a toda Pacán bajo su poder necesitaba una excusa para llegar al Antiguo Continente. Así que, de nuevo, manejó a los Nomos a su antojo, y logró que esas inmundas criaturas invadieran tierras Humanas.

-Con mis armas -interrumpió el duque.

Entonces todos lo miraron extrañados.

-Recuerdo que algunos cargamentos se me extraviaron, y de repente mis armas aparecieron en manos Nómicas.

Térail asintió. -El emperador se las dio -aseguró. Y tomando de nuevo el sobre, siguió hablando: -Cuando los reinos del Antiguo Continente pidieron ayuda, Arán ya tenía una flota lista para enviar sus tropas, ¿no les parece extraño? Y cuando ya se posicionó en Herda, Félgor y las ciudades-estado al norte, necesitó un nuevo engaño para iniciar la guerra que en verdad quería.

-Contra los Nórdicos y contra los Nocturnos -interrumpió Atlán.

-No fueron Nocturnos los que atacaron Aigón, fueron mercenarios Nórdicos pagados por Arán y vestidos como Nocturnos -aseguró Térail-. Pero estábamos tan enceguecidos con la luz de Arán y con sus victorias, que no vimos lo que verdaderamente pasó.

-«Un Engaño del Sol» -dijo Atlán.

-Con esta nueva excusa, Arán declaró la guerra a los Nocturnos -dijo Térail-. Y todos los Ariánicos lo seguimos.

-Por eso el rey Áladroth negaba el ataque. No era por cobardía, sino porque era verdad-. Dárlaran se tomó la barbilla pensativo.

-Pero Arán no contaba con el mágico cerco que cubría el Bosque de Anarioth -dijo uno de los nobles.

-Ése fue su error -dijo Térail-. Y, finalmente, me llegó este sobre proveniente de Ehirarh. Los Dacones nada saben de mis investigaciones; así que les mandé las cenizas de la joven Álareth y dos dagas que Arán tenía en su mansión, en Sáreneth. Los Dacones, con su excelente magia, lograron asegurarme que en las cenizas había fragmentos diminutos de un acero idéntico al de uno de las dagas. Y me aseguraron que es imposible que la joven Álareth fuera apuñalada por otra hoja que no fuera ésa. Eso quiere decir que...

-Arán fue el que mató a la joven Álareth -interrumpió Dárlaran.

-Para iniciar la guerra contra los Nomos y crear la Triada -añadió Atlán.

-Arán manejó todo a su antojo, y movió reinos como fichas de ajedrez. Y, sin embargo, aunque toda la sangre que se ha derramado ha sido culpa suya, él es aclamado y querido por su imperio -dijo Térail con furia-. Todas las muertes, desde el inicio de la guerra hasta ahora, han sido planeadas por ese monstruo -añadió con el rostro pálido.

-Por eso Arán siempre estuvo al tanto de todo -aseguró Dárlaran.



-Y, sin embargo, nada podemos hacer -dijo Atlán-. Tiene al pueblo a sus pies, y nadie se uniría a la rebelión.

-El emperador es brillante -afirmó Térail.

Entonces Dárlaran lo miró, asombrado, incluso asqueado. -¡Es un asesino! -exclamó furioso.

-Es un asesino brillante -insistió el mercader-. Es tan brillante, que opacó con su brillo la verdad. Ha logrado mantener un imperio que no cualquiera podría mantener. Sus dominios son enormes, y hay muy pocos Ariánicos inconforme con su reinado. Lo aclaman como a un Dios. No hay mucho que podamos hacer.

-No enviemos nuestras tropas a Mirllán -pidió Atlán, pensativo.

Entonces todos los nobles lo miraron.

-Si el emperador no recibe todos los refuerzos que espera, los Ángeles Negros y los Nocturnos arrasarán con el dominio Ariánico. Y después podremos arreglar la paz con ellos.

-¿Y qué lo hace pensar que negociarán con nosotros? -preguntó un noble.

-Ya hemos hecho los arreglos -aseguró Térail-. Los Nocturnos saben que es muy difícil destrozarse todo el Imperio de los Dos Soles; así que sólo quieren la cabeza de Arán.

-Y se la entregaremos -agregó Atlán.

-Si no mandamos nuestras tropas, tendremos al Hombre más poderoso del mundo en nuestra contra y a menos de dos días de nosotros -aclaró Dárlaran.

-Arán estará muy ocupado defendiéndose para prestar atención a las tropas que faltan -aseguró Térail-. ¿No lo entiende, Dárlaran? Esta vez el emperador no tiene la situación bajo control. Esta vez deberá improvisar.

-Si Arán sale victorioso de esta contraofensiva, nos degollará por traición -aseguró uno de los nobles.

-Y aunque reuniéramos todas nuestras fortunas, jamás lograríamos enfrentarnos a las tropas imperiales -agregó otro noble.

Entonces Térail se levantó de la mesa, caminó cabizbajo de un lado al otro, perdiéndose de vez en cuando de la luz de la lámpara. Finalmente dijo: -Muchos feudos y muchos reinos acudirán a la llamada de Arán; pero muchos otros aprovecharán el flaqueo del imperio: Sadamarca, al norte del Antiguo Continente, ha declarado la guerra abierta al imperio, y junto a los Hombres de las Islas ha mandado una gigantesca flota para enfrentar la flota imperial. Félgor se levanta de nuevo, y Herda ya cayó bajo el poderío Nocturno y Nórdico. Ya hay revueltas en la Península de los Elementos, y los Ángeles se preparan para cruzar el Mar de las Deidades e invadir Hil-Dendel. El emperador no desea mandar una nueva invasión más allá del mar, no tiene el tiempo; lo que desea es defender el imperio. ¿No lo entienden? Se acabó. El dominio del emperador se acabó porque despertó seres olvidados al empeñarse en destruir Arys. Si Arán no hubiera atacado Arys, el mundo conocido estaría a sus pies. Él fue corrompido por el poder.

-¿Así que los Ángeles Negros atacarán la capital imperial? -preguntó uno de los nobles.

Y Térail respondió: -Y estamos hablando de sólo días. No más de un mes para que los Ángeles ya estén sobrevolando nuestros cielos.

-Así que lo que propone es no mandar los refuerzos que el emperador pide -dijo Dárlaran. Y Térail asintió. -Más que todo usted, Dárlaran.

-Eso es alta traición -aseguró el duque.

Y Térail volvió a asentir. -Lo sé. De usted depende; pero le pido que no mencione palabra alguna sobre esta reunión. Usted nunca estuvo en esta reunión.



Dárlaran se quedó pensativo por unos minutos, mientras el resto de nobles discutían si enviaban los refuerzos. Hasta que finalmente dijo ensimismado: -Arán era mi amigo. -Arán simplemente los necesitaba; a usted y a Árcival -aseguró el mercader. -¿Y Árcival? -preguntó Dárlaran con temor. -Árcival jamás traicionaría al emperador; no por amistad, sino por su linaje -aseguró Térail-. Los Tíndereth han servido a los estamentos de Hil-Dendel por siglos; Árcival no traicionará esa tradición. Él es demasiado devoto como para enterarse de algo así. -Así que Árcival no debe saber nada de esto -dijo Atlán. -El sólo estar aquí es traición, Dárlaran, así que usted decide -repitió Térail-. Pero Arán lo necesita mucho, y si usted le falta será un golpe contra su tiranía -aseguró el mercader. Entonces Dárlaran se levantó de la mesa rápidamente, confundido, y poniéndose su manta encapotada, dijo: -Pueden estar seguros que de mi boca nada saldrá, pues yo también estaría acusándome; pero no puedo evitar mandar mis tropas a Mirllán. Prefiero caer en Mirllán que exponer el bastión de Háreneth a las tropas imperiales. Aún así lo voy a pensar-. Y asintiendo y poniéndose la capota para ocultar su rostro, el duque se retiró de la bodega.

83

Su camino de regreso fue lento y calmado. El duque tenía pensamientos conflictivos. Aunque no creía todo lo que Térail le había dicho, sabía muy en su interior que muchas de esas hipótesis eran verdaderas. Dárlaran sabía bien que el Imperio de los Dos Soles no había traído al mundo conocido más que destrozos, esclavitud y perversión. Ahora las preguntas que retumbaban en su cabeza eran: «¿Qué debo hacer? ¿Mantenerme en Háreneth o ir a Mirllán?». A menudo recordaba la actitud de Aminión, y esto lo impulsaba a irse de Háreneth; pero la espantosa revelación del Engaño del Sol lo había dejado perplejo. Incluso se sintió culpable por tan horribles actos.

Y cuando llegó al bastión, a altas horas de la madrugada, vio que gran parte de sus tropas estaban preparadas para marchar a Mirllán; pero muchos se habían negado a ir. Y miró hacia la habitación en donde Aminión dormía, pero vio que la luz estaba apagada. Esto lo desanimó de sobremanera, y, destruido, dijo a sus Hombres: -Fórmense y prepárense para salir, que nos vamos antes del amanecer.

Pero lo que el duque no sabía era que Aminión había estado de pie frente a la ventana desde que él había salido del bastión, esperando su regreso. Había apagado la luz, pero ella estaba allí, quieta, mirando cómo Dárlaran organizaba sus tropas y las preparaba para partir. Su angustia y su dolor no habían disminuido ni un poco, en vez, crecían con cada minuto que pasaba. Y, sin embargo, no se quitó de la ventana ni un solo instante.

Cuando el alba llegó al bastión, calurosa y colorida, Dárlaran ya tenía todo preparado para partir a Mirllán. Burén esperaba a su lado, mirando con desdén los dos mil Hombres de capas blancas y armaduras doradas que permanecían pendientes a la orden del duque. Dárlaran esperaba pacientemente la llegada de Ládeniel y los Hombres de Hil-Féreneth; y a menudo miraba hacia la ventana de su cuarto, esperando ver a Aminión antes de partir. Pero primero llegó la marquesa.



El portón del bastión se abrió de par en par, y sobre el camino de piedra apareció la hermosa Ládeniel, montada sobre su corcel blanco y escoltada por algunos soldados de capas grisáceas. La joven sonreía alegremente, y miraba al duque con detalle; pero su rostro cambió al ver a Dárlaran apagado y pensativo.

-¿Sucede algo? -preguntó inquieta.

Dárlaran miró de nuevo a la ventana, y dijo: -Aminión no está muy contenta con mi partida.

-Es lo más obvio. ¿Estás listo?

El duque asintió. Y montando a Sombra, miró a sus Hombres y se quedó en silencio unos momentos. Tomó aire y miró los expectantes rostros de los soldados, y dijo: -Hombres, el emperador desea que vayamos a Mirllán, para después enfrentar a los Ángeles Negros y a los Nocturnos. Así que... -pero calló al ver a Aminión tras la ventana de su cuarto, inmóvil, con el cabello negro suelto y los ojos cansados de tanto llorar. El duque la miró profundamente por varios segundos, en silencio, y pareció olvidar a los Hombres que lo escuchaban. Finalmente dijo: -No los obligaré a ir, pero tampoco los obligaré a quedarse. Quien quiera ir a Mirllán no será frenado; pero yo, Dárlaran, el duque de Háreneth, me quedaré y defenderé mi ducado, a mis Hombres y a mis Mujeres.

Estas palabras sorprendieron a todo los Hombres presentes.

-No les ordenaré morir lejos de sus hogares; pero yo prefiero morir sobre mis tierras.

-¿Pero acaso eso no es traición? -preguntó uno de los Hombres.

-Es mí traición; pero una traición al imperio, no una traición a mi gente -respondió el duque-. Sería un traidor si dejo desprotegidos a los que viven en Háreneth. A nadie se le impedirá ir a Mirllán o escapar del ducado, pero yo defenderé mi bastión. Quienes vayan estarán bajo el mando de Ládeniel de Hil-Féreneth.

-¡¿Qué Diablos te pasa?! -exclamó Ládeniel, sorprendida y furiosa. -¿Estás loco? Podrían colgarte por esto.

-Lo sé, Ládeniel, pero no puedo dejar el bastión solo cuando la guerra está siendo perdida.

-¿De qué hablas?

-Estos Hombres van a Mirllán para defenderla, no para embarcarse hacia el Antiguo Continente -respondió el duque-. Los Ángeles están por llegar a Pacán.

-No estás hablando en serio -dijo Ládeniel, incrédula.

Entonces el duque se apeó de Sombra, ayudó a bajar a Ládeniel del caballo blanco y le susurró al oído: -No mandes a estos Hombres a una muerte horrible lejos de sus hogares. -¡No los mandaré! -exclamó Ládeniel airada. -Yo iré con ellos -añadió-. Dárlaran, yo ayudaré al emperador aquí o en Mirllán o en el Antiguo Continente. Él nos ha dado mucho, y creo que es hora de retribuirle -y mirando el rostro del duque, añadió: -Y tú también deberías agradecerle.

-Entonces cuídate, porque yo no podré cuidarte -dijo el duque, que dándole un beso a Ládeniel en la mejilla, dio media vuelta y montó a su corcel negro.

-Lo haré, y te escribiré cada vez que pueda -dijo la marquesa.

Entonces muchos Hombres, inspirados por la bella Ládeniel, empezaron a gritar: «¡A Mirllán! ¡A Mirllán!». Y muchos decidieron seguir a la marquesa.

Dárlaran permanecía en silencio, mientras miraba cómo muchos de sus Hombres abandonaban el bastión para ir a luchar contra los Ángeles Negros.

Y cuando Dárlaran pensó que todos se irían, unos soldados de capas blancas se acercaron y le dijeron: -Estaremos a su lado hasta el fin.

-No puedo asegurarles la victoria -dijo el duque.



-Hemos vivido en sus tierras por muchos años, algunos toda la vida. No podemos dejarlo en este momento -respondió otro soldado. Y aunque algunos tomaron a Dárlaran como un cobarde, casi mil quinientos de los dos mil guardias de Háreneth volvieron a las herrerías del bastión, jurando lealtad a Háreneth.

Entonces el duque dejó a Sombra en manos de Burén y corrió hacia Aminión. Cruzó los jardines y escapó de la luz de los soles entrando a la mansión. Subió las escaleras y abrió la puerta de su cuarto con presura. Allí vio a Aminión sentada en un cómodo sillón. Ella permanecía callada y miraba al duque, pensativa y con serenidad.

-¿Estás contenta?

-Si lo que quieres es quedarte, quédate -dijo Aminión fríamente.

Pero al duque no le importó la serenidad de Aminión. En vez, se lanzó hacia ella y la levantó del sillón apresuradamente, y la abrazó con mucha fuerza. -¡Pues sí quiero quedarme, quedarme a tu lado! -exclamó el duque mientras levantaba a la joven y le daba vueltas por el aire mientras la mantenía abrazada. -¡A tu lado para siempre! -dijo alegre. Entonces Aminión, que no pudo seguir disimulando sus sentimientos, se entregó a la alegría y lo abrazó con fuerza. -Prométemelo -pidió la joven.

El duque la bajó, la miró al sonriente rostro, y asintió. -Te lo juro.

Aminión lo besó entonces, sonrió y lo abrazó de nuevo. -¡No sabes cuán alegre estoy!

-No más que yo -respondió Dárlaran.

Empero, Dárlaran sabía que tomar esa decisión traería consecuencias. Prácticamente estaba solo contra el enemigo, y por lo mismo, mandó cartas a todos los sitios donde pensaba podía conseguir ayuda. Muchos ignoraron estas cartas, pero otros atendieron el llamado del duque.

Dárlaran no perdió tiempo, y ordenó montar poderosas defensas sobre los muros del bastión. Mandó a hacer espadas, hachas, lanzas, arcos, porras, mazos y flechas, además de armaduras. Puso a trabajar a sus herreros al máximo, y dio capacitaciones a algunos soldados para manejar las armas mecánicas que defendían el baluarte. Sin embargo, se dio cuenta que, aunque las armas y las armaduras abundaban, faltaban Hombres.

Por más que el duque intentó buscar soldados, muy pocos mercenarios se unieron a su causa, y muy caros. Y Térail, que había prometido algunos refuerzos, no logró reunir más de quinientos guardias de Hil-Déreneth. Así que Dárlaran empezó a sumirse en el temor.

84

Ahora bien, el bastión tenía soberbias defensas, inexpugnables para un ejército no experimentado. Dárlaran había mandado a reforzar las cinco torres que formaban el pentágono del bastión, unidas por dos muros de piedra blanca. Y había mandado a construir elaboradas trampas y máquinas para la defensa.

Por otra parte, el bastión de Háreneth estaba bordeado de varias arboladas frondosas, y sólo el sur del bastión, su frente, estaba despejado y daba espacio para maniobrar a numerosas tropas. Así que Dárlaran suponía que el ataque sería frontal. Y, sin embargo, mandaba batidores a menudo para vigilar el norte, esperando al enemigo victorioso de Mirllán. El norte del bastión estaba cubierto por alerces y robles, y la torre del bastión



despuntaba sobre las copas de ramas, dando una vista soberbia de las colinas sinuosas. Los flancos sólo tenían unas delgadas sendas que llevaban directamente a las torres, y al suroccidente se abrían algunas plantaciones de plátanos y cafés.

Empero, las tropas enemigas no fueron vistas siquiera cerca del poblado. Tampoco pasaban las caravanas provenientes de Mirllán y de Hil-Darath. Y de esta forma pasó el tan esperado invierno. Las nubes, sin poder aguantar más el agua, decidieron soltar sus lágrimas, y con ellas regaron las regiones tropicales de Pacán. Las selvas se inundaron y las sendas se volvieron espesos guadales.

Mientras llovía, y entre truenos y relámpagos, Dárlaran planeaba más defensas en sus tierras. En pleno invierno mandó a construir una alta explanada alrededor del bastión y dobló la guardia. El duque, algo paranóico, ya esperaba con ansias la ira de los Nocturnos, y la espera lo estaba matando: No dormía, no comía, ni siquiera reía.

Sin embargo, él tenía la compañía de Aminión, que con frecuencia intentaba animarlo y tranquilizarlo. Lo convencía de pasear por el ducado para olvidar las preocupaciones y hablar con los aldeanos, y a menudo le proponía diversas apuestas; Aminión sabía bien que Dárlaran era débil ante el juego.

-¡Vamos a jugar cartas, o ajedrez! -propuso la duquesa al duque, que se encontraba sentado en el escritorio, pensativo y en silencio.

El Hombre levantó la mirada y asintió. -Ajedrez -dijo con voz débil.

Aminión se sorprendió al escuchar la debilidad con la que contestó, pero animada, se apresuró a traer un ajedrez de cristal que había comprado ya hace tiempo en Hil-Darath. Lo puso frente al duque y dispusieron a jugar. Aminión, que consideraba el ajedrez más un reto que un juego, se concentró como siempre, pues era tal su pasión por el juego de mesa, que siempre terminaba cansada después de una partida. Dárlaran también pareció concentrado, pero fue allí cuando Aminión se dio cuenta cuán mal estaba su esposo: La partida fue ganada por la duquesa en poco tiempo. Dárlaran intentaba buscar un escape, pero se vio sentenciado.

-¿Estás bien? -preguntó la joven, preocupada.

Pero el duque se mantuvo en silencio unos momentos, con la mirada fija en el tablero. -Juguemos de nuevo -pidió. Pero, para desconcierto tanto de Aminión como del duque, Dárlaran volvió a perder.

-¿Estás bien? -preguntó de nuevo Aminión, pues sabía que algo ocurría. El duque jamás había perdido con ella dos veces seguidas, y no parecía ser ni la sombra del jugador que había sido antes.

Dárlaran meneó la cabeza, y mirando por el ventanal de su estudio la lluvia, respondió: -Me preguntó qué habrá ocurrido con el emperador.

-¿Crees que podremos ganar la guerra? -preguntó Aminión-. Y por favor, no me mientas. El duque la miró con profundidad, como aletargado, y meneó la cabeza. -No, Aminión. Ni siquiera sé si podremos defender el ducado, y eso es lo que me mortifica-. Se acercó a ella, le acarició el rostro y añadió: -Me mortifica saber que no puedo defenderte.

Pero en ese momento sonó un cuerno que retumbó a las afueras del bastión, entre los velos azulados y gélidos de bruma, y entre las heladas gotas vidriosas. Entonces la pareja se apresuró al portón, y allí encontraron a Burén, que también parecía estar sorprendido.

-¿Qué sucede? -preguntó Dárlaran, alertado.



-¿El enemigo? -preguntó Aminión con temor y con los ojos muy abiertos. Un vacío de temor ya se anidaba en su pecho.

Pero Burén meneó la cabeza. -Ese no es un cuerno Nocturno ni del imperio -aseguró el guardia.

Entonces los tres divisaron a un guardia que corría entre la bruma y la lluvia. El Hombre se acercó y, jadeante, dijo: -Señor, parecen ser Írimos.

-¿Írimos? -preguntó Aminión, estupefacta.

-Y vienen por cientos -aseguró el guardia.

-¿Son invasores? -preguntó Burén.

Y el guardia meneó la cabeza. -Mandaron a un emisario que traía una paloma blanca -dijo.

-Es una señal de paz para los Írimos -aseguró el duque.

-El emisario no hablaba muy bien la lengua Ariánica, pero parece llamarse, Sir... -el guardia intentó recordar el nombre.

Pero Dárlaran lo interrumpió. -¿Sirmalón? -preguntó.

Y el guardia asintió. -Así es -dijo.

El duque miró a Aminión con sorpresa, y dijo: -Hágalos entrar.

El guardia asintió de nuevo y se retiró, desapareciendo entre la bruma circundante.

-¿Qué hacen los Írimos aquí? -preguntó Dárlaran con el ceño fruncido.

Y Aminión, pensativa, respondió. -Vienen a ayudarte.

-Quizás supieron de nuestra necesidad y decidieron venir a ayudarnos -añadió Burén. -

Pero ¿cómo burlaron a los Cruceros de Guerra? -preguntó pensativo.

-Según sé, Sadamarca y los Hombres de las Islas habían decidido atacar la flota imperial -respondió el duque-; pero no estoy muy seguro.

-Así que el emperador tiene su atención en los Nórdicos -dijo Burén.

Pero la conversación fue interrumpida cuando Dárlaran vio difusas figuras entre la niebla, que sólo se aclararon hasta ya estar casi frente a él. Eran soldados de estatura baja, no muy corpulentos, de armaduras de cuero tachonado y endurecido, y de armas melladas. Por el color de sus pieles, de sus ojos y de sus cabellos, eran fácilmente identificables. También había Mujeres y niños. Y de entre la multitud que se aglomeró alrededor de la mansión emergió un Hombre con gafas y nariz arqueada. Y apenas vio al duque, se apresuró a hincarse a sus pies.

-Señor, le dije que podía contar con nosotros. Por eso estamos aquí -dijo el Írimo, mirando los pies de Dárlaran.

Entonces el duque miró a todos los Hombres a su alrededor, y vio que parecían no tener miedo. -¿Han venido a ayudarme? -preguntó incrédulo.

Y Sirmalón, levantándose, respondió: -¿Por qué no habríamos de hacerlo?

-Porque soy un noble Ariánico.

-Usted nos ha salvado del imperio por mucho tiempo; pero todas nuestras casas ya fueron arrasadas por el imperio en su retirada. Vinimos como apoyo de los Nocturnos a luchar contra el imperio, pero cuando supimos que Háreneth estaba cerca nos escapamos del ejército invasor y vinimos de inmediato. Nuestra lealtad está con usted -respondió Sirmalón.

-Aquí estamos todos con todas las pertenencias que nos quedan -respondió uno de los soldados Írimos mientras se acercaba al duque y se arrodillaba frente a él-. Señor, usted nos dio casas y nos salvó del imperio mientras pudo. Por eso, los que quedamos venimos



a darle las gracias luchando a su lado, aunque seamos artesanos y comerciantes en su mayoría.

-¿Cómo llegaron hasta aquí? -preguntó Burén.

-Subimos por el río Puro en canoas -respondió Sirmalón.

-Pero perdimos varios de los nuestros -añadió otro Írimo.

-¿A cuanto están los invasores? -preguntó Dárlaran muy preocupado.

-Aún se demoran, quizás meses. Nosotros somos los exploradores, pero los invasores marchan con máquinas y provisiones, y no pueden tomar los caminos entre la selva. Aún están luchando por desembarcar en las costas del sur -respondió el Írimo.

-Los que logramos llegar estamos felices de luchar al lado de los guardias de Háreneth -dijo Sirmalón.

Y en ese momento se abrieron paso unos enormes caballeros por entre la multitud, de armaduras pesadas y cabelleras y barbas doradas y rojizas. A la cabeza de los caballeros Nórdicos estaba Árgoth.

-Aquí no sólo hay Ariánicos, Dárlaran, aquí hay un ejército humilde pero valiente de Írimos, y unos pocos caballeros Nórdicos -dijo señalando el grupo de treinta Hombres, de enormes estaturas-. Estos son algunos Hombres que lograron escapar de las garras Ariánicas, y al saber que yo estaba aquí se apresuraron a venir. Son mi Hombres -dijo orgulloso.

Entonces Aminión abrazó a Dárlaran, muy alegre, y le susurró: -Has sido un Hombre bueno, y aquí está el pago por eso.

Pero Dárlaran parecía incrédulo, como si un maravilloso sueño lo hubiera invadido. Y fue más su estupor al ver que todos los allí presentes se hincaban frente a él, como si él fuera un rey. Entonces se le desbordaron algunas lágrimas de alegría de los ojos mieles. Y mirando a su querida Aminión, dijo: -Quizás ahora sí podamos defender el ducado.

Y Aminión, sonriente, asintió. -Y lo haremos -respondió.

85

Casi apenas llegaron al bastión, los Írimos fueron enviados a las forjas, y fueron vestidos como tropas de Háreneth, con capas blancas y armaduras doradas y pesadas. A la gran mayoría de Írimos les costó acostumbrarse a las armaduras, pues eran muy pesadas para ellos; pero con los días lograron dominar el acero Ariánico. Los Nórdicos, en cambio, se mantuvieron renuentes, y se quedaron con sus pieles gruesas y sus armaduras grisáceas; las armaduras Nórdicas eran todavía más gruesas y pesadas que las Ariánicas. Las Mujeres y los niños Írimos fueron recibidos en el bastión, y se acomodaron en los patios traseros.

Sin embargo, la gran cantidad de personas hizo que las provisiones empezaran a escasear rápidamente. Dárlaran intentó comprar víveres a las provincias vecinas, pero pocas caravanas alcanzaban a llegar hasta el bastión. Esto le causó un nuevo dolor de cabeza al duque.

El invierno tropical pasó, dejando fértiles las tierras y verdes los pastos. Pero ningún soldado enemigo se presentó al bastión durante ese tiempo. La espera se estaba tornando desesperante, y los habitantes del ducado permanecían callados, pensativos. Algunos todavía se aferraban a la esperanza del perdón de los Nocturnos o a la victoria del imperio;



pero otros eran mucho más pesimistas. Incluso muchos, al ver la escasez de alimentos, decidieron dejar sus tierras buscando nuevas oportunidades.

Pocas noticias llegaron al bastión con respecto a la guerra, pero era bien sabido que muchos pequeños reinos ya se habían levantado contra Arán, y mucho de ellos habían pagado su traición. También se hablaba entre los Ariánicos de seres de alas negras que volaban alrededor de las ciudades de Hil-Darath y Mirllán, asechando y amparados por la noche. Además, la flota imperial había logrado repeler una enorme invasión proveniente de Sadamarca y de las Islas.

Ahora bien, Dárlaran permanecía en su escritorio revisando sus cuentas financieras, como era costumbre, cuando Burén irrumpió acelerado y con el rostro pálido.

—Señor, un ejército Ariánico viene hacia acá -dijo con presura.

Dárlaran levantó la mirada y entreabrió la boca. —¿Aliado o enemigo?

-No lo sé -respondió Burén-. Pero muchos de los habitantes del ducado piden amparo aquí en el bastión, temerosos -añadió mientras miraba por el gran ventanal del estudio hacia el norte, donde las colinas sinuosas se levantaban floreadas y bañadas por la luz tropical.

-Déle amparo a todos; pero quien entre no puede volver a salir, no mientras reunamos más información -dijo Dárlaran-. Necesito evitar espías -añadió.

En ese momento Aminión entró al estudio, con el rostro muy blanco y los ojos azules muy abierto. —¿Es verdad que un ejército cruzó el Río Puro? -preguntó.

Y Burén asintió. —No sabemos quién está a cargo, pero es un ejército pequeño. Debe ser de algún ducado.

Dárlaran se sentó cabizbajo, pensativo, y dijo: -Quiero que vigilen todos los caminos que conducen hacia aquí. Si el ejército es liviano llegará al crepúsculo; pero si es un ejército muy grande llegará entrada la noche.

Para el atardecer, la gran mayoría de los habitantes del ducado ya estaban en el bastión. Muchos de ellos sólo tenían las ropas que traían puestas, pues no tuvieron tiempo de prepararse. Ya los guardias del bastión esperaban en sus torres y ladroneras, mientras los habitantes del ducado se acomodaban tras los muros.

Y tal y como Dárlaran lo había previsto, cuando el crepúsculo dorado se pintaba en el cielo, un pequeño ejército de unos mil Hombres Ariánicos cruzó por las calles del ducado directamente hacia el baluarte. Marchaban en filas cerradas, sin batidores y sin pendones ni lábaros.

El ejército cruzó el ducado sin detenerse ni una sola vez, hasta posarse entre los frondosos árboles que flanqueaban el bastión. Pero cuando Dárlaran vio quién dirigía el ejército, no pudo disimular la sorpresa. Simplemente dijo: -Esto no es nada normal-. Y de inmediato bajó hacia el portón principal. Pero no bajó solo, pues Aminión, que también estaba muy sorprendida, lo siguió.

Cuando el duque y la duquesa salieron del bastión, Tínel, la hija del conde de Hil-Néreth se acercó sobre un caballo ruano finamente enjaezado de azul y dorado. La joven rubia, de vestido blanco y capa azul, miraba a la pareja con detalle, mientras un dolor profundo se anidaba en su ser, pues siempre había estado enamorada del duque.



-Supe que el emperador mandó hace poco un ejército imperial hacia acá -dijo la joven Tínel mientras miraba a Aminión. La duquesa, aunque era indudablemente hermosa, le parecía de muy baja estirpe como para ser una de las duquesas más poderosas del imperio, y no la veía merecedora de ser la esposa de Dárlaran por el sólo hecho de ser Nocturna.

-¿Cuándo llegará el ejército? -preguntó el duque.

-Llegará pasado mañana -aseguró Tínel mientras se quitaba el casco y dejaba su cabellera a merced del sereno viento.

-¿Cuántos son?

-Uno proviene de Mirllán -dijo la joven apeándose del corcel. Se posó frente al duque y añadió: -Otro proviene del ducado de Taral.

-Forlac -dijo el duque, que bien conocía al noble de Taral. Forlac siempre le había presentado oposición en el Círculo, y lo acusaba constantemente de traición. -¿Quién viene al mando? -preguntó.

Pero Tínel meneó la cabeza. -Todavía no sé quién está al mando del ejército que proviene de Mirllán, pero me informaron que Aeros viajó a Taral con una pequeña corte días atrás. Dárlaran permaneció ensimismado por unos momentos, observando los Hombres que Tínel había traído. Poco después habló. -¿Y solamente has venido para avisarme? -preguntó, pensativo.

Aminión también miró el rostro de la joven Ariánica, esperando una respuesta.

Tínel calló por un momento, tomó una bocanada de aire como para tranquilizarse y dijo:

-He sido convocada por el emperador para defender Hil-Darath.

La pareja de Háreneth enmudeció entonces. La noticia fue súbita e impactante, pues, aunque sabían que pronto la guerra llegaría a Pacán, no la esperaban tan cercana.

-¿El enemigo ya está en Hil-Darath? -preguntó Dárlaran con el rostro pálido y con una extraña sensación de vértigo en su estómago.

Y Tínel asintió. -Hil-Darath se ha convertido en un infierno -dijo mientras se mecía el cabello-. Aunque la flota enemiga no pudo derrotar a los Cruceros de Guerra, el enemigo logró cruzar el mar...

-Volando -interrumpió el duque.

Entonces Tínel fue la que pareció sorprendida. -¿Lo sabías? -preguntó.

Y Dárlaran asintió. -Sé que los Ángeles Negros despertaron y emergieron de las cavernas del Bosque de Anarioth, y que ahora nosotros somos sus enemigos.

-Hil-Darath ha sido la tumba de miles de Hombres -informó Tínel-; pero todavía no ha sido tomada. Los Ángeles, aunque son fuertes, son de carne y hueso. Muchos de ellos también han encontrado la muerte en Hil-Darath.

Al escuchar esto, Dárlaran y Aminión abrieron los ojos, sorprendidos.

-¿El imperio ha logrado repeler a los Ángeles? -preguntó la duquesa, atónita.

-El imperio aún es muy poderoso -dijo Tínel-. Los Ángeles Negros también subestimaron a los Ariánicos, y por eso se estrellaron con una fuerte defensa. Estos seres emplumados tienen la ciudad asediada desde hace tres días, y han matado a casi todos los mensajeros sobre cóndores, pero todavía no pueden romper la defensa imperial, aunque Hil-Darath no sea más que escombros y muertos.

-¿Entonces qué haces aquí? -preguntó Aminión.

Tínel miró a Dárlaran con profundidad, tomó de nuevo aire y respondió: -El ejército que envió Arán hacia acá no viene a ayudar al bastión. Ese ejército viene a frenar al enemigo. Un ejército de Nocturnos viene desde el sur y no sé si los imperiales llegaran antes que el enemigo. Por eso me adelanté para ayudarles.

La pareja enmudeció al escuchar esto.



Poco después, rompiendo el incómodo silencio, Dárlaran pudo articular palabra. -Deben ser las tropas que vinieron con los Írimos. ¿Y por qué deseas arriesgar la vida aquí y no en Hil-Darath? -preguntó mirando fijamente al rostro de la Ariánica.

Tínel pareció nerviosa, incluso incómoda. -¿Acaso lo ignoras? -preguntó mirando a Aminión, que permanecía pensativa-. Igual, mis motivos no importan. Pero logré convencer a mi padre a cambio de algo.

-¿De qué? -preguntó la duquesa con los ojos azules fijos en la joven Tínel, intentando adivinar los pensamientos de la Ariánica.

Entonces Tínel sacudió la cabeza para librarse de algunos cabellos que le acariciaban el rostro, y respondió mientras miraba al duque: -Que cedas las tierras altas de Háreneth a los Hil-Néreth.

Dárlaran pareció pensarlo por un momento, pero Aminión se apresuró a responder. -Hecho. Todas las parcelas de las tierras altas serán de ustedes con tal que nos ayuden -dijo sin pensarlo.

Tínel permaneció tranquila, serena, mientras una ventisca fresca le arremolinaba los cabellos dorados sobre el rostro y le hacía ondear la capa azul bordada de hilo dorado-. Acamparemos a las afueras del Bastión -dijo. Y sin decir más, dirigió a sus tropas tras los fértiles árboles, al lado izquierdo del camino empedrado.

-Tú puedes seguir y acomodarte en la mansión -dijo Dárlaran.

Pero Tínel simplemente sonrió y meneó la cabeza. Y así se retiró con sus tropas.

86

A la noche siguiente, un mensajero de Tínel llegó corriendo al bastión. Se apresuró a entrevistarse con Dárlaran, Aminión, Burén, Árgoth y Sirmalón. Y poco después todos lo siguieron fuera de la mansión. Al flanco oriental del camino empedrado se levantaban varios olmos, robles, sauces y saúcos, y otros árboles tropicales que lanzaban aromas deleitantes al viento pasajero.

A los lindes de la arbolada los esperaba Tínel con varios batidores sobre caballos pequeños, ideales para largos trotes. Todos rodeaban un pedazo del linde. Entonces Dárlaran, tomado de la mano con Aminión, se abrió paso entre los jinetes y vio con asombro lo que allí brotaba: Aunque entre los arbustos crecían algunas espléndidas y brillantes fucsias, un verdadero tapete de botones de oro, margaritas, magnolias blancas, colombinas púrpuras y blancas, orquídeas, jazmines, lilos, rosas, y un gran grupo de flores desconocidas y coloridas habían brotado prácticamente de un día para otro. Era imposible que todas crecieran al mismo tiempo de forma natural, tan juntas y de tanta diversidad.

-Me pareció extraño, pues, aunque hay poca luz, las flores parecían tener luminiscencia propia. Por eso les pedí que vinieran -dijo Tínel mirando el rostro del duque. Y era verdad; las flores parecían brillar entre las sombras de los árboles, inmolando toda atención. -Ayer no estaban allí -añadió la bella joven.

-¿Estás segura? -preguntó Aminión, que más que asustada, parecía fascinada por las hermosas flores.

-Acampé al otro lado de la arbolada, y estoy segura que no estaban allí -respondió Tínel de mala gana, mientras miraba cómo la senda de flores se sumergía en la profundidad de la arbolada oscura y abovedada, desapareciendo bajo las sombras de los árboles.



Entonces un explorador habló. —Algunos batidores también aseguran haber visto osos y perros paseando por las calles del ducado. Pero son esquivos, y se esconden en los árboles cuando ven a uno de los jinetes -explicó el Hombre.

Sus compañeros asintieron para apoyarlo.

-¿Osos? -preguntó Dárlaran-. Pero los osos no bajan de las montañas -aseguró mirando el camino empedrado que llevaba directamente al poblado.

-Han sido vistos en la oscuridad porque sus pelajes son brillosos, marrones y dorados -dijo uno de los batidores.

-Los osos de anteojos son de pelaje negro -afirmó Burén, pensativo.

-Estamos seguros que no son osos de anteojos -dijo uno de los exploradores-. Son casi del doble de tamaño, y mucho más sigilosos y escurridizos -añadió mientras se acomodaba en la silla del caballo.

Entonces Aminión, que por ser Nocturna tenía mejor vista de noche, notó que entre las sombras de los árboles unas siluetas sigilosas se movían, casi imperceptibles. Mas la Duquesa nada dijo.

Así, perplejos, volvieron al bastión. Por más que intentaron explicar este extraño acontecimiento, no lo lograron, y por lo mismo, se dedicaron a seguir con sus planes de defensa. Esta vez Tínel los acompañó. Se tenía muy poca información del ejército enemigo, y los batidores de Tínel habían informado que Aeros no se había detenido en el ducado, y en vez, siguió derecho hacia el sur con Forlac y su ejército. Aeros no tenía clara la lealtad de Dárlaran al imperio, y no quería arriesgarse a un ataque por parte del duque en el bastión. Así que decidió seguir al sur para frenar el avance del enemigo.

La mañana llegó con sus rayos dorados. La bruma fue disipada y los árboles y las colinas fueron visibles del todo. El calor llenó los corazones acongojados del bastión, y el viento refrescó los cuerpos. Dárlaran, que había tenido sueños interrumpidos, se levantó antes que Aminión, se bañó, desayunó sólo pan con agua, se tomó un café poco después, y se dirigió hacia las almenas internas.

Allí, Dárlaran miró su entorno, mas no había indicio de ninguna marcha. De vez en cuando, bajo los rayos de los soles, Dárlaran veía brillar la armadura de algún batidor, que pasaba raudo de un lado a otro, cabalgando a gran velocidad entre frondas y colinas. Las provisiones le preocupaban, pues dentro de pocos días no tendrían más alimentos. Y con el ejército de Tínel a sus puertas, las raciones habían mermado al mínimo vital.

Así pasó la mañana. Dárlaran bajó para almorzar algo ligero y vio que Aminión descansaba sentada sobre un cuadrado de hierba entre los jardines, rodeado de jazmines y orquídeas. Ella tarareaba una canción que había aprendido en su antiguo hogar en Heid. Bajo la luz, la joven permanecía sonriente, hermosa, mientras acariciaba algunos de los pavos reales que Dárlaran había comprado años atrás. Las aves extendían sus colas vistosas cuando se acercaban a Aminión, lucidos, y las cerraban cuando se alejaban de ella. La duquesa se había encariñado con esos pavos, y además se maravillaba con sus colores, pues en el Antiguo Continente esas aves no eran vistas.

-¿Por qué estás tan contenta? -preguntó el duque mientras se sentaba a su lado, sobre la hierba tupida.

Aminión levantó la cabeza y sonrió. -¿Por qué habría de estar triste? -preguntó.

-Porque el enemigo viene hacia acá y desean hacernos trizas.



-Estaré contenta mientras llegan. No creo que deba estar triste antes de tiempo.
Y, aunque a Dárlaran le parecía imposible permanecer alegre, Aminión en verdad sentía felicidad. Y fue tan dulce y tan alegre, que arrancó a Dárlaran más de una profunda y sincera carcajada mientras permanecían allí.
-Quizás haberte conocido fue lo mejor que pude haber hecho en mi vida -dijo Dárlaran.
-Sí, pero yo era muy orgullosa, y me daba pena andar con un simple herrero -dijo Aminión sonriente.
Dárlaran también sonrió. -¿Deseas ir a dar un paseo? -preguntó.
Y Aminión se levantó de un salto. -¡Quizás es eso lo que necesitamos! -exclamó feliz. Y fue ella quien ayudó a levantar al duque. -¡Vamos, no perdamos tiempo! -añadió alegremente.

Así que la pareja salió del bastión. Sólo ellos y los batidores que eran de confianza podían salir del baluarte. Dárlaran había ordenado que ningún civil saliera del bastión, intentando evitar una traición. Por lo mismo, el baluarte se había convertido en una prisión enorme para los habitantes del ducado, que, aunque disgustados y hambrientos, preferían permanecer entre jardines y amplios salones que en sus casas esperando a las tropas del enemigo.

Apenas salieron del bastión, las sorpresas comenzaron: Aminión se percató que varias rosas rojas y rosadas habían empezado a germinar de forma mágica alrededor de la explanada que rodeaba el bastión, como si fueran un faldón. Algunas ya estaban bien alzadas, entrelazadas, y mostraban largas espinas.

-¿Qué sucede? -preguntó la duquesa.

Pero Dárlaran meneó la cabeza. -Es extraño. Es como si hubieran sembrado miles de semillas alrededor de todos nuestros dominios-. En ese momento, Dárlaran vio volar varias aves a lo lejos, hacia el norte, como si escaparan de un funesto acontecimiento. Parecían saber que una horrible carnicería se avecinaba, pues algunos buitres, en vez de enfilarse hacia el norte, volaban hacia el occidente esperando una comida fácil. Y era de esperarse, pues los buitres y las aves carroñeras sabían bien que a donde iba un gran número de Hombres había un enorme festín de fácil acceso.

-Las tropas de Taral deben haber cruzando el río Puro tiempo atrás -aseguró el Duque-. Quizás lo vadearon.

-Eso quiere decir que Aeros ya debe estar próximo a una batalla -dijo Aminión.

Dárlaran asintió y la miró, y le pareció hermosa: Su cabello negro destellaba bajo los soles, y sus ojos azules parecían más grandes y brillantes, bordeados de sus pestañas largas y crespas. Sobre la cabeza tenía una tiara de diamantes y zafiros, y vestía de sedas amarillas con un cinturón de plata que le forraba la cintura.

-Eres hermosa -dijo finalmente.

Aminión lo miró, asombrada y extrañada, y sonrió. -Gracias -dijo apenada, y su rostro se coloreó de repente.

-Aminión, no me imagino qué haría si te perdiera.

-No me perderás -dijo la duquesa con extrema calma-. Estaré a tu lado, vayas a donde vayas.

-No me podrás acompañar en la batalla -dijo el duque.

Pero Aminión meneó la cabeza. -Tú serás el último en entrar en batalla, Dárlaran -dijo la joven.

-¿De qué hablas?



-De que, si tú mueres, te llevas todo el ducado tras de ti, incluyéndome a mí -aseguró Aminión-. Por eso todas esas personas están en el bastión, porque necesitan evitar que tú mueras, y puedes estar seguro que no te dejarán bajar de la torre más alta del bastión hasta que sea seguro. Por eso estaré a tu lado, en todo momento.

-No puedo dejar que luchen por mí -aseguró el duque.

Y Aminión respondió: -Has luchado por ellos todos estos años, y ellos lo saben. Por eso están dispuestos a devolverte el favor.

Anduvieron por los alrededores del ducado por varias horas, ignorando el peligro y deleitándose con los visos rojizos del atardecer. De vez en cuando veían conejos o mariposas azules y enormes, o gorriones azules, o pequeñas ardillas. Pero fue en verdad una sorpresa para la pareja cuando un perro de pelaje dorado y bien conservado, de orejas puntiagudas y hocico negro, se acercó a los caballos. El can permaneció mirando a la pareja por unos momentos, como si los examinara, mas no gruñía, en vez sus ojos mostraban profundidad y beldad. Era en verdad un animal formidable, muy grueso y corpulento, alto y vigoroso. Parecía un perro salvaje, mas estaba muy bien cuidado y limpio para ser salvaje.

-Quizás lo olvidó uno de los habitantes del ducado -dijo Aminión-. Lo mejor será que lo llevemos al bastión.

Pero el can pareció entender el lenguaje de la pareja, y de inmediato se alejó, escabulléndose entre unos árboles cercanos. Tanto Dárlaran como Aminión quedaron sorprendidos y en silencio.

Poco después, el duque, volviendo en sí, dijo: - La noche cae. Lo mejor será volver.

Al llegar de nuevo al bastión, diéronse cuenta que más rosas habían germinado, formando una extraña muralla de espinas de unos cincuenta centímetros de alto alrededor de la explanada. Entonces los ojos de la pareja se abrieron sorprendidos, pues hasta donde se alcanzaba a ver, el Bastión estaba rodeado de la extraña hilera de rosas aromáticas.

87

Pasó una semana, y aunque aún había agua (pues los acueductos alrededor de Háreneth todavía no habían sido tomados por el enemigo), las provisiones eran casi nulas. En desesperación, los habitantes de Háreneth sacrificaron los caballos para comerlos. Incluso Aminión permitió el sacrificio de sus amados pavos reales para alimentar a las hambrientas familias. Varios conflictos se presentaron entre los habitantes al interior del bastión; pero Dárlaran siguió firme en no dejar salir a nadie, pues se arriesgaba a una traición.

Ya entrada la noche de un sábado, Dárlaran tuvo un sueño extraño, y vio muchos animales a su alrededor, y escuchó una voz familiar proveniente de una figura alada. En el sueño, el duque estaba en medio de un bosque, y la voz femenina intentaba tranquilizarlo. De súbito, el duque se despertó y vio que Aminión dormía profundamente. Dárlaran se sentó y empezó a caminar por el cuarto de un lado a otro, preocupado. No veía salida alguna. Los alimentos no durarían muchos días, el enemigo estaba a puertas del ducado y no se había recibido ninguna noticia de Aeros y su ejército. Por un momento el duque pensó en hacer un trato con los Nocturnos, pero sabía que el enemigo no le perdonaría los crímenes del imperio, y lo colgarían de inmediato si era afortunado (muy probablemente lo



torturarían antes de matarlo). No sabía qué fuerza tenía el enemigo que tocaba sus puertas, y sentía que Arán lo había abandonado igual que él lo hizo en Mirllán.

Y de repente, llevado por una extraña sensación, simplemente tomó su abrigo y salió de la mansión. Posteriormente salió del bastión y se vio en medio del camino, solo, con una oscuridad casi impenetrable, con el viento azuzándole el cuerpo y el estómago estremeciéndose del hambre.

Entonces, como una visión, Dárlaran sintió una presencia cercana. Había un sonido de arrastre, pero poco era visible. Hasta que de repente Dárlaran vio una pequeña silueta en medio de la noche. El duque se apresuró a prender una pequeña antorcha que llevaba en su mano, y cuando lo hizo vio que frente a él había una Mujer muy bella y muy alta. Su rostro era blanco y sus ojos verdes. Su cabello era negro y sus labios rosados. No tenía maquillaje, pero sus facciones eran simétricas y hermosas. Tras la Mujer había dos osos enormes de pelajes rojizos que parecían estar atados a un bulto enorme en el suelo.

En otra situación Dárlaran hubiera sentido temor y desconfianza, pero esa Mujer y esos osos parecían irradiar tranquilidad. Así que el duque no corrió, y en vez, se acercó y vio que el bulto que arrastraban los osos era un Troll enorme y de dos cabezas. El monstruo bicéfalo estaba muerto, embuelto en sangre negra. Hedía tanto que el duque se tapó la nariz con la mano y se alejó. Posteriormente se dirigió a la Mujer.

-¿Quién eres? –preguntó Dárlaran mientras tiritaba del frío.

-No tengo nombre. Nosotros no tenemos nombres –dijo la Mujer mientras miraba a los osos.

Entonces Dárlaran identificó la voz. Era la misma voz del sueño. Y supo que esa Mujer no era Humana, y que lo había llamado de manera onírica. -¿Has venido a ayudarme? –preguntó sin temor.

Y ella asintió. –Debes salir del bastión pasado mañana y unirse al ejército imperial que marcha desde el norte. Debes detener a los Nocturnos en el sur antes que crucen las montañas. Si llegan al ducado todo estará perdido –dijo la Mujer.

-No confío en Arán –dijo el duque.

-Pero debes confiar en el capitán que encabeza este ejército. Él es uno de los cuatro que la vieron. Ustedes deben estar unidos y defender a su gente. Se lo prometieron –aseguró la Mujer.

-¿Uno de los cuatro? –preguntó Dárlaran.

La Mujer guardó silencio.

Dárlaran pensó por un momento. -¿Qué eres? –pregunto finalmente.

-En la lengua antigua los Ángeles nos decían Luhms.

-Luhms. Espíritus del Bosque –dijo Dárlaran.

Y la Mujer asintió.

El duque miró a los osos. -¿Ellos también son Espíritus del Bosque? –preguntó.

Y la Mujer volvió a asentir.

-«Uno de los cuatro que la vieron» –volvió a decir el duque a sí mismo. Entonces abrió los ojos sorprendido, pues lo entendió todo. –La gran Dama Mírlath. Aminión, Buren y yo la vimos. Entonces el capitán debe ser Árcival.

Y el Luhm volvió a asentir.

Dárlaran sonrió entonces, muy feliz, pues se sintió respaldado de nuevo. Le alegró saber que Árcival estaba vivo y que iba al ducado. -¿La Dama te envió? –preguntó.



Pero la Mujer negó con la cabeza, al mismo tiempo que los osos. –Nos envió nuestra madre.

–¿Quién es tu madre?

–Los Hombres de otrora la llamaban Nirel.

–La Apsara de los Bosques.

–Así es. Mi madre vivió mucho tiempo con la Azhira Mírlloth hasta que los Ángeles subieron al cielo. Pero Mírlloth no te ha abandonado, y ha visto tus buenas obras. Habló de estas buenas obras con mi madre y ella ha decidido ayudar. Además, el enemigo tiene bestias que mi madre odia y desea desaparecer de la faz de la tierra.

–¿Qué bestias? –preguntó el duque mientras el viento volvía a golpearle el cuerpo. Se frotó los brazos contra el cuerpo y esperó respuesta.

–Los *Ydjhorggs* –dijo e Luhm-. Los Hombres los llaman dragones. Ellos devastan con sus fuegos bosques enteros y arrasan con nuestros dominios.

–¿El enemigo trae dragones?–. El duque palideció entonces, pues sabía que su ducado pronto sería bombardeado.

–Estas bestias, aunque no tan grandes y terribles como las de antaño, han azotado todas las ciudades conquistadas por el imperio en el Antiguo Continente y lograron llegar hasta este continente. Bombardean todo a su paso para que después los Nocturnos y los Ángeles Negros acaben el trabajo. Pero aquí en Pacán se han visto desafiados por las Águilas Rojas y los Halcones Azules. Estas aves los han mantenido a raya. Por eso no han destrozado el ducado, porque las aves las han hostigado en las montañas del sur. Pero esa resistencia pronto cederá. Por eso debes reunirte con Árcival. Ambos juntos pueden vencer a los Nocturnos que vienen por el sur.

Dárlaran asintió. –Prepararé todo para la marcha. ¿Dónde viene el ejército imperial?

–Estará cruzando el río Puro para el anochecer de mañana.

–Entonces me encontraré con él pasado mañana en el puente –dijo Dárlaran que, mirando el cadáver del Troll, añadió: –Ése es el enemigo.

Y la Mujer asintió. –Hemos estado limpiando el bastión por días. El enemigo ya ronda, pero nosotros somos buenos cazadores.

–¿Y Aeros y su ejército?

–Estaban condenados desde antes de iniciar la batalla.

Dárlaran entonces sintió un frío en su espalda, temeroso y recordando el rostro de Aeros. Y al ver de nuevo al Troll, se hincó frente a la alta Mujer. –Dile a la gran Nirel y a la Dama Mírlloth que estoy infinitamente agradecido por todo. ¿Pero me puedes ayudar con alimentos o con soldados? En verdad estoy desesperado.

El Luhm miró a Dárlaran, y dijo: –Vuelve al bastión. Nosotros intentaremos ayudarte.

Dárlaran asintió y bajó la cabeza. Entonces se levantó y dio media vuelta. Cuando ya estuvo un poco alejado, volteó a mirar a los Espíritus y dijo: –¿Las flores emegieron a causa de su presencia?

Y la Mujer asintió.

Entonces Dárlaran sonrió y se alejó con la antorcha en la mano. Cuando llegó al bastión grande fue su sorpresa al ver que frente al portón había varios carromatos de frutas y verduras. Muchos soldados se apresuraron al duque, asegurándole que habían aparecido de los ramajes, sin emisario alguno ni tirado por ningún caballo. Simplemente habían aparecido en medio de la oscuridad. Entonces el duque respiró y sonrió, y mirando al cielo dijo: –Gracias gran Dama-. Y ordenó entrar los carros llenos de víveres. Esto les daría unos días más de provisiones.



88

Cuando los soles se empezaron a asomar en el cielo y el rocío empezó a secarse, los habitantes del ducado recibieron con alegría los alimentos provenientes de Nirel (aunque en verdad no sabían de dónde provenía la comida). Dárlaran decidió dejar descansar a los Hombres, y ese día no envió batidores alrededor del ducado.

Dárlaran y Aminión se dedicaron a descansar. Durmieron todo el día, el uno al lado del otro, en su cómoda cama de suaves cojines y velos de seda. Hace mucho no dormían con tanta profundidad, y en verdad descansaron, pues se levantaron cuando el crepúsculo se asomaba tras las colinas y sobre los árboles, dejando sus luces rojas entrar por las ventanas de la mansión.

Entonces Dárlaran habló con Tínel y con sus capitanes sobre las noticias del Luhm. Algunos estaban incrédulos, pero la comida hizo que Tínel y que la gran mayoría de capitanes creyeran la historia del duque.

-Si Árcival dirige el ejército imperial tenemos una oportunidad de ganar –dijo Tínel con seguridad-. Además, es muy probable lo que dice el Espíritu del Bosque: Si el enemigo atraviesa las montañas el ducado caerá. Ya no tenemos muchas provisiones, y Arán no ayudará a Háreneth –añadió.

-Es cierto –dijo Burén.

-Entonces mañana saldremos a encontrarnos con Árcival y enfrentaremos al enemigo en el sur del ducado –dijo el duque.

Y todos estuvieron de acuerdo.

Antes del amanecer, los Hombres marchaban en silencio por entre las opulentas mansiones del ducado, mientras los habitantes los despedían tristes con arreglos de flores y pequeños presentes. Muchos no entendían porqué marchaban fuera de la protección del bastión, y muchos se negaron a dejar a sus familias; pero casi todos siguieron al duque. A la cabeza estaban, orgullosos y desdeñosos, Aminión y Dárlaran. Tras ellos iban Tínel y Burén, y después estaban las tropas de Hil-Néreth y de Háreneth. Cerraba la marcha Sirmalón y Árgoth, que guiaban a los Írimos y a los pocos jinetes Nórdicos.

De esta forma marcharon hasta salir del poblado, y después de cruzar algunas frondas y descender por colinas sinuosas, decidieron armar un campamento en las cercanías del río Puro. Al otro lado del cristalino río, en una pequeña depresión plana que se abría entre las colinas, descansaba el ejército imperial, enorme y muy bien preparado.

Una extraña sensación de expectativa se despertó en los Hombres de Háreneth, que esperaban ansiosos la batalla, incluso la muerte. Todos estaban muy cansados, y los últimos días de hambre y sed, y temor y desconsuelo se habían vuelto tediosos e insoportables. Por eso, muchos sólo querían morir y descansar. Pero otros estaban esperanzados en batallar y salir bien librados para volver con sus familias a sus hogares.

Ahora bien, Aminión, que había estado en su carpa durante las horas más frías de la noche, salió y encontró al duque de pie, mirando el valle a la luz de la Dama de la Noche, allá abajo, plagado de luces rutilantes de hogueras.

-¿Tienes miedo? –preguntó Aminión mientras se posaba al lado del Hombre.



Dárlaran meneó la cabeza y dijo: -Quizás ansiedad.

-Es mejor que duermas un poco. Aunque sea dos horas antes del amanecer. El día de mañana es muy importante -aseguró la joven.

Pero en vez, Dárlaran se sentó sobre la hierba húmeda, y no quitó la mirada del campamento imperial, al otro lado del río. Ya había enviado emisarios para solicitar una reunión con Árcival. Levantó la mirada y le pidió a la duquesa que se sentara a su lado. Aminión lo miró con profundidad, y se sentó, aferrada a su brazo y mirando el campamento, mientras las estrellas rutilaban en los cielos y la Dama y sus dos hijas iluminaban las colinas circundantes.

Así permanecieron toda la noche. Y cuando el alba llegó y las brumas se disiparon, el duque recibió a los emisarios.

-Efectivamente es Le-Hir quien dirige el ejército –dijo uno de ellos-. Cuando le dijimos que veníamos de parte del duque se alegró mucho y pidió que se encontraran de inmediato en el puente. Incluso él nos acompañó hasta el río Puro. Ya se encuentra en el puente esperándolo.

Dárlaran sintió una gran felicidad y se apresuró a bajar solo hacia el puente de piedra blanca, cabalgando sobre Sombra y ondeando una bandera dorada. Y cuando llegó vio a un Hombre montado sobre un enorme corcel blanco y con un pendón azul.

Dárlaran sintió en ese momento una alegría infinita, pues hacía mucho que no veía a su mejor amigo. De repente le pareció que la luz de los soles brillaba más y calentaba con más agrado, y los pastos parecieron tornarse más verdes y hermosos, y los cielos más azules y lustrosos. Y su corazón se hinchó de felicidad. Entonces pensó en una posible victoria sobre los invasores.

89

Apenas el duque llegó sobre Sombra, el gigante Árcival lanzó el pendón a un lado y se apeó del caballo. Su capa negra le estorbó, pero igual se apresuró a recibir al duque. Dárlaran se apeó y recibió un gran abrazo del gigante.

-Pensé que no volveríamos a vernos –dijo Le-Hir con su gruesa voz.

Entonces Dárlaran le puso la mano sobre el hombro, feliz, y con una sonrisa volvió a abrazar a su amigo. –¡No sabe cuánta alegría me da verlo! -exclamó el duque con el llanto embutido.

-Pensé que no saldría del ducado –dijo Árcival-. Incluso pensé que los dragones ya habían destrozado todo el lugar.

Dárlaran meneó la cabeza. –La verdad no pensaba salir del bastión –admitió.

-¿Entonces por qué están acá?

El duque se apresuró a contarle sobre los Luhms y sobre Nirel.

-Si la Dama Mírlloth y Nirel están pendientes de nosotros entonces quizás podamos ganar –aseguró el gigante.

-¿Es verdad que Aeros fue derrotado? –preguntó Dárlaran.

-No he tenido noticias sobre él. Pero si fue así, espero que haya debilitado al enemigo. Tengo que admitir que me puse furioso cuando supe que Háreneth no había enviado las tropas a Mirllán. Pero supe muy en mi corazón que había sido una buena idea. Y lo fue. Quizás para este momento todos sus Hombres ya serían sólo un recuerdo, y no podríamos librar la batalla que nos espera.



-¿Qué dijo Arán?

-Se puso furioso. Pero está muy ocupado para preocuparse por Háreneth. Sin embargo, cuando supo que el enemigo se acercaba por el sur, se apresuró a enviarme. Quizás pensó en este encuentro incluso antes que nosotros dos.

Dárlaran asintió. -El emperador ha cometido muchos errores, pero siempre me sorprendió su sagacidad. ¿Y Ládeniel? -preguntó.

-No sé de la suerte de la marquesa, pero sé que quedan muy pocas de sus tropas -respondió Árcival.

Dárlaran suspiró y dijo: -Espero que esté a salvo.

Y en ese preciso momento, Árcival y el duque vieron en el cielo cientos de miles de murciélagos que volaban en bandada desde las montañas australes y oscurecían el cielo de forma fantasmal. Además, vieron que dos cuervos solitarios graznaban y volaban rápidamente hacia el sur.

90

-No pensé que llegaran tan rápido -aseguró Árcival a todos sus capitanes. También estaban allí Aminión, Tínel, Burén y Dárlaran. Ya todos se habían reunido en la tienda de Árcival.

-Lo mejor será resguardarnos en el ducado -dijo uno de los capitanes.

Pero Dárlaran saltó de su silla en ese momento. -¡No dejaré que los Nocturnos destrocen el bastión y esas bestias llenen de fuego el ducado! -increpó-. Debemos frenarlos fuera de Háreneth.

-¿Entonces qué propone? -preguntó otro capitán.

Pero Burén fue quien habló. -Si vienen por las montañas deben pasar por algún estrecho. Quizás podamos frenarlos en alguna garganta -dijo astutamente.

-Sólo hay una garganta por ese lado, y queda a menos de un día de aquí -aseguró Árcival.

-Si les damos batalla allí, quizás logremos ganar -dijo Dárlaran, que se sentía mortificado al pensar en la suerte de sus tierras.

La deliberación duró casi tres horas, y finalmente se decidió marchar hacia el sur, hacia las Montañas Fértiles, para intentar evitar el avance de los Nocturnos hacia el ducado. Los Ariánicos, que bien conocían sus tierras, sabían que los pantanos y las espesas porciones selváticas de las Montañas Fértiles retrasarían el avance de los Nocturnos y les darían tiempo de llegar a la garganta. Así que prepararon de inmediato la marcha.

-Estoy cansada, Dárlaran -dijo la duquesa mientras movía el cuello de un lado a otro.

-Si quieres nos detenemos -dijo Dárlaran.

Pero Aminión meneó la cabeza. -No estoy cansada de cabalgar, estoy cansada de esta guerra -aclaró.

-No eres la única-. Dárlaran permanecía con la atención fija en las ennegrecidas montañas que se levantaban frente a la marcha, recortadas contra el fondo nocturno. Las montañas se acercaban cada vez más, soberbias y desdeñosas.

-¿Tenemos oportunidad de ganar? -preguntó la duquesa, que bajaba la cabeza para pasar por entre una bóveda baja de maleza y helecho que se formaba en el camino.

-Tenemos más posibilidad de ganar que el día de ayer -aseguró el duque.



La mañana del 11 de diciembre del año de 1289 de la Era de las Luces, los Ariánicos llegaron al llamado Paso de la Anaconda. Esta garganta se abría entre las Montañas Fértiles, más al oriente del Alto del Oso, y era lo suficientemente ancha para permitir el avance de un enorme ejército. Esta garganta era evitada por los Ariánicos, pues la malaria y los depredadores eran un verdadero peligro; pero los Nocturnos no tenían más opción que atravesarla.

Al ver el terreno, Árcival y los capitanes se apresuraron a formar un plan de batalla. Le-Hir pensaba aprovechar los pantanos que se abrían en el flanco izquierdo del Paso. La idea de Árcival era empujar a los Nocturnos hacia los vados y emboscarlos allí. Empero, aunque la idea parecía sencilla, cuando Árcival mandó batidores para explorar el otro lado de la garganta, el plan se empezó a complicar.

-Todos los árboles al otro lado han sido quemados -aseguraron los exploradores imperiales-. Cientos de hectáreas -añadieron.

-¿Cómo pudieron quemar todos los árboles en tan poco tiempo? -preguntó uno de los capitanes.

Entonces Árcival, que estaba en la entrada de la tienda, miró al cielo y vio miles de murciélagos que volaban en círculos sobre las montañas nubladas, pues el día todavía era joven y frío. -Trajeron dragones -dijo pensativo.

-De esta forma se abrieron paso entre la selva -aseguró Dárlaran, que también tenía la mirada fija en las pequeñas siluetas de los murciélagos, difusas entre las brumas blancas que coronaban las montañas verdes.

-¿Cuántos son? -preguntó otro de los capitanes.

-Casi veinte mil -aseguró otro explorador.

-Nos superan en número -dijo Burén mientras miraba al duque.

Y Árcival, mirando los murciélagos, agregó: -Y saben que los estamos esperando.

-Debemos deshacernos de esos murciélagos y de cualquier cuervo si deseamos sorprenderlos -dijo un capitán.

Pero Árcival negó con la cabeza. -La selva nos amparará -afirmó.

-Los Írimos deben estar entre los pantanos, listos para cerrar la trampa -dijo Burén-. Yo mismo los guiaré.

-Me parece bien -dijo Árcival-, no me gustaría dejar a los Írimos en el frente; son débiles y podrían flaquear. Loc, usted irá con Burén a los pantanos, con tres mil arqueros imperiales -ordenó a uno de los capitanes.

-Con gusto, señor -respondió Loc.

Entonces Árcival se acercó a la mesa y puso un pequeño mapa sobre ella. -Yo estaré con el grueso del ejército al frente del Paso, con diez mil Hombres, pero reforzaré mi flanco izquierdo con la Guardia Imperial, pues la idea es empujarlos hacia los vados. Si esa parte, que es la más vulnerable, se rompe, nos cercarán. Dárlaran y Tínel estarán al flanco derecho, evitando cualquier flaqueo de las tropas y reforzando la defensa. ¿Con cuántos Hombres cuentan?

-Cada uno con un poco más de mil Hombres -respondió Dárlaran.

Y Tínel asintió.

-Serán suficientes -aseguró Le-Hir-. Lo que en verdad me preocupa son los dragones; pero las águilas y halcones nos prometieron su ayuda.

-No debemos olvidar la ayuda que prometieron los Luhms -interrumpió Tínel.

Entonces todos los capitanes Ariánicos miraron extrañados a la hermosa joven. Así que Tínel les habló sobre los Espíritus del Bosque.



-Por ahora sólo somos nosotros -aseguró Árcival, que volvió a mirar las montañas boscosas; parecían famélicas de sangre. La niebla no se disipaba y los sonidos lejanos se escuchaban como ecos fantasmales, acompañados del graznido solitario de algún cuervo nocturno.

-Organizaremos las tropas hoy y mañana esperaremos que los Nocturnos ataquen -dijo el general finalmente.

Apenas salieron de la tienda, Dárlaran se apresuró a su tienda, donde estaba su querida Aminión. Allí le explicó todos los planes. Pero Aminión parecía inquieta al escuchar sobre los dragones. La duquesa era Nocturna, y bien sabía cómo los Nocturnos utilizaban a los dragones.

-Prométeme que te cuidarás -pidió la duquesa con enorme profundidad, pues ya habían acordado que ella se quedaría en el campamento.

Entonces el duque la abrazó. -Lo haré -le susurró al oído, y no la soltó por un buen tiempo.

Bien, cuando Dárlaran se levantó, ya casi todas las tropas Ariánicas estaban formadas; sólo faltaban las suyas. Aminión decidió acompañarlo hasta su posición, sobre una colina a la derecha del Paso. Desde allí Dárlaran y Tínel podía ver con detalle el campo de batalla: Abajo, en medio de lábaros y pendones de varios colores, Árcival organizaba a sus tropas. Los infantes, de capas rojas y armaduras de oro, estaban a las faldas de la colina en donde Tínel y Dárlaran esperaban con sus tropas. Algunos arqueros esperaban atrás, a la retaguardia, escoltados por algunos jinetes. Y a la izquierda, recostados contra los pantanos envueltos en vapores blancos, estaban los poderosos guardias imperiales, de capas púrpuras. Los Írimos ya habían desaparecido del campo, ocultándose al otro lado de los vados y acompañados de las tropas de Loc. El flanco derecho de Árcival tenía cuatro filas más de Hombres, lo que incitaba al enemigo a atacar a la guardia imperial; eso era lo que Árcival quería.

El ejército imperial era enorme y brillaba todo de oro bajo los soles que salían del oriente. Todos permanecían en formaciones cerradas y rectangulares, divididos en diez destacamentos de mil Hombres cada uno. Los mosquitos aleteaban constantemente con un monótono sonido, fastidiando a los Hombres, y el calor poco a poco se empezaba a incrementar. Al mismo tiempo, los vapores de los pantanos se empezaban a espesar, y un penetrante hedor lacerante se empezaba a esparcir por el aire.

Aminión, incapaz de resistir los mosquitos y el calor, decidió volver al campamento; pero no antes de abrazar y besar a Dárlaran. La duquesa tenía una extraña congoja y un temor perenne. Pero le había prometido a su amado que permanecería en el campamento, y por lo mismo, descendió la colina escoltada de una pequeña guardia.

Pero Dárlaran y Aminión no sabían que, en ese preciso momento, Árcival ya veía al enemigo al otro lado del Paso de la Anaconda. Bajo una enorme bandada de murciélagos enormes, y entre los árboles tropicales, un gran número de Hombres de ojos oscuros y cabellos largos y negros marchaban hombro con hombro. Poseían armaduras plateadas y pulidas, y tenían capas negras y pendones del mismo color. Pero no venían sólo Hombres, pues con ellos traían hienas de burlas seniles y lobos enormes, y panteras de ojos verdes y brillantes. También traían algunos osos negros y gigantes, y toros enormes que arrastraban maquinarias y víveres. Nada se sabía de los dragones.



Entonces un toro bramó de forma horrible, y las montañas devolvieron su bramido en tétricos ecos, y los Nocturnos empezaron a abrirse paso entre la maleza, mientras sus lobos aullaban. Y Árcival vio frente a la enorme columna plateada un soberbio Ángel Negro que caminaba con paso altanero y batía sus alas con frecuencia. Vestía una armadura de placas de plata y un yelmo que no dejaba ver su rostro. Su cabello era lustroso, largo y oscuro, y sus alas negras eran enormes y esparcían oscuridad.

91

Así, después del bramido del toro y el solitario graznar de un cuervo enorme, se inició la Batalla de la Anaconda, nombrada así por el Paso con el mismo nombre. Dárlaran escuchaba los furiosos gritos de los Nocturnos, mas no los lograba ver nada a causa de las montañas boscosas. Pero no pasó mucho tiempo antes de que el duque viera cómo los Nocturnos se apresuraban y cargaban contra las tropas doradas. Y en verdad pareció plata fundida mezclada con oro lustroso. El sonido del choque fue tan atronador, que Sombra se inquietó y corcoveó, pero Dárlaran logró mantenerlo calmado. Al mismo tiempo, miles de aves salieron en bandada de las copas arbóreas, escapando de la batalla.

Tínel también miraba cómo se desarrollaba la lucha. Desde su posición, Tínel ya alcanzaba a ver cómo la vanguardia enemiga se abalanzaba contra las tropas imperiales, que gritaban y se defendían tras sus escudos grabados.

Los gritos eran incesantes, y los vapores blancos de los pantanos empeoraban la situación, pues obligaba a los ejércitos a luchar muy juntos para no confundirse. La primera arremetida de los Nocturnos fue tan violenta, que Árcival se vio rápidamente envuelto en la batalla. Pero Le-Hir era un fiero guerrero, y los Nocturnos intentaban evitar luchar contra él. Quienes lo hacían no se volvían a levantar.

Sin embargo, aunque el primer ataque de los Nocturnos fue muy violento, no lograron romper la resistencia Ariánica. Los guardias imperiales lograron mantener el flanco izquierdo, y Árcival lanzaba hueste tras hueste de Hombres hacia el flanco derecho, formando una especie de cuna hacia el oriente.

Pero los Nocturnos, que habían aprendido a odiar a los Ariánicos desde el inicio del imperio, no se dejarían vencer fácilmente, y por eso, lanzaron su segundo ataque, igual de fuerte. De esta forma, una avalancha de lanzas y espadas sumergió a los Ariánicos, que ahora eran superados en número. Entonces Árcival supo que era el momento preciso, y sopló su cuerno.

En ese momento, Dárlaran y Tínel se prepararon para descender de las colinas cercanas y caer sobre el flanco derecho de la garganta. El duque respiró profundo, pues sintió náuseas a causa del temor. Entonces miró a Tínel, y diose cuenta que ella también respiraba profundo, atemorizada por el avance. Pero cuando ella levantó la mirada, ambos parecieron darse ánimos con gestos. Dárlaran bajó entonces el visor de su yelmo y se aferró con fuerza a los estribos y a las riendas. Desenvainó su espada y ordenó el avance, con el temor a flor de piel y tiritando por la adrenalina. Y los soldados de Háreneth, de capas blancas, que apresuraron a bajar por la colina. Al mismo tiempo,



Dárlaran veía cómo Tínel descendía por una cuesta alledaña, seguida por sus tropas de capas azules.

Fue Tínel la primera en llegar a la garganta, y sin pensarlo, y cegada por un trance, se apresuró a cargar contra los Nocturnos. Y tan diestra era Tínel luchando que, al ingresar entre las huestes, logró blandir su corta hacha y logró cortar a una corpulenta hiena en el cuello, dándole muerte de inmediato. Y otra hiena se apresuró a atacar al caballo de la joven, pero Tínel blandió de nuevo su hacha y logró enterrarla en el lomo del animal.

Mientras Dárlaran descendía por las colinas, notó que en las arboladas a su izquierda habían crecido flores coloridas, al igual que a los alrededores del bastión. Entonces supo que los Luhms estaban allí.

Y no se equivocaba: Cuando Dárlaran llegó a la garganta para ayudar a Tínel, vio que entre las tropas de Hil-Néreth combatían osos y perros dorados. Pero Dárlaran no perdió tiempo, y se apresuró a atacar a un Nocturno que parecía aturdido. Dárlaran, que era buen guerrero, embistió al Nocturno con Sombra y se dirigió al corazón de la batalla.

Tras los Nocturnos, al flanco derecho de los Ariánicos, un pequeño resguardo de Írimos enemigos avanzaba lentamente hacia la garganta. Ya eran demasiados Hombres en el Paso, y fue el momento en que Árcival hizo su jugada: Dárlaran y Tínel, que ya estaban en la batalla, tenían la orden de avanzar hacia el oriente, obligando al enorme número de tropas enemigas a buscar un poco de espacio, y así enviarlos a los pantanos.

Empero, había un problema: La guardia imperial empezaba a flaquear, pues eran pocos, y los Nocturnos arremetían una y otra vez contra ellos. Todo el ejército Nocturno ya estaba sobre ellos, y se sentían cansados. Además, ya unas sombras enormes caían sobre los combatientes desde el cielo, y un hedor a azufre inundaba el aire brumoso. Y de súbito, una enorme bola de fuego cayó sobre el costado izquierdo del ejército imperial, derritiendo armaduras y quemando carne y huesos, y calentando el aire.

Entonces Árcival miró hacia el cielo y vio aterrado que tres dragones de escamas negras y ojos pálidos y mortecinos, descendían de las montañas nubladas, rompiendo los velos de bruma y cayendo furiosos sobre la garganta, acompañados de miles de murciélagos. Esas tres bestias habían logrado escapársele a las áuilas y a los halcones, y ahora se apresuraban a destrozar las tierras de Háreneth.

-¡No podemos combatir contra esos dragones! -gritó uno de los capitanes que escoltaban a Árcival.

-¡Tampoco podemos dejar que los Nocturnos pasen las montañas! -exclamó Le-Hir, que blandía sus dos hachas con furia, mientras su capa negra ondeaba entre la sutil niebla que se levantaba sobre el suelo.

Otra bola de fuego cayó sobre las tropas, matando tanto Ariánicos como Nocturnos. Pero a los dragones parecía no preocuparles. Y los tres mil enemigos Írimos se acercaban lentamente, esperando que la arremetida de los dragones cesara.



Ante este ataque, los Ariánicos no pudieron hacer más que retroceder varios metros, hasta llegar a las laderas de las colinas. Los dragones volaban muy alto, y las flechas no los alcanzaban, además tenían grandes escamas. Esto en verdad entusiasmó a los Nocturnos, que siguieron avanzando hacia los Ariánicos, sedientos de venganza por cuatro años de sangrienta guerra.

Dárlaran y Tínel se vieron entonces rodeados de enemigos y escoltados por una guardia muy reducida. No habían logrado escapar a tiempo a las colinas, y a su alrededor caían muchos Hombres. Los gritos eran incontables y horribles, y las flechas volaban muy cerca de las cabezas, los escudos se hendían, la tierra temblaba y el calor se hacía insoportable.

El duque sólo veía ruina bajo su visor: Rostros furiosos, armas melladas y ensangrentadas, cadáveres a sus pies, y humo y bruma. Pero estaba cerca de una arbolada que trepaba por las Montañas Fértiles, y de esa arbolada salieron cientos de dardos que silbaron por el aire y cayeron sobre el enemigo.

Así que Dárlaran miró hacia la arbolada y vio que dos Luhms en formas de Mujeres lo llamaban y lo invitaban con señas a internarse en los árboles. El duque no dudó en hacerlo, y acompañado de Tínel y unos cincuenta guardias, logró llegar al amparo de la selva. Los Nocturnos no los siguieron, pues le temían a la selva tropical; así que los dejaron escapar.

93

Ahora bien, al conocer el desarrollo de la batalla, Aminión temió por el duque y se sumió ante el miedo. Ella lograba ver a los dragones entre la bruma, y sentía desde su tienda el olor a azufre y el aire caliente. Alcanzaba a oír también los gritos, los cuales la aterraban. E incapaz de hacer algo, se sentó sobre un mohoso tronco y se puso las manos sobre el pálido rostro para que nadie la viera llorar.

Y fue mayor el desconsuelo de la joven al ver que algunos soldados de Háreneth y de Hil-Néreth volvían al campamento corriendo, con los rostros sucios y cargando varios heridos y mutilados. Preguntó a varios por Dárlaran, pero su desesperación se fue incrementando al escuchar las respuestas. Todos creían que había caído en la batalla o que había sido capturado.

Entonces la joven, sollozando de dolor, entró a la tienda y se tendió sobre los cojines. - ¡Dárlaran! -gritó destrozada a los cuatro vientos. Y, llena de dolor, sacó de su bolsillo una pequeña bolsa que contenía un potente veneno. Pidió a su guardia una copa de vino y esperó, mientras recordaba la hermosa vida que Dárlaran le había brindado, y la triste vida de la que la había salvado. Vertió el veneno en el vino y lo puso sobre la mesa. Se quedó mirándolo por varios minutos, mientras los gritos de dolor de los heridos se incrementaban en el campamento, y se decidió...

94

Dárlaran, por otra parte, descansaba agazapado entre las frondas recostadas en las Montañas Fértiles. Le dolía la espalda y el cuello, aunque no había sido herido. Desde allí



alcanzaba a ver cómo se desarrollaba la batalla: Ya las águilas y los halcones habían llegado, y arremetían con sus alas abiertas y sus garras contra los tres dragones, que desesperados, intentaban defenderse. Árcival había logrado mantener a sus tropas sobre la garganta, desplazando poco a poco a los Nocturnos hacia los pantanos al otro lado del Paso. Los Írimos enemigos también habían llegado al Paso, y luchaban fieramente en el flanco que Dárlaran y Tínel habían atacado.

-Ten, lo mejor será que te refresques -aseguró un Luhm mientras traía consigo varias frutas jugosas: Carambolos, granadillas, mandarinas, naranjas y ciruelas.

Dárlaran tomó las frutas y agradeció, pues en verdad estaba muy cansado, incapaz de siquiera levantar la espada, y el calor lo adormecía. Sin embargo, los insectos de alrededor aleteaban con fuerza y lo hostigaban.

-¿Hay más Espíritus? -preguntó el duque.

-Al otro lado de la garganta, entre los pantanos -aseguró el Luhm, que tenía los ojos verdes y el cabello negro. En verdad parecía una Mujer hermosa.

-Ya deben estar cruzando las montañas para frenar al enemigo -aseguró el otro Espíritu.

-Pero hay unas hediondas ciénagas al oriente del Paso -aseguró Tínel.

Y el Luhm asintió. -Y por eso los Nocturnos no vigilan su flanco derecho -dijo-. Allí atacaremos.

-¿Y cuántos son? -preguntó uno de los guardias, que jadeaba de fatiga.

En ese momento apareció a los pies de Tínel una serpiente coral. -¡Una coral! -gritó la joven rubia mientras saltaba fuera del alcance de la serpiente.

Pero los Luhms ni se inmutaron, en vez, la tomaron con ternura y la dejaron lejos.

-Son venenosas pero hermosas -dijo uno de los Espíritus con enorme tranquilidad.

-No manejamos las mismas mediciones que ustedes, así que no sabríamos darles números que ustedes entiendan -respondió el Espíritu.

-Pero somos suficientes para formar una emboscada entre las ciénagas -dijo otra Mujer que se acercaba desde la izquierda, entre las malezas y bajando una pequeña pendiente.

Así permanecieron aproximadamente una hora, intentando recuperar fuerzas.

-Quizás ya sea hora de salir -propuso Tínel mientras miraba cuesta abajo la batalla, plagada de gritos y sangre.

Pero el Luhm meneó la cabeza. -Todavía no -dijo-. El Hombre que ustedes llaman Le-Hir ha logrado vencer a los Nocturnos, pero el Ángel Negro que los conduce lo buscará por todo el campo y le dará muerte si lo encuentra. No podemos salir antes que el Ángel Negro caiga, pues puede confundir a Dárlaran con Le-Hir. Ambos visten muy parecido. Pero Dárlaran no pensaba igual que los Luhms, que eran seres muy antiguos y sabios. Incluso, algunos de ellos llegaron al continente de Pacán antes que los Hombres y los Nomos.

-¡Si lo que me dices es verdad, tenemos todavía más motivos para bajar! -exclamó Dárlaran que, olvidando su temor por un momento, se apresuró a ponerse su yelmo y a montar a Sombra.

-¿Qué haces? -preguntó un Espíritu, el que sostenía las frutas.

-Debemos ir abajo y detener a ese Ángel Negro. Si logra alcanzar a Árcival, la batalla estará perdida -aseguró el duque.

Y Tínel también se apresuró a montar su caballo blanco. -Dárlaran tiene razón -dijo a las Mujeres mientras tomaba un arco que uno de los soldados le pasaba.



Pero el Luhm más antiguo dio un ágil salto y se puso frente a Dárlaran. –Por órdenes de la Dama Mírlloth y de la madre Nirel debemos protegerte, y no dejaremos que te arriesgues ante uno de los servidores de Anarioth –dijo apresuradamente.

-Esos Ángeles Negros son muy violentos, y han aprendido a odiar a los Ariánicos por sus atrocidades en el Antiguo Continente –añadió otro Luhm.

-¡No me importa! –gritó el duque furioso-. Debo bajar de inmediato y advertirle a Árcival del peligro –añadió mientras obligaba a Sombra a ir cuesta abajo, entre enredaderas y ortigas. El Luhm no pudo detenerlo. Y tras el duque, Tínel se apresuró a todo galope, aferrada con fuerza a las riendas y evitando las ramas bajas. Y los Hombres corrieron detrás de los dos caballos.

Los Luhms miraron al más antiguo, y esta último, atónito, exclamó: –¡Qué extraños e impredecibles son los Hombres! ¡Pero esta vez tenemos que ayudarlos!

Entonces todos los Luhms encargados de cuidar al duque, unos setenta, se transformaron en perros y osos enormes y poderosos, y bajaron la colina para ayudar al noble.

Sombra bajó desbocado a causa de las irritantes ortigas, y cuando salió al linde de la selva, plagado de insectos y cadáveres, embistió a varios Hombres de ambos bandos que luchaban aisladamente, y se dirigió hacia Árcival.

Pero inmediatamente salió de los árboles sintió un golpe demoledor el costado derecho, que causo que él y Sombra cayeran al suelo. El golpe lo dejó aturdido y muy adolorido. Entonces sintió el sabor del barro y de la sangre en su boca, y un peso enorme en su pierna. Miró entonces y vio que su fiel caballo Sombra estaba muerto, y su cuerpo le aprisionaba la pierna izquierda.

Dárlaran intentó moverse, pero entonces sintió casi de inmediato un peso en la espalda, un peso que le impidió levantarse. Pero, pecho a tierra, logró ver a sus costados que dos enormes alas negras se batían con furia, revolcando el aire caliente del rededor. En ese momento Dárlaran supo que el Ángel Negro había caído encima, como si fuera la encarnación misma de la muerte y, con angustia en su corazón, supo que todo había acabado.

95

El Ángel Negro había buscado a Árcival desde que la batalla de había iniciado; pero después de la primera carga lo había perdido de vista. Así que se había elevado para esconderse entre los vapores que emergían de los pantanos. Y como tenía mirada penetrante, había estado volando en círculos como un ave que busca a su presa. Pero Árcival había escapado de la vista del Ángel porque había luchado al lado de la guardia imperial bajo los árboles pantanosos.

Al ver a Dárlaran salir de la arbolada del costado contrario a los vados, seguido de varios Hombres, asumió que él era Árcival, y había descendido rápidamente, en picada, desgarrando las nieblas y los vapores, y le había dado alcance. Por fin estaba sobre su presa.

Y sin perder tiempo, el Ángel Negro sacó una enorme espada curva que destelló bajo la mimbrenia luz del día, y se apresuró a enterrársela en la espalda al duque. Pero en Ángel



desconocía que Dárlaran no era el noble más peligroso para él en la batalla; ese título era para la joven rubia de Hil-Néreth. En ese momento Tínel, que no cabalgaba muy lejos de Dárlaran, pasó rápidamente tras el Ángel, y con extrema agilidad, y sin detenerse, logró sacar su pequeño arco de su espalda, y desde la silla del caballo logró clavarle una flecha al Ángel Negro a la altura del cuello, donde no estaba protegido. Fue un tiro de mil.

El Ángel Negro, incrédulo por lo acontecido, extendió las alas de dolor, y emitió un mugido furioso. Mas no pudo incorporarse de nuevo, y cayó a un costado del duque, inerte, muerto. Nunca supo quién fue su verdugo.

Dárlaran no sabía qué estaba pasando. Simplemente sintió que el peso en su espalda desaparecía. Entonces sintió el caer del cuerpo del Ángel a su lado. Pero no se pudo incorporar de inmediato, pues sintió un dolor inclemente en la pierna. Cuando pudo voltearse y sacarla de debajo de Sombra, vio que su pierna derecha se encontraba rota.

-¡Madita sea! –gritó furioso y adolorido.

En ese preciso instante dos osos se le acercaron. Uno lo tomó con sus garras y lo puso en el lomo del otro, que se preparó a sacarlo del campo de batalla.

Pero Dárlaran dijo: -Por favor, acércate al Ángel. Quiero verlo.

El Luhm asintió y se acercó un poco al Ángel para que el duque lo viera. El Ángel estaba protegido con una gruesa armadura de plata y llevaba un yelmo que le cubría el rostro. Mas se alcanzaban a ver sus largos y lisos cabellos, que eran negros y lustrosos, y la tez de su cuello era pálida como la porcelana. Era muy fornido y sus alas eran muy negras.

En ese momento Tínel se acercó al duque, con el rostro blanco de la preocupación y agitada. -¿Estás bien? –preguntó.

-No puedo caminar –dijo el duque.

Entonces Tínel vio la pierna rota de Dárlaran, y sintió un dolor profundo, a tal punto que algunas lágrimas salieron de su rostro sucio.

-¿Fuiste tú la que lo mató? –preguntó el duque.

Y Tínel asintió, secándose las lágrimas.

-Entonces te debo la vida Tínel –añadió Dárlaran.

La joven asintió y sonrió, un poco más animada. Entonces vio al Ángel, mas nada dijo. Su amor la había llevado a la precisión y a la valentía, pues nada había pensado con detalle, sólo había actuado. -Vuelve al campamento para que un médico vea esa pierna y para que Aminión te cuide –dijo la joven.

-Vuelve conmigo. No te expongas más a la batalla. Ya la ganamos –dijo el duque.

Pero Tínel meneó la cabeza. Y, azuzando a su caballo, se dirigió valerosa hacia la parte más encarnizada de la batalla, orgullosa por su triunfo.

Mas cuando la joven llegó al campo de batalla, diose cuenta que la batalla estaba prácticamente ganada. Ya se alcanzaban a ver los pantanos al otro lado del campo de batalla, y se alcanzaban a distinguir entre los inmundos alientos de las aguas estancadas a miles de Hombres Nocturnos e Írimos que chapoteaba en los negros estanques plagados de caimanes y anacondas. Y los pocos que lograban llegar hasta una parte sólida, fatigados y heridos, se encontraban con Burén y Loc, y sus tropas, y con los Írimos provenientes de las ciudadelas de Dárlaran.



Y al otro lado de la cordillera, la poderosa Nirel y sus servidores cortaban la vía de escape de los enemigos del imperio, y ayudada por las águilas y por los halcones, la majestuosa Apsara logró apresar a dos de los tres dragones de escamas negras. Sólo uno logró emprender vuelo hacia el occidente. Ya apresados, Nirel los ató con una enorme enredadera y les dio muerte.

Así culminó la Batalla de la Anaconda. Por increíble que parezca, no duró más de diez horas. No vale ser mencionadas las bajas. Entonces todos los Hombres, tanto Ariánicos como Írimos, se regocijaron, y gritaron «¡Victoria!», y cantaron y se abrazaron, enlodados y sucios, y cansados y deshidratados; pero felices.

Ahora bien, Dárlaran llegó al campamento sobre el oso, solo y desubicado. Sentía una enorme jaqueca y el dolor en la pierna no lo dejaba pensar con claridad. Sólo deseaba que ese dolor desapareciera. Cualquier movimiento abrupto lo hacía ver el infierno, y respiraba hondo para no desmayarse. Cuando llegó al campamento fue visto por dos soldados. Al principio estos dos soldados estuvieron temerosos de acercarse al oso, pero Dárlaran empezó a gritarles.

-¡Ayuda! ¡Ayúdenme! ¡Soy el duque de Háreneth!

Y al ver que los soldados no se acercaban, el oso dijo con voz profunda: -Ayúdenlo.

Los soldados quedaron atónitos al escuchar hablar al oso.

-¡Ahora! –volvió a decir el oso.

Entonces los soldados se apresuraron a tomar al duque y a llevarlo a una carpa donde estaban todos los heridos. Pero apenas tomaron al duque, vieron que el oso había desaparecido, y en ver, una alta y bella Mujer les ayudaba a llevar a Dárlaran a la carpa. Apenas entraron, fueron golpeados por un hedor a muerte y a carne en descomposición. Muchos heridos ya habían muerto, y muchos Hombres y Mujeres iban y venían, y muchos médicos hacían cirugías improvisadas. Todo era un verdadero caos.

Como no había camas disponibles, el Luhm les pidió a los soldados que dejaran al duque en el suelo. Apenas lo hicieron, Dárlaran gritó de dolor. Entonces el Luhm sacó de sus ropas blancas unas hierbas, y le pidió al duque que las tragara. Dárlaran aceptó y se comió las hierbas, y casi de inmediato quedó dormido.

-Que los soldados con heridas más profundas las coman –dijo el Luhm a los soldados mientras les pasaba algunas hierbas adicionales. Entonces los soldados asintieron y se apresuraron.

Entonces el Luhm miró al duque, ya dormido, y dijo: -Has sido un buen Hombre, Dárlaran de Háreneth, y por eso aún sigues con vida.

96

Cuando el duque despertó, vio a Aminión sentada muy cerca de él. Ya no estaba en la carpa de los heridos, sino en su propia carpa. La duquesa tenía los ojos azules muy hinchados a causa del llanto y del cansancio. Y cuando vio que el duque despertó, el color pareció volver a sus pulidas mejillas.

-¡Dárlaran! -exclamó con una felicidad indescriptible-. ¡Estás bien! ¡Estás bien! -decía una y otra vez, mientras asombrada, se acercaba a su amado con presura, y le tomaba la cabeza como una madre protectora.



-¿Acaso dudaste que volvería? -preguntó el duque con voz cansada. Pero cuando se fue a levantar no sintió su pierna. En vez, sintió un gran dolor y una gran picazón. Cuando se fue a rascar sintió un vértigo en su espalda, y supo lo que sucedía, pues no sintió pierna alguna.

Entonces Aminión vio la expresión en el rostro del Hombre, e inmediatamente empezó a llorar.

Pero Dárlaran, más calmado, le dijo: -Deberás amar a un Hombre con una sola pierna. ¿Puedes hacerlo?

Y Aminión, aún llorando, dijo: -Te amaría de cualquier manera.

-¿Y la batalla? ¿Y los demás? -preguntó el duque.

-Ganamos la batalla. Burén se recupera de una cirugía. Perdió dos dedos de su mano izquierda. Árgoth fue herido en el pecho, pero se recupera satisfactoriamente. Árcival se encuentra bien.

-¿Y Tínel? -preguntó Dárlaran.

A Aminión le corrió un sentimiento de celos por su cuerpo. -¿Ella?

Dárlaran diose cuenta de eso, y dijo: -Fue ella quien me salvó la vida.

Entonces Aminión entendió y sus celos desaparecieron. -Entonces a ella le debo estar infinitamente agradecida -dijo con sinceridad-. Ella está bien. Tengo entendido que la hirieron en el hombro con una flecha, pero fue una herida superficial. Debe estar en su carpa. Si deseas la llamo.

-Me gustaría agradecerle -dijo el duque.

Entonces Aminión se apresuró a salir de la carpa y le pidió a un soldado que fuera por Tínel. Al poco tiempo llegó la joven rubia, acompañada de Árcival y Burén, este último con la mano vendada.

-¿Cómo te sientes? -preguntó Tínel acongojada.

-Sin una pierna -dijo Dárlaran sonriendo.

-No es un buen chiste -dijo Árcival también sonriendo.

-Pero estoy vivo, y mi ducado a salvo gracias a ustedes. No tengo como agradecerles.

Entonces Tínel le dio a Dárlaran un beso en la frente. -No tienes nada que agradecer.

Y Árcival dijo: -Estamos alistando todo para irnos a Mirllán, mi querido amigo. Quizás esta sea la última vez que nos veamos, pero fue un placer volverlo a ver-. Entonces se apresuró a abrazar al duque, y añadió: -Si la fortuna nos sonríe y aún estamos vivos, nos veremos cuando la guerra termine.

-¿Pero acaso no están cansados? -preguntó el duque-. Por favor, descansen un poco.

Pero Árcival meneó la cabeza. -Estamos cansados, pero la guerra no da tiempo. Debemos ir a la capital imperial de inmediato. Ganamos una batalla, pero la guerra sigue.

Y Dárlaran, renuente, asintió y dijo: -Espero que nos veamos pronto. Pero si no nos volvemos a ver, fue un placer ser su amigo y compartir todos los buenos momentos, los viajes y las visiones.

Tínel no entendió la última referencia, pero Aminión, Árcival y Burén supieron que Dárlaran se referiría a los Bosques de Mírlin.

Entonces Dárlaran se recostó en el pecho de la duquesa, intentando asimilar la pérdida de su pierna, pero estuvo agradeciendo que su ducado estaba a salvo y que todavía seguía con vida.

Cuando todos se retiraron después de una emotiva despedida, Dárlaran le contó a Aminión sobre la batalla, y el Ángel Negro y los Luhms, y los dragones, y la gran Nirel. Sin embargo, sobre esta última, nada se supo con certeza, pues ningún soldado la vio, y



ningún Hombre supo de ella por edades. Simplemente se formaron mitos sobre la gran Apsara del Bosque, pero después de la Batalla de la Anaconda nada más se supo de ella, y ningún registro la menciona en esta edad, sólo hasta el final de los días.

Pero Aminión nada contó sobre el veneno. Fue incapaz de beberlo, y decidió regarlo en la hierba. Ya preparaba todo para volver cuando un soldado le avisó que Dárlaran había vuelto y estaba herido.

97

Después de la Batalla de la Anaconda se respiró una relativa tranquilidad en el ducado de Háreneth. Aunque las noticias de la encarnizada y horrible defensa de Hil-Darath llegaban a menudo, a Dárlaran poco le importaban. Lo único que deseaba era estar al lado de su querida Aminión y de sus allegados el mayor tiempo posible. En cuando a la pierna, Dárlaran mandó a hacer una prótesis. Adaptarse al principio fue difícil, pero lo logró.

Los Írimos que sobrevivieron decidieron quedarse un tiempo en Háreneth, atendidos por los mismísimos Ariánicos del ducado, que se sentían en verdad agradecidos con estos Hombres. Árgoth, recuperado por completo de su herida y con tan sólo una cicatriz en el pecho, decidió quedarse en el bastión como jefe de guardia, y sólo obedecía a Burén, al duque y a la duquesa. Mas el enorme Nórdico era amable, y se adaptó con rapidez a los Ariánicos, (pero le fue casi imposible acostumbrarse al calor de Pacán).

Árcival volvió a Mirllán llevándose a Tínel con él. Después de saber lo sucedido con el Ángel, Le-Hir la nombró Capitana Dorada (un alto cargo en la milicia). Tínel aceptó, y después de una triste despedida en el bastión, se alejó con sus tropas a la capital.

Con frecuencia, cuando Dárlaran y Aminión cabalgaban por las colinas del norte, veían humaradas espesas subir en el horizonte, y escuchaban explosiones en ecos distantes. Dárlaran conocía bien esas explosiones, y le aseguraba a la duquesa que eran los dragones.

Pero algo sí fue seguro: De todas las ciudades devastadas en el transcurso de la guerra, Hil-Darath fue la ciudad que más vidas inmoló. Las bajas ya se volvieron incontables en ambos bandos, y sólo cuando el emperador lo decidió, los Ariánicos dejaron la destruida ciudad de pirámides y torres a merced de los Ángeles Negros y de los Nocturnos. La toma de la ciudad duró más de un mes de intensa lucha.

Y, sin embargo, los Nocturnos y los Ángeles Negros sabían bien que Hil-Darath no se comparaba con la gigantesca resistencia que se formaba en Mirllán, la capital imperial. La ciudad donde vivía el emperador era el premio del enemigo, mas sabían bien que atacar Mirllán era iniciar una roja carnicería, todavía más atroz que la producida en Hil-Darath. Por lo mismo, los Ángeles Negros ordenaron esperar y atacar Mirllán con calma.

98



Bien, las noticias del ataque a Mirllán llegaron en medio de una enorme tormenta, a altas horas de la noche. Las llevó al bastión el mismísimo Térail, escoltado por sólo tres jinetes de Hil-Déreneth. Venía de Mirllán, y había logrado escapar de los muros de la capital antes de que los aliados occidentales la cercaran. Dárlaran y Aminión lo recibieron de inmediato con chocolate caliente. Aparte de la noticia del ataque, había una noticia todavía más importante.

-¿A qué se debe el apuro? -preguntó Aminión, que permanecía de pie al lado del duque, comiendo golosamente un pastelillo. Las rutas comerciales aún seguían bloqueadas en el norte, pero el comercio en el sur se había abierto un poco después de la batalla, lo cual permitía al ducado abastecerse de lo básico.

-Los aliados ya han atacado Mirllán -dijo Térail, que mirando cojear al duque, preguntó: -¿Qué le sucedió en la pierna?

Entonces Dárlaran se apresuró en contarle a su amigo lo acontecido en la batalla, siempre agradeciendo a Tínel. Aminión no sentía celos de eso, por el contrario, quería a Tínel de sobremanera. Entonces Dárlaran, que bien conocía a Térail, sabía que esa noticia no era lo que en verdad importaba. -¿Qué otra noticia tiene? -preguntó.

Térail bajó la cabeza y se secó el cabello con una toalla que Kihra le había pasado apenas entró a la mansión. -Siéntense, que esta noticia cambiará todo -aseguró.

Entonces la pareja, al escuchar el tono grave de Térail, hizo caso y se sentó en un sofá voluminoso y blanco. Dárlaran se sentó con un poco de esfuerzo por la prótesis.

-¿Qué sucede? -preguntó el duque con seriedad.

Térail dejó la toalla a un lado y miró a Dárlaran. -El emperador cayó en batalla -dijo finalmente.

Al escuchar estas palabras, la pareja se sumió en un asombro enorme, y no pudieron decir palabra alguna por un tiempo. Ninguno de los dos parecía creer lo que Térail les decía, y ambos procesaban la información con extrema dificultad.

Entonces Aminión, que fue la primera en recuperarse, preguntó: -¿Cómo sucedió?

-El emperador fue el primero en salir de Mirllán para encontrarse con los enemigos. Al parecer hizo esto para irradiar valentía a sus tropas. Pero los Ángeles Negros, que lo odiaban, se apresuraron a caerle encima y le dieron muerte casi de inmediato -explicó Térail.

Dárlaran todavía no podía creer lo ocurrido. -¿Arán salió a batirse contra los Ángeles? -preguntó, incrédulo.

Y Térail asintió.

-Eso quiere decir que ya hay paz -dijo Aminión, que pareció contentarse por un momento; pero al ver el rostro frío de Térail, se contuvo. -¿Estoy equivocada? -preguntó.

Y Térail volvió a asentir. -Por el contrario -dijo-. Ahora los Ariánicos odian a los Nocturnos y a los Ángeles Negros más que antes. Ahora no les temen, y se apresuran a expulsarlos a toda costa.

-¿Cómo puede ser?! -exclamó Dárlaran-. ¿Cómo podemos ser los Humanos tan ignorantes?! -añadió furioso.

-Arán le dio al pueblo todo -interrumpió Térail-. Los compró -añadió.

-¿Así que no habrá paz? -preguntó Aminión-. Pero si ya no hay nadie que dirija el imperio. Pero Térail meneó la cabeza. -Adel, la emperatriz, está embarazada, y sea Hombre o Mujer, el Imperio de los Dos Soles tendrá vástago -aseguró-. Además, miles de Ariánicos de todas las clases sociales se apresuran a Mirllán para vengar al emperador. Nunca pensé que la muerte de Arán diera más fuerza al imperio. Incluso hay espías que han visto tropas



de la Península de Viento descender de las montañas septentrionales y cruzar las Tierras de Tenoc, empeñados a defender el legado de Arán.

-Arán sabía que su muerte le daría más fuerza al imperio -aseguró Dárlaran pensativo-; por eso salió primero de Mirllán.

-Al ver esto, el enemigo sólo desea hablar de paz -prosiguió Térail-. Los aliados pensaron que si Arán moría se acabaría todo, pero ahora ven que con la muerte de Arán los Ariánicos se fortalecen, unidos por la venganza y el fanatismo. Y ése es el motivo por el que he venido -aseguró.

-¿La paz? -preguntó Dárlaran sabiendo ya la respuesta.

-Los Nocturnos tienen una lista llamada la Lista Roja. Esta lista tiene los nombres de los Hombres que desean ejecutar, pues los consideran criminales -explicó Térail.

-Y en esa lista estoy yo -aseguró Dárlaran.

Y Térail asintió con una profunda congoja. -Los Nocturnos lo odian por proveer al emperador las armas que tanta muerte produjeron en el Antiguo Continente.

Entonces Aminión se levantó de inmediato, asustada. -¿Y ahora qué haremos?! -exclamó aterrada, mientras miraba al duque y sentía el corazón oprimido.

-Debe escapar -aseguró Térail-. Adel no dudará en entregar a todos los Ariánicos de la Lista Roja con tal de dejarle a su hijo un imperio al cual gobernar.

Dárlaran miró hacia el techo, pensativo. -Así que debo irme -se dijo a sí mismo.

-Entonces nos iremos -aseguró Aminión mientras se sentaba al lado de Dárlaran.

-Contra ti no hay cargos, Aminión -dijo Térail.

-¡No me importa! -increpó la duquesa mientras meneaba la cabeza con fuerza-. No dejaré solo a mi esposo -añadió.

Entonces Térail se levantó, y realizando una venia, dijo: -No puedo demorarme mucho, pues podría estar en problemas. Pero haré todo lo posible para que Adel no lo entregue a los Nocturnos-. Y sin más, abrazó al duque con cierta melancolía, salió del salón y se apresuró a salir del bastión, en medio de la torrencial lluvia y la noche fría y oscura.

Dárlaran se levantó lentamente del sofá y cojeó hacia el ventanal del salón. -Todo indica que tendré que dejar Háreneth, sea el motivo que sea -dijo con profundidad.

Entonces Aminión se acercó y lo abrazó por detrás. -Hagas lo que hagas, te apoyaré siempre -le susurró al oído, y apoyó su cabeza sobre la espalda del duque; y así se quedaron por buen tiempo, en silencio, mientras miraban cómo la lluvia humedecía la hierba y caía sobre las arboladas frondosas del rededor del bastión.

El duque y la duquesa sabían bien que tenían por lo menos una semana para preparar su viaje definitivo hacia el sur de Pacán, lejos de Háreneth y de los peligros que sobre ellos se cernían. Dárlaran pensaba constantemente en Arán y en su muerte. Igual, él y el emperador habían sido buenos amigos antes de la guerra y la formación del imperio, y en medio de todo, Arán se había comportado bien con él. Sin embargo, la pareja parecía descansar al saber que Arán estaba muerto.

Los preparativos para el viaje se hicieron rápido, pues Dárlaran deseaba embarcarse hacia una de las pequeñas islas tropicales que se encontraban en el Mar Mítico. Durante los dos días siguientes las noticias sobre la batalla a las afueras de Mirllán iban y venían, muchas veces distorsionadas, pero siempre había un resultado: Mirllán todavía no caía.



Al tercer día después de la llegada de Térail al bastión, Dárlaran recibió una visita que sólo está registrada en el diario de Aminión y en las notas de Burén. Muy por la mañana, tres jinetes llegaron a las puertas del bastión, con pendones imperiales y capas purpúreas sobre sus armaduras doradas y destellantes. Uno de los jinetes tenía un yelmo enterizo que le cubría el rostro por completo.

Al ver el emblema del imperio en los petos de los guardias, Dárlaran aceptó recibir al Hombre de yelmo enterizo con la condición de que diera su espada a Burén. El Hombre aceptó y se dirigió al estudio de Dárlaran como si ya lo conociera.

Al llegar y posarse frente al duque, sin reverenciarlo y sin quitarse el yelmo, dijo: -Le pido, duque de Háreneth, que hable conmigo en privado.

Entonces Dárlaran miró a Burén y le hizo una seña con la cabeza para que los dejara solos. -Por favor -pidió.

Y Burén, un poco inconforme, asintió y se retiró. -Si necesita algo sólo llámeme, señor -dijo mientras se retiraba y cerraba la puerta tras él.

Pero Dárlaran dijo antes que se retirara: -Y llame a mi esposa.

Entonces el Hombre bajo el yelmo miró a Dárlaran desde su visor, mas nada dijo.

Burén asintió y cerró la puerta.

-¿En qué puedo servirle a un guardia imperial? -preguntó Dárlaran, desdeñoso y arrogante.

El Hombre se acercó a Dárlaran y le entregó una carta que estaba sellada con el emblema del emperador. -El emperador supo de la Lista Roja antes de...

-Morir -interrumpió Dárlaran con frialdad.

Y el Hombre asintió. -Así que me dejó esta carta para que se la entregara -dijo mientras se sentaba.

Esto irritó a Dárlaran de sobremanera, pues no lo había invitado a sentarse, y no le tenía confianza. -Veo que los guardias imperiales se creen dueños del imperio.

-El único dueño del imperio era el emperador -increpó el visitante con extraña sutileza.

Entonces Dárlaran abrió la carta y la leyó mentalmente. Ésta decía:

-6 de abril de 1286.

Dárlaran de Háreneth:

Esta carta es para aceptar su renuncia al servicio del Imperio de los Dos Soles. Consideramos que sus motivos personales son de peso, y por lo mismo, creemos que sus servicios ya no nos son necesarios.

Arán de Sáreneth. Emperador del Imperio de los Dos Soles-.

Dárlaran leyó y releyó una y otra vez la corta carta. Nunca había mandado una renuncia al emperador, y la fecha de la carta databa de antes del famoso Engaño del Sol, donde Nórdicos, pagados por el mismísimo Arán y haciéndose pasar por Nocturnos, habían atacado tropas Ariánicas en el río Harllén; y por eso el motivo de la guerra contra los Nocturnos.

-¿Esto es una broma? -preguntó Dárlaran.

Entonces el Hombre quitóse el yelmo y exclamó: -¡Yo en temas tan serios jamás bromeo!



Dárlaran cayó entonces sobre el sillón tras su escritorio y su rostro se blanqueó de súbito.

–Usted está...

–Muerto -dijo Arán con una sonrisa triunfal en sus labios-. Sí, se supone que lo estoy -añadió mientras se sentaba plácidamente en el sillón.

Dárlaran miró entonces la carta de nuevo y dijo: -¿Y esto?

–Es mejor que lo guarde bien, pues es su salvación. Según esa carta, usted, Dárlaran de Háreneth, no tuvo participación alguna en la guerra contra los Nocturnos. De esta forma se salvará de la horca.

–Pero...

–¿Por qué lo hace? -interrumpió Arán.

Dárlaran asintió todavía pasmado-. ¿Por qué desea ayudarme? -preguntó.

–Porque es mi amigo -aseguró-. El poder es difícil de llevar, pero nunca dejó de ser mi amigo, Dárlaran. Incluso entiendo ahora el motivo por el cual no envió sus tropas.

Y en ese momento la puerta se abrió lentamente, y Aminión entró. -¿Me necesitas? -preguntó a Dárlaran, pero cuando vio a Arán entreabrió su boca y abrió sus ojos sorprendida. En verdad parecía que estuviera viendo un fantasma. -¿Tú...?

–Estás muerto -interrumpió Arán de nuevo-. Mejor cierra la puerta, Aminión, por favor -añadió cortésmente.

Y Aminión, temblorosa y sin quitarle la mirada de encima, lo hizo. -¿Qué sucede? -preguntó.

–Vine de visita -dijo Arán con su pésimo humor, y, mirando a Dárlaran, prosiguió: -Supe por Árcival sobre su pierna. Espero que se encuentre mejor

–Lo estoy -dijo el duque. -¿Y su muerte? -preguntó.

Arán se levantó al escuchar la pregunta, caminó de un lado a otro con serenidad por el estudio, ojeó algunos libros en los estantes y fijó su mirada en un pequeño pisapapeles que había sobre el escritorio de roble. Se acercó y tomó el pisapapeles, que tenía forma de esfera de cristal que simbolizaba el mundo.

–Fuera de los muros de Mirllán murió un Hombre con mi armadura, mi yelmo y mi caballo. Mas este Hombre, por órdenes mías, fue cremado inmediatamente murió, y nunca se supo quién fue -dijo con la mirada fija en la pequeña esfera de vidrio.

–¿Quiénes saben? -preguntó Aminión.

–Sólo dos guardias imperiales, ustedes dos, mi amada esposa Adel y yo -respondió Arán.

–Así que hizo que su muerte fuera gloriosa y digna de contar para que los Ariánicos de toda Pacán se unieran y lo vengaran -dijo Dárlaran.

–Y estoy vivo para disfrutarlo -añadió Arán.

Aunque Dárlaran no compartía los engaños de Arán, no podía negar que sus jugadas, desde el asesinato de la joven Álareth hasta el Engaño del Sol y su muerte triunfal, habían sido impecables y muy bien elaboradas. Había mandado a asesinar a Álareth. Se había convertido en el Poder Oculto, el poder tras los Nomos, y con engaños y promesas falsas había logrado incitarlos a la guerra contra los Ariánicos. El rey Ehirot tenía razón: El Poder Oculto no era un Nomo. Había traicionado a los Nomos destruyendo sus ciudades, y utilizó un supuesto «Brujo Nómico» para esconder sus pasos, y había logrado excusarse con estos mismos inmundos seres para cruzar el Mar de las Deidades con tropas Ariánicas, y para construir asentamientos Ariánicos en territorios Nocturnos y Nórdicos. Había creado el Engaño del Sol, contratando Nórdicos para que, haciéndose pasar por



Nocturnos, atacaran a sus propias tropas imperiales, y, por lo tanto, poder iniciar la guerra que tanto deseaba contra los Nocturnos.

En cuanto a su posición de emperador, Arán había tenido un golpe de suerte: La muerte del rey Turath de Hil-Dendel lo había beneficiado de sobremanera. Sin embargo, el emperador había ideado la Triada con la firme intención de convertirla en imperio desde un principio. Y, para librarse de los reyes que manejaban la Triada, había ideado torcidas conspiraciones y abominables engaños: Había guiado a los Nomos por la Llanura Verde y les había ordenado atacar Al-Marac para que allí mataran al rey Milh. Y así se hizo. Había mandado a envenenar al rey de Vírandel; pero Anaith, el príncipe de Vírandel, le complicaba sus deseos. Así que, por medio de venenosas palabras y testigos pagados, logró poner a Anaith en contra de Tolh, el rey de Larath. Así que, después de un juicio manipulado, había bloqueado a Tolh, y después había destronado a Anaith. Ahora él era la máxima autoridad, y por lo mismo, se coronó a sí mismo emperador y destruyó la Triada.

Sin embargo, logró manejar su reinado con extrema eficiencia: El pueblo lo amaba y los nobles lo respetaban. Logró mitigar y destruir varios intentos de traición, y fue un éxito militarmente.

-Pero mi único error fue ignorar el Bosque de Anarioth -aseguró Arán mientras tomaba el pisapapeles con fuerza-. No tenía ni la menor idea de estos Ángeles Negros, y pequé por ignorante y condicioso -añadió-. Si no me hubiera obsesionado con Arys tendría el Nallhard a mis pies.

Y Dárlaran, aunque se sintió incómodo, asintió. -Tenía el mundo a sus pies, Arán, pero se dejó llevar por la codicia, la ambición y el poder.

Entonces Arán dijo una frase profunda, frase que lo inmortalizó, pues fue tomada como una frase célebre tiempos después. Mientras miraba el pequeño pisapapeles de vidrio dijo: -«El mundo es pequeño, pero no lo suficiente para la mano de un solo Hombre».

-Es verdad -aseguró Aminión.

-Y hasta ahora se da cuenta -dijo Dárlaran triunfante. Entonces se acercó a Arán, y lo acusó sin preámbulos. -Por su culpa han muerto y han sido esclavizados miles de Hombres, Mujeres y niños. Por su culpa han desaparecido ciudades enteras, como Morzad. Usted tiene la culpa de todas las muertes, desde Álareth, que fue la primera, hasta las víctimas de la Lista Roja, quienes serán las últimas. Ahora tendrá que ver crecer a su hijo a lo lejos.

Entonces Arán levantó la mirada, airado. -No tiente a la suerte, Dárlaran -dijo en voz baja.

-Ya la tenté muchas veces, con decisiones que han cambiado mi vida, y aprendí que el buen camino es el mejor -dijo el duque.

Entonces Aminión lo miró con profundidad, y se sintió todavía más enamorada de él.

-Y por ser fiel a sus deseos ahora está cojo y en la Lista Roja -dijo Arán con sonrisa satírica-. ¡Felicitaciones! -exclamó irónico-. Ahora es enemigo de todos -añadió.

-Tengo muchos amigos, Arán, y los vi cuando luché contra los Nocturnos -increpó Dárlaran-. Y por eso no me arrepiento de nada de lo que he hecho hasta ahora.

Pero Arán soltó una ofensiva carcajada. -¿Írmos? -preguntó Arán, que desconocía de los Luhms, al igual que de la Apsara Nirel y de la gran Dama Míroth, protectora de los Bosques de Mírlin y señora de los Ángeles de los Bosques.

Pero Dárlaran y Aminión callaron sobre esto.



Entonces Arán pareció volver en sí, más calmado, y aceptó el reclamo del duque. –Tiene razón, todo ha sido mi culpa, pero ya nada puedo hacer. Es mejor que tenga ese papel muy bien guardado, pues es su salvación -dijo mientras señalaba la carta-. Quizás esta sea mi última buena obra. Fue un placer conocerlo, Dárlaran de Háreneth; pero mis problemas ya acabaron, y mi tiempo culminó. Espero que sus problemas acaben pronto-. Entonces Arán le extendió la mano al duque, y Dárlaran supo que Arán hablaba en serio.

-El imperio no me ha traído más que desgracias, pero antes del imperio fuimos amigos -dijo el duque, que se acercó y le apretó la mano a Arán, y ambos parecieron perdonarse el uno al otro, dejando las adversidades atrás. Y muchos describieron ese encuentro como el alma del Hombre, la unión del bien y el mal, el Ángel Dárlaran, quien ayudó a los más necesitados, y el Demonio Arán, que astuto, trajo miseria y horrores al mundo.

Y Arán se dirigió a Aminión. -¿Por qué no has vuelto a escribir?

-He tenido muchos problemas últimamente -respondió la joven.

Y, sin más, Arán bajó la cabeza hacia la pareja y se puso el yelmo. –Creo que no vale decir que espero que esto se quede entre nosotros; recuerden que estoy muerto -dijo, y salió del estudio.

Y poco después, Aminión y Dárlaran vieron desde el ventanal del estudio cómo Arán y sus dos guardias de capas púrpuras se alejaban bajo un cielo plomizo, azulado y oscuro, rebosante de pesadas nubes grises. Y nunca más se volvió a ver a Arán en su propio imperio. Él fue el más poderoso emperador que haya tenido el mundo; y nadie supo nunca dónde ni cuándo murió.

100

Ahora bien, aunque las noticias llegaron vagas al bastión, lo sucedido en Mirllán está bien documentado. Después de tres días de lucha encarnizada, los Ángeles Negros decidieron negociar con Adel. La emperatriz, de cabellos dorados y ojos azules, recibió al poderoso Gírlloth, querubín del Reino de las Cavernas e hijo del serafín Anarioth, fundador del reino y creador de las ciudades de Dórgoroth y Ángoroth. Anarioth era un homónimo de la gran Dama Mírlloth, pero de diferente estirpe y raza.

Las negociaciones duraron en verdad poco, pues los Ángeles tenían una justicia más objetiva y pura que los Hombres.

-No deseamos destruir estas hermosas ciudades -aseguró el querubín Gírlloth mientras miraba por una pequeña ventana las hermosas pirámides que rompían el cielo, y la hermosa Calle de los Muertos-. Somos amantes de la arquitectura, y aquí han demostrado extrema maestría. Además, no estamos interesados en conquistar, pues estamos felices en nuestras cavernas. A diferencia de ustedes, que son ambiciosos y envidiosos; nosotros los Ángeles no deseamos más que mitigar esta horrible guerra, que ya nos ha tocado la puerta y nos ha obligado a defendernos y a defender a los nuestros -añadió mientras descansaba sus negras y lustrosas alas sobre sus hombros. El cabello negro y brillante le caía por los hombros, y su faz pálida impactaba a Adel, que de repente se sintió enamorada del hermoso ser. Mas esto no era extraño, pues los Hombres veían a los Ángeles como la encarnación de la hermosura, y muchas Mujeres caían rendidas ante estas apariciones.

-¿Y qué deseas? -preguntó Adel, que parecía hechizada.

Y Gírlloth dio la Lista Roja a la emperatriz. –Estas vidas reclaman los Nocturnos, mas seremos nosotros, los Ángeles Negros, quienes llevaremos el juicio y decidiremos la



suerte de estos desdichados y criminales -dijo mientras miraba con sus pupilas negras los ojos azules de la hermosa emperatriz.

Entonces Adel sintió nervios, y quitó la mirada de inmediato. –Tendrás estas vidas -respondió la emperatriz con la mirada baja y una extraña sensación en su interior.

Así que, sin demora, Gírlloth mandó a apresar a los Hombres en la lista, entre ellos al duque de Háreneth. Los guardias Nocturnos irrumpieron rápidamente en el bastión, y se dirigieron al cuarto de Dárlaran, que todavía dormía. Aminión dormía a su lado, abrazada al duque. Mas el bullicio fue tal, que Dárlaran saltó de la cama y vio asombrado a cuatro corpulentos Hombres de cabellos negros y largos.

-¡Aprésenlo! -gruñó uno de los Nocturnos en su lengua natal.

-¡Esperen un momento! -exclamó el duque mientras se ponía la prótesis y se dirigía torpemente al baúl rojizo donde guardaba sus más preciadas pertenencias. Allí tenía la carta que Arán le había regalado y que lo eximiría de toda culpa. Además, tenía una carta firmada por dos mil trescientos siete Írimos, donde explicaban la inocencia del duque y se hablaba sobre las ciudadelas creadas por él.

Mas los guardias, que no entendían la lengua Ariánica, se apresuraron a capturarlo, y con violencia, lo tiraron pecho a tierra sobre la alfombra y lo encadenaron de inmediato.

Entonces Aminión saltó de la cama. -¡Dejen a mi esposo! -exclamó en su lengua.

Y todos los Hombres se sorprendieron, pues no habíanle prestado atención, y no imaginaban a una Nocturna en Háreneth.

La duquesa se levantó rápidamente y se dirigió hacia el baúl, y allí revolcó todos los papeles, mas se aterró al no encontrar las cartas que necesitaba. –Esperen un momento, que puedo probar que mi esposo es inocente -dijo.

Pero uno de los guardias dijo: -No tenemos tiempo para esto. Llévenselo, que lo ahorcarán por asesino.

-¡No! -exclamó Aminión, mientras desesperada, buscaba entre los papeles la carta.

Pero Dárlaran, que parecía más tranquilo, le dijo: -Busca las cartas y llévalas a Mirllán-.

Y sin más, se dejó guiar por los Nocturnos hasta un carruaje que lo llevaría a Mirllán, y de allí a las afueras de la capital, a una pequeña villa llamada Ereg, donde se llevaría un juicio justo hecho por los Ángeles.

Pero Dárlaran no había asimilado la gravedad de la situación. Apenas llegó a Mirllán fue llevado a los calabozos, y allí empezó su suplicio. Hasta el momento los Nocturnos nada le habían dicho, y la única incomodidad de consideración eran los apretados grilletes y su prótesis que había quedado mal puesta por el afán. Pero cuando llegó al calabozo, descendiendo por una hedionda y húmeda escalera, fue recibido por dos enormes Nocturnos. Éstos lo empujaron hasta el calabozo y sacaron palos y látigos con puntas de hierro.

-Ahora pagará, asesino -musitó uno de ellos con relámpagos en los ojos oscuros, y, sin misericordia, empezó a apalear a Dárlaran.

El duque intentó cubrirse con sus manos, pero sus manos recibieron palazos y latigazos que le laceraron la carne. Los Nocturnos lo golpearon con sus guantes y sus botas de acero, y no tuvieron compasión.

Esta golpiza duró casi una hora, y sólo terminó hasta que los Nocturnos se cansaron. Dárlaran ahora permanecía en el suelo frío, envuelto en la oscuridad de la celda, sangrante, adolorido y sin fuerzas. En ese momento, hundido como en un letargo de



pesadillas, recordó la Batalla de la Anaconda, y se alegró de haber vencido a los Nocturnos. En ese momento Dárlaran odió a los Nocturnos con profundidad, pero entendió sus motivos.

101

Al mismo tiempo, Aminión destrozaba la casa buscando las cartas. Estaba casi segura que los documentos habían sido guardados en el baúl, pero no los había encontrado. Así que, desesperada y airada, ordenó a todos los sirvientes y guardias buscar todos los papeles en la mansión y hacérselos pasar. Y así se hizo; pero las cartas no aparecieron.

Aminión se asustó entonces, y lloró acongojada, mientras pensaba en los sufrimientos que Dárlaran podía pasar. Y volvió a buscar una y otra vez en el baúl, y en su cuarto, pero nada encontró. De esta forma llegó la noche. Aminión no dejó de llorar.

La duquesa permaneció en vela toda la noche, mirando el fondo del baúl, mientras el miedo se anidaba en su corazón. Y cuando el alba llegó, la duquesa no pudo aguatar más, y, sumida por la locura, tomó la espada de Dárlaran y empezó a blandirla contra todo lo que estaba a su alcance: El tocador, la cama, las mesas de noche, etc. Pero también alcanzó el baúl, y se desahogó con furia en él. Entonces vio entre uno de los agujeros que un papel muy blanco se asomaba. Así que se acercó y notó que era la carta de Arán oculta en un piso falso. Y bajo ese piso encontró también la carta hecha por los Írimos. Y se enfureció consigo misma y con Dárlaran, pues ella en verdad desconocía ese piso falso.

Ya con las cartas en la mano, Aminión montó un corcel y, acompañada de Burén y de Árgoth, cabalgó rápidamente hacia Mirllán. Fue tan veloz la cabalgata que llegaron a la capital antes de que anoheciera. Dirigiéronse a la prisión de Mirllán a toda prisa, pues tenían un día de retraso, y conversaron con el capitán Ariánico al mando de la prisión.

-El duque de Háreneth partió esta mañana a Ereg -explicó el capitán.

-¡Esta mañana! -exclamó Aminión con congoja-. Pero el juicio debe durar por lo menos dos días, ¿cierto? -intentó animarse.

Pero el capitán meneó la cabeza para desilusión de la duquesa. -Los Ángeles no dudan en sus veredictos, porque saben impartir la ley mucho mejor que los Hombres -explicó el Hombre-. Igual, hasta donde yo sé, sólo uno de los condenados será indultado -añadió.

-Pues serán dos -dijo Aminión furiosa, y sin despedirse, montó su caballo y desapareció en un recodo de la calle, acompañada de Burén y Árgoth. Sin embargo, casi inmediatamente dejó la prisión, la angustia la abordó de nuevo.

-No sé dónde queda Ereg -le dijo a Burén, y de nuevo las lágrimas desearon salir.

-Yo tampoco, señora -dijo Burén, que luchaba por sostener las riendas con su mano de tres dedos-; pero puede estar segura que ubicaré un guía lo más rápido posible -añadió y, llevando a Aminión, se encaminó al sur de la ciudad. Allí lograron conseguir un mísero guía que por pocas monedas de oro aceptó llevarlos. Pero esta búsqueda se prolongó hasta bien entrada la noche, lo que le daba menos tiempo a Dárlaran.

Sin pensarlo un solo momento, la duquesa y los guardias salieron a Ereg antes de media noche. Esto complicó la tarea del guía, que se apeaba a menudo para ver la senda. Sin embargo, lograron seguir el camino. De vez en cuando tropezaba con algún recodo o alguna pendiente; pero el camino era relativamente fácil, incluso de noche y a la luz de



las estrellas. De esta forma llegaron a Ereg cuando el alba desgarraba la oscuridad, cansados, con frío y con hambre. Pero Aminión temió que fuera muy tarde, pues ya las horcas sostenían tres cuerpos.

102

Ahora bien, Dárlaran tuvo que ser arrastrado hasta el carruaje para poder ser llevado a Ereg. Las golpizas propinadas la noche anterior lo habían dejado muy malherido, y lo habían dejado sin fuerzas siquiera para levantarse. Ya en el carruaje, el duque no hizo más que recibir mofas y ofensas de parte de los guardias, mientras torpemente intentaba ajustarse la prótesis. «¿Acaso me equivoqué en alguna decisión? ¿Acaso tomé el bando equivocado?» pensaba mientras era presa de dolores profundos.

El apestoso carruaje se detuvo antes del crepúsculo, y los Nocturnos arrastraron al duque hasta un majestuoso palacio a modo de anfiteatro entechado, de paredes blancas de piedra y arcos rectangulares, y sin cristales. La subida de las escaleras de la entrada en verdad fue larga y dolorosa para Dárlaran. Hasta que finalmente cayó a un letargo extraño a causa de la pérdida de sangre.

Cuando volvió en sí, se vio sentado y maniatado frente a un escritorio de roble barnizado puesto en una tarima de mármol. Y tras el escritorio había cinco figuras que Dárlaran veía difusas al principio. Se escuchaban muchas voces, unas agresivas, otras calmadas, otras apresuradas, algunas hablan la lengua Ariánica, otras la Nocturna; pero Dárlaran entendía ambas. Cuando el duque logró recuperar la vista por completo, vio a sus jueces.

Ya no eran cinco, como vio al principio, ahora eran seis. Tres eran Hombres y tres eran Ángeles Negros. El primero a la izquierda de Dárlaran era Ternasis, rey de la Península de Sadamarca, de cabellos muy rubios, corona de oro y barba tupida, macizo y de gran estatura. A su derecha estaba Melot, Rey de Félgor, liberado recientemente. Y a la derecha de Melot uno de los Ángeles Negros. A la derecha de Dárlaran estaba el gran Áladroth, rey de Arys, de cabellos negros, barba poblada y tez pálida. Antes, Áladroth había temido al emperador y a los Ariánicos, pero ahora los miraba con arrogancia y gallardía. A su lado había otro Ángel Negro. Y, por último, frente al duque, estaba el ser más imponente que Dárlaran vio en su vida: De alas negras tendidas sobre los hombros a modo de abrigo, de ojos negros como la noche y piel pálida como la de los muertos, de cabellos negros como un velo de oscuridad y largos hasta los hombros. Ése era Gírlloth, el querubín del Reino de las Cavernas. Esos jueces eran las máximas autoridades de los Aliados Occidentales, dueños de las máximas potencias del Antiguo Continente.

-¡Que los empalen! -exclamó Áladroth mientras miraba con furia al herido Dárlaran. El duque, que permanecía barbado y sucio, al principio no asimiló que el rey de Arys hablaba en plural, y sólo a los minutos diose cuenta que a sus lados había varios prisioneros Ariánicos. De los que allí estaban sólo reconoció dos rostros: El archiduque Talon, posible heredero al trono, y a Aeros, que había sobrevivido a la derrota en el sur de Háreneth. Había cuatro Hombres más, pero no reconocía sus rostros.

-¡Ya liberamos a uno, gran Gírlloth, que no sean dos! -pidió Ternasis, que tenía una voz ronca y furiosa.

-¿A uno? -preguntó Dárlaran débilmente al Hombre que estaba a su lado.



Y el Hombre respondió: -Hace una hora liberaron a Le-Hir.

-¿A Árcival? -preguntó Dárlaran, espabilado por completo.

Y el Hombre asintió. -El querubín dijo que Le-Hir merecía vivir porque tenía la gallardía de los Hombres de antaño. Y que nunca ordenó una masacre, aunque muchos lo desobedecieron. Los Ángeles admiran la valentía de Le-Hir, y lo consideran un digno enemigo, además de un buen Hombre. Por eso lo liberaron.

-Si que tienen una justicia extraña los Ángeles -interrumpió otro de los Hombres, a la izquierda del duque-. Áladroth o cualquier rey enemigo lo hubiera torturado por días.

Y el Hombre de la derecha asintió. -Le-Hir causó muchas bajas a los enemigos -dijo.

Entonces Dárlaran supo que Árcival había cumplido la promesa hecha a la Dama Mírlloth durante la guerra.

-Primero debemos saber los hechos -dijo uno de los Ángeles serenamente.

-¡Son unos criminales! -increpó Ternasis.

Pero Gírlloth lo hizo callar con un ademán hecho por su mano. -Los escucharemos -dijo el querubín. Las alas negras le brillaban con la luz de las velas, y los ojos negros permanecían inactivos, inexpresivos, serenos. Mas Gírlloth deseaba escuchar a Dárlaran más que a cualquier otro. El querubín Negro ya tenía el veredicto del resto de nobles Ariánicos; pero veía en Dárlaran algo que ni los de su raza podían ver: Alrededor del duque, Gírlloth podía ver un aura leve de colores irisados y brillantes. Además, del Hombre emanaba un dulce aroma sólo perceptible por él. Gírlloth, que había visto la misma aura en Le-Hir, sabía bien que sólo los serafines emanaban esas luces a modo de espectro colorido, y que sólo los seres que estaban amparados por ellos la poseían. Gírlloth lo sabía bien porque era hijo de un serafín. Pero el querubín no sabía nada sobre el Viaje de Dárlaran, y no sabía que él había visto a la gran Dama Mírlloth.

Bien, los otros Hombres que estaban con Dárlaran eran Eltem, Sarlom, Margail, Talon, Firlas y Aeros. Dárlaran lo supo porque Gírlloth los obligó a hablar y a justificarse; aunque ya los tenía condenados. Eltem había patrocinado con sus urnas los campos de prisioneros en el Antiguo Continente, y Margail los había dirigido personalmente, matando así miles de prisioneros, pues la demanda de esclavos era demasiada y tenía que ser mitigada. El tercer testimonio fue el del archiduque Talon. Talon había devastado varias ciudades Írimas y Nocturnas. Pero Talon parecía ser inocente, alegando que sólo seguía órdenes del emperador; incluso hizo dudar a los reyes. Pero los Ángeles y el querubín no se dejaron confundir.

Ya la noche estaba bien entrada, y era gélida e inclemente. Gírlloth había permanecido en silencio mientras escuchaba los relatos de los prisioneros, que eran más balbuceos que justificaciones. Los reyes increpaban casi todo lo que los Ariánicos decían. Cuando Talon terminó su relato, el querubín se levantó del sillón, arrogante, y abrió sus alas negras con majestuosidad, cubriendo la luz de las velas tras los jueces.

Y mirando fijamente a Talon, dijo mientras su corona de plata relucía: -¡Qué decepcionado me siento de los Hombres Ariánicos, a quienes los Ángeles educaron otrora! Parece ser que todas las enseñanzas fueron en vano. Tengo muchas pruebas que los culpan, y por eso son culpables -entonces de sus ojos negros emergieron rayos de furia, y exclamó furioso: -¡Mátenlos en la horca de inmediato!



La voz de Gírlloth fue sonora y retumbó como un trueno en el recinto. Y de inmediato los guardias Nocturnos se apresuraron a los tres condenados y los sacaron del recinto. Pero todavía faltaban cuatro Hombres, entre esos Dárlaran. El duque todavía seguía débil y sediento, pues los golpes propinados en Mirllán lo habían destrozado.

Mas esto no pasó desapercibido para los jueces, y uno de los Ángeles Negros, con el rostro frío y la voz seria, preguntó a uno de los guardias: -¿Por qué ese Hombre está golpeado? Tiene una sola pierna, por lo que no lo considero un peligro.

El guardia palideció entonces, y su rostro tornóse ceniciento. -No lo sé -dijo el Hombre con voz trémula.

-¡Pues averígüelo y castigue a los causantes! -gritó el Ángel.

-Pero...

Pero el guardia fue interrumpido por el Ángel. -¡Qué ineptitud la de los Hombres mortales! -exclamó furioso. Entonces mandó a llamar a un Ángel Negro y le pidió que revisara a Dárlaran con detalle.

El Ángel, que parecía ser un médico Angelical, llevó a Dárlaran a una cámara contigua. Allí lo desnudó y miró con detalle las heridas. Y con una sola mirada rápida, dijo con detalle el número de palazos que había recibido el duque, además del número de puños y patadas, y estandarizó cada golpe en una escala de uno a diez, indicando a uno de los guardias angelicales el sitio exacto del golpe. De esta forma, los mismo Ángeles Negros golpearon de la misma manera a los guardias que habían azotado a Dárlaran en Mirllán.

103

Cuando Dárlaran regresó al recinto, ya Sarlom estaba a la mitad de su relato. Sarlom era un médico que había llevado el avance médico a un grotesco extremo, tomando gemelos como conejillos. De esta forma torturó a cientos de prisioneros, y creó horribles adefesios Humanos. Sin embargo, y tristemente, logró avances médicos, y por lo mismo, dejó a los Ariánicos a la vanguardia en cuanto a cirugías y medicamentos.

Después habló Firlas, que era un capitán que se encargaba del exterminio de Nocturnos y Nórdicos después de tomada una ciudad. A órdenes de Arán, él no tomaba prisioneros, y simplemente asesinaba a todo enemigo que fuera capturado.

Después, a órdenes de Gírlloth, habló Aeros. Sin embargo, el querubín permanecía con la mirada fija en Dárlaran, que parecía más estable. Ya el alba llegaba y los soles se levantaban en el horizonte. En ese momento, Dárlaran pareció entrar a un letargo extraño, la misma sensación de somnolencia que había sentido en los Bosques de Mirlin, cuando había visto a la gran Mírlloth.

Y escuchó en su cabeza la voz de Gírlloth. «Eres distinto al resto, Dárlaran de Háreneth; los Ángeles te amparan, igual que a Árcival. Pero eso no basta para ser salvado de la horca. Aunque los Ángeles de los Bosques te protejan, yo no te puedo proteger de los crímenes de los que te acusan. Así que debo dejarte morir en la horca».

Entonces Dárlaran se acongojó, y recordó a Aminión. «No me dejes, Aminión» pensó mientras el corazón se le oprimía de temor.



Cuando Aeros terminó su relato, Gírlloth se dirigió a Dárlaran. -¿Tiene algo que decir, duque de Háreneth? -preguntó el querubín.

Entonces Dárlaran empezó a hablar de las ciudadelas Írimas que le pertenecían en el Antiguo Continente. Además, aseguró una y otra vez que cuando la guerra contra los Nocturnos había comenzado, él ya no trabajaba para el emperador.

-¿Y tiene cómo probarlo? -preguntó uno de los Ángeles.

-¡Claro que no! -exclamó Áladroth-. Yo vi cómo sus torres despuntaban por encima de las copas del Bosque de Anarioth -añadió furioso.

-Mi esposa debe venir en este momento con las pruebas que me eximen de toda culpa -aseguró el duque.

-¿Y cómo sabe su esposa que estamos aquí? -preguntó Gírlloth.

Entonces Dárlaran se sintió destrozado, y todas sus esperanzas murieron. -No lo sabe -respondió el duque, cabizbajo y desanimado.

-Si no hay pruebas, Dárlaran de Háreneth, será ahorcado -aseguró el querubín mientras se levantaba como una muerte alada. Batió las alas con fuerza, levantando un viento que apagó las velas en los candelabros de plata, y levantó la cabeza, gallardo.

-Todos aquí serán colgados de inmediato; ése es mi deseo. Sus vidas mitigarán las vidas perdidas en estos años de guerra -añadió, y le dijo a Dárlaran mentalmente: -«Lo siento».

Dicho esto, los Ángeles Negros se levantaron de sus sillas y dieron media vuelta, retirándose. Mas los reyes se quedaron allí, con una sonrisa de satisfacción. En ese momento los guardias Nocturnos se apresuraron a llevar a los prisioneros a los patíbulos, donde ya colgaban tres cuerpos Ariánicos.

Llegaron a las horcas en medio de blasfemias y difamaciones. Muchos les escupían y les lanzaban verduras podridas. De esta forma subieron a la improvisada tarima y se prepararon para lo peor. Dárlaran miraba alrededor con desilusión y congoja, mientras rastreaba el rededor, esperando encontrar a Aminión, pero fue en vano. Mientras hacía esto, un Nocturno le puso el collar fatal alrededor del cuello y se lo apretó. Entonces el duque se sintió sofocado, y su cuerpo tembló de miedo y su coraje se fue al cielo. Y pensó que había cometido un error al ayudar a los mismos que ahora clamaban por su sangre, pues había varios Írimos que gritaban fanfarrias a los cuatro vientos. Entonces las sogas se templaron y los cuerpos colgaron, retorciéndose.

104

Grande fue la alegría de Aminión al ver que ninguno de los tres cuerpos que colgaban en la horca era el de Dárlaran. Así que se dirigió rápidamente hacia el edificio más grande de Ereg; pero fue interceptada por unos guardias en la entrada.

-Tengo pruebas para el juicio -aseguró Aminión con presura.

-El juicio está en desarrollo, debe ir con Doth -aseguró el guardia, que miraba de reojo a Burén.

-Entonces lléveme con él -pidió Aminión, que estaba ansiosa y preocupada.

El soldado se rehusó al principio, pero fue vencido por la insistencia de la duquesa. Subieron unas escaleras y el soldado la dejó entrar a una gran habitación. A la izquierda de la entrada permanecía un Hombre Nocturno, de barba negra y calvo, que discutía con un soldado de armadura gris.

-¡Tengo pruebas para el juicio! -interrumpió Aminión con presura.



Entonces ambos Hombres callaron.

-¿Qué desea? -preguntó el Hombre barbado.

-Necesito a Doth -respondió Aminión, que sentía que el tiempo acababa.

-Soy yo -respondió el calvo que, haciéndole un ademán al soldado, le ordenó salir-. ¿Qué tiene? -preguntó.

Entonces Aminión sacó las dos cartas de su bolsillo, medio arrugadas, pero legibles. – Esto exime de toda culpa al duque de Háreneth -dijo la joven mientras le pasaba las cartas. El Hombre las leyó con detenimiento, y dijo serenamente: -Sólo basta mi firma para que esto llegue a juicio de inmediato; pero en verdad no deseo salvar a un Ariánico.

-¿De qué habla?! -exclamó Aminión iracunda-. Debe firmar -añadió.

-¿Y qué tendré a cambio? -preguntó Doth mientras le lanzaba una sucia e impúdica mirada a la hermosa joven.

Aminión cerró los ojos entonces, y sintió un escalofrío bajar por su médula. -¿Qué desea? -preguntó incómoda.

Entonces Doth se levantó y se acercó a Aminión y le bordeó la cintura con sus manos. Aminión se sintió degradada, humillada. Pero, literalmente, un Ángel apareció en ese momento, y literalmente la salvó.

-¿Qué hace, Doth? -preguntó el Ángel Negro, que tenía las alas plegadas.

Aminión nunca había visto un Ángel Negro, pero se sintió atraída a él de inmediato, pues le pareció hermoso. Y, aprovechando el momento con astucia, dijo con presura: -Tengo pruebas que eximen al duque de Háreneth de los crímenes de los que lo acusan; pero este Hombre no desea firmar.

Entonces Doth sintió cómo el miedo explotaba en su pecho y el sudor le formaba una pantalla pegajosa en su frente. –Estaba a punto de hacerlo, pero...

-Dame las pruebas -pidió el Ángel de forma muy cortés.

Doth se las pasó a Aminión y ella al Ángel, apresurada, pero al mismo tiempo maravillada. –Esto prueba que Dárlaran no trabajaba para el emperador cuando la guerra se inició.

El Ángel miró la firma del emperador con detenimiento y le pidió a Doth que le consiguiera una firma de Arán.

Doth revolcó varios papeles, temeroso, y le pasó un viejo papel al Ángel mientras miraba a Aminión con furia, y la duquesa le devolvía la mirada con satisfacción. El Ángel comparó las firmas con detenimiento.

-No son iguales -aseguró Doth.

Entonces el Ángel levantó la mirada, fría como el hielo. –Idiota, una persona nunca firma igual -dijo secamente-; pero la misma persona firmó estas dos cartas; lo sé por la forma de la «A» inicial. ¿Por qué no ha firmado la orden? -preguntó furioso.

-¡Ya lo hago! -exclamó Doth atemorizado, y firmó las cartas sin demora.

-Vamos, que ya deben estar por sentenciarlos -aseguró el Ángel, que tomando a Aminión de la mano, la llevó hasta la plaza.

La duquesa, al tomar la mano del Ángel, sintió una sensación muy extraña, y tembló, como sacudida por un extraño frenesí.

Salieron apresurados hacia las horcas, donde la multitud se agrupaba y gritaba, y se abrieron paso entre la muchedumbre. Pero Aminión se frenó al ver el cuerpo de Dárlaran colgado, desgonzado en la horca. Entonces su corazón se heló y su rostro se blanqueó, su sangre se enfrió y su alma pareció partirse.



-¡No! -gritó la duquesa en ese momento, desesperada, y se apresuró al cuerpo de Dárlaran, mientras la multitud gritaba y clamaba sangre.

105

El Imperio de los Dos Soles pasó a manos de Garán, el hijo de Arán y Adel, el heredero al trono. A diferencia de Arán, Adel, que dirigió el imperio mientras su hijo crecía, enseñó a Garán que la guerra no traía más que destrucción. Así que Garán llevó al imperio a la paz, y se dedicó más a la magnificencia de sus ciudades que a la expansión Ariánica.

Y mientras Garán guiaba al imperio con maestría, en la reconstruida ciudadela «Uno» se llevaba a cabo un homenaje. En el palacio principal de la Uno miles de Írimos, vestidos de muchos colores vivos, entonaban melancólicos cánticos que recordaban la guerra de años atrás. También había Ariánicos, Nocturnos y Nórdicos. El encargado del homenaje era el gran Ehirot, el único Dacón inmortal y rey de Ehirarh, el último Elfo.

-¡Estamos aquí para homenajear al duque de Háreneth! -dijo Ehirot, que recordaba bien al duque-. Aquí están muchos de los que Dárlaran salvó al construir las ciudadelas, o están sus hijos en representación. Y hay muchos que consideran a Dárlaran un héroe, y no hay duda que así es.

Y después de los cantos, se escucharon trompetas y arpas, y las puertas se abrieron. Por ellas entró una familia. Al frente venía un Hombre viejo, canoso, de ojos mieles, cojeando, ayudado por un bastón y sosteniéndose de un joven que iba a su lado: Su hijo. Ambos Hombres vestían sedas rojizas de bordados de oro. Tras los dos venía una Mujer ya entrada en años, de una vejez que todavía mostraba despojos de hermosura. Su cabello era negro como la noche, y sus ojos tan azules que opacaban el cielo veraniego. Vestía de azul oscuro con finos pliegues y encajes de plata. La Mujer venía acompañada de una joven muy parecida a ella: Ojos azules y cabello negro.

Así irrumpieron al enorme salón Dárlaran, acompañado de su hijo Vorlán, y tras ellos estaban la duquesa Aminión y la hija menor, Daslóm. Dárlaran se había salvado de la horca, pues el Ángel que acompañaba a Aminión había volado rápidamente y había cortado la soga. Aunque Dárlaran duró un tiempo en volver en sí, logró sobrevivir para ver crecer a sus dos hijos. Y aunque después de la guerra había tenido dos negocios fallidos, ya había recaudado una inmensa fortuna.

Detrás de la familia de los Háreneth estaban Burén y Árgoth, ya envejecidos, pero siempre sirviendo a la familia como guardia personal. Ambos habían tenido una buena vida y fortuna en el ducado, y ambos estaban acompañados por sus familias.

Y mientras caminaban entre los Írimos, que lo aplaudían y lo ovacionaban, dos Hombres ya maduros se posaron frente al duque y a Vorlán, y se hincaron frente a ellos.

-Duque de Háreneth, somos Ael y Fartel, hijos de Almáril -dijo uno de ellos mientras bajaban la cabeza, respetando al duque.

-¿Almáril? -preguntó Vorlán.

-La primera Mujer Írima que salvé -dijo el duque mientras escudriñaba sus pensamientos.

-Y también nos salvó a nosotros -aseguró Ael.



-Por eso, duque, estaremos a su servicio siempre, y nuestros hijos y nuestros nietos también estarán al servicio de Háreneth -añadió Fartel.

-¿Y tu madre? -preguntó Dárlaran, que ya se sentía cansado de estar de pie. Los años ya habían hecho daño a los huesos del duque.

Entonces ambos suspiraron, y Ael respondió: -Ella ya está al lado del gran Javar, nuestro Dios-. Pero cuando vieron a Aminión, ambos Hombres la identificaron de inmediato, aunque no la habían visto hacía muchos años. Y de inmediato se levantaron y se apresuraron a abrazar a la duquesa.

-«Mamá Ariánica» -exclamaron al unísono como niños.

Aminión también los reconoció, sonrió profunda y tiernamente, y los abrazó con fuerza.

-Hace mucho tiempo había dos niños que me decían así -susurró.

Entonces el duque dijo: -Dudo que necesite sus servicios, pues estoy muy viejo, Ael y Fartel, pero les agradecería que sirvieran a mis hijos y a mis nietos.

Y de inmediato los dos Hombres se hincaron frente a Vorlán y a Daslóm.

-Será un placer -respondieron ambos.

El duque sonrió y siguió su camino. Y Aminión y Vorlán lo siguieron, pero Daslóm cruzó una profunda mirada con Ael; y Aminión, que era astuta, sonrió.

Y mientras continuaban en medio de alegres felicitaciones, Dárlaran notó que a su izquierda había un rostro que recordaba con fino detalle; un rostro que no había visto hacía mucho tiempo. Entonces se detuvo a pesar del cansancio, y se dirigió al enorme Hombre.

-Hace mucho que no nos vemos, Árcival -dijo el duque sonriendo, mientras a su mente volvían gratos recuerdos de años pasados. Mas el recuerdo que más lo alegró fue el de los Bosques de Mirlin.

-Es curioso que nos veamos aquí en la «Uno» y no en las mansiones, donde estamos más cerca -dijo el gigantesco Hombre que, aunque ya estaba canoso y envejecido, todavía mostraba su fortaleza y su vigor.

-Entre más cerca, más lejos, amigo mío -aseguró Dárlaran, que, sin dudarlo, soltó el hombro de su hijo Vorlán y le extendió la mano a Árcival.

-La amistad es eterna cuando es verdadera, y sobrevive incluso a los muertos, a los cuerpos, al tiempo y a las almas -dijo Árcival con voz profunda, y animado y sonriente, abrazó al duque.

-¿Y acaso no me reconoce, Dárlaran de Háreneth? -preguntó un Hombre al lado izquierdo del duque con voz ávida.

Entonces Dárlaran miró al Hombre y sonrió. -Ya estoy viejo, y mi vista ya me falla; pero no mi memoria, Térail -respondió el duque, que también abrazó al mercader.

-¡Sería una descortesía que no saludara al que lo viste! -exclamó Térail irónicamente mientras miraba la seda roja que vestía Dárlaran.

Entonces todos soltaron una viva carcajada.

Pero Vorlán, que miraba con detalle y maravilla a Ehirot, pidió al duque que siguiera su camino. Dárlaran asintió y bajó a cabeza a sus amigos con respeto, y siguió hacia la tarima. En el camino también vio a una Mujer que parecía no envejecer, y que todavía se mantenía hermosa, con el rostro fino y el cuerpo inquebrantable. Pero Dárlaran no se detuvo a saludar a Ládeniel, pues estaba cansado, y simplemente asintió sonriente, al igual que Aminión, que había olvidado los celos.



Entonces el duque vio a Tínel, que permanecía hermosa al lado de su esposo, un conde del reino de Vírandel. Tínel era ahora la Mujer guerrera más hermosa y valiente que ostentaban los Ariánicos, y había ganado fama y fortuna después de la guerra, y vivía muy feliz con su amado; pero siempre había amado a Dárlaran, y todavía se aceleraba su corazón cuando lo veía. Dárlaran, con trabajo, se acercó a Tínel y la abrazó con profundidad.

-No olvido que por ti estoy vivo y tuve mis dos hijos –dijo Dárlaran agradecido.

-Todo lo haría de nuevo, mi querido Dárlaran –aseguró Tínel mientras sonreía e invitaba a Dárlaran a seguir su camino.

Allí también había muchos conocidos de Dárlaran y Aminión. Uno de ellos era Oroth, que después de la guerra había vuelto al Antiguo Continente, pero no a Yavín, que ahora parecía estar maldita por un Demonio desconocido para los Ariánicos. Oroth había tenido un buen negocio, y vivía una vida humilde pero tranquila.

Cuando ya estuvieron frente a Ehirot, una joven Írima emergió de entre la multitud y se acercó a Dárlaran con dos mazorcas en una canasta de mimbre, ornamentada con bellas flores.

-Sé que no me reconoces, pero soy Sáled, hija de Sirmalón, vocero de los Írimos en Háreneth -dijo la joven mientras le extendía los presentes al duque.

-Recuerdo bien a Sirmalón -dijo Dárlaran, que lo había visto morir en Háreneth de vejez. Vorlán fue quien recibió la canasta, y asintió.

-Sé que para los Ariánicos el maíz es un sustento muy necesario, además de muy sagrado -dijo la joven.

-Conoces bien a los Ariánicos -dijo Dárlaran, que miró a Ehirot, y pareció olvidar el cansancio. En ese momento recordó la majestuosidad del reino oculto de Ehirarh, con sus fuentes y sus montañas boscosas. Y de nuevo recordó a la Dama Mírlloth y los Bosques meridionales.

Ehirot sostenía en su mano derecha un humilde collar de cabuya con piedras grises y palitos de canela. Mientras que en su mano izquierda sostenía una corona de flores coloridas y fragantes, sostenidas con lianas bien trenzadas. Los ojos azules del Dacón brillaban como zafiros y su cabello largo de plata relucía. Y de él parecía emanar una áurea blancuzca y brillante.

-¿Recuerdas las palabras de la gran Ahzira Mírlloth? -preguntó Ehirot en voz baja.

Y Dárlaran sonrió. -Como si fuera ayer -respondió el duque.

-¿Quieres decírmelas? -preguntó el Dacón.

-«El precio que te pido, Humano, por verme, es el de tu silencio. Júrame por tu palabra, y por lo que más quieras, Dárlaran, que no dirás, ni en tu lecho de muerte, que me has encontrado aquí. Te es permitido decir que viste una aparición, mas no te es permitido que digas dónde la viste. Si no me prometes, o lo incumples, me veré obligada a hacerte olvidar lo que aquí sucedió, y despertarás como si nada hubiera pasado, y como si esto hubiera sido un simple sueño. Tienes lo que muchos anhelaron por siglos, pero este momento sólo lo podrás lucir con los que están aquí contigo, así que será una gloria que tendrás que saborear en silencio. Tampoco te queda permitido volver a los Bosques de Mirlin los 22 de abril, pues alguien podría seguirte. *También te pido, duque de Háreneth, que ayudes a los más desdichados, sin importar su bandera, pues muchos dependerán de tu poder; ése es mi deseo.*».



Ehirot quedó perplejo al escuchar la exactitud de las palabras de Dárlaran. - Cómo es que las recuerdas con tanto detalle? -preguntó.

-Porque siempre las repito por las noches, antes de dormir, desde el día en que la vi hasta ahora, como mi oración personal -respondió Dárlaran.

Mientras esto ocurría, Aminión detallaba al Dacón con detenimiento, pues sólo lo había visto en los Bosques de Mirlin. Daslóm y Vorlán estaban perplejos, maravillados por la magnificencia del Albino.

Entonces Ehirot levantó el collar de cabuya para que todos lo vieran, y se le puso a Dárlaran en el cuello. -El homenaje a la humildad -dijo a los presentes. Y después puso la corona de flores sobre la cabeza de Aminión, y dijo: -Y el homenaje a la compasión.

En ese momento todos lanzaron alegres ovaciones y fuertes halagos. Y el recinto se cubrió de felicidad, y se prepararon los festejos.

De esta forma Dárlaran y Aminión, y Daslóm y Vorlán, vieron el elegante baile de las majas Nórdicas e Írimas, que zapateaban, aplaudían y tocaban castañuelas. Y escucharon los finos cánticos de los Nocturnos, acompañados por coros, pianos, violines, violas, violonchelos, contrabajos y flautas. Y escucharon la alegre música de percusión de los Ariánicos, acompañada de bailes a modo de aves esplendorosas.

Pero en medio del festejo, Dárlaran se fijó en un Hombre con capucha, y contuvo el aliento al ver su rostro. Sin repararlo, a Dárlaran le pareció ver a Arán entre la multitud, al gran emperador. Entonces se ensimismó por un momento.

-¿Qué sucede? -preguntó Vorlán al duque.

Entonces Dárlaran respiró entrecortado, como aguantando el llanto. -Intenté cumplir mi promesa lo mejor que pude. ¿Pero en verdad cumplí? Pude haber hecho más.

Entonces Ehirot se acercó serenamente al duque y le dijo: -Has salvado más vidas que cualquier otro. Dárlaran, aunque varios casos parecidos al tuyo salieron a flote después de la guerra, tú fuiste quien más se arriesgó. Hiciste lo correcto.

-¿Pero cumplí? ¿Le cumplí a ella? -preguntó Dárlaran con los ojos llorosos.

-Si te sirve como consuelo, Dárlaran, la Dama Mírlloth está más que complacida contigo, y no te desamparó por eso. Ella todavía te cuida, y lo seguirá haciendo con gusto hasta que tu vida se acabe. Los Ángeles son muy diferentes a los Hombres, y disfrutan haciendo el bien sin desear algo a cambio -le explicó Ehirot.

Entonces Aminión se levantó de la silla y se apresuró a abrazar al duque. -Cumpliste con tu promesa, Dárlaran -dijo.

Dárlaran levantó la cabeza y miró a Ehirot. -¿Cómo está la Dama Mírlloth? -preguntó.

-Está bien, allá sobre las nubes, viéndote en este momento -dijo el Dacón mientras le ponía la mano en el hombro para tranquilizarlo.

Entonces Dárlaran suspiró, y volvió a mirar a Ehirot. -Le pido que le entregue esta carta a la Ahzira y que le agradezca por mí. Aquí le doy las gracias varias veces, y me disculpo por los errores cometidos; pero debe saber que el conocerla me cambió la vida.

Y el Dacón recibió la carta y asintió. -Lo haré con gusto, Dárlaran de Háreneth.

Y, reconfortado, Dárlaran tomó de la mano a su amada Aminión y sonrió. Y cuando detalló al Hombre que parecía ser Arán, suspiró, pues vio que no era él. Entonces pensó cuántas veces le habían salvado la vida: Árgoth y Ehirot en el Alto de los Cerros, Mérot en el Bosque de Anarioth, Imperoth en Háreneth, Tínel en la Batalla de la Anaconda, Burén en repetidas ocasiones, y Aminión en Ereg. Y Arán, que le había dado otra oportunidad. Y pensó: «Es irónico que le deba la vida al Hombre que tenía sembrada la



semilla del Demonio». Entonces sonrió, cerró los ojos y se dedicó a disfrutar de su homenaje. Así termina la historia del duque de Háreneth en este libro.

106

El Imperio de los Dos Soles estuvo bajo el mando de los Sáreneth por siete generaciones. Durante este reinado el Mar de las Deidades mantuvo alejados al Antiguo Continente del Continente de los Bosques. Los mercaderes olvidaron las rutas, y Pacán se exilió del mundo conocido.

Pero no todos los Sáreneth supieron gobernar el vasto imperio como Garán y Arán. En vez, muchas guerras civiles se desataron después de la muerte de Garán y de Adel. Estas guerras devastaron y fragmentaron el ya corrompido imperio. Las colonias Ariánicas fueron destruidas con el tiempo, y las rutas del comercio se vieron muy limitadas. Por lo mismo, las tierras al norte de Pacán, como Patuc, Malaquil, Cánt y las Tierras de Tenoc se fueron fortaleciendo, hasta llegar a ser poderosos reinos. Mas fue el reino de Vil-Díndel, en la Península del Viento, quien acumuló mayor riqueza y poderío después de la guerra. A esta caída, se le puede añadir una extraña y horrible enfermedad llamada, que, según los médicos Ariánicos, había sido traída del Antiguo Continente en bestias de carga. Esta peste, que apareció en el año de 1366, había mutado para esparcirse por el Hombre, y esta mutación logró matar a casi un tercio de la población Ariánica de todo Pacán, ya que los Ariánicos no poseían anticuerpos para contenerla. Durante años, las hermosas calles de las ciudades imperiales se volvieron una pila de cuerpos hediondos y pútridos, que eran quemados para evitar la propagación. Mas nada parecía detener la peste, que causaba dolores en los huesos y horribles llagas sobre la piel.

Sin embargo, el Imperio de los Dos Soles sólo se destruyó en su opulencia hasta el 1384 de la Era de las Luces, cuando Mirllán fue invadida por los Ariánicos de Vil-Díndel. Esto borró por completo la influencia del imperio, y por lo mismo abrió paso a una nueva era. Esta nueva era se estaba formando en el Antiguo Continente.

Los Ariánicos dejaron su huella en el idioma, la arquitectura, la siembra, la medicina y el arte. Pero serían los Írimos quienes darían forma a la nueva era, llamada «La Edad de las Estrellas».



LEYENDAS DEL NACIMIENTO DE LOS REINOS DE PACÁN (BREVE RESUMEN)

Érase una vez, en el Nallhard, un Hombre llamado Cánt. Cánt era fuerte tanto de mente como de físico, y por ello, logró el aprecio de los Espíritus. Dicen las leyendas que fue el Espíritu del Mar quien guió a Cánt, a su linaje y a un enorme grupo de Ariánicos al Continente de los Bosques, al oriente del mundo. Allí, Cánt y su grupo construyeron grandes asentamientos, que con el tiempo se volvieron ciudades. Se cree que así fue colonizado el continente de Pacán (el nombre de Pacán fue dado al Continente de los Bosques en homenaje al primer rey Humano en el Nallhard).

Las primeras ciudades de Hombres en prosperar en Pacán fueron Hil-Darath y Mirllán. Hil-Darath estaba ubicada a las laderas australes de la Cordillera de la Vida, y a la orilla del ío Puro. Fue la mayor ciudad Ariánica de Pacán. Allí, Cánt y su linaje, conocido como los Cánereh, permanecieron y rigieron por varias décadas. Mientras que Mirllán, dominada por el linaje de los Áreleth, prosperó río abajo, a las orillas más australes del Puro. Ambas ciudades se ayudaron mutuamente por varios siglos.

Allí eran claras las enseñanzas de los Ángeles, y por lo mismo, los animales eran muy respetados, y sólo eran cazados por necesidad. Era un delito matar animales jóvenes o talar árboles frondosos por lujo.

En cuanto a la comunicación, las aves ayudaban mucho: Las guacamayas y los tucanes muchas veces servían como mensajeros. Al igual que los jaguares, las aves mensajeras fueron entrenadas sin violencia. También había una gran red de Hombres que montaban cóndores que mantenían la comunicación fluida.

Pero los Hombres son codiciosos, desconfiados y envidiosos, y por lo mismo, se inició una guerra entre ambas ciudades en el año del 201 de la edad conocida como la Era de las Luces. Esta guerra se prolongó por dos años, y fue Hil-Darath y los Cánereh los que salieron victoriosos. Así, en el año 203, se forma el Reino de Hil-Dendel.

Empero, desplazados por la guerra entre las ciudades, un gran grupo de Hombres Ariánicos decidió migrar al oriente, e internarse en la Llanura Verde, de hermosos pastizales. La llanura se extendía desde la Cordillera de la Vida, llamada así porque los arcos iris que allí se forman parecen darle la vida a los dos Soles, y las Montañas Fértiles, en el Pacán meridional.

Sobre la Llanura Verde, partida por los ríos Síroth, que significa Tranquilo, y Míroth; fueron erguidas dos hermosas ciudades, llamadas Al-Marac y Larath. Esas ciudades, también regidas por nobles linajes, prosperaron con el tiempo, y, bajo el dominio de dos reyes (uno de cada ciudad), se creó el Reino de la Llanura Verde.

Además, un grupo de Hombres que no deseaban la guerra, escapó hacia el norte y cruzó la Cordillera de la Vida. Allí se formaron varios asentamientos, y se repartieron las vírgenes tierras entre tres Hombres: Tumac, Malaquil y Patuc.



También fueron construidas ciudades al sur de las Montañas Fértiles, y fueron llamadas Vírandal, Dárandal, y Tóndaral. Dos de las tres ciudades estaban ubicadas a las orillas del río Ardas, y Vírandal estaba a las orillas de la Laguna de Áral. Con Vírandal como capital, estas tres ciudades se consolidaron en el año 413 como el reino Vírandel.

Y hubo Ariánicos que se arriesgaron a más, y cruzaron la Cordillera de la Vida por su ramificación oriental, y así llegaron a un lugar propicio: Aunque Pacán está forrado en árboles, los Hombres que cruzaron la Cordillera de la Vida por el oriente, llamaron a sus dominios el Bosque de Araucarias, pues tal árbol preponderaba allí.

Pero los Hombres Ariánicos preferían vivir en las planicies, pues los bosques eran vírgenes y eran tomados por los Ariánicos como sagrados. Así que decidieron construir asentamientos en una llanura al norte del Bosque de Araucarias. Aunque los asentamientos eran numerosos y no había unión entre ellos, estas tierras fueron conocidas como las Tierras de Tenoc, en honor al creador del primer y más grande asentamiento sobre tal llanura.

Inclusive, lograron llegar al lugar más recóndito de Pacán: La Península del Viento. Esta península, dividida de las Tierras de Tenoc por un muro de montañas llamado las Montañas de Viento, era llamada así por los fuertes vientos que las montañas desprendían sobre los suelos. Aunque fértiles, estas tierras eran las tierras más frías de Pacán. Allí, los Hombres construyeron una ciudad llamada Vil-Díndel.

Ahora bien, aunque el dominio de Pacán era de los Hombres Ariánicos, no sólo ellos vivían allí. Nadie sabe cómo los Nomos llegaron al Continente de los Bosques. Los Nomos eran codiciosos, violentos y envidiosos. Pero, a diferencia de los Hombres, odiaban el mar; por lo mismo, no son claras las situaciones por las cuales los Nomos llegaron a Pacán. Los Nomos se asentaron al norte de Hil-Darath, cubiertos por las densas selvas tropicales que allí se levantaban. Construyeron dos ciudades: Górdoral y Krimallán.

La situación entre los Hombres y los Nomos no era muy buena, pues las asperezas entre ambas razas cada vez se notaban más. Y no sólo en Pacán se tenían estos conflictos: Más allá del Mar de las Deidades, al occidente del Nallhard, los Hombres Nocturnos, eternos amantes de la noche, compartían con desprecio unas tierras muy hostiles al norte de Félgor. Allí, los Nocturnos y los Nomos convivían, pero no con amabilidad: Las escaramuzas y los malentendidos entre las razas se hacían cada vez más frecuentes.

Ahora bien, lo que en verdad marcó la Era de las Luces fue la llegada de la Apsara Sírel, la Dama de la Noche. La Dama no tenía luminiscencia propia; en vez, reflejaba la luz de los soles. Entonces, acompañada de sus hijas Valen y Halen, actuaban como lunas que iluminaban el cielo nocturno. Las tres deidades se posaron sobre el cielo oscuro en el año 1001, e iluminaron de plata la noche (pero de esto se habla en el libro «La Edad de las Estrellas»).



Juan Esteban Peláez

Este extraño y asombroso acontecimiento hizo que los Hombres y los Dacones, tuvieran un sorprendente avance. Por ello, los Hombres y los Dacones se volvieron los dueños de Nallhard y adoraron las tres deidades con devoción.

Así prosperaron los Hombres, hasta que, por extraños hados, el mundo conocido en la Era de las Luces cambió drásticamente, poniéndole fin a la era de oro de los Hombres, y dándole paso a una era llena de horrores y espantos.



CRONOLOGÍA

ERA DE LAS LUCES:

Año 201: Se inicia la guerra entre las ciudades de Mirllán e Hil-Darath.

Año 203: Culmina la guerra entre las ciudades de Mirllán e Hil-Darath. Hil-Darath sale victoriosa. Se crea el reino Hil-Dendel.

Año 402: Es consolidado el reino de la Llanura Verde.

Año 413: Nace el reino Vírandel.

Año 734: Primer intento de invasión a Pacán por parte de los Nomos y los Hombres Nórdicos.

Año 1001: Aparecen la Dama de la Noche y sus hijas.

Año 1028: Segundo intento de invasión al Continente de los Bosques. Los Hombres del Antiguo Continente son derrotados contundentemente.

Año 1274: Dárlaran es titulado como el duque de Háreneth.

Año 1276:

-4 de noviembre: Arán es nombrado como máximo estamento militar de Hil-Dendel.

-15 de noviembre: Se inicia el conocido Viaje de Dárlaran.

-18 de diciembre: Dárlaran y sus compañeros llegan a la ciudad de Kárijan.

-23 de diciembre: Los viajeros llegan a los Muelles de Adsul, en Herda, y descienden por el Río Utum.

-29 de diciembre: Los expedicionarios divisan el Nevado de Morlán.

Año 1277:

-7 de enero: La Triada es aprobada.

-23 de enero: Dárlaran y sus acompañantes llegan a Ehirarh. El duque conoce por fin al rey inmortal Ehirot.

-4 de marzo: El rey Turath, de Hil-Dendel, muere de tuberculosis. Arán se convierte en el representante del reino.

-8 de abril: Los viajeros llegan a Derys.

-18 de abril: Dárlaran parte con sus compañeros hacia los Bosques de Mirlin.

-20 de abril: Los expedicionarios llegan a los Bosques.

-22 de abril: Dárlaran y sus acompañantes ven maravillados a la Ahzira Mírlloth.

-23 de abril: Los expedicionarios llegan a Acán.

-25 de abril: Muere envenenado el rey de Vírandel. El nuevo rey, Anaith, le da el poder del reino a Arán.

-27 de abril: Muere la marquesa Lín-del. Se da la Matanza de Arbos.

-29 de abril: Los viajeros llegan a Yavín.

-1 de mayo: Culmina el viaje de Dárlaran y sus compañeros al Antiguo Continente.



Año 1280:

- 2 de enero: Los Nomos de Krimallán y de Górdoral atacan Cánt, Güyil y Mayul. Güyil es devastada. Se inicia la guerra.
- 3 de enero: Los Nomos llegan a Tumac.
- 7 y 8 de enero: Se da la Batalla de los Campos Váldicos.
- 15 de junio: La condesa de Heid, Oroth e Imperoth llegan al bastión de Háreneth.
- 3 de julio: Los Nomos atraviesan las copas occidentales de la Cordillera de la Vida, y descienden sobre la Llanura Verde. Sin embargo, son mantenidos por la Triada en las fronteras septentrionales.
- 9 de agosto: Yavín cae finalmente a manos de los Nomos. Todo el norte de Félgor ahora es Nómico.
- 15 de agosto: Los Nomos logran cruzar la Cordillera de la Vida ocultos por la selva y destruyen Al-Marac. Muere el rey Milh.

Año 1281:

- 7 de mayo: Arán, con ayuda de Le-Hir logra reconquistar Al-Marac.

Año 1282:

- 5 de enero: Se inicia el juicio contra el rey Tolh por envenenamiento.
- 8 de enero: Termina el juicio contra el rey de la Llanura Verde.
- 9 de enero: Se destrona al rey Anaith de Vírandel. Arán es nombrado como máxima autoridad de la Triada. Nace el Imperio de los Dos Soles.
- 13 de marzo: Arán se corona a sí mismo emperador.
- 10 de agosto: Aeros logra reconquistar todo el norte de Pacán. Los Nomos son encerrados en sus propias fronteras.
- 12 de septiembre: Los Ariánicos desembarcan en el Antiguo Continente.
- 6 de diciembre: Los Ariánicos reconquistan el reino de Herda.
- 14 de diciembre: Arán logra descubrir una conspiración contra él, y ejecuta a los traidores.

Año 1283:

- 25 de febrero: El Imperio de los Dos Soles logra recuperar los territorios de Félgor septentrional.
- 30 de febrero: Los Nomos arrebatan a los Ariánicos las ciudades de Trarras y Aigón.
- 19 de mayo: Los Ariánicos intentan un ataque al norte de Félgor; pero son vencidos por los Nomos en Yavín.
- 31 de mayo: Dos asesinos que intentaban matar a Arán son capturados y ejecutados.
- 1 de julio: Los Nomos son expulsados de Koral y son obligados a retirarse a las entrañas de la Cordillera de Níilver.
- 12 de agosto: Los Nomos logran reconquistar Morzad.
- 18 de noviembre: Empieza la invasión simultánea del imperio a las ciudades Nómicas de Krimallán y Górdoral.
- 30 de noviembre: La ciudad de Górdoral cae en manos imperiales.
- 2 de diciembre: Krimallán se rinde.

Año 1285:

- 3 de marzo: Se da la Ruina de Morzad.



-14 de junio: La ciudad de Trarras es arrebatada a los Nomos.

-21 de junio: Los Nomos son derrotados en Aigón.

Año 1286:

-25 de marzo: Desaparece Imperoth después de ayudar a Dárlaran y a Aminión a escapar de una bandada de Nomos cerca de Háreneth.

-10 de abril: Se inicia el llamado Engaño del Sol, donde los Nórdicos, haciéndose pasar por un ejército Nocturno y patrocinados por el mismísimo emperador, derrotan a un ejército Ariánico a las orillas de río Harllén, en el puente de Aigón.

-12 de abril: Los Nórdicos atacan la ciudad de Aigón, derrotando a los Ariánicos defensores.

-2 de junio: El Imperio de los Dos Soles declara la guerra a Arys y a sus aliados.

-9 de agosto: Dárlaran y Aminión se casan en el templo principal de Vírandal.

-29 de septiembre: Las tropas imperiales desembarcan en Félgor, iniciando así la invasión al Antiguo Continente.

-3 de octubre: Después de algunas escaramuzas, se da la Batalla de las Praderas, donde los Ariánicos aplastan la resistencia de Félgor.

-21 de octubre: Várinel, la capital de Félgor, cae a manos del imperio.

-24 de octubre: Le-Hir logra destruir las murallas de Járanel, causando así la rendición y el inicio del suplicio del reino de Félgor.

Año 1287:

-7 de febrero: Aigón es recuperada por los Ariánicos.

-25 de abril: Los Ariánicos cruzan la Muralla de Volcanes.

-30 de abril: Verdelheid es asediada.

-2 de mayo: Metys cae en manos imperiales.

-13 de mayo: Los Hombres Írimos de la ciudad de Caliza son derrotados y asesinados por las tropas imperiales.

-15 de mayo: La ciudad Írima de Larem es derrotada.

-5 de septiembre: Mont-Arath es destruida por el imperio.

-27 de mayo: Mirethel es conquistada por el emperador.

Año 1288:

-3 de enero: Dárlaran construye la primera ciudadela para los Írimos azotados por la guerra. La ciudadela es llamada «Uno».

-12 de septiembre: El duque empieza la construcción de la segunda ciudadela. Arán reúne sus ejércitos en el Alto de los Cerros, listo para invadir el Reino de las Cavernas.

Año 1289:

-30 de abril: Se da la construcción de la tercera ciudadela de Írimos en Herda, costada por la riqueza de Dárlaran.

-13 de mayo: Se libra la Batalla de los Abismos, donde el emperador sale victorioso.

-15 de junio: Arán vuelve a Hil-Darath para mitigar una rebelión provocada por milicianos pagados por nobles Ariánicos.

-18 de junio: El emperador aplasta la rebelión de Hil-Darath.

-20 de septiembre: Los Ángeles Negros logran romper el cerco imperial alrededor del Bosque de Anarioth.

-27 de agosto: Félgor es liberado por los Ángeles Negros.



Juan Esteban Peláez

- 9 de octubre: El sur de Herda cae bajo el poder de Áladroth.
- 13 de noviembre: El imperio logra repeler el primer intento de invasión por parte de los Nórdicos de las Islas y de Sadamarca.
- 23 de noviembre: Arán logra repeler una invasión por parte de los Ángeles Negros en Hil-Darath.
- 12 de diciembre: Se libra la Batalla de la Anaconda.

Año 1290:

- 4 de enero: Hil-Darath cae por fin en manos Nocturnas.
- 15 de enero: Los Aliados Occidentales atacan Mirllán. Arán realiza su último engaño simulando su muerte frente a la capital imperial. El emperador se apresura al anonimato.
- 18 de enero: El querubín Gírlóth entrega la Lista Roja a la emperatriz Adel y se negocia la paz entre los Aliados Occidentales y el Imperio de los Dos Soles.
- 19, 20, 21 y 22 de enero: Se lleva a cabo el juicio de Ereg. Sólo dos de los siete prisioneros condenados por los occidentales son salvados.

Año 1314: La emperatriz Adel muere a causa de una extraña fiebre.

Año 1338: Muere Garán, el mejor emperador que Pacán tuvo. Su funeral duró casi una semana y media.

Año 1384: Los ejércitos del norte descienden por las Montañas de Viento e invaden la antes poderosa ciudad de Mirllán, ahora devastada por la peste. Con esta conquista cae finalmente la obra de Arán: El gran Imperio de los Dos Soles, el imperio más poderoso visto por el Hombre.

Año 1386: Culmina la Era de las Luces.